THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
056
RC
v.48

REVISTA CONTEMPORÁNEA

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
URBANA

MADRID, 1883
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo

REVISTA CONTEMPORÁNEA

UNIVERSITY LIBRARY OF ILLINOIS URBANA

AÑO IX—TOMO XLVIII

NOVIEMBRE — DICIEMBRE 1883

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE PIZARRO, NUM. 17, TERCERO, MADRID

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.ª

VENEZUELA
E. Fombona

BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

BUENOS AIRES
Manuel Reñe

DERECHOS RESERVADOS

056
RC
Y49

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
URBANA

ALFABETOS DE ESPAÑA EN LA EDAD ANTIGUA

PRÓLOGO.

DESPUES de publicado mi libro: DATOS EPIGRÁFICOS Y NUMISMÁTICOS DE ESPAÑA, debo ahora presentar los alfabetos de nuestros monumentos, de una manera clara y sencilla.

La razón del orden allí se encuentra, y en especialidad en la sección de numismática, en la cual aparecen todas las clases de letras que constituyen las leyendas de nuestros monumentos escritos, denominados impropiamente celtibéricos.

Así el epigrafista y numismático de la sección á que me refiero, podrá desde luego conocer el valor de las letras, y echar de ver qué inscripción sea, aunque por desconocer el griego no alcance el valor de las ideas encerradas bajo tan especiales caracteres.

No dudo que de semejante modo se facilita el estudio de la epigrafía y de la numismática.

Escritura egipcia.

No debemos hacer un nuevo estudio, pues los sabios extranjeros han llevado la materia á un estado de perfección increible. Por lo tanto, basta el conocimiento de sus obras, que todo egiptólogo debe tener en su biblioteca, y en espe-

247116

cial las de Maspero, Rougé, Mariette, Brugsch, Deveria, Chavas, Dümichen y Lenormant.

Los apéndices de la Gramática jeroglífica escrita por Brugsch tienen suma importancia, porque con ellos solamente pueden resolverse cuantas inscripciones egipcias se hallen en nuestras investigaciones epigráficas. Con un conocimiento regular de la escritura hierática y demótica, no habrá nunca inseguridad en las interpretaciones.

Escritura griega.

Entiendo por escritura griega la de los pueblos que de una manera inmediata constituyeron aquella célebre nacionalidad. Su existencia en España no puede negarse, una vez conocidos los datos que ya publicamos con anterioridad, y en los cuales hanse visto minuciosamente las traducciones de centenares de inscripciones.

ALFABETO DE VELÁZQUEZ.

ALPHA = A

Hay diez signos y solamente corresponden con propiedad el primero, cuarto y quinto.

GAMMA = G.

El segundo, en cuanto puede suceder que sea K por las reglas de *eufonía*, equivaldrá á G, pero por sí solo, no es cierto. Los restantes signos están bien clasificados, pero es necesario tener mucho cuidado, pues en distintas localidades pueden ser P ó L.

DELTA = D.

El primero no ofrece duda. Los segundos como valor general darán lugar á errores. Las monedas de Sagunto lo prueban.

EPSILON =E (*breve*).

Excepto el cuarto, que le considero en general una K vocalizada, tienen el valor asignado.

ZETA = Z.

No está en lo cierto Velazquez.

ETA = E (*larga*).

El primer signo muy bien: el segundo por equivalencia eufónica: el tercero á veces es una consonante (th), y el cuarto en una época ya relativamente cercana.

THETA = TH.

Aquí Velázquez está muy acertado. Téngase, no obstante, en cuenta, que el primer signo y el último pueden ser O.

Se conocerá esto cuando en una misma inscripción aparezca dicho signo en formas variadas: por ejemplo, en la lámina metálica de Huerta-Hernando (Sigüenza) (1). A tenerse esto en cuenta, las monedas de *Diro* hubieran sido antes rectamente interpretadas.

IOTA = I.

Hallo dos caracteres. El último no conviene.

KAPPA = K.

Hay tres. El segundo no debe admitirse. A lo más en algún caso raro.

LAMBDA = L.

El tercero y cuarto no tienen razón de ser, según la posición que presentan.

MY = M.

Le cuadra perfectamente al solo signo que encuentro.

NY = N.

Debe decirse lo mismo que del anterior.

---

(1) *Boletin de la Real Academia de la Historia.* Tomo II. Cuaderno 1.º pág. 35. Enero 1882.

Xi = CS.

Está perfectamente clasificado. Algunas veces S.

Omicron = O (*breve*).

También acepto la trascripción. Pero tenga el lector cuidado, porque á veces falta un trazo inferior y entonces es *ph*, como se verá luego.

Pi = P.

Los cuatro signos tienen su valor. No obstante los tres primeros pueden aceptar el valor de L y G, según lo indicará el contenido.

Rho = R.

Aparecen nueve variaciones. Aquí el lector puede convencerse de lo dicho al tratar de la D, pues el séptimo, octavo y noveno los incluye entre los signos de aquella letra, lo que rechazamos. Puede también haber confusión con la P: en una misma leyenda no pueden valer lo mismo teniendo diferente posición.

Sigma = S.

Nada advierto, pues me hallo conforme con su valor.

Tau = T.

Unico signo el que aparece puede valer K vocalizada cuando el brazo superior no está unido al vertical, y es lo general. Por lo tanto, precísase mucho cuidado para no confundirse.

Ypsilon = Y.

Sólo hay que advertir que á causa del modo de escribir, aparece frecuentemente la K con esa forma, y en especial según los tres últimos signos.

Phi = PH = F.

Extraño es que cuando Velázquez dió el verdadero valor á

estos signos, los autores modernos aún crean que son R. Muy cerca anduvo el célebre Marqués de la verdad paleográfica de los signos, y si se empeñara, conseguido hubiera descifrar la dificultad en las inscripciones desconocidas.

CHI = CH (1).

Respecto de los tres primeros caracteres, no hay duda. Los restantes no convienen.

PSI = PS.

Cinco signos hay y acepto su equivalencia.

OMEGA = O (*larga*).

También estoy conforme con los tres primeros. Los restantes pueden ser PSI modificado ó deficiente. Util es, apesar de todo, decir que aun los tres primeros cambian de valor *vocal*, según los cambios ó según las variaciones dialectales.

TSADE = DS = TS.

La forma corresponde á la E.

DIGAMMA.

Los tres últimos signos son generalmente K. Los primeros pueden confundirse también con la E. Claro es que para apreciar estas diferencias basta el estudio del griego.

LETRAS LIGADAS.

Por lo que atañe á la primera y segunda, debo advertir que una es *sigma* vocalizada, y la otra *lambda* de la misma clase.

El tercer signo no es *iota* y *omega*, sino PSI = Ps. Respecto del cuarto, estuvo acertadísimo, pues ya es Y, ya también N con vocal. A su vez, también el quinto está muy bien explicado.

---

(1) L'aspirazione toscana del *c*.

ALFABETO DEL Dr. PUERTAS.

Alfa (1).

De los nueve signos que da, acéptense el primero, segundo, quinto, sexto y séptimo. El cuarto, octavo y noveno, de ninguna manera.

Beta = B.

Hay dos caracteres. El segundo no es B, sino en algún caso; podrá ser P ó R, según su posición, y también D. El primero equivale igualmente á P.

Gamma.

Aquí el Dr. Puertas no acierta en signo alguno.

Delta.

El primer signo está bien clasificado. ¿Por qué le pondrá por A? Los otros dos exigen mucho cuidado.

Epsilon.

Excepto el quinto, no debe dudarse en admitirlos según están clasificados los signos.

Eta.

El segundo no puede tener lugar, pues generalmente es N. El tercero y cuarto, lo mismo que el segundo de Velázquez, exigen mucha cautela: pueden ser á veces X vocalizada.

Theta.

Aquí el autor está acertadísimo. Vuelvo á advertir que cuando el círculo con el punto central y el círculo con los diámetros se hallan en una misma inscripción, entonces, el primero es O y el segundo T H. Tal sucede en la inscripción de la placa citada arriba.

---

(1) Las equivalencias al castellano ya se han dado.

Iota.

El segundo signo es más bien Y.

Kappa.

Fuera del cuarto signo, la equivalencia es cierta.

Lambda.

Sólo debo advertir que se tenga cuidado con el texto de la inscripción, para echar de ver si en vez de L pueden ser A, K ó P.

My.

Solamente vale el primero.

Ny.

Su equivalencia es cierta.

Xi.

No ofrece duda su admisión.

Omicron.

Fuera de lo dicho para el círculo con el punto central, y lo tocante al rombo, nada hay que advertir en contrario.

Pí.

No hay que motive duda.

Rho.

De los once signos que encuentro, solos el primero, segundo, tercero, octavo, décimo y undécimo, son equivalentes. Los restantes no deben admitirse.

Sigma.

El cuarto signo aparece no muy frecuentemente. El texto quitará las dudas.

Tau.

El segundo es cierto. Respecto del primero ya se ha tratado antes.

Ipsilon.

Cuídese de no confundir el primero y aun el tercero, con la N.

Phí.

Lo mismo que se ha dicho con relación al Marqués de Valdeflores, Sr. Velázquez, y también respecto de la X, PS y O.

GROTEFEND.

Alehp = A.

Este autor se aparta de los demás y para el valor de A pone los correspondientes á E.

Bheth = BH.

El primer signo y el tercero convienen con el del alfabeto del Dr. Puertas. El segundo es como el de las monedas *bilbilitanas*.

Ghimel = GH.

Aquí Grotefend no debe ser imitado. Los signos corresponden á *zeta*.

Than = TH.

El desacierto es mayor, pues los caracteres que encuentro pertenecen á PSI.

Dáleth = DH.

Véase lo dicho respecto de la *tau* de Velazquez y de Puertas. Aquí el trazo superior está unido á la línea vertical.

TET = T.

Aparecen aquí los caracteres propios de *th* ó *theta*. El cuarto es *eta* (E larga).

WAN = W.

El primer signo es como el octavo de la A en el alfabeto de Velázquez. El segundo generalmente es N (1), y el tercero es una variación del primero.

CHAP = CH. = (K.)

Ahora es cuando está más acertado el autor.

LAMED = L.

No hay dificultad en admitir el valor dado, teniendo cuenta de lo dicho anteriormente con relación á los mismos signos en los alfabetos del Marqués y del Dr. Puertas.

PHI = PH (P).

Téngase presente lo dicho antes respecto de estos caracteres.

HHHÁYIN = I (muy fuerte) aspiración muy fuerte.

Ninguno de los signos que nos ofrece valen para lo que intenta.

RESCH = R.

El último podrá admitirse en alguna ocasión, los demás no es posible. Aquí se advierte ya el error de considerar la PH como RHO.

Los restantes, colocándolos como inciertos, no hay por qué nos detengamos.

---

(1) Véase N Velázquez,

ALFABETO DE Mr. DE SAULCY.

A *inclinada á la* O.

Los valores de los signos dados están bien comprendidos, aunque en los signos cuarto, quinto, sexto y séptimo no puede creerse en modo absoluto. El octavo es más propio de la E.

B *y* P.

Sin decir Saulcy cuáles sean de la primera y cuáles de la segunda, juzgo que ha procedido acertadamente, aunque respecto de algunos, véase lo dicho anteriormente. Digo que ha procedido acertadamente porque, según las reglas eufónicas, las *labiales* cámbianse frecuentemente entre sí.

C *fuerte y* K.

Los mismos cambios se verifican con las guturales. Los signos están bien apropiados.

S *fuerte.*

No siempre tiene el signo ofrecido.

D *inclinada á* T.

Como en griego se clasifican de una manera los consonantes en *labiales, dentales* y *guturales*, no es de extrañar que la D se incline á T, puesto que las segundas se sustituyen á menudo entre sí como las *guturales* y *labiales*. El valor de los caracteres es admisible (1).

E.

Fuera del último signo, ninguno debe aceptarse. El primero, quizás alguna vez, teniendo presente que puede cambiarle de posicion el que haya escrito.

---

(1) Para evitar repeticiones cuando aparezcan signos iguales á los de los alfabetos anteriores, allí encontrarán los lectores las correspondientes advertencias.

E *aguda* (1).

Los signos todos corresponden á la letra, supone Saulcy.

I *análoga á la* ETA.

Los caracteres primero, segundo, tercero, cuarto, undécimo, duodécimo y décimotercero, pueden admitirse como tales. Respecto de los otros, véase lo dicho en los anteriores alfabetos.

G *dulce inclinada á Z.*

El signo corresponde á S y á veces á *Z*. La razón en las reglas eufónicas se encuentra.

G *fuerte y aspirada.*

No es el signo lo que desea Saulcy. Los autores modernos siguen en esto al dicho autor, y por eso creo que se equivocan.

I, Y.

Dadas las advertencias de los anteriores alfabetos, pueden admitirse los caracteres de Saulcy para las dos letras de arriba.

L.

Solamente el segundo y el tercero pueden ser admitidos, aunque en ocasiones pueden tener otra equivalencia.

M.

Nada hay que decir en contra.

N.

Lo mismo que de la anterior.

O — *breve.*

Para mí no hay dificultad en su admisión.

---

(1) ¿Qué razon habrá para ser aguda?

O — *larga.*

Conforme en esto, dado lo dicho antes con motivo de los mismos caracteres en los anteriores alfabetos.

R.

Hay diez y nueve signos. Los diez primeros de valor dudoso para Saulcy. Ya he dicho antes que no son R en el alfabeto de Grotefend. Los demás no tienen dificultad.

S.

Solamente el tercero puede ser á veces K.

T.

Son en calidad de duda los que presenta. El segundo, tercero y décimocuarto, como deficientes. El décimotercero ya se ha dicho antes que pueda ser, y el duodécimo, podrá ser en verdad T y no PH, si se considera el trazo inferior como prolongación de la diagonal del rombo.

V *análoga á la Ipsilon.*

Pueden admitirse los cuatro signos.

K *aspirada* (X *griego*) X *español*.

El primero y el segundo. El tercero ya se ha dicho que sea.

ALFABETO DEL SR. DELGADO.

Me consta por noticias posteriores á la publicación de LOS DATOS EPIGRÁFICOS Y NUMISMÁTICOS DE ESPAÑA, que el señor Delgado no poseía las lenguas *siro-árabes*. Es verdaderamente muy notable lo que hizo, á pesar de faltarle tan poderoso elemento, y creo que si hubiera llegado á dominarlas, antes la dificultad desapareciera.

Es, pues, dignísimo de respeto y consideración, aun cuan-

do ahora me vea precisado á rectificar en él lo que no juzgo acertado (1).

A.

Cinco signos nos presenta. El primero, á lo más, puede admitirse. Los cuatro restantes no es posible sino comparativamente, porque no encierran siempre el valor que nuestro autor deseaba.

El que coloca en la página CXIV (Prolegómenos, segundo en la lámina es una consonante P ó R.

B.

Esta letra es clarísima.

G.

Tan sólo el tercero puede aceptarse.

D.

Este signo no ofrece duda.

E.

Todos son admisibles.

V.

Entre los correspondientes á la presente letra, ninguno vale.

Z.

Considerando el signo invertido, cabe la interpretacion.

H.

Según la explicacion dada en la página CXIX, no hay dificultad en sus valores.

---

(1) No se incomoden algunos señores académicos por esto: la verdad se impone contra viento y marea.

TH.

Todos los signos corresponden á lo que deseaba el Sr. Delgado.

I (1.ª)

Lo mismo.

I (2.ª)

Lo mismo.

K C.

El primero y segundo, en cuanto pueden equivaler á X, que se cambia eufónicamente en K. De otro modo no son aceptables. Los siguientes, hasta el antepenúltimo, están entendidos; el penúltimo es A clarísima: y los restantes varían en A y K vocalizada y L.

L.

Está bien (1).

M.

No corresponde al signo. Es P S.

N.

Está bien.

S (1.ª)

Los valores valen por sus signos.

S (2.ª)

No es cierto. Los caracteres equivalen á M. Que alguna vez la S cambie de posición, nada tiene de particular. Mas no por eso se ha de creer un signo general.

---

(1) No se olviden las advertencias de los alfabetos anteriores.

O.

Conforme con los signos, hechas las salvedades anteriores respecto de algunos de ellos.

P.

Lo mismo que para la O digo para la P.

R.

Conforme con los tres últimos. Los primeros equivalen á P H.

Esto ha sido la causa de muchos errores.

Tz.

Aquí estuvo muy acertado el Sr. Delgado.

Q.

No pueden admitirse los dos signos que ofrece.

T.

La primera letra bien puede ser T.

Ipsilon.

No debe haber escrúpulo en conformarse con las letras que hallamos.

O *larga.*

Admito las trascripciones, dicho lo anterior apropósito de tales signos.

Las letras dudosas equivalen á A, ó á sus variaciones eufónicas y dialectales.

ALFABETO TURDETANO.

Hasta ahora he tratado de los alfabetos llamados ibéricos. Paso á los que tienen otras denominaciones. Delgado coloca el turdetano en la página CXXXIV.—*Prolegómenos.—F.º 1.º*

—MEDALLAS AUTÓNOMAS DE ESPAÑA. Todos los signos aparecen idénticos (y lo son en realidad) á los anteriores. Advierto, no obstante, una diferencia digna de tenerse en cuenta, y es que el signo colocado dudosamente como propio para la *omega*, es el mismo que presenta antes para la K (Coph) en posición vertical. Ya he dicho que como K ó Q no es aceptable, y sí como *omega*, ú otra vocal equivalente eufónica y dialectalmente. Véase en la lámina el signo que Delgado juzga correspondiente á *Samech*, único que se coloca por ser diferente.

ALFABETO LIBIO FÉNICE.

Puédesele considerar bajo un aspecto doble, ó con referencia al dado por *Z*obel y al que presenta Heiss. Me parece que Heiss procede con más acierto que el primero, al menos los signos *Beth*, *Ghimiel* y *Caph* pueden ser admitidos; pero en general ambos autores caminan por incierto derrotero.

LOS PP. MAURINOS.

El lector debe estudiar la obra *Nouveau traité de Diplomatique*, de los sapientísimos benedictinos, desde la página 625 hasta el fin, del tomo primero. Ya con sólo observar las inscripciones de sus láminas, no podrá menos de admirarse al echar de ver la gran semejanza de los caracteres allí estampados, con los de nuestras monedas y lápidas denominadas celtibéricas.

No puedo presentar todas las láminas, pues sería de un excesivo coste la impresión, y luego se hace caro el coste del libro al que tiene la costumbre de tasar las obras por el número de páginas, lo cual da por desgracia una idea pobre, muy pobre, del que así juzga los escritos, pues desconoce el célebre *non multa sed multum*.

Analizando la lámina octava de la citada obra, encuentro primero un alfabeto *Tirio* ó *púnico*, con el cual no puedo conformarme en manera alguna, pues hallo para la V signos

como los que se encuentran duplicados en las monedas gaditanas, que yo rechazo sean fenicias, y además colocan para la K signos que en el alfabeto fenicio primitivo pertenecen á la A.

Más luz ofrece el alfabeto *Etrusco*, cuyos caracteres en general convienen con los valores dados por mí á los signos de nuestras monedas, aunque con algunos correspondientes á R, SCH y V ha de procederse con mucho tino.

Tampoco es cierto el alfabeto Sirio, que ofrecen como de Fourmont en la misma lámina. Más propios aparecen el Pelásgico, el Arcadio y el Griego. Por lo tocante al último, los signos correspondientes á la A parecidos á puestra *p*, téngase mucho cuidado, pues no tienen siempre el valor de A, y ellos mismos lo dan ya á entender cuando los colocan también en el valor de R.

Pero donde los ilustres Benedictinos están verdaderamente admirables, es en la lámina X, correspondiente á la página 679 (1). Tanto en los caracteres correspondientes á los años 1200 hasta 400 antes de Jesucristo, como los que pertenecen á esta última fecha, hasta el siglo cuarto, despues de Jesucristo, son en realidad los que tocan á los caracteres ó á las letras de nuestras lápidas y monedas. Estoy seguro que si alguno se hubiera detenido en el estudio de cuadros tan notables, hubiera dado con la dificultad. Remito al inteligente lector á semejantes cuadros, y allí encontrará cuanto desee.

Alguno quizás llegue á extrañarse haga yo tan ingenuas confesiones, pues en cierto modo, vienen á quitar importancia al estudio hecho en mi libro *Datos epigráficos y numismáticos de España*. Si alguien por esto, tal vez envidiosillo, pretendiera alegrarse, espere un momento, si no quiere llevarse un chasco y reirse en tonto.

Pues voy á preguntar: los PP. Maurinos, ¿qué tuvieron presente al establecer cuadros de tanto valor? Los monumentos griegos. ¿Creyeron que los monumentos de España, á los

---

(1) Estúdiense y compárense.

cuales yo me refiero, eran griegos? No, y la prueba puede verla el lector en la lámina XIII, correspondiente á la página 703, que dice:

«*Alfabetos derivados de los caracteres griegos*» (1),

y bajo el núm. II se encuentra: *Español y antiguo africano sacado de las medallas*: y en columna, colocan después las letras correspondientes á veinte y cinco signos. No obstante, en la equivalencia de los signos, están más acertados que los autores modernos, aunque en algunos, como en la G, van fuera del camino recto. Tampoco tienen todas las letras, y si hubieran tenido entre las manos nuestras monedas, y visto calcos ó copias exactas de nuestras lápidas, de seguro ellos resolvieran el problema.

Antes de pasar más adelante voy á copiar lo que hallo en dicha obra y se necesita conocer para interpretar las inscripciones. Dicen así (2):

«Il n'est pas étonant, q'on recontre, dans la maniere de lire une inscription si antique, des dificultés plus on moins embarassantes, et quelquefois même insurmontables. Les unes naissent des lacunes, les autres des lettres, auxquelles il manque certains traits, plusieurs de la ressemblance des caracteres: d'où il s'ensuit, que les mêmes mots peuvent être lus de diférentes façons.»

Y en el número VII (3): «Las lettres A, R, D, O (4), se distinguent ici les unes des autres, et se ressemblent entr'elles tour à tour. Le ressemblance est plus marquée neanmoins entre les deux premières. A les dernières: pour rémédier à la confusion de l'A et R dans les incriptions *boustrophédones* du second age, on tournoit d'un coté la tête de l'P...

»L'E redoublé tenoit lieu de *e long* ou d'H grec.

---

(1) Hablan del alfabeto, no de la lengua.

(2) Tomo I, pág. 622, núm. VI.

(3) Pág. 623.

(4) Los signos en caracteres propios son para la A lo mismo que P con el trazo superior triangulado; para la R como P. Para la D un triángulo isósceles; y para la O como O.

»On ne sauroit prouver, que l'H se recontre une seule fois dans notre inscriptions ou comme vogelle, ou comme esprit rude. Il fait uniquement les fonctions d'un nombre. Ce n'est point au vogelles, mais aux consones qu'il se joint, et surtout au μ et au V, dont il fortifie le son: soit qu'il les précéde on qu'il les suive. Ainsi ecrivoit-on autrefois *Hludovicus* pour *Ludovicus; Hrabanus* pour *Rabanus*. Dans la suite l'H se combina aver les vogelles, et long temps avant que d'en faire partie, il distinguoit celles, dont la prononciation devoit etre rude, de celles qui devoient l'avoir douce...

»La même raison, qui faisoit marier l'H avec l'M pour vendre le son de celle-ci plus dur, lui associoit aussi quelquefois le B comme dans *BMelanippa* pour *Melanippa* (1).

»La ⊟ (2) n'etoit pas non plus en usage, mais on y supléoit par la jonction du K avec l'Σ.

»on y substitue ϑεος á θεος *dieu* (3).»

Tocante á la O con un punto central en el medio, véase lo que se halla en la pág. 631, nota 11.ª:

«Le point au milieu de l'O s'est perdu, si jamais il y á été mis (4). Peut etre les Grecs le suprimoient-ils quelquefois, à la maniere des etrusques.»

El lector debe ahora estudiar la paleografía griega del Padre Montfaucón y los escritos de Fourmont, y de esa manera podrá convencerse completamente. No haga caso de los que sin razones voceen, pues son las últimas señales de las moribundas teorías del misterioso celtiberismo. Las razones deben convencer al hombre sabio, y no es sabio quien se gobierna por mezquindades y envidias.

---

(1) Hacen constar con relación á la O que se empleaba siempre por ω, y que ésta ya se encuentra en inscripciones anteriores á Jesucristo, 800 años.

(2) Se refieren los PP. Maurinos á una inscripción que suponen de 1400 años, por lo menos, antes de Jesucristo.

(3) Es con relación al cambio de ϑ en θ.

(4) Véase el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tomo II, cuaderno 1.º (enero), pág. 34, láminas de *Huerta-Hernando*, líneas 1.ª, 4.ª y 5.ª, y para el signo 9.º, línea 1.ª, folio 5.º de la misma placa, la pág. 678, lámina XII, signo 9.º de la O en los PP. Maurinos.

NUESTRO ALFABETO.

Dado lo dicho, y conocidas las modificaciones que deben introducirse en los alfabetos anteriores, el inteligente lector puede por sí sólo formar el cuadro del verdadero alfabeto.

BERNARDINO MARTIN MÍNGUEZ,

Profesor de lenguas indo-europeas y africanas.

COSAS DE MADRID

Continuación (1).

INFORMES DE UN TESTIGO.

PRELIMINAR ACLARATORIO.

HACE un rato, lector benévolo, me ví sin saber cómo á solas con mi pensamiento, con voluntad de apelar á la memoria en demanda de recuerdos de añejos y casi olvidados sucesos, sin que la última me ofreciese otra cosa que sombras nebulosas de lo que fué, desvanecidas apenas se presentaban, cual espíritus burladores de mi empeño por darles forma corpórea y coordinación arreglada.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y la penumbra del día y la noche daba á los objetos que me rodeaban la dulce vaguedad precursora de una noche serena. Las estrellas comenzaban á brillar en el espacio, y por mi entreabierta ventana

(1) Véase la pág. 425 del tomo anterior.

Algunos amigos juzgan que para mayor claridad en tantas y tan diversas materias, hubiera sido conveniente poner un sumario al frente de cada capítulo. Agradeciendo la observación, debo manifestarles que siempre fué mi ánimo colocar los sumarios como índice al fin de la obra.

penetraba el aire fresco de los montes carpetanos, apenas dibujados en lontananza. Un manso gato blanco y rubio como aquel Zapirón *que después de las aguas del diluvio fué padre universal de todo gato*, roncaba á mis pies con el rugido peculiar á los de su especie que no tenemos palabra propia con que definir. Los ruidos de la calle ascendían hasta mí apagados y confusos: todo era misterio en la naturaleza, aun para quien como yo nunca dió crédito á misteriosas apariencias. Sin embargo, no hay hombre capaz de hacerse completamente superior á la influencia del medio que le rodea. En la soledad de un bosque nadie conserva el ánimo de igual manera que bien acompañado á través de una fértil campiña. Por otra parte, en mi ser intelectual se realizaban fenómenos anormales. La memoria, que siempre me guardó fidelidad, sin embargo que su nombre de mujer la hiciese faltarme algunas veces, me presentaba en la mente los hechos y personajes en confuso y fantástico tropel, como en los cristales de una linterna mágica de cuyas figuras se hubiese borrado el contorno. Oía cantos bélicos, coplas burlescas entonadas por guerreros de brillante uniforme algunos, otros con la ropa destrozada por el fuego y el hierro enemigo; los había también sin más arreo militar que la escarapela nacional y armas de forma y calibre diverso, y á todos hacían coro elegantes damas de mórbida belleza, mal oculta bajo estrecha vestimenta, galanes caballeros de caprichosos trajes, un pueblo enflaquecido por el hambre, pero animado por su confianza en Dios y su amor á la patria, y allá, en lo más alto, miserables pigmeos que se encumbraron arrastrando, y al mirar que su plebeya persona brillajeaba con un poco de oro, ya que no perdieron el sentido, por no haberle tenido nunca, llevaron su ceguedad hasta comprometer el poder supremo haciéndole servir de instrumento á su bastardo egoísmo, y como término y sobreponiéndose á víctimas y verdugos, mostraba sus agigantadas formas el monstruo de la guerra civil, aborto del infierno, nutriéndose con su propia carne, siempre renaciente, á manera de las entrañas del Prometeo de la fábula.

¡Cuántos féretros pasaron! Perdí el número, cansado de tanto divagar, y desconfiando de mi razón, juzgándome, aun-

que despierto, bajo la presión de un mal sueño, quise desvanecerle volviendo al mundo real, y para ello ningún medio más prosaico encontré que encender un cigarro del estanco en una fosforera de cinco céntimos.

Así lo hice, pero en balde. Nunca tuve la suerte que otros dicen haber tenido de contemplar en las espirales del humo del tabaco esas sílfides y ondinas aéreas que tanto les divierten. Veo nada más que humo, y si el tabaco es malo, la confirmación de mi mala estrella que no me permite fumarle mejor. Si al menos, decía para mí, tuviera yo el privilegio que Chateaubriand dice que tuvo de conocer una musa que se le apareciese en los lances críticos, la pediría consejo; pero no tengo relaciones con ninguna de las nueve hermanas, ni aun parienta lejana de la familia, y caso de que me atreviese á invocar á cualquiera, de seguro tomaría por atrevimiento que un hombre demandase su primer visita en un cuarto á oscuras. Estoy solo, completamente solo; sin más compañía que ese ejemplar de la raza felina que goza á la sazón tan tranquilo sueño. No encuentro más remedio para desvanecer ilusiones que salir en busca de aire que me refresque la cabeza. Al decir esto dejé la silla, y ya me disponía á tomar el sombrero, cuando me pareció escuchar, ó más bien sentir, una voz sin eco ni acento, como el genio de Sócrates, que formulaba:—Busca y encontrarás.—Palabras santas, pensé; pero la letra mata, el espíritu sana. ¿Qué puedo encontrar en un cerebro vácío, ó cuando más lleno de retazos de todos colores, como cajón de sastre, sin que de ellos pueda sacarse nada de provecho?—Te aprovecharán si tratas de escribir la verdad como introducción á lo que te has propuesto.—¿Y quién eres tú, repliqué volviéndome hacia lo más oscuro del aposento, que así adivinas lo que pienso?—Soy la voz de tu imaginación.—Eres loca.—Y tú temerario.—Sueles engañarme.—Menos veces que tú has despreciado mis racionales advertencias.—¿Vienes en son de acusadora ó como amiga?—Lo último más bien. Aprovéchate luego, pues mañana puede ser tarde.—Me someto.—Escucha, y sírvate la luz que voy á infundir á tu entendimiento para no culparme de cavilaciones que sólo debes á falta de cordura.

Has pretendido un imposible al solicitar de tu memoria recuerdos de los primeros años de tu infancia, tan exactos como fuera necesario para juzgarlos. Viendo la confusión en que te hallabas, acudí en auxilio tuyo delineándote los hechos según los concebías entonces. No pude hacer más: otra cosa sería un fenómeno que no me es dado realizar. Ocasión era esta para demostrarlo hilvanándote alguna disertación acerca de las *sensaciones*, ó cuando no, la parte metafísica del *yo* y el *no yo*, lo *objetivo* y lo *subjetivo;* mas te hago merced de suprimirlo, y sobre todo á los lectores, á quienes estoy segura trasmitirás nuestra conferencia, según la comezón que sientes por encontrar auditorio. Pero aún he de hacer más por tí explicándote los trazos que debieron bastarte para entrar con seguridad en el terreno que por conocido puedes cruzar con desembarazo.

Esos himnos guerreros que zumban en tus oídos, son ecos vagos de la guerra de la Independencia, que arrullaron el sueño de tu niñez y desvelaron mucho á las falanges del tirano de Europa: respétalos como símbolo de glorias inmarcesibles, pero no es del caso recordarlos sino en ocasiones como aquélla. Las coplas cuyo estribillo ridículo y mal versificado tanto te divertía, aunque de otro género tuvieron el mismo objeto que los anteriores. Son parodias grotescas de los cantos revolucionarios exóticos *La Marsellesa*, *La Carmañola* y *El Ça irá*, que tantas víctimas oyeron con terror y á tantas naciones infundieron espanto, y en España se consideraban los más propios para alegrar las cantinas del campamento ó acallar el llanto de los niños.

Has entrevisto soldados de uniformes diversos. Así estaba el ejército español en 1814. Los regimientos que tuvieron la fortuna de reformar el vestuario presentaban un aspecto marcial y brillante con sus largas cordonaduras, altos plumajes, casaca y pantalón. Los menos dichosos sólo tuvieron las ropas encontradas en los almacenes enemigos ó los despojos del campo de batalla. Quedaban los guerrilleros de calificaciones diversas, con alguna que otra prenda de uniforme, que conservaron mucho después de terminada la campaña.

Las damas de rara vestimenta eran las llamadas *preciosas*,

envueltas en angosta falda, descotadas hasta lo inverosímil, según la moda francesa. Muy poco duró en Madrid, sustituyéndola las señoras casadas por saya de sarga negra, pañuelo de encaje del mismo color; de tul ó encaje también era la mantilla, adornando el cuello collar de coral, ámbar ó hilos de perlas.

Las solteras jóvenes llevaban saya de alepín con fleco de cordonería de media vara, con golpes y hombreras, toquilla de tul bordada con oro, mantilla de punto redondo, media de seda calada, zapatos de raso y peineta dorada.

Las muchachas de clase inferior vestían jubón de estameña negra, de manga larga y ajustada, falda de lo mismo plegada al rededor de la cintura, al cuello pañuelo blanco de muselina, zapatos de cordobán con pequeñas hebillas de plata, peinado el cabello en forma de rodete y cubriendo la cabeza, ó echada sobre los hombros mantilla de franela blanca ó negra guarnecida de terciopelo.

Los hombres fueron paulatinamente adoptando las modas de la *juventud dorada* de Thermidor, y luego de los *increíbles* del Directorio. Primero los fraques de alta cintura y faldones largos y estrechos, pantalón de punto, botas hasta la rodilla, ó bien más bajas con campana charolada de color de ante ó zapato bajo, chaleco corto y sombrero de copa, caña de Indias en la mano, sin olvidar nunca la voluminosa corbata con lazo enorme y complicado. Después se adoptaron las levitas, carricks de tres esclavinas, capotes de barragán con mangas, á que vulgarmente llamaban de *gruñe-gruñe*, por el ruido que hacían, grandes paraguas azules encarnados, guantes de hilo por lo común, y muchos sellos y diges en el reloj.

¿Recuerdas una tarde de aquellos años anteriores á 1820 que al cruzar tus padres la calle del Barquillo vieron venir una turbamulta dando desaforados gritos contra los liberales?

—Perfectamente, y nunca olvidaré que mi padre arrancó al punto las borlas que llevaba en la parte alta de las botas y mi madre las cintas llamadas *galgas* con que sujetaban el calzado las señoras.

—É hicieron muy bien, y á tiempo, pues á tardar, se hu-

bieran expuesto á un mal encuentro con aquella bárbara muchedumbre perseguidora de constitucionales.

Se te han representado también sombras descarnadas y famélicas. Eran el pueblo del Dos de Mayo. Apenado por el hambre, rechazaba el sustento de manos del invasor, prefiriendo la muerte á la humillación. El anciano venerable, de ojos brillantes y aspecto cadavérico que viste en primer término, era aquel alto empleado de Hacienda que conociste luego, á quien tan honrosas bromas se daban por la costumbre que adquirió de desayunarse con una taza de agua caliente, á falta de alimento.—¿Por qué hace V. eso, D. Ramón?—que así se llamaba, le preguntaron.—Para calentar el estómago—respondió con naturalidad.—Todo por no admitir destino del Gobierno intruso. Nunca un espartano dió contestación de tan sublime sencillez.

Los pigmeos que viste encaramados eran las camarillas que con el mote de Gobierno salieron á mandar en España de entre los bagajes del ejército vencedor.

Cuéntase que recién venido Fernando VII se presentó á ofrecerle sus respetos el famoso D. Juan Martín el Empecinado. Miraba el guerrillero á una y otra parte, buscando un rostro conocido, tanto, que notando el Monarca su curiosidad, ó tal vez queriendo desconcertar su ruda entereza, pues era asaz aficionado á sacar de quicio á los caracteres más firmes:—Estos son los grandes de mi corte—le dijo entre grave y burlador;—supongo no conocerás á ninguno.—Con efecto, señor—respondió el heroico militar con acento sereno;—á ninguno de estos caballeros he visto en campaña.

No eran grandes los que allí estaban, sino de tan mezquina condición, que no acertaron á plantear un absolutismo reaccionario como se estableció en toda Europa, sino al modo que se conocía en Marruecos, y aun no sé si todavía más absurdo, en el pueblo que tan altas pruebas de virilidad, inteligencia y amor á la monarquía acababa de ofrecer.

El monstruo de la guerra civil sobrevino á consecuencia, y desde entonces pareció España tierra de maldición y patrimonio del diablo.

Calló en esto mi nueva Egeria, ó bien me hallé más confor-

me conmigo mismo, pues no acierto á explicar cómo llegaron á desvanecerse las confusiones de mi ánimo, lo cierto es que le tuve para seguir mi tarea, si no con buen acierto, del modo que se verá en lo que á continuación sigue.

1820-1823.

I.

Desde las ocurrencias del 10 al 11 de mayo de 1814 no hubo en Madrid verdadero sosiego; por consiguiente, faltó á las costumbres la espontaneidad necesaria para merecer nombre de tales. Fué aquel período una especie de aturdimiento del espíritu público confundido entre vacilaciones de que no se daba cuenta, ni acertó á resolver el menguado Gobierno, no llevando él mismo otro fin que no fuese el insensato propósito de borrar la memoria de lo anterior, y sobre todo las consecuencias, pero sin sustituirlo con nuevas ideas y procedimientos, ni menos buscar en lo pasado ejemplos que le satisfacieran. Así es que lo mismo prohibía *El sí de las niñas* de Moratín, que *La vida es sueño* de Calderón; de igual manera anatematizaba *El Evangelio en triunfo*, del arrepentido Olavide, que *Las ruinas de Palmira*, de Volney. En cambio lograron carta blanca por algún tiempo los cuentos algo libres del abate Casti, del género de Bocaccio, creyendo á su título, que tradujeron *Cuentos castos*, suficiente pabellón que salvara la mercancía.

Redujéronse, pues, los entretenimientos de los habitantes de Madrid en aquellos años á funciones de iglesia, fiestas palaciegas y observarse unos á otros en la duda de cómo pensaría cada cuál de lo que había sucedido y estaba sucediendo, contar algunas bufonadas de Chamorro y otros favoritos de su ralea, leer la *Gaceta*, buscando algunos pormenores de las continuas conspiraciones que estallaban por todas partes, y

desvelarse en averiguar mentalmente cómo un Rey tan *deseado* trataba tan mal á los que más se habían sacrificado por sus derechos, y cómo podían ofender al Monarca personas que con tanto heroísmo defendieron su causa, y entre Monarca y súbditos quién podría decir con mayor razón que donde comienza la injusticia termina el agradecimiento. Pronto los hechos vinieron á explicar, si no á resolver, tales incertidumbres.

Alentado por el pronunciamiento del Conde de La Bisbal en Ocaña, el pueblo invade la mansión regia y obliga al Soberano á jurar la Constitución de 1812 ante el Ayuntamiento de la villa (9 de marzo de 1820). Por de pronto se había resuelto una dificultad; en adelante cada día ofrecería la suya.

Todo lo que antes fué atonía y marasmo en la vida social de Madrid, fué desde aquella hora animación y fiebre de novedades. Le dijeron que era soberano y lo creyó de buena fe, comenzando su reinado por dar libertad á los presos políticos, sin olvidar los de la Inquisición, á cuya cárcel fué en busca de los aprisionados y horribles instrumentos de tortura, que suponía de cierto hallar en abundancia. Así lo hizo como lo pensó. La Inquisición de Corte estaba en la calle de su nombre, hoy de Isabel la Católica, en la casa marcada con el número 4. La muchedumbre se agolpó con deseo de visitar los horribles calabozos, sacar á luz las máquinas atormentadoras, y sobre todo los escuálidos y macilentos presos que de seguro allí sufrían padecimientos indecibles. Pero ¡vana ilusión! Los calabozos se redujeron á un sótano de poca extensión, depósito de algunos muebles viejos, rotos y desvencijados, que no por eso dejaron los visitantes de sacar á público examen cual testimonio de celo. ¿Y los presos? A éstos se les concedió el honor de ser llevados en hombros por las calles. Fueron tres los encontrados en las habitaciones altas del edificio, nada flacos ni estenuados, por cierto, sino lucios y orondos, especialmente D. Luis Ducós, rector hospitalario de los franceses.

No dice la historia dónde los dejaron en tierra sus conductores, ni tampoco el paseo que dió á las víctimas su comitiva; pero lo que no puede dudarse es que la invasión del terrible tribunal, convertida en objeto de chanza, demostró con inflexible lógica que se le habían caído al monstruo los dientes

para no renacerle jamás. Mejor dicho: que los tiempos cambian y con ellos las instituciones.

Por aquellos días hubo mucho que hacer: colocar una lápida provisional en la Plaza Mayor; discurrir por las calles con el libro de la Constitución alumbrado por hachas de viento, invitando á los que pasaban á besarle con la rodilla en tierra; disponer músicas, luminarias y colgaduras; cantar por las calles vestidos hombres y mujeres con sus mejores ropas; adornarse con cintas verdes con letreros que decían: *Juré mi suerte: Constitución ó muerte;* dar vivas á todo el mundo, en los cuales no tocaba al Rey constitucional la menor parte: lo que no se hizo fué cometer ningún atropello, ni dirigir á nadie el más pequeño insulto. Era un entusiasmo noble, digno de un pueblo que juzga realizadas sus esperanzas y olvida las ofensas pasadas en gracia de la ventura presente.

Mas no bastaba al aura popular aquel regocijo pasajero; ansiaba demostraciones de más permanencia, y las demostró al fin.

Se le dijo también que de ninguna manera se defendía mejor la libertad que encerrándola dentro de un uniforme, y también lo creyó, agolpándose á inscribirse en la Milicia Nacional, local, voluntaria. En poco tiempo se formaron tres batallones bien nutridos, con dos escuadrones, compuestos unos y otros de lo más granado de la población; en todo 5.000 hombres, aproximadamente. El vestuario era costoso y muy magnífico; por raro privilegio daba el Ayuntamiento una prenda al que lo solicitaba. Dos equipos tenía cada individuo; la casaca para gala con schakó de cordonadura de plata y seda y airón de pluma, encarnado los granaderos, verde los cazadores y amarillo con cabos rojos los fusileros, de cuyos colores eran los golpes del uniforme. El traje de diario consistía en una levita gris, nada airosa por cierto, con una fila de botones y morrión enfundado. Se permitía sombrero apuntado, y lo que entonces se llamaba *peti-uniforme*, que era una casaca azul sencilla, sable con tirantes y vaina de hierro; pero esto no era de reglamento, sirviendo sólo para visita ó paseo, pues el uniforme de miliciano se consideraba traje de etiqueta.

La bendición de banderas se celebró con grande solemnidad

y entusiasmo en el templo de Atocha. Un padre reverendo, á quien se confió la oración sagrada, la exornó con el texto siguiente: «Dad á Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César, *y á la Nación lo que es de la Nación*,» demostrando prácticamente que bien puede haber sucedido lo que se cuenta del predicador, que á fuer de sencillo, dijo á su auditorio: «Así dice el Espíritu Santo, *y en parte dice bien*,» y que no es todo invención en los sermones de fray Gerundio de Campazas.

Sin embargo, el correctivo á la santa máxima pasó sin inconveniente ostensible, aprobado por unos, tolerado por muchos, y sin advertir por la mayor parte.

Se formó asimismo un batallón de milicia infantil, con sus jefes, uniforme, instrucción militar, revistas, ejercicios, etc. Esta era la época, como antes lo fué de vestir á los niños de frailes. Los señores del Ayuntamiento quisieron imitar á los pueblos de la antigua Grecia, que adiestraban á la infancia en el manejo de las armas, como después se imitó á los *sansculottes* con los *descamisados*. Fué una de las mayores desdichas de aquel sistema proceder por imitación de prácticas extrañas, cuando en nuestros anales existen ejemplos de libertad democrática superiores y antecedentes á cualquiera otros.

Las sociedades patrióticas, tan funestas al sistema constitucional, vinieron poco después. La primera se organizó en el café de Lorencini, situado en la Puerta del Sol, sociedad que fué también la que antes comenzó á obrar como si fuese cuerpo político, á semejanza del club de los Jacobinos en la primer revolución francesa, creciendo su audacia con la tolerancia hasta el punto de tratar de imponerse en el nombramiento de los Ministros. Pero su misma exageración la desacreditó y su vida fué corta. Se dijo que el Rey fomentaba estas sociedades por medio de sus parciales, y es de admitir la suposición, pues nada tan contrario á la libertad como las predicaciones de los falsos tribunos.

La sociedad de La Fontana de Oro fué de más larga existencia y fecundidad en sucesos. Ante todo, veamos el juicio que hace de ella D. Antonio Alcalá Galiano, orador de los más elocuentes y asiduos en aquel centro perturbador.

«..... Los personajes de más valía entre los constitucionales de Madrid, determinaron formar una sociedad, que, como compuesta de buenos elementos, había de realizar las halagüeñas ideas de una reunión donde, ventilándose en paz los negocios con templados y juiciosos discursos, se ilustrase al pueblo, produciendo en él tan buen efecto cuanto malo le habían causado los yerros y excesos de los tribunos de Lorencini... La primera sesión debió desengañar, sin embargo, á quienes se formaban tan lisonjeras ilusiones. Una tribuna alta en el espacioso salón del café estaba destinada á los que arengaban al auditorio. Una barandilla separaba el lugar destinado á los socios del que lo estaba á los meros oyentes. La concurrencia, como las de su clase, no venía á aplaudir sino lo que se acomodase á su gusto, y á tales turbas sólo agradan declamaciones en censura de los que mandan. Algunos hablaron y fueron oídos con satisfacción; pero los aplausos mayores quedaron reservados á D. Antonio Alcalá Galiano, que en declamación apasionada y fogosa, si bien con ciertas formas hábiles y aun pérfidas, sustituidas á las torpes invectivas de los de Lorencini, abogó por el interés de la revolución, uno mismo con el suyo, y dirigió su desaprobación al Marqués de las Amarillas. Hablaba el orador de las personalidades, y no sin razón sustentaba, contra un error á la sazón dominante, que en Estados libres la pluma ó la palabra por fuerza habrían de usarse en elogio ó vituperio *de los hombres* á la par que *de las cosas*... En suma, la sociedad de La Fontana estaba á la devoción, si no de los alborotadores declarados, de los futuros opositores al Gobierno... El público allí concurrente se formaba asimismo en la escuela revolucionaria, y embelesados con las á menudo huecas declamaciones de los tribunos, aun contra la voluntad de éstos, y siempre allende los deseos de sus maestros, aprendía á aplicar por medio de la sedición, las doctrinas en que se iba imbuyendo.»

En tanto las sesiones ofrecían cada vez aspecto más pintoresco. Había muchas señoras socias, y no eran por cierto las que menos alborotaban. Algunas usaron la palabra, si no con general aceptación, con estrepitoso bullicio; peroraba cualquiera que obtenía permiso, y entre los oradores de afición

descolló cierto oficial de albañil, á quien dieron en llamar el *diamante en bruto*, por el mérito que hallaron algunos en los partos de su inteligencia, á vueltas de un lenguaje desaliñado. Lástima que no pudiera sostener su reputación desde una noche en que subió á la tribuna y comenzó diciendo:—Ciudadanos: Hay malas noticias de París de Francia.—Abajo ese borrego,—le interrumpió una voz estentórea, y previo un escándalo en que las risas y las interjecciones agresivas se disputaron la preferencia, se eclipsó el brillo del diamante para no recobrarle jamás.

No tan sólo dentro del salón eran diarias las emociones fuertes, sino que á sus inmediaciones tenían seguridad de encontrarlas los aficionados á bullangas y asonadas. Muchas se recuerdan, pero con pocas basta para calificar el género.

Sabido es que en la Puerta del Sol existía, inmediata al Buen Suceso, la tradicional fuente de la *Mariblanca*, ahora en la plaza de las Descalzas. Allí sentados alrededor de los cántaros de cobre, que desde tiempo inmemorial usaron en aquel sitio para conducir el agua, departían una tarde los aguadores en sabrosos y atronadores coloquios, cuando acertaron á pasar dos guardias de corps, y señalando á la pareja más inmediata de astures, dijo uno de aquéllos á su compañero, con verdad ó sin ella:—He ahí dos *soberanos* matando piojos.—Era la hora de entrar en el club, que por no sé qué asunto urgente celebraba sesión más temprano; oyeron el dicho algunos socios, no les hizo gracia la alusión á la *soberanía* nacional, dieron la voz de alarma, acudieron los demás, y con auxilio de la gente que se agrega siempre que hay ocasión de alterar el orden, la emprendieron contra los agresores, que, merced á la intervención de la guardia de milicianos del principal, salvaron la integridad de su persona.

Menos fortuna tuvo cierto chusco, que viendo á la entrada del café una mesa con dos velas y una bandeja en que se recogían ofrendas con destino á obsequiar á Riego, dijo echando dos cuartos:—Por el alma que va de tumba.—Tomáronlo por grave insulto los más exaltados, y acometiendo al decidor en lugar estrecho, le dejaron molido y asendereado, sin que nadie pudiera valerle.

Pero sobre todo, fué célebre el tumulto que después se ha conocido con el nombre de *Batalla de las Platerías*. Dióle pretexto haber relevado al mismo Riego del mando de la Capitanía general de Aragón, señalándole de cuartel la plaza de Lérida.

Encendiéronse al saberlo los ánimos de los exaltados, y dispusieron, como protesta, pasear en procesión por las calles de Madrid el retrato del General depuesto, pintado con el libro de la Constitución en una mano y abatiendo con la otra los monstruos de la ignorancia y la tiranía. La sociedad de La Fontana anunció el acto para el 18 de setiembre, de tres á cuatro de la tarde (1821). Era entonces Capitán general de Castilla la Nueva D. Pablo Morillo, y jefe político el General San Martín, ambos de carácter firme y entero, conocidos de los alborotadores como enemigos de tumultos y asonadas. Parecía natural que esto les contuviese; pero no fué así. En vano el jefe político envió algunos concejales á La Fontana para que mediasen con los oradores más ardientes; en vano publicó la víspera de la función un bando prohibiéndola y suspendiendo hasta nueva orden la sociedad patriótica; inútil fué que mandase al alcalde arrestar al dueño del café y á varios socios; la autoridad fué atropellada por los grupos, sufriendo toda clase de insultos y vilipendios. La procesión salió á la hora designada, prorrumpiendo en alegres vivas al cruzar la Puerta del Sol, viendo que la guardia no estorbaba su marcha. Atravesaron la Plaza Mayor con intento de depositar el cuadro en las Casas Consistoriales; pero al desembocar en la calle de las Platerías, la encontraron llena de tropa y Milicia con Morillo y San Martín á la cabeza. Adelántase el primero seguido de un batallón de nacionales, intima á los amotinados la orden de retirarse sopena de ser cargados á la bayoneta; la Milicia forma en columna, baja las armas, el Capitán general arrebata el cuadro y la multitud corre por donde puede, dejando la calle libre y la población tranquila y silenciosa.

En tan breve jornada, no faltaron episodios grotescos. Refería uno de los milicianos, y otros autorizaban su relato, que durante la intimación de Morillo á los manifestantes, un pelgar desarrapado gritaba á voz en cuello:—¡Que salga el

Ayuntamiento, que lo mando yo, que no soy ningún pichirichi!—Hombre, le dijo el miliciano, sujeto grave y de ocurrencias felices, pichirichi ó no pichiriche, métase V. ese faldón.—Caballero, no había reparado, dijo el voceador echando una mano á ocultar la camisa, que los desgarrones del pantalón no cubrían lo necesario, y corriendo en este ademán á unirse con sus compañeros.

La sociedad de la *Cruz de Malta* (calle del Caballero de Gracia), en cuyo recinto se pronunciaban todas las noches las más violentas diatrivas contra el Rey, dió tales disgustos al Gobierno, apelando á la calumnia y la superchería, que al cabo se vió obligado á cerrarla á mano armada.

Tan grandes elementos de perturbación hubieran sido poco á no contar con las sociedades secretas que los alentaban y sostenían, dividiendo al partido constitucional en fracciones enemigas, únicamente acordes en combatir al Ministerio, cualquiera que fuese, pues para ninguno podían ser aceptables en el poder las predicaciones de que tal vez se valió para subir. Había la sociedad del Grande Oriente, la de los Anilleros, como ramificación de la anterior; los Comuneros, los Descamisados, los Gorros, la del Martillo, la Landaburiana, y la del Angel exterminador por parte de los realistas; además de los nombres genéricos de liberales y serviles y sus derivaciones en moderados y exaltados, pancistas, facciosos y feotas. Un motín diario á nadie sorprendía. Las asonadas duraban semanas enteras, con la intranquilidad consiguiente, por más que no revistiesen el carácter peligroso de las que han sobrevenido después. Se ponía sobre las armas la Milicia, acudían á visitar los puestos y retenes las familias y amigos de los milicianos, y el carácter expansivo que siempre distinguió al pueblo madrileño, encontraba en el aparato militar causa de regocijo y diversión comunicativa. Se gritaba mucho, se cantaba más, se bailaba algún tanto, caía el Ministerio, ocupaba otro su puesto, y sin preguntar quiénes le componían, se preparaba la gente á vocear contra él, tanto como se había voceado contra el anterior. De ahí no pasaba.

Algunos feísimos lunares oscurecieron el cuadro. En primer término el horrible atentado contra el cura de Tamajón D. Ma-

tías Vinuesa, asesinato villano de un reo puesto al amparo de la ley, sobre cuyo delito había recaído sentencia; pero tan pocos fueron los autores, tan corto era su malvado poder, que catorce jinetes del regimiento de Almansa, al mando del Marqués viudo de Pontejos, bastaron para ahuyentarlos de la cárcel de Corte, donde trataron de hacer con el *Abuelo*, cabecilla realista, lo mismo que acababan de ejecutar en la cárcel de la Corona con el capellán de honor.

Otro caso fué los insultos dirigidos por dos docenas de hombres pagados (así dijo en las Cortes el Sr. Sancho) á los representantes Conde de Toreno y Martínez de la Rosa, al salir de las sesiones, cuyos señores hubieran sufrido algún atropello sin la protección de la fuerza armada y de algunos amigos. Pero no satisfechos los sediciosos, fueron á la casa del Conde de Toreno, insultaron á su hermana, la viuda del General Porlier, ahorcado en la Coruña por causa de la libertad, destrozaron los muebles y maltrataron á los criados. Las autoridades, y principalmente el General Morillo, que acudió con tropas, dispersaron á los revoltosos, arrojándolos igualmente de la casa de Martínez de la Rosa, que también intentaron asaltar.

Un grito unánime de indignación se alzó en las Cortes y fuera de ellas contra tan punibles excesos, y se dictó una ley represiva del derecho de petición que servía de pretexto á los motines.

Aun los hechos de armas no tuvieron el carácter sangriento que han tenido luego. Según los partes oficiales de la jornada del 7 de julio de 1822, la pérdida de los milicianos consistió en 3 muertos, 41 heridos y 16 contusos: la de los guardias en 14 muertos. Los heridos no se expresan.

Los himnos patrióticos de entonces merecen algunos párrafos por el abuso que se hizo de ellos y por el carácter que dieron á la situación. A ninguno han podido igualar en mérito los compuestos después. La música de todos revela una maestría admirable, y tal expresión y sentimiento para significar la idea que se proponen, como raras veces es dado concebir. La letra, por lo general, nada tiene de recomendable.

Merece sitio privilegiado el famoso *Himno de Riego*, verso

del que fué ayudante del General cuyo título lleva, Sr. San Miguel. Dejo aparte si la música son reminiscencias de algunos aires escoceses; tampoco entraré en la historia de su composición, pues los pareceres son varios, y sujetos de más conocimiento músico que yo han dado el suyo; es lo cierto que apesar de tanto como se ha repetido y de las muchas farsas á que se recuerda ha servido de acompañamiento, conserva siempre novedad.

La canción de *La niña* también es característica, y no falta quien la encuentre igual, si no preferible á la anterior.

El himno bélico de *Libertad sacrosanta*, compuesto con destino á la Milicia Nacional de caballería, es grave y armonioso. El de *Corramos á las armas* indica perfectamente el toque de alarma, así como el de *Landáburo* es una marcha fúnebre bélica y solemne.

Canciones como *El trágala* siempre deben censurarse, apropiadas como son para originar tantas desgracias, venganzas y odios como aquélla produjo; pero ¿quién duda que constituyó una parte integrante de las costumbres políticas de 1820 á 1823, y por tanto que no debo omitirla? Y sube de punto su importancia por haber merecido se cantase la noche del 3 de setiembre de 1820 en el Teatro del Príncipe, por el mismo Riego y sus ayudantes, acompañados de la plebe, apesar de la oposición del jefe político, cuya existencia hubiera corrido peligro, á no defenderle con sus cuerpos dos oficiales de la Milicia Nacional. Así lo refieren los escritores coetáneos. Don Evaristo San Miguel, en la *Vida de Argüelles*, dice que no llegó á cantarse *El trágala*. ¡Ojalá hubiera sido así!

Otra canción hubo, indigna de mencionarse por lo insolente y agresiva, aún más que *El trágala*; pero la circunstancia de haber aplicado al Monarca un epíteto en relación con una de las facciones de su semblante, dió á la cantata celebridad poco envidiable.

Este insulto y otros parecidos hubieran bastado á preparar el ánimo del Rey más tolerante contra el sistema constitucional; ¿qué harían en Fernando VII, que según parecer de un escritor moderno, era el más revolucionario de cuantos revolucionarios le rodeaban, que nunca se distinguió por lo pa-

ciente y con frecuencia por el disimulo? El mismo Rey, que era también excelente músico, tocaba y cantaba al violín la canción susodicha, con su estribillo *¿Eh? ya me entiende V.* —¿Qué te parece?—preguntó á un gentilhombre de servicio. —¡Señor!...—Ríete—añadió el Soberano;—te doy licencia para reir, que yo también me río. Se añade que dicho esto rompió el violín contra el mármol de una mesa, variando el estribillo *¿Eh? yo me vengaré.*

Los verdaderos hombres de gobierno lamentaban el extremo á que las cosas iban llegando, sin poder evitar los errores de un pueblo nuevo en el camino de la libertad y extraviado por los demagogos.

Ocasionó grandes turbulencias victorear al Rey sin el sobrenombre que oficialmente se le daba. —¿Por qué no añade usted *constitucional*?—dijo un patriota á cierta manola que sólo gritó: ¡viva el Rey!—Porque yo no pongo motes á *naide* —contestó la interpelada.

A imitación de la revolución francesa, se abusó de la palabra *ciudadano,* hasta ponerla en ridículo. Voceaba por las calles su mercancía la *ciudadana cangrejera,* y un prestidigitador, establecido en la calle del Caballero de Gracia, se anunciaba con el título de *Ciudadano Mantilla.* Hubiera sido inútil decir que la ciudadanía en las naciones modernas, donde todos son iguales ante la ley, no tiene aplicación como en la antigua Roma, donde era un calificativo de privilegio en la república ó imperio, á favor de los habitantes de la ciudad y su término, ó sea el *ager* romano, cuando reunían las circunstancias necesarias para disfrutar los derechos de ciudadanos, que no eran pocos ni acordes con la dignidad humana.

Una escena extraña por su índole especial tuvo lugar el 16 de marzo de 1822 en el recinto de las Cortes, con motivo de hallarse á las inmediaciones de Madrid el segundo batallón del regimiento de Asturias, á cuya cabeza había Riego proclamado la Constitución. El Ministro de la Guerra anunció á los representantes que era la voluntad de S. M. que tan benemérito cuerpo entrase en la capital, pasando por la plaza de la Constitución, y que las Cortes permitieran desfilara por delante del Congreso. No sólo accedió éste, sino que acordaron

los diputados que una comisión por clase se presentara en la barra, donde recibiría de manos del Presidente un ejemplar del Código fundamental que conservaría el cuerpo como de su propiedad, regalándole también uno de los primeros leones que se acababan de fundir con destino al ejército en sustitución de la bandera. Con efecto, desfiló el batallón con grandes vítores y aplausos, y al llegar frente al palacio nacional salieron á recibir á la diputación cuatro maceros para conducirla á la barra. Puestos allí, el comandante dió las gracias, contestóle el Vicepresidente, pues el Presidente, que era Riego, no creyó oportuno conferir por sí mismo tales honras al batallón que había mandado; los secretarios entregaron el libro, y el comandante en justa correspondencia ofreció á las Cortes el sable que brilló en la mano de Riego al proclamar la Constitución.

La ceremonia, dice el historiador Lafuente, no dejaba de ser extraña y peregrina, al menos en España, y recordaba los tiempos en que la Convención francesa dispensaba parecidos honores á las secciones armadas de París. Pero además, el espectáculo de un cuerpo legislativo entregando la Constitución política del Estado á un comandante de batallón, y el de un comandante regalando un sable á las Cortes, se prestaba también á comentarios no todos del género serio. Algunos diputados sensatos hubieron de conocerlo así, y remitido el sable á una comisión informante, aprobaron las Cortes por unanimidad volver el arma al General Riego para que con ella defendiese la Constitución y la Monarquía.

Mas no fueron así todas las ceremonias verificadas entonces. Las hubo sublimes, expresión digna de verdadero patriotismo.

A otro día de la jornada del 7 de julio, célebre menos por su duración y por la sangre que se derramó que por los males horribles que se hubieran seguido del triunfo de los insurrectos, y por la bizarría de los vencedores y su moderación después de la victoria, el día 8, pues, á las diez de la mañana, un sencillo altar se elevaba en la Plaza Mayor, sitio principal del combate. A su alrededor formaban en cuadro la Milicia y ejército que pelearon y vencieron, y en su presencia, de todas las

autoridades y de un inmenso pueblo, el Obispo auxiliar de Madrid entonó un solemne *Te-Deum* en aquel altar de la patria en gracias al Todopoderoso por haberla librado del encono sanguinario del ciego absolutismo. ¡Ojalá, dice un analista de aquellos sucesos, hubiera durado mucho la respetuosa templanza, desnuda, al parecer, de pasiones, que se observó en los asistentes de aquella solemnidad cívico-religiosa!

El 15 de setiembre se celebraron en Madrid funerales en la iglesia de San Isidro por los que habían muerto con las armas en la mano defendiendo la libertad aquel memorable día. La anchurosa nave era pequeña para contener el inmenso pueblo. Los Ministros, autoridades locales, diputaciones de las tropas de la guarnición y Milicia, desde el soldado hasta el General, se confundían con la muchedumbre. Colocado en el centro del Ayuntamiento se veía un grupo de siete enlutadas mujeres, esposas ó parientes de los muertos. Celebró de pontifical el Obispo auxiliar, y un elocuente orador sagrado pronunció el sermón fúnebre. Durante las exequias, repetidas descargas solemnizaron la ceremonia, desfilando después todas las tropas por delante de la lápida constitucional.

A los pocos días (24 de setiembre) se verificó otra fiesta puramente cívica, que no por ser bulliciosa y expansiva mereció las censuras de que ha sido objeto, por quienes tal vez no presenciaron el orden completo que reinó en ella en medio del entusiasmo común. Fué un banquete popular al aire libre en el Salón del Prado y paseos inmediatos. Las fuentes y sitios principales se adornaron con flores y estatuas. Ochocientas mesas de á doce cubiertos había dispuestas en las alamedas inmediatas al Salón, que se dejó desembarazado para el paseo militar que precedió al festín. A la hora conveniente se colocaron en aquéllas siete ú ocho mil personas, que eran las que habían llevado armas el 7 de julio. En otras cuatro mesas de preferencia de á cincuenta cubiertos, se sentaron las autoridades y ciertas corporaciones en unión con los heridos y parientes de los muertos en la función de guerra. En los demás sitios alternaron sin distinción jefes y soldados después de formar pabellones con las armas.

La consecuencia natural fueron brindis entusiastas, aplau-

sos, vivas, canciones, lectura de versos y cuanto es propio de fiestas por el estilo; mas no hubo un conato de venganza, ni la disensión más leve, ni nada que directamente pudiera molestar á nadie.

Cierto es que por la mañana, antes de comenzar el banquete, causó algún tumulto un fraile franciscano con ínfulas de liberal, á quien pasearon en hombros en gracia de sus vociferaciones patrioteras; pero no es fácil decir si fueron burlescas ú honrosas las demostraciones que alcanzó, si bien puede asegurarse que nada alteró el conjunto ordenado de la solemnidad aquel grotesco incidente.

Al contrario, fué una de las ocasiones en que dieron pruebas los liberales de tolerancia ó desprecio ante la provocativa alegría de los absolutistas, celebrando turbase la fiesta á su conclusión un fuerte aguacero repentino de los que son frecuentes en el otoño. Era de ver, apesar de todo, marchar por mitades á la tropa y Milicia por el cauce del crecido arroyo de la calle de Alcalá y Puerta del Sol, sin descomponer la formación ni cubrir llaves, con el agua cerca de la rodilla, en algunos sitios donde entonces se acostumbraba echar puentes para hacer posible el tránsito. Pero el compás de los himnos marciales hacía olvidar toda molestia, y como las canciones patrióticas eran lenitivo supremo en cualquier contratiempo, la única satisfacción que tomaron fué cantar de sus enemigos coplas tan malas y expresivas como la siguiente:

Pensaron que el agua
Apagaría el fuego;
No saben que un Riego
Fué quien le hizo arder.

Pasada la lluvia, se iluminó espontáneamente la población, se bailó en el Prado y en la Plaza, recorrieron las calles ruidosas músicas tocando marchas bélicas, y alegres y entusiastas grupos dando vivas á la libertad. Así concluyó aquella fiesta de unión fraternal, tan espléndida cual no se había conocido otra, ni será fácil conocerla en lo sucesivo.

En tanto un velo fúnebre iba cubriendo el Código de 1812,

tan democrático esencialmente como hecho de buena fe y aceptado de igual manera por el partido liberal. Era éste corto en número, no hay duda; pero le componía la parte más importante é ilustrada de la nación, y como el mundo ha sido siempre gobernado por minorías, cuando reunen aquellas condiciones, de ahí que el liberalismo se hubiera sobrepuesto á las dificultades, sin los excesos que la misma Constitución autoriza: hay que confesarlo.

Quisieron algunos ser liberales á lo Marat, no á lo Padilla, y los enemigos aumentaron, los tibios desconfiaron, los amigos nos volvieron la espalda, en vez de alianzas se nos ofreció estéril compasión, y el entusiasmo intransigente se desvaneció cual un vapor en la hora de peligro. La lección fué terrible; pluguiera á Dios no se hubiera desaprovechado.

Pocos meses pasaron, y el Rey, mal contento, y las Cortes y el Gobierno afectando una seguridad que no tenían, marchaban en dirección á Sevilla, escoltados por la Milicia Nacional y las tropas que se juzgaban más fieles. Ya no se cantaba. Se hubiera creído turbar el último suspiro de la libertad, herida de muerte.

Madrid quedó abandonado á sí propio, por más que los jefes militares encargados de la plaza fuesen inteligentes y briosos. Las autoridades se hallaban tan bien servidas, que una mañana sorprendió á la población un anuncio oficial fijado en las esquinas que decía: «Se sabe por un fresquero que los franceses han entrado en Burgos.»

Así y todo los madrileños dieron muestra de su buen humor en aquellas circunstancias. A la aproximación de los invasores ordenó el Conde de La-Bisbal, comandante general del primer distrito, que toda persona que transitare por las calles después de anochecido llevase luz consigo. La orden hizo gracia, y las gentes salieron de sus casas formando comparsas ó á la desbandada con cuantos aparatos de iluminación portátil podían haber á las manos: faroles de cristal y de papel, linternas, velones, candiles, velas resguardadas en vasos destinados á muy diferentes usos, todo era bueno con tal que contribuyese á dar aspecto al cuadro original que ofrecían los sitios más concurridos de costumbre. No es posible figurarse espectáculo semejante,

ni el desairado papel de las autoridades ante semejante burla, que sólo apelando á la arbitrariedad pudieron castigar las más celosas. Porque la orden se cumplía con llevar luz, fuese en la forma que cada uno quisiera; lo que sucedió fué que cayó en desuso, conocido que la práctica era peor que la falta de observancia. ¡Raro incidente en que se hallaron conformes amigos y enemigos!

El 19 de mayo el General Zayas, acreditado veterano de la guerra de la Independencia, capituló con los franceses, notándose desde luego en los barrios bajos agitación siniestra que pudo reprimir la intervención de la fuerza armada; pero al día siguiente recorrían las calles con descaro cuadrillas de mujeres desgarradas y chapuceros y manolos de poco fuste, provistos de cuerdas, palos y sacos, manifestando bien á las claras su ansia por el pillaje que se prometían con la entrada inmediata de los facciosos. No era infundada su esperanza, pues en tal situación recibe Zayas un oficio del aventurero francés Bessiéres, republicano antes y furibundo jefe de bandas realistas después, manifestándole su resolución de entrar en Madrid con su gente. Contestóle el pundonoroso militar que había capitulado con el Príncipe francés, y por consecuencia sostendría con la fuerza el convenio. Hubo contestaciones; los facciosos llegaron á penetrar en la capital hasta la Cibeles, entre los aullidos de alegría de la plebe, que ya juzgaba segura la presa, y la satisfecha actitud de los invasores, deseosos de compartir el botín. Mas apurado el sufrimiento, da Zayas á sus tropas la señal de arremeter, y lo hicieron tan á fondo, que al primer encuentro fueron los facciosos obligados á refugiarse en el Retiro, de donde los desalojaron á la bayoneta los granaderos de Guadalajara, completando su derrota el intrépido D. Bartolomé Amor con los cazadores y la caballería de Lusitania. Setecientos prisioneros quedaron en poder de los constitucionales y muchos cadáveres en las calles y el campo, entre ellos no pocos de la chusma levantisca que tan feliz agosto se prometía con el saqueo de la población.

Este fué para Madrid el último episodio de la azarosa y alegre existencia que de 1820 á 1823 le proporcionó el sistema representativo; lance en que dos militares honrados y

valientes libraron á la villa de los mayores desastres que pueden sobrevenir á un pueblo.

De propósito he dejado para concluir, en lo que se refiere á costumbres políticas en el segundo período constitucional, tratar de las formas é índole que revistió la prensa, nunca pensadas hasta entonces, y que bien puede asegurarse constituyen un período importante en nuestra literatura, cuya influencia dura y durará, por más que las diversas escuelas establezcan variantes en el estilo y condiciones.

Sobrada libertad hubo antes de la supresión de toda censura; leyes represivas se dictaron después contra la imprenta más restrictivas que la licencia del ordinario y la tasa de los señores del Consejo; pero la crítica diaria de los actos gubernamentales regularizada y personal, la polémica de los asuntos políticos, eso era desconocido, así como lo fué el género hoy llamado *naturalista* de la manera que se nos entró por las puertas después de la invasión francesa.

Se permitía el libro, las representaciones al Rey, en que se juzgaban con la mayor amplitud y lógica irrebatible los errores económicos, los abusos administrativos, la decadencia de España y sus causas; pero la hoja diaria, el periódico, no creo se hubiera consentido. Podrá decirse que lo ganado en publicidad lo hemos perdido en solidez, porque ganancia es seguramente y justo correctivo á los desmanes de los gobernantes exponer sus actos á la expectación pública; mas de que el artículo de periódico no sea adecuado para esplanar una idea de Gobierno ¿hemos de sacar en consecuencia que no deben tratarse los asuntos públicos, cuando públicamente se tratan en los Parlamentos y la publicidad es el alma de los Gobiernos representativos? Querer reducir á los españoles á la condición de meros oyentes fuera absurdo, á más de imposible. Sea enhorabuena el periódico una especie de sumario de principios determinados; en todas las ciencias hay compendios, y como sean buenos, necesarios son á la generalidad; quien pretenda ser maestro apele á las obras de fondo, que mucho tendrá adelantado para estudiarlas con provecho si conoce los primeros rudimentos.

La libertad de imprenta fué un hecho y el periodismo su

natural consecuencia. Comenzó antes de 1820, pero dando señales de falta de cordura en su rudo estilo y carácter agresivo. Dos periódicos absolutistas hay de aquella época, *La Atalaya de la Mancha* y *El Procurador general de la Nación y del Rey*, perfecto modelo de procacidad y desentono, como lo fué después *El Restaurador* en 1823. No pudieron quejarse sus parciales de intolerancia con los dos primeros engendros, que se anunciaban «en Madrid, en la librería realista del realista V... á dos reales realistas.» El anuncio era digno de la publicación.

Pero lleguemos al punto de donde me prometí partir.

Desde principio del segundo período constitucional hubo periódicos diarios de importancia y bien escritos, por ejemplo, la *Miscelánea de comercio, artes y literatura*, que restablecida la Constitución añadió una sección política á sus columnas. Era su único redactor D. Francisco Javier de Burgos, y solían venderse de cada número diez mil ejemplares, sin anuncios, bombos, exageraciones ni otros llamativos, antes bien, se hallaba redactado con templanza como sostenedor de los sanos principios de gobierno; reformador y no revolucionario. El exceso de trabajo puso á su propietario en peligro de muerte, y aún no restablecido aceptó la dirección de *El Imparcial* con Lista, Hermosilla, Miñano y Almenara por colaboradores. Con citar estos nombres basta para comprender el relevante mérito de la obra; pero después del 7 de julio dominaron los principios más exagerados, y las doctrinas mesuradas fueron imposibles. No hubo periódico que no atacase á *El Imparcial*, y terminó su vida. Periodistas los de entonces todo entusiasmo y poca mente, carecían de facultades para penetrar el gran pensamiento de Burgos, dice uno de sus biógrafos modernos.

Publicáronse también con merecida aceptación *El Universal*, de grandes dimensiones, *La Abeja* y *El Espectador*, órgano de D. Evaristo San Miguel.

Entre los periódicos exagerados alcanzaron triste renombre *El Zurriago* y *La Tercerola*, de estilo vulgar y chavacano, pero agresivo, sanguinario y sin respeto á cuanto hay respetable en el cielo y en la tierra. Sus redactores habían

aprendido que en la revolución francesa de 1789 *El Padre Duchesne* y *El Amigo del Pueblo* predicaban el exterminio, y quisieron competir con ellos adoptando por símbolo el martillo y como principio de gobierno el degüello de 14.000 personas en Madrid, según apetecía el diputado Romero Alpuente. ¡Pobres espíritus, que se entretenían en un juego de niños, delirando imitar una lucha de gigantes!

Hubo sospechas de que el Rey subvencionaba tales publicaciones como las mejores armas contra la libertad; pero si esto no se pudo justificar, es indudable que un confidente íntimo de Fernando VII compraba grandes cantidades que almacenaba en secreto ó les daba dirección al extranjero, según convenía.

El Gobierno recomendó á las empresas teatrales la representación de composiciones patrióticas, y autores y autores secundaron perfectamente sus intenciones. *Numancia destruída*, de Ayala, *Virginia*, *Junio Bruto*, se ponían con frecuencia en escena; *Lanuza*, de D. Angel Saavedra, se representó por primera vez, consiguiendo un señalado triunfo, que se prolongó mucho tiempo en Madrid y provincias; nuevas fueron también *Camila*, de D. Dionisio Solís, y *La viuda de Padilla*, tragedias todas, de las cuales *Numancia* y *Camila* han conservado la reputación adquirida. Nuevas y de circunstancias fueron *El Trapense en los campos de Ayerbe*, *El Siete de Julio*, *Mosén Antón* y *La Inquisición por dentro*, que alternaban con las traducciones de *Fenelón ó la víctima del claustro*, *Juan de Caláis*, *El Conde de Cominges*, *Los jueces francos*, *Los templarios*, y aun composiciones líricas como *Las visitandinas*. El público acudía ansioso, ebrio de entusiasmo, sin conocimiento, como deslumbrado ante aquel fuego fatuo á que su vista no se hallaba preparada; desbordamiento de la imaginación que nunca hubiera traspuesto sus justos límites á no haber querido encerrarla en estrecho cauce una censura bárbara prohibiendo como indignas del teatro comedias de gran mérito, entre ellas *Rey valiente y justiciero*.

Sin la reacción de 1814 la mayor parte de las producciones dramáticas de 1820 á 1823 hubiesen caído en ridículo desde luego.

Infinitas fueron las obras literarias de otro género, traducciones la mayor parte, que vieron la luz bajo los auspicios de la franca emisión del pensamiento. Se cuentan entre ellas *El barón de Foublás*, del convencionalista Louvet; *Amistades peligrosas*, no recuerdo de quién; *La Religiosa*, de Diderot; *El Sofa*, de Crevillón; *Mi tío Tomás*, etc. No estaba legalizada su circulación, pero la tolerancia fué tanta que era lo mismo que si lo estuviesen aquellos primeros albores de lo que hoy se llama el *naturalismo*. Procuraré explicarme.

Es cierto que en nuestros autores antiguos hay ejemplos de tan erótica trascendencia como los que dejo citados; verdad es también que su lenguaje no es nada edificante; pero al cabo pecaban reconociendo la culpa y con propósito de la enmienda, que se cumplía ó nó; mas cuando el arrepentimiento faltaba, el escarmiento seguía á la trasgresión, ó considerado el asunto del modo más desfavorable, se tomaba como pretexto dar conocimiento del mal para mejor huirle, y ya es mucho confesar la falta al incurrir en ella con buena intención.

Pero en las novelas francesas y las escritas á su imagen y semejanza (entiéndase las naturalistas) no sucede así. Se acepta el vicio por sí mismo, se santifica, ni aun le disculpa la pasión; se analizan friamente sus circunstancias; es el refinamiento convertido en costumbre propio de los organismos enervados y las almas sin carácter. Añádase á esto lo desenvuelto del estilo y se tendrá idea de lo que fueron las primeras nociones de naturalismo en España. Sin embargo, justo es decir que los antiguos maestros rechazarían á su moderno y aventajado discípulo Emilio Zola.

Se ha dicho también que el *Quijote* y *El lazarillo del Tormes*, son libros naturalistas: podrán serlo, considerados en el buen sentido de la palabra: todo autor ó artista procura acercarse, en lo posible, á lo natural, no siendo su objeto escribir romances ó simbolizar el idealismo; Moliere, Wálter Scott, Díkens y Silvio Pellico, son naturalistas con arreglo á los buenos principios, como los son Velázquez y Rembrant; mas de lo que se trata es del naturalismo grosero que no ve otra cosa sino repugnantes miserias en la naturaleza. De esto se hallan muy lejos Cervantes y Hurtado de Mendoza.

No fueron tan perjudiciales las obras de que vamos tratando como las muchas de carácter religioso que se publicaban. La mayor parte se hubieran condenado al desprecio en otras circunstancias; pero caían en poder de inteligencias sencillas que tomaban por moneda corriente las necias falsedades que se les ofrecían cual verdades eternas. ¿Qué ha sido de la famosa *Historia de los Papas*, escrita por D. Mariano Llorente? Si alguno se acuerda de ella, que bien pocos serán, sólo es admirándose del extravío que condujo á un hombre de carácter á prohijar tanta patraña ordenándola en mal castellano. ¿Qué se hicieron las traducciones impías del ciudadano Marchena? ¿Qué suerte han tenido *El Citador*, *La Sensatez*, *El Censor*, etc.? Es necesario para conocerlos haber vivido en aquellos tiempos ó mucha afición á estudiarlos; de lo contrario, costará trabajo encontrar algunos ejemplares de tan perniciosa semilla, que tantos errores hizo brotar en los entendimientos (aparte de los religiosos) en historia, geografía y crítica racional, como eran comunes después.

Y no se diga que otras mejores enseñanzas para el caso los han hecho olvidar; nada menos cierto. Aquellos libros, á falta de buenas condiciones, estaban escritos con suma claridad, se proponían, ante todo, hacerse comprender; los enciclopedistas, de quienes procedían los que no eran completamente sandios, marchaban rectos á su objeto, así es que le consiguieron cuando era bastante saber el compendio del padre Duchesne, la geografía de Losada y la lógica de Condillac. Hoy la instrucción es general, la crítica y análisis son patrimonio de los hombres cultos, y las nebulosidades de los modernos heterodoxos, y sus errores aplicados á la piedra de toque de la razón, nunca podrán lograr tan buen resultado como alcanzaron con su genial franqueza y gran saber los maestros del siglo XVIII y sus discípulos.

En el capítulo siguiente hemos de considerar bajo aspecto bien diverso la especie de transición verificada á principios de la tercera década del siglo.

DIONISIO CHAULIÉ.

(*Se continuará.*)

LAS BIBLIOTECAS EN ESPAÑA [1]

CAPÍTULO III.

BIBLIOTECAS POPULARES.

Necesidad de las bibliotecas populares.—Número de bibliotecas en España.—Resumen general de bibliotecas y volúmenes.—Origen de las bibliotecas populares en España.—Estado á que deben llegar.

I.

En nuestro capítulo anterior hemos expuesto la situación de las bibliotecas de Madrid y de las llamadas públicas de España, indicando la necesidad de variar su organización, si han de prestar el servicio que todos los amantes de las letras reclamamos de estos centros de enseñanza oficial. Ni el número de volúmenes, ni el personal que tienen asignado para su servicio, ni la distribución que se hace del tiempo dado á los lectores, ni los días de biblioteca pública son los que pueden ser, ni los que deben ser, dadas las necesidades de este país, como indicamos en dicho capítulo anterior.

Tócanos hoy hablar de las llamadas bibliotecas populares, y tarea ociosa por demás sería encarecer la importancia de estas bibliotecas para el progreso y civilización de los pueblos. Hay ideas que encarnan fácilmente en la concien-

(1) Véase la pág. 274 del tomo XLVII.

cia de todos los hombres y que vienen á constituir al fin un axioma en el libro eterno de los principios fundamentales sobre que descansa la sociedad, y una de ellas es la que nos ocupa en este capítulo. Pero en esto, como en todas las cosas, muchas veces se desvirtúan las más sanas concepciones del hombre por los procedimientos empleados para realizarlas. Y esto es lo que en parte sucede con las bibliotecas populares. Llamadas á dar ópimos frutos, no puede tener lugar esto sin embargo, porque el principio fundamental á que obedece su creación se ha extraviado considerablemente, según lo demuestra lo que con frecuencia estamos viendo por desgracia nuestra que sucede á ciencia y paciencia del que debiera evitarlo.

Las bibliotecas populares tienen por objeto desarrollar el estímulo ó afición al estudio entre el pueblo trabajador; ensanchar los conocimientos humanos, y al mismo tiempo proporcionar al obrero medios de entretenerse agradablemente en lecturas que, además de serle útiles, le evitan el concurrir á otros lugares más peligrosos y perjudiciales para su educación y para sus intereses. No deben ser especialmente las bibliotecas populares para que las utilicen unas cuantas personas, que son tal vez las que ménos lo necesiten, ya por su instrucción, ya porque cuentan con medios de adquirir por sí los conocimientos que deseen. Utilícense enhorabuena, si quieren, de las bibliotecas populares, puesto que han de ser y son públicas; pero procúrese que éstas se compongan, no de tratados que el pueblo trabajador no puede comprender ni utilizar por lo tanto, sino de libros acomodados á su capacidad, á su inteligencia y á todo aquello que le es más necesario y más común y familiar á la vez. De otro modo, sucederá que las bibliotecas populares, separándose del objeto que motivara su creación, vendrán á ser una especie de almacen ó de depósito de libros de autores ó editores á quienes se haya querido favorecer en sus intereses particulares, con detrimento de los intereses de los demás y en descrédito de la misma institución.

Urge, pues, determinar: primero, que los libros que constituyan las bibliotecas populares sean libros escogidos, libros

exprofeso, libros que tengan las condiciones que deben reunir, sin atender para nada á otras miras que á las del bien general; y segundo, que para estimular la concurrencia á las bibliotecas, reunan estas las condiciones higiénicas y de comodidad que deben tener las salas destinadas á la lectura. Sin estas dos condiciones, las bibliotecas populares no serán nunca lo que debieran ser, y el pensamiento, que tantos beneficios podría reportar, vendrá, si no á desprestigiarse por completo, á ser uno de tantos pensamientos nobilísimos é importantes nunca realizados cual conviene por no ponerse en práctica los medios oportunos y necesarios para ello.

II.

Instaladas de esta manera las bibliotecas populares, es innegable que prosperarían en España á la manera que en otros países, donde son hoy una segura garantía para el progreso de la enseñanza popular. Pero aún España no ha dado en este camino más que los primeros pasos, y antes que estas bibliotecas las vea bien organizadas y cuente tantas como escuelas públicas sostiene el Estado, han de pasar muchos años. Hasta 1.° de enero de 1883 se contaba en toda España con las siguientes, que damos á continuación, por el número de orden que les señalaron á su creación en el Ministerio de Fomento:

ÁLAVA.

7.—La Guardia.
137.—Salvatierra.

ALBACETE.

35.—Alcaráz.
129.—Hellín.
462.—Jorquera.
480.—Alcalá del Júcar.

ALICANTE.

29.—Elche.
151.—Jábea.
228.—Altea.
612.—Sociedad Agrícola Orcilatana.
616.—Alicante.

ALMERÍA.

18.—Berja.
72.—Adra.
74.—Laujar.
143.—Tabernas.
450.—Gergal.
459.—Cuevas de Vera.
464.—Hijar.
467.—Sorbas.
496.—Huércal-Overa.
504.—Roquetas.
601.—Ateneo de Almería.

ÁVILA.

26.—Horcajo de las Torres.
100.—Becedas.
123.—Arévalo.
128.—San Bartolomé de Pinares.
199.—Cebreros.
206.—Tiemblo.
297.—Maello.
321.—Rasneros.
393.—Navas de Pinares.
477.—Villafranca de la Sierra.
514.—Pidrahita.
571.—Escarabajosa.
699.—Casino de los hijos del Trabajo.

BADAJOZ.

4.—Villanueva del Fresno.
40.—Maguilla.
71.—Villafranca de los Barros.
104.—Siruela.
184.—Ribera del Fresno.
227.—Mérida.
265.—Salvatierra de los Barros.
317.—Fuenlabrada de los Montes.
348.—Peñalsordo.
359.—Usagre.
362.—Zafra.
373.—Fuente de Cantos.
485.—Puebla de Alcocer.
493.—Alburquerque.
499.—Valencia de las Torres.
505.—Campanario.
510.—Cabeza del Buey.
526.—Talavera la Real.
560.—Villanueva de la Serena.
660.—Fregenal de la Sierra.
667.—Higuera la Real.
668.—Monasterio.
669.—Bienvenida.
670.—Valencia del Ventoso.
671.—Fuentes de León.
672.—Segura de León.
744.—Cabeza de la Vaca.
746.—Jerez de los Caballeros.
751.—Burguillos.
753.—Olivenza.
756.—Almendral.
760.—Villanueva de Barcarrota.

BALEARES.

79.—Mahón.
163.—Ciudadela.
432.—Ibiza.
447.—Llumma.
610.—Establecimiento penal.
603.—Poblensa.
759.—Felanitx.

BARCELONA.

50.—Berga.
144.—Villafranca de Panadés.
185.—Caut et de Mart.
307.—Sociedad Económica de A. del P.
333.—San Feliú de Llobregat.
345.—Sabadell.
394.—Hospitalet.
399.—Sans.
101.—Molíns del Rey.
403.—Martorell.
405.—Sarriá.
407.—Rubí.
409.—San Gervasio de Gasolas.
411.—San Vicente dels Horts.
413.—Papiol.
415.—San Andrés de la Barca.
417.—San Justo Desveru.
419.—Las Corts.
421.—Espulgas.
425.—San Juan Despí.
453.—San Martín de Provensals.
456.—Gracia.
466.—Granollers.
516.—Santa Cruz de Olorde.
522.—Badalona.
585.—Ateneo Iguadalino.
604.—Villanueva y Geltrú.
620.—Fomento Graciense.
939.—Círculo Artístico de Manresa.
659.—San Braulio de Llobregat.
685.—Malgrat.
761. } Barcelona (Escuelas municipales).
762. }
763. }
764. }

BURGOS.

42.—Aranda de Duero.
44.—Briviesca.
217.—Castrogeriz.
292.—Villafranca Montes de Oca.
295.—Pampliega.
340.—Santa María del Campo.
344.—Pinilla de los Barruecos.
396.—Olmedillo de Roa.
402.—Adrada de Haza.
418.—Roa.
444.—Belorado.
508.—Villarcayo.
580.—Rabé de las Calzadas.
595.—Establecimiento penal.
642.—Quintanar de la Sierra.
674.—Quintana Loranco.
716.—Covarrubias.
722.—Busto de Bureva.
733.—Santibáñez de Zarzaguda.
743.—Sedano.
745.—Espinosa de los Monteros.
747.—Medina del Pomar.
748.—Villadiego.
750.—Arlanzón.
752.—Pinilla de Trasmonte.
754.—Castrillo de la Reina.

CÁCERES.

6.—Valencia de Alcántara.
108.—Trujillo.
168.—Aldeanueva del Camino.
173.—Plasencia.
221.—Villanueva de la Sierra.
274.—Hervás.
284.—Hoyos.
338.—Navalmoral de la Mata.
368.—Serradilla.
426.—Villanueva de Vera.

427.—Pasarón.
431.—Cuacos.
434.—Valdefuentes de Montánchez.
479.—Garrobillas.
572.—Baños de Montemayor.
588.—Guadalupe.
654.—La Fosforita (Logrosán).
738.—Colonia del Rincón (Logrosán).

CÁDIZ.

111.—Tarifa.
125.—Puerto de Santa María.
155.—Jerez de la Frontera.
446.—Paterna de Rivera.
470.—San Fernando.
591.—Ceuta (Establecimiento penal).
576.—San Roque.
651.—La Línea de la Concepción.
653.—Medina Sidonia.
694.—Chiclana.
757.—Escuela provincial de Jerez.

CANARIAS.

367.—Guimar.
626.—Puerto de Arrecife.

CASTELLÓN.

28.—Vinaroz.
73.—Chert.
218.—Nules.
259.—Burriana.
374.—Morella.
633.—Ateneo obrero castellonense.
641.—Lucena.

CIUDAD REAL.

36.—Alcázar de San Juan.
48.—Almadén.
59.—Almagro.
126.—Almodóvar del Campo.
132.—Santa Cruz de Mudela.
232.—Villanueva de los Infantes.
298.—Sociedad de instrucción para la clase obrera.
449.—Puerto Lápiche.
491.—Pedro Muñoz.
567.—Almodóvar del Campo (Colegio de segunda enseñanza).
698.—Villarrubia de los Ojos (Círculo obrero).
728.—Calzada de Calatrava.
739.—Campo de Criptana.
774.—Corral de Calatrava.

CÓRDOBA.

30.—Pozo Blanco.
68.—Puente Genil.
89.—Ovejo.
142.—Villa del Río.
159.—Priego.
222.—Adamuz.
254.—Calera.
443.—Belmez.
445.—Aguilar.
454.—Villanueva de Córdoba.
475.—Villafranca de Córdoba.
613.—Baena.
617.—Montilla (Círculo católico de obreros).
777.—Posada.

CORUÑA.

5.—Puenteceso.—*Corue.*
139.—Betanzos.
152.—Padrón.
217.—Puentes de García Rodríguez.
239.—Noya.
451.—Puentedeume.
458.—Cambre.
463.—Escuela de instrucción primaria.
476.—Arteijo.
625.—Órdenes.
682.—Naren.

CUENCA.

34.—Barajas de Melo.
47.—Tarancón.
51.—San Clemente.
140.—Valverde de Júcar.
162.—Salvacañete.
167.—Cañete.
172.—Landete.
192.—Huete.
240.—Salmeroncillos.
278.—Pedroñeras.
323.—Minglanilla.

GERONA.

22.—Figueras.
378.—Olot.
412.—Palafrugell.
441.—Cassá de la Selva.
457.—Tossa.
489.—Amer.
624.—Puigcerdá.
658.—Ripoll.
727.—Bañolas.

GRANADA.

20.—Loja.
82.—Soportujar.
87.—Puebla de Don Fadrique.
94.—Illora.
101.—Huéscar.
105.—Motril.
116.—Ugijar.
180.—Santa Fe.
597.—Establecimiento penal.
306.—Orgiva.
509.—Almuñecar.
665.—Albuñol.
706.—Sociedad Económica de A. del P.
726.—Escuela de instrucción primaria.
735.—Escuela Normal de maestros.
737.—Alhama.
741.—Atarfe.
742.—Gabia la Grande.

GUADALAJARA.

23.—Pastrana.
110.—Horche.
147.—Cifuentes.
327.—Chiloeches.
349.—Humanes.
358.—Pareja.
472.—Checa.
492.—Alocen.
554.—Campillo de Ranas.
577.—Brihuega.

676.—Cogolludo.
677.—Uceda.
678.—Matarrubia.
679.—Valdenoches.
680.—Yunquera.
681.—Majaelrayo.
683.—Lupiana.
684.—Ciruelos.
686.—Balconete.
704.—Mondéjar.
705.—Illana.
714.—Budia.
724.—Albalate de Zorita.
734.—Sigüenza.

GUIPÚZCOA.

85.—Oñate.
355.—Azpeitia.
551.—Biblioteca Municipal.
647.—Hernani.

HUELVA.

31.—La Palma.
336.—Trigueros.
555.—Ayamonte.
691.—Sociedad Económica de Amigos del País.
702.—Moguer.

HUESCA.

55.—Candasnos.
194.—Naval.
208.—Ansó.
363.—Hecho.
366.—Ayerbe.
414.—Binaced y Balcarca.
452.—Berdun.
455.—Jassa.
502.—Lastanosa.
506.—Aragues del Puerto.
513.—Canfranc.
561.—Sariñena.
579.—Berbegal.
583.—Aso de Sombrerete.
589.—Peralta.
590.—Tartienda.
630.—Robres.
648.—Bailo.
652.—Baltoña.
662.—San Juan.

JAÉN.

21.—Andújar.
65.—Ubeda.
75.—Cazorla.
77.—Baeza.
123.—Ibrós.
146.—Linares.
176.—Villanueva del Arzobispo.
225.—Alcaudete.
238.—Alcalá la Real.
245.—Villacarrillo.
272.—Arjonilla.
360.—Iznatoraf.
361.—Mancha Real.
388.—La Carolina.
404.—Bailén.
553.—Baños de la Encina.

LEÓN.

8.—Villamartín de D. Sancho.
12.—Astorga.
56.—La Bañeza.
63.—Cacabelos.

80.—Valderas.
84.—Hospital de Orbigo.
134.—Pola de Gordón.
136.—Ponferrada.
141.—Riaño.
156.—Matanza.
164.—Sahagún.
250.—Villaquegida.
299.—Galleguillos.
430.—Santiago de Millas.
713.—Bembibre.
766.—Caboalles de Abajo.

LÉRIDA.

17.—Cervera.
193.—Solsona.
204.—Granadella.
437.—Agramunt.
439.—Pons.
440.—Biosca.
442.—Artesa de Segre.
469.—Escuela de Instrucción prim.ª
638.—Sociedad literaria y de Bellas artes.

LOGROÑO.

43.—Alfaro.
53.—Arnedo.
103.—Ezcaray.
117.—Calahorra.
286.—Logroño.
337.—Navarrete.
352.—Haro.
369.—Torrecilla de Cameros.
410.—Casa-la-reina.
420.—Canales de la Sierra.
661.—Soto de Cameros.
732.—Munilla.

LUGO.

19.—Rivadeo.
158.—Chantada.
390.—Monforte.
422.—Vivero.
524.—Sarria.
619.—Villanueva de Lorenzana.
701.—Sociedad Económica de A. del P.
755.— Mondoñedo (Sociedad de obreros).

MADRID.

2.—Carabanchel Alto.
11.—Valdemoro.
49.—Colmenar de Oreja.
60.—Navalcarnero.
62.—Chinchón.
78.—Alcalá de Henares.
97.—Colmenar Viejo.
114.—Campo Real.
145.—Villanueva de la Cañada.
157.—Leganés.
177.—Collado Villalba.
181.—Aranjuez.
187.—Ajilvir.
197.—Valdemorillo.
289.—Chapinería.
294.—Villa del Prado.
329.—El Molar.
341.—San Martín de Valdeiglesias.
369.—Pinto.
377.—Torrejón de Velasco.
474.—Estremera.
483.—Villarejo de Salvanés.
556.—Mejorada del Campo.
557.—Brunete.

558.—El Pardo.
607.—Establecimiento penal de la Moncloa.
609.—Alcalá (Penal de hombres).
611.—Alcalá (Penal de mujeres).
690.—Villaverde.
696.—Torrelaguna.
729.—Villaviciosa de Odón.

MÁLAGA.

32.—Canillas de Aceituno.
150.—Cómpeta.
166.—Velez Málaga.
296.—Torrox.
637.—Sociedad Económica de A. del P.
644.—Antequera (Centro Industrial).
646.—Antequera (Círculo Recreativo)
720.—Alhaurín el Grande.
775.—Archidona.

MURCIA.

13.—Bullas.
216.—Cehegín.
261.—Mazarrón.
283.—Lorca.
285.—Pozo Estrecho.
319.—Moratalla.
518.—Cieza.
563.—Cartagena (Sociedad Económica de A. del P.).
603.—Círculo Industrial de Murcia.
606.—Cartagena (Establecimiento penal).
650.—Escuela municipal.

NAVARRA.

10.—Isaba.
693.—Aoiz.
695.—Lumbier.
697.—Aibar.

ORENSE.

39.—Castro de Caldelas.
67.—Puebla de Tribes.
196.—Junquera de Ambia.
212.—Viana del Bollo.
220.—Rivadavia.
267.—Guinzo de Limia.
303.—Paderme.
500.—Cortegada.
542.—Carballino.
545.—Maside.

OVIEDO.

41.—Vega de Rivadeo.
64.—Rivadesella.
83.—San Tirso de Abrés.
106.—Avilés.
149.—Llanes.
179.—Cangas de Onís.
182.—Parrés.
115.—Infiesto.
224.—Oviedo.
242.—Pendueles.
280.—Castropol.
287.—Nueva.
291.—Celorio.
339.—Cus.
350.—Libardón.
354.—Villaviciosa.
481.—Pola de Allende.
497.—Cangas de Tineo.

501.—Rivadedera.—*Colombres.*
511.—Luarca.
562.—Hospicio provincial.
565.—Borbolla.
574.—Villacondide.—*Coaña.*
703.—Cudillero.
767.—Muros de Pravia.
711.—Candas.
715.—La Folguera.—*Langres.*
758.—Arriondas.—*Parres.*
773.—Libardón.—*Colungas.*

PALENCIA.

52.—Palencia.
131.—Saldaña.
268.—Guardo.
273.—Fuentes de Valdepero.
311.—Revenga.
312.—Carrión de los Condes.
315.—Paredes de Nava.
342.—Herrera del Río Pisuerga.
351.—Vertavillo.
376.—Villarramiel de Campos.
385.—Frechilla.
408.—Dueñas.
438.—Alar del Rey.
550.—Ampudia.
568.—Torquemada.
578.—Ateneo dePalencia.
635.—Grijota.
643.—Becerril de Campos.
656.—Frómista.
719.—Santoyo.
721.—Cisneros.

PONTEVEDRA.

24.—Vigo.
112.—La Guardia.
160.—Puenteareas.
186.—Morafia.
188.—Tuy.
247.—Redondela.
300.—Mondáriz.
397.—Rosal.
498.—Estrada.
664.—Bayona.
709.—Caldas de Reys.

SALAMANCA.

25.—Béjar.
45.—Peñaranda de Bracamonte.
88.—Alba de Tormes.
92.—Paradinas.
95.—Ledesma.
107.—Rágama.
138.—Villar de la Yegua.
165.—Cantaracillo.
236.—Cantalpino.
243.—Saucelle.
266.—Sequeros.
281.—Sociedad de la Unión Salmantina.
288.—Villar de Gallimazo.
290.—Tamames.
301.—Campo de Peñaranda.
316.—San Felices de los Gallegos.
322.—Hinojosa del Duero.
332.—Miranda del Castañar.
335.—Fregeneda.
380.—Vilvestre.
386.—Sobradillo.
391.—Cantalapiedra.
398.—Yecla.
428.—Boada.
448.—Lumbrales.
564.—Vitigudino.
618.—Béjar (Círculo obrero de instrucción y recreo).

SANTANDER.

161.—Reinosa.
170.—Torrelavega.
293.—Reocin.
334.—Potes.
365.—Polientes.—*Valderredible.*
372.—Cabezón de la Sal.
473.—Astillero.
492.—Valle de Cabuérniga.
552.—Hazas en Cesto.
573.—Valdecilla.
581.—Astillero.
584.—Castro.
586.—Laredo.
587.—Ampuero.
596.—Limpias.
600.—Marrón.
608.—Santoña (Establecimiento penal).
629.—La Concha.—*Villaescusa.*
632.—Selaya.
675.—Liérganes.

SEGOVIA.

37.—Santa María de Nieva.
58.—Bernardos.
198.—Cuéllar.
200.—Zarzuela del Monte.
205.—Villacastín.
213.—Turégano.
223.—Labajos.
233.—Mozoncillo.
237.—Carbonero el Mayor.
241.—Fuante de Santa Cruz.
252.—Fuente Pelayo.
256.—Montejo de Arévalo.
258.—Nava de la Asunción.
269.—Martín Muñoz de las Posadas.
308.—Santiuste de San Juan Bautista.
381.—San Ildefonso.
628.—Sepúlveda.

SEVILLA.

9.—Utrera.
99.—Alcalá de Guadaira.
175.—Arahal.
191.—Morón de la Frontera.
207.—Brenes.
261.—Coria del Río.
277.—Carmona.
353.—Salteras.
356.—Lebrija.
391.—Estepa.
435.—Guadalcanal.
512.—Puebla junto á Coria.
118.—Sociedad Económica.
660.—Idem Protectora de Animales y Plantas.
688.—Constantina de la Sierra. (Liceo).
689.—Asociación de Amigos de los pobres.

SORIA.

33.—Agreda.
66.—Caltojar.
119.—Barcones.
153.—Burgo de Osma.
174.—Calatañazor.
210.—Baraona.
251.—Berlanga.
257.—Sotillo del Rincón.
276.—Villasayas.
320.—Langa.

330.—San Leonardo.
343.—Gomara.
375.—Villavicencio.
383.—Morón.
384.—Valdeavellano de Tera.
389.—Almajano.
416.—Vinuesa.
482.—Gallinero.
636.—Almazán (Casino de obreros).

TARRAGONA.

16.—Montblanch.
98.—Vilaseca de Selcina.
169.—Porrera.
178.—Ulldecona.
209.—Sarreal.
219.—Ateneo obrero tarraconense.
275.—Tortosa.
429.—Falset.
433.—Montroig.
436.—Dosaignas.
569.—Valls.
594.—Establecimiento penal.
614.—Santa Bárbara.
615.—Cenia.
634.—Reus (Centro Católico).
640.—Roquetas.
712.—Cornudella (Ateneo).
740.—Vendrell.

TERUEL.

54.—Cella.
81.—Mora de Rubielos.
189.—Molinos.
260.—Torrecilla de Alcañiz.
279.—Montalbán.
326.—Calamocha.
328.—Monreal del Campo.
507.—Rillo.
631.—Olietz.
657.—Santa Eulalia.
673.—Alcañiz.
700.—Sociedad Económica de Amigos del País.
765.—Albarracín.

TOLEDO.

38.—Quintanar de la Orden.
69.—Talavera de la Reina.
93.—Huerta de Valdecarábanos.
96.—Yepes.
113.—Mora.
127.—Lillo.
201.—Urda.
211.—Sonseca con Casalgordo.
226.—Torrijos.
231.—Carranque.
234.—Calera.
255.—Novés.
302.—Oropesa.
304.—Vargas.
305.—Alcaudete de la Jara.
314.—Yébenes.
324.—Herreruela.
357.—Torre de Esteban Hambram.
371.—Orgaz.
379.—Ajofrín.
382.—Madridejos.
424.—Lagartera.
465.—Caleruela.
468.—Corral de Almaguer.
484.—Esquivias.
488.—Santa Cruz de la Zarza.
520.—Illescas.
549.—Consuegra.
605.—Ocaña (Establecimiento penal).
692.—Nombela.

VALENCIA.

1.—Escuela de artesanos de Valencia.
70.—Requena.
76.—Utiel.
91.—Chelva.
154.—Paterna.
171.—Catarroja.
229.—Picasent.
248.—Cuart de Poblet.
282.—Sagunto.
400.—Enguera.
461.—Buñol.
582.—Villada.
592.—Establecimiento penal de San Agustín.
593.—Establecimiento penal de San Miguel.
621.—Buñol.
649.—Chulina.
723.—Sociedad de socorros de maestros carpinteros.
725.—Alberique.
731.—Escuela de niños de la casa de Beneficencia.
736.—Grao (Casino de labradores).
778.—Casino de labradores de la Huerta.

VALLADOLID.

27.—Medina del Campo.
57.—Pozáldez.
90.—Tordehumos.
102.—Tordesillas.
148.—Crocos.
183.—Torrecilla de la Orden.
190.—Zaratán.
230.—Nava de la Libertad.
235.—Tudela de Duero.
249.—Melgar de Arriba.
270.—Vecilla de Valderaduey.
309.—Trigueros.
347.—Matapozuelos.
364.—Villavicencio.
395.—Peñafiel.
406.—Cabezón.
460.—Olmedo.
559.—Mayorga.
575.—Villanubla.
599.—Establecimiento penal.
623.—Boecillo.
655.—Casasola de Arión.
750.—Piña de Esgueva.
777.—Peñaflor.

VIZCAYA.

3.—Plencia.
61.—Berinco.
244.—Portugalete.
566.—Casa de misericordia.
730.—Guernica y Luno.
766.—Balmaseda.
767. 768. 769. 787. } Escuelas municipales.
771.—Matamoros (minas de Somorrostro).
772.—Baracaldo.

ZAMORA.

15.—Benavente.
64.—Villalpando.
135.—Toro.
203.—Revellinos.
253.—Barrio de San Frontis de Zamora.
310.—La Torre del Valle.
313.—Moraleja del Vino.
331.—Távara.
387.—Pobladura del Valle.
487.—San Cristobal de Entreviñas.

ZARAGOZA.

14.—Calatayud.
86.—Borja.
109.—Ateca.
115.—Paracuellos de Giloca.
118.—La Almunia de D.ª Godina.
120.—Nuévalos.
121.—Tarazona.
122.—Mediana.
124.—Caspe.
130.—Pina.
195.—Epila.
202.—Maella.
214.—La Almolda.
262.—Tauste.
264.—Nonaspe.
318.—Miedes.
325.—Villalengua.
364.—El Frasno.
423.—Aranda de Moncayo.
418.—Arrabal de Zaragoza.
478.—Alagón.
486.—Escuela de San Jorge.
490.—Escuela de San Blas.
495.—Escuela práctica agregada á la Normal.
503.—Escuela de párvulos.
515.—Zuera.
517.—Peñaflor.
519.—Villanueva del Gállego.
521.—Burgo de Osma.
523.—Monzalbarba.
525.—Juslibol.
527.—Torrecilla de Valmadrid.
570 —Cariñena.
598.—Establecimiento penal.
622.—Alpartir.
627.—Ejea de los Caballeros.
708.—Calatorao.

Estas 746 bibliotecas suman en junto hasta 171.083 volúmenes.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

(*Se continuará.*)

CAUSAS DE LA ASCENSIÓN

DE LA SAVIA.

OBRE esta interesante cuestión ha efectuado notabilísimos trabajos el Dr. Boehm, de los cuales nos proponemos dar una ligera idea.

Entre las diversas sustancias alimenticias necesarias para el buen desarrollo de las plantas, desempeña el agua el papel más importante. Prescindiendo ahora de que más de la mitad de la planta está constituída por agua, nos fijaremos en que sirve como vehículo á las materias minerales, que forman parte integrante del organismo vegetal. Las plantas obran de la misma manera que una esponja de la cual se halle una parte dentro del agua. A medida que se evapora el agua que llega á las hojas, es reemplazada por la que corre de abajo á arriba. La cantidad de agua que un árbol envia á la atmósfera seca y en movimiento durante un día de verano, se eleva á muchos litros y ha de ser sustituída por la que absorben las raíces. Boehm no estudia cómo pasa el agua del suelo á las raíces, concretándose á investigar las fuerzas que la hacen subir desde las raíces á las hojas y el camino que recorre.

Para formarse idea clara de las fuerzas por cuya acción el agua, con las sales en ella disueltas, pasa de las raíces á las

hojas, es necesario considerar ante todo el objeto y la dirección de la corriente de savia y la estructura elemental de los órganos en que se mueve.

Las observaciones efectuadas en los cortes trasversales de plantas normalmente desarrolladas, demuestran que las sustancias asimiladas por la corteza son descendentes, y que los jugos no elaborados absorbidos por las raíces son ascendentes. Sabido es que la madera de las dicotiledóneas está formada por células y vasos. Los vasos son, por lo general, canales alargados que recorren sin interrupción la planta entera y que no se comunican lateralmente entre sí. La creencia de que el agua sale de éstos por la capilaridad carece de fundamento, como se ve observando las coníferas que no los tienen, y el fenómeno de que en las dicotiledóneas no se marchitan las hojas, si á los lados opuestos del tronco se dan dos cortes que rompan la continuidad de los vasos. Luego el movimiento de la savia se efectúa en las células y no en los vasos. Conocido el fenómeno de la *endósmose* y *exósmose*, nadie dudó, desde hace veinte años, que la ascensión se produjese por diferencia de concentración de los jugos contenidos en las células. Cierto que muchos fenómenos se fundan en este hecho, como, por ejemplo, las distintas secreciones y la turgencia de los órganos jóvenes.

La mayor parte de los fisiólogos consideran el movimiento del agua causado por la traspiración de las células túrgidas de las hojas, como un fenómeno de naturaleza puramente osmósica. A causa de la continua formación de materias orgánicas en las células asimilatrices, debería ser siempre de tal intensidad la tensión osmósica, que el agua procedente de las células inmediatas reparase las pérdidas producidas por la traspiración. Lo erróneo de esta opinión lo atestiguan los hechos siguientes:

1.° El movimiento del agua producido por la ósmose, debida á la diferencia de tensión, se efectúa con bastante lentitud.

2.° Las células que traspiran directamente, esto es, las de la epidermis, carecen generalmente de clorofila, por lo que no pueden asimilar ni crear materias capaces de produ-

cir una difusión osmósica. El líquido contenido en las células de la epidermis sólo difiere en apariencia del agua, y de ahí que no sea posible concentrarlo por la evaporación.

3.° Si se efectuara por ósmose el reemplazo del agua evaporada, entonces las hojas de las plantas que asimilan en sitios húmedos deberían hallarse cubiertas por el agua segregada y los meatos intercelulares llenos de aquel líquido, lo cual no se ha observado nunca.

4.° En una planta verde colocada en un sitio húmedo y oscuro, las diferencias de tensión osmósica en las células de las hojas deberían irse igualando poco á poco, puesto que las sustancias que obran osmósicamente habrán sido consumidas en parte y en parte conducidas al tallo; pero las hojas se conservan frescas si la planta sustraída por algún tiempo á la influencia de la luz se expone al aire seco.

5.° Si el movimiento del agua en las hojas fuese causado por la diferencia de concentración del contenido de las células inmediatas, debería ocurrir lo mismo en los tejidos parenquimatosos, lo cual nadie se atreverá á sostener.

Porque si es claro que el movimiento del agua en las hojas no se debe á diferencia osmósica de presión, lo mismo ocurrirá, con mayor motivo, en la madera, cuyas células, cuando se verifica una traspiración fuerte, tienen en general casi sólo agua.

Hasta estos últimos años se creía que la fuerza de absorción de las raíces era capaz de elevar el agua hasta la copa de los árboles. Muchos hechos se oponen á tal opinión, y fué imposible demostrar semejante presión. Si cuando la vid está cubierta de hojas se corta una de sus ramas, no se observa emisión de agua, sino más bien una absorción.

Habiendo descubierto Jamín en 1860 la fuerza que hace sea absorbida el agua por algunos cuerpos porosos—creta, óxido de zinc, almidón, etc.,—expuso la idea de que quizás de una manera análoga se efectuase la ascensión de la savia en las plantas. Los vasos, relativamente anchos, no pueden servir como espacios capilares, pero sí las paredes de las células. Esta hipótesis, sostenida con entusiasmo por los naturalistas de entonces, se tiene hoy por axioma.

Como es natural, las paredes de las células por donde corre la savia contienen agua. Según la opinión de Nægeli, debe admitirse que aquéllas constan de moléculas sólidas diversamente conformadas, las cuales no se tocan directamente porque se hallan revestidas de una capa acuosa, de espesor determinado. Los espacios llenos de agua, que se llaman intersticios moleculares, disminuyen con la desecación y acaban por desaparecer, aproximándose entre sí las moléculas cada vez más. Por la disminución que al desecarse experi-

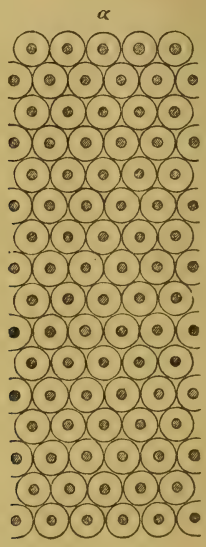


Figura 1.ª

mentan las paredes celulares, puede deducirse la cantidad de agua que contenían. Véase la figura 1.ª, en la cual se han dibujado muy grandes los invólucros líquidos de los núcleos sólidos.

La propiedad que tienen las paredes de las células, de recuperar por una parte el agua que pierden por otra, sin cambio de la presión, se llama poder de absorción.

Admitiendo que es considerable la atracción entre el núcleo y el agua que lo envuelve, está fuera de duda que el mo-

vimiento del agua en los intersticios moleculares de la pared embebida, se efectúa de la misma manera, es decir, siguiendo las mismas leyes que en los vasos capilares; y de ahí que sea enorme la resistencia que la atracción opone á su paso.

Si el agua sólo se moviese en los intersticios moleculares, sería evidentemente más favorable para esta función de la planta que sus tejidos no estuviesen compuestos de células únicamente, sino de una masa análoga á las paredes celulares representadas en la figura 1.ª La hipótesis de la absorción exige, no sólo que de los invólucros acuosos se pase fácilmen-

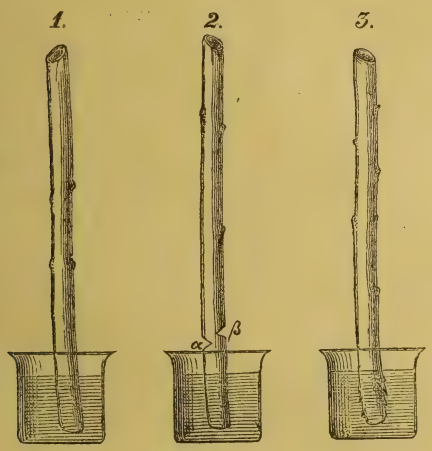


Figura 2.ª

te á la cavidad celular de las hojas, sino que además estén en movimiento los de las millaradas de moléculas circundantes. Al través de un disco de ébano de un centímetro escaso de grueso, y bajo una presión de más de una atmósfera, no pasa ni una gota de agua en la direccion radial. Hé aquí otro experimento: se descortezaron (figura 2.ª) tres ramas de sauce (*Salix fragilis*) de 40 centímetros de longitud, inyectándolas agua por medio de la ebullición: á las números 1 y 2 inmediatamente después de cortadas, y á la 3 después de tres meses de sometida al mismo cultivo que el acodo, y se introdujeron por su extremidad inferior en el agua.

Las ramas pesaban el 4 de mayo de 1877, la

Núm. 1.	118,5
» 2.	134,1
» 3.	104,5

El 11 de febrero de 1878:

Núm. 1.	107,6
» 2.	62,9
» 3.	49,7

Las pérdidas, por tanto, fueron de 9,2, 53,1 y 52,4 por 100, respectivamente. La causa de estas diferencias consiste en que se cortaron los vasos de la rama núm. 2 en el punto que indica la figura, y se taparon los de la núm. 3, después del cultivo. El agua evaporada por la núm. 1, fué sustituída por la ascendente en los vasos que funcionan como capilares. Si las ramas hubiesen tenido un metro ó más de longitud, se hubiera secado desde mucho tiempo antes la parte superior. No cabe la menor duda de que las paredes de las células de la madera inyectadas mediante la ebullición sean capaces de embeberse tanto como las de las células vivas, y por eso sería imposible que aun en las ramas de 40 centímetros de longitud, fuese reemplazada la más pequeña cantidad de agua evaporada por la parte superior. También las hojas de las ramas de las salicíneas criadas en el agua se secan en cuanto se las separa de las raíces.

Si en la subida de la savia sólo se moviese el agua de absorción, no podría hallarse este líquido en las cavidades celulares y en los vasos. Durante la traspiración, sería imposible, porque al perder agua, las paredes de las células, ávidas de ella, la tomarían de las cavidades celulares. Cesando la traspiración, esto es, en el invierno y también en el verano, después de cubrirse de hoja las plantas, los núcleos sólidos se rodearán de una envolvente líquida proporcionada á su naturaleza y magnitud, pero la separación al exterior del agua de las cavidades celulares sería absolutamente imposible.

Boehm combate la creencia de que las células de la made-

ra no contienen más que aire durante la traspiración viva de las plantas, y que por el invierno tienen aire y agua. ¿Cómo—pregunta—puede llegar el agua á las paredes celulares si el movimiento de la savia depende de la absorción? Concluída la traspiración foliácea, parte de los vasos se llenan también de líquidos, sin que por eso impidan la absorción de líquidos mezclados con agua por medio de cortes dados en las ramas.

Con lo expuesto cree Boehm haber demostrado claramente que la subida de la savia por los tejidos parenquimatosos no se debe en modo alguno á la diferencia de tensión producida por la ósmose, y tampoco se puede explicar suponiendo que únicamente se mueve el agua de absorción. A seguida—dice—espero probar con hechos que el movimiento de la savia en las plantas que están traspirando, debe considerarse como un fenómeno de infiltración producido por las diferencias de presión en las células.

El aparato representado por la figura 3.ª sirve para demostrar cómo se produce el movimiento de la savia en los tejidos parenquimatosos de las células. Se compone de una serie de células llenas de agua, separadas entre sí por una membrana animal, cuyas paredes, en parte elásticas, son de vidrio (*c c c*) y de cauchuc (*b b b*). La célula superior consta de un embudo cuya boca está cubierta por una vejiga de buey replegada muchas veces sobre sí misma. Células de iguales condiciones están en comunicación con manómetros. Para que el aparato pueda funcionar con rapidez, la membrana del embudo lleno de agua, está fuertemente comprimida contra una superficie esferoidal, y el tubito de cauchuc *e*, se halla

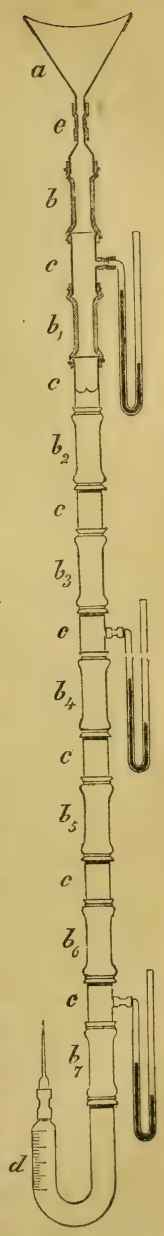


Figura 3.ª

herméticamente cerrado por unas pinzas de Mohr. El agua destilada que llena el aparato se acidula con ácido fénico á fin de que se conserven las membranas.

Cuando la cara exterior de la membrana que cubre el embudo *a*, pierda agua por evaporación, la tomará de la segunda, merced á su capacidad absorbente; ésta de la tercera, y así sucesivamente. La más interior resarcirá sus pérdidas á expensas del líquido contenido en el embudo. Si fuesen rígidas las paredes laterales del aparato; si las trasversales no existieran y el agua pudiese circular sin necesidad de vencer la resistencia de atracción á su paso, y suponiendo, por último, que la membrana superior en que se efectúa la evaporación fuese impermeable al aire á la presión de una atmósfera, la presión externa levantaría una columna de agua de cerca de 10 metros. Si el aparato estuviese cerrado en *d*, se formaría inmediatamente en el embudo un espacio que contendría tan sólo vapor de agua, y la evaporación duraría mientras la membrana estuviese en contacto con el agua. Después de esto, se desecaría. Pero la membrana del aparato no es impermeable al aire bajo fuertes presiones, ni las paredes laterales son rígidas, sino elásticas. Cuando la célula-embudo *a b* pierde agua, sus paredes, á causa de la presión exterior, comprimen al líquido en todos sentidos y se produce entonces una cierta tensión. La célula *a b* está separada de la *c b*, por medio de una membrana que, á la más pequeña presión, deja paso al agua con más facilidad que la primera al aire.

Pasará, por consiguiente, agua de $c\ b_1$ á *a b*, lo que origina en *c b* una disminución de presión y con ella el paso de agua de $c\ b_2$ á $c\ b_1$, el cual se efectúa con una rapidez dependiente de la mayor ó menor resistencia que encuentra. Esto se repite hasta la célula extrema inferior del aparato. Si ésta se halla tapada, al desecarse la membrana del embudo *a*, dejará pasar aire; pero si la célula inferior puede tomar agua del exterior, entonces sólo entrará aire en la célula-embudo cuando la suma de la resistencia al paso del líquido y de la potencia de infiltración de la columna de agua levantada, sea igual á la presión necesaria para que pase el aire al través de la membrana húmeda.

En el aparato la fuerza de infiltración es naturalmente mayor que en una planta de igual altura, porque siendo muy pequeñas las cavidades celulares, es retenido el líquido en éstas por atracción capilar. Además de esto, opina Boehm que, en los árboles de tronco alto, la fuerza de filtración del agua contenida en las células no sería suficiente para hacer subir la savia si las células contuvieran agua.

No hay duda que en las plantas de tejido parenquimatoso y en los órganos cuyas células están llenas de agua, deben suceder fenómenos análogos á los observados en el aparato, en el cual la membrana resistente externa del embudo corresponde á la pared exterior engruesada de la epidermis. En ambos casos, el movimiento del agua provocado por la traspiración *es función de la elasticidad de las paredes celulares y de la presión atmosférica.*

Las células de las hojas y del tejido parenquimatoso de las *Papayáceas* están completamente llenas de agua, y la elasticidad de sus paredes es incontrastable. Por el contrario, las células de la madera ordinaria, por las cuales sube el agua desde las raíces á la copa, están casi siempre pegadas unas á otras sin intersticios, y, durante la traspiración activa, lo mismo que los vasos, se hallan aparentemente llenas de aire. Si se observa al microscopio en una gota de agua destilada ó saturada de ácido carbónico una sección longitudinal, se ve que las burbujas de aire contenidas en las células se acortan considerablemente, fenómeno que prueba la tenue tensión del gas contenido en los poros de las células de la madera que conducen la savia, lo que se explica por la facultad que tienen las células intactas de absorber muy fácilmente el agua y muy difícilmente el aire. Höhnel demostró que cortando ramas dentro del mercurio, especialmente las tiernas, penetra aquél en los vasos apesar de la resistencia que opone la atracción. La tenue tensión del aire, á veces de sólo 0,3 de la presión atmosférica, contenido en las células y vasos de la madera, únicamente es posible bajo dos condiciones: 1.ª la pared celular húmeda debe ser del todo, ó casi del todo, impermeable al aire; 2.ª del agua procedente de las raíces no se puede separar el aire. Estas son las propieda-

des más salientes de la madera conductora, y pronto veremos qué relación guardan con el movimiento del agua.

La figura 4.ª representa una sección radial-longitudinal de madera no formada. Las filas de células *A* y *A'*, que ya han funcionado, están llenas de agua. En el vaso *G* las paredes trasversales están en vías de disolución; en *C* se ven células muy jóvenes con el líquido que primitivamente contienen. A medida que las células superiores de las filas *A* y *A'* pierden agua, disminuye la presión del aire que contienen, y el agua de las células inferiores y de los vasos inmediatos penetra al través de las paredes. Estas células obran á su vez del mismo modo, y así sucesivamente. La diferencia de presión en las células superpuestas y en contacto, es evidentemente proporcional á la resistencia de infiltración; pero

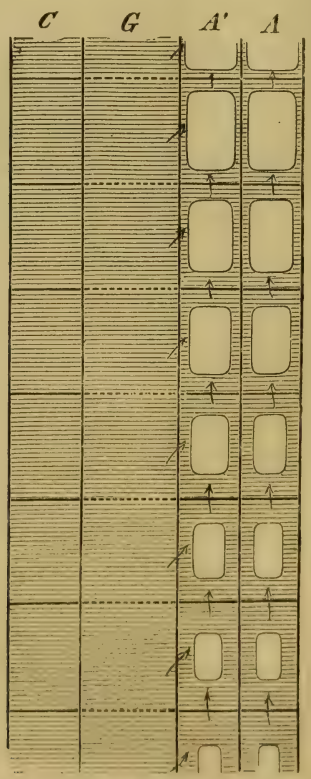


Figura 4.ª

como ciertas partes de las paredes trasversales son bastante sutiles y delicadas, deberá ser aquélla muy débil. El peso—la tendencia de infiltración de arriba á abajo—de la columna líquida contenida en las células superpuestas, es anulado del todo, parte por las paredes trasversales, pero más aún por la resistencia al paso que se advierte también en los vasos capilares interponiendo entre dos gotas de agua una burbujilla de aire. La absorción de las células superpuestas debe trasmitirse hasta la extremidad inferior de la planta, ó, cuando menos, á los órganos alimentados por la potencia de las raíces, á causa de las diferencias de tensión osmósica.

El agua, que en estado de vapor sale por las hojas, es restituída por la continua filtración de célula en célula del agua que las raíces toman del suelo. El agua de una célula pasa á la inmediata, cuando el contenido de la primera sufre una presión mayor que el de la última.

Lo que se dice del agua absorbida por las raíces es aplicable al líquido primitivo contenido en las células jóvenes y en las partes iniciales de que se componen los vasos. Las experiencias efectuadas demuestran que únicamente los vasos de la madera hecha y las células, en parte sólo, contienen aire; de donde se deduce que en la madera hecha el líquido debe ser sustituído por el aire. De lo expuesto resulta que para que el aire éntre en los vasos, debe tener mayor tensión que la de las células que reciben el agua de aquéllos. Pero si se pregunta de dónde viene este aire y por qué no se equilibra su tensión con la de la atmósfera, no puedo responder—dice Boehm—más que con hipótesis probablemente muy discutibles. La débil tensión del aire de la madera es un hecho bastante enigmático, si se considera la continua necesidad de oxígeno que tienen las células de la madera viva para respirar, y si además se tiene en cuenta que el agua tomada del suelo debe contener, relativamente, mucho aire. No se sabe todavía si las partes constituyentes de la madera al absorber ciertos gases disminuyen ó no su tensión (1).

---

(1) BOEHM, *Ueber die Zusammensetzung der in den Zellen und Gefassen des Holzes enthaltenen.* Luf. Landwirthschaftliche Versuchsstationen, 21 Bd. 1878.

Los partidarios de la teoría de la absorción sostienen que la madera conductora de la savia de las plantas cubiertas de hoja y traspirando, no contiene más que aire, sin poder explicar por qué las células y los vasos de la madera se llenan en parte de agua cuando se impide la traspiración.

Si las células de la madera no contuviesen en todo tiempo más que aire, es claro que deberían soportar la misma presión que los vasos, y deteniéndose la respiración, no penetraría el agua en aquellas cavidades, sino como en las de un cuerpo poroso que tomase agua de la parte inferior.

Del hecho indudable de que, aunque temporal y parcialmente, se llenan de agua las células y los vasos, se sigue que las células de la madera conductora de la savia no pueden nunca estar completamente ocupadas por aire, y que á más de éste deben contener siempre una cierta cantidad de agua, la cual adhiriéndose á las paredes de las células, envuelve en todos sentidos á la burbuja de aire.

Hemos visto que la savia ascendente se filtra de célula en célula á causa de las pequeñas diferencias de presión, y por lo tanto, que en las células superiores la presión será menor que en las inferiores, lo cual se ve en las figuras 4.ª y 5.ª, y que el volumen de igual cantidad de aire tomado de arriba á abajo, está en razón inversa de la diferencia de presión y de la cantidad de aire contenido en las células. Si cesa la traspiración no cesan al mismo tiempo la absorción y la subida del agua por la madera; las células superiores roban agua á las inferiores hasta que se establece cierto equilibrio en toda la fila. La igualación completa de las diferencias de tensión en una fila de células no es posible, porque las resistencias que el agua debe vencer á su paso crecen con la distancia al punto de origen. Cuando las células han absorbido cuanta agua les es posible en sus actuales condiciones, entonces se llenan también los vasos, hasta que la tensión del aire en estos elementos de la madera es igual á la de las células (figura 5.ª). En su consecuencia, pasará agua hasta que la tensión de las células sea igual á la de los vasos.

Por la manera como se efectúa el movimiento del agua se explica, no sólo la causa del conocido hecho de que la ma-

dera contenga en el invierno más agua que en el verano, sino que además resulta que, especialmente durante la traspiración activa, disminuye la cantidad de agua á medida que se aleja de las raíces, dentro de las mismas condiciones. Cuando el árbol se cubre nuevamente de hoja, las células leñosas de la parte superior de la planta ceden cierta cantidad de

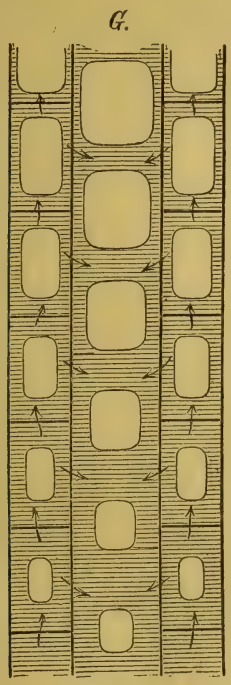


Figura 5.ª

agua, y después se vacían los vasos, sin que sea necesario que las raíces la absorban del suelo.

Ya se indicó antes que por los cortes frescos un gran número de plantas, como, por ejemplo, el plátano, el saúco y todas las pomáceas, absorben agua con avidez. Los fisiólogos que no admiten el movimiento del agua de absorción, creen explicar el hecho diciendo que á causa de la traspiración las paredes celulares quedan con poquísima agua. Pero

este fenómeno se verifica también en el invierno en las ramas no heladas, es decir, en una época en que el agua contenida en la madera es muchas veces mayor que el volumen total de todas las paredes celulares reunidas. No puede, por consiguiente, ponerse en duda el origen de la absorbión del agua.

Como se ve en la figura 5.ª, corte trasversal dado en una rama, el aire no puede penetrar profundamente en los vasos á causa de la atracción, si bien las burbujillas de aire, que alternan con gotitas de agua, no tienen más que una débil tensión. Pero si el corte está en contacto con el agua, penetra ésta de célula en célula, y de aquí á los vasos, hasta que la resistencia de atracción es igual á la que el agua debe vencer cuando procede de las raíces. Lo mismo que el agua obran todas las disoluciones concentradas de azúcar ó sales y todos los demás líquidos mezclados con el agua. Que las ramas heladas no puedan absorber ni aun los líquidos permanentes—glicerina ó alcohol—es claro, si se observan las causas de que en su totalidad depende el proceso. En las dichas experiencias, efectuadas en el verano, debe excluirse la influencia de los vasos como tubos capilares, por lo cual ha de cortarse la rama por ambos lados hasta la médula.

Para hacer notar lo inadmisible que es la opinión de que la riqueza de agua en la madera conductora de una planta depende de un *vis a tergo*, opinión falsa por muchas otras razones, basta fijarse en el hecho siguiente. Si en julio ó agosto, esto es, cuando la traspiración es más activa, se deshoja una rama de tilo ó de arce por su extremidad superior, entonces sólo los vasos de esta parte se llenan de agua y se hacen impermeables al aire, mientras que los de la parte no deshojada se conservan en su primitivo estado.

Si se trata de hacer pasar aire al través de una rama de *Aesculus* de 40 centímetros de longitud, deshojada de antemano, se ve salir de los vasos periféricos una sustancia espumosa que se conserva inalterable al aire libre, y que disuelta en el agua ó en el alcohol no da florescencia alguna.

También está de acuerdo con las causas de la ascensión de la savia, demostradas por Boehm, un interesante fenómeno

observado por Vesque (1), á saber: que cuando la atmósfera que rodea las hojas de una planta se calienta rápidamente, disminuye la absorción del agua por las raíces en mayor ó menor grado, y la traspiración en las partes frondosas aumenta. Cuando, por el contrario, baja la temperatura de la atmósfera, la absorcion aumenta. Esto es consecuencia necesaria del cambio de presión en el aire de la madera, ocasionado por el calentamiento y el enfriamiento.

Con lo que precede, deja demostrado Boehm que en los tejidos parenquimatosos llenos de savia, *el movimiento del agua provocado por la traspiración es función de la elasticidad de las paredes celulares y de la presión atmosférica; y que en las células de paredes rígidas, constituye su elasticidad la del aire que contienen.* Hemos visto que la presencia de una cierta cantidad de aire en las células de la madera conductora de la savia, lejos de ser un impedimento para la ascensión de ésta, es un factor indispensable al movimiento.

Por consiguiente, observa Boehm, á los que sostienen que las células leñosas de las plantas en plena traspiración, no contienen más que aire, y niegan la presencia del agua, diremos que, fundándonos en las causas de la ascensión de la savia, hace ya quince años, cuando todos los microscopistas sostenían lo contrario, demostramos con claridad incontrovertible que las fibras de las coníferas están cerradas y no abiertas. La posición de la membrana de las cavidades aéreas depende evidentemente de la diferencia de tensión de las dos células inmediatas, y corresponde con la dirección de la savia. La presencia constante de cierta cantidad de agua en las células de la madera conductora de la savia es un hecho indudable que acusa cuán erróneas son todas las opiniones diferentes.

El movimiento del agua en las plantas, provocado por la traspiración, es un proceso de infiltración que depende de la diferencia de presión en las células inmediatas.

R. ALVAREZ SEREIX.

---

(1) VESQUE, *De l'absorption de l'eau par les racines dans ses rapports avec la transpiration.*

NECROLOGIA

El 30 del pasado á la una de la madrugada falleció el Excmo. Sr. Teniente general D. Fernando Fernández de Córdova, Marqués de Mendigorría.

Paz á los muertos: justicia para su memoria.

Ilustrado colaborador de la Revista Contemporánea, honrados con su amistad, su muerte es para nosotros una sensible pérdida, tanto más dolorosa, cuanto menos próxima se creía, á pesar de los padecimientos que soportaba con igual entereza que mostró siempre en los campos de batalla.

Triste homenaje obligatorio es para nosotros consignar los hechos de su larga carrera, tal como la verdad los presenta, descarnados de galas retóricas que pudieran alterar la exactitud, prescindiendo de los errores políticos que, según nuestro juicio, oscurezcan algunos, pues sobre ellos están, para quien descansa en la eternidad, los trabajos que ha realizado en bien del País y la consideración de que en el revuelto tráfago de las contiendas civiles es difícil sostenerse al mismo nivel sobre un terreno conmovido hasta en sus fundamentos.

Séanos lícito, imitando al historiador del gran Condé, rasgar las hojas, para nosotros poco gratas, de la crónica del Sr. Marqués de Mendigorría, sin borrar sus títulos, pero

ocultándolas á vuelta de tantos merecimientos como en general se le debe y tanto batallar en favor del Trono y de los principios fundamentales del orden y de la justicia.

Para ensalzar su ilustre abolengo, basta decir que descendía en línea recta del nunca bien ponderado Gonzalo de Córdova, á quien sus mismos enemigos dieron el sobrenombre de *Gran Capitán*. Vino á Madrid con su madre en edad temprana y se educó en un colegio de la calle de Jardines, teniendo, entre otros, por condiscípulos á D. Juan y D. José de la Pezuela. En el célebre 7 de julio de 1822 ya dió muestras de ánimo sereno, cuando no contaba doce años, saliendo á buscar á sus hermanos, que militaban entre los guardias españolas, corriendo graves riesgos para encontrarlos.

Pronto cambió las pacíficas tareas del estudiante por la agitación de la carrera militar, propia de los varones de su familia.

En 27 de setiembre de 1824 fué nombrado subteniente de Infantería con goce de antigüedad, pero sin sueldo. En octubre de 1825 entró como alférez en granaderos de la Guardia; en 1826 ascendió á teniente de la misma; en 1830 á ayudante del cuarto regimiento; en 1833 recibió el grado de teniente coronel de Infantería; en 1834 ascendió á capitán de la Guardia, y en 1835 recibió el grado de coronel de Infantería sobre el campo de batalla, por su arrojo en una carga á la bayoneta, con la que decidió la victoria en la acción de Artara.

Son muchos los trances de guerra en que lució su valor. En Elizondo, con una compañía de tiradores de Gerona y 30 caballos, sostuvo la retirada contra la vanguardia enemiga, mereciendo por ello la cruz de San Fernando.

Su comportamiento en la batalla de Mendigorría es uno de los más brillantes hechos de su historia militar.

Siempre pronto á combatir, y recogiendo abundante cosecha de lauros, hasta el punto de retar á las mejores tropas enemigas á singular pelea, al modo de los antiguos paladines, como lo hizo en 1.° de noviembre de 1835 con el batallón de guías, al que provocó á lidiar con otro de la Reina, sin que fuese admitida la provocación, fué trasladado á Ma-

drid en 5 de setiembre del año siguiente, donde contribuyó á sostener el orden en 1837.

Verificado el pronunciamiento de 1840, solicitó la escedencia, que le fué concedida.

Los sucesos del 7 de octubre de 1841, en que tomó parte activa, le obligaron á emigrar, hasta 1843 que se presentó en Cataluña, adhiriéndose al levantamiento contra el Regente, á cuya caída contribuyó mandando la brigada de vanguardia en la acción decisiva de Torrejón de Ardoz.

En 1844 asistió á las operaciones del sitio de Cartagena, contribuyendo, en primer término, á estrechar á los sublevados, ocupando á viva fuerza el arrabal de San Antonio, á pesar del vivo fuego de los castillos.

Aún le faltaba demostrar su valentía contra la traidora lucha de las calles, mas no tardó la ocasión en ofrecérsele en agosto de 1845. Entonces, acompañado sólo de un ayudante y cinco ordenanzas, cargó á los amotinados en la Puerta del Sol y calles inmediatas, consiguiendo restablecer el orden.

Por este merecimiento, unido á los anteriores, se concedió á su señora madre el título de Marquesa de Mendigorría, Vizcondesa de Arlabán, con la cláusula de que á su fallecimiento pasasen los títulos al Mariscal de campo D. Fernando Fernández de Córdova, títulos que hoy hereda su primogénito D. Luis Fernández de Córdova.

Llegado el año de 1849, ocupaba el General la Dirección de Infantería, después de haber desempeñado el mando superior en Cataluña, cuando el General Narváez concibió el proyecto de mandar una expedición á Italia en defensa de los derechos del Soberano Pontífice. Al amanecer del 23 de mayo salió de Barcelona la expedición á las órdenes del General Córdova, que la dirigió con la prudencia y firmeza requeridas en las difíciles circunstancias que suscitaban las vacilaciones diplomáticas del Gobierno francés, sacando á salvo la honra nacional y la dignidad del ejército español.

En la REVISTA CONTEMPORÁNEA ha escrito el Sr. General una obra notabilísima bajo el título: *La revolución de Roma y la expedición española á Italia en 1849.*

En 1864 fué Director general de Artillería, y posteriormente Ministro de la Guerra hasta 1865. Desempeñó también la Dirección general de Estado Mayor.

En 18 de julio en 1854 fué nombrado Presidente del Consejo de Ministros: Ministro de la Guerra por primera vez en 31 de agosto de 1847, volvió á desempeñar la cartera en 17 de julio de 1854, en 21 de julio de 1871 y en 11 de febrero de 1873; por consiguiente, fué el primer Ministro de la Guerra de la República.

En 13 de junio de 1872 fué Presidente interino del Consejo, por ausencia de Ruiz Zorrilla, y el 24 de julio de 1871 Ministro de Estado interino, por dimision del Sr. Martos.

Actualmente vivía consagrado á provechosas tareas literarias, sin salir apenas de su retiro de la calle de Alcalá, donde los cuidados de sus hijos y su ordenado régimen hacían más llevadera la falta de salud al respetable veterano.

A más de la obra citada, se deben á su pluma, entre otras, las que siguen:

Memoria sobre los sucesos políticos ocurridos en Madrid en los días 17, 18 y 19 de julio de 1854.

Consideraciones sobre la organización del ejército español con relación al presupuesto.

Contestación á las observaciones del Marqués del Duero sobre la táctica de guerrillas.

Mis memorias íntimas, fragmentos publicados en la *Ilustración Americana.*

Ha muerto á los setenta y cuatro años de edad, cumplidos en 2 de setiembre, y contaba cincuenta y nueve de servicio.

A las diez y media de la mañana de 1.° del corriente se verificó la conducción del cadáver al cementerio de San Sebastián, vestido de uniforme, con el sombrero y la faja, el bastón, la espada y la banda de San Fernando sobre el féretro.

Formaban el cortejo fúnebre gran número de carruajes particulares, y componían el duelo los Sres. Duque de la Torre, Zarco del Valle, hermano de la Marquesa de Mendigorría, y el capellán de la casa.

Celebrada una misa de cuerpo presente, se verificó el enterramiento.

Hombres distinguidos de todas opiniones formaban el acompañamiento, según demostraba la presencia del Ministro de Estado, D. José Gutiérrez de la Vega, los Generales Bermúdez Reina, Guillén Buzarán, Reina, Burgos, Alaminos, Hidalgo y el Marqués del Pico de Velasco, representante del Sr. Marqués de Novaliches.

Reciban los hijos y demás familia del Sr. General Córdova la expresión de nuestro profundo sentimiento.

DIMITRI ROUDINE

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1).

NATALIA se había cubierto el rostro con las manos y huído hacia la casa. Tan preocupada iba del desenlace inesperado que había tenido la conversación con Roudine, que no notó siquiera que pasaba por delante de Volinzoff, que estaba inmóvil, apoyando la espalda en un árbol. Hacía ya un cuarto de hora que había llegado, y después de ver á Daría en la sala y hablar con ella dos palabras, logró desaparecer para ir en busca de Natalia. Con ese instinto, que es propio de los enamorados, se fué derecho al sitio en que hemos visto á Roudine y á Natalia, llegando al momento mismo en que ésta le retiraba la mano. Volinzoff sintió como un vértigo. Roudine le vió y se aproximó á él. Los dos se miraron fijamente, se saludaron y se separaron después en silencio. «Esto no puede terminar así»—pensaron los dos.

(1) Véase la página 344 del tomo XLVII.

Volinzoff se internó en las profundidades del jardín; estaba desesperado y cabizbajo. Sentía sobre el corazón un peso como de plomo, y de repente hervía su sangre en las venas y se despertaba en él una cólera violenta. Roudine había vuelto á su cuarto, pues comenzaba á llover; no estaba tampoco tranquilo: sus pensamientos se precipitaban como en un turbión. En efecto, ¿qué hombre no se turba por el contacto inesperado y la confianza de un alma joven y honrada?

Las cosas fueron muy mal durante la comida; Natalia se hallaba muy pálida, apenas podía sostenerse en la silla y no levantaba los ojos. Volinzoff, que estaba sentado como de costumbre á su lado, se esforzaba por momentos para hablar. Sucedió que Pigassoff comía aquel día en casa de Daría y que hablaba más que todos los demás juntos. Entre otras cosas se empeñó en demostrar que podían dividirse los hombres en dos categorías, como los perros: los hombres de orejas cortas y los de orejas largas. Los hombres que tienen las orejas cortas, bien sea de nacimiento ó por sus propias faltas, son de compadecer, porque nada les sale bien. No tienen confianza en sí mismos. Pero los que poseen orejas largas y bien arregladas son hombres felices. Podrán ser más malos, más débiles que el hombre de orejas cortas, pero no les falta la confianza de sí mismos. Ponen tiesas las orejas, todos les admiran. Yo—continuó dando un suspiro,—pertenezco á la categoría de los de orejas cortas, y lo peor que hay en eso y más me irrita es que yo mismo me las he cortado.

—Eso—interrumpió con negligencia Roudine—viene á decir una cosa que dijo, en otras palabras, mucho antes que vos La Rochefoucauld:—«Ten confianza en tí mismo y los demás creerán en tí.» No comprendo la necesidad de hacer intervenir en todo esto á las orejas.

—Permitid que cada uno se explique como lo entienda conveniente,—respondió Volinzoff, con tono incisivo y los ojos inyectados en sangre.—Se discute sobre el despotismo, y á mi parecer, no hay nada más odioso que el despotismo de esos que se llaman hombres de talento.

Aquella salida de Volinzoff admiró á todo el mundo; nadie dijo una palabra. Roudine le echó una mirada con disi-

mulo, pero sin sostener la mirada de su rival; se volvió, se sonrió sin despegar los labios.

—¡Ay! ¡Ay! Tú también tienes las orejas cortas—pensó Pigassoff.

Natalia creyó desfallecer de miedo. Daría miró á Volinzoff largamente con aire sorprendido, y fué la primera que reanudó la conversación hablando de un perro extraordinario que pertenecía á su amigo el Ministro N*** N***

Volinzoff se retiró poco tiempo después de comer; pero al saludar á Natalia, no pudo menos de decirla:

—¿Por qué tenéis el aire turbado de un reo? Vos no podéis ser culpable á los ojos de nadie...

Natalia no le había entendido nada y sólo le había seguido con la vista. Roudine se acercó á ella antes del té, y apoyándose en la mesa como si leyese un periódico, la dijo á media voz: «Todo esto parece un sueño, ¿no es cierto? Es indispensable que os vea á solas... aunque sólo sea por un instante.»—Se volvió después á Mme. Bóucourt, diciendo: «Ved aquí el folletín que buscabais.»—Después, inclinándose hacia Natalia, continuó en voz baja: «Procurad venir á eso de las diez cerca de la terraza... en el bosque de lilas. Allí os espero...»

Pigassoff fué el héroe de la noche. Roudine le había abandonado el campo de batalla y comenzó primero hablando de uno de sus vecinos, y divirtió mucho á Daría, contando que aquel vecino era tan afeminado que vivió treinta años pegado á las faldas de su mujer; que un día, en el momento de atravesar un arroyo, le había visto él mismo, Pigassoff, llevarse la mano atrás y recogerse las puntas de la levita, como las mujeres se recogen las faldas. Después de esto fué á dar con otro propietario que era primero masón, después misántropo, y que por último quería hacerse banquero.

Pero cuando llegó á su colmo la hilaridad de Daría fué cuando se puso á disertar sobre el amor, asegurando que también habían suspirado por él, y que una alemana de pasiones ardientes le había llamado su pequeño Africano, apetitoso y lánguido. Daría se echó á reir, á pesar de que Pigassoff no mentía, pues tenía realmente derecho de alabarse

de sus éxitos. Afirmó que no había nada más fácil que el hacerse amar de la primera mujer que se encuentra; que basta con repetirla durante diez días seguidos que el paraíso está en sus labios y la beatitud en sus ojos, y que á su lado todas las demás mujeres no son más que verdaderos horrores, para que al once día se diga ella misma que el paraíso está en sus labios y la beatitud en sus ojos, y se enamore del que ha descubierto en ella tantas cosas bonitas. Todo llega en este mundo. Pigasoff tendría tal vez razón. ¿Quién sabe?

Roudine estaba ya en el bosque de las lilas á las nueve y media: apenas habían aparecido las estrellas en las pálidas y lejanas profundidades del cielo; aún había señales de fuego en el Occidente y el horizonte se dibujaba allí más claro y puro. El creciente de la luna brillaba como el oro, á través de los negros troncos y los redondos bosquecillos. Los árboles de alrededor se elevaban como tristes gigantes con mil claros parecidos á ojos, ó bien se confundían en una sombría masa muy apretada. No se agitaba ni una hoja; las altas ramas de lilas y de acacias se alzaban á la suave brisa como si prestasen el oído á alguna voz secreta. La casa proyectaba su sombra en el suelo, y sus largas ventanas iluminadas resaltaban sobre el fondo oscuro en manchas rojizas. La noche estaba apacible y silenciosa; parecía que una aspiración contenida y apasionada se exhalaba misteriosamente de aquel mismo silencio. Roudine estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchando con una extremada atención. Su corazón palpitaba con fuerza y retenía involuntariamente el aliento. A fin se dejó oir un paso rápido y ligero y entró Natalia en el bosque.

Roudine se precipitó á su encuentro y la cogió las dos manos. Estaba fría como la nieve.

—Natalia—la dijo con voz sorda y conmovida,—he querido veros... no podía esperar hasta mañana; me era preciso deciros lo que no sospechaba siquiera, lo que dudaba aún esta mañana. ¡Os amo!

Las manos de Natalia se habían extremecido débilmente en las suyas.

—¡Os amo!—repitió él.—No sé cómo he podido equivo-

carme tanto tiempo... cómo no he adivinado más pronto que os amaba... ¿Y vos? Natalia, respondedme... ¿Y vos?

Natalia apenas podía respirar.

—Ya veis que he venido—dijo al fin.

—¿Decís, decís que me amáis?

—Me parece que sí—murmuró.

Roudine la estrechó otra vez las manos con más fuerza y quiso atraerla hacia sí...

La joven echó una mirada en torno suyo.

—Dejadme, tengo miedo; me parece que alguien nos escucha... Sed prudente por amor de Dios... Volinzoff sospecha algo...

—¡Dios le bendiga! ya veis como ni siquiera le he respondido hoy... ¡Ay, Natalia, qué feliz soy! ¡Ahora nada podrá separarnos!

Natalia elevó los ojos al cielo, y murmuró:

—Dejadme ya, que es tiempo...

—¡Un momento más!

—No; dejadme, dejadme...

—Pues qué, ¿os doy yo miedo?

—No; pero no debo quedarme.

—Repetidme otra vez más...

—¿Decís que sois muy dichoso?—le preguntó.

—Sí; soy el hombre más feliz del mundo. ¿Podíais dudarlo?

Natalia había levantado la cabeza; su pálido rostro, tan joven, tan noble y tan comovido, estaba hermoso á la débil claridad que venía del cielo nocturno á través de las tinieblas misteriosas del bosque.

—Sabedlo, pues—dijo.—Seré vuestra esposa.

—¡Oh Dios mío!—exclamó Roudine.

Pero Natalia había ya huído. Él se detuvo un momento y después abandonó el bosque muy despacio.

La luna daba en pleno sobre su rostro; una sonrisa plegaba sus labios.

—Soy feliz,—dijo á media voz.—Sí, soy feliz—repitió como si quisiera persuadirse á sí mismo.

Se había puesto muy derecho, y rechazando hacia atrás

sus cabellos marchaba rápidamente, agitando con alegría los brazos.

En aquel momento se abrieron unas ramas en el bosque de las lilas y salió de allí Pandalewski. Miró con precaución á su alrededor, bajó la cabeza, apretó los labios y dijo de una manera significativa: «Si esto es así, es preciso prevenir á Daría.» Y desapareció.

IX.

Volinzoff había vuelto á su casa tan triste, tan abatido, había respondido de tan mal humor á las preguntas hechas por su hermana y encerrándose tan bruscamente en su cuarto, que ésta resolvió enviar un propio á Lejnieff, que era á quien se dirigía en todas las circunstancias difíciles. Lejnieff la respondió que iría al día siguiente.

A la mañana siguiente no estaba Volinzoff más tranquilo que la víspera. Después del almuerzo había querido primero ir á ver los trabajadores, después mudó de opinión y se extendió en un diván y cogió un libro, cosa que no sucedía sino muy rara vez, pues no sentía por la literatura sino una afición muy moderada: sobre todo los versos le inspiraban verdadero terror.

—Nada hay más incomprensible que la poesía, solía decir, y para confirmar la exactitud de su juicio recitaba unos versos de Aiboulet (1).

Alejandra fijaba inquietas miradas en su hermano, pero no quería aburrirle con sus preguntas. Se detuvo debajo del pórtico un carruaje.

---

(1) Jusque la fin de unes tristes jours,
Ni la fiere experience ni la voisonnement
Ne sauront flitris de leurs mains
Les myosotis sanglants de la vie.

—¡Vamos! Dios sea bendito—pensó,—ahí está Lejnieff.

Entró un criado y anunció á Roudine.

Volinzoff tiró el libro y levantó la cabeza.

—¿Quién está ahí?—preguntó.

—Roudine Dimitri—repitió el criado.

Volinzoff se levantó.

—Hazle entrar—y tú, hermana, déjanos solos—continuó volviéndose á Alejandra.

—¿Pero por qué?—dijo.

—¡Esto no toca más que á mí!—prosiguió enfadado.—Te lo suplico.

Entró Roudine y Volinzoff le saludó fríamente y quedó de pie en medio del cuarto sin alargarle la mano.

—Confesad que no me esperabáis—dijo Roudine colocando su sombrero en el poyo de la ventana.—Le temblaban un poco los labios, pero se esforzaba en disimular su turbación.

—Ciertamente que no os esperaba—respondió Volinzoff—más bien esperaba que viniera algún otro de vuestra parte, después de lo ocurrido ayer.

—Ya comprendo lo que queréis decir—dijo sentándose;—me gusta mucho vuestra franqueza, vale más que sea así. He venido á vos como á un hombre de honor...

—¿No podríais dejar á un lado los cumplidos?—interrumpió Volinzoff.

—Deseo explicaros mi presencia aquí.

—Conociéndonos, ¿por qué no habíais de venir á mi casa, mucho más no siendo la primera vez que me hacéis el honor de visitarme?

—He venido á buscaros como un hombre de honor á otro hombre también de honor—repitió Roudine;—voy ahora á someterme á vuestro propio juicio... Tengo plena confianza en vos.

—¿Veamos de qué se trata?—preguntó Volinzoff, que estaba de pie lanzando sombrías miradas á su adversario y retorciéndose de vez en cuando el bigote.

—Permitidme... He venido para explicarme; pero esto no puede hacerse en dos palabras.

—¿Por qué?

—Porque hay en ello una tercera persona.

—¿Quién?

—Sergio Pawlitch, ¿me comprendéis?

—No comprendo absolutamente nada.

—¿Si gustáis?...

—Me gusta que habléis sin rodeos—le interrumpió el amo de la casa, que comenzaba á no poder reprimir la cólera. Roudine frunció las cejas.

—Con placer... estamos solos... Debo deciros, además, ya lo sabéis probablemente—Volinzoff se encogió de hombros con impaciencia,—debo deciros que amo á Natalia, y que tengo derecho de suponer que soy amado por ella.

Volinzoff no respondió nada, pero había palidecido; volvió la cara y se dirigió hacia la ventana.

—Ya comprenderéis, Sergio—continuó Roudine,—que si yo no estuviese convencido...

—¡Por piedad!—replicó Volinzoff con viveza.—No lo dudo en manera alguna... Y bien, qué... tanto mejor para vos; lo que quisiera saber únicamente es para qué diablos habéis tenido la idea de venirme á contar esta noticia... ¿En qué me concierne? ¿Qué necesidad tengo yo de saber quién os ama ni á quién amáis? No comprendo verdaderamente nada...

Volinzoff seguía mirando por la ventana, su voz era sorda.

Roudine se había levantado.

—Voy á deciros por qué me he decidido á presentarme personalmente en vuestra casa, y por qué no me he creído con derecho de ocultaros nuestro... nuestra, nuestra situación. Os estimo profundamente y por eso estoy aquí; no he querido... ni el uno ni el otro hemos querido hacer una comedia en presencia vuestra. Yo conocía vuestro cariño á Natalia... sé apreciaros, creedme. Siento cuán indigno soy de reemplazaros en su corazón; pero puesto que la suerte lo ha decidido así, ¿no vale más obrar con franqueza y con lealtad? ¿No vale más evitar equivocaciones y las escenas semejantes á la que pasó ayer en la comida? A vos mismo os lo pregunto, Sergio.

Este había cruzado los brazos sobre el pecho como si quisiera contener dentro de sí la emoción.

—Sergio—continuó Roudine,—comprendo que os he ofendido... pero haced por comprenderme, y pensad que no teníamos otros medios más que éste de probaros nuestra estimación y que sabemos aprobar vuestra nobleza y vuestra rectitud. Con otra persona cualquiera esta franqueza estaría fuera de lugar, pero es un deber siendo con vos. No es muy dulce el saber que nuestro secreto está en vuestras manos...

Volinzoff se echó á reir, haciendo un esfuerzo visible.

—Muchas gracias por la confianza—exclamó,—pero notad, os lo ruego, que yo no deseo ni conocer vuestro secreto ni confiaros el mío. Disponéis de él como de un bien propio y habláis como si hubierais recibido la misión de otra persona, esto hace suponer que Natalia está prevenida de esta visita y de su objeto.

Roudine se turbó ligeramente al oir estas últimas palabras.

—No, yo no he comunicado mis proyectos á Natalia, pero sé que ella participa de mi modo de ver.

—Todo eso está muy bien, —respondió Volinzoff después de un momento de silencio, durante el cual se había puesto á tocar el tambor en los cristales.—Apesar de esto os confieso que me agradaría el ser menos estimado y á la verdad me importa bastante poco vuestra estimación. Veamos ¿qué me queréis ahora?

—No quiero nada... pero sí quiero una cosa; que no me tengáis por un hombre taimado y astuto; quiero que me comprendáis... Espero que ahora no podréis dudar de mi sinceridad... quiero que nos separemos como amigos... y que me deis la mano como antes.

Roudine se aproximaba á Volinzoff; pero éste se volvió, y dando un paso hacia atrás, le respondió:

—Excusadme: estoy dispuesto á dar pleno crédito á vuestras intenciones; admitamos el que esto sea bello y hasta grande; pero estamos en una familia de gente sencilla y de ninguna manera en estado de seguir el impulso de espíritus tan profundos como el vuestro... Lo que os parece sincero nos parece á nosotros impudencia... Lo que halláis vos sencillo y claro lo encontramos turbio y enredado... Os alabáis de lo que nosotros ocultamos. ¿Cómo hemos de poder com-

prendernos? Perdonadme, pero no puedo contaros en el número de mis amigos ni daros la mano... Es posible que sea mezquina mi conducta; ¿qué le hemos de hacer si yo también soy mezquino?

Roudine había cogido el sombrero, y dijo tristemente:

—Adiós, Sergio, me he equivocado en lo que esperaba. Mi visita es extraña en efecto; pero creía que vos (Volinzoff hizo un gesto de impaciencia)... Perdonadme, ya no hablaré más de esto. Mirándolo bien, creo que tenéis razón y que no podéis obrar de otro modo. Adiós, y permitidme al menos que os asegure, por última vez, la pureza de mis intenciones... Por lo demás estoy convencido de vuestra discreción.

—¡Esto ya es demasiado!—exclamó Volinzoff temblando de cólera;—nunca os he pedido vuestra confianza, y por lo tanto no tenéis ningún derecho de contar con mi discreción.

Roudine quiso decir algo, pero se contentó con hacer con la mano un ademán, saludar y salir después.

Volinzoff se arrojó en un diván, volviendo la cara al lado de la pared.

—¿Se puede entrar?—dijo en la puerta Alejandra.

Volinzoff no respondió inmediatamente y se pasó con disimulo la mano por el rostro.

—No, Sacha—dijo con la voz ligeramente alterada;—espera todavía un poco.

Media hora después volvió Alejandra de nuevo á la puerta del cuarto de su hermano.

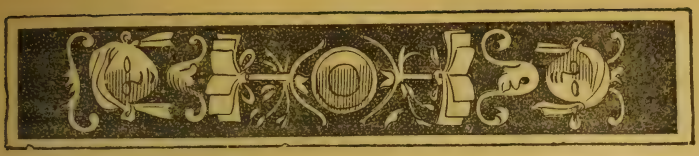
—Ha venido Michaïl; ¿quieres verle?—le dijo.

—Sí; dile que entre—la respondió.

Lejnieff apareció en seguida.

—¿Qué tienes? ¿Estás malo?—le preguntó sentándose en un sillón al lado de un diván.

(*Continuará.*)



REVISTA DE TEATROS

La comedia de Dumas titulada *Le demi-monde* apareció con afortunado éxito en el teatro de la Comedia casi al mismo tiempo que la refundición de *San Franco de Sena*, en el escenario de Apolo, coincidencia que nos obliga á reflexionar acerca de la opinión formulada por notables críticos y eminentes escritores, los que á una voz y apoyados en sólidos razonamientos sostuvieron y sostienen aún que tanto á Moreto como á Alarcón les cabe la gloria de haber sido entre los escritores de los siglos XVI y XVII los que, separándose de la norma trazada por sus antecesores, moderaron el culteranismo y el idealismo en el diálogo, redujeron á menores proporciones el enredo, pensaron con más detenimiento y madurez los planes de sus comedias, fijaron los caracteres de los personajes, indicando, si bien ligeramente, que con la naturaleza de éstos y con un interés creciente y bien sostenido, podía desarrollarse el argumento de una obra sin acudir á la complicada trama, al ampuloso diálogo y á recursos inverosímiles y las más veces absurdos.

Si por esto sólo, reunido á su reconocido ingenio, han merecido y merecen hoy justas alabanzas y que sus comedias ocupen un lugar preferente en nuestro teatro clásico, no debe sorprendernos que habiendo caído la época literario-dramá-

tica actual en igual ó parecido defecto, aplauda el público en sus múltiples esferas la versión al castellano de *Le demi-monde*, y comparando nuestro teatro moderno con el francés, advierta una marcada diferencia entre el uno y el otro en lo referente á la producción dramática de Dumas.

En nuestras comedias de hoy ó ha desaparecido por completo el enredo, ó cuando no, se presenta tan oscuro y laberíntico—perdónesenos la frase,—que se necesita un poderoso esfuerzo de atención para llegar á darnos cuenta de lo que sucede, y casi siempre ocurre que nos quedamos á oscuras sin descifrar aquel enigma; si el enredo no existe, entonces un diálogo chispeante y subido de color y una colección de frases colocadas á capricho, ó un sinnúmero de ideas de brocha gorda y pensamientos de relumbrón, constituyen el artificio de la comedia.

En las que pasan nuestras fronteras sin pagar los derechos de arancel á un arreglador que las pone como nuevas, vemos, como en la que nos ocupa, que conformándonos con la opinión emitida por D. Leandro Fernández Moratín, las comedias de carácter—ó alta comedia, como hoy se denomina—«son aquellas en que todos los interlocutores obrando según »el carácter conveniente que les dió el poeta, según las pa»siones que son verosímiles en ellos, causan la acción, su »progreso, nudo y catástrofe,» y añade después «que sin ca»racteres puede haber comedias de enredo, pero comedias de »carácter sin él no pueden existir;» y aludiendo á Luzán en su Poética, prosigue diciendo «que los buenos poetas han »compuesto muy pocas obras dramáticas, y éstas con mucho »estudio y trabajo, contentándose con un pequeño enredo, »y absteniéndose de sucesos muy largos y muy intrincados, »por no faltar á lo verosimilitud, y al contrario, los malos »é ignorantes poetas, libres de este yugo y de otros á que »la observancia de estas leyes obliga, han dado á los teatros »centenares de comedias,» de lo que se desprende que la obra de Dumas está dentro de estas condiciones, que con un nudo sencillo y comprensible, con una fiel pintura de los caracteres, con sucesos fáciles y que llegan á todas las inteligencias, el autor francés ha desenvuelto una acción que encanta é

interesa, sin acudir á episodios innecesarios, á pensamientos rebuscados ni á imágenes impropias, notándose sobriedad en el diálogo y naturalidad en los accidentes.

Sentadas estas premisas, cúmplenos manifestar que el *Demi-monde* añade á las condiciones antedichas la no indiferente de no pecar de inmoral, como algunos han supuesto; presenta el vicio, es cierto, pero del curso que sigue el desenvolvimiento del plan y de los elementos precisos en toda composición dramática, artísticamente combinados, resulta una moral irreprochable, y no á espuertas—frase no culta, pero clara,—como en muchas del repertorio modernísimo.

Más inmorales resultan esos dramas embrionarios que vemos diariamente y que parecen estar de moda, en los que la inmoralidad del fondo resalta más y más con la fraseología altisonante y con los pensamientos é ideas que fecundan el diálogo y donde la acalorada imaginación del poeta camina sin reserva de delirio en delirio y de utopia en utopia.

En la comedia de Dumas, Oliver, Susana, Marcela, la Condesa, Mauricio y cuantos interlocutores intervienen en la acción, sienten, hablan y proceden como deben y como cualquiera que se encontrase en su situación, á diferencia de los dramas modernos, que compuestos de parlamentos á manera de discursos y diálogos inconexos, los personajes se mueven bajo la presión y la voluntad del autor, que persigue un objetivo no siempre conforme con la naturaleza del drama en sus diversas manifestaciones.

Pasando á ocuparnos de la interpretación, digna del mayor elogio es la que ha cabido en suerte á la afortunada producción de Dumas; y decimos esto, porque no siendo éste el género que con aplauso cultivan los actores del elegante coliseo de la calle del Príncipe, acostumbrados á decir pero á no hacer, y no olvidándonos tampoco de que el Sr. Valdés ha hecho una traducción casi literal, son, por lo tanto, grandes los esfuerzos y el estudio que ha pesado sobre los actores para salir airosos de su laudable empeño.

Y como quiera que la obra resulta francesa—lo que no es un defecto—en todo, menos en el diálogo y en los intérpretes, de aquí nace el que haya momentos, como en todo el

primer acto, en los que languidece la acción; que también en algunas escenas del segundo se note falta de movimiento, y en el final del tercero y todo el cuarto se advierta una naturalidad forzada, dado el temperamento é indonsincracia de nuestros actores, acostumbrados, como antes dijimos, á recitar diálogos chistosos y á veces picantes, ó cantar en muchos casos estrofas de relumbrón.

Sin embargo, justo es decir que la Tubau, aunque algo exagerada en el modo de accionar y sin marcar el claro oscuro que exigen los afectos contrarios con que lucha, sobre todo en la escena final del cuarto acto, cumplió su cometido; y no es culpa suya, sino consecuencia de las breves indicaciones que antes apuntamos, el que resulte, más que una dama de mundo parisién , la mujer egoísta y fría de la sociedad actual.

El Sr. Sánchez de León se excedió á sí mismo, y dentro del cuadro de actores entre los que figura, está á grande altura, pero en la escena á que nos referimos, dado el carácter de Mauricio Nanjard, debe luchar antes de romper en llanto y manifestarse puerilmente apasionado de una mujer que le engaña y pretende convertirle en instrumento de sus ambiciosas miras, desengaño tan horrible como inequívoco por los antecedentes que se desprenden de la acción y que ofenden su amante delirio, tan digno como mal correspondido.

Mario tiene grandes y envidiables condiciones de director de escena y un verdadero amor al arte que con general aprobación profesa, y no es culpa suya, sino del decidido propósito de alejarse de todo género de imitación, el que no haya dado al personaje de Oliver la flexibilidad que requiere. La Gorriz en el papel de Valentina la Gerra; en el de Condesa de Venieres la Srta. Julia Martínez, y los Sres. Aguirre y Romea en los suyos de Marcelo, Marqués de Toneret, y Brisson, se hicieron acreedores á la benévola acogida que les hizo el público la primera noche de la representación de una obra, en la que el Sr. Valdés, al verterla á nuestro idioma, ha llenado un vacío que hace tiempo se notaba, presentándonos, no sólo un modelo de hacer comedias, sino una

enseñanza práctica, que envuelve un pensamiento altamente social de profundas raíces que invade la sociedad entera y se manifiesta como luminoso faro que alumbra el precipicio á donde conduce una desarreglada existencia combatida por el fuerte impulso de las pasiones.

Aunque tenemos dentro de nuestra literatura patria modelos dramáticos que imitar, como *El tanto por ciento*, y otros que traen á la memoria los nombres de Bretón, Harzenbusch, Fígaro, Rubí, Vega, Gil y Zárate, García Gutiérrez y Zorrilla, no por eso merece menos elogio el Sr. Valdés, por el feliz resultado que ha obtenido en la traducción de *Le demi-monde*.

*
* *

Al fúnebre son de la campana, como diría un novelista de á 15 céntimos la entrega, se presentó el día de Todos los Santos el *Don Juan Tenorio* en los escenarios de casi todos los teatros; en unos, como en el Español, Martín y Variedades, le tenían dispuesta cómoda y favorecida morada; en otros, como la Zarzuela y Novedades, le improvisaron transitorio hospedaje, y en Eslava le recibieron en caló, con gran asombro de las musas que lo inspiraron.

En el primero, Maza dijo muy bien el protagonista de la leyenda de Zorrilla y se separó en su interpretación del modelo que desde hace algún tiempo á esta parte han imitado nuestros actores, ayudándole en su desempeño la Zapatero, que hizo una Brígida admirable, y la Calderón una muy bonita Doña Inés.

En la Zarzuela, Vico y la Mendoza representaron á dúo el drama, á los ecos del baile *Excelsior* y de *La Tempestad*, que aún resuenan en los ámbitos del coliseo de la calle de Jovellanos.

En los demás se gritó bien y se aplaudió mejor, y cumpliendo la ley de costumbre, público y actores quedaron satisfechos; no sabemos si el autor dirá lo mismo.

*
* *

Tenemos decidido empeño los españoles en que hemos de servir para todo, y si esto es difícil en las múltiples esferas del arte, las ciencias y la industria, en el canto es poco menos que imposible; pero los empresarios del Teatro Real se han propuesto infringir esa ley, y persisten en que con un tenor, con un barítono, con un bajo y una tiple se pueden cantar todas las óperas del repertorio antiguo y moderno, sin que les hagan cambiar de opinión las desaforadas voces que partían del paraíso en la primera representación de *La Africana*, tomando por blanco de sus injustos tiros á Batissini, artista de mérito, simpático á nuestro público, en extremo estudioso, tan buen actor como cantante, y que, sin embargo, no está dentro de sus condiciones artísticas el *spartito* del Nelusko; pero el empresario dijo que sí, el director también, y de nada sirvió que el público dijera que no, porque el inimitable Sr. Robira no traerá otro barítono, y el auditorio seguirá aplaudiendo á la Tehodorini y Massini, rechazando quizá injustamente á otro artista de valor y mérito; pero eso no es cuenta del empresario, que con el público vive y al que debe complacer, y se seguirá dando el caso, verdaderamente extraordinario, de que se diga que en esta ópera sólo la orquesta y los coros estuvieron á desusada altura.

A la *Africana* sucedió *Rigoletto*. La partitura de Verdi tuvo mejor suerte; Massini y Batissini fueron objeto delmás justo entusiasmo; no así la Sra. Valda, que por indisposición de la Sra. Gargano se encargó repentinamente de la parte de Gilda, acto de galantería que no olvidó el público, mostrándose sólo deferente, pero nada más. Los demás artistas, como siempre; no descomponen, pero no aumentan la brillantez del cuadro.

No obstante, considerado el regio coliseo bajo el punto de vista estético, presentaba el aspecto deslumbrador de todas las noches; lástima grande es que la empresa no tome otro camino, porque siguiendo por el que se ha trazado en esta temporada nos hará presumir que el arte ha reñido con la belleza.

*
* *

Después del *Tenorio* ha reaparecido en el clásico coliseo de la plaza de Santa Ana, *El tanto por ciento*, del inolvidable Ayala, modelo de comedias, como antes dijimos, joya literaria donde el poderoso genio del poeta recogió ese *Demi-monde* de la sociedad egoísta y ambiciosa que se agita por el mundo con el corazón seco y el alma mortalmente herida por la ciega pasión del oro y el agio, y reflejando en ella su colosal talento, la arrojó en medio de sus originales, que al verse fielmente retratados por tan vigorosa y sublime pluma, comprendieron que era ese su único mérito y prorrumpieron en frenéticos aplausos, agradeciendo alguna vez una honra tan injusta como inesperada.

Muchos años han trascurrido y el tiempo no ha marcado su triste huella sobre un monumento literario que, trayendo á la memoria los más insignes dramáticos del siglo XVII, termina con inmarcesible gloria para los españoles la grande obra que aquéllos comenzaran.

Los sublimes pensamientos, magníficas situaciones y el poderoso esfuerzo del autor por contener su indomable imaginación dentro de los preceptos del arte y del rigorismo de la verdad parecieron menos aquella noche en que los ecos del más legítimo entusiasmo se confundieron con los de la noche de su estreno, que aún resuenan dentro de los envejecidos muros del antiguo teatro del Príncipe.

Completó el merecido éxito de que hacemos ligero relato la manera con que la Sra. Cirera interpretó el personaje de la Condesa.

No es una actriz vulgar; de corazon, inspirada, siente lo que dice, y tuvo momentos felices; pero la falta escuela que la haga abandonar ese amaneramiento y sobrealiento que la perjudica en extremo y aminora sus facultades, oscureciendo sus felices disposiciones—defecto que también debe corregir el Sr. Maza. En las escenas en que no se esfuerza, nos pareció muy bien; por eso creemos que en el tercer acto fué en el que estuvo mejor.

Estudiando con fe y separándose del estilo declamatorio que hoy está en boga, no dudamos que quizá en breve espacio de tiempo ocupe un vacío que se observa en la escena es-

pañola desde que desaparecieron de ella la Matilde, Teodora y la Boldún.

El público premió con nutridos aplausos su buen deseo, y comprendió que es una esperanza para el arte.

Los demás actores hicieron cuanto pudieron para no descomponer el cuadro, en especial Maza, Mariano, Altarriba y la Zapatero, que nos recordó sus buenos tiempos de actriz cómica; á los primeros les recomendamos más naturalidad.

*
* *

En el Circo de Price sigue el género bufo-francés: á la *Mascota* sucedió el *Bocaccio;* los actores cantan, bailan y recitan; el público acude solícito y aplaude con frenesí; la empresa está de enhorabuena y... nada más.

De los demás teatros nos ocuparemos en la próxima Revista, limitándonos á añadir que se preparan varios estrenos; en Novedades, *La carrera del suplicio;* en Martín, *Barro y cristal,* y en la Zarzuela, *La ley más dura.*

RAMIRO.

CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

ERÁ verdad, como para negarlo ha dicho en gallarda frase *El Imparcial*, que la presencia de los demócratas en los consejos de la Corona sólo significa entremés divertido ó música de entreacto para distracción del público mientras los personajes de alto coturno se reponen de las abolladuras, magullamientos, cuchilladas, somantas y demás entuertos sufridos que hicieron alterar el orden de la función?

Así lo piensan, por lo visto, los constitucionales, á quienas aún les parece hallarse en pleno dominio de los destinos del país, harto escarmentado y maltrecho de resultas de la desgraciada administración fusionista. Natural es que los hombres de la izquierda protesten, por su parte, de aquella egoísta creencia, saliendo al encuentro del monopolio que de principios y de credenciales pretenden seguir ejerciendo en las esferas del poder los amigos, afines y paniaguados del último Presidente del Consejo de Ministros.

La crisis de octubre ha representado, en efecto, á nuestro juicio, algo más que un mero cambio de personas en la jefatura de los respectivos departamentos ministeriales. Se trata de la sustitución de un grupo del partido liberal, grupo que se ha desacreditado en el Gobierno, por otra falange de ese

mismo partido, más avanzado en ideas, aspiraciones y procedimientos. Claro es, por consiguiente, que la política marcha hoy por distintos derroteros que hasta la formación del Gabinete Posada-Herrera. ¿Podrán, no obstante, llegar á un acuerdo y converger en un punto esas dos parcialidades distintas que al cabo tienen en el fondo una misma representación y reconocen una misma procedencia? Esta será obra de una transición entre ellas, cuyos términos aparecen ya claros y concretos. Véase cómo los precisa autorizadamente el mismo periódico á quien antes hicimos referencia:

«París bien vale una misa, decía el Bearnés. Así como la conquista del sufragio universal bien vale para la izquierda muchas concesiones, no es petición exorbitante para los fusionistas, hijos de la Constitución del 69, el sufragio universal, que á su vez bien vale el concurso, la vitalidad y el crédito ante la Europa culta de la democracia moderna.»

En cuanto al sufragio universal y á la revisión de la Constitución, la izquierda no admite, según se ve, mistificaciones ni tratos que los mutilen.

¿Se aviene la fusión á aceptar una componenda sobre esta base? Creemos que no. De aquí la probabilidad de que la primera sesión de Cortes, cuya apertura se verificará el 15 de diciembre, sea la primera batalla de la mayoría contra el Gobierno. La candidatura para la Presidencia del Congreso puede dar ocasión al rompimiento. El Sr. Sagasta quiere ocupar aquel puesto por derecho propio indiscutible; el Gobierno aspira, como es lógico, á que lo ocupe por designación ministerial. Si así no sucede, derrotado el Ministerio en las Cámaras, surgirá en el acto la cuestión de confianza, esto es, la disolución del Parlamento: y ¿quién recibirá de manos del Rey el decreto de disolución? Por diversos caminos llegamos siempre á este *quid* de la dificultad, como resultado de cuantas hipótesis invita á formular el estado actual de la cosa pública en España. Tal es, realmente (el adverbio lo dice todo), el secreto de la política en estos momentos.

A nadie se oculta que la fusión y la izquierda se alejan cada vez más del término honesto de aquellas relaciones amorosas que durante algún tiempo mantuvieron, ó mejor

dicho, hubo decidido empeño en hacerles mantener. No es posible boda de comedia, donde el desenlace está previsto como catástrofe inevitable... ¿Resucitarán los muertos, venciendo, á imitación del Cid, después de sepultados?

Hay que tener en cuenta que el héroe del Romancero peleaba con los moros. No hay cristiano de estos tiempos que se deje deslumbrar tan fácilmente. El turno liberal quedará consumido con el gabinete Posada.

Porque el problema es muy obvio y muy sencillo. La Corona, ejercitando sabiamente la más trascendental de sus prerrogativas, llamó al poder al partido liberal en la persona de su jefe el Sr. Sagasta, cuando estimó que la misión del partido conservador estaba cumplida por entonces, á pesar de la numerosa mayoría con que éste contaba en los Cuerpos Colegisladores. Poco después, frente á frente del Sr. Sagasta, negando su autoridad y su prestigio entre los suyos, nació una poderosa disidencia con fuerza bastante para disputarle los títulos con que pretendiera personificar la política y las tendencias de la izquierda monárquica. Inhábil además para prever rebeldías como las de Badajoz y La Seo, sin crédito ante el País, cayó bajo el peso de su propia impotencia entre los escombros de la casa solariega... ¿Existen medios para reconstruir esa casa? El Rey ha facilitado la obra, entregando la herencia sagastina, no á otro partido, no á los conservadores, sus sucesores legítimos, sino al mismo partido liberal, representado por los elementos más progresivos.

Si la reconciliación no es un hecho, promovida y amparada en tales condiciones, lo que de ello habrá de deducirse es un axioma ya anteriormente demostrado entre nosotros; que los elementos liberales carecen en España de la educación necesaria para ejercer el mando. ¿Quién sino ellos tendrá la culpa de que en tanto no adquieran aquélla se les niegue éste?

*
* *

El acontecimiento de la quincena ha sido la publicación de un folleto escrito y firmado por un Sr. Siffler—725—que luego se quita la careta y el capuchón de conjurado para

aparecer simplemente como D. Miguel Pérez, teniente ó subteniente del batallón de reserva de Madrid. Este señor, por lo que él cuenta, fué el inventor y primer organizador de la Asociación republicana militar, puesta desde sus comienzos al servicio de la causa revolucionaria, cuyo dictador y generalísimo es el Sr. Ruiz Zorrilla, maestro acreditado en todo género de maquinaciones y conjuras.

Dos objetos ha querido cumplir el folleto del Sr. Pérez (a) Siffler.

Primero: arrojar alguna luz sobre las causas y peripecias de las abortadas sublevaciones de Badajoz y la Seo de Urgel, debidas al brazo de la Asociación republicana militar.

Segundo: poner en evidencia la deslealtad, la ingratitud y la soberbia del Sr. Ruiz Zorrilla, conspirador del género más vulgar, que da el más negro pago á los que por su causa se sacrifican, y los deja en la indigencia, mientras él se aprovecha del fruto de sus conspiraciones y cobra á la vez cuantiosas subvenciones secretas de los Gobiernos para hacer el *bu* desde suelo extranjero. Todo esto, según el Sr. Siffler.

Curiosa, y en algunos pasajes entretenida, es sin duda la lectura del tal folleto, que puede servir para abrir los ojos á las gentes incautas que no conocen sino de oídas á los conspiradores de oficio y pone al descubierto sus ambiciones, la perfidia con que se tratan entre sí, su menosprecio al país, que quieren hacer víctima y juguete de sus pasiones, la insaciable codicia que los guía, el desdén, en fin, que merecen sus promesas decantados beneficios...

Asegura Siffler que la causa revolucionaria disponía de muchos miles de adeptos, pero se queja de que el Sr. Ruíz Zorrilla no tuvo en cuenta las grandes fuerzas con que contaba en el ejército y en el pueblo, é insistió en su propósito de sublevar dos regimientos en un solo punto. Con este motivo el autor del folleto se expresa del siguiente modo:

«Compañeros asociados: ¿Qué se puede esperar de un jefe que, lleno de cólera y ciego de ira porque no puede sostener por más tiempo el papel de Quijote, que hacía nueve años venía desempeñando, ordena que se lancen á la calle pequeñas fuerzas, teniendo en su mano las necesarias para una

completa revolución? ¿Sería acaso que desconfiaba de los asociados y no creía en la verdad? No...

»El cabello se me eriza sólo al recordar la contestación que á todo me dió y las órdenes verbales que me encargó trasmitiese á su representante y al vicepresidente para que juntos los tres las cumpliéramos. Hélas aquí, palabra por palabra y letra por letra:

»Nada, Siffler: cuanto V. me dice y propone sería muy bueno si yo no estuviera escarmentado y convencido de lo que son los militares y de lo que de ellos debo esperar; en el ejército se ha perdido el pundonor, la palabra tan sagrada en otros tiempos no se cumple, no hay fe, ni honra, ni vergüenza, y solo queda la cobardía en los más, la delación en muchos y el engaño en todos, con el objeto de que se les dé dinero para gastárselo, olvidando sus compromisos, como me ha sucedido con Fulano, Zutano, etc., etc.» (Aquí me citó los nombres de muchos generales y jefes á quienes había dado él dinero en varias ocasiones.) Y continuó diciendo: «¿Han hecho esos militares nada nunca? Pues yo me quedé sin el dinero y ellos en disposición de recibir otro tanto si yo hubiese vuelto á cometer la torpeza de creerlos; así es que no estoy dispuesto á dar una peseta á nadie ni para nada; si así lo quieren, seguiré adelante; si no, me retiraré de la política y me iré á Tablada á cuidar de mi hacienda, que está perdiendo mucho, ahorrándome de este modo los inmensos gastos que la política me origina en París, y que yo no puedo sufragar, pues por lo menos dos veces á la semana me invitan y me obsequian, y no tengo más remedio que devolver el convite, aun á riesgo de que mis recursos se agoten.

»No espero más que hasta setiembre, porque no puedo justificar mi permanencia por más tiempo en el extranjero, donde me encuentro abochornado, y para continuar aquí, necesito que uno ó dos regimientos se lancen á la calle, suceda lo que suceda, á fin de demostrar á los Gabinetes extranjeros que el ejército es republicano, que tiene en mí toda su confianza, y que no es verdad, como aquí se dice, que sea partidario de D. Alfonso, y que contra él no se sublevará nunca.

»Conque, amigo Siffler, manos á la obra y que se lancen esos chicos que tan entusiasmados parecen estar en Barcelona. ¿V. cree que se lanzarán?

»Sí, señor—le contesté;—pero no alcanzaremos nada, y el regimiento quedará destrozado, sin que le quede el recurso de huir al extranjero, por la clase de terreno en que se encuentra y por la distancia que hay á la frontera.» «Suceda lo que suceda—replicó el Sr. Ruiz Zorrilla,—lo esencial es que se lancen; adquiriremos prestigio, vendrá después el empréstito, y con dinero abundante y los trabajos preparados, haremos la revolución; cumplidas mis órdenes, V. se viene aquí con su señora, y, una vez que no tiene hijos y puede viajar libremente, pasaremos dos meses en Hendaya, otros dos en Perpiñán y otros dos en otro punto, y seguiremos los trabajos sin necesidad de juntas...»

Según el autor del escrito, que dice haber hecho grandes trabajos en favor de la causa republicana, trabajos que el señor Ruiz Zorrilla ha pagado con la ingratitud más grande, el jefe del partido progresista-democrático tenía ya formado una especie de estado con las tres casillas siguientes:

Primera.—Individuos á quienes fusilaría en cuanto triunfase: General Acosta.—General Beránger.—General Hidalgo.—Sr. Moret y Prendergast.—Sr. Merelo (D. Manuel).

Segunda.—Individuos á quienes recibiría con los brazos abiertos «pero para entregar» sus casas al pueblo: Sr. Sagasta.—Sr. Duque de la Torre.—Sr. Martos.

Tercera.—Individuos á quienes arrojará del partido una vez conseguido el triunfo de la república: General Merelo.—General Socías.—General López Domínguez.—General Izquierdo.—Sr. Llano y Persi.—Sr. Echegaray.—Sr. Muro.

No puede leerse el opúsculo del oficial revolucionario sin experimentar hondo disgusto, pues se ve que al lado de la libertad, mejor dicho, utilizando malamente esta palabra, se fomentan todas las faltas militares, se santifican las miserias y se desprestigia al ejército, cuyo eficaz apoyo sólo sirve para que los agitadores de oficio lo consideren también como despreciable guardia pretoriana.

¿Qué idea formar, por otra parte, del que, para denunciar

culpas ajenas, tiene que empezar por reconoceree cómplice de aquéllas?

*
* *

La baja persistente de los valores públicos es objeto de tristes y dolorosas consideraciones. Cuando hay Gobiernos que, como los liberales que formaron la situación anterior, derrochan el inmenso caudal de orden y de progreso que heredaron de su antecesor; cuando se fragua una sublevación militar tan extensa y tan honda como la del mes de agosto último, sin que el Gobierno la sospeche siquiera; cuando se puede hablar y se cree posible que haya de alterarse el orden de nuevo, como desde este verano último sucede; cuando los capitales nacionales y extranjeros pasan de la confianza á los recelos; cuando sólo se habla de reformas y de proyectos políticos que alarman á las clases productoras; cuando los agiotistas andan revueltos con los revolucionarios ó éstos con aquéllos; cuando por todas estas circunstancias se ha perdido aquí y fuera de aquí la confianza, y el país vuelve á ser aquel triste país de los pronunciamientos, de los gastos sin tasa, de las rentas en descenso, para acabar por ser el país de las emisiones á granel y el de los cupones sin pagar, los bajistas se arrojan, como vampiros insaciales, sobre los valores públicos, disputándose con repugnante encarnizamiento la sangre de la víctima, que es el crédito y la honra del país.

Dadme buena política y os daré buena Hacienda, exclamaba el Barón Louis; en efecto, suelen caminar juntas, como caminan inevitablemente unidas una mala Hacienda á una mala política, y á ellas sigue unido también, como la sombra al cuerpo, el agio bursátil y el agio no bursátil. Tiene razón el periódico que así lo ha dicho.

El cariz de la política no gusta ni fuera ni dentro de España, y la senda de aventuras que se propone recorrer el Gobierno alarma á todos los intereses. Nos encontramos ahora con que se necesita arbitrar recursos extraordinarios por 80 millones de pesetas, si ha de nivelarse el presupuesto de 1884-85. Esperar en tales condiciones el enaltecimiento del crédito, es pretender lo imposible. Un cambio de situación

que elevase al poder un gobierno fuerte, unido y de gran prestigio, cambiaría desde luego el aspecto del mercado, sin que las cábalas y maniobras de los más hábiles bolsistas pudieran impedirlo.

*
* *

Como prueba de aquella gran verdad proferida en uno de sus últimos discursos parlamentarios por el Sr. Cánovas del Castillo, al decir al Gabinete Sagasta que la única nueva libertad por el mismo concedida era la libertad de atacar á la Monarquía, debe citarse la manifestación consentida y hasta presenciada por las autoridades de Madrid en honor de don Estanislao Figueras, primer Presidente de la República española, quien falleció en estos días hace un año.

De 2.000 á 3.000 personas, entre actores y curiosos, asistieron al cementerio civil, donde yacen los restos del que, por lo visto, estaba llamado á disfrutar de mayor popularidad en muerte que en vida. Figueras jamás fué ídolo de las masas.

Hubo discursos, gritos y hasta versos.

«En medio de la apotasía más repugnante, dijo el señor Carvajal, estáis dando un brillante espectáculo. Detrás de esa tapia se alza la tumba gigante de un patriarca. ¡Salud, amigo querido! A tí van nuestros deseos: tú nos bendices desde ese mausoleo con tus brazos, benditos por la muerte. Aquí venimos, á más de saludarte, á hacer profesión de nuestras doctrinas. ¡Has hecho bien en levantarte de esa fosa, para vernos aquí defender nuestra causa, que es la causa de Dios, de la razón y del pueblo!»

A la manifestación no concurrieron los Sres. Pí y Margall, ni Castelar.

*
* *

Cuatro personajes han abandonado el mundo en esta última quincena: ela ctual presidente del Tribunal de Cuentas, un exministro conservador y dos Tenientes generales.

Era el primero D. Fernando Alvarez. Tenía ahora sesenta y nueve años. Hijo de la provincia de Burgos é hijo exclare-

cido, la representó en Cortes varias veces, viniendo la primera al Congreso en 1844. Siempre perteneció al antiguo partido moderado, llevándole sus servicios de diputado y sus conocimientos jurídicos al Ministerio de Gracia y Justicia en 1863. En 1864, también en una administración moderada, dirigida por el General Narváez, fué Presidente del Congreso. Era individuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Durante el período revolucionario, estuvo alejado de toda responsabilidad, y al volver al trono la casa de Borbón, fué nombrado para el cargo que ejercía aún, y senador vitalicio. Ayudó desde 1875 la obra conciliadora del Sr. Cánovas, excepción hecha de la cuestión religiosa, en la que siempre se mostró intransigente votando contra el art. 11 de la Constitución actual. D. Fernando Alvarez era hombre ilustrado, funcionario íntegro, un carácter modesto, todo honradez y rectitud.

D. Fernando Fernández de Córdova, desempeñó la mayor parte de los cargos á que puede aspirarse en el ejército. Colaborador de esta REVISTA, á su memoria dedicamos artículo aparte.

D. Rafael Izquierdo, ingresó en el ejército á los quince años como cadete de Infantería, y á esta edad hizo sus primeras armas en 1835 durante la primera guerra fratricida que tanta sangre costó á España. Por haber tomado parte en los acontecimientos de 1841, tuvo que emigrar á Francia, de donde regresó en 1845, en cuya época obtuvo el empleo de comandante. Declarada la guerra á Marruecos, corrió al Africa al frente de media brigada de vanguardia, distinguiéndose por su arrojo en las alturas de Samsá, donde ganó el empleo de brigadier; poco después defendía también la bandera española en la célebre batalla de Guad-Rás. Estuvo desde el 60 al 63 al frente de varias plazas, ejerciendo el cargo de gobernador militar, hasta que habiendo estallado el movimiento separatista de Santo Domingo, fué nombrado jefe de una brigada del ejército expedicionario. Por su valor y buena táctica, señalóse Izquierdo en todas las operaciones militares; pero singularmente en la batalla de Monte-Cristi, en que poniéndose á la cabeza de los dos primeros batallones,

solo con ellos se hizo dueño de las posiciones ocupadas por 3.000 dominicanos y defendidas con catorce piezas de artillería de grueso calibre. Este hecho le valió el empleo de Mariscal de campo.

En 1868 hallábase de cuartel en Madrid, cuando fué nombrado segundo cabo de la capitanía general de Andalucía, cargo que en un principio rechazó, pero que se vió, por último, obligado á aceptar, merced á las instancias del Ministro de la Guerra, que lo era á la sazón el General Mayalde. Y aquí comienza su historia política. Al ir á despedirse de sus amigos los Generales Serrano, Córdoba, Dulce, Echevarría y otros, comunicáronle éstos los secretos del movimiento que se preparaba, y que en breve había de traer la revolución de setiembre. Prestóse á secundar el movimiento, y colocándose al frente de las tropas, obligó á resignar el mando al Capitán general Sr. Vasalo. Marchó luego á los campos de Alcolea, á la cabeza de sus soldados, y pocos días después, el 11 de octubre, fué nombrado Capitán general de Castilla la Nueva y Teniente general de los ejércitos españoles, y elegido diputado á Cortes por el distrito de Antequera. Más tarde, enviado por el Gobierno á Filipinas, sofocó la insurrección de Cavite; á su vuelta del Archipiélago filipino, fué nombrado General en jefe del ejército de Cataluña, donde hizo una lucida campaña contra las huestes carlistas.

Desde la restauración, el General Izquierdo no había salido de la situación de cuartel; recientemente se había afiliado al partido de la izquierda dinástica.

Al ser conducido á su última morada el cadáver de D. Rafael Izquierdo, recordaba uno de los personajes que le acompañaban, que el General fué el primero que desenvainó la espada cuando un asesino atentó, en 1852, contra la vida de D.ª Isabel II.

El General, que era entonces oficial de alabarderos, iba muy cerca de la real persona, y logró detener al cura Merino. Acaba también de fallecer en Madrid otro de los personajes que más directamente intervinieron en aquel lamentable suceso, el juez que instruyó la causa formada contra el regicida.

Era este juez D. Pedro Nolasco Aurioles y Aguado; hacía

poco tiempo en 1852 que había venido á la corte desde su ciudad natal, Málaga, y ya había desempeñado varios juzgados de primera instancia, cuando fué trasladado al de Palacio, pocos días antes del atentado del cura Merino.

Instruyó con gran actividad aquella célebre causa y poco después fué elevado á magistrado; se afilió al partido de la unón liberal y fué elegido diputado, figurando desde aquella época en la política.

En 1863 pasó desde el Consejo de Estado á desempeñar, bajo la presidencia del General O'Donnell, la cartera de Gracia y Justicia.

Volvió después al Consejo de Estado, y su vida política ha sido poco activa. No tomó parte en la revolución de setiembre. Solo en el último período figuró en la junta directiva del partido constitucional.

Se adhirió á la restauración apenas fué conocido el acontecimiento de Sagunto, y volvió al Consejo de Estado como presidente de sección. En este alto cuerpo y en la comisión de Códigos ha prestado buenos servicios.

Fué vicepresidente en las primeras Cortes de la restauración, y volvió á ser Ministro de Gracia y Justicia bajo la presidencia del General Martínez Campos.

Desde que dejó la cartera se había consagrado casi exclusivamente á sus trabajos de vocal de la comisión de Códigos, tomando muy poca parte en la política.

*
* *

Para concluir. Merece registrarse algo de lo ocurrido en una reunión celebrada por los obreros de la Federación Madrileña.

Suscitóse, en primer término, un debate acerca de si la discusión había de ser ordenada ó *desordenada*. Ordenadamente, es decir, por medio de una votación, se acordó que fuera *desordenada*.

Uno de los concurrentes se lamentó de los pugilatos de elocuencia que se vienen estableciendo en las discusiones de la Asamblea, á la que comparó con el juego del *mús*, en don-

de el que pierde busca para la partida del día siguiente compañero más hábil que propine una buena paliza á su contrario, victorioso del día antes. Consideró, por otra parte, inútiles para la clase los derechos políticos.

«Poco debe importar á la sociedad—dijo—que haya 6.000 obreros armados, si en todas las plazas tienen las demás clases guarnición permanente.

»Mandando un obrero al municipio ó al Parlamento no conseguimos nada; el obrero entrará allí, y al verse halagado por los que debe considerar como sus enemigos, cambiaría de propósito, y si era herrero se olvidaría del martillo, y si era carpintero no volvería á acordarse de la garlopa; de esta manera nuestro representante habría conseguido su emancipación, y nada más que la suya.

»Además, añade, ¿quién de vosotros se cree capaz para ir al Parlamento sin caer en el ridículo? (Unos: Nadie.) (Otros: Muchos.)

»Caballeros, esperarse. Yo he hecho esa pregunta como las hacen los oradores, para que nadie me conteste.»

No es mal sastre el que conoce el paño.

U.

REVISTA EXTRANJERA

L Parlamento francés ha absuelto y dado carta blanca al Presidente del Consejo Sr. Ferry. La política del actual Gabinete queda definitivamente triunfante, como habíamos previsto, sin que hayan conseguido abrir brecha alguna á la plaza ministerial los radicales discursos de Granet y de Clemenceau.

Es más: los retos lanzados contra la intransigencia por Mr. Ferry en sus celebrados discursos de Rouen y del Havre, han recibido nueva y más acentuada confirmación en el nuevo discurso pronunciado por el Ministro Waldeck-Rousseau con motivo de la construcción de un liceo en Tourcoing. Y aun este último personaje ha sido más terminante que su presidente, no limitándose sólo á una declaración de guerra á la intransigencia, sino bosquejando el programa de la política del Gobierno en el interior y en el exterior de Francia.

Se ha consumado, pues, la ruptura entre el Ministerio y la extrema izquierda, empleándose hábilmente las armas de la ironía y presentando á los más terribles diputados de la intransigencia solícitos y ansiosos de favores ministeriales en los pasillos de la Cámara, después de haber señalado á la indignación del pueblo á los mismos miembros de ese Gobierno á quien piden destinos. Es la historia de siempre.

Sin embargo, no creemos que haya motivo bastante fundado para batir palmas. Existen profundas divisiones de principios y de conducta, no sólo entre los heterogéneos grupos de que se compone la mayoría, sino en el seno de cada uno de ellos, y los sucesos han de decirnos que no es mucha la fe que en el porvenir puede tenerse. El Gobierno francés es incapaz de mover por mucho tiempo á la mayoría con grandes ideales de interés público, incapaz de inspirarse en grandes pensamientos políticos, incapaz de dominar las rivalidades y las pasiones de los partidos y de afianzar su autoridad personal.

Pero lo ha intentado el discurso de Tourcoing. El señor Waldeck-Rousseau ha dado á entender que el Gabinete de que forma parte comprendía la necesidad que las circunstancias imponen. Dijo que su política en el exterior era de expansión colonial, expansión bastante á proporcionar al comercio francés nuevos derroteros y mercados. Dijo que su política en el interior era la mejora de las condiciones del trabajo, de manera que la industria francesa pueda luchar ventajosamente contra la extranjera que hoy la ahoga.

No bastan, sin embargo, discursos y buenos propósitos: lo que quieren los franceses de orden é ilustrados son soluciones prácticas. Todos ven que las aventuras y las tentativas para extender colonias lejanas han de exigir sacrificios enormes de hombres y de dinero antes de producir un solo céntimo; todos conocen que la política colonial más segura y preferible es la de los tratados de comercio, siendo muy problemático el arte mágico, capaz de crear mercados en los extremos del mundo, sin determinar expediciones dispendiosas y á la vez un movimiento de emigración esencialmente contrario al genio francés. Y en cuanto á la mejora de la suerte de los obreros, nadie ve tampoco posible la reducción pacífica y legal de los salarios, á fin de poder luchar contra la producción extranjera, sin proporcionar á esos mismos obreros, cuyas crecientes pretensiones arruinan el comercio de exportación, los medios de vivir más barato, disminuyendo las contribuciones, modificando los enormes derechos de consumos y aligerando la industria de los múltiples gravá-

menes que sobre ella pesan. Pero, ¿cómo han de realizarse estos milagros, cuando, por el contrario, se aumentan sin medida los gastos públicos y crece el déficit de día en día?

De todas maneras la interpelación acerca de los asuntos del Tong-King da hasta cierto punto razón á los amigos del Gabinete Ferry para afirmar que el voto del 31 de octubre tiene la significación y el alcance de una manifestación de confianza absoluta y de una aprobación sin límites á la política general del Gobierno. Los 325 votos que aprobaron el orden del día presentado por el Sr. Paul Bert forman el ejército gubernamental que hará frente á los ataques de los radicales de la izquierda y á los monárquicos de la derecha. La mayoría parece decidida á rechazar toda nueva crisis, y sólo tiene que consagrarse á repeler la inconstancia de su mala fortuna, lo que dudamos consiga por mucho tiempo, por más que así lo exijan «los intereses, los derechos y hasta el honor de Francia,» como el General Campenón aseguraba.

*
* *

Una ligereza del Presidente del Gabinete francés ha producido una ruidosa caída diplomática.

Supuso el Sr. Ferry en pleno Parlamento que China había desaprobado oficialmente la conducta de su Embajador el Marqués de Tseng, y las palabras del Sr. Ferry han resultado en absoluto inexactas, con gran descrédito de la formalidad que debe suponerse en todo Gobierno. El Marqués de Tseng ha dado un categórico mentís al ultraje público y oficial que se le había inferido como representante del Gobierno imperial chino.

Discútese ya desde entonces sobre la posibilidad de una campaña de los franceses contra el Celeste Imperio, y Europa entera se preocupa por las eventualidades de esa guerra franco-china. Sin embargo, Inglaterra y los Estados Unidos, Europa y América tienen interés muy directo en el mantenimiento de la paz. Es un negocio mercantil de importancia y de exportación, y la guerra sería hoy perturbadora para las

relaciones internacionales del comercio universal. Los perjuicios que representan muchos centenares de millones no los sufren con filosofía los pueblos que viven de las especulaciones.

Hay además otros motivos muy graves que desaconsejarán esta guerra; el actual poder militar y las desconocidas fuerzas del Celeste Imperio.

Un escritor de crédito, Mr. Planchut, se ocupa con insistencia en *La Revue des deux mondes* de tan interesante asunto, que también comenta con interés la prensa periódica de la Nación vecina. Entre otros diarios, *Le Télégraphe*, sin discutir las opiniones de Mr. Planchut, llama la atención sobre unos antiguos artículos, ya años hace olvidados, de un hombre tan competente como Mr. Giquel, teniente de navío francés, que estuvo por mucho tiempo al servicio de China y fué director del arsenal de Jou-Tchéou.

Ya en 1872, Mr. Giquel escribía: «Creemos conveniente llamar la atención pública sobre los sacrificios que á Francia exigiría una nueva expedición á China, si algún día las circunstancias la obligasen. Muchas son las personas que se hacen hoy ilusiones, recordando que en 1860 las tropas aliadas, compuestas de 20.000 hombres, pudieron llegar á la carrera y de victoria en victoria á los muros de Pekín. Se figuran que lo mismo podría suceder hoy, y hasta lo creen así algunos europeos que han residido en China. Nada, sin embargo, es menos exacto. Si bien es verdad que el Gobierno chino se ha manifestado hasta ahora indiferente ante la presión que sobre él se ha ejercido para hacerle adoptar caminos de hierro y telégrafos, lo es también que persigue otro fin de una manera resuelta: el de armarse. En la actualidad, 1872, el Gobierno chino cuenta con 50.000 hombres armados con fusiles de tiro rápido, 5.000 carabinas Remington y 45.000 carabinas Enfield. El Virey del Tche-li tiene bajo sus órdenes 30.000, y el Gobernador general de los dos Kiang tiene 20.000. Estos dos mandarines disponen también de más de 30 baterías de campaña, y sus soldados saben muy bien servirse de las armas y presentarse en batalla, habiendo muchos de ellos servido en tiempo de la guerra de

los Taipings en los cuerpos anglo-franco-chinos.» Podría prolongarse esta cita, reproduciendo el cuadro que representaba dicho Sr. Giquel de los arsenales marítimos y militares de que disponía ya el Celeste Imperio en aquella época; pero basta recordar sus últimas palabras: «Apreciando por lo bajo las fuerzas necesarias para emprender una guerra contra China, creemos que no podrían hoy, en 1872, aventurarse menos de 40.000 hombres con su caballería y artillería correspondientes. Tal creemos la verdad por ahora; pues dentro de algunos años tendrían que ser los medios de ataque mucho más considerables, teniendo en cuenta que la China no ha de pararse en el emprendido camino de las reformas de su armamento.» Bien puede decirse que el Gobierno republicano, que conoce ahora la verdad de las cosas, no emprenderá la guerra contra China.

Más de diez años han pasado desde que se escribieron las líneas trascritas, y en estos años ha seguido preparándose para la defensa el Celeste Imperio. Por esto, sin duda, afirmó el Presidente del Consejo de Ministros de Francia que era su intención no salir en el Tong-King de los límites señalados por el Delta del Río Rojo, declarando que no quería enviar más que refuerzos insignificantes, y añadiendo su colega el Ministro de la Guerra que el estudio de un nuevo plan de movilización general y de defensa nacional no le permitiría enviar más fuerzas al Tong-King, á no mediar una necesidad imperiosa.

Los belicosos bríos de los franceses se han calmado, pues, de algunos días á esta parte, y se oye ya con benevolencia en los círculos políticos de allende la palabra «mediación.» Los Estados Unidos se asocian á los deseos de la Gran Bretaña, y su mediación parece, en efecto, hallarse aceptada en principio para terminar amistosamente el conflicto entre China y Francia.

Es el único procedimiento racional que queda en la difícil situación creada por la inexplicable ligereza de los gobernantes franceses. Ya bajo el punto de vista de la civilización y de la humanidad, ya bajo el concepto de los intereses mercantiles, debe desearse que esa mediación se realice, termi-

nando de una manera honrosa y en plazo breve esas querellas que tienden á consagrar la afirmación eterna de que el derecho en asuntos internacionales es solamente el del más fuerte.

***

Sigue en la política interior de Francia el sistema de vejaciones practicado de algunos años á esta parte contra la Iglesia, como si quisiera indemnizarse á los radicales con esa intestina guerra al clero, de las protestas de orden de que recientemente han alardeado algunos Ministros para halagar sentimientos é intereses respetables.

La discusión de la ley municipal ha venido á confirmar nuestros pronósticos.

Los intolerantes han hecho de esta ley un arma de combate, y favorecidos por la debilidad de la mayoría, han conseguido que la Cámara votase disposiciones abusivas contra el clero. Las municipalidades no están ya obligadas á pagar una indemnización por casa á los ministros de los cultos que no la tienen propia. Queda abolida la obligación de otorgar auxilios á los consistorios y á las juntas de fábrica que carecen de rentas suficientes. Se quita á las iglesias el privilegio de los entierros ó pompas fúnebres; se determina cómo y cuándo han de tocarse las campanas; se manda que se entregue al alcalde una llave de los edificios del culto para que pueda entrar en ellos cuando quiera, pudiendo hacer que prevalezca allí su autoridad sobre la del párroco, y finalmente, se derogan todas las disposiciones que antes afectaban al servicio del culto y á los establecimientos religiosos de los pueblos.

Se ponen, en una palabra, á disposición de los Ayuntamientos máquinas de guerra para combatir á los miembros del clero y hacer imposible el ejercicio del culto. La lucha religiosa, lejos de calmarse, se extiende, y de hoy más existirá en cada pueblo un germen de agitación permanente y capaz de soliviantar todas las pasiones y todos los antiguos odios.

El pensamiento capital del famoso Mr. Paul Bert triunfa.

Claramente lo ha manifestado en su último discurso, al tomar posesión de la presidencia de la unión republicana. El verdadero republicano, dijo, es un demócrata anticlerical. La afección á la república debe medirse por el odio al clero.

Inútiles son las palabras derecho y libertad con semejantes declaraciones. Pero, ¿cómo puede hablar Mr. Paul Bert de justicia después de la brutal ejecución de los decretos y leyes que han expulsado á las congregaciones religiosas, han hecho escuelas y hospicios laicos y han acabado con la respetabilidad de la magistratura? ¿Cómo puede hablar de igualdad, después de la ley sobre el elemental derecho de asociación, que priva del mismo derecho á toda una clase de ciudadanos por el hecho de tener creencias que no son las de los republicanos? Venga y aprenda á ser liberal el Sr. Bert en esta pobre y despreciada España. Aquí nuestro Gobierno, monárquico y todo, permite alardes de republicanismo como los manifestados en el aniversario de la muerte del Sr. Figueras; aquí damos sueldos de exministros á agitadores como Ruiz Zorrilla, mientras un Gobierno republicano expulsa del ejército y del territorio á los monárquicos, á los príncipes y á los frailes por el enorme delito de ser tales.

Hace poco decía el Sr. Ferry en Rouen y en el Havre que existía un abismo entre la extrema izquierda y la mayoría, entre la intransigencia y el Gobierno. Pronto se ha encargado Mr. Paul Bert de desmentirlo. Unos y otros, tanto los que militan en las filas del radicalismo como en las del oportunismo, están en una perfecta comunidad de miras. Tienen los primeros más impaciencia y corren, tal vez, más de prisa, pero todos caminan hacia un mismo resultado.

Más le valiera al Gobierno francés fijarse un poco en esos congresos internacionales de obreros que en París se celebran, bajo la dirección efectiva de los representantes de un socialismo anárquico, que en la actualidad significa petróleo, dinamita ó nitroglicerina.

***

La instalación anual del *Lord mayor*, del alcalde primero de Londres, es siempre una gran solemnidad para la capital de Inglaterra; pero este año ofrecía más interés que nunca, porque aquel importantísimo cargo se ve seriamente amenazado por un bill de reforma municipal preparado en el Parlamento, bill que tiende á fundir en un todo homogéneo el privilegiado recinto de la City y los populosos barrios que la rodean y representan veinte veces su extensión á lo menos.

Por esto la elección del Alcalde, que jamás ofrece en Londres dificultad alguna, ha sido por primera vez reñida. Dos *aldermen* presentaron su candidatura á los electores: Mr. Hadley y Mr. Fowler. Tenía el primero la siempre respetada ventaja de ser más antiguo, pero es radical y poco querido de los ciudadanos, en su mayor parte conservadores; el segundo, rico banquero, miembro del Parlamento y notable tory, obtuvo la preferencia.

El *Lord mayor's day*, ó sea el día del alcalde primero, se compone de dos fiestas distintas: una de día, ofrecida al pueblo, en que el alcalde, con aparatosa comitiva, corporaciones, dignatarios, músicas militares, trajes deslumbrantes, banderas y carros alegóricos, se dirige á prestar ante los tribunales el juramento de costumbre; y otra de noche, el célebre banquete del Guildhall, al que son invitados Ministros, Embajadores y todos los grandes personajes que se encuentren en Londres.

En este banquete suelen trazarse siempre los rasgos más principales y característicos de la política de la Gran Bretaña en el interior y en el extranjero.

Las circunstancias daban este año mayor interés á la solemnidad de Guildhall. Asistían á la fiesta Mr. Wáddington y Mr. Lesseps, ambos representantes de los intereses actuales de Francia.

Las relaciones, antes tan íntimas, entre París y Londres, ofrecían ahora cierta frialdad con motivo de las fracasadas negociaciones para renovar los tratados de comercio, de las dificultades diplomáticas en los asuntos de Egipto, de la cuestión del canal de Súez, de la expedición francesa al Tonkín, del bloqueo de Madagascar y de los mil incidentes

que diariamente acentúan el aislamiento de Francia. Pero no era el banquete el sitio apropósito para manifestar tales resentimientos. Los Sres. Wáddington y Lesseps fueron aplaudidos. El primero proclamó que su misión en Londres es una misión de paz, declarando á los representantes de las potencias extranjeras que Francia y la Gran Bretaña caminan unidas en su política exterior, con miras idénticas. El segundo expresó su convicción de que en sus futuras relaciones con los comerciantes y armadores ingleses, llegaría por el *fair play* á ponerse de acuerdo y á disipar toda falta de buena inteligencia entre los intereses de ambos países.

Lord Gladstone, ante las seguridades de inalterable amistad prodigadas por Mr. Wáddington, respondió que «ninguna nación simpatiza más con Francia que la nación inglesa...» Confesemos que las palabras del primer Ministro de la Reina fueron algún tanto evasivas.

Notáronse en la arenga de Mr. Gladstone dos declaraciones importantes, relativa la una á la próxima evacuación de Egipto, y concerniente la otra al sostenimiento del tratado de Berlín.

El Jefe del Gabinete inglés ha confirmado que la Gran Bretaña dejará pronto á Egipto dueño de sus propios destinos, y que ya se han comunicado las órdenes oportunas al comandante de las fuerzas británicas para que evacue parte del Delta y principalmente la ciudad del Cairo. Respecto al tratado de Berlín, el ilustre hombre de Estado lo cree la mejor garantía de paz en Europa.

El respeto hacia los tratados vigentes pudiera en efecto asegurar todavía por ahora la paz y la tranquilidad del continente. Pero sabemos, por desgracia, que los tratados subsisten mientras no haya una nación poderosa que tenga interés en quebrantarlos.

***

Los comentarios acerca de la visita del Príncipe Imperial de Alemania á la corte de España llena las columnas de todos los periódicos de Europa y en particular de los franceses.

Viene como representante de su padre y en su nombre á devolver al Rey, en Madrid, la visita que D. Alfonso XII hizo recientemente al Emperador Guillermo III en Homburgo. El Príncipe se embarcará dentro de breves días en Génova, escoltado por tres buques de guerra alemanes, y desembarcará en Barcelona.

Este viaje no es en realidad más que un epílogo de las fiestas de Homburgo. La corte de Berlín cumple con una deuda de atención que nos honra.

La visita del Príncipe Imperial de Alemania no puede tener alcance político, hallándose al frente de los asuntos españoles un Ministerio que tanto simpatiza con los franceses. Es simplemente una cuestión de etiqueta.

Honni soit qui mal y pense.

S.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Carlos Castel y Clemente.— *Memoria sobre las condiciones naturales y producción agrícola y forestal de la península escandinava.—Madrid, 4.°, 120 págs. y 2 láminas.*

El Ministerio de Fomento ha costeado la publicación de esta excelente Memoria, cuyo autor, uno de los individuos más distinguidos del cuerpo de ingenieros de montes, goza ya de gran reputación como escritor científico, por las notables producciones, tanto forestales como geológicas, que ha dado á la estampa en otras ocasiones.

Es la Memoria de que hoy nos ocupamos un precioso bosquejo geográfico, agronómico y forestal de Suecia y Noruega, trazado con una gran discreción y tino, para hacer resaltar en pocas páginas los caracteres más salientes de aquel país poco conocido en España, aun entre las personas que no desdeñan el estudio por afición ó profesión. El Sr. Castel ha visitado la Escandinavia á sus espensas, sin auxilio pecuniario alguno del Gobierno, si bien con carácter oficial, y esto, poco común en nuestro país, da más realce á su trabajo.

Siempre ajustada al rigorismo científico moderno, y expresados los conceptos con frase literaria, castiza y elegante, la Memoria en cuestión interesa mucho desde las primeras páginas, sin que se halle medio de dejarla caer de las manos, hasta que su total lectura está terminada.

Los que se interesan particularmente en cuestiones forestales hallarán en ella curiosas y útiles noticias sobre los trasportes de maderas por agua, aserrado de la madera y fabricación de pasta para papel, cartón, fósforos y otros productos.

Las láminas comprenden las figuras necesarias para la explicación de alguno de estos puntos y el trazado geográfico de las naciones á que el estudio se refiere.

*
* *

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

Ramón Jordana.—*Manual de la cría de animales domésticos.—Madrid, 1883.—Un volumen en 8.º menor, de 232 páginas.*

Corresponde esta reciente publicación á la acreditada y muy conocida *Biblioteca enciclopédica popular ilustrada*, de la que es editor D. Gregorio Estrada, cuyos esfuerzos para propagar la instrucción en todas las clases sociales son bien notorios. El Manual de que nos ocupamos hoy corresponde al núm. 69 de la lista general de los que han salido ya del establecimiento tipográfico de aquel laborioso editor, con especial aplicación á su *Biblioteca*.

Escrito en estilo sencillo y desprovisto de todo aparato científico que exija grandes conocimientos en el lector, el *Manual de la cría de animales domésticos* constituye un precioso compendio, útil en grado sumo á cuantos se interesen en el asunto á que la obrita está dedicada, en la cual encontrarán descrito con gran claridad y buenas formas literarias los procedimientos más recomendables y modernos relativos á la cría de los animales domésticos, especialmente de los ganados caballar, asnal, mular, vacuno, lanar, cabrío, de cerda, conejos, perros, gallinas, pavos, palomas, gansos y patos. Para cada especie de animales se estudian las razas, condiciones de existencia, reproducción, productos y enfermedades. Precede á todo esto la descripción de las habitaciones, alimentos generales y cuidados higiénicos que exigen los animales, y se exponen también las bases zoológicas para la definición y clasificación de dichos seres.

El autor, conocido ya por otras publicaciones, dió á luz no hace mucho en la misma *Biblioteca* el *Manual de podas ó ingertos de árboles frutales y forestales*, que ha sido muy bien recibido del público. Esperamos que su nuevo libro tendrá también la misma lisonjera acogida, por las excelentes cualidades que reune.

Por lo demás, el precio, como el de todos los *Manuales* de la *Biblioteca Estrada*, es muy módico, puesto que está fijado en 6 reales, pudiéndose adquirir en la mayor parte de las librerías de Madrid.

***

Sesiones del congreso *nacional de arquitectos celebrado en 1881.—Un tomo en 4.º de 281 páginas.—Madrid. Establecimiento tipográfico de Gregorio Juste. 1883.*

La historia de tan importante certamen, desde la reunión general preparatoria del mismo, hasta su última sesión, con todos los documentos, memorias, discursos, comunicaciones y demás materiales que contribuyeron á su realización, se hallan metódicamente ordenados y coleccionados en el libro de que tratamos, impreso y publicado á expensas y por acuerdo de dicho congreso, para ser repartido entre los arquitectos que prestaron su adhesión á tan útil y trascendental pensamiento.

Como los temas discutidos en el certamen comprenden las cuestiones científicas y prácticas de mayor alcance y oportunidad, respecto de agricultura y construcciones, es indudable que el libro que examinamos encierra no escaso interés, no sólo para los que especialmente se consagran á esa clase de estudios, sino también para las personas ilustradas, y en general para cuantos deseen conocer una materia de evidente utilidad.— X.

MADRID, 1883.—Imprenta de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

EL PASO DE LOS BALKANES [1]

(RECUERDOS DE UN CORRESPONSAL.)

EXISTE una gran analogía entre el fatalismo musulmán y la resignación eslava. El turco no confía sino en Dios primero y en Mahomed después; el eslavo lo espera todo de Dios, en primer término, y en segundo del Tsar. Mahomed proveerá, dicen aquéllos; el Tsar proveerá, exclaman éstos. El Tsar es algo más que el Emperador reinante; es un sér superior, una entidad suprema, de la cual dependen las cosas mundanas y en cuyas manos residen los destinos de todos sus súbditos. Cuando los eslavos no tienen Tsar, se lo inventan, se lo imaginan. Los búlgaros, por ejemplo, carecían de jefe del Estado antes de la guerra de 1877-78; porque para los *raias*, como no se consideran parte integrante de la nación otomana, el Sultán osmanlí no es su jefe de Estado. No obstante, siempre andaban á vueltas con el Tsar; todo al Tsar lo atribuían; el camino carretero era el *Tsarsko-pot* (camino imperial) y para los búlgaros, Constantinopla ha sido siempre y es aún *Tsagrad* (la

(1) Conferencia dada en el *Centro del Ejército y de la Armada* en abril de 1883.

ciudad del Tsar). El soldado ruso halla en la idea del Tsar una fuente inagotable de resignación y consuelo. Podrá sufrir mil desdichas, no importa; un solo beneficio del Tsar, recibido de año en año, le compensa todos los infortunios; ¡y cuán ajeno es el Tsar á semejantes beneficios! Cuando el soldado moscovita recibe calzado nuevo, exclama: «el Tsar me ha remitido un par de botas;» á la sopa de col que constituye su rancho, la llama la sopa del Tsar; si cobra sus atrasos, dice á quien quiere oirle: «¡cuán bueno es el Tsar! me ha satisfecho mi salario; ¡viva el Tsar!» Eso de panslavismo, emancipación de los cristianos de Oriente, causa de la civilización, etc., son cosas que el soldado ruso ignora completamente; él no conoce más que al Tsar, y se bate porque el Tsar lo ordena. Tratándose de un ejército compuesto de distintas razas, á cual más opuestas, y en cuyo conjunto mézclanse todas las religiones conocidas, variedad de idiomas, diversidad de tendencias y sentimientos, esa unificación moral que subordina todos los impulsos á la idea monocrática, es agente indispensable para mantener la cohesión material, que de otra suerte correría riesgo de quebrantarse á cada instante. En aquella veneración absoluta por el Tsar enciérrase un espíritu de obediencia, que es el más firme sostén de la disciplina.

El Emperador Alejandro II, fiel á la táctica de sus predecesores, poseyó el don de hacerse amar de sus soldados, y éstos amábanle realmente con verdadero fervor. Vivía entre ellos á guisa de camarada; paseábase á través del campamento, á solas, seguido de su perro; su presencia no causaba perturbación alguna; nadie interrumpía las faenas. Cuando entraba ó salía de su alojamiento, encarábase sucesivamente con los dos centinelas apostados á la puerta, y solía preguntarles por sus nombres y apellidos, sobre cuánto tiempo llevaban en el servicio, y por la edad, patria, etc. Soldado que hubiera sido interpelado, siquiera una vez, por el Emperador, consideraba esto como la felicidad mayor de su vida. Llegó un día el Tsar Alejandro II á un campo de cosacos, en ocasión en que éstos, de pie á lo largo de improvisadas mesas, celebraban la fiesta del regimiento. Quiso probar el potaje

semi-bárbaro que aquéllos saboreaban. Un cosaco se lo presentó en un cazo de zinc, y el Emperador sonrióse maliciosamente al notar la omisión de la cuchara. El soldado sacó la que llevaba oculta entre el pantalón y la bota, y la ofreció respetuosamente al Monarca, quien no tuvo reparo en comer con ella. Tales incidentes contribuían no poco al prestigio del malogrado Emperador.

Ese fanatismo imperial alentaba á los rusos en las inauditas penalidades que tuvieron que arrostrar durante la última campaña. El pobre soldado, que aterido de frío y medio muerto de hambre pasaba las noches de invierno, al aire libre, sobre las crestas de los montes, pensaba que el Tsar había también abandonado su vivienda, su Palacio de Invierno, para experimentar privaciones en la Bulgaria. Dificulto que ningún ejército pueda soportar en una campaña más de lo que soportó el ejército ruso en 1877. Todo cuanto ponderara resultaría pálido junto á la realidad. Decíame un oficial, que en la expedición de Kiva, dirigida por el General Kauffmann, con ser una campaña en pleno desierto, no se habían sufrido tan atroces fatigas, porque entonces hubo previsión, en la perspectiva de lo que acontecer pudiera; mas en la Bulgaria, las previsiones, por lo escasas, corrieron parejas con lo fallido de los cálculos estratégicos. A bien que el soldado ruso es sobrio en el comer, resiste las más duras molestias, acomódase con extrema facilidad á las circunstancias. Cumplido que ha, después de levantarse por la mañana, los preceptos de limpieza, plántase delante de su cabaña ó de su tienda, hace la señal de la cruz repetidas veces, y acto seguido, empina un vaso de *votka* ó aguardiente. Llenadas estas formalidades, en especial la última, poco se preocupa de cómo pasará el resto del día. En medio de la canícula le he visto alimentarse únicamente con pepinos, lo que no le impedía hacer marchas forzadas y escalar cerro tras cerro. Así, pues, el personal del ejército ruso es inmejorable, y las condiciones peculiares á los individuos que lo componen pueden suplir á veces la impericia del Estado Mayor y la falsa dirección de parte de los jefes. Aun en aquellas operaciones, bajo mejores auspicios inauguradas y con mejor acierto dirigidas, las

cosas vinieron á combinarse de tal modo, que el soldado por sí propio fuera el salvador de la situación, y el que en definitiva subsanara lo no previsto por sus superiores. De ello prueba elocuente nos dan las operaciones verificadas en los Balkanes.

Indiqué en otra ocasión (1) que los tres pasos más estratégicos de la cordillera, dado el plan de campaña iniciado por los rusos, eran: el de Hain-Boghaz, del lado de Elena; el de Schipka, cuyo punto de partida es Tírnova; el de Trojan, que comienza en los altos de Lovtcha. El giro tomado por las operaciones, con motivo del inopinado desastre de Plevna, dió importancia á otro paso, que al principio de la guerra no le tenía ni por asomo: al paso de Araba-Konak, que comunica el valle de Orkhanie con el de Sophia. Fuera de los precitados hay muchos más, que ó son derivación de los anteriores, que considero como principales, ó no revisten interés alguno, pues en la dilatada extensión de la cordillera balkánica, fuerza es que existan numerosos collados, vericuetos, sendas y atajos. La zona del cuadrilátero cuenta en los Balkanes con cuatro desfiladeros importantes en pasadas guerras, y que en 1877 no desempeñaron papel alguno: el paso de Tschasli-Kawak, que se dirige desde Schumla á Karnabad; el de Kir-Getschid, que va desde Varna á Aidos, junto al Mar Negro; el de Erkesch, que comunica Pravadí con la misma Aidos; y por último, el paso de Ermineh, especie de Thermópilas, que sigue por el litoral, entre las montañas y la orilla del Mar Negro. Incumben á mi tema los de Schipka y Araba-Konak. En dos períodos divídense las operaciones del ejército de los Balkanes: 1.° Pasage de Schipka por el General Gurko, operaciones al Sur de la cordillera, marcha ofensiva de Suleimán-pachá. 2.° Toma de Schipka por los rusos, movimiento general de avance, expedición al valle de Sophia.

La marcha del ejército ruso desde el Danubio hasta el pie de los Balkanes, fué un hecho facilísimo. El Príncipe Euge-

---

(1) Conferencia sobre la *Capitulación de Plevna*, dada en el propio Centro.

nio de Leuchtemberg, al frente de la vanguardia, penetró en Tírnova el 12 de julio, librando una ligera acción, más digna del nombre de escaramuza que del de combate. Tírnova es, á no dudarlo, el punto estratégico por excelencia de la cordillera; ocupa casi el centro de ésta; mantiene segura la comunicación con la base de operaciones; es el vértice del cual bifurcan tres diferentes líneas que conducen á través de las montañas: la que enfila directamente con el collado de Schipka; la que por el desfiladero de Demir-Kapú dirígese á Slivno, y la de Kazan, que conduce á Osmán-Bazar. Sobre el camino de Tírnova á Schipka encuéntrase la villa de Gábrova, la cual por otro desfiladero, comunica con Selvi, al N. de los Balkanes, localidad sita al O. de Tírnova. Al siguiente día de la llegada de las tropas rusas á esta última ciudad, Gurko, al frente de unos 10.000 hombres, en que iba incluída la legión búlgara mandada por el General Stoletoff, se internó en los montes. Esta expedición de Gurko merece calificarse de audaz, cuando no de temeraria, porque expuso todas sus fuerzas á una catástrofe inminente, sin haber motivo para ello, pues nada le impedía el proceder con más cautela. El plan de Gurko consistía en apoderarse del desfiladero de Schipka. El Gran Duque Nicolás, que conocía la impetuosidad de aquel jefe, le ordenó que no se extralimitase de su propósito, y que si llegaba hasta Kezanlyk, no se aventurase más allá. El General Gurko no hizo gran caso de estas instrucciones, las barrenó en parte; y si no faltó á ellas abiertamente, fué porque los turcos se opusieron á ello. El Príncipe Mirsky, en combinación con Gurko, salió á ocupar la posición de Gábrova, al N. de Schipka, mientras que aquél marchaba por el lado E. del codiciado paso, amagaba Osmán-Bazar, en donde los turcos se le resistieron, obligándole á seguir su primitiva dirección, y por unos senderos ignorados que guías búlgaros le revelaron, caía inopinadamente sobre el valle de Kezanlyk, colocándose en situación de atacar las posiciones de Schipka por el S. Estas, pues, quedaban entre dos fuegos. La verdad es que todo ello no valía la pena, porque aquel punto estaba pobremente custodiado, y fué luego débilmente defendido. Lo

inútil de la operación de Gurko no amengua su mérito: reveló en él un genio de cosaco, unido á condiciones de excelente General. El movimiento se llevó á cabo en sólo dos días, merced á una milagrosa actividad, y á marchas forzadas de á 70 kilómetros al día, á través de abruptas montañas, marchas que traen á la mente las de los antiguos espartiates. En tanto que Gurko efectuaba personalmente la ocupación de Kezanlyk, con el grueso de sus fuerzas, el joven General Skobeleff, con dos sotnias de cosacos, voló á Yeni-Zagra y cortó la línea férrea de Yámboli á Adrianópolis. Llenáronse los turcos de confusión ante tamaña rapidez, ante audacia y arrojo tan increibles. ¡Cuán ajenos estaban los rusos de que esa copia de inteligencia y de valor por ellos desplegada en la conquista de las Balkanes, había de malograrse dentro de muy breves días y convertirse en manantial de desengaños para el ejército, como de sinsabores para aquellos que lo acogieran y victorearan cual redentor!

El paso de Schipka no ofrece obstáculos insuperables á un ejército: éste los halló, empero, de gran monta, en parajes como los que hubo de cruzar el General Gurko á su salida de Tírnova. Esta ciudad radica á 642 metros sobre el nivel del mar: desde Gábrova, distante de Tírnova como media jornada, se formaliza el ascenso, y en cuatro y media horas llégase al desfiladero, mejor dicho, al collado de Schipka, el cual hállase á 1.453 metros sobre el nivel del mar. La aldea de Schipka encuéntrase del lado opuesto, sólo á 543 metros, y á ella se desciende en una hora, por rápida pendiente de unos 700 metros de desnivel. Estos simples datos suministran una idea de la posición con relación á los valles Norte y Sur. No hubo que luchar allí con la falta absoluta de caminos, porque aun existían los restos del construído por los turcos en 1853, cuando el Sultán visitó la Bulgaria. En pocos días habilitó el ejército ruso un camino propio para el paso de los mayores vehículos; no sin que antes de obtener este fin se despeñasen algunos cañones por aquellos tremendos precipicios. El paisaje, á trechos, es admirable, y si Schipka y sus valles, como están en Oriente, se halláran en el centro de Europa, vendrían á ser la delicia de los turistas

y una mina para los que especulan con la naturaleza. Al pie de las montañas, por el lado S., se extiende el encantador valle de las Rosas, cerrado en lontananza por la derivación llamada Pequeños Balkanes, último baluarte para penetrar en la vega del río Maritza. La localidad principal del valle de las Rosas es Kezanlyk, villa medio oculta en un delicioso vergel de álamos blancos, hayas frondosas y gigantescos rosales. Allí está el emporio de la esencia de rosa, única industria de todas las aldeas de aquella región. En Kezanlyk, como en Yámboli, son los judíos españoles quienes explotan el comercio de dicho artículo. El caminante trascurre por entre alamedas de rosales preñados de flores, que embriagan con sus aromas, los cuales se perciben desde lo alto de Schipka, que, como os dije, álzase á unos mil metros próximamente sobre el nivel del valle. Las aldeanas búlgaras suelen hacer la recolección, y veríaislas entonces, con su pintoresco traje, confundidas en aquel océano de flores, coronadas de rosas sus sienes y henchidos de rosas sus delantales. Luego de cogida la flor, la limpian antes de llevarla al alambique: hacínanla en grandes montones sobre una era, y en torno, mujeres, hombres y chiquillos, al son de alegres canciones eslavas, distribuyen las rosas en distintos cestos. Aunque sea digresión, voy á referiros una breve anécdota referente á las rosas de Kezanlyk. Después de la guerra, me encontré en el distrito de Aidín, en el Asia Menor, con una colonia errante de emigrados musulmanes de la Rumelia. Estaba yo á la puerta de un jardín, en que había rosales de la propia especie de los de la Bulgaria. Uno de aquellos emigrados, anciano ya, y con un tierno niño en sus brazos, se me aproximó, y lejos de pedirme una limosna, como era de prever, solicitó que le diera algunas rosas del jardín. Le dí un buen puñado de ellas; el hombre asiólas con efusión, rociándolas en lágrimas, y ocultólas después en su seno. Aquel turco era de Kezanlyk, vagaba por la Anatolia, sin hogar y sin bienes, y al aspirar el perfume de las rosas de Kezanlyk, debióle parecer como si aspirase los perfumes de su perdida patria.

En ese poético valle recibieron los búlgaros su bautismo de sangre. Con gran asombro de los que tenían al pueblo

búlgaro como á pueblo completamente degenerado y envilecido por la servidumbre, los búlgaros se batieron bien, batiéronse heroicamente en la batalla de Eski-Zagra, y prestaron inestimables servicios á la división Gurko, haciendo en los Balkanes, con respecto al ejército moscovita, el papel que más tarde hicieron en el sitio de Plevna las tropas moldovalacas. El jefe otomano encargado en un principio de guardar, que no de defender formalmente, los pasos de los Balkanes, era Mehemet-Alí-pachá, quien por las cortas fuerzas de que disponía, nada podía recabar sin el auxilio del ejército que Suleimán-pachá organizaba en las llanuras de Rumelia. La actitud de entrambos Generales, que por entonces parecían obrar de común acuerdo—cual sucede siempre entre los jefes más rivales, mientras ninguno de los dos ha obtenido ventajas—indúceme á creer que no entraba en los designios de los turcos una resistencia tenaz en los Altos Balkanes, sino que proyectaban acaso aguardar al enemigo en los valles del S., con ánimo de cortarle después la retirada y atacarle en retaguardia por el mismo paso de Schipka, cosa muy fácil, á disponer los turcos de fuerzas regulares en Lovtcha, que hubiesen operado en combinación con las de Osmán-Bazar. No dejó de preverlo el General Gurko, porque esto se le alcanzaba á cualquiera: de ahí que el Príncipe Mirsky se mantuviese constantemente en Gábrova y sus alrededores, apoyando las comunicaciones de Gurko con el cuartel general, y de ahí también que el General Raugh quedase encargado de avanzar resueltamente por el interior del pasaje, guarneciendo todas las posiciones que dominarlo podían. Esto explica asimismo el empeño de los rusos por apoderarse de Lovtcha, que á poco les fué arrebatada por los *bachi-bozucks*. Y tal era la incertidumbre que sentía Gurko acerca de su retaguardia, que esta preocupación fué, sin disputa, la que más contribuyó á refrenar sus aventureros ímpetus y lo único que le obligó á ser prudente y cauto enmedio de los fáciles éxitos que le brindaba su buena estrella. Suleimán-pachá escalonó las fuerzas de que pudo disponer, en la línea entre Tírnova de Rumelia, punto del ferrocarril de Constantinopla, Adrianópolis y Sophia, de donde parte el ramal de

Yeni-Zagra y Yámboli, y los altos de Slivno, extremo S. del desfiladero de Demir-Kapú; disposición admirable para cerrar á los rusos el ingreso en el valle del Maritza y proteger la línea férrea, que en tales circunstancias adquirió un rango estratégico de primer orden. Por bien combinados que estuvieran los cálculos de Suleimán-pachá, pienso que Gurko y Raugh, secundados por los intrépidos Skobeleff y Leuchtemberg y por el ya popular Stoletoff, hubieran sido suficientes á desbaratarlos, si las operaciones rusas en los Balkanes hubiesen podido continuar como principiaron. Mas ya entonces cundían las vacilaciones, experimentábase la insuficiencia numérica, pendía de mil eventualidades, como siempre que un ejército abandona un plan fijo por uno del todo imprevisto, la suerte de la campaña general. Suleimán-pachá sacó de la situación cuanto partido pudo; llegó á tomar la ofensiva y causar serias molestias á los rusos. Durante los quince días que duró la estancia de las tropas del Tsar en el valle de las Rosas, sucediéronse sin interrupción los combates, las escaramuzas, las asechanzas de una y otra parte, vanos esfuerzos, ante los cuales, el propio Gurko, contemplando lo especialísimo de su situación, debió preguntarse á sí mismo por qué había traspuesto los Balkanes. A fines de julio, la legión búlgara se hallaba sitiada por las tropas turcas, sin que Gurko pudiera mandar fuerzas en su auxilio. Defendiéronse los búlgaros como veteranos, y merced á su defensa admirable, que no gracias á la tardía cooperación de sus aliados, libráronse de caer prisioneros. No era maravilla que Gurko abandonase á los suyos, cuando él á su vez se encontraba en el abandono. Su situación llegó á hacerse insostenible. El 31 de julio, el mismo día en que Krúdener se retiraba delante de Plevna, derrotado por Osmán-pachá, Gurko emprendía la retirada de Hain-Kivi y Kezanlyk, por consecuencia de la poco halagüeña batalla de Eski-Zagra, en que los turcos estuvieron á punto de arrollarle. Las tropas rusas reciberon orden de replegarse sobre Schipka, donde debían mantenerse á la espectativa; mas toda esperanza perdió Gurko al dia siguiente, cuando la noticia del desastre de Plevna le hizo comprender que ya no debía contar con recurso alguno

de allende las montañas. ¡Fracaso completo y lastimoso! El General Gurko abandonó la comarca de Kezanlyk á la venganza de los turcos, situó sus fuerzas en las posiciones de Schipka, y regresó á Rusia, como jefe que era de la Guardia Imperial, cuya presencia en la Bulgaria los acontecimientos habían hecho indispensable.

En todas las operaciones al S. de los Balkanes, los cosacos desempeñaron el papel primordial. Sin el cosaco no se concibe el ejército ruso; pero se conciben menos aún los Generales rusos. Por eso no puede tomarse como regla estratégica nada de cuanto los rusos hagan, con ó sin éxito, porque en todos sus cálculos entra, como factor, el cosaco, especialidad profundamente rusa, de que ningún otro ejército dispone. Sin los cosacos, no hay fuerza rusa que se ponga en marcha. Cada regimiento lleva anexo su grupo de aquellos jinetes. Al cosaco le encontraréis siempre á la cabeza de la vanguardia y á la cola de la retaguardia y á los flancos del ejército y confundido entre las filas. Las sotnias poseen un maravilloso don de divisibilidad. Al dividirse, se multiplican hasta lo infinito, porque cada cosaco, una vez aislado, despliega iniciativa propia, es una sotnia en pequeño, es un cuerpo aparte que se mueve con desembarazo, sin emanciparse nunca del centro de acción. Alguien ha comparado á los cosacos con el aceite, que se esparce prodigiosamente al caer, y donde cae, deja indeleble rastro. El cosaco representa la aplicación del espíritu nómada á las necesidades de la guerra. Pasan los cosacos el Pruth: al punto circulan por la Rumanía como si fuese tierra que desde antiguo conocen. Pasan el Danubio: inmediatamente se instalan en la Bulgaria con tanta familiaridad como en sus estepas del Don. No hay aldea que no visiten, ni río que no vadeen, ni montaña que no escalen, ni agujero que no excruten. En sitios á donde no ha llegado ni piensa en llegar el grueso del ejército, el cosaco pasea á pie ó á caballo, con gran tranquilidad, solo y sin armas. Estas las dejó en el lugar en que hubo de alojarse; hízose al punto amigo de todos los lugareños; y éstos, mal que les pese, le quieren y le respetan. En una palabra, se ha erigido en dueño del país. En la Bulgaria tiene que habér-

selas con gente á quienes va á libertar y no á conquistar, y con las cuales, hasta cierto punto, puede entenderse, gracias á la semejanza de idioma: no obstante, aun en país enemigo, sus procedimientos no varían; sólo que en tal caso, desarrolla más sagacidad y más astucia, y emplea mayor dosis de precaución. Avezado el cosaco á las inmensas correrías á través de la estepa, tiene muy perfeccionado, como de ordinario acontece con todos los pueblos nómadas relativamente cultos, el doble instinto del tiempo y de la distancia. En cualquier sitio en que le encontréis, os dirá casi matemáticamente el número de *verstas* que acaba de recorrer desde su punto de partida, y las horas que lleva de camino. Como los pastores, mira el cielo, á guisa de reloj: no os dirá qué hora es; pero os dirá, siendo de mañana, cuantas horas y minutos hace que amaneció; y si es de tarde, cuántas horas faltan para que anochezca. Donde nadie hallaría recursos, él los halla. No le importa emprender varias jornadas de camino para ir á forrajear. Sospecha la existencia de las fuentes, adivina la profundidad de los barrancos, mide á simple vista la altura de los montes, descubre los vados de los ríos, y su ojo sutilísimo y adiestrado á espaciarse por los horizontes sin límites, es á la vez telescopio para definir lo que ve á larguísima distancia, y telémetro calculador del tiempo que necesita invertirse para llegar á un punto determinado. Con tales condiciones, bien aplicadas, compréndese cuán poderosos auxiliares de un ejército son los cosacos. Hallábame un día presente á un interrogatorio que cierto coronel de cosacos dirigía á varios de sus hombres, quienes habían salido á reconocer el terreno. El soldado, jefe del pelotón, decía: «Hemos visto jinetes turcos en tal altura; ninguna fuerza importante había por aquellos contornos.»—«Y los jinetes, ¿no eran por ventura avanzada de otras fuerzas?»—«Eran muy pocas, y detrás de ellos no había fuerza alguna,» replica el cosaco con aire de firme convicción.—«¿En qué te fundas?» insiste el coronel. A lo que el cosaco responde con energía: «En que los jinetes solo nos miraban á nosotros y no volvían nunca la vista atrás.» Lleva el cosaco, como armamento, una enorme lanza, el fusil, cruzado en bandolera, el

sable y el revólver. Conoce la táctica de caballería como la de infantería, y se bate indistintamente con una ó con otra. Posee además lo que podríamos apellidar la táctica cosaca, consistente en ciertas costumbres, ardides y movimientos particulares, cuya reseña llevaríame muy lejos. Esta tropa, que se conduce como regular ó como irregular, según las circunstancias, es, por su organización territorial, la que menos sacrificios cuesta al Estado ruso, y al propio tiempo, la que más garantías de fidelidad ofrece. No suele tomar parte activa en el fragor de la pelea; pero ella, desplegándose en tiradores al frente de la línea de batalla, inicia la acción; ella persigue al enemigo; ella protege las retiradas; ella, en muchos casos supremos, ha salvado al ejército de graves compromisos, como lo salvó de una pérdida inevitable en el acto de la defensa de Schipka contra las terribles agresiones de Suleimán-pachá.

Durante los quince días que sucedieron á la retirada de Kezanlyk, los turcos no permanecieron un instante inactivos. Los rusos destacados en Schipka, preocupados con las alarmantes nuevas de la Bulgaria septentrional, poco se cuidaban de lo que Suleimán-pachá pudiese intentar contra ellos. Por lo demás, la campaña de los Balkanes, despojada del título de gloriosa, prematuramente había caído al panteón de los hechos históricos. Nadie se acordaba sino de Plevna, y Plevna era lo que absorbía la atención de los rusos y del orbe entero. En 15 de agosto, los rusos de Schipka apercibiéronse de que Suleimán-pachá verificaba ciertos movimientos, á los que no atribuyeron grave importancia. Pero he aquí que, al siguiente día, empeñáronse vanamente los turcos en apoderarse de algunas posiciones al E. del collado de Schipka, dominadas por las posiciones rusas. Al otro día, es decir, el 17, Hussein-bey, ayudante de campo del Sultán, penetró á sangre y fuego en Kezanlyk, saqueando y expulsando á los búlgaros, quienes pocas semanas antes, al amparo de los rusos, habían cometido idénticos desafueros con la población hebrea. El cuartel general comenzó á inquietarse de lo que ocurría del lado opuesto de los Balkanes. Con gran estupefacción, súpose con fecha 19 que, en el pro-

pio día, los turcos habíanse apoderado de Schipka, sin hallar oposición de parte de los rusos. Afortunadamente, tratábase de la aldea y no del desfiladero. Cuando una fuerza ocupa, con buenos elementos, posiciones como las que defendían el paso de Schipka, no debe inspirarle temor alguno un ataque de frente, aunque se realice por fuerzas muy considerables. Las tropas de Suleimán-pachá veían delante de sí un colosal baluarte de montañas, casi cortado á pico sobre el valle. Tamaña mole representa una elevación de más de 1.500 metros; cerca de mil había que escalar, por rapidísima pendiente de desnivel enorme, para llegar al collado de Schipka, presunto objetivo de la operación. Era una locura, una temeridad, una empresa de gigantes lo que á intentarse iba; pero se intentó, y si el triunfo no coronó aquel acto de inverosímil audacia, no fué ciertamente por culpa de los que tras el triunfo se arriesgaron.

A las primeras horas de la mañana del 21 de agosto, el ejército otomano inició la ofensiva, dirigiéndola especialmente sobre el flanco izquierdo de los rusos En los diez ataques que dieron, fueron los turcos rechazados. Para ello, las huestes rusas mandadas por los Generales Raugh y Dorojinski, quien en una de aquellas sangrientas jornadas perdió la vida, hubieron de pelear con encarnizado heroísmo. Al segundo día, los turcos, antes de amanecer, reanudaron el ataque con mayor brío; 19 veces cayeron sobre las posiciones rusas, fijándose asimismo en las del centro, y otras tantas tuvieron que retroceder con grandes pérdidas. Compréndese tal tenacidad para abrirse paso á través de fuerzas sitiadoras; para tomar plazas fuertes de cuya posesión depende el triunfo definitivo en una campaña; mas no tiene explicación posible cuando de antemano se sabe que el fruto de los esfuerzos no ha de corresponder á la magnitud de los sacrificios, y cuando aquella misma operación es realizable por otros medios más posibles y menos costosos. Regístrense todas las campañas del mundo, examínense todas las temeridades llevadas á cabo por los más insensatos caudillos: yo creo que el ataque de Schipka es único en los anales de la guerra. ¿Qué aspiraciones abrigaba

Suleimán-pachá? ¿Caer sobre la Bulgaria? Imposible, de todo punto imposible. Esto hubiera equivalido á constituirse prisionero de los rusos. ¿Tomar simplemente las posiciones de Schipka? Esto hubiera podido intentarlo flanqueándolas, apelando á cualquier sorpresa, obrando combinadamente con otras fuerzas; solo y de frente, jamás. Y aun suponiendo que no tuviera posibilidad de probar fortuna de otra suerte. ¿Qué hubiera sacado con ocupar una posición que por fuerza tenía luego que perder? ¿Qué provecho hubiera reportado con establecer sobre las crestas de los Balkanes los restos de un ejército brillante, aniquilado en una serie de múltiples ataques? La noche del segundo al tercer día pasáronla los rusos aguardando refuerzos. Las vertientes de Schipka estaban cubiertas de cadáveres. Las ambulancias eran impotentes para atender al extraordinario número de heridos. La irregularidad de los convoyes aumentaba lo apurado de la situación de los rusos, los cuales trabajaban día y noche y subsistían á media ración. Desde la puesta hasta la salida del sol no cesaron los disparos de cañón y el tiroteo de las avanzadas. Amaneció el día 23. Los turcos presentáronse ante las trincheras moscovitas con la misma resolución que en los días anteriores; pero emprendiendo un ataque general contra el centro y ambos flancos. La lucha hízose horrorosa. Las cimas de los Balkanes, desplomándose sobre la llanura, no produjeran el estrépito y la conmoción que se producían con el choque titánico de ambos ejércitos. Los asaltos se sucedían á los asaltos; los gritos salvajes de los que atacaban, invocando el nombre de Alá, mezclábanse á los ayes de los moribundos ó á los clamores de espanto de los que caían despeñados al fondo de los precipicios. Después de algunas horas de tenaz pelea, en que el ardor no desmayó ni en unos ni otros, vióse flotar la enseña de la media luna en dos posiciones que acababan de abandonar los rusos. Entonces fué cuando los búlgaros, con Stoletoff á la cabeza, salieron de sus trincheras y realizaron portentos. Suleimán mandó dirigir todos los ataques sobre el fuerte de San Nicolás, llave del desfiladero y principal defensa de los rusos. El calor era intensísimo. Muchos de los combatientes perecían de sed. Pero la refriega

continuaba siempre, aunque con menos estruendo, porque en algunos puntos peleábase sólo al arma blanca, y con menos gritería, porque las gargantas estaban roncas y extenuados los pulmones por la fatiga. La caída de la tarde aproximábase: los turcos avanzaban por todos lados á la bayoneta, y la resistencia debilitábase de parte de los rusos. No habían éstos recibido auxilio de ninguna especie en los tres días que llevaban de combate, y no podían ya luchar con la inferioridad excesiva de sus fuerzas. El sueño, el cansancio, el hambre y la sed les acosaban, enemigos contra los cuales todo denuedo suele ser estéril. El desaliento y la desesperación hacían estragos en las filas rusas. Muchos soldados, agotadas en absoluto sus fuerzas, dejábanse caer al suelo, exánimes, sin esperanza de salvación ni de vida. En vano los más fuertes afanábanse por reanimar á los decaídos; en vano en ciertos puntos de la línea se peleaba todavía con inquebrantable ardor; era el fenómeno del agonizante, que pugna, con un resto de energía, por prolongar la vida que se le escapa. La jornada iba á decidirse por los turcos. Puesto ya el sol, óyese á retaguardia de los defensores del desfiladero gran algazara; son fuerzas de tiradores que á las grupas de un escuadrón de cosacos vienen á socorrer á sus compañeros. Este refuerzo, llegado en un instante tan crítico, causa un efecto indecible. Los turcos calman un tanto sus bríos. Pocos momentos después aparece el General Radetzky con una brigada. Prosíguese la acción, y el enemigo se retira, conservando empero las dos posiciones conquistadas. Suleimán-pachá, lejos de darse por vencido, al día siguiente reanuda las hostilidades. Como se ve, agresores y agredidos nada tenían que envidiarse. Unos y otros en tal ocasión portáronse como valientes, manifestáronse como soldados inmejorables. La cuarta jornada empezó como las anteriores; los turcos dando asaltos, los rusos oponiéndose á ellos. A las primeras horas de la mañana recibían los segundos el refuerzo de una brigada de la división Dragomiroff, mandada por este General, quien entra en combate sin tardanza, y á eso del mediodía tiene que retirarse con un balazo en la rodilla. El combate se encona; los rusos ya no se defienden, atacan; las huestes otomanas

pelean con desventaja visible, después de las grandes pérdidas que sufrieran en los 100 y pico de ataques que llevan hechos. Las tropas de Suleimán-pachá se encuentran al término de la jornada en la propia situación en que se hallaban en el día precedente las del General Raugh, antes de recibir los providenciales auxilios. Recuperan los cristianos sus posiciones y cubren todos los puntos dominantes de aquel lado de la cordillera, mientras que el malogrado ejército de Suleimán-pachá retírase deshecho, diezmado y en lamentable confusión á los sitios del valle que ocupaba, frente al descenso del collado, antes de comenzar aquella serie de infructuosos combates.

Heme detenido en la descripción de la refriega de Schipka, por ser el hecho, si no el más culminante de la campaña en cuanto á sus consecuencias, el que más puso de relieve, durante la campaña de 1877, la inflexible tenacidad de los beligerantes, la disciplina del ejército turco, al cual siempre se ha tenido por indisciplinado, y la superioridad del armamento turco sobre el armamento ruso. Asimismo, púsose de manifiesto en el ataque de Schipka lo que pueden malograrse por culpa de un ambicioso General las bellas cualidades de un ejército, que si aplicadas como es debido son elemento de triunfo y de gloria, malgastadas inútilmente no sirven sino como arma de suicidio y como agente de inevitable ruina.

El período entre las operaciones que acabo de reseñar y las que marcaron el movimiento general de avance del ejército á través de los Balkanes, es el período del sitio de Plevna. La caída de esta plaza no desesperanzó á los turcos, quienes veían un último reducto que defender en el paso de los Balkanes. En aquella época Radetzky mandaba las posiciones de Schipka. Tan luego como en los alrededores de Plevna fué innecesaria la presencia de las tropas rusas, Skobeleff, siempre activísimo, corrió con su división á los Balkanes, y en combinación con las fuerzas de Radetzky, merced á un hábil movimiento envolvente, análogo, aunque hecho por el lado O., al verificado en julio por el General Gurko, atacó por retaguardia las posiciones que ocupaban los turcos al S. de Schipka, las cuales, hostilizadas de frente

por el General Radetzky, rindiéronse sin tratar de oponer resistencia seria.

Sus defensores, en número de 4 ó 5.000, cayeron prisioneros, y quedó de nuevo en poder de los rusos el valle de Kezanlyk. Suleimán-pachá no tuvo por conveniente acudir en socorro de los suyos. Los dejó abandonados, no bien supo la capitulación de Plevna, replegándose sobre la línea del Maritza, desde la cual propúsose vigilar á cualquier fuerza rusa que penetrase en el valle, fuese por Schipka, fuese por Sophia. Suleimán-pachá defraudó una vez más las esperanzas de los turcos, quienes le suponían capaz de defender sus propias posiciones, ya que habíalo sido de atacar ¡y de qué modo! las ajenas.

Mientras Skobeleff y Radetzky despejaban la salida del paso de Schipka, Gurko y Raugh, compañeros en todas las empresas, dirigíanse vigorosamente sobre Orkhanie, empujando delante de sí á las escasas fuerzas turcas que debían defender el desfiladero de Plavtchka, sito en una línea de montañas, ramificación de las de Lovtcha, que separa la cuenca del Vid del valle de Orkhanie. Ambos Generales, con el grueso de la Guardia Imperial y algunas tropas de línea, llevaban el propósito de apoderarse del valle de Sophia y sitiar esta ciudad, de cuyas fortificaciones veníase hablando mucho, y al efecto, iban provistos de un tren de sitio que nada dejaba que desear. Forzaron el difícil paso de Plavtchka, merced á ligeros combates que no les ocasionaron muchas pérdidas; lo cual no obstó para que tuvieran que arrostrar dificultades y riesgos sin cuento. Allí se coronó de gloria el General Raugh, dirigiendo el paso de la artillería. Las grandes piezas de sitio fueron conducidas á brazo por parajes casi inaccesibles á las cabras. Todo hubo de sacrificarse á la rapidez de la operación, para evitar que fuerzas turcas salidas de Sophia viniesen á ocupar las posiciones del valle de Orkhanie. Al mismo tiempo que la infantería dedicábase á distraer las fuerzas turcas, que pretendían custodiar el pasaje, los trenes hacían marchas de flanco, unas veces por caminos rápidamente improvisados, otras salvando algún sitio peligroso por medio de osados movimientos, en que la fuerza

humana suplía las pésimas condiciones del terreno. Centenares de búlgaros de los contornos fueron, de grado ó por fuerza, impelidos á secundar este trabajo hercúleo. Gurko y Radetzky entraron victoriosos en Orkhanie, dejando escalonados destacamentos y parques volantes entre esta villa y Plevna. Situada está la primera en el ángulo S. del valle de su nombre, al pie de los altos Balkanes de Sophia y enfrente de la garganta que conduce al collado de Araba-Konak. La escasez de tropas, unida al desacuerdo entre los jefes, perjudicó una vez más á los turcos. Mehemed-Alí-pachá era el encargado de defender y guarnecer el paso de Sophia; pero los demás pachás no quisieron ó no supieron secundarle. El plan de los turcos debió haber sido el siguiente: abandonar el desfiladero de Plavtchka á los rusos, facilitarles el ingreso en el valle de Orkhanie, y valiéndose de las formidables posiciones atrincheradas dispuestas en torno de esta villa, detener enérgicamente al invasor. Para ello contaban los turcos con la guarnición de Sophia y con las fuerzas que Chefket-pachá mandaba en los altos de Araba-Konak. Tales elementos, aunque no poderosos, eran suficientes para iniciar la resistencia y sostenerla por algún tiempo: faltaba sólo la unidad de dirección y un jefe de la talla de Osmán-pachá.

Gurko no descansó apenas en Orkhanie; mas tomando las disposiciones necesarias para dejar allí depósitos de municiones y víveres, dividió su cuerpo de ejército en dos partes: la una con el objeto de forzar el paso de Araba-Konak, la otra con el de flanquearlo por el O. La operación recabóse con felicidad extrema, por causa precisamente de la perspicacia estratégica que quisieron demostrar los turcos. El paso de Araba-Konak es, en sentir de algunos y mío, más difícil que el de Schipka. Por éste pasó Gurko en plena canícula; por el de Araba-Konak en pleno invierno. Las grandes nevadas habían comenzado ya, cuando los rusos penetraron en Orkhanie. Nunca pudieron imaginarse los Generales otomanos que el enemigo atacase de frente el reducto que dominaba el desfiladero: de ahí que no se atuvieran á su defensa. Los rusos, por el contrario, creyéndolo suficientemente guarnecido, aprestáronse á librar un combate en aque-

llas alturas; mas los defensores de éstas, al verse amenazados por un regimiento de la Guardia Imperial, que no subía en actitud muy pacífica, pusieron pies en polvorosa. Mejor cuidáronse los turcos de guarnecer los flancos de la posición, con lo cual las tropas expedidas por Gurko, á fin de que, secundando el movimiento de los que debían franquear el paso, cayesen sobre el valle de Sophia como sorpresa, cogiendo así entre dos fuegos á las fuerzas turcas encargadas de custodiar el ingreso natural, tuvieron que librar un serio combate, del cual salieron naturalmente vencedoras, aunque con pérdida del General que las mandaba. Pronto se dieron, no obstante, la mano, con las descendidas del collado de Araba-Konak.

Chefket-pachá, General en jefe de los osmanlis, emprendió la retirada en dirección S. E., del lado de Ichtimán, siguiendo el camino que de Sophia va á Filippópolis. Protegía su retaguardia una brigada al mando del inglés Baker-pachá, la cual había tomado posiciones sobre los altos de Strigli. He ahí otro falso cálculo de los turcos, porque bien pudieron echar de ver que el objetivo del adversario era Sophia, y que no cabía en su plan el perseguir á los fugitivos á través de las montañas, en dirección completamente opuesta á la única que les convenía adoptar. Tan mal dirigidos iban los fuegos de la artillería de Baker-pachá, que á los rusos les fué dado el desfilar sin novedad á la sombra de ellos, por la cañada de Strigli, distrayéndolos por medio de algunas piezas emplazadas á su izquierda. Desfilaron, pues, durante todo un día, por bajo de una bóveda de proyectiles suyos y del enemigo, que se cruzaban en el espacio. Toda la operación verificóse de parte de los rusos con una habilidad extrema, en que jefes y subordinados evidenciaron las más altas dotes militares. Si el calor excesivo produjo molestias á los que algunos meses antes pasaron por Schipka, el frío excesivo puso á prueba la virilidad de los que hicieron la expedición de Sophia. Regimiento hubo que pernoctó apostado en atrincheramientos improvisados sobre la nieve. No se diga, en atenuación de esto, que los rusos saben resistir al frío; lo resisten, mas no son á él insensibles ciertamente, y sufren

más que los no avezados á tal clima, porque á causa de su resistencia, permítense audacias de que tan sólo ellos son capaces y que tal vez superan á sus propias fuerzas. Cruzar los Balkanes de Sophia en pleno invierno, es operación á que pocos ejércitos, fuera del ruso, se arriesgarían.

La conducción de las grandes piezas de sitio, y aun de los simples trenes de artillería rodada, hacíase por aquellos inexpugnables caminos, abiertos al flanco de las peñas y suspendidos sobre pavorosos abismos. Para el ascenso al collado, invertíase toda una jornada, iniciando la marcha antes del amanecer y llegando á dicho punto después de anochecido. Al cabo de cuatro ó cinco horas de camino, con escaso desnivel, comenzaba la subida: era la ruta tan angosta, que había que llevar á las caballerías de la brida y vigilar constantemente las ruedas del vehículo á fin de que no se desviasen y quedaran en el vacío. A trechos, para arrastrar una pieza, era necesario desenganchar los caballos de varios furgones y aplicarlos á ella, y aun así, requeríase el concurso de la fuerza muscular. En la cima del collado pernoctábase. El frío era terrible: precisados los soldados á permanecer junto á las piezas y á las municiones, estábales prohibido encender lumbre: envueltos en sus pellizas y mantas, acurrucábanse debajo de los furgones y no faltaba quien debajo del vientre de algún caballo. Diariamente había que lamentar muertes por congelación. A las primeras horas, en marcha. Las penalidades acrecían. El descenso al valle de Sophia, desde el collado de Araba-Konak, es una pendiente tanto ó más rápida que la de Schipka, y en todo caso, entonces, más peligrosa por causa de la estación. El camino constitúyese por una innumerable serie de caprichosos zigs-zags de corto trecho y pequeñas vueltas. La nieve se helaba, produciendo el *verglass*. Un cuerpo pesado cualquiera, puesto sobre aquella cristalizada pendiente, no podía detenerse sino hasta el fondo del precipicio. Difícil era sostenerse de pie sin el apoyo de un bastón con punta de hierro. Acudíase al expediente de sujetar las ruedas de los carros con sólidos cables arrollados á los árboles del monte, lo cual aliviaba el esfuerzo, casi impotente, que hubiera debido emplearse verificando á brazo la operación.

En las revueltas del camino los riesgos eran inauditos, y el esfuerzo, ya colosal de sí, tenía que duplicarse. He visto en los altos del valle de Sophia el termómetro á 20° centígrado bajo cero.

En una jornada de camino puede irse de Strigli, primer punto después del descenso, á la ciudad de Sophia. La vanguardia rusa libró un ligero combate á medio camino, que la causó varias pérdidas, con algunas tropas procedentes de la guarnición de Sophia. Radica esta ciudad en el fondo de una hondonada, hacia el O. del valle. A su izquierda se alza el monte Vitosch, la elevación más importante de la comarca. Tenía la ciudad un sistema de fortificaciones muy análogo al de Plevna, como análoga es en ambos puntos la topografía del país. Un ingeniero de Plevna, Tahir-pachá, era el constructor de los fuertes de Sophia. Frente á éstos llegaron los rusos al medio día. El jefe de la vanguardia—creo que el General Arnoldi,—compuesta de dos regimientos de la Guardía Imperial y algunas sotnias de cosacos y circasianos también de la Guardia, ordenó á los primeros un reconocimiento sobre las obras de fortificación. El reconocimiento convirtióse en ocupación de éstas, pues se hallaban desprovistas de guarnición y de cañones. Todo esto sucedió, sin que la población de Sophia, preocupada con la actitud de los musulmanes, que abandonaban la ciudad con el propósito, según anunció su jefe Osmán-Nuri-pachá, de bombardearla, una vez estuviesen fuera, se apercibiese de la presencia de los rusos en las fortificaciones. Algunos pelotones de circasianos rusos penetraron en la ciudad por el lado N., y como quiera que éstos llevan el mismo uniforme que los circasianos otomanos, su presencia en las calles de Sophia no produjo la menor sorpresa. Los moradores diéronse cuenta de la llegada de las tropas rusas cuando éstas ocupaban ya ciertos barrios de la ciudad. En el corto intérvalo que medió entre la fuga de los unos y el arribo de los otros, la población búlgara entregóse al saqueo en el bazar y en el barrio musulmán. Los judíos, viéndose saqueados, saquearon á su vez, y la rapacidad de todos sin excepción adquirió proporciones indescriptibles. Llegado que hubieron los rusos, tocó-

les á éstos el turno, pues venían hambrientos y forzoso les era el requerir víveres. Podría citar multitud de episodios, á cual más curiosos, que ocurrieron en esos instantes críticos para la ciudad de Sophia. El General Gurko efectuó su entrada, con el grueso de las fuerzas, al siguiente día. Recibióse noticia de las crueldades cometidas en la retirada de Strigli por las tropas regulares é irregulares de Chevket-pachá. El General Gurko expidió una sotnia para castigar á los *zeibecks*, que pululaban por el distrito de Schtimán, en cuya ciudad habían ahorcado á 12 búlgaros. Los *zeibecks* fueron habidos, y ni uno de ellos escapó á los sables cosacos, quienes recogieron en esta ocasión buen botín de armas y caballos.

El General Arnoldi obtuvo el mando militar y civil de la plaza y distrito de Sophia, en donde permanecieron, como guarnición provisional, los regimientos de Ismailowski y cazadores de la Guardia, los primeros que habían penetrado en la ciudad. Quedó además una fuerte división de caballería y artillería, mandada por el General Meyendorff, la cual debía limpiar de *bachi-bozucks* aquel territorio y extender la ocupación rusa por la parte de Kustendil hasta la frontera de la Macedonia. La toma de Sophia por los rusos coincidió casi con la toma de Nisch por los servios. Entre ambas ciudades hay dos jornadas de camino, á la mitad del cual está la villa de Pirot. Con la simultánea conquista de Nisch y de Sophia, los turcos fueron definitivamente expulsados del valle del Ister y alturas que lo dominan. Pusieron los servios á la disposición del comandante ruso de Sophia los prisioneros turcos hechos en Nisch. A todo esto, el General Gurko, uniéndose á parte de las fuerzas descendidas al valle del Maritza por el camino de Schipka y Eski-Zagra, batió en Filippópolis á Suleimán-pachá, cuyas fuerzas, los restos de aquel valeroso ejército que consumó el ataque de Schipka, emprendieron una desastrosa retirada en dirección del monte Rhodopo. Gurko fué, por lo tanto, en la campaña de 1877 el verdadero héroe de los Balkanes. A él se debió la iniciativa de envolver las posiciones de Schipka, operación admirable por su estructura, bien que fatal por sus resulta-

dos: él cortó la base de comunicaciones de los sitiados de Plevna, preparando así el paso definitivo de los Balkanes: él forzó los desfiladeros de Plavtchka y Araba-Konak, en el corazón del invierno; y por medio de la conquista de Sophia, fruto de estas operaciones, estableció la unión del ejército ruso con el ejército del Príncipe Milano de Servia. Los grandes movimientos de la campaña obra fueron del General Gurko, quien no tuvo otro defecto que el de no saber calcular hasta qué punto sería secundado por la masa del ejército, y de ahí que en más de una ocasión pueda acusársele de haber procedido á la ventura. Esto no quita un ápice á los méritos personales de este General; que si una operación militar puede malograrse, lo mismo por un exceso de prudencia que por un exceso de temeridad, las misiones especialísimas y ya de suyo aventuradas que solían confiarse al General Gurko no eran las más apropósito para inclinarle del lado de la precaución y de los miramientos. Cúlpese más bien á los que, sin cálculo fijo, acudían á recursos aventureros, explotando las brillantes condiciones que para cierto género de guerra tiene aquel General. Gurko y Skobeleff sienten correr por sus venas sangre asiática. El primero es cosaco, el segundo circasiano. La especialidad de Skobeleff son los ataques, siempre impetuosos y heroicos, aunque no siempre subordinados á las buenas leyes de la táctica. La especialidad de Gurko son las marchas. Nadie le gana en rapidez; es incansable; no hay fuerza de caballería que con él no se rezague; la infantería le teme y le admira. No llega nunca tarde; peca más bien por llegar á veces demasiado pronto. Como buen cosaco, vive á caballo. Mientras dura una operación, nadie le ve comer; nadie le ve sosegarse; nadie nota en sus facciones el menor síntoma de cansancio. Cuida de todos los detalles, se fija en todos los pormenores, prevé cuanto tiene delante. ¡Lástima grande que no prevea siempre lo que tiene atrás! Los soldados sufren con él, como con Skobeleff, más que con ningún otro General; pero ningún General alcanzó en el ejército ruso de Europa la popularidad y el prestigio que alcanzaron Gurko y Skobeleff. Podrá haberlos más científicos, más estratégicos; pero no los hay que sepan

granjearse mejor las simpatías de los soldados. Gurko y Skobeleff son de esos hombres que nacen, antes que para Generales, para caudillos, y que poseen el don mágico de avasallar moralmente, sin la menor sombra de despotismo, á cuantos bajo sus órdenes militan.

La campaña de los Balkanes permitió, mejor aún que las operaciones verificadas en el llano, el apreciar comparativamente los armamentos ruso y turco, comparación que salió siempre favorable á este último. Los rusos emplearon el fusil Bérdam y la tercerola Krinka, arma de aguja modificada en Rusia. Dos clases de fusiles tenían también los turcos; el Martiny Henri Peabody, fabricado por la misma razón social que el Bérdam de los rusos, y el fusil americano Snider, sistema vulgarmente llamado de tabaquera, y bastante económico por la facilidad con que puede ajustarse á los fusiles de sistema antiguo. La caballería otomana usaba el rifle Wincester de trece tiros. Ocioso fuera que entrase aquí á examinar cuál de esas armas reunía mejores condiciones para la defensa ó para el ataque, y cuál de ellas sobresalía por su aplicación á entrambos casos: sólo apuntaré una observación hecha sobre el terreno, y en la que todos los peritos en el asunto están conformes. El Martiny Henri, por el alcance y la rapidez de sus tiros, dió grandes resultados en los ataques de Schipka; el Snider, por la matemática certeza de sus disparos, llevóse la palma en los atrincheramientos de Plevna. Los tiradores turcos van de ordinario armados con Snider. Ambos fusiles no tienen sino una desventaja con relación al Bérdam; son más pesados. A bien que el fusil turco puede impunemente pesar más, porque el equipo del que lo lleva es ligerísimo. En cuanto al Wincester, arma bonita y elegante, no es de aplicación en una guerra: caliéntase al cabo de algunos disparos, y aparte de lo incierto del tiro, á 200 metros causa bien poco daño. Como arma de más apariencia que efecto, úsase con provecho por la gendarmería turca, en lugar del revólver. Las tropas irregulares otomanas poseían variedad de armamento, procedente de los desechos de los parques y del botín cogido al enemigo en las guerras del Montenegro y de la Servia, sin olvidar el *Kariofil*, especie de es-

pingarda con adornos más ó menos ricos, que ciertos *bachibozuks* no se resignan á trocar por el armamento moderno.

Con la llegada de los rusos á Adrianópolis, ya no cabía duda en los ánimos respecto del éxito de la guerra. Muchas veces se ha preguntado: ¿por qué no entraron los rusos en Constantinopla? Los turcos no lo podían ya impedir. ¿Quién, pues, lo impedía? ¿Los ingleses? Y sobre este tema que cada cual ha explotado á su modo, hase tejido un sinnúmero de vulgaridades. Creo, sin embargo, que puede resolverse de una manera muy lógica y muy sencilla: después de los inmensos sacrificios llevados á cabo por los rusos, después de lo mucho que les había costado salvar el honor de sus armas, en una contienda en que peligró el poderío entero de la Rusia y el porvenir de la causa eslava, nadie se hallaba en el caso de querer ó poder impedir el movimiento de avance del ejército moscovita; y nadie seguramente soñó en impedirlo, ni mediante la amenaza material ni mediante la amenaza diplomática, pues sólo impedirlo podía el adversario derrotado, logrando hacerse aceptar proposiciones de armisticio. Compréndese que cuando un ejército es victorioso desde el primer día, y la campaña se convierte para él en un paseo militar, le salgan al paso amigos oficiosos del vencido para inducirle á comprender que la debilidad debe ser respetada y que las injusticias suelen costar caras, cuando no se vuelven contra el mismo que las comete. Compréndese que un ejército que avanza en una empresa, sin hallar obstáculos, se conmueva al primer contratiempo ó vacile ante la menor indicación, porque nadie es tan sensible á la dificultad como quien no la ha sufrido de cerca. Pero no se comprende que un ejército que ha sellado sus conquistas con su sangre; que lleva coronados sus pendones con la aureola del triunfo, conseguido peleando, en lucha franca, de igual á igual; que ha puesto en la balanza los intereses más caros y los ha salvado por el único esfuerzo de su denuedo y de su energía; que ha ganado en buena lid laureles que nadie osaría disputarle; que siente elevarse su espíritu, fortalecerse su ímpetu y arder su entusiasmo ante la idea de terminar con gloria, en plazo brevísimo, lo que prosiguió con tenacidad y ardimiento, tras luen-

gos meses de adversidades y penurias; no se comprende, repito, que un ejército, colocado en semejante situación, se inmute por una valla más que tenga que salvar ó tome en serio los amagos extemporáneos de la fuerza y las maquinaciones cobardes de la diplomacia. Si Inglaterra quería interceptar la marcha de los rusos sobre el Bósforo, no debía aguardar á que los rusos llegasen á las puertas de Constantinopla. El momento propicio para un golpe de mano era cuando el grueso del ejército ruso se hallaba sobre las cimas de los Balkanes de Tírnova y de Sophia, arrastrando en pos de sí todos los elementos necesarios para entablar una campaña en la Rumelia. Entonces podía haber desembarcado en el golfo de Salónica un cuerpo de tropas inglesas, con lo cual los rusos habrían tenido que dividir sus fuerzas, enviando parte de ellas á Macedonia y no avanzando las otras más allá de Kezanlyk por no habérselas en los campos del Maritza con el ejército de Suleimán, unido al de Constantinopla. O más claro: Gurko hubiera tenido que permanecer en Sophia ú operar en la Macedonia, y el Gran Duque Nicolás no hubiera adelantado un paso. Mas Inglaterra no obró, ni pudo obrar así, porque esto no entró jamás en sus miras; y si bien no veía con buenos ojos los progresos de la Rusia, y aparentaba deseos de protección por la Turquía, no los ostentó más que por medio de dos actos: la entrada de sus buques en el Mar Negro, violando las leyes internacionales que impiden el paso de barcos de guerra por los Dardanelos, sin previo permiso de los turcos, lo cual motivó una protesta de parte de estos mismos; y el aconsejar á los griegos, quienes acababan de romper las hostilidades contra el Imperio, á que regresaran dentro de sus fronteras. Proponíanse los ingleses contraer motivos de agradecimiento para con Turquía, desembarazándola de mayores conflictos; pero con la retrocesión de las tropas griegas no consiguieron sino entorpecer las justas aspiraciones de la nación helénica y retardar la emancipación de algunos miles de cristianos, sin perjudicar con esto á los rusos, contra quienes no se hubieran dirigido nunca—hubiese ó no hecho Grecia la guerra—las escasas tropas turcas encontradas sobre la Thesalia; y antes bien, favorecién-

doles, porque en bien del eslavismo redundaba cuanto tendiera á sofocar los movimientos de las poblaciones antieslavas.

No bien se supo en Constantinopla la noticia del paso de los Balkanes por el ejército ruso, la Sublime Puerta envió parlamentarios á Kezanlyk. El Gran Duque Nicolás no quiso recibirlos: les anunció que podrían verse con él en Adrianópolis. Nótese que, como no era segura para los rusos la inmediata toma de dicha ciudad, tenían antes que destruir á Suleimán-pachá y apoderarse de Tatar-Bazardjik y Filippópolis. Al llegar el Gran Duque á la antigua capital otomana, salieron á recibirle los parlamentarios. Desde aquel mismo día comenzaron las negociaciones para el armisticio, que duraron muy poco, pues los turcos accedieron á todas las exigencias. Estipulóse, entre otras cosas, que cada beligerante permaneciera en el lugar en qué se hallaba en el momento de suspenderse las hostilidades. Fijóse la línea que rusos y turcos habían de ocupar entre Constantinopla y Adrianópolis, línea que pasaba no muchos kilómetros por bajo de esta ciudad é iba desde el mar Negro al mar de Mármara. Firmado el armisticio, inauguráronse las negociaciones para la paz, á cuyo efecto la Puerta y el cuartel general ruso nombraron los comisionados respectivos. Que reinaba en estos actos la mayor cordialidad y cortesía, y de parte de los turcos un vivo deseo de conciliación, pruébalo un hecho elocuente: ofrecieron aquéllos al gran Duque Nicolás que, traspasando la línea del armisticio, fuera á establecerse al pueblo de San Stephano (sito á la vista de Constantinopla) y sobre la línea del ferrocarril, paraje que además de brindar cómodo alojamiento al cuartel general, facilitaba el curso de las negociaciones entabladas. Aceptó el Gran Duque, y con algunas fuerzas de la Guardia traspuso las líneas otomanas, en donde recibió los honores que le correspondían, y fué á San Stéphano á disfrutar pacíficamente de la hospitalidad otomana. No plugo á los ingleses, cuya flota estaba fondeada en el golfo de Ismid, frente á San Stéphano, la llegada de los rusos á este sitio; pero ¡tantas cosas no gustaban á los ingleses, y con todo el poder de sus buques no acertaban á impedirlo! Su formidable

escuadra fué rodeada de precauciones excepcionales como si se temiera una sorpresa. Nadie podía salir de los buques ni nadie era admitido á visitarlos. Permanecían aquéllos con los masteleros calados, y de noche cañoneros y torpedos surcaban el golfo de Ismid en todas direcciones. Estado de guerra completo. Entretanto rusos y turcos conferenciaban, y los oficiales rusos paseaban sus uniformes y arrastraban sus sables por las calles de Stambul y de Pera. San Stéphano habíase convertido en objeto de romería. El ferrocarril y los vaporcitos del Bósforo no cesaban de trasportar viajeros entre San Stéphano y Constantinopla y viceversa. Era precisamente época de Carnaval. Los rusos, en los bailes de máscaras y demás solaces, desquitábanse de las pasadas molestias y privaciones. No sucedía otro tanto entre la población musulmana de Stambul, invadido como estaba este barrio por millares de fugitivos de la Rumelia, que llevaban consigo la miseria y la epidemia. Las vastas mezquitas de Santa Sophia, Suleimanieh y Sultán Ahmed, cuajadas de refugiados musulmanes, eran otros tantos focos de infección. De Santa Sophia extraíanse diariamente numerosos cadáveres, en especial de mujeres y niños. En la fisonomía de los turcos de Stambul adivinábanse la tristeza y el abatimiento, medio velados por esa resignación que es el fondo del carácter musulmán. La opinión popular renegaba de ciertos pachás, á quienes se tildaba de prevaricadores; reconocía el poder de los rusos, admirándolo; maldecía á los ingleses, que después de infundir esperanzas á la Sublime Puerta, quedaban inactivos en los momentos más supremos. Por pura fórmula, sin duda, el Gobierno turco mandó guarnecer, como en perspectiva de un ataque, las fortificaciones de Constantinopla; vano simulacro, pues los rusos se hallaban dentro de la línea de defensa, y paulatinamente habían acumulado respetables fuerzas en torno de San Stéphano. Constantinopla, por su posición geográfica y por su excelente sistema defensivo, no puede, contando con buena dirección y fuerzas suficientes, caer en manos del enemigo, por poderoso que sea, siempre que éste no vea secundada por el lado del mar su acción ofensiva.

Lentamente proseguíanse las negociaciones. Querían los rusos cerrarlas cuanto antes; los turcos, en cambio, ponían todos los medios para dilatarlas, proceder que es el rasgo más característico de la política otomana. «Tiempo ganado para nosotros, tiempo perdido para los demás.» Tal parece ser el axioma en que se inspiran los diplomáticos turcos. Cuéntase una anécdota, que tengo por fidedigna, referente á una entrevista que celebró el presidente de la comisión rusa con el de la turca, para dar á conocer su proyecto de tratado. Aquello no era tratado de paz, sino catálogo interminable de imposiciones y exigencias. El General Ignatieff leía pausadamente, y á cada artículo deteníase un instante para mirar á su interlocutor, Savfet-pachá, quien escuchaba impávido, sin manifestar la menor sorpresa ni emoción. Todo era cercenar provincias, exigir millones tras millones, asegurar garantías; Savfet-pachá no pestañeaba, no oponía la menor objeción, no tenía nada que replicar, absolutamente nada. El General Ignatieff, ante esta actitud, sintió acaso no haber apretado más las clavijas, temió haberse quedado corto. Terminada la lectura, miró de nuevo al diplomático turco, y como éste no cambiara de postura ni rompiera el silencio, Ignatieff dijo: «Ahora bien; ¿no tenéis nada que alegar á esto?» A lo que Savfet-pachá respondió: «¿Qué puedo yo alegar? ¡Nada! ¡Estoy conforme! Todo lo queréis, todo lo tomáis; ¿qué podemos hacer nosotros? ¿Deseáis también nuestras casas, nuestras ropas, nuestras familias? Ordenadlo y se os dará. La fuerza reside en vuestras manos.» Con estos ó parecidos episodios, las negociaciones estuvieron varias veces á punto de quebrarse, no porque en ello tuvieran interés los turcos, mas por ser fieles á su procedimiento de prolongar las situaciones equívocas.

Cundía en el cuartel general la impaciencia, y mayor era la que reinaba en San Petersburgo. El Gran Duque echó mano de uno de esos recursos de energía tan necesarios en semejantes casos. Ordenó que todas las fuerzas de la Guardia Imperial acantonadas en aquellos contornos, desde las orillas del Mar Negro á las del Mar de Mármara, estuviesen dispuestas para una gran revista que debía celebrarse en San

Stéphano. Diré, de paso, que el Ministerio de la Guerra otomano daba muestra en aquellos instantes de prodigiosa actividad. Miles de hombres trabajaban en reforzar las baterías de los Dardanelos y construir otras nuevas; improvisábanse fortificaciones en el Bósforo, del lado del Mar Negro; hacíanse formidables las posiciones de Karabunar, junto al istmo que une el Chersoneso á la Thracia. Llegó, por fin, el día señalado para la gran revista militar rusa. Era el propio día fijado en un *ultimátum* para romper las negociaciones en caso de que no estuvieran concluídas. En la cancillería de San Stéphano, los delegados rusos trabajaron durante toda la noche, pues ya estaban convenidos los términos del tratado, y este debía ponerse á la firma de los delegados turcos al amanecer. Desde la noche precedente no cesaron de llegar á San Stéphano fuerzas destinadas á tomar parte en la revista. Congregáronse más de 25.000 hombres sobre los campos vecinos á dicho pueblo, presentando un aspecto brillantísimo, que dejaba atónitos á los millares de curiosos venidos de Constantinopla. La revista debía verificarse á las doce; pero había trascurrido toda la mañana, sin que el tratado, firmado ya, hubiese sido devuelto por la Sublime Puerta. El Gran Duque Nicolás notificó, por medio de un enviado especial, al Gobierno turco, que si á las tres de la tarde el tratado de paz no obraba en su poder, el ejército reunido en San Stéphano marcharía sobre la capital. En ésta guardóse bajo sigilo la intimación: entre los soldados de San Stéphano circuló el rumor de lo que ocurría, y el entusiasmo elevóse á un grado sumo. Con efecto, las tropas acumuladas en San Stéphano estaban provistas y equipadas como en vísperas de entrar en combate. El plan se había perfectamente calculado, en sus más ínfimos detalles. La tropa saldría en la tarde misma; pernoctaría sobre las líneas de Macrikeui, y al día siguiente, de grado ó por fuerza, penetraría en la ciudad de Constantino por dos puertas á la vez, sin duda por las puertas de Edirné y de las Siete Torres. El ejército, halagado con esa perspectiva, deseaba que los turcos vinieran con una nueva dilación. A las dos en punto se presentó en el campo de la revista el Gran Duque, seguido de todo su cuartel ge-

neral y de su Estado Mayor, en que figuraban representantes de todas las naciones (excepto de España), y detúvose á un extremo de la línea, con el objeto de esperar la respuesta de los turcos. En verdad que allí formaban las tropas más aguerridas y más espléndidas del ejército moscovita, y presentes estaban los Nepokoichinsky, Gurko, Skobeleff (padre é hijo), Radetsky, Raugh, Ganetsky, Strukoff, Leuchtemberg, Totleben, todos los Generales, en fin, que más renombre y prez habían adquirido desde los comienzos de la campaña. Veíase allí la caballería de la Guardia Imperial, con sus lanceros, sus hulanos, sus húsares y sus dragones, cada cuerpo con uniforme vistoso y distinto; allí los circasianos con sus negros kalpacks de Astrakán y sus túnicas oscuras ribeteadas de plata y su profuso armamento, en que se despliega la rica originalidad de la industria del Cáucaso; los cosacos del Don y del Dnieper, con sus nervudos caballos y sus larguísimas lanzas; el regimiento de Preobajensky, mandado por el Príncipe de Oldemburgo, ese regimiento favorito de Pedro el Grande y compuesto por hombres de talla colosal, los más altos de Europa; los intrépidos cazadores de la Guardia, héroes en la sangrienta jornada de Télisch; el regimiento de Ismailowsky, entre cuyos soldados y oficiales figuran los nombres de la primera nobleza de Rusia; el regimiento finlandés, que habla el idioma sueco, tan elocuente en las tierras orientales desde la legendaria campaña de Carlos X, y que corre al combate á los bélicos acentos del himno de Gustavo Adolfo; los granaderos de la Guardia; fuerzas todas ellas, en suma, propias para deslumbrar y derrotar á los más apasionados contra el ejército ruso.

Iban á dar las tres de la tarde, cuando al galope de briosos caballos llegó el carruaje que conducía al General Ignatieff, portador del tratado de paz. Montó Ignatieff á caballo; el Gran Duque le abrazó, y avanzando luego con todo su séquito hasta el centro de la línea, levantó el documento al aire y exclamó á plenos pulmones: «Soldados: el convenio se firmó, la paz está hecha, y hé ahí Constantinopla. ¡Viva la Rusia! ¡Viva el Czar!» Un ¡hurra! prolongado, semejante al rugido del mar, estalló en toda la línea. Recorrióla el Gran

Duque, empuñando en su diestra el papel; las tropas le victorearon ardientemente, los clamores de júbilo formaron coro con las notas del himno nacional ruso, repetido por cien músicas; los cristianos que por curiosidad asistían al acto, asociáronse á la manifestación, y en medio de esta algarabía, salieron de entre las filas algunas voces de: «¡A Calcuta! ¡A Calcuta!»

Cuando en el Asia Central se libre algún día el duelo entre Rusia é Inglaterra, con el cual ha de decidirse para siempre la cuestión oriental, acordémonos del tratado de San Stéphano, realizado á la vista de la escuadra inglesa, que devoraba su despecho en el golfo de Ismid; acordémonos de ese tratado, consagración de la supremacía del panslavismo sobre la influencia británica en el porvenir del Oriente. El Asia lo resolverá, y los horizontes asiáticos van esclavizándose por momentos. Poco ó nada tiene que hacer el panslavismo en Europa, sino antes bien recibirlo, como lo recibe todo, de ella; pero le está reservada una gran misión en Asia, y en ella fúndase precisamente la existencia del panslavismo. La Rusia no es hoy tan coloso por su fuerza como por sus dimensiones; pero lo será por sus dimensiones como por su fuerza, el día en que, á caballo sobre las cumbres del Ural, recoja con una mano los tesoros de la civilización europea, para esparcirlos con la otra sobre las poblaciones del continente asiático, llenando, en nombre de la gran familia ariana, un deber de gratitud para con los países que cobijaron la cuna de nuestra raza é inculcaron en ella el germen de las ideas que han sentado nuestra superioridad sobre las demás familias de la especie humana.

He dicho.

SATURNINO JIMÉNEZ.

COSAS DE MADRID

Continuación (1).

INFORMES DE UN TESTIGO.

1820-1823.

II.

ODRÁ suceder, leído el capítulo antecedente, que parezca contradictoria su índole y referencia con la resolución que manifesté al principio del libro de no tratar asuntos políticos. Así es la verdad, y lo es también que no cejaré ni he cejado en el primer propósito, pues si tanto alcance hubiera tenido que me impidiera referir sucesos relacionados con nuestros cambios gubernamentales, fuera igual que haber aspirado á un imposible, desconociendo la influencia que han ejercido siempre los acontecimientos públicos en la esfera privada, en las sociedades modernas sobre todo.

Quédese para las novelas ó escritos de fantasía escoger caracteres y tipos de circunstancias, con abstracción absoluta de referencia política; difícil es el empeño, expuesto el conjunto

(1) Véase la pág. 25 de este tomo.

á resultar deslabazado y falto de verdad; pero ejemplo hay de privilegiados ingenios que han logrado vencer las dificultades; mas cuando del aspecto social se trata, si pintar costumbres se pretende, hay que tomarlas donde se encuentran, aceptarlas como son, y aun es obligatorio comentarlas y esclarecer las que por su origen merecen atención y aun detenido estudio. El escritor en este caso sólo puede obligarse á prescindir de sus opiniones, que no hará poco en lograrlo, y de acuerdo con su conciencia, que rara vez engaña, seguir adelante en la tarea que se impuso, porque no ha de serle muy fácil, si épocas de transición tiene que reseñar, en que los usos que se van pugnan contra los que vienen, en muchas partes unos con otros se amalgaman, y aun hay quien los acepta á entrambos, barajándoles de modo que fuera difícil marcar á cada cual su linde.

Propia fué esta condición de los tiempos á que alcanzan mis primeros recuerdos; grande la incertidumbre de las inteligencias entre los principios de aquella célebre universidad de feliz olvido, que decía á Fernando VII: «lejos de nosotros la peligrosa innovación de discurrir,» y el criterio de aquel diputado de las Cortes de Cádiz, que escatimando en la discusión las facultades al Monarca y oyendo murmurar á su lado: «Eso sería un rey de palo,» contestó también por lo bajo: «De corcho le quisiera yo.» Esto último se sabía, se comentaba, se difundía entre un pueblo mal dispuesto é impresionable, dando por resultado opiniones y hechos tan contradictorios como aparecen algunos de este capítulo con los del anterior.

Causará extrañeza, después de saber la organización turbulenta de las sociedades patrióticas, las muchas secretas que dominaban sin rival, las publicaciones impías que á mansalva circulaban, que el sentimiento religioso permaneciese íntegro y sin menoscabo; mas no era de otro modo. Los legisladores de 1812 consignaron en el Código fundamental que la religión de la nación española era y sería perpetuamente católica, apostólica, romana, única verdadera, con exclusión de cualquiera otra, y los españoles aceptaron de buen grado una ley que estaba en su carácter, en su origen y en sus tradiciones. Quien pensaba otra cosa, se atraía la desconfianza de las per-

sonas sensatas, y la experiencia acreditó que no era infundado el recelo.

Los más exaltados constitucionales continuaban siendo religiosos, por lo menos en el interior de la familia; los milicianos, sin descansar de sus fatigas militares, acudían á su casa á hora de llevar el rosario, arrimando á un lado el fusil para coger el ejercicio cuotidiano. No se me citen casos particulares: los conozco como excepción de la regla entre las verdades que cuento y otras que iré contando. Más incrédulos hicieron el procaz lenguaje de la prensa defensora del Rey absoluto y los malos ejemplos del P. Marañón (a) el Trapense y otros de su jaez, que todas las vanas declamaciones y escritos de los libre-pensadores.

Las cofradías y hermandades eran numerosas, y por tanto las procesiones y fiestas de iglesia en que salían á lo exterior los escapularios y medallas, que sin esto se guardaban bajo el uniforme. Con verdadera contrición fué Riego al suplicio, y con ejemplar mansedumbre sufrió los insultos de la plebe realista aquel hombre falto de cordura, pero cobarde nunca. El padre carmelita que le auxilió en los últimos momentos, escribió en el *Diario de Madrid* á los pocos días de la triste ejecución: «Dirán algunos de sus parciales que no ha muerto como un héroe; pero yo declaro, á fe de sacerdote, que ha muerto como un buen cristiano.»

Así eran los liberales madrileños, y debo consignarlo sin temor á la incredulidad infundada.

Uno de los actos de las asociaciones religiosas que más llamaba la atención desde tiempos antiguos, era la colecta nocturna que verificaban los hermanos de Nuestra Señora de la Esperanza, vulgarmente llamados del *Pecado mortal.* Por lo común pertenecían á clase distinguida, y ya bien entrada la noche se repartían en parejas á demandar por calles y plazas limosna *para hacer bien por los que están en pecado mortal,* clamando con voz lúgubre y acompasada, cada uno por acera diferente. A veces se paraban á echar lo que llamaban una saetilla, que no era otra cosa sino una cuarteta mística excitando á la penitencia, comenzada en tono doliente por uno de los hermanos, en términos parecidos:

Piensa que te has de morir,
Piensa que hay juicio é infierno,

á lo que añadía el otro en el mismo compás:

Bien y mal, y todo eterno,
y que á juicio has de venir.

Seguramente que otras coplas que se citan aparte de las reglamentarias, serían inventadas por gente truhanesca, pues no deben atribuirse á congregación tan grave algunas como las siguientes:

Por un juicio temerario
se condenó un boticario.

—

Por un falso testimonio
te ha de llevar el demonio, etc.

De cualquier modo, la hora, la oscuridad, el sombrío reflejo de la gran linterna de que iba provisto cada uno de los postulantes, su andar mesurado y voz cavernosa, eran bastantes para meter miedo á los muchachos y lograr se acostasen á toda prisa y en silencio, con gran descanso de mamás y abuelas, solicitando por gracia arrojar por el balcón alguna moneda envuelta en un papel encendido para que viesen dónde caía los señores del pecado mortal y tenerlos contentos.

Otra de las devociones nocturnas eran las procesiones del Santo Rosario, que salían de varias iglesias á recorrer la jurisdicción que les estaba marcada, pues en esto había gran cuidado en no excederse, so pena de choques algo bruscos. Componían la rogativa más ó menos número de cantores, acompañados de un fagot que les diese el tono, cuatro faroles puestos en largas varas, algunos obra de gran primor, y los devotos, que no eran muchos, en verdad, pero nunca faltaban. Los sábados era el acompañamiento mayor y más solemne la ceremonia.

Después del toque de oraciones, á tiempo que se rezaba el

Angelus en todas las casas, encendida luz y dadas las buenas noches, se encendían también las lámparas y velas que alumbraban los infinitos retablos é imágenes expuestas en las fachadas de los edificios de Madrid, en tanto número que sería imposible recordarlos y prolija su enumeración, por más que fuesen una de las circunstancias más caracteríscas de la villa, y su historia, si pudiera hacerse, harto entretenida, curiosa y aclaratoria de muchas antiguallas incógnitas. Mas si esto no es posible, razón es el interés que encierran para mencionar unas cuantas, sin olvidar el origen tradicional de varias.

Un Santo Cristo de tamaño natural se veneraba en la fachada de la parroquia de Santa Cruz, á un lado de la puerta mayor. Se veía en una hornacina resguardada por cristales, alumbrado por muchas luces y rodeado de *exvotos*, testimonio de la fe que se le tenía. Ninguna persona pasaba ante la imagen sin santiguarse, y muchas se arrodillaban rezando largo rato, sin extrañarlo nadie, porque á otras se tributaba igual reverencia.

En el atrio de San Sebastián, por la calle de las Huertas, había también otro Crucifijo igual al susodicho; otro en la parte exterior del Carmen calzado, esquina á la calle de la Salud; una efigie de Nuestra Señora, muy reverenciada, en la calle de la Zarza, desaparecida en el ensanche de la puerta del Sol; un San Antonio célebre en la calle de Ita, esquina á la Angosta de Peligros (después de Sevilla), y por fin, en todas las fachadas de iglesias y conventos estaba la imagen de su titular, y en casi todas las calles el santo que las daba nombre alumbrado por los devotos, sin contar las tiendas, todas con su patrono, y los muchos portales donde los vecinos competían en mantener el culto de la imagen, que de unos á otros se consideraba guardiana de la casa.

Entre las más devotas advocaciones cuyo origen tradicional ha llegado á mi noticia, se cuenta un retablo de Nuestra Señora, fijo en una casa de la calle de Carretas, donde permaneció hasta el ensanche.

Según los inquilinos que cuidaban de alumbrar el cuadro, una noche, á mediados del siglo anterior, pasaba harto á deshora un joven por delante del portal, cuando en su angosto y

oscuro centro creyó percibir lamentos ahogados de mujer. Aplicó el oído y los oyó más distintos, si bien más contenidos. Era el mancebo de condición generosa, y avanzando resuelto,—Cualquiera que sea V.—dijo,—cuente con mi ayuda en su tribulación.—Nadie respondió. El lóbrego portal parecía una tumba, y el joven siguió adelante hasta tropezar con un objeto que lanzó un ay lastimero.—¿Quién es V.?—preguntó el mozo.—¿Está V. enferma ó herida? Buscaré socorro si yo no basto á darle.—Por Dios, caballero, por su honor y el de su esposa é hija, abandone á esta mujer líviana.—No tengo hija ni esposa, ni debo considerar en V. más que una desgraciada. Ánimo, pues, y veamos de salvar la vida, ya que según parece, anda la honra por los suelos.—Del suelo, en efecto, recogió á la paciente, y quitándose su larga corbata, entonces en uso, la ciñó la cintura, saliendo deprisa á buscar un coche á la calle cercana de los Negros (hoy de Tetuán), donde se había establecido el alquilador Simón, de quien tomaron el nombre de simones los vehículos de alquiler. Mas aunque anduvo diligente y prometió buena paga, tardaron algún tanto en enganchar, volviendo en busca de la desconocida cuando ya ésta no se encontró, por más que registraron el portal encendiendo uno de los hachones que siempre llevaban prevenidos en aquel tiempo los carruajes, no sirviendo el prevenido para otra cosa que conducir al caballero á su casa, que á fe lo lluvioso de la noche y descompuesto del traje bien se lo demandaba.

Fueron y vinieron días, el joven olvidó el incidente del portal á oscuras, ó mejor dicho, guardó silencio acerca de la aventura, y adelantado en su carrera del foro, conoció á una señorita honesta y bien nacida, á quien requirió de amores, y mediando recíproca correspondencia y ninguna dificultad de clase ni fortuna, al poco tiempo celebraron esponsales entrambos con regocijo mutuo y auspicios felices para en adelante. Nada turbó al principio el sereno cielo de su dicha; antes bien, las señales ciertas de hallarse la señora en estado de *buena esperanza* colmó la ventura del feliz matrimonio. Cuando he aquí al esposo sombrío y taciturno sin saber por qué; á su dulce consorte apurando cuantos recursos sabe emplear una mujer querida para desarrugar la frente del hombre objeto de

su cariño, y aquél más concentrado en sí mismo cuanto más halagüeña era la solicitud de la recién casada.—Sin duda—le dijo ésta,—algún crimen terrible que debes sentenciar te preocupa.—¡Muy terrible! es cierto—la contestó el magistrado,—pues ya lo era.—¿No me lo dirás?—Será público, luego.—Quisiera saberlo, para compartir el cuidado contigo.—¡Basta!—repuso el marido frunciendo el ceño y apartándola con rudeza.—¡Qué inexorable es en el cumplimiento de la justicia!—murmuró la esposa, arrasados los ojos en lágrimas.

Llegó el caso del alumbramiento, y la siniestra preocupación del marido creció en intensidad. Encerrado en su estudio, con la cabeza sostenida entre las manos, sólo daba muestras de inteligencia cuando los facultativos venían á enterarle del estado de la paciente.—Tenga V. confianza, D. N...—le dijo el de cabecera,—tendremos un resultado feliz, por más que la señora se queje tanto como todas las que por primera vez se encuentran en su caso.—Es cierto: se queja demasiado—añadió el marido:—llegó el momento de aliviarla.—Dicho esto se alzó rígido del asiento, y marchando con paso igual y silencioso á manera de un espectro evocado de la tumba, en términos de asustar al médico, se le vió abrir una gabeta, sacar de ella un lienzo, desdoblarle, y entrando en la alcoba de su mujer, presentarse ante ella sin ruido y decirla con voz enronquecida, mostrándola el cendal que en la mano llevaba:—La noche que yo te dí esta corbata, por cierto te quejabas mucho menos.—La desgraciada esposa fijó la vista, lanzó un grito desgarrador, cayó desvanecida, y sus miembros adquirieron la rigidez de la muerte.

A otro día sacaban de la casa en un mismo ataúd á la madre y el hijo, antes muerto que nacido, en dirección al cementerio cercano.

La causa de tanta desventura fué la imprudente seguridad de la mujer engañadora. Cuidó que nadie la conociese huyendo al punto que el joven se apartó de ella la noche fatal, á refugiarse en casa de una parienta suya, que movida por sus lágrimas y vencida por el interés, la dió asilo bajo pretexto, con los tutores de la niña, de una indisposición grave y repentina que no la permitía abandonar el lecho. El compro-

bante del extravío no vivió jamás, la encubridora murió á poco y la fatal corbata pareció á su impensada dueña testimonio sin peligro y prenda de valor para destruída. Mas no fue así. Una doncella de la esposa desleal la preparó entre la ropa del marido ignorando su procedencia. No había duda. El había hecho los dibujos para que la bordasen sus hermanas. Conocía la labor y el género. Le abrasaba las manos, le ahogaba cual una serpiente rodeada á su garganta; pero calló, ofreciendo una buena recompensa á la doncella porque la diese como perdida si la preguntaban. La guardó con cuidado, y ya sabemos lo demás.

El inflexible esposo vivió dos años á solas con su conciencia, retraído de la sociedad, concentrado en su dolor sin llanto. Ni el estudio, ni la solicitud amistosa pudieron calmar su tétrico pesar.

Mal contento de sí mismo, abstraíase en profunda meditación, interrumpida por repentinos estremecimientos cual si escuchara la voz acusadora demandando á Caín cuenta de la sangre de su hermano. Una noche, después de agitado insomnio, dejó el descompuesto lecho como impulsado por fuerza misteriosa y llegó á la iglesia á la misa del alba. Arrodillado junto á un pilar, sintió por primera vez dilatársele el corazón y ardientes y consoladoras lágrimas inundaron sus ojos.—Refugio de los pecadores, ruega por mí, se le oyó exclamar antes de caer sobre el pavimento.

Al retirarse el celebrante llamó su atención aquel hombre sin conocimiento y llegó á darle auxilio.—Es el loco, dijo el acólito.—Es el penitente, replicó el sacerdote, que le había confesado el día anterior. Roguemos por él.—Rezadas las preces de los difuntos sobre el cadáver, con asistencia de algunas pobres mujeres, fué recogido para depositarle en la fosa común, conforme á su voluntad expresa.

Trascurrido poco tiempo, se colocó una devota imagen de Nuestra Señora del Carmen, consuelo de las almas en pecado, entre dos balcones del piso primero de la casa del portal á oscuras, alumbrada con un farol durante la noche, como en súplica por el alma de los que intervinieron en la trágica historia.

Origen menos doloroso tiene la capilla de la Virgen de la Novena establecida en la parroquia de San Sebastián, que es hace 260 años fundación y propiedad de los cómicos españoles.

Permítame el inteligente actor D. Mariano Fernández que preste á mi narración el atractivo que no tendría por sí sola, con alguna de las quintillas en que refirió la piadosa leyenda una noche de la anterior jornada en el real sitio de San Ildefonso, ante la Serenísima Infanta D.ª Isabel y numeroso público que le recompensó con sus aplausos.

Más de dos siglos hace que una célebre actriz, por nombre Catalina Flores, yacía baldada y paralítica, sombra su hermosura de lo que fué, y sin vigor su inteligencia para otra cosa que sentir su desventura no fuese.

Calle de Santa María,
esquina á la del León,
entonce un retablo había,
que justamente caía
enfrente de su balcón.

Desde los primeros reflejos de la aurora oraba la enferma, puesta su mirada en el cuadro, demandando socorro á la Virgen, desconfiada como se hallaba de todo humano socorro.

Una mañana que su padecer era más intenso y su devoción más ardiente,

—¡Tres años llevo tullida!
dijo con fe y honda pena,
¡Salvadme, virgen querida,
y os haré toda mi vida
en cada año una novena!

—Yo te llevaré á un templo, añadió la doliente, donde los dichos profanos no turben el recogimiento debido á tu santo nombre, y á lograrlo dedicaré el resto de mi vida.

La santa virgen oyó
sus votos á no dudar,

pues Catalina sanó,
las muletas arrojó
¡y al mes volvió á trabajar!

Así fué en verdad. La gala del *corral de la Pacheca* lució con nuevo brillo; su llanto convertido en risa prestaba nuevos atractivos á su mérito y el público le apreciaba como se aprecia un bien perdido si á deshora se encuentra. La Flores fué la delicia de la corte.

Mas el *retablo* adquirió,
congregó á sus compañeros
los actores, trabajó,
y en pocos años juntó
materiales y dineros.

Ya era vieja Catalina cuando logró ver terminada la capilla que su piedad ardiente hizo voto de levantar en lo mejor de la corte en término propio.

El arte se ennobleció,
Y la imagen santa y buena
Que tal maravilla obró,
Desde entonces se llamó
La Virgen de la *Novena.*

Entre las varias publicaciones eruditas con que el Sr. D. José Pardo de Figueroa (Dr. Thebussem), residente en Medina-Sidonia, favorece á sus amigos (en cuyo número tengo la honra de contarme), hay una impresa en octubre de 1882, con la circunstancia de *no se vende*, como todas sus compañeras, titulada *Tres antiguallas*, que se conservan en la casa y residencia habitual de dicho señor. Paso de largo ante las dos primeras, que bien despacio las miré en tiempo conveniente, para llegar á la última, que es una pintura de Nuestra Señora de la Soledad, á la que Mesonero Romanos hace referencia en *El antiguo Madrid*, en los siguientes términos, hablando de la calle de Postas: «... en la casa número 31 viejo y 32 nuevo

(de 5.000 pies de superficie), que debía ser la más grande de ella, estuvo la primera oficina del Correo ó de las Postas que hubo en Madrid, de que le quedó el nombre á la calle. Esta casa fué vinculada en el siglo XVII... y en el día pertenece á D. José Pardo de Figueroa. En los títulos de fundación se hace mención de la imagen de Nuestra Señora colocada aún en su retablo, en el portal de dicha casa, á la cual conservan mucha devoción los vecinos de aquel barrio. Dicho lienzo de la Virgen parece que existió antes en la Plaza Mayor, pero adquirida por el fundador del mayorazgo, la expuso al público en el portal de su casa, que aún es conocido por el *Portal de la Virgen.*»

Fernández de los Ríos, en la *Guía de Madrid* (1876) consigna: «que en la casa número 32 de la calle de Postas estuvo la primera oficina del Correo ó de Postas que hubo en Madrid. En documentos del siglo XVI se dice que en ella *posaban en lo antiguo los maestros de postas é que dellos era la Virgen que estaba en el portal.* Esta Virgen, que era una pintura de no escaso mérito y notable antigüedad, fué recogida en 1857 por el propietario de la finca Sr. Pardo de Figueroa... que reemplazó el cuadro con el lienzo actual.»

El testimonio en que consta la última parte de lo manifestado por Fernández de los Ríos se inserta á la letra en el folleto de las *Tres antiguallas*, cuyo contenido dice así, suprimiendo lo innecesario al objeto: «En la villa de Madrid á 7 de mayo de 1857, siendo la hora de las tres de la tarde, yo el infrascripto escribano de S. M., notario del colegio de esta corte, en virtud de requerimiento del Dr. D. Mariano Pardo de Figueroa, vecino de Medina-Sidonia y residente en dicha corte, calle Mayor, número 61, cuarto principal, como apoderado de su señor padre D. José Pardo de Figueroa, también vecino de Medina-Sidonia, poseedor de la casa situada en esta propia corte y su calle de Postas, señalada con el número 31 antiguo y 32 moderno, de la manzana 195, que perteneció al vínculo y mayorazgo fundado en 1645 por Martín Fernando Hidalgo y D.ª Claudia Fernández su mujer, me constituí en la expresada finca, con objeto de presenciar la traslación de una pintura al óleo sobre lienzo, que representa á Nuestra Se-

ñora de la Soledad, colocada en un retablo existente en el zaguán de la misma casa... El dicho lienzo representa á la Virgen, de medio cuerpo, vestida de blanco, con manto negro y rosario... Tiene de altura 1 metro y 84 centímetros por 1 y 14 de ancho. Dentro de él se encuentran dos crucifijos, dos fanales con flores de mano, dos faroles que se hallan continuamente encendidos, según manifiestan los testigos, lo cual además es público y notorio; varios candeleros con velas, que también se encienden, muchas flores y una porción de presentallas de cera depositadas por los devotos de la Virgen, que consideran la imagen como milagrosa, según también es público y notorio. Todo se hallaba perfectamente limpio y arreglado, manifestándose por Mariano Parra, portero de la casa, á cuyo cuidado estaba á la sazón el retablo, que en el alumbrado y aseo del mismo no se emplean más fondos que los de la limosna recogida en un cepillo que hay á la derecha del retablo, asegurándose por el propio portero, testigos y otras personas presentes, que la existencia de dicho altar data de tiempo inmemorial en el mismo sitio que hoy ocupa. Cuya pintura de la Virgen recogió y pasó á su poder el Dr. D. Mariano Pardo de Figueroa, como representante de su señor padre. (Siguen las firmas.) Ante mí, Segundo de Abendivar.»

Creo basta con lo dicho para que se comprenda que Madrid en la segunda época constitucional todavía era una población casi levítica, contribuyendo á ello los frailes de las órdenes mendicantes, que sabido es no fueron suprimidas. En ninguna casa faltaba el lego del convento á que más devoción tenía el dueño, á recoger en día determinado de la semana la limosna de costumbre, con gran regocijo de los muchachos para quienes eran las golosinas, estampas ó aleluyas que las amplias mangas del hermano guardaban para ellos, así como para las señoras los escapularios, granos de incienso, cabos del Santísimo y alguna oración eficaz contra la jaqueca, vahídos ó debilidades de estómago, quedando tan satisfechos unos y otros de la mutua correspondencia como sencilla era la intención de los que en ella intervenían. Con estas costumbres, que ahora tacharán algunos como de gente encogida y pazguata, fueron aquellos hombres ejemplo de valor sobrehumano, y los

nacionales del 7 de julio y del Trocadero con igual facilidad cogían un cirio para alumbrar en la procesión de su santo patrono que armaban bayoneta en defensa de sus opiniones. Creer lo contrario fué uno de los errores más costosos á Napoleón I.—¡Bah! España es un país de frailes,—dijo al saber los primeros alzamientos; con una tarde que les impida dormir la siesta quedarán sometidos.

Durante el régimen constitucional se abolió la pena de horca, sustituyéndola con la de garrote. Cada ejecución marcaba un día de luto general. Desde las primeras horas de la mañana circulaban por las calles los hermanos de la Paz y Caridad, acompañados de un sirviente, demandando á grandes voces limosna para celebrar sufragios por el alma del sentenciado. Se procuraba por cuantos medios era posible, sin faltar á la ley, dulcificar sus últimos momentos. Si la condena imponía la circunstancia de ser arrastrado por un burro hasta el suplicio, los hermanos tenían el privilegio de llevar al reo suspendido en un serón; ellos cuidaban de su entierro ó de dar sepultura cristiana á sus miembros, cuando se exponían en los caminos. De cualquier modo, el tránsito al lugar de la ejecución era solemne y conmovedor. El redoblar de las cajas destempladas de la escolta, el sonido de las campanillas de la Santa congregación, sus estandartes, la vista del Crucifijo alzado en alto, que también en suplicio ignominioso murió, la voz de los sacerdotes excitando al delincuente al arrepentimiento ó recitando las oraciones de los agonizantes, todo contribuía á elevar el alma fuera del estrecho círculo de las pasiones, predisponiéndola á la misericordia, al odio al delito, á la compasión hacia el reo.

Las ejecuciones de entonces hubieran sido una lección provechosa para los que opinan qne deben verificarse á deshora, como de callada y con el menor aparato posible, cual si se tratase de abreviar un quehacer incómodo.

Dice bien Eugenio Sué; la ejecución de un reo de muerte se consideraba en España cual una desgracia pública, rodeándola de cuantas circunstancias puede la sociedad emplear en demostración de sentimiento por verse obligada á quitar la vida á uno de sus individuos.

Nada hemos hablado de cómo se procedía con la niñez en aquel tiempo, y es justo detenerse considerando, aunque sea de ligero, cómo fué tratada la generación que tan grandes cosas estaba llamada á realizar.

El sistema de primera enseñanza se fundaba en el rigor (salvo muy contadas excepciones). *La letra con sangre entra*, se reconocía por axioma incontrovertible. El maestro era un tirano sin apelación, á cuyo nombre temblaban los discípulos. Se comenzaba el día otorgando al más puntual la satisfacción de dar una palmeta al que llegaba el último, lo que se llamaba ganar la palmeta, cual recompensa que merecía desvelarse por conseguirla. La delación obtenía premio, y el cargo de sostener á cuestas á los condenados á la vergonzosa pena de azotes, sólo se concedía á los más fuertes y adelantados. Esto se prohibió, pero sin efecto. Los castigos eran ingeniosos y variados. Solían consistir en largo rato de rodillas, ó en cruz con un tintero de plomo en cada mano, la exposición con una coroza ú orejas de burro, mientras los demás le cantaban coplas burlescas por el estilo de las siguientes:

Este niño es muy bonito,
bendígale San Antón,
que le han puesto la coroza
por no saber la lección.
—Calla, no le llames burro,
mira que se enojará.
—Que se enoje ó no se enoje
burro se le ha de llamar.

Aquí todos los muchachos gritaban ¡burro!!! hasta escandalizar la calle, acompañando el maestro el griterío con algunos zurriagazos de buena mano sobre las espaldas de la víctima.

¿No es verdad que parece imposible que tal sucediera? Pues, sin embargo, nada es más cierto, sin contar los correazos, vapuleo con vara, tirones de orejas, bofetadas, encierro en el cuarto oscuro, etc., etc.

De ahí que el corazón de los niños se avezaba poco á poco al disimulo, al rencor mutuo, al espíritu de venganza, á la sa-

tisfacción del mal ajeno, apagando en su alma los primeros destellos de aprecio de sí mismos y respeto á los demás, los humillantes y ridículos castigos á que se les sometía.

Por desgracia, la condición humana es tal que la ciencia de legislar á los hombres, sean pequeños ó mayores, viene á reducirse á dos principios: premio y castigo; pero si la pena en vez de corregir fomenta los malos instintos, prueba es que se aparta de sus altos fines.

También había recompensas. Reducíanse á *vales*, que se admitían en equivalencia del castigo; en ascender en puesto, y sobre todo, en el nombramiento de rey ó emperador de la escuela, cargo que llevaba consigo el derecho de llevar *cuenta*, en ausencia del maestro, de los desmanes que se cometían, á fin de que no quedasen impunes. En los padres escolapios, al investir al agraciado con las insignias de la soberanía, se le recitaba la recomendación siguiente:

Toma el cetro y usa de él
con justicia y con piedad,
pues que la ley de Jesús
es de amor y caridad.

Los libros de enseñanza eran pocos y buenos. Para los principiantes la cartilla, el *Catecismo* de Ripalda y las *Obligaciones del hombre*, de Escoiquiz; para los más adelantados, el *Compendio de historia sagrada*, del abad Fleury, la *Gramática* de Araujo, la *Aritmética* de Vallejo, *El amigo de los niños* y *Fábulas de Samaniego*; si acaso, y algo más adelante, los *Ejemplos morales*, el *Compendio de historia de España*, del P. Isla, y la *Geografía*, del escolapio Losada, que se consideraban como lo superior en su género. No conozco textos mejores de primeras letras entre los innumerables que se han publicado luego. Por supuesto que durante la época constitucional también se daba de real orden el libro de la Constitución. Método no había ninguno.

Las niñas eran tratadas con igual rigor, sin más diferencia que usar caña en vez de correa ó vara para castigarlas. Los libros quedaban á voluntad de la profesora, al menos no se

observaba sistema regular. Lo mismo leían el Bertoldo que la traducción del venerable Kempis. Toda la enseñanza se consagraba á las labores de manos propias del bello sexo, y en esto salían instruídas á maravilla de la *maestra* ó *amiga*, ignorando lo que era *materia cósmica* ni *afinidades antropológicas*, pero en disposición de ser muy mujeres de su casa y ayudar á su marido en los contratiempos de la vida.

Toda la dureza con que se trataba á los niños en las escuelas, tan poco esmero como se empleaba para cultivar sus sentimientos morales, se observaba en las familias cuidadoso afán por dirigirlos en el camino del bien. Ni una palabra, ni un acto que pudiera viciar su inteligencia, se permitían delante de ellos las personas decentes. Los hombres de trato más libre se contenían cuando algún pequeñuelo escuchaba la conversación, y de no hacerlo así, cualquiera se creía autorizado para reconvenir al trasgresor. Muchas veces la presencia de una niña era bastante á evitar en una reunión las picarescas tonadas de un diestro tañedor de vihuela ó las gracias de un relator de cuentos alegres en prosa ó verso, entretenimiento que se hallaba harto generalizado. Cuando no se quería prescindir de una referencia de amores, nada más, ó la murmuración era tan sabrosa que doliera suspenderla, los padres mandaban retirar á los pequeños bajo cualquier pretexto. Encontrará muy posible quien haya conocido aquellas costumbres el dicho de una niña que preguntada por otra de su edad ante un cuadro de Adán y Eva quién era el hombre y quién la mujer, contestó desde luego:—¿Cómo quieres que lo sepa si no están vestidos?

¿Pues y los muchos libros peligrosos que circulaban? se le ocurrirá á alguno. La contestación es bien sencilla. Con no permitir á los jóvenes de poca edad lectura ninguna que su padre no examinara previamente, se conjuraba el riesgo. No se hubiera comprendido que se dejaran correr en manos inexpertas folletines capaces de enseñar lo que no sabe á la comadre más experimentada ó al rufián más bellaco.

No procedían de otro modo los mismos que arengaban en los clubs, vociferaban por las calles ó escribían en los periódicos más exagerados. Todos se hallaban acordes en respetar la purísima flor de la inocencia infantil.

Con igual comedimiento se procedía en los obradores y talleres con los aprendices. Hubiera causado un verdadero escándalo que se atreviesen á fumar entre los oficiales, y éstos por su parte nunca admitían á los de menor edad en familiaridades inoportunas.

De ahí que si los muchachos adquirían vicios sólo fuese cuando su inteligencia y su vigor estaban en disposición de comprenderlos y resistirlos.

Por entonces fué cuando la moda en el vestir se fijó definitivamente, realizando el cambio que se iniciaba desde fines del siglo anterior. Los sombreros de copa alta, la levita, el pantalón, se admitieron como traje común. El Conde de Toreno se distinguió por su buen aire para llevar el cárrik de cuatro esclavinas, y Martínez de la Rosa por su elegancia en manejar el lente. Las capas á lo Quiroga se pusieron al gusto del día, y las baterías de Riego se empleaban para guarnecer la falda de las señoras, que se abrigaron más que lo estaban con las *drulletas* de merino y schales de cachemira, guardando el pañuelo y demás trebejos en la especie de enorme escarcela que se colgaban al brazo con el nombre de ridículo, perfectamente apropiado. Comenzó la época de los *currutacos*, concluyendo la de los *petimetres*.

La variación en el menaje y decorado de las habitaciones fué más de lamentar. Los cuadros al óleo, las cornucopias doradas, los taburetes, las telas de damasco cubriendo las paredes, los frisos pintados sobre lienzo, los escritorios y cómodas de preciosa talla algunos, desaparecieron como objetos de prosaica antigüedad. Son muy tristes, decían, y hasta llegó el caso de igualar con yeso los techos de maderas labradas con prolijo esmero y habilidad caprichosa. ¡Oh baldón! ¡Oh mengua! Alcázares y edificios de primer orden hubo donde esta profanación se llevó á cabo con aplauso de personas constituídas en alta dignidad y versadas en divinas y humanas letras; se blanquearon arabescos y taraceas, y se pintó la piedra para quitarle el severo aspecto que tenía. Bien es verdad que ya de antes databa el vandalismo apoyado en la opinión de un célebre artista y escritor, según el cual nuestros edificios del orden ojival y mudéjar eran sólo juguetes de mal gus-

to. ¿Y qué sustituyó en cambio á lo perdido? ¡Si al menos se hubiese adoptado lo verdaderamente griego y romano! Pero no fué así, ni podía serlo, con arreglo á nuestra religión, clima y circunstancias, sino ese estilo sin carácter, amanerado y pobre, como de repostería, que se llama del primer imperio, heredero del mal gusto del directorio, corruptor en todos géneros. Salieron á lucir en cambio de las pinturas de buenos maestros, grabados alegres de efecto, representando los amores de Narciso, el juicio de Paris, el rapto de Ganimedes ó cosas equivalentes: sillas con respaldo de hojalata, en donde algunas láminas, á modo de países de abanico, ofrecían al curioso la historia de Robinsón ó Pablo y Virginia, con su letrero al pie, porque nadie se llamase á engaño. No faltaban mesas con delgados y altos pies, semejando galgos dispuestos á la carrera; pero aquellos ricos muebles de ébano ó nogal tan ricamente esculpidos que las familias venían trasmitiéndose de padres á hijos, esos yacían arrinconados en sótanos ó desvanes como objetos bárbaros indignos de salones á la última usanza, donde en algunos veladores se hacía ostentación del servicio de café y en los ángulos las cuatro partes del mundo vaciadas en escayola, resaltando sobre las paredes pintadas de verde.

Contra las arañas y lucernas colgadas del techo no hay nada que decir, ni tampoco eran malos los relojes de sobremesa, por más que hubiese algunos de gusto tan *recocó*, que el mismo Mr. Florián no los deseara mejores para su pastorcilla Estela; respecto á los floreros de artificio cubiertos con fanales de cristal, ¿quién será bastante á considerar los ruinosos caprichos que suscitaba el deseo de poseer otros iguales en las que los contemplaban con envidia? Sólo pudiera hacerse dando mayor extensión á este asunto, ya de suyo harto difuso.

El aspecto de la población no varió mucho de como le dejaron los franceses. Estaba en ruinas lo que ahora es Plaza de Oriente, Teatro Real, Plaza de Isabel II y calles inmediatas; los Mostenses, el convento de Santa Catalina, y por lo general todos los que se derribaron entonces. El área del convento de Santa Ana se convirtió en una plaza con árboles.

Continuaba encendiéndose el alumbrado público las noches

sin luna, que salía tarde ó que amenazaba nublarse. Los faroleros esperaban la orden reunidos en un paraje ancho de cada cuartel en que se dividía la villa, y si amenazaba noche oscura comenzaban por encender una gran mecha de esparto que cada uno llevaba, agitándola en círculo giratorio desaforadamente hasta que levantaba llama. Entonces corría cada cual á coger la escalera por la que trepaban y descendían con más agilidad que la que pudiera prometerse de su maciza estructura, y daban luz en poco tiempo á las mortecinas candilejas. Era uno de los períodos más críticos y pintorescos del día en Madrid.

Lo eran también los de lluvias fuertes de incomunicación de los vecinos entre sí: las calles se ponían intransitables, y algunos arroyos semejaban verdaderos torrentes aumentados con los muchos que afluían en algunos sitios, como la Puerta del Sol, creciendo su rapidez con el declive del terreno de una manera proverbial en la calle del Pez, Leganitos, de los Reyes y otras, en términos de no poderse vadear sin peligro.

El cambio en las ideas que trajeron consigo las guerras y mudanzas en la forma de gobierno, no fué bastante á destruir ciertas preocupaciones vulgares, que sólo han desaparecido para dejar sitio á otras tan perniciosas, aunque revestidas con distinto ropaje. Tres casas ocupadas por supuestos duendes se conocían á la sazón en la corte. La más famosa era la que aun lleva el nombre del espíritu burlador en la Plaza de Afligidos. Esta ya se habitaba, dando alojamiento de balde á los criados de Casa real, en 1820, mas no así una en la calle de Juanelo y otra en la Corredera Alta. No hay que ufanarse con nuestra despreocupación actual. Ahora existen personas muy formales, y hasta escritores de fama universal, á quienes asusta el número trece y el mes de febrero (y si aparentan asustarse todavía será mayor la culpa). Allá por el año de 1837 estuvo muy autorizada la creencia de que las cerillas fosfóricas eran causa de la sequía, y no son pocos los convencidos de la mala influencia de los gatos negros, sin contar otras supersticiones nuevas de mayor importancia, admitidas por imaginaciones débiles y entendimientos cultivados en los demás. Cada día, se ha dicho, destruye una preocupación, y es menos frecuente

el número de forjadores de patrañas. ¡Ojalá fuera cierto! ¡Pluguiera al buen sentido que los embaucadores de hoy redujesen sus malas artes á inventar cuentos de duendes y aparecidos, que al menos la realidad de éstos nunca se creyó por las gentes de instrucción y juicio sano, como no tuviesen interés en mantener la superchería, de igual manera que hoy acontece con los empíricos y arbitristas que medran á favor de los errores que á sangre y fuego procuran divulgar. Si en 1820 había quien creyese en duendes, entonces y mucho antes estaba negada su existencia y el ningún poder de las causas sobrenaturales ante el Ordenador Supremo del Universo. Véase cómo Calderón se explica en esta materia:

D. Manuel. ..... en duda tal,
el juicio podré perder,
pero no, Cosme, creer
cosa sobrenatural.
Cosme. ¿No hay duendes?
Manuel. Nadie los vió.
Cosme. ¿Familiares?
Manuel. Son quimeras.
Cosme. ¿Brujas?
Manuel. Menos.
Cosme. ¿Hechiceras?
Manuel. ¡Qué error!
Cosme. ¿Hay súcubos?
Manuel. No.
Cosme. ¿Encantadoras?
Manuel. Tampoco.
Cosme. ¿Mágicas?
Manuel. Es necedad.
Cosme. ¿Nigromantes?
Manuel. Liviandad.
Cosme. ¿Energúmenos?
Manuel. ¡Qué loco!
Cosme. ¡Vive Dios que te cogí!
¿Diablos?
Manuel. Sin poder notorio.

Cosme. ¿Hay almas del purgatorio?
Manuel. ¿Que me enamoren á mí?
¡Hay más necia bobería!
Déjame, que estás cansado.

Hé ahí un curso breve de cómo se pensaba en Madrid desde tiempo antiguo acerca de los malos espíritus. No se rechazaba fuera de España en términos tan absolutos la realidad de las vilis, vampiros, encantamentos, gettatores y otras infinitas debilidades humanas propias de nuestra pobre razón abandonada á sí misma, que para el vulgo no hacen más que cambiar de carácter. Previo este justo desagravio á la inteligencia de nuestros mayores, continuemos la narración.

Entonces verdaderamente comenzó á introducirse la costumbre de asistir al café para otra cosa que no fuese tomar las pocas bebidas que en ellos se despachaban. Ya hemos hablado de los que adquirieron carácter político. Entre los neutrales adquirió fama el de Levante, en la calle de Alcalá, por los buenos jugadores que á él concurrían; el de la Alegría, en la calle de la Abada, generalmente frecuentado por extranjeros, y el llamado de los *Gorros*, ó de la Nicolasa, en la plazuela de Santa Ana, que si bien tuvo celebridad como centro de los patriotas más exaltados, nunca pasó de una especie de paradero bullicioso y de poca influencia para los que se llamaban *descamisados*.

Entre las botillerías, donde no se servía café sino helados y algunas conservas, se distinguieron desde un principio la de Pombo, en la calle de Carretas, y ya en decadencia la de Canosa, en la Carrera de San Jerónimo, donde hoy la casa de Rivas. También comenzaron á generalizarse los juegos de billar, con su calificativo de Real, que les ocasionó algunos contratiempos, atribuyéndole referencias realistas, siendo así que sólo significaba su índole real verdaderamente, que no admitía trampas. La dificultad se ha resuelto suprimiendo el adjetivo.

Acerca del aspecto y condiciones en que se hallaban las fondas y casas de comidas, será suficiente con decir que las hosterías que nos pinta el autor de *Gil Blas* las llevaban mucha ventaja. Al menos en éstas había cierta franqueza y liber-

tad comunicativa, que no dejaba de ofrecer aliciente; pero las de que tratamos con sus celdas desnudas de todo adorno y sus salas, que más bien eran estrechos y lóbregos callejones, con algunas mesas en correcta formación ó esparcidas, donde la anchura lo permitía, sus raciones de convento y sus camareros vestidos de paño pardo, ó en mangas de camisa cuando el calor apremiaba, parecían un correctivo contra la gula ó indicio manifiesto de que allí se iba á satisfacer la necesidad, de ningún modo á contentar el sensualismo.

Con ejemplar sinceridad expresaban su deseo algunos dueños de semejantes establecimientos en la redondilla que sigue:

El que en esta casa entrare
tres cosas ha de tener:
comer mucho, acabar pronto
sin quedar nada á deber.

Es verdad que la advertencia no pasaba de la cocina y que luego se hizo propiedad de las tabernas y despachos de bebidas; como también es cierto que no era cosumbre asistir á las fondas y hosterías sino en casos especiales, y verdaderamente con ánimo de marcharse pronto. La exactitud sobre todo. Respetándola siempre, hemos de ver los pocos adelantos que algunos años después se ofrecen al público en materia de refinamientos culinarios.

DIONISIO CHAULIÉ.

(*Se continuará.*)

LAS BIBLIOTECAS EN ESPAÑA [1]

CAPÍTULO III.

BIBLIOTECAS POPULARES.

III.

Agrupadas, por resumen y provincias, ofrecen el siguiente cuadro:

Provincias.	Bibliotecas.	Volúmenes.
Alava	2	481
Albacete	4	900
Alicante	5	1.220
Almería	11	2.400
Avila	13	2.780
Badajoz	32	7.200
Baleares	7	7.960
Barcelona	35	7.500
Burgos	26	5.400
Cáceres	18	3.800
Cádiz	11	2.900
Canarias	2	480
Castellón	7	1.900
Ciudad Real	14	2.896
Córdoba	14	3.000

(1) Véase la pág. 274 del tomo XLVII.

Provincias.	Bibliotecas.	Volúmenes.
Coruña	11	2.400
Cuenca	11	2.500
Gerona	9	2.360
Granada	18	2.600
Guadalajara	24	5.000
Guipúzcoa	4	940
Huelva	5	4.236
Huesca	20	4.000
Jaén	16	3.400
León	16	3.400
Lérida	9	2.360
Logroño	12	2.586
Lugo	8	2.199
Madrid	31	7.000
Málaga	9	2.360
Murcia	11	2.480
Navarra	4	900
Orense	10	2.260
Oviedo	29	6.880
Palencia	21	6.146
Pontevedra	11	2.400
Salamanca	27	6.280
Santander	20	4.000
Segovia	17	3.600
Sevilla	16	3.400
Soria	19	3.780
Tarragona	18	3.600
Teruel	13	2.780
Toledo	30	6.800
Valencia	21	4.100
Valladolid	24	5.500
Vizcaya	12	2.660
Zamora	10	2.260
Zaragoza	37	9.000
	746	171.083

Tienen, pues, más de 30 bibliotecas las provincias de Badajoz, Barcelona, Madrid y Zaragoza; más de 20 las de Burgos, Guadalajara, Oviedo, Palencia, Salamanca, Toledo, Valencia y Valladolid; más de 10 las de Almería, Avila, Cáceres, Cádiz, Ciudad Real, Córdoba, Coruña, Cuenca, Granada, Huesca, Jaén, Logroño, León, Murcia, Pontevedra, Segovia, Sevilla, Soria, Tarragona, Teruel y Vizcaya; y menos de 10 Alava, Albacete, Alicante, Baleares, Canarias, Castellón, Gerona, Guipúzcoa, Huelva, Lérida, Málaga, Navarra y Zamora.

La provincia que tiene más bibliotecas es la de Zaragoza, que cuenta con 37, y las que tienen menos son las de Alava y Canarias, que cuentan 2.

Como puede verse, las 746 bibliotecas populares que existían en 1.° de enero de 1883, dotadas con 171.083 volúmenes, dan una proporción de 229,33 por biblioteca, número exiguo en extremo, porque todo lo que no sea dotar cada una de las bibliotecas populares de 1.500 volúmenes, al menos, es tenerlas muy pobremente, puesto que el servicio que pueden prestar con los volúmenes que hoy tienen es muy deficiente. Á dotarlas mejor y extenderlas á todas las aldeas y pueblos rurales van encaminadas las tendencias del Gobierno, que á decir verdad, ha concedido bibliotecas con una profusión desconocida hasta ahora, á todos los centros de artesanos de España que las han pedido, sin excluir á sociedad alguna, ni á las escuelas y Municipios de los pueblos. Se han concedido, también sin exceptuar ni un solo caso, cuantas bibliotecas han pedido los señores senadores y diputados, sean pocas ó muchas las que cada cual haya deseado que se concedan, y sea cual fuere su color político. Se ha aumentado además el número establecido anteriormente para la concesion de libros, es decir, que la biblioteca que antes se concedía con 150 libros como *máximo*, hoy se entrega con 200 libros como *mínimo*, y á las que se le entregaban 200 libros como *máximo* hoy se le dan 300 como *mínimo*.

IV.

Verdaderamente que las bibliotecas populares no están en España á la altura que era de desear; pero es preciso tener en cuenta que son de origen muy moderno, como que apenas cuentan trece años. En 15 de enero de 1869 aprobó don M. Ruiz Zorrilla, siendo Ministro de Fomento, una nota en virtud de la cual, y por primera vez en España, se consignaba la creación de bibliotecas populares en todas las escuelas de primera enseñanza; y en 18 del mismo mes se publicó un decreto, en consonancia con los deseos del Ministerio, para que en las escuelas que hubieran de construirse de nueva planta se designara necesariamente un local para estas bibliotecas.

El pensamiento del Sr. Ministro era que el Estado, aprovechando diversos recursos, y especialmente los libros que estaban en depósito en la secretaría del entonces extinguido Consejo de Instrucción pública, formase estas bibliotecas, regalándolas á los pueblos, á cuyo cargo debería quedar su aumento y conservación.

No era del todo nuevo este pensamiento en España: varias veces, no sólo los Sres. Ministros de Fomento, sino otras personas y corporaciones amantes de la ilustración pública, habían pretendido dotar á nuestro país de este gran elemento de enseñanza popular; pero por muy diversas causas, ninguno de estos generosos intentos habían tenido realización; quedando reducidos á uno de tantos proyectos que se elogian en un momento de entusiasmo, pero que no llegan á constituir ningun acto positivo.

En pro de esta idea, los entusiastas por las bibliotecas populares citaban el resultado que éstas venían dando en el extranjero, y hasta en una curiosa Memoria sobre las de España en 1870, redactada por el Sr. Picatoste, jefe del negociado de Instrucción pública en aquel tiempo, se cita como estímulo para España el estado de las bibliotecas populares

en otros países, consignándose en dicho trabajo los siguientes datos, que creemos pertinente en este lugar:

«Las bibliotecas populares, con este ó con otro nombre, han sido consideradas en algunos países, más bien como un elemento de moralidad y de buena organización social, que como un ramo exclusivamente dependiente de la instrucción pública.

»En Alemania han sido fundadas y protegidas igualmente por las asociaciones, cuyo objeto es la moralidad y el bienestar del pueblo, y por las que se dedican sólo á la propagación de la instrucción pública; estando confiadas á estas mismas asociaciones, á los Municipios, á los maestros, á los párrocos, según su origen, y siendo por su carácter el lazo que une la pedagogía con la moral, y la prueba evidente de que es imposible separar la instrucción del pueblo de su progreso social. Sólo en Berlín existen más de veinte asociaciones de bibliotecas populares, contando algunas de ellas tres mil miembros que contribuyen á su gasto ó prestan su trabajo personal para el aumento y organización de tan útiles instituciones. La asociación de bibliotecas del Alto Rhin tiene por objeto, no sólo la fundación de estos centros instructivos, sino también inculcar la afición á la lectura, habiendo dado á leer por medio de préstamo 257.000 obras hasta enero de 1867. La mitad próximamente de estas asociaciones son de obreros, y los gastos que representan anualmente llegan á un millón, sirviendo uno y otro de estos datos para conocer la prosperidad que allí tiene esta institución.

»En Inglaterra abundan también estas asociaciones, y entre ellas ocupa un lugar muy preferente la de obreros de Rochdale, que tiene una biblioteca de más de 2.000 volúmenes perfectamente organizada, y que ahora está creando sucursales para favorecer la lectura. Además hay en aquella nación muchas fundadas por particulares, por esos hombres ricos y generosos que emplean fortunas, colosales alguna vez, en bien de los pueblos y de la enseñanza.

»En Bélgica y Francia el Gobierno ha intervenido más ó menos directamente en la creación de las bibliotecas, y ejercen sobre ellas una doble inspección los rectores, como re-

presentantes de la instrucción pública, y los prefectos ó Gobernadores, como agentes del poder central.

»En la primera de estas naciones hay bibliotecas populares y normales ó de los círculos de las conferencias cantonales, dependiendo aquéllas de los Municipios y éstas del Estado. Las populares fueron organizadas en 1862 por el Ministro del Interior Vandenpeereboom, hombre ilustre á quien debe mucho la instrucción pública, el cual en la orden de creación estableció terminantemente la independencia de estas bibliotecas, diciendo que el Estado no contribuiría con ninguna cantidad á sus gastos por pertenecer exclusivamente á los municipios. Sin embargo, el Ministro dictó reglas generales para su formación, indicando la clase de libros de que habían de componerse para propagar el conocimiento de la historia nacional, de la Constitución y de las leyes fundamentales, y además fijando el carácter que debían tener, agrícolas en los pueblos rurales, é industriales en las grandes poblaciones.

»Las bibliotecas cantonales sostenidas por el Estado crecieron rápidamente en poco tiempo, llegando al número de ciento cuarenta y siete en 1.° de enero de 1867, fecha á que alcanza la última estadística, y reuniendo 40.835 obras con 49.913 volúmenes.

»En Francia, nación cuya legislación y cuyas costumbres influyen sobre nosotros de un modo necesario y fatal, no siempre útil, las bibliotecas populares indicadas ya en la ley de 1850, establecidas ya definitivamente por orden de 31 de mayo de 1861 y organizadas por decreto de 1.° de junio de 1862, llevan aquel nombre porque tienen por principal objeto el préstamo de libros de enseñanza á los niños pobres; componiéndose por tanto en su mayoría de obras muy elementales, casi todas de las que sirven de texto en la enseñanza, y de algunas otras de carácter pedagógico para uso de los maestros.

»Los libros para estas bibliotecas provienen de los que poseyere la escuela para la enseñanza, de los remitidos por el Ministerio de Instrucción pública, de los que adquieran los prefectos con créditos concedidos por los consejos generales, de los regalos de particulares y de los que se compren con

los recursos propios de la biblioteca, que consisten: en los fondos votados por los municipios, en las sumas que produzcan los libros prestados á los niños pobres, en el producto de las suscriciones ó legados, en las indemnizaciones por las pérdidas ó deterioro de obras prestadas y en una imposición voluntaria de las familias de los alumnos de pago en la escuela pública.

»Por lo demás, este decreto, inspirado en los principios de centralización, establece ciertas reglas severas para la adquisición de libros, y lleva la minuciosidad y la fiscalización del Estado hasta determinar la forma y tamaño que han de tener los armarios.

»Bajo el imperio de estas disposiciones se han creado 11.000 bibliotecas, con un total de 1.200.000 volúmenes; habiendo tenido que vencer todo género de dificultades, y entre ellas graves cuestiones de moralidad relativas á la compra de libros, y la oposición de muchos Municipios que llegaron á protestar y á suscribir acuerdos unánimes, buscando pretexto para no tener bibliotecas.

»Las disposiciones del Ministro de Instrucción pública no pudieron satisfacer ni la opinión general, ni las necesidades del progreso; y para llenar este vacío, el Ministro del Interior autorizó en setiembre de 1862 la creación de la Sociedad Franklin, cuyo objeto era estimular y auxiliar con sus consejos y con la remisión de dinero y libros, la fundación de bibliotecas municipales, glorificando el nombre del primero que instituyó una biblioteca popular. Esta asociación utilísima ha tenido que luchar también con algunas dificultades; pero en el año trascurrido, desde el 31 de marzo de 1865 al mismo día de 1866, fundó 124 bibliotecas con 14.548 volúmenes, dando por término medio unos 117 volúmenes por cada una...»

Bastaron estos datos para seducir en pro de las bibliotecas populares de España, al más dudoso por la suerte de las mismas; así fué que en pocos meses se fundaron multitud de ellas en casi todas las provincias, dotadas cada biblioteca de un número de obras como base para su aclimatación. Veamos qué volúmenes, y la índole de éstos, se dieron para

las primeras bibliotecas, citando para el caso cinco solamente, escogidas al acaso de entre las 746 que cuenta España, comenzando por la primera creada, que es la de la Escuela de Artesanos de Valencia, señalada con el número 1.° Hé aquí los volúmenes que se le dieron:

De lectura y recreo	46
Escritura	4
Gramática	6
Lenguas	26
Literatura y Filosofía	9
Matemáticas	11
Dibujo	4
Geografía é Historia	17
Ciencias físico-químicas y naturales	9
Agricultura, Industria y Comercio	15
Medicina	5
Música	3
Ciencias morales y políticas	9
TOTAL	164

La biblioteca núm. 15, correspondiente á una Escuela pública de Benavente (*Z*amora), recibió los siguientes volúmenes:

De lectura y recreo	37
Escritura	3
Gramática	11
Lenguas	14
Literatura y Filosofía	8
Matemáticas	23
Dibujo	4
Geografía é Historia	24
Ciencias físico-químicas y naturales	7
Agricultura, Industria y Comercio	24
Medicina	7
Ciencias morales y políticas	5
TOTAL	167

La señalada con el núm. 16, para la villa de Montblanch, se formó con los siguientes volúmenes:

De lectura	49
Escritura	3
Gramática	15
Lenguas	15
Literatura y Filosofía	9
Matemáticas	22
Dibujo	1
Geografía é Historia	31
Ciencias físico-químicas y naturales	8
Agricultura, Industria y Comercio	15
Medicina	8
Ciencias morales y políticas	7
TOTAL	183

La dada á la escuela de Berja (Almería), señalada con el núm. 18, la forman los siguientes volúmenes:

De lectura y recreo	48
Escritura	3
Gramática	17
Lenguas	12
Literatura y Filosofía	9
Matemáticas	27
Dibujo	2
Geografía é Historia	33
Ciencias físico-químicas y naturales	7
Agricultura, Industria y Comercio	25
Medicina	6
Música	1
Ciencias morales y políticas	9
TOTAL	199

La concedida á la villa de Pastrana (Guadalajara), señalada con el núm. 23, la componían los siguientes volúmenes:

De lectura y recreo	51
Gramática	17
Lenguas	8
Literatura y Filosofía	8
Matemáticas	31
Geografía é Historia	25
Ciencias físico-químicas y naturales	1
Agricultura, Industria y Comercio	18
Medicina	1
Música	2
Ciencias morales y políticas	11
TOTAL	173

No hemos de decir que estas bibliotecas fueron de las primeras en 1869, y por consiguiente, recibieron menos número de volúmenes que las creadas desde 1880, muchas de éstas dotadas de 200, algunas con 250 y no pocas con 300 volúmenes.

V.

Pero las actuales bibliotecas populares ¿se aclimatarán? ¿Llegarán pronto al estado próspero en que están ya en otros países, como los Estados Unidos ó Bélgica? Hoy por hoy, no puede aspirarse en España á esta perfección; y como el Gobierno no puede hacer más y el espíritu de asociación y la iniciativa particular está muerta, no soñaremos con una sociedad como la de Mulhouse, que al lado de una biblioteca industrial de 3.000 obras (biblioteca que ha dado á leer en el último año 8.309 volúmenes á mil ochocientas personas) ha creado un Museo industrial, otro de Historia natural, una

Escuela gratuita de dibujo de máquinas y una Academia de pintura.

Aquí todo se espera del Estado. Esta cuestión de la iniciativa del Gobierno en ciertos ramos de instrucción pública se ha discutido recientemente en casi toda Europa; en unas naciones, por que se ha querido resolver de pronto todos los problemas de instrucción pública que ha traído al debate el conocimiento del estado de Alemania; y en otras, porque despertando de un largo sueño y saliendo á una nueva vida, como sucede en Italia, se buscan los medios de remediar los males que dejó como triste legado el absolutismo. En tan importante cuestión y entre la multitud de opiniones que brotan en toda discusión libre, han sobresalido dos escuelas: una que sostiene que al Gobierno corresponde el auxilio material, y otra que sólo le deja el auxilio intelectual ó facultativo, que no rechazan ni aun los que limitan las atribuciones del Gobierno á defender las propiedades y las personas con el cumplimiento de las leyes.

No es del caso seguir esta discusión, pero sí explicar que en España poco se debe á la iniciativa particular en lo referente á bibliotecas populares, y que contra los que esperaban muchos entusiastas de éstas, Municipio hay que después de reclamar con insistencia una biblioteca, la ha recibido, y pasados seis años de tenerla en su poder, ni siquiera se ha tomado el trabajo de mandar abrir los cajones de libros; otros, así que han recibido los libros, los han repartido entre caciques y paniaguados concejiles; no pocos ni aun siquiera se han tomado el trabajo de pedir cuentas á los secretarios ó maestros de escuelas de los volúmenes que recibieron para sus respectivas bibliotecas, y en la mayoría de los pueblos ni existe local para lectura, ni encargado que sirva los libros, ni otro catálogo que el que recibieran del Ministerio de Fomento, al hacerse cargo de la biblioteca.

Contra esta indolencia ¿qué puede hacerse? No alcanzamos otro medio que la instrucción del país. Aquí nadie quiere saber leer, ni escribir, y basta para saber que esto es verdad, pasar la vista por estos datos:

De los 16 millones y pico que se cuentan en España:

Saben leer	578.978
Saben leer y escribir	4.071.832
No saben leer	11.978.168
No constan	5.379

Estas cifras hablan más alto que cuanto pudiéramos nosotros decir, y justifica, hasta cierto punto, el abandono de nuestras bibliotecas populares.

Y cuando el individualismo está muerto en un pueblo, al Estado toca obrar. Háganse escuelas nuevas; dótese á España de 60.000 que debe tener atendiendo á su población, cada una de éstas con una biblioteca popular, y al poco tiempo, á los cuatro años, la juventud habrá recibido su fruto; contaremos con 60.000 bibliotecas populares y 60.000 escuelas que regeneren al pueblo español. Para dotar á estas 60.000 bibliotecas, aunque con el número mínimo de 229,33 volúmenes, bastan 13.759.800 volúmenes repartidos en toda España. Ya sabemos que esto costará mucho, pero al pueblo que gasta 2.130.000 duros anualmente en sostener las corridas de toros, bien se le puede imponer el sacrificio de que cada año funde 5.325 escuelas de primera enseñanza, con bibliotecas, dedicando á este fin y para cada una de estas escuelas 8.000 reales. El sacrificio no es ni mucho, ni de esos que imponen vergonzosa humillación al que tiene que hacerlos. ¿Que se cerrarían al año todos los circos taurinos? nos replicarán los amantes del toreo. Pues precisamente á esto aspiramos: á que se cierren los circos taurinos para que á la vuelta de doce años cuente España 60.000 escuelas con bibliotecas, y entonces el pueblo español olvide, en la escuela y la biblioteca, lo que ha aprendido en el circo taurino.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

(*Se continuará.*)

«EL SOLITARIO» Y SU TIEMPO

L Sr. Cánovas del Castillo es uno de los pocos hombres de Estado que se dedican con singular afición al cultivo de las letras. Su inteligencia privilegiada, tan pronto se remonta á las grandes alturas donde á manera de tempestades se forman los aterradores problemas de la política, como desciende al firme pero espinoso terreno de la investigación histórica y de la controversia literaria. Su talento, al tropezar con los escollos que sin interrupción se suceden en los mares de la política, salta irritado como éstos formando olas gigantes, verdaderos montes de espuma que fascinan los ojos y conmueven el corazón: en tanto que al esplayarse por inmensa llanura, por campos que como los de la literatura y los de la historia ofrecen un punto de reposo á su espíritu, recobra éste toda su calma serena y majestuosa, se dilata y se extiende por todos lados; y de este continuo contraste, de esta lucha eterna entre la tempestad y la calma, entre lo útil y lo agradable, entre la apacible existencia del sabio y la gloria turbulenta del político, entre Cánovas erudito, literato y académico y Cánovas jefe de partido, hombre de Parlamento, altivo, batallador, incansable, nace ese espíritu superior, ese talento privilegiado que nos seduce y nos domina á un tiempo mismo, ora por las leyes inflexibles de la razón, ora por la fuerza propia de

las circunstancias que imponen á los hombres comunes la necesidad de dejarse regir por los que ostentan mayores y más señalados méritos.

No era, por otra parte, el libro de que se trata para el señor Cánovas del Castillo un nuevo estudio literario. Era además un grato deber de gratitud á la memoria de su pariente el ilustre D. Serafín Estébanez Calderón. Al recorrer las páginas del libro, se advierte fácilmente que, sin que pierda por ello su imparcialidad de crítico, otro sentimiento más dulce que el de la simple estimación literaria mueve al autor á emprender la obra que se propuso llevar á cabo, y buena prueba de lo que decimos son las siguientes frases con que el Sr. Cánovas da comienzo á su trabajo:

«La tarea que emprendo ahora, lejos de enojosa, es para mí agradable por todo extremo. Ninguna otra podría abrir tan ancho campo á mis recuerdos, ni despertar emociones tales en mi corazón. No es en verdad esta la primera vez que trato yo del autor de las *Escenas andaluzas* y tantas otras obras eruditas é ingeniosísimas; antes bien he aprovechado toda ocasión para poner de relieve su mérito, patentizando así la gratitud que, más que la sangre, me ligó con él en vida. Mas esto ha sido con brevedad hasta aquí y sin formal propósito de dar á conocer su persona ó examinar sus trabajos, porque nunca me hallé, sino es ahora, con espacio ni tiempo para ello. Soy, en el entretanto, quien más de cerca le ha conocido, con mayor intimidad y por más largo número de años, de cuantos pudieran tomar este encargo sobre sí; y por eso mismo, á no dudar, quiso que lo desempeñara yo el ilustrado editor de la nueva *Colección de escritores castellanos.* Fácilmente se entenderá, por lo expuesto, que prestándome al suyo satisfago á la par un deseo propio.»

Empieza el Sr. Cánovas por describirnos al héroe de su historia desde los primeros años de su vida, haciendo constar que nació en Málaga á 27 de diciembre de 1799 y fué bautizado en la iglesia parroquial de San Juan, de aquella ciudad, siendo sus padres D. Francisco Estébanez y D.ª María Calderón.

Era, según el relato del Sr. Cánovas, la de Estébanez fami-

lia que se preciaba de linajuda aunque de muy escasa hacienda, y gracias al apoyo de unos parientes acomodados, recibió el citado D. Serafín la instrucción primaria en compañía de don Andrés Borrego, é hizo sus estudios de humanidades y filosofía, y por último, la carrera de abogado que tuvo luego ocasión de utilizar en todo el trascurso de su vida.

Fué Estébanez Calderón poeta desde sus primeros años, dándose á conocer con el seudónimo de *Sifinio* «cuando no había dejado de volear guijarros con la honda todavía.»

Estando en Málaga de vacaciones y con motivo de la revolución de 1820, dió á luz el romance titulado *El listón verde,* composición patriótica en la que aparece más exaltado liberal que en ninguna otra ocasión de su vida, pues fué siempre *El Solitario* hombre de ideas templadas y muy poco dado á exageraciones en cuanto á sus ideas como hombre de partido.

«La pasión política—dice el Sr. Cánovas—no le dominó nunca en realidad: primero porque tenía un género de afición á las letras que relegaba á lugar subalterno cualquiera otra preocupación de su espíritu; y segundo, por la moderación de su juicio, que en medio de la viveza del carácter, no le consentía ir jamás á ideas ni á resoluciones extremas. Que si alguna vez halagó la ambición del poder su fantasía, cosa poco menos que inevitable donde tantos sentían sus ardientes estímulos que era preciso estimarse en poco para dejar de todo punto de sentirlos, sin duda pasaron por él tales propósitos cual nubes veraniegas, porque nunca tuvo la perseverancia ni el ciego y exclusivo afán con que únicamente cabe obtener, más temprano ó más tarde, las tristes satisfacciones de la ambición política.»

Ansioso de hacer fortuna ó estimulado por el deseo de conocer de cerca cuanto la capital de España encerraba de notable por aquella época, es lo cierto que Estébanez Calderón se estableció en Madrid en 1830, y en abril del año siguiente publicó el primero y único tomo de sus poesías, dándose á conocer desde entonces con el seudónimo de *El Solitario.* No contaba todavía por aquel tiempo treinta y dos años de edad y poseía una erudición muy vasta, en literatura castellana principalmente.

«De figura, por otra parte, agradable y en extremo simpática; chistosísimo en la conversación, bien que pronunciando algo difícilmente, cosa que contrastaba de un modo singular con la extraordinaria viveza de su imaginación; de naturaleza robusta y buen humor casi constante; ducho en todas las cosas de la vida, y ejercitadísimo en los donaires, bizarrías, bailes, cantos y chanzas de su tierra, no hay que decir sino que Estébanez contaba con sobrados medios para que la sociedad madrileña le abriera las puertas de par en par. Fué, pues, desde el principio uno de los escasos eruditos ú hombres de ingenio que hayan frecuentado entre nosotros el trato de los salones, al propio tiempo que el de los libros y las imprentas.»

En la época en que el romanticismo imperaba entre nosotros dedícase *El Solitario* á la prosa é introduce en España los artículos de costumbres; y en la revista titulada *Cartas españolas* publicó trabajos de todo género, dando pruebas de una desusada actividad. Novelas cortas, en especial orientales, críticas de teatros y libros nuevos, trabajos de administración, de geografía antigua, de botánica y hasta de minería, de todo escribió por aquella época; pero como las circunstancias pueden muchas veces más que las aptitudes de los hombres, otro género de ocupaciones muy distinto iba á preocupar en breve la imaginación de *El Solitario.*

Muerto el Rey D. Fernando VII, á 27 de setiembre de 1833, se confirmó lo que todo el mundo presentía antes de que vacase el trono, y era, á saber, que la guerra civil era inevitable. El General Zarco del Valle, Ministro de la Guerra, por real decreto de 26 de enero de 1834 nombró auditor general del ejército de operaciones del Norte de España á D. Serafín Estébanez Calderón; y he aquí cómo el antiguo poeta, el distinguido literato, que hasta entonces había consagrado todo su ingenio al cultivo de las letras, iba á tender ahora sus ojos por horizontes muy diferentes, y á embargar su espíritu con impresiones poco ó nada conformes con su educación y sus costumbres.

Aquí se inicia otra de las fases más importantes de la vida de Estébanez, pues si merecen citarse y analizarse sus tra-

bajos como erudito y como literato, no menos atención merecen ciertamente algunos de los episodios de su vida militar.

Las interesantes *Memorias* del ya difunto D. Fernando Fernández de Córdova, dicen, hablando del ilustre General D. Luis, del mismo apellido: «Gustábale sorprender la tertulia de sus ayudantes, en la que tomaba parte nuestro querido y alegre amigo D. Serafín Estébanez Calderón, auditor del ejército y hombre de entendimiento tan claro como de agudo ingenio y chispeante gracia, á quien Generales y ayudantes contábamos siempre entre los muertos, porque en las batallas comunicaba órdenes y participaba del peligro como el más intrépido de todos.»

Mucha y muy grande fué siempre la estimación que Estébanez sintiera por D. Luis Fernández de Córdova, y en verdad que aun prescindiendo de los vínculos de amistad y simpatía que á ambos les uniesen, era éste por todos conceptos digno de llamar la atención de sus contemporáneos.

Apenas encargado del mando supremo del ejército, dió repetidas pruebas de su habilidad y pericia. Al llegar á Bilbao cambió la posición del ejército, que estaba en lo hondo de Vizcaya, donde le habían encerrado las tropas carlistas. Por el camino de Orduña emprendió resueltamente la marcha, y en tres días llegó á Vitoria, arrollando seis batallones carlistas que le esperaban en ventajosas condiciones á una legua de Bilbao. Noticioso de que las fuerzas enemigas, al mando del jefe Moreno, se habían presentado delante de Puente la Reina, salió al punto de Vitoria, y por Peñacerrada y Logroño llegó á Lárraga, mientras que las tropas de Moreno tomaban posiciones en las alturas que dominan á Mendigorría. El jefe carlista tenía la seguridad del triunfo, y sin duda contaba con algunos elementos para conseguirlo; pero la suerte le fué contraria, y desde luego no supo apreciar los peligros de su posición. Empeñada la acción el 16 de julio, Espartero consigue apoderarse del cerro de la Corona; Gurrea deshace el ala izquierda, y el centro, mandado por Córdova, consigue también la victoria, aunque venciendo grandes dificultades. Mendigorría es, pues, ocupada por las fuerzas de la Reina, y el enemigo pierde todas sus posiciones.

Pero nos es de todo punto imposible seguir paso á paso los triunfos militares de D. Luis Fernández de Córdova, pues ni tiempo ni espacio contamos para ello. Lo que sí haremos antes de entrar en otro género de consideraciones, será reproducir el juicio que de este ilustre General hace el Sr. Cánovas del Castillo:

«Lo más digno de nota que se halla en estas cartas políticas de nuestro héroe (Estébanez Calderón), es el alto juicio que encierran tocante á D. Luis Fernández de Córdova, y las esperanzas que descubren de que fuera éste el hombre destinado á librar la Patria de guerra civil y de anarquía en aquella crisis espantable. Habíale debido tratar en Madrid durante los meses que aquí pasó de regreso de su misión á Lisboa, donde prestó servicios insignes á la causa de la Reina; mas no creo que tuviese parte en su nombramiento de auditor, porque tampoco pienso que á la sazón gozase de gran influjo. Desde entonces al menos, y oíselo decir muchas veces, opinó Estébanez que Córdova era el primer hombre de salón de su tiempo, no habiendo quien le igualase en la brillantez y elocuencia de su conversación.

Más tarde habló varias veces, y con discreción y tino, en las Cortes, por más que allí no alcanzara igual éxito. La *Memoria justificativa* lo acredita, por otra parte, de militar y de escritor. Y otros hechos y documentos conocidos confirman que aquel General era, no tan sólo el mejor hombre de guerra, sino la persona más al corriente de los grandes negocios europeos que tuviese á la sazón España, la más digna de gobernarla en circunstancias normales y más en disposición de ello por su talento innegable, su experiencia, su cultura y la flexibilidad y amplitud de miras que debía á sus largas relaciones con políticos de primera talla en el extranjero. Tal es el juicio sincero que, de acuerdo con el de Estébanez, ha formado de D. Luis de Córdova, después de examinar con detenimiento muchos datos de distinta naturaleza. Como militar podía comparársele á los mayores Generales españoles del siglo pasado: es, á saber, Montemar, la Mina y Ricardos; y no sé yo si fuera justo igualar con él á ninguno del siglo presente.»

Las circunstancias políticas por un lado y las especiales de la guerra por otro iban dando giros diferentes á los acontecimientos. D. Serafín Estébanez Calderón dejó de ser auditor y tornó á la corte, donde tuvo ocasión de reanudar sus tareas literarias. El estudio de la lengua arábiga continuó siendo una de sus mayores aficiones, y el examen de los códices arabes del Escorial fué por aquel tiempo constante preocupación de su espíritu.

Otro de sus mayores empeños en 1837 consistió en llevar á cabo sus proyectos de *romancero*. La idea de formar una gran colección de romances fué para él propósito que no pudo abandonar en una gran parte de su vida, pero que al fin no logró ver realizado.

Por este mismo tiempo explicaba Estébanez lecciones de árabe en el Ateneo de Madrid y asistía con frecuencia al *Liceo*, colaborando en el *Observatorio pintoresco* de D. Basilio Sebastián Castellanos.

El *Solitario*, que ya había dado á conocer sus dotes de novelista en algunos ensayos que publicara anteriormente, de vuelta á Madrid y en compañía de D. Luis Usoz y Río, formó el proyecto de una *Colección de novelas originales españolas*, de cuyo primer tomo decidió encargarse él mismo; y á esta circunstancia se debe la preciosa novela *Cristianos y moriscos*, la primera y la última de la colección, pero digna, bajo todos conceptos, de su autor por lo exacto y pintoresco de las descripciones, lo castizo del lenguaje y la inimitable gracia del estilo.

Es, sin duda, una gran verdad que las circunstancias pueden más, en muchas ocasiones, que la propia voluntad de los hombres, y esta fué la causa de que poco después de haberse publicado la novela *Cristianos y moriscos* cesara de nuevo *El Solitario* en sus tareas literarias, á fin de dedicar su actividad á negocios de muy distinta índole. En 9 de noviembre de 1837 fué nombrado jefe político, con destino á Cádiz, y el 12 de diciembre del mismo año se le trasladó á Sevilla con igual cargo.

Diez meses estuvo al frente de esta provincia, dando continuas pruebas de actividad y celo en el ejercicio de sus fun-

ciones. Creó el Museo de pintura y escultura, donde encontraron seguro albergue gran número de los cuadros de los conventos suprimidos, de mayor ó de menor mérito, y que ha acabado por ser uno de los mejores, por los maravillosos lienzos de Murillo que en él se guardan; de los mismos monasterios ó conventos logró recoger millares de volúmenes, con los cuales formó una magnífica biblioteca. Gracias á su iniciativa, se estableció el Liceo Bético, á imitación del de la corte, á fin de que ciertas especialidades pudieran ser cultivadas, principalmente el talento poético. Dicho se está que la excelente reputación literaria de que gozaba D. Serafín Estébanez Calderón le favoreció mucho para llevar á feliz término estas empresas, tanto ó más ciertamente que el cargo político que desempeñaba en Sevilla. Cierto género de aficiones, una vez arraigadas, tarde ó nunca desaparecen, y así se explica perfectamente que el entonces jefe político, dejando á un lado su autoridad, contribuyese más que otro alguno á dar importancia y brillantez á las sesiones del Liceo, de donde salió una publicación de bellas letras, en la cual figuraron los nombres insignes ya de *El Solitario* y el Duque de Rivas, al lado de los de otros que entonces empezaban su carrera literaria y que fueron bien conocidos después, como D. Gabriel García Tassara, D. Salvador Bermúdez de Castro, D. José Lorenzo Figueroa, D. Fernando de la Vera y D. Lorenzo Nicolás Quintana.

Menos que en Madrid se ocupó por aquel tiempo Estébanez en sus estudios árabes; pero en cambio perseveró con ánimo esforzado en su propósito de buscar romances para su proyectada colección. En este período, su entusiasmo por hacer continuas adquisiciones de libros había llegado á aquel punto extremo que ya no le abandonó en todo el trascurso de su vida.

Su correspondencia con el General Córdova continuó siendo desde Sevilla tan íntima y constante como desde Logroño, pero con la circunstancia especial de que en esta época revistieron estas cartas carácter político.

No podemos, pues la falta material de espacio nos lo impide, examinar á *El Solitario* bajo este punto de vista, limi-

tándonos á estudiar solamente su personalidad literaria.

Los acontecimientos políticos que se sucedían con vertiginosa rapidez por aquel tiempo, hicieron abandonar á Estébanez el importante cargo que desempeñaba en Sevilla. Su matrimonio con D.ª Matilde Livermoore y Salas, modelo de virtudes, que con elocuencia y sinceridad incomparables describe en su prólogo D. Antonio Cánovas del Castillo, el árabe, los romanceros, cancioneros y libros de caballería ocupan, juntamente con los cuidados propios de la familia, toda la actividad de *El Solitario* en este período. Escribió asimismo algunos artículos políticos en *El Correo Nacional*, de Borrego, y en *El Corresponsal*, de D. Luis María Pastor, pero sin entusiasmo ni constancia, prefiriendo ser en ambos periódicos redactor literario y revistero de toros, á los cuales profesaba grandísima afición, por lo cual sin duda, y conocidas sus especialísimas condiciones de escritor, no puede extrañarnos que los aficionados á la tauromaquia citen estos trabajos con grandes elogios, pues son sin duda de verdadero mérito en su clase. Durante este tiempo, justo es decir que Estébanez sólo puede ser estudiado en su vida privada.

Es preciso avanzar un poco más en la vida de *El Solitario* para poder consignar: la publicación de su *Manual del oficial en Marruecos*; su viaje á Italia como auditor general, en comisión del cuerpo de tropas enviado allí en 1849, y su proyecto, que llegó á tener muy adelantado, de escribir una historia de la Infantería española.

El primero de estos libros, sin pretender en modo alguno ser completamente original, pone de manifiesto la flexibilidad propia del estilo de su autor, que así se amolda á lo jocoso y humorístico, como á lo más elevado y serio. Por lo mismo dice muy acertadamente el Sr. Cánovas que la prosa no tenía secretos para Estébanez.

Sirvióle esta obra para formar parte de la Real Academia de la Historia, por más que otros trabajos y otros antecedentes de su vida literaria justificasen de cualquier modo su elección.

Aparte de sus cartas al General Narváez y de algunas bellísimas correspondencias á *El Heraldo* de Madrid, lo único

que escribió *El Solitario* en Italia fué una pintura de la *Gruta azul de Nápoles*, primoroso estudio descriptivo, donde las facultades y talento de su autor son tanto más brillantes cuanto más dentro se encuentran de su verdadero campo de inspiración.

Pero antes de la expedición á Italia ya había emprendido Estébanez la obra de mayor alcance y de utilidad más evidedte que había proyectado en todo el trascurso de su existencia: «La historia de la Infantería española.» Logró que por real orden de 26 de octubre de 1847 se le diese el encargo de escribir dicha obra, y si bien ésta no quedó completa ni terminada porque las circunstancias no lo permitieron en realidad, consiguió acumular tantos materiales y datos, que á decir verdad el trabajo era asombroso, y más tratándose de un hombre como Estébanez, en quien como historiador supera siempre el arte, el estilo, el atractivo de la forma á la minuciosa investigación, al por menor, á las minuciosidades del erudito. Siguiendo su natural inspiración lo que hizo fué escoger cierto número de episodios, los que más herían sin duda su imaginación, para redactarlos inmediatamente, y los que con tal motivo cita el Sr. Cánovas del Castillo son modelos de literatura castellana.

Inútil es decir que cuando todos los españoles estaban fuertemente emocionados con la noticia de la toma de Tetuán, Estébanez, cuyo patriotismo y entusiasmo por las cosas de España no tenían igual, se dejaría arrastrar por la corriente. Este acontecimiento le hizo escribir un largo romance, que está sin limar entre sus papeles; pero no siendo esto sin duda bastante para él y acordándose del Cardenal Cisneros y su conquista de Orán, escribió el soneto que sigue:

«*Sal del hondo sepulcro*, gran Prelado,
héroe de Orán, terror del agareno,
para ver tu pendón de gloria lleno
en Tetuán *por siempre* enarbolado.

Tu hispano pensamiento abandonado
lo encontró otra Isabel de altivo seno

que, dando sucesor á Alfonso onceno,
más jornadas prepara del *Salado*.

Mas antes de cobrar la tumba yerta,
bendice al capitán y las legiones
que logran florecer laureles secos;

duerme y solo de nuevo te despierta
para ver los castillos y leones
en Fez, en Tarundante y en Marruecos.»

Al regresar Estébanez de Italia, sólo contaba cincuenta años y, sin embargo, es muy poco lo que ya se puede escribir de su biografía, por más que aún viviese diez y siete.

Por lo que respecta á su carrera, hay que decir que el 14 de junio de 1647 se le nombró ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, y más tarde, al entrar nuevamante en el poder el partido moderado, fué consejero de Estado.

Fué diputado en 1838, en la segunda legislatura de 1843, desde 1844 á 1845, desde 1845 á 1846, desde 1846 á 1847 y desde 1847 á 1848, figurando siempre entre los moderados. No trató nunca de ser hombre de Parlamento. Donde únicamente habló sobre materia de gran importancia, fué en el Senado, pues fué nombrado senador vitalicio en 1853.

En el último período de su vida hizo varios viajes á Málaga y uno á París, donde residió algún tiempo á causa del cólera de 1855 y 1856.

En estos últimos años ya hemos dicho que escribió poco. Desde 1841 había publicado trabajos en verso y prosa en el *Semanario Pintoresco Español*, y desde 1851 en la *Ilustración Universal*.

Uno de los mejores trabajos, de cortas dimensiones, que hizo en este período, es sin duda el discurso que leyó en el Ateneo de Madrid al inaugurar su cátedra de árabe en 1848.

El ilustre orador D. Antonio Cánovas habla además de una porción de escritos notables que no han visto la luz, algunos de los cuales tampoco están terminados. Entre los artículos políticos, cita uno en que Estébanez describe cierta

sesión del Congreso con este epígrafe: *Corrida de toros en el Salón de Oriente,* modelo de ingenio y de intención.

En los primeros años de *El Solitario,* escribió éste la preciosa composición burlesca que se titula: *Las vacaciones del muchacho.*

La muerte de su adorada esposa precipitó indudablemente la suya. Primero, perdió el humor, el chiste que á cada instante brotaba de sus labios. Aún escribió algunas composiciones poéticas, pero en realidad su espíritu vivía bajo la presión de una angustia que consumía y agotaba por momentos sus fuerzas. El 5 de febrero de 1867 dejó de existir.

Tal es, á grandes rasgos presentado, el estudio biográfico hecho por el primero de nuestros estadistas. Con este modestísimo resumen, tienen idea nuestros lectores del fondo del cuadro. Para conocer el riquísimo marco que lo rodea, el conjunto de preciosísimos detalles que lo enriquecen, es absolutamente indispensable que lean toda la obra. Ninguna como ella pone de manifiesto la individualidad del Sr. Cánovas, la profundidad é índole de sus estudios, el altísimo vuelo de su fantasía, su gran talento, la seguridad y el acierto de sus juicios, y hasta su propio y natural carácter. El largo plazo que la vida del Sr. Estébanez comprende, y la variedad é importancia de los acontecimientos que durante el mismo se suceden, ofrecen ocasión propicia al Sr. Cánovas del Castillo para lucir sus dotes más eminentes. Si en la parte propiamente biográfica de la obra se aprecian el tiempo y acierto empleados en la busca, examen y elección de toda clase de libros y papeles relacionados con dicho objeto, por lo que respecta á la parte crítica, se comprende desde las primeras páginas la admirable facilidad con que ha sido escrita. El señor Cánovas del Castillo, sin el menor esfuerzo y á medida que iba relacionando sucesos, derramaba sobre ellos, con la prodigalidad del que posee inagotable tesoro, cuantos datos, noticias y juicios espontáneamente acudían á su pensamiento.

De esta suerte, para los que tienen la fortuna de tratar al Sr. Cánovas y de oírlo con frecuencia en discurrir su siempre amenísima é instructiva conversación, la obra que examina-

mos es la que mejor le retrata, y por eso también reviste interés tan grande, que una vez empezada á leer, no se deja de la mano hasta terminarla, apesar de las 800 páginas que en su totalidad constituyen los dos tomos de que se compone. Recomendamos, pues, su adquisición, así como la del volumen ya publicado de las obras de «El Solitario» *Escenas andaluzas*, al que habrán de seguir en breve otros, hasta completar la colección de los notables trabajos con que tan ilustre cuanto modesto autor enriqueciera la literatura patria.

H.

APERTURA

DE LA

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA

UÉ distinto aspecto el del espléndido salón en que este año se ha verificado la inauguración solemne del curso académico y el de aquella otra modesta, estrecha, incómoda estancia, vecina del Ateneo, donde por largo espacio ha permanecido instalada la asociación ilustre que fundó Carlos III! La metamorfosis ha sido completa. Los que ingresamos en la Academia aún imberbes, hace ya más de dos lustros, cuando, encendidas las pasiones políticas al calor de sucesos memorables, bajo el ahumado techo del mediocre recinto, apenas concurrido y apenas alumbrado, se discutía lo humano y lo divino, las monarquías y las repúblicas, á Lutero y á Jesucristo, la libertad de barbas y la Milicia Nacional, no podíamos menos de considerarnos trasportados á otras regiones y á otros climas, al dirigir en torno los asombrados ojos, espectadores entusiastas de la suntuosidad del local, pródigamente iluminado por los rayos del gas y las miradas de hermosísimas mujeres, invadido por brillante muchedumbre de jurisconsultos, literatos, militares, atletas del saber, eminencias de la política, celebridades de la banca, títulos del reino, altos

funcionarios del Estado... Y presidiendo aquel conjunto de timbres heredados ó merecimientos propios, aquel variado mosaico de severos fraques, relucientes casacas y majestuosas togas, el jefe supremo de la nación, el Rey, acompañado de su augusta consorte, de su egregia madre, de sus hermanas las Infantas D.ª Isabel y D.ª Eulalia y del ilustre Príncipe Federico Guillermo de Alemania, hoy honroso huésped de la capital de España.

No en vano ha trascurrido el tiempo para la humildísima inquilina del Marqués de Urquijo, hoy ataviada con ricas galas y festejada por opulentos personajes. Y es que no en vano ha recobrado la Patria la estabilidad que perdiera, el orden y la paz que le arrebataran, el bienestar moral y material de que son gallardo testimonio ceremonias como la aludida, en que á las magnificencias del público y del ornato que se exhiben, corresponden en íntimo consorcio la serenidad del lenguaje que se emplea y la profundidad de los conceptos que se emiten.

Al cuarto bajo, ahogado, oscuro, raquítico y mal trazado, de la calle de la Montera, han sucedido amplias salas, extensa biblioteca, confortables estufas, soberbios frescos, luz y ventilación por todas partes; á los exiguos bancos donde nos sentábamos de ordinario dos docenas de estudiantes y á veces menos, holgados escaños de terciopelo rojo, sillerías de raso y brocatel. Anchas tribunas permiten la asistencia á los debates de numeroso concurso de ambos sexos. El derecho abdica de su tradicional exclusivismo masculino (1).

---

(1) El edificio levantado en la calle de Colmenares, núm. 5, ocupa una extensión de 17.850 pies. Consta de planta baja y piso entresuelo. Como construído *ad hoc*, se halla el espacio perfectamente distribuído.

El vestíbulo tiene de extensión 52 metros cuadrados y en sus paredes ostenta lápidas de marmol en que se hallan esculpidos los nombres de los más eminentes jurisconsultos que florecieron en el siglo XIII.

Completa su decoración un cuadro de Giordano.

A uno y otro lado hay dos espaciosos salones que se destinan á escritorio, con luz zenital; uno de ellos contiene dos cuadros, originales, de Tintorero y de Bassano.

El salón de retratos contiene 23 de igual número de presidentes de la docta

Bajo el dosel que ampara el retrato del penúltimo Carlos, sentáronse el Rey, las dos Reinas, el Príncipe Federico y las Infantas. A la derecha del estrado regio, tras de elegante mesa con bujías, el presidente de la corporación D. Francisco Romero Robledo y el secretario general D. Senén Canido.

A éste concedió la palabra S. M. y leyó una Memoria comprensiva de los trabajos de la Academia en el año anterior; pero Memoria llena de interés y colorido, escuchada con verdadero deleite por la singular galanura de su estilo y la

---

corporación. Es muy bella la sala de la Junta de gobierno, cuyo mobiliario es del gusto más exquisito.

Un vasto salón se destina á las secciones. Su decorado es elegante y recuerda el del salón de sesiones públicas del antiguo local.

Donde se revela el mejor gusto es en el salón de sesiones, de 160 metros cuadrados.

Forma el techo una medalla central y dos laterales, representando la primera la Justicia Divina y la humana, persiguiendo el crimen; y la segunda dos genios, sosteniendo una gasa con las inscripciones de *Alterum non loedere*, *Honeste vivere*, *Suum cuique tribuere*.

La escocia forma una banda que rodea el techo; en una cartela se ve el retrato de Alfonso XII, de buen dibujo y notable parecido: en otras 19 cartelas están el escudo de España, el de la Academia, los retratos de Solon, Justiniano, Alfonso X, Benedicto XIV, etc., etc.

En el muro central hay una lápida de mármol con esta inscripción:

«Reinando D. Alfonso XII y siendo presidente de la Academia el doctor D. Francisco Romero Robledo, anno MDCCCLXXXIII.»

Bajo la cornisa hay 26 coronas que ostentan los nombres de los presidentes desde 1836 á la fecha.

El del primero es el del Sr. Monreal, el último el del Sr. Romero Robledo.

En los divanes de caoba y terciopelo hay sitio para 400 académicos.

El dosel para la presidencia ostenta el retrato de Carlos III, de Mengs; la mesa presidencial es de caoba tallada.

El salón tiene cinco tribunas á la altura del piso principal que pueden contener 200 personas.

Los 9.000 volúmenes que constituyen la biblioteca se hallan colocados en tres salones corridos.

El presupuesto de las obras se ha elevado á 75.000 pesetas. Las obras han sido dirigidas por el arquitecto Sr. Torriente, y para llevarlas á feliz término, han tomado parte muy activa dos académicos muy celosos, muy amantes de la corporación y muy inteligentes: D. Benito Rollán y D. Rafael Soriano.

amenidad creciente de su relato, que presenta en artístico relieve el ayer y el hoy de la Matritense de Jurisprudencia, alojada por merced, en tiempos no remotos, ya en la sala de una sacramental, ya en la de un convento, donde el día que moría un padre, por exponerlo de cuerpo presente en aquélla, no podían celebrar sesión los académicos, ya rodando por pisos de alquiler, de algunos de los cuales fué lanzada mediante judicial desahucio... Un aplauso muy ruidoso y muy bien ganado premió el trabajo del Sr. Canido, á quien desde aquí se lo reiteramos, por nuestra parte, con fervorosa sinceridad. No hay asunto pobre, si es rica la paleta y el pincel es hábil.

Y se levantó á dar lectura del discurso inaugural el señor Romero Robledo, cuyos actos son otros tantos triunfos, ya diserte, ya perore, ya aborde empeños políticos, ya dedique su actividad y su talento á empresas literarias ó científicas. Buena prueba es de esto que la fama pública pregona, su magistral estudio de los delitos de la palabra, tema que en su discurso desarrolló lucidamente.

Tema de importancia suma y de oportunidad manifiesta en estos tiempos en que la palabra oral ó la palabra escrita constituye el auxiliar más poderoso de cuantos principios aspiran á ser fundamento de las instituciones religiosas, políticas y sociales de los pueblos.

¡La palabra! ¿Quién no admira su fuerza, cuando brota, espontánea y elocuente, en defensa de la razón, de la justicia, de la ciencia, de la fe, de la libertad, de esas ideas madres que serán siempre atractivo imán de las conciencias y luminoso oriente de los pueblos? ¿Quién no reconoce en ella el don más preciado con que el Creador adornó á su criatura predilecta, como complemento necesario de la facultad de sentir y de pensar que otorgó á su alma? Hablar es vivir por fuera.

¿Se controvierten los grandes intereses de un país; está en problema la inocencia de un hombre; decae el fervor de los creyentes ó es preciso contrarrestar los alardes de los incrédulos; surge un problema científico; se conmemora un hecho glorioso?... Cuando los ojos se empapan de lágrimas ó en los

labios palpita una sonrisa, para alentar entusiasmos, para destruir errores, para vindicar derechos, para cantar victorias ó deplorar desastres, el sentimiento y la inteligencia recurren siempre á la dócil expansión de la palabra, á un tiempo válvula del corazón y púrpura de la idea.

Y ¿cuáles triunfos más lisongeros que los del orador y el escritor, los del misionero que desafía el martirio, sin otro escudo que la persuasión de sus consejos; los del letrado que desde el sitial del foro arrebata una víctima á la calumnia; los del representante de la patria que vuelve por los hollados fueros del país que paga y calla; los del sabio que ensancha desde la cátedra los horizontes del ideal humano; los del publicista ó el poeta que descubren mundos no soñados bajo los nerviosos trazos que en el papel estampan?

Podrá disputar el siglo XIX, peleón y descontentadizo por abolengo, la legitimidad de otros cetros y otras soberanías; la soberanía y el cetro de la palabra cuentan con el asentimiento unánime de los hombres, y hasta de las mujeres, de nuestra época.

Elegantemente lo decía el Sr. Romero Robledo: entre todos los dones con que la naturaleza invistió á la humanidad, el más inestimable es ciertamente el del lenguaje; contemplad sus virtudes y excelencias: ¡parece que se desvanece la interior virtud del pensamiento ante su externa grandeza! De tan nobilísima facultad nos cuesta violencia admitir que nazca sino el bien.

Pero la palabra es un hecho, y todo hecho, al fin y al cabo, puede ser lícito ó ilícito, es decir, bueno ó malo, según la noción que de estas calidades nos da, no siempre con riguroso acierto, la voluntad suprema del poder. Queda, pues, sometido á la acción de éste y se expone á la responsabilidad de las sanciones de la ley. Imposible desconocer en tal concepto que la palabra, hablada ó escrita, constituye de por sí verdadera materia penal. He aquí la tesis del presidente de la Academia de Jurisprudencia. ¿Y cómo negar que su razonamiento es inconcuso y que á la vez lo abonan el derecho, la historia y el común sentir?

La palabra del que seduce, compra ó induce al agente ma-

terial, como la que sirve para atraer á la víctima ó suministrar datos que faciliten la ejecución del hecho, y la del que procura la impunidad extraviando la acción de la justicia con falsas noticias, implica diversas responsabilidades, que colocan á los que se valieron de ellas entre los autores, cómplices ó encubridores del acto criminal. Desde la más grave hasta la más leve responsabilidad en un delito, puede en muchos casos determinarse y exclusivamente consistir en el empleo de la palabra. El Sr. Romero Robledo lo afirma y es verdad. Como auxiliar ó como principal agente, la palabra puede constituir abuso, trasgresión legal, y desde ese momento trae aparejado un castigo por legítima consecuencia inevitable.

La injuria ó la calumnia, la blasfemia, la excitación á la rebelión, todo lo que significa agravio á la personalidad individual, quebrantando el respeto debido á sus intereses morales, ó ataque á la personalidad del Estado, atentando á las instituciones en que descansa su organismo, todo cae bajo las prescripciones de la ley penal, aunque sea mera ofensa de palabra, aunque no hiera desde luego materialmente la propiedad, ni la vida, ni las creencias religiosas, ni la paz pública, ni la independencia nacional.

Como arguye discretamente el autor del discurso que examinamos, el pensamiento expresado por la palabra pierde la inviolabilidad que le amparaba en la conciencia: se materializa en el sonido; marca su huella en la memoria de los demás; ofrece blanco á la contradicción y á la resistencia; es, en suma, un hecho sometido á las leyes de todos los otros hechos. Para esto basta, en efecto, que lesione intereses invisibles é impalpables que se sienten y no se tocan, que alimentan al sér inteligente en su razón y en sus sentimientos, que encienden en el seno de las sociedades el amor á la justicia y la fe en el progreso. Intereses que, según el Sr. Romero Robledo, son, después de todo, los que merecen más vigilante y delicada protección, porque así como la palabra injusta y apasionada es el punto inicial de la acción ciega y perturbadora, el eclipse ó el abandono de los intereses morales es seguido, sin solución de continuidad, por el rugido de

la anarquía y por el desplome y ruina de los intereses materiales y de todo el orden social.

Y sin embargo, hay una escuela cuyas doctrinas gozan de gran boga entre sectarios ó incautos, que proclama la libertad absoluta del pensamiento, la impunidad sistemática de la palabra, la más amplia libertad de imprenta.

Sentadas las premisas á que obedece su discurso, al señor Romero Robledo le es sumamente fácil destruir el engañoso artificio de tales predicaciones.

Sea el pensamiento completamente libre, exclama, cuando en brazos de la especulación pide al mundo material y á las leyes físicas la explicación de sus arcanos; cuando demanda al mundo social y á las leyes morales reglas que perfeccionen el organismo de la sociedad ó un poco de luz que ilumine las dudas de la conciencia. Dejad libre al pensamiento en el libro, en la Academia, en la revista científica y en el periódico no político; en todas aquellas formas y por todos aquellos medios que tiendan á perpetuarlo y difundirlo; á facilitar la lucha de la inteligencia para penetrar, replegándose sobre sí misma, en sus propios orígenes, ó para indagar las causas de los fenómenos sensibles, y de allí alzarse á la contemplación de sus altos y misteriosos destinos.

Pero distíngase bien el oro del oropel. Cuando abatiendo su vuelo la palabra toca al mundo de las realidades, y en aquella forma divina, en vez del pensamiento puro, se encierra el barro de los intereses y de las pasiones, no puede aspirar al respeto y á la inmunidad debida á la idea, y queda sujeta á la pena impuesta en nombre de la justicia y del bien social, siempre que traspase las fronteras de lo lícito.

Esto es lo derecho, y contra esto en vano se aducirán todo género de sutilezas, argucias y metafísicas. La prensa periódica no puede ser absolutamente libre, sino á una condición, que de seguro rechaza, como observaba atinadamente el orador de la Academia: la de vivir deshonrada. Unicamente allí donde el menosprecio á sus manifestaciones fuera tanto que éstas resbalaran en la coraza de la indiferencia publica; allí donde fuera poco menos que oficio vil el del periodista, podría vivir en esa soñada, absoluta y total indepen-

dencia. Pero cuando es la defensora hábil y severa de las necesidades verdaderas y de las aspiraciones legítimas; cuando honradamente abraza la causa de intereses legítimos y de opiniones sinceras; cuando su voz suele llegar al corazón del país y halla eco en sus sentimientos, la prensa libre es la primera y la más interesada enemiga de la prensa licenciosa.

En punto á la pena más proporcionada á los delitos de la prensa, el Sr. Romero Robledo lamenta el ver confundidos en un mismo paraje y medidos por un mismo rasero, ladrones, asesinos y periodistas; pero opina que mientras los delitos se cometan y no haya en la legislación otras que aplicarles, fuerza será que se apliquen severamente las penas personales y hasta que se cumplan.

A nuestro juicio, la cuestión es más obvia de lo que se supone. Son los delitos de imprenta esencialmente políticos; y de aquí, por razón de este carácter que en el juicio público no denigra al que los comete, nace la repugnancia con que se presencia ese contubernio nefando á que se exponen, encerrados en un mismo establecimiento penal, los que esgrimieran la traidora ganzúa ó la alevosa navaja y los que manejaron la inocente pluma. Pero esto dimana de la índole particular de cada uno de tales delitos, unos repulsivos y otros no: ¿son todos delitos por indiscutible consecuencia de su carácter criminal? Pues si lo son, no hay más que averiguar: mientras lo sean, deberá sometérseles á pena. ¿Cómo evitar, por otro lado, que la opinión repita *sotto voce* con el insigne dramaturgo:

«... que en casos tales
los vencidos son traidores,
los vencedores leales?»

De lo que no puede, en rigor, prescindirse es de separar, dentro de la penitenciaría, al que, al perder la libertad, perdió simultáneamente la honra y el derecho á la estimación ajena, del que arrastra un grillete tan solo porque la suerte no tuvo á bien ceñirle el laurel del vencedor.

El discurso del presidente de la Academia, acogido con

interminable salva de aplausos por sus oyentes, tuvo una postdata dirigida á S. M. el Rey.

«Señor—dijo:—Antes de dar por terminada mi tarea, he de cumplir un deber que me impone la representación que ostento en este lugar, representación que es de todos los académicos mis compañeros y amigos.

El hombre, solo ó congregado con otros, lucha en la vida para obtener principalmente la estimación de aquellos que son por el mundo estimados; y la presencia de V. M. en este acto colma nuestras más exlgentes ambiciones y conmueve en nuestras almas fibras más sensibles que las de un pasajero reconocimiento ó un superficial halago; ella es á la vez premio y estímulo para esta corporación que ve concurrir en la institución que V. M. personifica el prestigio de secular tradición, el afecto vivo de la generación que actualmente milita y la esperanza de la que se prepara á sucedernos.

Pedir á V. M. que continúe la protección que en breve tiempo ha trasformado y engrandecido á esta Academia, lo tendría por ocioso y hasta por irreverente; la petición amenguaría el brillo de la espontaneidad del sentimiento con que V. M. ha venido á honrarnos y á presidir esta sesión inaugural acompañado de sus augustas madre y esposa, de SS. AA. las Infantas y del regio huésped que honra con su visita á nuestra Patria.

Sed vos, señor, cerca de Príncipe tan ilustre, poderoso representante del principio monárquico en Europa, intérprete de los sentimientos con que los académicos de la de Jurisprudencia y Legislación le saludan y le agradecen el honor que nos dispensa con su presencia. El afecto que reune en este estrado al Rey de España y al heredero del Imperio de Alemania, es la demostración visible de la cordialidad que debe unir dos pueblos que fundan sus instituciones en un mismo principio; base esencial en el sentir de las mayorías que allí y acá le aclaman y respetan, para la libertad política y la felicidad pública.

Dichosos los pueblos que cuentan entre sus instituciones la institución monárquica representada por Príncipes en quienes la atención que reclaman los arduos negocios del Estado

no apaga la afición á honrar y á proteger á los que se dedican al estudio de la ciencia.»

S. M. el Rey se dignó contestar:

«Señores: Faltaría á un deber de cortesía, si no me apresurara á manifestar mi agradecimiento á esta ilustre corporación, á las personas que la componen, á las que son ya honra de la patria, á las que lo serán mañana, no solamente por las palabras que en nombre de todos me ha dirigido el Sr. Romero Robledo, sino aún más por haberme sido, si cabe, más gratas, las que ha dedicado al ilustre huésped que entre nosotros tenemos.

Nada más difícil para un Soberano, cuya alta representación le obliga á presidir ceremonias solemnes cual la presente, que tomar la palabra ante un público tan inteligente, y, sobre todo, de tanta competencia en los estudios jurídicos propios de esta docta corporación.

No esperéis, pues, de mí, ni un vano alarde de elocuencia, ni mucho menos una disertación que pueda traer alguna luz á vuestras importantes tareas. Por desgracia, las vicisitudes de mi vida no me han permitido, como á otros Príncipes, como á nuestro huésped le fué dado en la Universidad de Worms y como yo hubiera deseado hacerlo, venir á tomar asiento en los bancos de la facultad de Derecho de una Universidad.

Cuando llegaba á la edad en que hubiera podido satisfacer ese deseo, España me llamó y yo vine; pero no para continuar tranquilamente los pacíficos trabajos emprendidos lejos de la Patria, sino para aceptar la dura responsabilidad de devolver la paz y el orden á un país destrozado por la guerra civil y la anarquía.

No extrañéis, por tanto, que al dirigiros hoy la palabra me limite tan sólo á expresar dos afirmaciones sugeridas por el amor á mi Patria y por la idea del cumplimiento de mi deber: la paz interior á costa de tantos sacrificios obtenida, y la administración de justicia, base de toda sociedad civilizada, hallarán en mí siempre su más leal defensor, su más firme apoyo, y si, lo que Dios no quiera, para conservarlas ó restablecerlas fuera preciso algún día apelar á medios ex-

tremos, espero, señores, que ni yo he de dejar de cumplir con mi deber, como quien soy, ni vosotros dejaréis de seguir al que lleva entre sus manos la bandera gloriosa de la España del siglo XIX, donde campean escritos los lemas de paz, justicia, trabajo, orden y libertad.»

Grandes y prolongadas ovaciones saludaron las últimas palabras del Monarca, antes entusiastamente interrumpido por iguales muestras de adhesión en diferentes períodos de su discurso. ¡Felices los Reyes que de tal suerte aciertan á reinar en los corazones de sus súbditos!

El preclaro heredero del trono de Alemania conservará sin duda gratísimo recuerdo de la solemnidad que en la Academia de Jurisprudencia ha presenciado. Esta, por su parte, no olvidará jamás la fecha imperecedera del 25 de noviembre de 1883, en que, trasladada á local ya digno de su representación y su importancia, se ha visto honrada por la visita de la real familia y su esclarecido huésped y festejada por la asistencia á su sesión inaugural de cuanto en Madrid tiene prestigio y reputación en la política, en las armas, en la nobleza, en el foro, en la literatura y en la ciencia.

¿A quién se debe el milagro? El proyecto de mejorar de domicilio era antiguo en la Academia. Desde el siglo pasado existían comisiones con el encargo de buscar medios para realizarlo. El día en que D. Francisco Romero Robledo fué elegido presidente, quedaron vencidas las dificultades y arrollados los obstáculos de cien años. Hace tiempo que el brioso paladín conservador ha debido escribir en su rodela: «Querer es poder.»

Cuando se cuenta con las excelentes aptitudes del estadista insigne, de quien, como del héroe del Romancero, es dado en verdad decir, por honrosa excepción en estos tiempos de escéptica pasividad é indolentes complacencias:

No ganó timbres holgando,
aunque bien holgar pudiera;
ganólos en las batallas
con su lanza y su bandera.

JAVIER UGARTE.

DIMITRI ROUDINE

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1).

OLINZOFF se había incorporado, y apoyándose en el codo miraba á su amigo de un modo extraño, con la vista fija; después se puso á referirle palabra por palabra toda la conversación que había tenido con Roudine. Hasta aquel día nunca había hecho alusión delante de su amigo del sentimiento que le inspiraba Natalia, aunque siempre suponía que éste no lo ignoraba.

—¿Sabes que me admiras?—replicó Lejnieff así que Sergio terminó su relato—yo esperaba cualquier rareza de su parte, pero esta es demasiado fuerte... Por lo demás, le reconozco en eso.

—Este hecho es pura y simplemente una insolencia—repitió Volinzoff, vivamente conmovido.—Poco me ha faltado para arrojarle por la ventana. ¿Quiere alabarse delante de mí ó tiene miedo? Veamos, ¿por qué motivo secreto?... ¡Cómo toma sobre sí el ir á casa de un hombre!...

---

(1) Véase la página 87 de este tomo.

Volinzoff se apretó las sienes con las dos manos y se detuvo.

—Pero amigo mío, estás en un error—respondió tranquilamente Lejnieff;—tú no quieres creerme, y á pesar de eso estoy seguro que ha hecho todo esto con buena intención. Sí, verdaderamente... ¡Todo esto es tan noble, tan leal! Después, ¿cómo había de perder tan buena ocasión de hablar y demostrar su elocuencia? Tiene necesidad de esto; ¿podría él vivir, acaso, sin hacer una comedia? ¡Ay! ¡ay! esa lengua es su enemiga; pero por otro lado le hace gran servicio.

—No puedes figurarte con el aire tan solemne con que entró y se puso á discutir.

—Lo creo todo en él, es solemne; se abrocha la levita como si llenase un deber sagrado; hubiera querido relegarle por unos días en una isla desierta, y ver oculto las pinturas que hacía frente á frente con él mismo. ¡Y se atreve á hablar de sencillez!

—¿Pero dime, por el amor de Dios, qué es lo que significa su conducta? ¿Eso es filosofía.?

—¿Cómo te responderé? La filosofía entra, ciertamente, en algo; pero no es todo, no es preciso achacar todas las tonterías á la filosofía.

Volinzoff le miró de reojo.

—¿Pero mentirá? ¿Qué te parece á tí?

—No, amigo mío, no miente. Pero ya basta de este personaje; ven al jardín á fumar un cigarro y llamaremos á Alejandra para que venga con nosotros; cuando ella está presente es más fácil hablar y más fácil también callarse. Nos dará té.

—Con mucho gusto—respondió Volinzoff—y gritó: Sacha, ven aquí.

Entró Alejandra, que le apretó la mano, y él puso tiernamente en ella sus labios.

Roudine había vuelto á su casa en una disposición de espíritu bastante desagradable. Se dirigía vivos reproches y acusaba amargamente su imperdonable precipitación y su niñería. No se ha dicho sin razón que no hay peso más grande que llevar que el convencimiento de haber hecho

una tontería, y Roudine estaba lleno de remordimientos.

—El diablo me sugirió—murmuraba entre dientes—la idea de ir á casa de ese hombre. ¡Bello pensamiento! Sólo me ha servido para oír insolencias.

Alguna cosa inusitada pasa en casa de Daría. La misma dueña de la casa no se ha dejado ver en toda la mañana y no baja hasta la hora de comer. Pandalewski, que es el único que ha sido admitido en su presencia, asegura que sufre de un violento dolor de cabeza. Roudine apenas había podido ver á Natalia, que estaba en su cuarto con Mme. Bencourt, y al hallarse enfrente de él en la mesa le habia mirado con un aire tan compungido que el corazón de Dimitri se había conmovido. Las facciones de la joven estaban alteradas como si hubiese caído sobre ella desde la víspera alguna gran desgracia.

Una vaga tristeza, como un presentimiento, comenzó á turbar á Roudine.

Para distraerse se había ocupado de Bassistoff, y hablando con él de una manera un poco seguida, halló en su interlocutor un joven vivo é impresionable, con entusiastas esperanzas y de creencias vírgenes aún. Por la noche apareció Daría en el salón; estuvo amable con Roudine, aunque algo reservada. Unas veces sonreía, otras fruncía el ceño y hablaba con voz sorda, lanzando alusiones que le inquietaban... Había reaparecido la mujer de mundo completamente. Hacía algunos días que había manifestado cierta frialdad con Roudine.

—¿Qué enigma será este?—pensó mirando furtivamente la cabeza baja de Daría.

La solución del enigma no se hizo esperar. Atravesando Roudine á eso de las doce un corredor oscuro que conducía á su cuarto, sintió de repente que una persona le ponía en la mano un billete. Miró á su alrededor y vió una muchacha que conoció ser la doncella de Natalia. Entró en su cuarto, despidió al criado, abrió el billete y leyó las líneas siguientes, trazadas por mano de Natalia:

«Mañana, á las siete de la mañana, en el estanque de Avdioukine, detrás del bosque de encinas. Me es imposible fijaros otra hora.

»Esta será nuestra última entrevista, y todo se acabará á menos que... venid. Es preciso tomar una determinación.»

«P. D. Si yo no voy, es que no nos debemos volver á ver jamás, y entonces os lo haré saber.»

Roudine quedó pensativo, dió mil vueltas al billete entre sus dedos, le puso debajo de la almohada y se desnudó, se acostó; pero sin hallar el reposo que buscaba. Durmió con sueño ligero y se despertó antes de las cinco.

X.

Hacía ya mucho tiempo que no quedaban si no débiles muestras del estanque de Avdioukine, al lado del cual Natalia había dado cita á Roudine. La cañería se había roto hacía treinta años, dejando correr las aguas. Aún se veía el fondo llano y liso de aquella esplanada, antes cubierta de cieno, y los restos del paredón, que sólo recordaban la existencia del estanque. Allí se había elevado antiguamente una casa señorial. Del espeso bosquecillo de árboles que rodeaba la antigua propiedad, no se conservaban más que dos pinos enormes, aunque delgados y de lúgubre follaje, que murmuraban eternamente al soplo del viento.

La leyenda popular contaba un crimen espantoso que se había cometido al pie de aquellos mismos pinos; aún se decía que cada árbol al caer debía arrastrar la muerte de un hombre, como había sucedido con otro pino, el tercero, arrancado por la tempestad, que en su caída había aplastado á una niña. Todos los alrededores de aquel estanque pasaban por ser un sitio desierto, árido y sombrío, aun en pleno día, y tomaba un aspecto aún más desolador por la vecindad de un antiguo bosque de encinas secas hacía ya mucho tiempo. Por encima de los matorrales se veían elevarse con raros intervalos inmensos troncos grises que parecían fantasmas, que sólo con mirarlos extremecían, semejantes á siniestros ancianos reunidos en conciliábulos secretos con el fin de ma-

quinar alguna mala acción. Un estrecho y poco frecuentado sendero cruzaba aquella triste ladera. Nadie pasaba por aquel estanque de Avdioukine sin tener una absoluta necesidad; así es que Natalia había escogido con intención aquel sitio solitario, situado á media versta de la casa de su madre.

La mañana estaba oscura: apenas salía el sol cuando Roudine llegó al estanque. Nubes amontonadas de un color blanquecino cubrían el cielo; las empujaba silbando el viento. Roudine iba y venía por el sendero, todo cubierto de espesas matas y ortigas secas. No estaba nada tranquilo. Aquellas citas misteriosas, las sensaciones nuevas que sentía le agitaban violentamente, sobre todo después del billete de la víspera. Comprendía que estaba próximo el desenlace, y una inquietud profunda invadía su alma, aunque nadie lo hubiera creído al verle con los brazos cruzados sobre el pecho, con una resolución reconcentrada, y pasear sus miradas á su alrededor. No carecía de verdad lo que Pigassoff había dicho una vez hablando de él, que recordaba esos muñecos chinos que caen siempre llevados por el peso de la cabeza. Pero cuando gobierna á un hombre sólo la cabeza, se hace muy fácil, por poderoso que sea su talento, analizar ciertos sentimientos y hasta comprender bien claramente lo que pasa en su corazón... Roudine, el hombre de tanto talento y de tanta penetración, no estaba en estado de decir con certeza si amaba á Natalia, si sufría, si debía sufrir separándose de ella. Porque había exaltado la imaginación de aquella joven sin tratar siquiera de hacer el papel de conquistador. Hagámosle esta justicia. ¿Por qué la esperaba con misteriosa emoción? Para esto sólo hay una respuesta; y es, que los que no conocen la pasión verdadera son precisamente los que se dejan arrastrar más fácilmente por sus apariencias. Se paseaba por la ladera mientras que Natalia acudía rápidamente á la cita, andando á través de los campos por la húmeda hierba.

—Señorita, señorita, vais á mojaros los pies—le gritaba su doncella Macha, que apenas podía seguirla.

Natalia no la escuchaba y corría sin mirar atrás.

—Con tal de que no nos hayan visto—repetía la doncella. Ya es bastante extraño que no nos hayan oído cuando sa-

limos de casa. ¡Con tal que no se despierte el aya!... Afortunadamente no es muy lejos. Mirad al señor que espera—añadió al ver de repente la elevada estatura de Roudine que sobresalía.—Hace mal de estar así tan á la vista, mejor sería que hubiese bajado al llano.

Natalia se había detenido.

—Espérame aquí al lado de los pinos, Macha—dijo, dirigiéndose hacia el estanque.

Roudine salió á su encuentro y se detuvo sorprendido; nunca había visto una expresión parecida. Se la habían juntado las cejas, tenía apretados los labios y sus ojos una mirada fija y casi dura.

—Dimitri—comenzó á decir;—no tenemos tiempo que perder, los minutos están contados; mi madre lo sabe todo porque Mr. Pandalewski nos espió el otro día y la ha hablado de nuestra entrevista. Siempre ha sido el espía de mamá. Esta me llamó ayer á su cuarto.

—¡Dios mío!—exclamó Roudine—esto es espantoso. ¿Qué os dijo?

—No se ha enfadado, no me ha reñido, solamente me ha reprochado mi ligereza.

—¿Solamente?

—Sí, pero me ha declarado que querría mejor verme muerta que esposa vuestra.

—¿Ha dicho? ¡Es posible!

—Sí, y ha añadido que vos mismo no deseáis casaros en manera alguna, y que me habéis hecho la corte por no saber qué hacer, y que no podía esperar tal abuso de confianza por parte vuestra; que por lo demás ella tenía también que reprocharse más de una cosa.—«¿Por qué, me dijo luego, te he permitido yo verle tan amenudo?» Y ha añadido que contaba con mi buen juicio, y que mi conducta irreflexiva la había admirado mucho... Ya no recuerdo todo lo que me ha dicho.

Natalia había contado todo esto con una voz igual y casi apagada.

—Y vos, ¿qué habéis contestado?—preguntó Roudine.

—¿Lo que la he respondido?—repitió Natalia—pero antes decidme lo que tenéis intención de hacer.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! esto es cruel, ¡tan pronto!... ¡Qué golpe tan repentino!... ¿Vuestra madre está tan completamente irritada?

—Sí, sí, no quiere oir hablar de vos.

—Esto es horrible, no hay entonces esperanza.

—Ninguna.

—La desgracia parece que nos persigue con un encono inaudito. Ese Pandalewski es un miserable. Me preguntáis lo que tengo intención de hacer. Pierdo la cabeza, Natalia... no puedo combinar nada... sólo puedo deplorar mi suerte maldita... Estoy sorprendido de que vos podáis conservar esa sangre fría...

—Creéis que eso sea para mí muy fácil—respondió la joven.

Roudine se puso á pasear. Natalia no apartaba los ojos de él.

—¿No os ha hecho alguna pregunta vuestra madre?—preguntó al fin.

—Me ha preguntado si os amaba.

—¿Y qué la habéis contestado?

Natalia calló un instante y luego dijo:

—No la he mentido.

—¡Siempre noble y grande! ¡Qué corazón el de esta muchacha, es oro puro! ¿Pero es posible que vuestra madre haya declarado su voluntad tan resueltamente respecto de nuestro matrimonio?

—Esta es la verdad, y ya os he dicho además que ella no cree que tengáis la intención de casaros conmigo.

—Me ha tomado por un trasto, por un seductor. ¿Por qué habré yo merecido tan crueles sospechas?—Roudine ocultó la cabeza entre las manos.

—Dimitri,—dijo Natalia—estamos perdiendo el tiempo inútilmente; acordaos que es la última vez que os veo. No he venido aquí á llorar ni á quejarme, ya lo veis, mis ojos están secos. He venido á pediros un consejo.

—¿Qué consejo puedo yo daros, Natalia?

—¿Qué consejo? Sois un hombre: me he acostumbrado á tener confianza en vos, y conservaré la fe que en vos tengo hasta lo último. Decidme cuáles son vuestras intenciones.

—¡Mis intenciones!... ¡Probablemente vuestra madre me cerrará la puerta!

—Es posible. Ayer me dijo que renunciaría á veros... pero no respondéis á mi pregunta.

—¿A qué pregunta?

—¿Qué creéis que tenemos que hacer ahora?

—¿Qué tenemos que hacer?—repitió Roudine.—Preciso será someternos naturalmente.

—¡Someternos!—repitió lentamente Natalia, mientras sus labios se ponían enteramente blancos.

—Someterse al destino—continuó,—¿qué hemos de hacer? Sé muy bien que será muy amarga esta resignación y que este golpe es muy pesado de soportar; pero, decidid vos, Natalia: yo soy pobre... podría trabajar, eso es cierto; pero aun cuando fuera rico, ¿tendríais valor para aceptar un rompimiento inevitable con vuestra familia y arrostrar la cólera de vuestra madre? No, Natalia, eso no se puede ni aun pensar; es evidente que no estamos destinados á vivir juntos y que esta dicha ideal que yo he soñado no está hecha para un desgraciado como yo.

Natalia se cubrió de repente el rostro con las manos y rompió á sollozar.

Roudine se acercó á ella.

—Natalia, querida Natalia—dijo con fuego,—no lloréis por el amor de Dios. No me destrocéis así el corazón, calmaos.

Natalia levantó la cabeza.

—¡Decís que me calme!—replicó la joven mientras que sus ojos húmedos tenían un brillo extraordinario. Mi llanto no tiene el motivo que suponéis, no; mi sufrimiento tiene otra causa. Haberme equivocado respecto á vos, esto es lo que hace correr mis lágrimas. ¡Cómo! ¡Conque vengo á vuestro lado para buscar un consejo, un apoyo y en qué momento! y vuestras primeras palabras son éstas: «Someteos.» ¿Así es como ponéis en práctica vuestras teorías sobre la libertad y el sacrificio?

Su voz se ahogó.

—Pero Natalia—respondió Roudine muy turbado,—recor-

dad que yo no me separo de mis principios... solamente...

—Me preguntabais antes—interrumpió la joven con nueva fuerza—lo que había respondido á mi madre cuando me ha declarado que consentiría antes en mi muerte que en mi matrimonio con vos. La he respondido que antes quisiera morir que casarme con otro... ¡Y habláis de someterse! Comienzo á creer que tiene razón y que os habéis divertido en hacerme la corte por no tener que hacer, por *matar el tiempo*...

—Os juro, Natalia... os juro—repitió Roudine...—Pero la joven no le escuchaba.

—¿Por qué no me habéis detenido desde el principio?—dijo con energía,—¿y por qué no previsteis estos obstáculos? Estoy avergonzada de hablar así... Pero ahora todo ha acabado.

—Es preciso que os calméis, Natalia, y que busquemos algún medio...

—Muchas veces habéis hablado de sacrificios, de abnegación; pero sabed—interrumpió ella—que si antes me hubieráis dicho: «Te amo, pero no puedo casarme, no respondo del porvenir, dame tu mano y sígueme,» sabed que os hubiera seguido, estaba decidida á todo. Pero es mayor de lo que yo creía la distancia que hay de la palabra á las obras, y ahora tenéis miedo, como lo tuvisteis el otro día durante la comida, de Volinzoff.

Roudine se puso encarnado. La exaltación inesperada de la joven le había chocado, pero sus últimas palabras herían en lo más vivo su amor propio.

—Estáis demasiado agitada para poder comprender hasta qué punto me habéis cruelmente ofendido. Espero que me haréis justicia... algún día; entonces comprenderéis lo que me ha costado el renunciar á una dicha que, según vuestra propia confesión, no me imponía obligación alguna. Vuestra tranquilidad es para mí más preciosa que todo lo del mundo, y sería un miserable si me decidiera á aprovecharme...

—Puede ser, tal vez tengáis razón, no sé ya lo que digo... pero hasta este momento había creído en vos, tenía fe en todas vuestras palabras... De ahora en adelante pesadlas mejor y no las arrojéis así al viento. Cuando os dije que os

amaba, ya sabía á lo que me comprometía esa palabra; estaba dispuesta á todo... Ahora sólo me falta el daros las gracias por la lección que acabo de recibir y deciros adiós.

—Deteneos por piedad, os lo suplico, no he merecido vuestro desprecio, os lo juro. Poneos en mi lugar. Yo respondo por vos y por mí. Si no os amase con un cariño lleno de abnegación, ¿quién me hubiera podido impedir el que os propusiera en seguida que huyeseis conmigo?... Más tarde ó más temprano vuestra madre os hubiese perdonado... y entonces... Pero antes de pensar en mi propia felicidad...

Se calló porque la mirada de Natalia francamente fija en él le turbaba.

—No os esforcéis en probarme que sois un hombre honrado, no lo dudo; creo que no sois capaz de obrar así por cálculo, ¿pero tengo yo necesidad de que me persuadáis de esto? ¿He venido yo aquí á eso?

—No esperaba yo...

—¡Ah! ¡Os vendéis á pesar vuestro! ¡No esperabais mi respuesta! ¡No me conocíais! Pero estad tranquilo: vos no me amáis y yo no me impongo á nadie.

—¡Si os amo!—exclamó Roudine.

Natalia se enderezó:

—¡Sea! ¿Pero cómo me amáis? Yo recuerdo todas vuestras palabras, Dimitri.—¿Os acordáis de haberme dicho un día que no hay amor sin igualdad completa entre los que se aman?... Vos sois demasiado elevado para mí, no somos iguales... Tengo el castigo que merezco. Os esperan ocupaciones más dignas de vuestro genio. Nunca olvidaré este día... Adiós...

—¿Os vais, Natalia? ¿Es posible que nos separemos así? La tendió la mano y ella se detuvo. Parecía que aquella voz suplicante la hacía dudar.

—¡No!—exclamó al fin—siento que algo se ha roto en mí... He venido aquí, os he hablado como una persona que delira; es preciso que entre en posesión de mí misma. Esto no debe ser, vos mismo lo habéis dicho, y esto no será. ¡Ay de mí! En pensamiento había dado mis adioses á mi familia cuando acudí á este sitio. Y á pesar de eso, ¿qué he encon-

trado? Un hombre sin valor... ¿De dónde sabéis que soy yo incapaz de soportar la separación de mi familia? «¡Vuestra madre no consentirá!... ¡Esto es horrible!...» ¡Ved lo único que habéis hallado para responderme! ¡Sois vos Roudine, el mismo Roudine!... ¡No, no! Adiós. ¡Si me amaseis yo lo comprendería ahora... No, no; adiós!...

Se volvió rápidamente y corrió hacia Macha, que estaba desde hacía tiempo ya inquieta llamándola por señas.

—¡Vos sois la que tiene miedo y no yo!—exclamó Roudine al verla partir.

Pero ya no le hacía caso y se apresuraba á volver á su casa atravesando los campos.

Felizmente llegó á su cuarto; pero apenas hubo pasado el umbral de la puerta, la abandonaron las fuerzas y cayó desmayada en los brazos de Macha.

Roudine quedó largo tiempo en el mismo sitio; después, de repente, sacudió su pesadez y tomó á paso lento el sendero que siguiera una hora antes. Estaba muy avergonzado... y pesaroso. «¡Qué muchacha esta... A diez y ocho años!... No, en efecto, yo no la conocía... Es una persona notable. ¡Qué fuerza de voluntad!... Tiene razón, es digna de otro amor distinto del que yo sentía por ella... ¿La he amado alguna vez?—se preguntaba.—¿Es posible que no la ame ya? ¡Ved cómo debía acabar todo esto! ¡Qué nulidad soy en comparación de ella, me doy lástima!»

El ruido de un caballo de carrera obligó á Roudine á levantar la cabeza. Era Lejnieff, que venía del lado opuesto, con su trotador de siempre. Roudine le saludó en silencio; después, como si le viniera una idea repentina, cambió de camino y tomó rápidamente el de la casa de Daría.

Lejnieff le había dejado pasar, siguiéndole con la vista; pero después de un momento de reflexión había vuelto su caballo para ir á casa de Volinzoff.

Halló á su amigo durmiendo, prohibió al criado que le despertara y fué á instalarse en un balcón para fumar allí un cigarro y esperar el almuerzo.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE TEATROS

DIFÍCIL, si no imposible, es llenar un cometido y cumplir una misión, cuando el objeto principal del uno y de la otra faltan, cuando el movimiento teatral no da materia para que la crítica esgrima sus armas, viéndose forzada á permanecer ociosa é inactiva, lo que sorprenderá á cuantos estas líneas leyeren, si han observado ó retenido en su memoria el sinnúmero de comedias—así llamadas,—en un acto, que han visto la luz durante el período de tiempo trascurrido desde el comienzo del mes corriente, y de las que no nos ocupamos en la *Revista* anterior por falta de espacio, y tampoco nos ocuparíamos ahora, al no brindarnos el de que hoy disponemos, á decir algo, ó más bien mucho (aunque no bueno), sobre las indicadas producciones estrenadas en los teatros de segunda fila, que al paso que carecen de importancia, pueden muy bien servir de punto de partida á consideraciones que no estarán demás sobre el prodigioso número y fecundidad de los autores dramáticos contemporáneos con que hoy cuenta la época literario-dramática actual.

Los prosélitos ó secuaces de una idea, sistema ú opinión, fieles mantenedores de la especie que circula á su sabor por el mundo, referente á que las profesiones científicas y literarias son exclusivas y no admiten dentro de sus amurallados

torreones otros seres que los revestidos con las condiciones necesarias para su desempeño, no han parado mientes en la de autor dramático, libre por completo en este país para todo el que apetezca agitarse dentro de esa esfera, sin que nadie, ni el mismo público, único juez árbitro en la materia, se lo vede, sino que, por el contrario, sin exigirle grandes requisitos, le da la patente de autor, aspirante á las primeras de cambio, y decimos aspirante, porque al dictar su inapelable fallo usa de la consabida fórmula de «este chico tiene talento, promete, y en cuanto él domine su inexperiencia, conozca el público, los resostes dramáticos y venza su natural timidez, será uno de nuestros primeros autores;» con esto ya está el neófito instalado dentro del peristilo del arte.

Si cuenta con una regular manera de versificar, cosa que hoy es fácil, por ser más raros los que no hacen buenos versos que los que los escriben malos; si además tiene en su apoyo valiosas influencias, lo que es más que probable, si se considera que la política es el principio y el fin de la carrera literaria; si por ende los amigos del café, de la tertulia, de la sociedad y del círculo, han convenido que es un genio y en letras de molde se lo han echo saber al mundo, ya tiene cuanto necesita para trasladarse desde la portería de las musas al panarinfo, y una vez allí, tomando como patrimonio único las producciones en uno ó dos actos, se lanza á la palestra con más valor que el Cid Suero de Quiñones, Amadís de Gaula, el popular D. Quijote y otros héroes históricos y legendarios, sin acordarse, ni por incidencia, que no por estar reducidas las producciones dramáticas á los límites de un acto ó dos, exigen menos condiciones literarias y menos estudio.

Díganlo si no—que bien pueden decirlo—las que hace años aplaudíamos, comparadas con las que hoy se sirven en el *menú* de los teatros por secciones que nos ocupan; y no es que nosotros ataquemos inconsideradamente este género de espectáculos, nacidos alrededor del mostrador de un café, y no reconozcamos que ellos han facilitado al acceso á los teatros de primer orden á algunos jóvenes, que hoy figuran en primera línea y gozan de justa fama y merecida reputación,

sino que es conveniente deshacer un error vulgar que se patentiza al comparar las comedias en un acto y en dos, estrenadas en épocas no muy remotas, con las que de algunos años á esta parte están vinculadas en los coliseos al pormenor de nuestra referencia.

¿Qué aficionado al teatro no recordará con fruición y, si se quiere, con entusiasmo *El paseo á Bedlam, A la zorra candilazo, Mi secretario y yo, Ella es él, A lo hecho pecho, Partir á tiempo, Los dos doctores, Juan de las viñas, Huyendo del Peregil, Más vale maña que fuerza, El poeta y la beneficiada, El que nace para ochavo, Es una malva, Otra casa con dos puertas* y muchas más que, ya originales ó arregladas á nuestra escena, traen á la memoria días prósperos para el teatro español y nombres ilustres de laureados autores?

Sin olvidar éstas, fijémonos con detención en las recientemente estrenadas en los Teatros de Variedades, Lara, Eslava, Madrid y Martín, que llevan por título: *Tragarse la píldora, El maestro Palomar, Escuela antigua, Ni la paciencia de Job, Los bolsistas, Tiquis Miquis, Dulces amargos, Buenas noches, señores, Gabinetes particulares, Las noches de Madrid, El lápiz mágico,* que ya traducidas, originales al parecer, ó bien refundidas por sus autores, demuestran el decaimiento de la literatura dramática.

Nada dicen, nada enseñan, sin más objeto, como ya hemos refutado hasta la saciedad, que excitar la risa, sin otro fin que el de matar el tiempo—ocupación que, como el hacerle, es peculiar de los españoles,—con la única tendencia de extraviar el gusto y con el firme propósito de convertir á los autores en autómatas de un género dado, oscureciendo su inteligencia y matando sus facultades, nos llevan el arte y el teatro á un incomparable estado de postración.

Pasando de este género de composiciones dramáticas al de sainetes, que también se veneran en los teatros de que nos vamos ocupando, justo es decir que D. Ramón de la Cruz ha tenido mejores discípulos que los dramáticos antes citados. Ricardo Vega, Luceño, Burgos y Utrilla llevan la palma en este género con merecida y general aprobación. Lo sensible es que las empresas de los teatros de primer or-

den, que miran muy de cerca el deplorable estado de la escena española, no estudien el medio más aceptable de conciliar el lucro con el mejoramiento, y haciéndose cargo de que atravesamos por un período, si no igual, semejante al de fines del siglo XVIII y principios del XIX, época memorable, durante la que D. Ramón de la Cruz en Madrid y don Juan Ignacio González del Castillo en Cádiz, procuraron con sus populares é inmortales sainetes encauzar el gusto del público, sistema, como ahora, de la confusión, desaliño y desconcierto que expone Tícknor en su *Historia de la literatura española*, se notaba en las producciones nacionales que enmendaban nuestra escena; no ponen decidido empeño en abrir las puertas á estas obras, las que, interpretadas por los principales actores, cambiarían algo el estragado gusto del público é impedirían la inclusión en este género á esa pléyade de imitadores que, sin condiciones ni predisposición alguna, y yendo sólo en busca de mayores rendimientos, tratan de hacer lo que otros hacen, y siguiendo por ese camino, caeremos otra vez en medio del *Baile de Leganitos* y otras groseras farsas que corrompieron el teatro de pasadas épocas, lo que es preciso evitar, procurando sostenerle, hasta que otro Moratín venga, si ha de venir, y le eleve á la altura de sus mejores tiempos.

***

Deliberadamente hemos aludido á esa pléyade de fieles imitadores de una escuela, marcada tendencia ó modo de hacer de autores eminentes por su nombre y su talento, porque en este sensible vicio vamos á cimentar las breves consideraciones de que va á ser objeto la obra del Sr. Colorado, titulada *De carne y hueso*, estrenada en el Teatro Español, y vamos á ser parcos, porque ni la obra resiste una severa crítica, ni tampoco sería justo ni cortés ensañarnos con una producción que ha desaparecido á los tres días de los carteles, lo que prueba que no fué tan general y unánime la aprobación del público como pareció en la noche de su primera representación.

El drama del Sr. Colorado no es drama, ni siquiera un ensayo; sólo puede considerársele como una leyenda en la que el autor ha hecho gala de su imaginación y de sus dotes de poeta lírico, pero no dramático; si fuéramos á examinar detenidamente la obra, la misma dificultad que esto ofrecería probaría nuestro aserto. Llevado de la tendencia que hoy se observa en la juventud que dedica al teatro el fruto de sus afanes de seguir los pasos de Echegaray, Sellés y Cano, discípulos aventajados de esa escuela que pretendiendo rebatirla se convirtieron en sus más vehementes prosélitos, el señor Colorado ha tomado por base de su argumento el adulterio, tema manoseado en demasía y que no se entraña, ni se entrañará nunca, con nuestras costumbres, las cuales están siempre cubiertas por un velo que las hace parecer lo contrario de lo que son, resultando un contraste visible entre los actos que practicamos en sociedad y en la vida privada, por lo que el público rechaza siempre y con energía la inmoralidad por el dicho tantas veces repetido de *haz lo que te digo, pero no hagas lo que yo hago*, que nos retrata fielmente, naciendo de estas consideraciones el que para seguir ese camino, es necesario un nombre ilustre adquirido en otras esferas, ó un número considerable de adeptos al autor, conocimiento de la escena y del público para hacerle sentir el aguijón de la novedad, siquiera sea por un momento, y á la manera de un vértigo que le confunda.

Nada de esto ha tenido en cuenta el autor de la obra que reseñamos, y olvidando que en el teatro la verdad es relativa y no absoluta, ha conseguido que la versificación fácil, fluida, en general, y algunos sublimes pensamientos y elevadas ideas no encubran lo descarnado de la acción, que ha resultado lánguida, repugnante é incoherente.

Nos parece ocioso entrar en más detalles; basta lo dicho para que el Sr. Colorado, que es un buen poeta lírico, siga con la afición que demuestra estudiando nuestro teatro y nuestra sociedad; como no es un talento vulgar, sino reconocido por todos los amantes de las letras, comprenderá que cambiando de senda y sin fijarse en escuela determinada, trabaje su clara inteligencia y á poca costa creemos que po-

drá presentarse en la escena española á recoger triunfos más legítimos y espontáneos que los que le ha proporcionado su última producción.

De los actores nada decimos; ya los hemos juzgado favorablemente en otras obras, y en ésta sería injusto cuanto en pro ó en contra dijéramos; el hombre no es universal, tiene una esfera propia donde se agita, y no todos los actores pueden adaptarse á todos los géneros de composiciones dramáticas, sin que por esto les escatimemos su reconocido mérito, que han patentizado y hemos aplaudido en el *Novio á pedir de boca*, *Don Francisco de Quevedo*, *Los pobres de Madrid*, *La oración de la tarde* y otras producciones que se han puesto en escena en el favorecido coliseo de la plaza de Santa Ana.

*
* *

El *Mefistófeles*, admirablemente cantado por los señores Tehodorini, Borhgi, Massini, Batessini, y Nannety, fué un justo desagravio de la empresa al público, que, como vulgarmente se dice, se descompuso en la última representación en proyecto, porque no llegó á realizarse, de la ópera *Dinorah*.

Verdaderamente, en ciertas ocasiones no tiene disculpa el Sr. Rovira, que si bien tiene que vencer grandes dificultades para presentar artistas dignos del regio coliseo, cuenta con un numeroso abono, y á más de ser el centro de la *cremme* de la aristocracia y de los *pschut* de la sociedad madrileña, es el elemento necesario é indiscutible de toda solemnidad y acontecimiento notable, y no está lejos la prueba de esta verdad; es el deslumbrador é indescriptible aspecto que presentaba la sala en la noche que asistió la real familia acompañando al heredero del trono de Alemania.

Cada nota que se desprendía de los inspirados labios de los artistas, iba á perderse en un Olimpo de diosas de la belleza, que envuelta en una bruma de riqueza, caminaba sobre ríos de luz que arrojaban de sus hermosos ojos.

Estas fiestas compensan al Sr. Rovira de las muchas contrariedades que puede proporcionarle su empresa; pero no le

relevan de cumplir los compromisos contraídos con el público y sus constantes abonados.

Otra función extraordinaria se prepara en obsequio de S. A. el Príncipe Imperial de Alemania en el coliseo de la plaza de Oriente; con gusto hubiéramos visto que en el Teatro Español se hubieran reunido con el mismo objeto nuestros primeros actores, y puesto en escena una de las producciones más notables de nuestro teatro clásico.

Espectáculo digno del Príncipe Imperial de Alemania, en cuya nación tuvo el teatro dignos intérpretes, recordando á su reformadora la célebre actriz *Neuber* y los dramáticos *Opitz-Gostsched-Ritschel-Bchrman-Quistorp Dines Sonnemfelds Hofrnan* y el *General Ayrchof*, que enriquecieron la escena alemana en épocas no muy remotas y en el siglo XVI con la traducción de la *Antegona*, de Sófocles; *El Cid*, de Cornielle, y otras originales como *Catón, Telémaco, Darío, Timoteo* y *Antonio* y *Cleopatra*, y el Der-Postzug (Tiro á cuatro), que mereció la aprobación del gran Federico, sobre las demás del teatro alemán.

*
* *

Terminamos esta reseña anunciando que en el Teatro de la Comedia se ensaya el sainete burocrático de Ricardo Vega, con el título de *Sanguijuelas del Estado;* otro en Variedades, cuyo título ignoramos, de los Sres. Luceño y Burgos, y que en el de Novedades el infatigable empresario Ducazcal forma una aceptable compañía para poner en escena *L'Assomoir*, de Zola, adaptada á nuestra escena por Pina y Domínguez.

En el mismo teatro aplaudimos noches pasadas á Vico, que sabe y cuando quiere lo demuestra, la *Jura en Santa Gadea*, que interpretó admirablemente en unión de la Tenorio, Mela y Parreño. También lo fueron y mucho la Valverde y Rosell en el monólogo *Una Carta* y la pieza *De tiros largos*; el beneficiado habrá conseguido su objeto, dada la numerosa concurrencia que llenaba todas las localidades.

RAMIRO.

CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

STÁ terminado oficialmente el conflicto con Francia. Apresurémonos á decir que el inapelable fallo de la opinión pública lo había dado por concluído hace ya tiempo.

La *Gaceta* ha publicado el siguiente importante documento acerca del asunto:

«Examinados detenidamente los incalificables sucesos ocurridos en París á la llegada de S. M. el Rey en el mes de setiembre último, y explicados por el Gobierno francés con un espíritu conciliador, que demuestra los sentimientos amistosos que abriga hacia la nación española y su augusto Soberano, sentimientos confirmados una vez más en despacho dirigido con fecha 8 del actual por el Sr. Ministro de Negocios Extranjeros de la República, al encargado de Negocios de Francia en esta corte y del que dicho señor representante ha entregado copia al Sr. Ministro de Estado, el Gobierno de S. M. ha creído llegado el momento de poner fin á un estado de cosas cuya prolongación era contraria á las buenas relaciones que siempre han existido entre los dos países, disponiendo la publicación en la *Gaceta Oficial* de lo que pasó en la visita hecha á S. M. por el Presidente de la República, relación que á continuación se inserta, declarada auténtica

por el Gabinete de París, y que concuerda con la que envió al Gobierno anterior el Sr. Ministro de Estado, que acompañó en su viaje á S. M., habiendo sido comunicada á su tiempo á los representantes de España en el extranjero:

«En la visita que el Excmo. Sr. Presidente de la República francesa hizo á S. M. el Rey de España en la tarde del 30 de setiembre próximo pasado, Mr. Grevy manifestó á S. M. que iba á darle una satisfacción cumplida en nombre de Francia, á la cual no debía confundirse con los autores de manifestaciones hostiles universalmente reprobadas; rogando, al propio tiempo, á S. M. que diera una prueba de simpatía á la nación francesa aceptando el banquete que en su honor había dispuesto en el Elíseo.

»S. M. contestó que había ido á París animado de sentimientos simpáticos hacia Francia, y que, en vista de las declaraciones del Presidente de la República, daría una nueva prueba de aquellos sentimientos aceptando la invitación que se le hacía.»

¿Basta esta declaración para que España se considere desagraviada de la ofensa que en la persona del Monarca recibió con motivo de la manifestación hostil de que S. M. fué objeto de parte de turbas desenfrenadas en la capital de la vecina República?

Diremos franca y lealmente que, reducidas á esa explicación que hoy se nos da las reclamaciones formuladas por el Gobierno español á raíz de los sucesos de París, ella hubiera sido suficiente para dejar á salvo desde el primer momento las conveniencias de honor nacional más exigente. Hubiérase tratado de hacer constar en términos oficiales que el Presidente de la República francesa fué á visitar á S. M. el Rey de España con el deliberado propósito de darle una satisfacción cumplida en nombre de Francia, rogándole que, como muestra de simpatía recíproca entre las dos naciones, aceptara el banquete del Elíseo; y hecho así, nadie habría tenido pretexto para sentir escrúpulos de ningún género al leer el documento antes copiado.

Pero, después de lo que se ha dicho, después de los alardes que se han hecho, después de la atmósfera creada muy

principalmente por los órganos oficiales del Ministerio Sagasta, iniciador de la negociación diplomática, parécenos que lo que en un principio pudo satisfacernos, peca ya, por tardío, de deficiente, y por regateado, de sospechoso, en buenas relaciones internacionales.

Cuarenta y cinco días malgastados para obtener semejante éxito constituyen un testimonio irrecusable de la escasa habilidad de nuestros gobernantes y de la recelosa actitud en que, respecto de España, se halla colocada la nación francesa.

La terminación oficial del conflicto no ofrece, pues, ocasión para que nos lisonjeemos de que las relaciones entre ambos países sean tan afectuosas y espontáneas como acaso conviniera á los intereses de dos pueblos ligados por dobles vínculos de vecindad y de raza.

Comprendiéndolo así, sin duda, nuestro Gobierno, ha confiado á uno de nuestros hombres políticos de mayor importancia, por la altura de los cargos que ha desempeñado, al Capitán general D. Francisco Serrano, exregente del Reino, la delicada misión de restablecer, como Embajador de España en París, la cordialidad y mutuo aprecio que deben existir entre los dos Estados de allende y aquende el Pirineo.

*
* *

Por otra parte, Alemania, correspondiendo cortesmente á la visita que nuestro Soberano hizo en setiembre último al Emperador Guillermo, devuelve á D. Alfonso XII esa visita en la persona del Príncipe heredero de aquel Trono, D. Federico Guillermo, que al presente se encuentra entre nosotros.

Es el ilustre huésped de la corte española hombre de unos cincuenta años, de apuesto y marcial continente, fisonomía varonil y expresiva, y carácter afable y bondadoso.

Como todos los Príncipes de su estirpe, ha hecho vida común con los soldados, cuyas necesidades conoce de cerca.

En 1864 hizo sus primeras armas; pero no era ciertamente

la guerra con Dinamarca campo suficientemente vasto para que pudiera desarrollar sus talentos militares, de que dió altísima prueba en la campaña de 1866 contra el Imperio austriaco.

Mandaba entonces el Príncipe Federico, como General en jefe, el ejército del Oder, á cuya cabeza tomó parte muy activa en las operaciones de aquella guerra, que terminó con la memorable batalla de Sadowa. Combatió entonces con tanto valor y tanta fortuna, y contribuyó por tal manera al triunfo, que mereció el altísimo honor de que su padre, entonces Rey de Prusia, se quitara de su cuello la orden llamada *Pour le merite*, que colocaron sobre su pecho.

Pero donde el Príncipe demostró más principalmente sus excepcionales condiciones fué en la guerra de 1870 y 1871. Con el tercer cuerpo de ejército, compuesto de prusianos, bávaros, vurtemburgueses y badeneses, alcanzó grandes victorias. El 4 de agosto de 1870 marchó sobre Wisemburgo y atacó al General francés Douay, á quien obligó á batirse en retirada. Entonces, prosiguiendo con rapidez su movimiento de avance, encontró en Frœschviller al cuerpo de ejército del General Mac-Mahón, que tuvo que replegarse precipitadamente hacia Saverne. Los franceses se batieron bizarramente aquel día; se refiere que al ver el Príncipe desfilar á los prisioneros, se descubrió ante ellos y dijo á su Estado Mayor:—Saludad á esos valientes, á quienes ha sido adversa la fortuna.

También se cuenta que el Príncipe Federico reprochó al General Moltke por su dureza de corazón, diciéndole que su manera de hacer la guerra era tan cruel, que más que contra Francia parecía dirigida contra la civilización.

Más tarde persiguió hasta Ingwiller el ejército de Mac-Mahón, y por medio de esta operación estratégica cubrió el flanco izquierdo del cuerpo principal del ejército prusiano, inutilizando así las tropas del mariscal Bazaine, que poco tiempo después tuvieron que rendirse, tras una serie de sangrientos combates.

Cambiando en seguida rápidamente de dirección, avanzó á marchas forzadas sobre Commercy, Bax-le-duc y Vitry con

objeto de sorprender á Mac-Mahón, que se vió en el duro trance de tener que aceptar la batalla de Sedán.

En los cuatro días que duró esta batalla, el Príncipe contribuyó eficacísimamente á la victoria que decidió la suerte de Napoleón y del Imperio.

Desde Sedán dirigióse á París, ante cuyos muros recibió el nombramiento de Feld-mariscal, que es la más alta jerarquía militar del Impenio.

El Príncipe Federico Guillermo está casado con la Princesa Victoria, de la que ha tenido varios hijos, y es modelo de padres y esposos.

Valencia, donde desembarcó, y después Madrid, le han tributado singulares muestras de afección y respeto. La real familia le ha agasajado con la esplendidez tradicional en nuestro alcázar; el ejército ha dado ante S. A. gallardas pruebas de sus bizarras aptitudes. Banquetes, baile, expedición á Toledo, revista y retreta militares, fiestas teatrales, recepción académica, han sido el regocijado cortejo de la presencia del primogénito del Emperador alemán en la sonriente capital de España.

A Francia no le ha agradado, según parece, esta visita, como no le agradó la de nuestro Rey á Viena, Homburgo y Bruselas. Públicas son, sin embargo, las seguridades de que no se trata de ninguna tenebrosa conjuración contra la República de Mr. Grevy y Mr. Wilson. ¿Es que los Reyes no han de poder reunirse y estrechar vínculos de amistad y simpatía, sin que las Repúblicas tiemblen por su suerte? Menguada consistencia atribuyen á esa forma de gobierno los que se dicen de ella partidarios, y son aún más, sus representantes y mantenedores, si ante sucesos tan naturales como aquéllos se asustan y soliviantan temerosos, y tuercen el gesto y ahuecan la voz cariacontecidos.

*
* *

Una solemnidad por todo extremo plausible ha dotado á la villa y corte de un notable edificio, de que injustamente carecía. Nos referimos á la inauguración de la nueva cárcel

modelo, cuyas obras dieron principio en 15 de julio de 1877 por iniciativa del entonces ministro de la Gobernación don Francisco Romero Robledo, siendo realizadas bajo la dirección del autor del proyecto, D. Tomás Aranguren, secundado con gran celo por el arquitecto auxiliar D. Eduardo de Adaro, que es á su vez autor del modelo cerradura cerrojo y de los depósitos para suministrar el agua de las celdas.

El contratista de las obras ha sido el capitalista D. Bruno Zaldo, quien se comprometió á ejecutarlas en 4.761.215 pesetas; pero una edificación de esta importancia y por sistema desconocido en España, había de sufrir grandes modificaciones con relación al proyecto. Por esta razón los aumentos de obras han ascendido á la cantidad de pesetas 1.804.691. El mobiliario fijo de las celdas ha importado pesetas 160.170; los gastos generales, 280.000, y el mobiliario de escuelas, utensilios, talleres y oficinas, ascenderá á 140.000. Puédese, por lo tanto, calcular como gasto de construcción, 7.000 pesetas por cada celda. Falta establecer el sistema de calefacción, aunque ya están preparados los trabajos, y su colocación dependerá de las necesidades que exija el servicio. Los gastos de entretenimiento y conservación serán pagados en la parte que á cada uno corresponda por el Estado y por el Ayuntamiento de Madrid.

Según el reglamento de la nueva cárcel, servirá ésta para depósito municipal, cárcel de partido y de Audiencia y casa de corrección. Ingresarán, por consiguiente, en ella, los detenidos por las autoridades con arreglo á las leyes, los procesados cuya prisión acuerden los tribunales, los condenados á arresto por los tribunales de Madrid, los presos y penados de tránsito y los extranjeros que se encuentren á disposición de las autoridades.

Ningún preso ni penado podrá salir de su celda, sino para concurrir á los locutorios, declaraciones, talleres, escuelas ó paseos, en las horas establecidas.

Los presos podrán, si quieren, consagrarse dentro de su celda á oficios, artes ó profesiones que no causen desórden ó daño en el establecimiento, ni se opongan al régimen del mismo, y el valor en venta de los productos que tuvieren su ori-

gen en dichos trabajos, les pertenecerá y se les entregará sin descuento alguno. Por el contrario, el trabajo de los penados es obligatorio mientras dure la condena, excepto en casos de enfermedad ó de senectud, pervio reconocimiento del médico de la prisión.

El producto de este trabajo se dividirá en dos partes iguales: una para el Estado y otra para formar el peculio del penado. De la parte que correspondn al recluso se hará dos partes: una del 66 y dos tercios por 100, que se guardará en la caja del establecimiento y se les entregará cuando obtengan su libertad, y otra del 33 y un tercio, de que podrá disponer para satisfacción personal ó para aliviar la suerte de su familia ó parientes.

No se consentirá, fuera de la *Gaceta* oficial, la lectura de otros periódicos que los literarios ó científicos, los cuales se podrán procurar los mismos presos adquiriéndolos por su cuenta ó bien pidiéndolos á la biblioteca del establecimiento.

Los penados estarán sujetos al sistema progresivo, que se dividirá en tres períodos. En el primero, calificado de preparación, los penados estarán sometidos al aislamiento, pudiéndoseles privar del trabajo, lectura y comunicación con el exterior por un plazo que no excederá de los diez primeros días. Pasado este plazo, según las pruebas de arrepentimiento que diere el penado, podrá conunicarse por escrito una vez al mes con su familia y trabajar en la celda. El segundo período será de una duración equivalente á la mitad del tiempo de condena que falte cumplir al penado. En este período asistirá á la escuela y á los talleres sujeto á la regla del silencio. El paseo en este segundo período se verificará en el patio destinado al efecto, marchando un penado detrás de otro, sin hablar, á una distancia de 120 centímetros. El tránsito de uno á otro período se determinará por el número de cédulas de premio ganadas por el penado. El director concederá dichos premios en vista de los partes semanales que le dará el capellán, profesor, vigilantes y maestros de talleres. No podrá ganar cada penado más de cinco cada semana, y el número necesario para pasar de uno á otro período es de 150. En este segundo período se permitirá al penado comunicarse con su

familia y demás penados una vez al mes. En el tercer período se comprenderá la última parte de la condena; durante él llevará el penado un galón rojo en la manga como distintivo, y se le relevará de la ejecución de los servicios mecánicos generales del establecimiento.

Los presos políticos ocuparán separadamente las celdas que se señalen, quedando sometidos al régimen del establecimiento; pero el paseo será en común y en patio especial. Se les permitirá comunicarse en el locutorio existente en cada celda.

Como se ve, se ha procurado conciliar oportunamente el sistema celular con la necesidad imprescindible de que el recluso no se abandone en la soledad de la celda á los extremos de la desesperación, que es la locura, y acaso el suicidio: á este fin se establece una prudente comunicación á ciertas horas.

El edificio es digno de los adelantos en estos últimos tiempos obtenidos en punto á la construcción y establecimiento de penitenciarías. Honra por ello á su iniciador y á cuantos posteriormente le han secundado desde los consejos de la Corona, así como á todos los que por uno ú otro concepto han intervenido en la construcción de la nueva cárcel.

Decía bien el Sr. Romero Robledo, al resumir los brindis pronunciados en el acto de la inauguración: «La estabilidad y fijeza de un gobierno es la primera condición para que realice obras permanentes y útiles. Gobierno que tenga que luchar desesperadamente en todos los asuntos de su vida por conservarla, nada fundará que no sea pasajero y perdido; pero sean cualesquiera los Ministros que hayan contribuído á esta reforma que el país agradecerá seguramente, conste que se ha empezado y se ha terminado bajo el reinado de D. Alfonso XII.»

***

Este es también el reinado de la clemencia, como lo fué el de su augusta madre D.ª Isabel II. La última sublevación militar arrojó no ha mucho sobre extrañas tierras centenares

de infelices soldados que á impulso del engaño tuvieron, en un instante de extravío de parte de sus jefes y oficiales, la desgracia de faltar, quizá contra su voluntad, al más sagrado de los juramentos.

Los que se hallan en Portugal atraviesan, según noticias oficiales, una crisis verdaderamente conmovedora. S. M. ha querido, pues, remediar la angustiosa situación de esos desventurados que, rotos, hambrientos, casi desnudos, suspiran por la madre patria, volviendo hacia ella los ojos con el doloroso quebranto del que juzga perdido para siempre el hogar donde nació.

Al efecto se ha concedido el plazo de dos meses para acogerse á indulto del delito de rebelión y sus conexos, ante los agentes diplomáticos ó consulares de España en el extranjero, á los cabos y soldados del ejército que pertenecieron, al ocurrir los sucesos del 4 de agosto último, á los cuerpos de la guarnición de Badajoz; los cuales serán destinados á prestar sus servicios en el ejército de la Península hasta cumplir el tiempo que les corresponda, descontando el que hayan permanecido fuera de España.

La gracia no puede ser más amplia y generosa. De desear es que el pasado sirva de lección para el porvenir, y que el ejército español no volverá á registrar páginas como las de Badajoz, Santo Domingo y Seo de Urgel.

***

Por lo demás, las reformas tan repetidamente prometidas por la izquierda no han tomado aún forma de hechos consumados. El Ministro de la Guerra, el que con mayor empuje parecía decidido á emprenderlas, se ha detenido al empezar á recorrer el camino, y quizá haya motivos para que de ello se felicite el elemento armado. En Marina, es cosa acreditada que todo seguirá como hasta aquí: se ha nombrado una comisión encargada de proponer los medios de restaurar nuestro perdido poderío en los mares. Esto y poner el epitafio al pensamiento de reorganizar la Armada es todo lo mismo. R. I. P. El Ministro de Fomento se ha creído en el de-

ber de hacer algo, y ha publicado un decreto reglamentando la enseñanza privada sobre la consabida base de que el ciudadano posee el más perfecto derecho para instruirse libremente, escogiendo la forma que más conveniente juzgue; que la misión del Estado, con respecto á la enseñanza oficial, ha de ser más tutelar que intrusiva; que la libertad en las investigaciones científicas y en el régimen del método constituyen un requisito esencial y común á toda enseñanza; que, al lado del organismo oficial docente mantenido por el Estado, á título de suplemento y cooperación á los esfuerzos espontáneos de la sociedad, debe reconocerse el derecho de libre desarrollo de la enseñanza debida á las iniciativas particulares. Lo que hay que desear es que tras de todo esto no vuelvan á ser irrisorios los títulos académicos, como en la época de la revolución, durante la cual fué frecuente el caso de que un patriota se acostara sin saber firmar y se levantara bachiller, licenciado ó doctor en todas las facultades. Bien es verdad que de entonces data aquella expresiva nota que, al anunciar concursos para la provisión de determinadas plazas, solían añadir Ayuntamientos y empresas particulares: «No se admiten instancias de médicos ó abogados de Universidades libres.» Lo malo es que previéndolo así, con funesta perspicacia, el Sr. Marqués de Sardoal, ha dispuesto que no se exprese en los títulos la calidad de los estudios de que proceden. Un paso más y se suprimen los títulos profesionales. Y después la ciencia...

—Para lo que sirve...—dirá tal vez algún alto funcionario de estos tiempos.

***

Los fondos públicos continúan en persistente abrumadora baja.

Y eso que, *para contenerla*, el Gobierno ha anunciado que no olvida su *desiderátum* de establecer el sufragio universal y abordar la reforma de la Constitución.

¿Quién habrá dicho al Sr. Ministro de Hacienda que tales cosas son cotizables en alza?

U.

REVISTA EXTRANJERA

IENE en estos momentos España el privilegio de atraer las miradas de toda Europa. La cariñosa visita del heredero del gran trono de Alemania, la primera entre las potencias militares, ha realizado el milagro que no podía presumir la humildad nuestra.

La prensa francesa entre todas ha querido honrarnos con una atención minuciosa, esforzándose por interpretar actitudes y hasta ademanes. Ha sido, sin embargo, imparcial y moderada, generalmente hablando, respecto de la deferente cortesía y fundada admiración que á los españoles inspiran las prendas personales de su simpático huésped, el augusto hijo y representante de Guillermo III.

No hay que equivocar los términos. Como españoles que somos, sentimos en el alma las desgracias de nuestros vecinos traspirenaicos, pero nos mantenemos también ajenos á sus odios y rencores; y si nuestra amistad por Francia es un hecho, no vemos motivo alguno para no ser á la vez afectuosos amigos de Alemania. Es más: bajo el punto de vista político, es tan natural que simpaticen entre sí las monarquías, como es lógico que se establezcan en caso oportuno corrientes benévolas entre los sustentadores de la forma republicana.

Pero en el caso presente, se trata de dos naciones amigas; no somos ni franceses ni alemanes; fuimos y seremos el pueblo neutral en el que están arraigados los nobles ejemplos de su antigua y tradicional hidalguía.

Han engañado los corresponsales á algunos importantes periódicos franceses ó tratan éstos de engañar á sus lectores, cuando dicen que son poquísimas las personas que en Madrid saludan con cariño al distinguido Kronprinz y que nuestro joven Monarca ha manifestado en su palidez las inquietudes de un recibimiento poco simpático. Nada más distante de la verdad. El pueblo español acudiendo en masa, siempre respetuoso y deferente á los festejos, ha dado una brillante prueba de que sus convicciones y sus sentimientos de exquisita cortesía están en esta parte de acuerdo con los actos oficiales y el regocijo de la corte.

Es cierto que la opinión pública en España no ve en el viaje del Príncipe Federico motivos de desunión, de desconfianzas ni de enemistades más allá del Pirineo. Se nos ha dicho tantas veces y de mil maneras que es tan poca nuestra importancia, que casi hemos abandonado todos los instintos de mira verdaderamente diplomática y ultra-política, y hemos llegado á ser refractarios á toda idea que implique el sacrificio de nuestra libertad de acción en provecho de una política extranjera. No es que nos asuste la idea de vernos arrastrados á grandes complicaciones europeas, pues no llega á tanto el olvido de nuestra historia, sino que rechazamos juiciosamente peligros que no hayan de tener compensación en ventajas prácticas. No sabemos tampoco lo que significa todavía esa cacareada liga de los Estados de la Europa central, liga que se supone tan hábil y poderosamente organizada por el Gran Canciller Bismarck. En gracia á nuestra independencia, sentimos susceptibilidades exageradas, y queremos permanecer extraños á esas guerras de pluma que con curiosa habilidad se disponen por los periodistas á orillas del Vístula y del Danubio, del Mosa y del Marne.

En Berlín, como en París, tenemos amigos. Venga en hora buena el Presidente de la República francesa á visitarnos, y es bien seguro que el representante de la nación fran-

cesa no verá entre sus adversarios políticos en Madrid las indignas manifestaciones que en el ilustrado París no pudieron evitarse hace dos meses.

Desde las columnas de nuestra humilde REVISTA le daríamos la bien venida, como la damos hoy muy cordial y afectuosa al egregio Príncipe que nos dispensa la alta honra de una visita hecha en nombre y por encargo del Emperador su padre.

*
* *

Pueden los telescopios de los políticos de Europa fijarse cuanto quieran en el brillante cielo de España, buscando inútilmente negras nubes ó trastornos atmosféricos por el simple paso en su cenit de la constelación Hohenzollern. El cielo nos mira con envidiable cariño y el sol luce esplendoroso.

Lo más raro del caso es que todo conspira á disipar los temores de tormenta que se placen en anunciar como próxima los profetas de desgracias. Mientras que se nos pinta con oscuros colores la animadversión del águila alemana contra los intereses de los ribereños del Sena, mientras se augura la vigorosa acción de Austria contra Rusia, la lectura de las noticias extranjeras, excepción hecha de las de procedencia francesa, parecen tener empeño en manifestar contrarias y más satisfactorias tendencias.

Desde hace algún tiempo que el mismo *Journal de Saint-Petersbourg* aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para expresar los amistosos sentimientos de Rusia hacia Alemania.

Recientemente, y á propósito de un libro del profesor Martens acerca de los tratados entre Rusia y Prusia, aquel periódico oficioso hace observar que desde muy antigua fecha existió una íntima solidaridad entre los intereses de ambos países, y que en todas las ocasiones en que se han visto separados, ambos han sufrido por la momentánea falta de buena inteligencia, y ambos han tenido que volver á reanudar sus amistades en mala hora interrumpidas.

«Entre todas las alianzas, añade aquel ilustrado periódico, la de Alemania con Rusia ocupa un lugar demasiado importante en la historia y en las conveniencias políticas, para que pueda quebrantarse y en el porvenir desconocerse.»

Este artículo es una reciente prueba del deseo que solícitamente manifiestan los periódicos oficiosos de San Petersburgo y de Moscou por reanudar de una manera inquebrantable la antigua cordialidad de relaciones entre Rusia y Alemania.

Exageradas, pues, cuando menos, parecen hoy las amenazas que constantemente, y más que nunca en estos días, ve en la prensa alemana la francesa.

*
* *

Sigue en París la discusión de los presupuestos, habiéndose suscitado con este motivo el eterno debate acerca de la separación definitiva y absoluta de la Iglesia y del Estado.

No calculan los reformistas que para suprimir de una plumada el presupuesto de los cultos, es indispensable primero romper el Concordato que impone al Gobierno la obligación de retribuir de una manera conveniente al clero; es indispensable desconocer el principio del derecho de gentes, el valor de un pacto internacional y la legitimidad de la indemnización acordada á cambio de los cuantiosos bienes de que se ven hoy privados sus antiguos poseedores. Pero los políticos del anticlericalismo se declaran ya partidarios de una táctica más hábil. Tratan de dar un golpe mortal al mismo Concordato por medio de una interpretación abusiva de aquel pacto diplomático. Tal es el sistema de Paul Bert y de Jules Roche, sistema que triunfó en gran parte el año último, y que sigue triunfando en el presupuesto que se discute; sistema que con palabras benévolas permite oprimir á mansalva á la Iglesia.

La última modificación ministerial, obligando al Presidente del Gabinete á encargarse de la cartera de Negocios Extranjeros, que venía desempeñando Challemel-Lacour, ha

permitido al Sr. Ferry cierto testamento en instrucción pública. Ha querido éste, antes de dejar el departamento en que venía trabajando, dirigir una larga circular á los maestros sobre moral republicana. El tema es curioso, y la circular no adolece de otro defecto que de la falta de toda idea clara acerca de la moralidad. Quiere el Sr. Ferry que no se hable en la escuela de ninguna religión positiva, pero quiere también que no se hable de la *causa primera* sin respeto, y que se haga comprender á los niños que el primer homenaje debido á la divinidad es la obediencia á las leyes «conformes á las revelaciones de la conciencia y de la razón.» Mucho dudamos que este deísmo precise de una manera concreta el punto donde principia y donde acaba la moral cívica.

Contradicciones de una escuela sin fe, que harán más daño á la República francesa que todas las bayonetas y todos los cañones de Prusia.

***

El *Gaulois* sigue publicando las conversaciones de sus noticieros ó amigos con el Ministro de China. En la última entrevista que el representante de dicho periódico ha tenido con el Marqués de Tseng, éste ha hecho varias declaraciones que deben ser conocidas.

El plenipotenciario chino afirma que tropas regulares del Celeste Imperio ocupan hace ya algún tiempo varios puntos del Tong-King, vigilando, arma al brazo, los movimientos de las tropas francesas. Añade que si los soldados de Francia pasan el río Rojo y atacan Bac-Ninh, el Gobierno chino considerará el acto como un *casus belli*.

Después de las incomprensibles ilusiones manifestadas repetidamente por el Sr. Challemel-Lacour, que creía, ó quiso hacer creer, que la expedición francesa al Tong-King no era otra cosa que un insignificante paseo militar; después de todo lo dicho en plena Cámara acerca de la actitud pacífica de China, resulta que el Annam no es más que una pantalla de la China; que los Pabellones-Negros son la vanguardia del ejército chino, y que no es en Hué, sino en Pekín, donde deben radicar las negociaciones diplomáticas, siendo los trata-

dos que se firmen con el Emperador annamita verdaderos papeles mojados, mientras no sean ratificados por un solemne acuerdo del Celeste Imperio.

Se ve que China ha aprovechado el tiempo. Ha prolongado en lo posible las contestaciones diplomáticas, y, sin escasear las protestas de paz, se ha preparado para las eventualidades de la guerra. Poco á poco ha hecho penetrar sus ejércitos en el Tong-King; ha ocupado Bac-Ninh, principal objetivo de las operaciones francesas en el río Rojo, y, cuando se ha creído bastante preparada, ha descubierto sus baterías. En la última nota que acaba de dirigir al Gobierno francés, declara que el Tong-King está ocupado por tropas chinas, y que si Francia persiste en sus proyectos de agresión, á ella dejará la corte de Pekín las responsabilidades de lo que suceda. Y al propio tiempo el Gobierno chino ha nombrado un generalísimo de su ejército en el Tong-King y notificado á todas las potencias el actual estado de cosas.

Si esto no es todavía una declaración de guerra, muy poco le falta. Las aventuras del Tong-King han tomado carácter, y sus proporciones crecen por momentos. Se ve que China está decidida á cerrar el paso á los franceses. ¿Qué harán éstos en medio de sus necesidades de defensa continental y de los apuros de su presupuesto?

Ya indica Inglaterra que sólo se mantendrá neutral en el caso de que Francia se comprometa á no bloquear los puertos abiertos al comercio extranjero, según los tratados, y China no ataque á los súbditos ingleses en sus personas ó propiedades. El periódico *Pall Mall Gazette* pide que se aumente la escuadra inglesa en aquellos mares. Todos son síntomas significativos.

Siempre hemos presumido que las grandes potencias, y principalmente Inglaterra y los Estados Unidos, no habían de mirar indiferentes que se interrumpiese de una manera brusca el comercio de aquel gran Imperio con todos los países del mundo.

Nunca fué una mediación amigable más oportuna y necesaria. La creemos también probable.

***

Acaba de sufrir una inmensa catástrofe la expedición anglo-egipcia en el Sudán.

Noticias vagas recibidas de las regiones del Nilo, hablaban hace algunos días de un gran desastre experimentado por la columna mandada por el General inglés Hicks; pero cierta esperanza mitigaba la pública angustia. Se suponía que las hordas del Mahdi, ó falso profeta, habían derrrotado al destacamento egipcio salido de Suakim á las órdenes del capitán inglés Moncrieff; se suponía que el ejército principal, dirigido por Hicks, estaba en salvo y vengaría la mala suerte del destacamento. Pero la realidad ha sido mucho más horrible.

La columna entera, el ejército todo del General Hicks, fuerte de 10.500 hombres, ha sido pasado á cuchillo después de tres días de encarnizado combate contra las fuerzas del Mahdi, que se calculan en 300.000 árabes insurrectos y mal armados.

¿Quién es el Mahdi? Según la tradición del fanatismo musulmán, el Mahdi es un Mesías, siempre esperado, que ha de asegurar al Islamismo la dominación del Universo. Ha habido muchos Mahdíes.

El Mahdi, que capitanea hoy la insurrección formidable del Sudán, se llama Mahomet Achmet, y es hijo de un carpintero de Shindi. Cuando muchacho fué aprendiz de un tío suyo, batelero de Shakabeh; pero un día se escapó á Khartoum é ingresó en una escuela que dirigía un fakí célebre, junto á la tumba de Sheik Hoghali, el santo patrón de Khartoum: el fakí se decía descendiente del santo y del Profeta. El futuro Mahdi pasó de allí á otras escuelas teológicas no menos famosas, hasta que le ordenaron fakí ó sheik.

Entonces marchó á la isla de Abba, en el Nilo Blanco, hizo en la montaña una cueva y se retiró á ella á repetir durante varias horas seguidas el nombre de Dios y á consagrarse á la oración, al ayuno y á la quema de incienso. Su fama y su santidad se exparcieron hasta las provincias más remotas del Sudán y los donativos le hicieron rico, reunió discípulos y se casó con varias mujeres, teniendo cuidado de elegirlas entre las hijas de los sheiks más influyentes y de los jefes más importantes de tribu.

A principios de mayo de 1881 principió á escribir á sus hermanos los fakís (jefes religiosos) y á enseñarles que él era el Mahdi anunciado por el Profeta, que había recibido de Dios la misión de reformar al Islam, que su doctrina consistía en la igualdad universal, religión universal y la comunidad de bienes, y cuantos creyesen en él no perecerían, ya fuesen cristianos, mahometanos ó paganos.

La responsabilidad del horrible y sangriento desastre sufrido por el ejército egipcio recae en gran parte sobre la orgullosa Gran Bretaña. Los Generales ingleses se creían dueños de la situación en Egipto; despreciaban el ejército del Mahdi y exageraban los efectos de la nueva organización militar dada por ellos á las tropas del Khedive. Ha bastado una horda de bárbaros para destruir tantas ilusiones.

El ejército del triunfante Mahdi, que por momentos aumenta, y que es dueño además de las armas y municiones, de los 3.000 camellos y de los 36 Krupps y artillería Nordenfeldst y de montaña del ejército del General Hicks, no está separado del Cairo más que por dos líneas estratégicas.

¿Qué hará ahora el Foreign-Office, consejero del Khedive y verdadero dueño del Egipto? La opinión es muy compleja; pero cualquiera que fuere la solución llamada á prevalecer, el primer resultado de tamaña catástrofe será siempre aplazar indefinidamente la evacuación del Egipto por las tropas inglesas que lo ocupan. Entre Khartoum y el Kordofán trazarán tal vez los oficiales ingleses una línea de demarcación fortificada, si es necesario, y el Egipto seguirá así, como antes de la batalla de Tell-el-Kebir que tan horribles frutos ha dado.

Europa entera ha soñado con abrir á las generaciones futuras los misteriosos caminos del centro del continente africano. Pero no parece que haya de ser Egipto el país encargado de un papel tan civilizador é importante.

***

La República de los Estados Unidos pide al Papa que acredite un Nuncio apostólico en Wáshington. Es digno de ser estudiado este deseo, que muy pronto se verá cumplido, de

las autoridades federales. La curia romana designará en breve el personaje encargado de representar á la Santa Sede en la Gran República; pues tiene ya la formal promesa, que exigía, de que se concederán sin dificultad al nuevo Nuncio todas las inmunidades diplomáticas que en Europa suelen otorgarse á los representantes extranjeros.

Son efectivamente muy considerables los progresos que hace el catolicismo en América bajo la égida de la libertad, y es notoria y curiosa la tendencia de la política americana, empeñada en adherirse á ese movimiento moral y civilizador, que arranca de la tradición cristiana, no perdonando medio para favorecerlo en todas las ocasiones que se presentan.

Es también significativo el hecho de que un Estado que se encuentra respecto de todas las religiones y de todos los cultos en la situación ideal soñada por nuestros librepensadores, haya tratado de realizar una evolución reaccionaria, tal vez la más admirable y trascendente de cuantas se han visto en las tierras federales del otro lado del Atlántico.

No solamente está consignado allí, en las leyes, el principio de la separación de las Iglesias y del Estado, ó mejor dicho, el principio de la separación de lo temporal y de lo espiritual, sino que existe la circunstancia de que la Iglesia católica—la más invasora, porque es la más fuerte—contaba con poquísimos adeptos en el momento en que las leyes constitucionales se establecieron. Y, sin embargo, el Gobierno republicano de los Estados Unidos, autorizado por circunstancias especiales á prescindir de todas las comuniones religiosas, y más que de ninguna de la católica, se ve ahora impelido por el incesante desarrollo de las necesidades del pueblo que rige, y acude á Roma y se postra en los momentos mismos en que corrientes opuestas pretenden hacer imperar en Europa una política contraria.

Las instituciones de los Estados Unidos nacieron hace cien años de un utilitarismo hasta cierto punto natural en una federación de labradores diseminados en un territorio inmenso y en lucha constante contra las fuerzas naturales para defender su vida y su fortuna. No se ocuparon más que de los intereses materiales.

Hoy las cosas han cambiado, y aquel pueblo rudo se encuentra convertido en nación poderosa. Las emigraciones de Europa han poblado de una manera sorprendente toda aquella parte inmensa del Nuevo Mundo con familias de distinta raza y de origen diverso. Los innumerables y maravillosos progresos de la industria y del comercio han creado grandes centros de cultura, sociedades instruídas y exigencias morales que ya no pueden descuidarse como antes se descuidaban. Los tiempos son otros, y en aquel pueblo tan vigoroso y tan joven brotan con entusiasmo la fe y los sentimientos religiosos.

El catolicismo, como era natural que sucediese, ha hecho allí rápidos progresos de pocos años á esta parte, y los católicos forman ya en la República federal un gran partido, con el que tienen forzosamente que contar los hombres públicos, que no obstante, pertenecen á otras comuniones y á otros cultos. Pero todos comprenden que las fuerzas morales prestan siempre el más útil de los concursos, y en vez de demostrar hostilidad alguna contra las creencias católicas, las respetan y protegen, recibiendo ayer el nombramiento de un cardenal americano como un homenaje de valía tributado á la importancia política de su nación, y solicitando hoy, por idéntico motivo, la residencia de un Nuncio apostólico en Wáshington.

En más de una ocasión y con diversos motivos se ha dicho que la vieja Europa ha de verse quizás obligada en día no lejano á ir á buscar savia entre la pujante vegetación y en las fecundizadas estepas de América, si quiere renovar su viciada sangre y no perecer, víctima de una anemia senil, que en ocasiones produce también el delirio de la demencia.

Este día y esta necesidad pudieran llegar aún más pronto si la explotadora federación del Norte del continente columbiano, después de haber encontrado los mejores caminos para el desarrollo del trabajo y de la riqueza, sabe buscar con igual persistencia los beneficios morales que nacen de la fe divina y se desarrollan en la conciencia y en todas las manifestaciones de la vida del hombre y de los pueblos.—S.

MADRID, 1883.—Imprenta de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

RESEÑA CRITICA DEL TEATRO

EN ALGUNOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS

I.

Es un hecho universalmente reconocido la poderosa influencia ejercida por la poesía dramática en las costumbres y civilización de los pueblos. Ella refleja el estado social de las naciones; se eleva con sus grandezas y poderío, decayendo con sus infortunios y desgracias; retrata con fidelidad suma la manera de ser pintando al hombre con sus gustos, con sus preocupaciones, con sus extravíos y sus errores; determina la cultura general señalando el punto más alto de su perfeccionamiento; manifiesta el modo de sentir la sociedad sus ideas y sentimientos reproduciéndolos en los diversos cuadros y animándolos con la viveza del genio; se presenta en las literaturas con un carácter especial, con fisonomía distinta, separándose á larga distancia de los demás géneros de poesía; y ella, en fin, aparece como la última manifestación del espíritu humano, como si necesitara haberla precedido en su desarrollo anterior, el entusiasmo de la lírica y la grandeza de la epopeya.

Así es en efecto: la poesía lírica eminentemente subjetiva, presenta al hombre separado de cuanto le rodea hecha abs-

tracción del mundo real, entregado á solas á los trasportes de su entusiasmo que en alas de su ardiente fantasía se eleva á las regiones del espíritu, en donde saborea los placeres más puros y delicados, en donde se le aparece un tipo ideal que en vano trataría de buscar semejante en la naturaleza, y en donde recuerda una felicidad gozada y perdida al descender á la tierra. Pues bien: en este sentimiento puro, desinteresado, que brota del corazón humano, se encuentra el principio del arte, nacido, no ciertamente, de un estéril afán de imitar con bajeza á los objetos que en torno suyo se descubren, sino de la contemplación de lo grande, de lo elevado, de lo majestuoso, de lo bello y de lo sublime, concebidas estas ideas por el lirismo del poeta y en donde se encuentra la primera idea, la primera expresión del arte. En pos de la lírica aparece la épica como representación genuína de un período de tiempo más adelantado, como la fórmula más expresiva del progreso humano, abriendo la puertas del heroísmo al sér racional, mostrándole los primeros pasos de una nueva civilización y haciéndole concebir el ideal de una cultura más perfecta, cuyos triunfos ensalza. Si bien se observa encuéntrase en la epopeya el drama: allí se presentan los grandes heroes cuyas acciones admiramos; allí, las situaciones más difíciles de la vida se hallan pintadas con brillante colorido; allí, ese cortejo de pasiones humanas luchando entre sí, poniendo en tortura al hombre; allí, esa contrariedad de afectos, ese flujo y reflujo de ideas y sentimientos, esa pugna entre la voluntad que quiere y la razón que manda; allí, esa oposición entablada entre los órdenes moral y fisiológico, causa del sufrimiento y de acibararse la existencia terrena; y allí, en fin, se hace ostentación de la grandeza y dignidad por el ser más excelente de cuantos embellecen el magnífico cuadro del mundo de sus prodigiosas facultades, merced á las cuales la virtud corona el triunfo obtenido en esa incesante lucha sostenida consigo mismo, la más difícil de cuantas presentarse pueden en las distintas esferas de la vida.

La afición á los espectáculos, el gusto á las representaciones teatrales, ha sido el carácter dominante en todos los pueblos y el género de poesía cultivado felizmente en los distin-

tos tiempos y diversas épocas en la historia de la humanidad. Nada decimos al presente de la literatura griega, tan rica en el fondo como variada en su forma; nada de su teatro, siendo el modelo y el ejemplar típico á quien posteriormente se han ajustado los demás pueblos en sus producciones; nada de la literatura latina que si bien no original como la anterior, siendo una exacta reproducción de la griega, vivo reflejo de ella, se eleva majestuosamente su teatro con Plauto y Terencio; omitimos hablar de las bellezas que ambos teatros contienen, limitándonos en este momento á consignar como continúa brillantemente cultivándose, aun en tiempo mismo de los bárbaros del Norte y en medio de este cataclismo universal, prueba irrecusable de la gran influencia, del irresistible poderío ejercido en todas las naciones.

Roma, la señora del mundo; la que había dictado leyes á todos los pueblos; la que en su orgullo desmedido llamaba *bárbaros* á cuantos no pertenecían á su ciudad; la que había juntado pueblos diferentes en costumbres, en civilización, en ideas y sentimientos; la que había atado á su carro de triunfo á los más poderosos Reyes de la tierra, y á quien todos se postraban á sus pies; Roma, levantada sobre la esclavitud de las gentes, envilecida por sus grandes crímenes, presa de la corrupción y abominada por las generaciones, decae su refulgente astro y al romperse en mil pedazos el cetro de sus Césares, no solamente cambia la faz de los pueblos, sino lo que es más, múdanse totalmente sus creencias y su modo de ser. Sofocada por el poder romano la antigua nacionalidad, debilitado su primitivo valor, extinguido el espíritu patriótico y sumido el pueblo en la más espantosa abyección, debía despertar en brazos de la servidumbre ó de la impotencia, siendo necesario largos sacudimientos, costosas pruebas y sangrientos sacrificios antes de llegar á la aurora de la nueva civilización cuyos primeros resplandores habían brotado del Gólgota. Ahora bien: en medio de este caos, en medio de tan impenetrable oscuridad, de tantas luchas, de tan proceloso mar, cuya deshecha tempestad precipitaba á la sociedad en un abismo insondable, se presenta cual faro luminoso la gran figura de la Iglesia ostentando en una mano la ciencia que ilumina las

inteligencias y en la otra la fe que fortifica las almas, comunicándoles aliento, fuerza y vigor para resistir con ímpetu los vaivenes y terribles luchas de la vida. La Iglesia, pues, depositaria del saber humano, reconcentrándose en ella la vida intelectual, conservó en su seno el depósito sagrado de la verdad para trasmitirla á las generacionss venideras, enriqueciendo á la humanidad con sus ricos tesoros. Empero la vida y condiciones del pueblo habían cambiado, se había operado una trasformación completa en su modo de ser; sus fines eran esencialmente distintos, no pudiendo en manera alguna el cristianismo resucitar las obras de la antigüedad impregnadas del más puro sensualismo; por eso el arte moderno, hijo del sentimiento religioso y del poético, debía reflejar en sus creaciones esta doble manifestación que completa é integra al sér humano; representando, por consiguiente, en las literaturas modernas un papel distinto al que había desempeñado en la Roma pagana. El teatro, fiel reflejo de la sociedad, siguió á ésta en la nueva evolución.

La Iglesia, iris de paz, foco de luz, aparece en medio de la oscuridad, conserva dentro de sus templos el arte dramático; el sacerdocio había reemplazado á los antiguos histriones de Atenas y de Roma, las farsas groseras y la vida licenciosa son sustituídas por la representación de los misterios del cristianismo, ostentándose el teatro nacional espléndido y rico merced á los poderosos elementos guardados por tan sabia institución. Este hecho no apreciado justamente por varios críticos, es en extremo significativo para darnos á conocer las poesías representables designadas con el nombre de *dramas*, deduciéndose á la vez la misión civilizadora realizada por la Iglesia en aquellos tan calamitosos tiempos.

Consignada la influencia del teatro en la sociedad en general, su aparición en la literatura y trazada su historia á grandes rasgos por lo que toca á algunos pueblos de la antigüedad; veamos su representación entre los chinos é indios, en primer lugar, para después examinar, si bien ligeramente, la poesía dramática en distintas naciones de Europa.

Los espectáculos teatrales forman en la China una de sus diversiones más frecuentes y concurridas, teniendo relación

íntima las dadas en público con la festividad del Dios en cuyo templo se ejecutan. Preparadas por los sacerdotes, salen los neófitos recorriendo las casas de los particulares para recoger suscriciones y contratar las compañías que han de ejecutar sus obras dramáticas. Estas compañías vagan por las poblaciones levantando el teatro allí donde se reune auditorio, y recordando con esto los tiempos de Thespis en la antigua Grecia. Como no existen edificios permanentes dedicados á la representación de sus dramas, dejan de tener aquella suntuosidad, elegancia y buen gusto que se revela y se ostenta en algunos de nuestro tiempo. Redúcense, por el contrario, á cobertizos ó tinglados construídos con postes de madera, esteras de junco ó de bambú atadas por medio de cuerdas unas á otras, siendo tan capaces y tan rápidamente levantados que pueden acomodarse hasta doscientas personas y en un solo día. Infinidad de compañías de cómicos y bailarines recorren las ciudades, siendo esto causa de alquilarse por poco dinero y hasta de llevarse á las casas para divertir á las familias. Tan grande es la afición á estos espectáculos, tan increíble la efervescencia que se despierta en los pueblos pequeños, que acuden en furioso tropel al teatro una turba, deseosa de asistir á esta diversión, abandonando, no sólo sus más perentorias ocupaciones sino hasta sus familias. La mímica es una de las partes más esenciales en la ejecución de estas piezas, esmerándose para adquirir en ella cierto grado de perfección indispensable por las condiciones particulares del auditorio compuesto de gentes que hablan diversidad de dialectos, lo cual unido á la constante interrupción por la mímica respecto de los actores y al tono de falsete exigido para declamar, suple en parte la gesticulación á todas estas dificultades con que lucha el actor á fin de hacerse entender de los espectadores: por eso la mímica es hija de un refinado estudio y de una asidua enseñanza desempeñando un papel importantísimo en el teatro.

El escenario, compuesto de esteras mal pintadas forma el fondo, viéndose á los lados mesas, sillas y camas que se presentan al público según las exigencias del argumento; en cambio los trajes de los actores son de rica sedería rivalizando en lujo y fastuosidad. La música, no sólo toca en los entreactos

sino también en los momentos de gran pasión, de riñas y combates. La falta de unidad, de tiempo y de acción y el poco cuidado en la pintura de los caracteres y expresión de los sentimientos, constituyen verdaderos defectos en los dramas chinos; así para despachar un correo á una ciudad distante, se representa por el actor que toma el látigo, echa á correr imitando el galope del caballo, y al llegar á la extremidad del teatro dice que ha llegado, entregando la carta de que es portador. Si es preciso personificar una ciudad, tres ó cuatro hombres se acuestan uno sobre otro, los sitiadores los atacan furiosamente hasta derribarlos, lo cual significa que la plaza se ha tomado por asalto.

Para formarse idea exacta de la representación de un drama chino y apreciar debidamente los detalles en su argumento y parte artística, tracribimos lo referido por el viajero Lay y de esta suerte se sabrá de su enredo, intriga, carácter de sus personajes y demás circunstancias. «La primera escena representaba la felicidad y el esplendor en que viven los habitantes de las regiones etéreas, con las personificaciones del sol, la luna y los elementos. El trueno llevaba un hacha en las manos con la cual daba tremendos golpes, haciendo al mismo tiempo las contorsiones más extravagantes. El Emperador, que por la astucia de una ninfa había podido introducirse en aquella sublime residencia, empieza á conocer que aquel favor extraordinario no bastaba á preservarlo de las calamidades de la vida. Un perverso cortesano se disfraza con la piel de un tigre y se presenta en la escena imitando los movimientos de aquel animal; entra en el departamento de las damas, las asusta y arroja en un foso al heredero presuntivo. Sus hermanas salen despavoridas y anuncian al Monarca la catástrofe de su hijo, fruto de sus amores con la ninfa. El Monarca se desespera y declara que renuncia al mundo y que va á nombrar un sucesor. Por el influjo de una mujer astuta, la elección recae en un joven estúpido que tiene á lo menos la ventaja de conocer su inutilidad. Apenas se anuncia la elección, muere el Rey; el tonto sube al trono, y en lugar de mostrarse digno de su elevación, empieza á lamentar su suerte gritando: Cielos, ¿qué haré? Con tan lastimosos alaridos y tan ridículas muecas,

el espectador no sabe si ha de reír ó llorar. El cortesano que mató al heredero legítimo, encuentra en el usurpador un instrumento fácil para sus planes siniestros, y el Estado se envuelve en grandes turbulencias y guerras civiles. En el curso de la pieza hay una escena en que la reconciliación de la familia imperial depende de la entrega de un personaje dañino. Su yerno es el encargado de entregar la carta en que se hace la proposición, y vuelve á su casa para disfrazarse á fin de no ser conocido en su viaje á la corte extranjera, donde ha de hacerse la entrega de la víctima. Cuando llega á la corte se descubre, deja caer la carta al mudar de vestido, y no teniendo esta credencial, lo toman por espía y salva la vida huyendo con gran dificultad. Vuelve á su casa, pide su ropa, la sacude de mil modos lleno de sobresalto y la carta no parece. Entonces se arroja en un sillón con gran violencia, representando su despecho con tanta propiedad que parece siente en verdad cuanto dice. Cuando todas las miradas están fijas en él, llama á la doncella y le pregunta si ha visto la carta; ella responde que ha oído leerla á su señora y le refiere su contenido.

»La señora está sentada en el fondo del teatro dando de mamar á su hijo. Al punto él le dirige una mirada tan expresiva y se manifiesta en su rostro tan viva satisfacción que todo el público manifestó su entusiasmo, advirtiendo que los chinos no aplauden con palmadas como se usa en Europa, sino con un ruido gutural que participa del suspiro y del gruñido. El marido para arrancar á su mujer la carta empieza á decirle las expresiones más tiernas. Se sienta al lado de ella; le pone suavemente una mano en el hombro, acaricia con la otra al niño de un modo tan exquisitamente natural y tan semejante á lo que podría ejecutar uno de nuestros mejores actores, que al verlo no pude menos de considerar cuán igual es la naturaleza humana en todas las latitudes, y cuán poco influyen las costumbres peculiares de los pueblos en la expresión de los afectos vehementes y profundos. La mujer resiste á los cariños y súplicas de su marido, salvando de este modo la vida de su padre.»

Además de los dramas que pueden llamarse de primer orden, tanto por su argumento como por los personajes que in-

tervienen en su desarrollo, hay otros más cortos y en donde está reducida su acción á dos ó más personas. Tal es la muy aplaudida *El componedor de loza*, representándose por el componedor y una señora doncella llama *Waug Niang*.

Del ligero examen hecho del teatro chino, resulta ser la diversión favorita de este pueblo, y por consiguiente, los muchos autores dramáticos que se han dedicado á este género de literatura, llegando á conocerse hasta quinientas sesenta producciones. Si bien es cierto que se observa en sus dramas la intriga defectuosa, los caracteres mal representados y poco sostenidos y la falta de las unidades de lugar y tiempo, sin embargo de estos defectos, que la crítica no puede menos de señalar, se ve en ellos tendencia á la fábula generalmente moral y desenlace favorable á la virtud. Entre los dramas más notables y por los cuales se conoce en Europa el teatro chino, merece citarse en primer lugar el traducido por el P. Premare, bajo el título de el *Huérfano de Chan*, que sirvió de fundamento á Voltaire para su *Orphelin de la Chine*, y puesto en silva castellana por D. Tomás Iriarte. El *Heredero viejo* y las *Pesadumbres de Hau*, traducidas al inglés por Dawis, y Bazin en francés las *Intrigas de una nueva Abigail*, la *Túnica comparada*, la *Cantora*, el *Resentimiento de Tang Ngo* y la *Historia de un laúd*.

El arte dramático entre los indios se presenta á nuestra consideración como una mezcla confusa de libertad y esclavitud; de un lado se ve al genio siempre fecundo de este pueblo oriental que en alas de su ardiente fantasía, se remonta á una región superior, no queriendo reconocer trabas de ningún género; de otro los preceptos se imponen necesaria é indefectiblemente á su prodigiosa imaginación, sujetándola, aprisionándola y haciéndola esclava de sus reglas y de sus principios; por eso el indio es un pueblo viejo y niño á la vez, tan profundo en la filosofía que ha elevado la ciencia á una gran altura, ideando sistemas que hoy admiramos con asombro, y tan delicado en la poesía, brillando por sus exquisitos sentimientos y reuniendo así un conjunto de cualidades tan opuestas, que cuesta trabajo comprender la genialidad de pueblo tan filosófico como artista. Allí se compadece el quejido lastimero del insecto hollado con la planta, y en cambio la viuda sube á

la hoguera; busca anhelante el placer, se goza en el deleite y la penitencia, el sacrificio y la abnegación petrifican al hombre, le aplastan bajo la eterna idea de la trasmigración: de esto resulta que carezca de esa armonía, elemento indispensable para constituir la belleza representada en la vida moral, intelectual y social de las naciones; de esa armonía, verdadera causa de la grandeza y del gusto en las obras artísticas.

Si la literarura latina, en la época de Augusto, se presenta rica y esplendorosa, adornada con las galas del genio y ostentando sus incomparables bellezas; si bajo la protección de este Emperador brilla, cual astro refulgente, sacando de sí propia toda la fuerza necesaria para producir esas obras que admiramos; si, no obstante de carecer de originalidad y ser fiel reflejo de la griega, puede y debe ser considerado como su siglo de oro el tiempo del sobrino de César por haber florecido en él los escritores de más pura latinidad: precisamente en esta misma época en la corte de Vicramaditya, la literatura indiana tomaba raudo y poderoso vuelo, debido á siete ilustres poetas, sobresaliendo principalmente Kalidasa, esplendente joyel, piedra preciosa de la corona de su Soberano.

No hemos de considerar á tan eminente poeta como el restaurador de los monumentos de la literatura de su país, ni como el filósofo, que estudiando la lengua patria, la perfecciona dotándola de más sonoridad, ni como el cultivador, en fin, de la poesía descriptiva en su poema de las *Estaciones*, lleno de bellezas: el triunfo de Kalidasa es la dramática y bajo este punto de vista hemos de estudiarle.

Tanta es la dignidad y nobleza en que tienen los indios á esta manifestación del espíritu humano, que no temen asignarla como origen á Bracma, libre por consiguiente de toda degradación y con un objeto puramente moral por su propia naturaleza: sus espectáculos los comparan en el placer que causan á la miel que hace saludable una bebida. Sus personajes son un dios ó un gran rey adornados con sentimientos los más tiernos y delicados; con ideas las más elevadas, reuniéndose en ellos las virtudes más preclaras para no descender de tan superior región. Los ministros, bracminas ó negociantes, intervienen en los dramas de una manera secundaria y ocu-

pando un orden más inferior. La pasión, alma y vida de las representaciones teatrales, conserva allí un lenguaje sostenido: el amor despojado de la sensualidad de los antiguos y de las puras abstracciones de los modernos, tiene allí su representación legítima, rechazándose la intriga con mujer ajena.

No sólo los personajes se diferencian entre sí por sus sentimientos é ideas, sino que hasta el lenguaje usado por unos y otros, es completamente distinto: así los héroes de sus dramas se explican en sanscrito; la heroína y sus mujeres en pacrito y los inferiores en un idioma todavía más vulgar. De esto parece deducirse no estaban destinados á ejercer su natural influencia en el pueblo en general por estar dedicados más exclusivamente á las clases privilegiadas, á los bracmanes; mucho más se confirma esta creencia si se tiene en cuenta que estas piezas se representan tan sólo en las fiestas solemnes, en la boda ó nacimiento de los príncipes, en las grandes ferias ó en otras reuniones numerosas.

La mitología indiana presta abundante materia á sus dramas. La intriga está reducida á una sencillez extremada; la acción es natural y su estilo puro y elegante. Los sentimientos vivos é intensos, las fuertes emociones y las grandes catástrofes están desterradas del teatro, razón por la cual bien puede asegurarse no se conocen entre ellos la tragedia en el genuino sentido de la palabra. Ni siquiera los diferentes géneros de dramas conocidos entre nosotros tienen allí su representación; los grandes crímenes que conmueven profundamente á la sociedad llenando de espanto y terror al individuo; los diversos accidentes de la vida humana en donde las contrariedades se suceden las unas á las otras, en donde alterna el placer con el dolor, la virtud con el vicio, y en donde se lucha incesantemente con la serie de dificultades que de todas clases se oponen al cumplimiento de nuestro designio; los veleidosos caprichos de la fortuna que ora eleva al hombre al pináculo de la gloria engrandeciéndole sobre los demás, permitiéndole satisfacer cumplidamente sus más ardientes deseos y sus más levantadas aspiraciones; ora le hace descender sumiéndole en la miseria, abatiendo el infortunio su espíritu y atormentándole el recuerdo de su perdida dicha; los terrores

engendrados por la desgracia que consumen y destruyen nuestras fuerzas, llenando al alma de profunda melancolía, ó el júbilo producido por la ventura ante la risueña perspectiva que en lontananza vislumbramos; nada de esto encontramos en los dramas indios y que son estos asuntos como la fisonomía especial, como el carácter distintivo del teatro entre nosotros, especialmente en los tiempos actuales desde que algunos escritores dotados de una rica imaginación, de condiciones verdaderamente poéticas, que somos los primeros en reconocer, han llevado á la escena española entre los vítores y aplausos de unos y las fundadas y justas censuras de otros, los accidentes de la vida íntima de la familia y de la sociedad, poniéndose á la vista del espectador cuadros nada edificantes en donde la virtud queda como oscurecida, el vicio triunfante, despreciada la honra, perseguido el bien, ensalzado el mal, deificado el crimen ó al menos justificado en parte, y por último, en donde bajo una versificación robusta, fluída, sonora y elegante, bajo una acertada distribución en el plan de la obra dramática, en el desarrollo de la acción y en el carácter de los personajes, se presentan asuntos que la moral reprueba, la sociedad rechaza y la virtud condena; pues bien al revés de lo que sucede en el drama europeo, en el indio las emociones excitadas son apacibles y tranquilas, el desenlance se obtiene de una manera natural, brota del mismo relato, la naturaleza humana está representada asociando lo serio á lo jocoso, lo sombrío á lo burlesco, y la acción desciende de una elevada esfera á otra más inferior y común.

Como los héroes del teatro indio habitan una región superior á la de los demás, no siéndoles permitido salir de ella, á fin de mezclar lo cómico con lo serio tienen á su lado el *vita*, especie de confidente, como el parásito griego, el cual se entrega á los trasportes de la alegría, de la risa, y sustentando el alborozo entre la compañía. Además del *vita* está el *vidusaka*, especie de bufón que habla por retruécanos y proverbios, da y recibe bromas, y con tal que no le falte la comida, sufre las impertinencias y hasta los malos tratamientos. Si en algún momento el auditorio se halla próximo á derramar lágrimas, perturbando aquella habitual calma, estado natural del espectador,

él lo distrae, tocando ó recordándole los placeres de la mesa.

Comienza generalmente el drama por un prólogo en que el director informa al auditorio de los hechos anteriores á la intriga y del pensamiento del poeta, dirigiendo al público expresiones lisonjeras para interesarle y despertar su atención. Sigue después la invocación á la divinidad, deseándole toda clase de felicidades á los concurrentes. No sólo faltan con frecuencia en estas composiciones las unidades de lugar y tiempo, si es que también la de acción. El diálogo está en prosa, hallándose en verso lo que es reflexión y lo puramente descriptivo.

Conocido ya el teatro indio en su estructura é interior contenido, citemos alguna de sus producciones más notables, con lo cual se concluirá de formar idea exacta de su argumento, distribución y plan de la obra. El *Reconocimiento de Sacontala*, la primera obra de Kalidasa, se halla escrita en tres lenguas diferentes, según queda hecho mérito, de conformidad completa con la categoría y carácter de los personajes, hablando los bracminas y el Príncipe en sanscrito, las mujeres y los autores secundarios usan el pracrito y una lengua particular, mezcla de palabras anticuadas y nuevas, los inferiores. Dusmanta, Rey de las Indias, llega á la ermita del piadoso Kanna, padre adoptivo de Sacontala, hija de la ninfa Menaca, se enamora de ella y se casa estando ausente Kanna. Al dar su mano pone la joven por condición que si da á luz un hijo, le conferirá el Rey el título de *yuva raja*, es decir, joven Rey, declarándole sucesor suyo. Dusmanta se separa de Sacontala, prometiéndola que muy en breve se presentará una espléndida comitiva para llevarla á su corte; mas lejos de suceder así, la olvida el ingrato. La madre espera infructuosamente muchos años, y acaba por llegar á presencia de su real esposo con su hijo, de edad de dos lustros. Dusmanta se niega á reconocerlo, hasta que una voz celeste declara que aquel es realmente su hijo. Entonces le recibe en sus brazos, pide perdón á Sacontala, diciéndola que había disimulado por miedo de que sus súbditos creyeran á aquel hijo nacido de un ilegítimo enlace, y explica el júbilo que experimenta en obedecer el mandato de los dioses. Tal es el asunto del drama, que como fácilmente se observa, ofrece tanta regularidad en el conjunto,

tanto enlace y encadenamiento en las partes, que causa verdadera admiración, llegando hasta el punto de creer es una producción debida á uno de los ingenios más ilustres de Europa y no de la India.

El mismo Kalidasa tiene, además, otros dramas monólogos como *La nube*; pero ni éste ni los demás que á tan insigne poeta se le atribuyen, puede en manera alguna ponerse al lado del que ligeramente hemos dado á conocer, su obra maestra, por el plan, por su estilo y por la acertada distribución de las partes.

Después de Kalidasa, el teatro entre los indios decae visiblemente sin que basten á contenerlo los esfuerzos del Rey Sudraka, Rhavabuti y Bracmina, poetas muy dignos de estima y á quienes se deben algunos dramas notables por sus elevadas miras, por su fisonomía nacional y por el diferente giro característico de nuestras obras europeas, ajustadas más ó menos al tipo griego.

II.

Si al hablar de la poesía dramática entre los chinos se ha podido observar la afición á los espectáculos teatrales; si le hemos visto cultivar este género poseyendo cualidades nada comunes; si pasando después al teatro indio y dotado de rica imaginación y exuberante fantasía, en medio de una sorprendente naturaleza en donde todo se presenta bajo formas verdaderamente extraordinarias, gigantescas, se ha encontrado á Kalidasa elevando á una gran altura la escena india, como lo prueba el análisis de sus más notables producciones, nada hay comparable con la elevación, grandeza y fastuosidad con que se presenta el teatro griego sin rival en las literaturas, modelo el más perfecto de poesía dramática y carácter el más precioso de su espléndida y admirable civilización. Para comprender el teatro griego, para formar idea de él es preciso olvidar por completo la pobreza de los nuestros al lado de la riqueza sin igual de aquél, fijarse en el objeto principal de estas di-

versiones, contemplar la belleza á través de aquellas brillantes creaciones debidas al genio siempre fecundo de aquel pueblo artista por excelencia, verle levantar estos suntuosos palacios del arte en sitios los más agradables á fin de ofrecer las más bellas perspectivas, dar cabida en ellos á los ciudadanos y extranjeros, adornarlos, no con decoraciones de lienzo pintado, sino con objetos reales, consumiéndose cuantiosas sumas; y en fin, sentir febril entusiasmo, gozarse con la alegría producida por las representaciones teatrales.

Si ahora pretendiéramos averiguar las causas que contribuyeron á elevar á esa gran altura la poesía dramática entre los griegos, la encontraríamos en las dos grandes formas poéticas, la epopeya y la lírica que precedieron á su desarrollo, refundiéndose ambas á dos en el drama. En efecto: los inmortales poemas de Homero de quienes, especialmente la Iliada, la crítica moderna no ve más que bellezas esparcidas por todo el cuerpo de la obra, considerándole como el modelo perfecto y acabado de la poesía épica, como el ejemplar típico al cual se ajustan las composiciones de esta clase, tomó de ella la narración distribuída en forma dialogada, se inspiró en su elevación y grandeza, en el asunto verdaderamente nacional para después ser llevado á la escena y despertar de esta suerte el interés de todo un pueblo como se deja ver en las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides; mientras que la poesía lírica le dió sus coros, su sentimiento, su inspiración, su entusiasmo, siendo el germen fecundo, el manantial perenne de sus representaciones teatrales.

El origen de la poesía dramática en su forma de *tragedia* nació de las ruinas de la epopeya, viniendo á representar en la historia del género humano el paso del heroísmo á los tiempos de la filosofía. El cantor de Aquiles había entonado himnos en loor de los dioses, semidioses y héroes, y los poetas trágicos acudieron á esa fuente inagotable de inspiración, descubriendo en las familias de aquellos héroes primitivos los personajes con sus crímenes y pasiones y formar con estos elementos el cuadro de la tragedia; de esta suerte respondía á esa tercera edad de los pueblos en que abandonando la profunda veneración religiosa y dominados por una ciega irre-

flexión de sus primeros días, se estudian á sí mismos y comienzan á pensar sobre su destino al contemplar sus pasiones y desvaríos. La tragedia, pues, señala el estado perfecto de la cultura helénica, reflejando al propio tiempo, no sólo el estado de las costumbres, sino el de las creencias religiosas. Era el hado, el destino, la ley superior á cuyo fallo estaban sometidos los mismos dioses, siguiendo fatalmente la suerte de los mortales, y ora fuera víctima de grandes pasiones, ora pesasen sobre el hombre los graves infortunios de la vida, ya le atormentase el recuerdo de abominables crímenes, ya las angustias é inquietudes hicieran harto penosa su existencia, siempre y en todas ocasiones esa fatal ley se hallaba pendiente de todos sus actos; ¿qué mucho se reflejase en el arte dramático? ¿qué mucho revistiese la tragedia esos sentimientos del dolor, la compasión, el terror y el llanto, siendo causa de remontarse sus poetas á la región de lo sublime? ¿qué mucho, en fin, conmovieran profundamente al ánimo del espectador haciéndole prorrumpir en abundantes lágrimas al poner ante su vista asuntos del mayor interés en los cuales estaba reconcentrada la grandeza y prosperidad de la nación ó su desgracia y abatimiento? De esta suerte se ve al hombre representado en el teatro griego, no sólo con las vicisitudes propias de su natural estado, sino que además aparece atado á las cadenas del destino que con mano inflexible traza las peripecias del porvenir; por eso la tragedia pinta la civilización helénica en su más alto grado, retrata los sentimientos grandes y heroicos valiéndose como de resorte del dolor, del terror y el llanto.

Por lo que toca á la comedia, la encontramos obedeciendo á otras necesidades de la vida de ese gran pueblo llamado Grecia. Si la tragedia había sido hija del heroísmo, la comedia lo fué de la desconfianza republicana: si la primera había asentado su imperio en el dominio del llanto y del dolor, la segunda vino á fijarle en el de la risa y de la burla; si aquélla, en fin, se proponía despertar los grandes sentimientos, ésta aspiraba á satirizar, sirviéndose del ridículo, las acciones que merecían ó inspiraban desconfianza y alguna vez envidia, dividiéndose el corazón humano entre las dos distintas formas de la poesía dramática, no á la vez y simultáneamente, sino en

su propio momento, y cuando hubo de consentirlo el progresivo desarrollo de la civilización helénica. Así se explica esa separación que advertimos en la tragedia y la comedia, sin ser posible traspasar los límites á uno y á otro género, impuestos por su misma naturaleza; así se puede rechazar la doctrina de aquellos críticos que suponen ser la comedia debida á la propensión que tiene el hombre de imitar sin otro objeto, y así, en fin, puede rechazarse igualmente la de aquellos otros que, sin reparar en la índole diferente de estos distintos dramas, creen fué obra de los poetas y no de la civilización y progreso de los griegos.

Expuesto el origen de la comedia bajo el punto de vista moral, si queremos ahora estudiar el histórico veremos que la tragedia apareció antes. Queda ya consignado sirvieron los poemas de Homero al nacimiento de las distintas formas que reviste la poesía dramática, la tragedia de la epopeya, pasando de la relación á la acción, y por consiguiente, de la *Iliada* y de la *Odisea;* la comedia de la sátira, es decir, del *Margités*, poema de carácter satírico, del mismo autor. Se dice además que los habitantes de un pueblo de Atica, llamado Icaria, acordaron inmolar un macho cabrío á Baco, dios del vino, ya fuese por haberse mostrado este animal irreverente contra él brincando y estropeando las viñas, ya por declararse su enemigo. Las canciones, las danzas y otras ceremonias de aquel sacrificio, se propagaron á los demás pueblos de la Grecia. Más tarde los vendimiadores, disfrazados de sátiros en los días consagrados á Baco, iban sobre carretas recorriendo las calles, poniéndose en ridículo unos á otros y llenando de injurias á cuantos encontraban. Sin embargo de ser este el origen histórico atribuído generalmente á la comedia, hay otros críticos que lo refieren de muy distinta manera. Cuéntase que gozando los atenienses de una paz profunda comenzaron, sin duda por pasatiempo, á vejar y maltratar á los habitantes del campo: entonces estos desgraciados se fueron á quejar á la ciudad, pero no se les hizo justicia. Resentidos con tan extraño proceder, imaginaron recorrer durante la noche las calles de Atenas, y dirigir á grandes voces improperios contra los que les habían hecho alguna injuria. No deja de tener fundamento

esta opinión al observar, ahora como siempre, ser este el único recurso del débil contra el fuerte, del oprimido contra el opresor, y ser el origen de la sátira, como puede también haberlo sido el de la comedia. Como quiera que sea, es el caso que pronto comprendieron los buenos resultados obtenidos por este medio, notando hacerse los ciudadanos más cautos y prudentes, por temor de exponerse al público sus injusticias y excesos; de ahí nació la idea de que hubiera poetas dedicados á hacer versos contra los que se atrevieran á abusar de su autoridad y riquezas. Se quiso después recitar estas composiciones en el teatro, estableciéndose premios para los más distinguidos poetas; pero no se arraigó, ni echó raíces, por decirlo así, tan pronto un género de literatura que exponía al ridículo las estravagancias de los ciudadanos: por eso, mientras la tragedia era cultivada brillantemente, su hermana la comedia, sin protección del magistrado, permanecía oscurecida, ofreciendo un espectáculo informe. Limitada al canto solo, no tenía actores, ni máscaras, ni decoraciones, ni aun acción dramática, siendo una verdadera sátira dirigida contra los que el poeta quería, ó se reducía también á canciones groseras destinadas á divertir á un populacho desenfrenado. Por último, se creyó podía contribuir este espectáculo á reformar las costumbres, y en tal concepto se *concedió el coro* á la comedia, y con esto se llevó al teatro lo cual sucedió en tiempo de Pericles.

Dejando á un lado ya las anteriores consideraciones respecto al origen de la tragedia y comedia griega bajo el punto de vista moral é histórico, veamos ahora la manera de desarrollarse en el pueblo helénico.

Nacida la poesía dramática del culto público en las fiestas de los dioses, consistía en los coros, los cuales cantaban y bailaban al son de la música, representando alguna fábula relativa á la divinidad, cuyas alabanzas celebraban. Así, según Herodoto, los habitantes de Sicione representaban por medio de coros las aventuras de Adrasto, atribuyendo el mismo historiador el origen de los dramas cómicos á los coros formados por los habitantes de Egina. Coros semejantes á los de ambas ciudades formaban parte de las fiestas de Baco en Atenas, celebrándose en la época de las vendimias, ó cuando se hacía la

cata del vino. La intervención de los coros en la tragedia, unida á las fiestas religiosas y á la solemnidad de los misterios, dieron á esta clase de composiciones un carácter popular y un origen más elevado.

Imperfecto se presenta el teatro en sus primeros ensayos, como acontece generalmente en el comienzo de toda producción artística; empero bien pronto se desarrolla tomando raudo y poderoso vuelo, llegando á un punto en que con asombro contemplamos. Así Tespis, contemporáneo de Solón, regularizó el coro y agregó un personaje, el cual decía un recitado ó representaba una acción; Frínico introdujo mujeres en la escena tratando asuntos puramente históricos, y Cherilo dió más pompa á los trajes construyendo en su tiempo los atenienses su primer teatro.

Después de estos precedentes aparece Esquilo corrigiendo los defectos de sus antecesores y elevando la tragedia á gran altura. Amenazada la independencia de su patria, lucha en Maratón y Salamina para luego continuar su tarea, estimulando el valor nacional con el aguijón de su musa. Añadió un segundo actor al que había introducido Frínico, haciéndole dialogar con el coro; á la tragedia le dió una escena singular, trages y decoraciones convenientes, procedimientos mecánicos y cuanto podía llamar la atención del pueblo más culto cuando se reunía en Atenas para celebrar las fiestas dionisiacas. El plan de sus piezas es en extremo sencillo, desconociendo el arte de enredar y formar la intriga. Todavía el coro toma una gran parte en sus dramas, constituyendo en algunos su parte principal, como sucede en *Las Suplicantes* y en *Las Euménides*. No obstante de las bellezas encontradas en el *Agamenón* y especialmente en el *Prometeo encadenado*, obsérvase poca cultura en su lenguaje, abuso en las metáforas, exageración en las imágenes y falta de conocimiento en las costumbres extranjeras, como se nota en los *Persas*, procurando inspirar más bien el terror que la compasión.

Vencedor en el concurso de los juegos, se presenta Sófocles elevando la tragedia á su mayor perfección. Si Esquilo remonta su vuelo á la región de lo sublime, Sófocles es digno de admirar por su nobleza; si el primero aparece en su intriga

defectuoso en extremo, en el segundo se le ve conducirla con maestría y genio; si aquél representaba seres imaginarios, éste reales y verdaderos. Por eso, comparados entre sí, Esquilo es muy inferior á Sófocles. Su versificación pulida y elegante, su locución flexible y fácil, la suavidad y las sencillas bellezas de estilo, unido á haber entronizado en la escena un tercer personaje dando á los coros parte menos directa en la acción, á sustituir la idea del destino á la de la Providencia, á conservar á los personajes la dignidad exigida por aquel ideal que forma el objeto del arte griego, á conducir el desenlace sin exageración en la expresión de los dolores combinando mejor los sucesos y distribuyendo los papeles con más tacto; todo, en fin, revela ser Sófocles superior á su competidor Esquilo.

El profundo conocimiento del corazón humano que revela en sus tragedias le hace sin disputa alguna gran maestro en el arte de pintar las pasiones, representando á los hombres como deben ser, concibiendo, por consiguiente, ese ideal de la perfección humana no realizada ciertamente aquí abajo, y permitiéndole presentir la existencia de verdades que están por encima del mundo real, sensible y fenomenal; así el *Edipo Rey*, *Edipo en Colona* y *Filoctetes*, sus grandes tragedias, son comparables por lo ideal y la pureza de las formas á todo lo que produjo de más perfecto la estatuaria antigua.

En Eurípides, la condición, el razonamiento y una minuciosa crítica son sustituídos á la inspiración, la fantasía y el sentimiento, mostrándose más retórico que poeta, coloca en la escena las costumbres de la escuela y del foro. En sus planes preséntanse los hechos particulares, destacándose en primera línea con detrimento de los de interés general, siendo su estilo enervado por falta de vigor é incurriendo á veces en trivialidades, causa de las frecuentes parodias dirigidas á él por los poetas cómicos. Si estos defectos apuntados por la crítica aparecen en Eurípides, también es indudable se hallan contrapesados por la pintura de las pasiones, principal mérito de sus obras, distinguiéndole Aristóteles con el calificativo del más *trágico de los poetas*; si á esto se agregan los efectos patéticos producidos por sus composiciones y la belleza moral

alcanzada en los grandes infortunios de la vida, no podrá menos de concederse que las tragedias de Eurípides merecen ser colocadas al lado de las de Esquilo y Sófocles; explicándose de esta suerte el que Racine le imitara con frecuencia, debiendo muchos atenienses, después de la derrota de Nicias en Sicilia, su salvación á los versos de este poeta, que por recitarlos se libraban de la muerte ó de la esclavitud.

En los tres poetas trágicos anteriormente citados, se reconcentra la vida del teatro griego, decayendo en el momento que desaparecen. No es mucho fueran consideradas sus obras por los atenienses como monumentos de gloria nacional: así Licurgo mandó, en virtud de una ley, se depositasen en los archivos del Estado copias exactas de las tragedias de estos tres célebres escritores, encargando á uno de los primeros magistrados la conservación de este depósito. Tanta era la pública estimacíón en que se tenían las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Así como la tragedia nació de los coros ditirámbicos, así también la comedia tuvo el mismo origen. Reuníanse los habitantes de las aldeas de Atica con el objeto de cantar los coros *fálicos*, en los cuales reinaba la más desenfrenada licencia: los actores eran conducidos en carros pasando de un pueblo á otro y llenando de sarcasmos á los transeuntes. Es indudable fué el coro el principio de la comedia, siendo el carácter distintivo de la antigua, suprimiéndose en la nueva tan luego como dejó de ser política.

La comedia antigua se hallaba caracterizada por una libertad tan completa, que degeneraba en licencia. Consistía en la sátira personal, no sólo contra los personajes más ilustres de la Grecia, sino hasta zahería y ridiculizaba á los mismos dioses, atacaba la virtud como lo hizo respecto de Sócrates, se burlaba de la moral, censuraba los actos del gobierno, sacando á los que tenían participación en el manejo de los negocios, convirtiendo la escena en verdadera tribuna; así Aristófanes, el poeta más célebre de la antigua comedia, se le ve censurar al pueblo soberano sus vicios, sus crímenes y debilidades, denunciar á los peligrosos demagogos, aconsejar la paz en medio de guerras intestinas y oponer el sentido común

á las argucias de los sofistas; así en las *Nubes* critica la educación muelle y verbosa, la manía de saberlo todo y el espíritu de introducir innovaciones en la moral y en el culto: al efecto, elige y toma la persona de Sócrates para hacerle blanco de su sátira mordaz, le considera como un sofista á quien es preciso castigar, y de tal manera lo expone á la censura pública, que no es aventurado suponer preparó esta comedia el fin trágico de tan eminente filósofo; y así también en las *Ranas* se le ve poner en ridículo á Eurípides ya difunto, personificando en este poeta el mal gusto literario, recuerda las palabras enfáticas y considera sus obras como infernales, diciendo que dos versos tan sólo de Esquilo exceden á todas sus tragedias, no mereciendo, por consiguiente, ocupar ningún puesto en el Elíseo más que Sófocles.

No era posible continuara permitiéndose tanta licencia en la comedia, lo cual dió lugar á la publicación de diferentes decretos prohibiendo nombrar á los hombres vivientes y atacar á los magistrados, y por más que en un principio no se cumplían tan sabias disposiciones, tan pronto como Lamaco, uno de los miembros del gobierno de los Treinta, después de la toma de Atenas, prohibió presentar en escena los acontecimientos contemporáneos y nombrar las personas, y sobre todo una vez concedido el derecho á todo ciudadano atacado por los autores cómicos para recurrir en queja á los tribunales, la *comedia antigua* perdió totalmente su carácter esencial, dando lugar á la media que duró hasta Menandro, sobresaliendo éste en la pintura de las costumbres y en la diferente manera de presentar los personajes.

He aquí reseñada á grandes rasgos, y en resumen nada más presentada la poesía dramática entre los griegos, apareciendo su teatro espléndido, rico, adornado con las galas de una imaginación exuberante y siendo todavía hoy fuente de inagotable inspiración para los actores contemporáneos.

No esperemos, al ocuparnos de la poesía dramática de los romanos, encontrar la fecundidad del genio, su originalidad y sus brillantes aptitudes como entre los griegos. La literatura romana, en este género como en los demás, no es otra cosa que la copia exacta, el fiel reflejo de la griega. El pueblo ro-

mano, guerrero y conquistador por excelencia, atento sólo á ensanchar su territorio, no siente ese entusiasmo por la belleza como el heleno; jurisconsulto, religioso hasta la superstición y con miras de engrandecimiento material, carece de ese instinto poético, propio de la raza que sacrifica todo por levantar un templo al arte, donde la expresión de lo bello es adorada como una deidad que desciende del Olimpo á morar entre los míseros mortales.

Vestigios esparcidos por diversos cantos son los que dan origen al teatro de los romanos. La institución de los *arvales* es su primer elemento, siendo el segundo los *examenta* ó cantos de los sacerdotes *salios*. El cultivo de los campos y más particularmente el fervor religioso expresado por una especie de delirio, excitado y acompañado de danzas y extrañas ceremonias, dieron lugar á ciertas inventivas satíricas dirigidas por los soldados á los triunfadores, á ciertas fiestas campestres celebradas en las cercanías de las ciudades, produciéndose en los asistentes la embriaguez y danzas que mezcladas con cantos *fesceninos* tenían cierta aparriencia dramática. Bailes de los aldeanos, cortezas de árboles cubriéndose el rostro, disputas alternadas formando prosa cadenciosa: hé ahí los primeros pasos del arte escénico, contribuyendo á aumentarlo la introducción en Roma de actores etruscos con motivo de la peste que asolaba á aquella populosa ciudad.

Aun ahora encontramos en algunos habitantes de la Sicilia costumbres que explican y reconocen como fundamento este origen del teatro entre los aldeanos del Lacio. La vida al aire libre, conservada y seguida por el hombre, el hábito del baile en las fiestas religiosas y profanas, la afición á los trajes chillones, el ponerse en camino al sonido de algún instrumento músico para ir á abrir la labranza y entrar en la siega con el tamboril y las castañuelas; todo revela el origen popular del teatro romano en lo antiguo.

Las improvisaciones poéticas de estas gentes sencillas unidas á las *fábulas atellanas* constituían una especie de teatro con sus personajes especiales y sus privilegios también particulares, representado en su origen por la juventud romana. Introducidos los actores desaparecen ya los escritores caste-

llanos, formando con la inspiración de cada uno un repertorio cuya obra no era de nadie.

Después de algunos ensayos más ó menos afortunados en el arte dramático, se reconcentra la escena romana en Plauto y Terencio, los dos más famosos poetas. Florecía el primero de éstos en la segunda guerra púnica, cuando Roma era combatida tan fuertemente por los cartagineses, y cuando el triunfo de sus armas era oscurecido por las brillantes victorias obtenidas por Aníbal. Era necesario, por consiguiente, mostrar en aquellos días de triste recordación para el pueblo romano el más acendrado patriotismo, á fin de no decaer ni un momento tan solo el entusiasmo, causa principal de sus inmarcesibles laureles. Plauto, pues, es uno de los poetas más fieles á los deberes de su patria. Sus comedias son el cuadro, muchas veces exacto, de los sucesos interiores, de las contrariedades, de los disturbios y emociones de la vida romana. Su genio sagaz y jovial le hicieron uno de los primeros cómicos de su tiempo. Al presentar los vicios de la sociedad en que vive, sabe evitar el resentimiento de los poderosos y complacer á los menos acomodados, logrando captarse las simpatías y atraerse al pueblo con quien parece ha vivido. Sus personajes obligados son la cortesana, el corredor de oreja, el criado que protege los vicios de su joven amo, el padre avaro, el parásito y el soldado fanfarrón. Se dicen mutuamente injurias, hacen monólogos interminables, ó se dirigen á los espectadores, haciendo las mayores obscenidades. Por eso la crítica al lado de las recomendables circunstancias que descubre en Plauto como poeta cómico, censura sus licencias y liviandades, su versificación descuidada, llegando hasta la grosería y el chiste del peor gusto.

Si Plauto había buscado sus personajes en la baja esfera de la sociedad, si se complacía en agradar al pueblo con sus obscenidades, trazándole y poniendo á su vista cuadros nada edificantes; Terencio, por el contrario, si bien se vale de cortesanas, han sido robadas en edad temprana, reservándose en sus comedias un lugar para la virtud. Además, se encuentra en este poeta la moral menos relajada, la sátira menos libre, el diálogo más espontáneo y escrito en términos más selec-

tos. Si á esto se agrega su pureza y elegancia, en medio de las rudezas y groserías de que se hallaba cargada la lengua, se comprenderá el distinto modo de concebir y llevar á cabo el teatro estos dos poetas.

Como se ve por la ligera exposición de la poesía dramática, entre los romanos puede asegurarse realmente no existe, al menos con carácter original. Quisieron hacer comedias, y para ellos traducir con alguna libertad se consideraba como obra propia, exclusiva de su genio: así, tanto Plauto como Terencio, no hicieron más que poner en latín las composiciones griegas de la época más reciente, sobre todo las de Menandro: el teatro, pues, romano desaparece y se oculta por completo entre la esplendidez, riqueza, fecundidad y grandeza del griego.

MARIANO AMADOR.

(*Continuará.*)

COSAS DE MADRID

Continuación (1).

INFORMES DE UN TESTIGO.

1823-1830.

UESTO que toda historia tiene algo de novela, quiero relatar en forma de cuento lo que de otro modo pudiera entristecer el ánimo de unos por la manera con que fueron vencidos, de otros por el uso que hicieron del triunfo que no alcanzaron. Dichoso quien, lejos de los acontecimientos, pueda considerar lo que pasó en 1823, cual pesadilla enojosa, referida por alguno á quien alcanzaron las consecuencias del sueño, que si olvidarlas no puede, dulcifica su amargura quitando á la narración lo que pueda tener de acerba.

Amaneció el 23 de mayo claro y despejado. La población despertó temprano; mejor dicho, en las casas de los liberales no se durmió; el oído alerta temiendo algún desmán anticipado, anuncio de los que se aguardaban, y la vista deseosa de columbrar los primeros fulgores del alba para salir en busca de refugio en barrios apartados donde no se conociese á los pros-

(1) Véase la pág. 161 de este tomo.

criptos. Casi era necesario el disfraz, y con mayor causa el retraimiento, ante unos enemigos exasperados por haberles arrebatado de las manos tres días antes la presa que contaban partir con las bandas de Bessieres. Un traje decente hubiera denunciado á los fugitivos, como sospechosos por lo menos, y si á esto se agregara sombrero blanco ó gorra de las llamadas *cachuchas*, puestas muy en uso, la sospecha se hubiese convertido en evidencia, y seguro estaba el más inocente de una mala ventura.

Era necesario acogerse con precaución, de callada y ocultando el sentimiento, al hogar hospitalario, abandonando el propio á la codicia extraña. Ni á la mujer hubiera garantizado el sexo, ni al anciano sus años. Esto se temía, esto se verificó en muchas partes, y si no fué general el procedimiento, no faltó voluntad á los agresores.

Causas bien diferentes desvelaron á los sectarios del absolutismo. Consideraban el día como suyo, y trataron de aprovecharle. Comenzaron sus entretenimientos, en tanto llegaba la hora de emprender cosas de más provecho, paseando en hombros algunos guardias españolas rezagados desde el 7 de julio: estos preliminares dieron ocasión á las turbas para congregarse, á lucir bandas blancas los más limpios de traje, con rótulos que decían: *Religión y Rey*: *esta es mi ley*, y á ruidosas vociferaciones; mas no pasaron de ahí. Aún guarnecían la plaza las tropas del General Zayas, y probado estaba que tenían la mano dura.

Por fin, como á las nueve de la mañana entraron en Madrid los soldados franceses, saliendo por la parte opuesta las tropas españolas, teniendo que mantener á respetable distancia á la plebe amotinada, rabiosa de que les hubieran impedido el saqueo.

En cambio no hubo género de aclamaciones que el populacho negase á los extranjeros. Ellos mismos se admiraban. ¿Es este el pueblo del Dos de Mayo? decían. Lo era en efecto; pero discorde, estraviado por los falsos tribunos, tan perjudiciales siempre, tan fautores del despotismo, ya se llamen Jacobo Clemente ó el P. Marañón, ya se nombren Marat ó Saint Just.

Era, por cierto, espectáculo singular el de aquellos *hijos de*

San Luis, procedentes del jacobinismo muchos de sus jefes, asistentes después á las ceremonias muslímicas en Egipto, donde al santo rey tanto hicieron sufrir los mahometanos, á la postre sujetos á un déspota coronado, y ahora entrando en la capital de los Borbones, que tanto lucharon por destronar, en correcta formación y luciendo su marcial continente por Fernando VII absoluto, con visos probables de restablecer la Inquisición en toda su integridad.

Cierto es, para mayor asombro, que ahora los comandaba el Duque de Angulema, descolorida flor de lis de la rama primogénita, y en vez de la bandera tricolor, emblema de la revolución, los cobijaba, cual protectora del catolicismo puro, la bandera blanca, enseña y primer guión de los Hugonotes, desde el famoso penacho de Enrique IV en la batalla de Ivry.

Todo esto pudo compaginarlo muy bien, sin duda alguna, la poética imaginación de Chateaubriand, que fué quien nos regaló tantos bienes; pero como el ilustre cantor de los castos amores de los salvajes americanos hay motivos para suponer que nunca estuvo seguro de lo que pensaba, le hay también para dudar que hubiera resuelto la dificultad, á ser preguntado.

La entrada de los franceses desencadenó las turbas. Su primera operación fué arrancar de la Plaza Mayor la lápida constitucional y arrastrarla por las calles con imponderable algazara. Hay que saber que dicha lápida constituía para los liberales una especie de símbolo sagrado, y pagaron en adelante muy respetables cantidades por sus pedazos, con riesgo de ser descubiertos, y para los realistas era un objeto de aborrecimiento profundo, cual resumen de cuantas maldades pueden imaginarse.

Algunos soldados de los regimientos suizos que formaban parte del ejército francés, ayudaron en su tarea al populacho, y aun hicieron más, que fué enseñarle el calificativo de *negros* que se dió á los liberales, procedente de haberle llevado las bandas de campesinos que en Francia, durante el reinado de Carlos V, acometían y saqueaban los castillos de la nobleza, por tanto impropio y sin aplicación en España.

Lo demás del ejército francés permaneció digno, y pronto siempre á evitar atropellos, especialmente el brillante cuerpo

de la Gendarmería, acuartelado donde hoy se halla el Teatro de Novedades, verdadera providencia de los perseguidos.

Es difícil formarse idea de lo que eran las turbas entonces. Nada de lo que hemos visto después puede compararse, por más que se haya visto mucho malo. Aquello era la verdadera representación de los *sansculottes* franceses que gritaban: *¡república ó muerte!* aullando en Madrid: *¡viva el Rey y muera la nación! ¡quiero cadenas! ¡que quiten ese comercio y pongan otro!* Las mismas vociferaciones obscenas, iguales cantos insolentes y tan desarrapado y sucio aspecto. Los hombres mal cubiertos con una camisa negruzca y desgarrada, la chaqueta al hombro, en la cabeza una gorra de piel de cordero, y la especie de mujeres que los acompañaban, harapientas, desgreñadas, con el semblante descompuesto por la cólera, arrastrando asidos á su andrajosa falda muchachos descalzos y medio desnudos.

Se paraban al frente de una tienda:—¿quién sabe leer?—voceaba el jefe; salía al frente el más entendido: *géneros del reino,* exclamaba; echaban la bendición al comercio y pasaban á otro, que si decía en la muestra: *géneros nacionales*, era irremisiblemente destrozada y hecha pedazos. En el intermedio se apaleaba á los que tenían trazas de liberales por llevar alguna prenda con colores verde ó morado, se asaltaban las casas sospechosas, se quemaban los muebles, si no lo impedía la autoridad francesa, y se cantaba la *pitita,* el *tirulé*, el *julepe* y el *serení,* canción única de que se puede trasladar alguna copla.

Cantemos alegres,
á lo serení,
tengo á mucha honra
ser un gran servil.

Se vió á la puerta de una tienda cierta mozuela que apostrofaba al dueño con los dicterios más soeces:—Pícaro, negro, que no me deja divertir con los guardias.—¡Válgame Dios, tratar así á su padre—dijo una señora, sabiendo el parentesco de la moza y el insultado, á un hombre de carácter que á su lado estaba.—Señora—la contestó,—la muchacha tiene razón: el padre ha sido miliciano.

La regencia provisional establecida dió las órdenes más draconianas contra los que habían apoyado al Gobierno constitucional, entre ellas, condenando á destierro á diez leguas de Madrid y sitios reales, á los redactores de los periódicos favorables á la Constitución. Con este motivo, fueron á reclamar sus pagas al director, los que habían escrito en *El Universal.* —Poco á poco, señores—dijo aquél,—no hay que precipitarse; en España lo primero es no obedecer, y luego determinar lo más conveniente.—Y tuvo razón, porque el acuerdo no se llevó á efecto.

Fué objeto de particular atención colocar de nuevo las cadenas sobre la puerta de algunas casas, según era costumbre ponerlas en las que visitaba el Rey, uso abolido durante los tres años anteriores. Se llamaba Casa de la Cadena, en la plazuela de Lavapiés, el edificio donde la familia real solía asistir á la procesión de San Lorenzo, y se llamó también Bodegón de la Cadena, uno de la calle del León, por conseja tradicional de que allí concurría disfrazado el Rey D. Pedro, deseoso de averiguar lo que se hablaba, y había otras casas infinitas que nada extraño tiene se apresurasen á restablecer su emblemático distintivo en unos tiempos en que se pedían cadenas á voz en grito.

Así pasaron días para la turbamulta maltratando á los liberales bajo cualquier pretexto, ya porque á los guardias les sentase mal el rancho, bien porque se prendiese fuego á la iglesia del Espíritu Santo, donde hoy está el Congreso, oyendo misa el Duque de Angulema y su Estado Mayor, que tuvieron que salir más que de prisa, y mejor que todo, con pretexto de salir á caza de los milicianos que volvían de Cádiz, á consecuencia de una solemne capitulación, hasta que llegó el caso del suplicio de Riego.

Este General fué preso, después de su derrota, en una casa de campo á media legua de la población de Arquillos, en la provincia de Jaén, el día 15 de setiembre, entre diez y once de la mañana.

Trasladado á Madrid al Seminario de Nobles, expidió la regencia una orden fecha 2 de octubre, dirigida al Gobernador de la sala de alcaldes de casa y corte, poniendo á su disposi-

ción la persona del General y mandando se nombrase un ministro del tribunal de toda confianza para que se procediera con urgente celeridad á la instrucción de la causa, conforme á lo dispuesto en el art. 3.º del decreto de la regencia de 23 de junio del mismo año.

El mencionado decreto disponía terminantemente la imposición del último suplicio á los diputados que hubiesen dado su voto á favor de las determinaciones acordadas por las Cortes en la sesión del 11 de junio, entre los cuales se hallaba Riego. Los acuerdos fueron declarar al Rey incapacitado, su traslación á Cadiz y nombramiento de una regencia.

En tal concepto era inútil la formación del proceso. Riego estaba juzgado. Sin embargo, la víctima marchó al suplicio cubierta con el manto de la justicia.

La sala comisionó al alcalde D. Alfonso de Cavia para instruir el sumario.

Ratificado el General en las declaraciones que prestó, se le hizo saber que la causa se hallaba en estado de acusación y que para su defensa nombrase procurador y abogado, á lo que contestó que no conociendo á nadie se les designasen de oficio.

El informe del fiscal de la sala, D. Domingo Suárez, es de corta extensión, pero testimonio del fanatismo é intolerancia de aquellos tiempos; notable por los errores jurídicos que en él se estampan, por el trastorno de sus ideas y por la vulgaridad y desaliño de su estilo.

Fué más bien que acusación fundada en hechos, una furibunda diatriva contra el General para terminar pidiendo contra el acusado confiscación de bienes y muerte en horca, con la cualidad de que del cadáver se desmembrase la cabeza y cuartos, colocándose aquélla en las Cabezas de San Juan y el uno de sus cuartos en la ciudad de Sevilla, otro en la isla de León, otro en la ciudad de Málaga y el otro en esta corte.

Previos curiosos, pero largos incidentes, se declaró conclusa la causa, señalando para su vista el 27 de octubre de 1823.

Reforzóse aquel día la guardia del tribunal con objeto de evitar los excesos que eran de temer en el acto solemne de la vista, por parte de las turbas desenfrenadas, y constituídos en su puesto el Gobernador de la sala y los alcaldes Gil, Cavia,

González y León, ocuparon sus asientos en medio del sordo murmullo de la muchedumbre, el fiscal de S. M. y el defensor del General Riego, D. Faustino Julián de los Santos.

Era éste conocido por sus opiniones realistas, mas los que le escogieron para abogado en tan notable causa, de seguro no esperaban la firme entereza de que dió muestra en vindicación de la justicia, hasta el punto de comprometer su vida.

A faz de la muchedumbre turbulenta tuvo el valor de sostener que, según las teorías y doctrinas del Gobierno constitucional que regía á la Nación en junio de 1823, aceptado por los pueblos y jurado por el mismo monarca, el General Riego, como diputado á Cortes, era *libre é inviolable* en sus opiniones y votos; por consiguiente, ninguna responsabilidad podía exigírsele por ellos, y que sería una injusticia manifiesta condenarle á muerte por este motivo, calificando de alta traición los votos que emitió, usando de un derecho legítimo, en la sesión de Cortes celebrada en 11 de junio de aquel año.

«Toda Europa, añade, se escandalizará si por esta causa fuese Riego llevado al suplicio.»

Cita el ejemplo reciente de Luis XVIII, no considerando acreedores á pena alguna á los diputados que votaron, durante los Cien días, la exclusión del trono de los Borbones, y continúa:

«Luis XVIII sabía que no podía castigar á los diputados sin castigar primero á toda la Nación que los había nombrado, porque sin este nombramiento anterior ellos no hubieran sido diputados.»

Mientras esto decía, bramaba de cólera el populacho, lanzando gritos de *¡muera!* y denuestos é interjecciones amenazadoras, procurando aterrar al defensor, quien tuvo que interrumpir su discurso varias veces, y hasta el Gobernador de la Sala, pareciéndole ya demasiado escandalosas las escenas que allí ocurrían, hizo aproximar al recinto la fuerza armada y que el jefe de la guardia, que era un comandante francés, se sentase junto al abogado, para defenderle contra la insolente plebe.

El mismo día se falló el proceso con arreglo al dictamen fiscal, con el aditamento de que fuese arrastrado el reo hasta

el lugar de la ejecución, cuya sentencia fué aprobada por real orden de 3 de noviembre, aunque sin usarse en ella la palabra *aprobar*, diciéndose únicamente, con marcada intención y estudio, que *S. M. se había servido determinar que se hiciese justicia.*

El día 5 se notificó al procesado la fatal sentencia y en seguida se le puso en capilla.

Cuéntase que hablando con su defensor en aquellos fatales momentos, le dijo estas notables palabras:—¿Conque el pueblo espectador en el día de la vista pedía á gritos mi muerte?... Tres años hace que me llevó en triunfo... Mas es preciso resignación.

Lo único que le contristaba eran las circunstancias ignominiosas de su muerte y las precauciones que se tomaron, creyéndole capaz de suicidarse. Se le negó un barbero que le afeitase y se quitaron las vidrieras á su cuarto. Bien lejos se hallaba de tal debilidad que reprobaba su conciencia.

Entre los oficiales franceses se dijo por entonces que dos de ellos solicitaron ver al sentenciado en la capilla.—General, un polvito—dijo uno de ellos presentándole la caja abierta, acompañando la acción con una seña harto significativa.—No puedo, soy cristiano—contestó Riego.—El tabaco estaba envenenado.

Pasaron los días de la capilla sin que el reo, ídolo del pueblo en otro tiempo, recibiese más consuelos que los de la religión y de su celoso defensor que nunca le abandonó, llegando el infausto 7 de noviembre en que el General D. Rafael del Riego salió de la cárcel de Corte para el suplicio entre un inmenso gentío que le acompañó hasta la Plaza de la Cebada.

Sin decaer de ánimo le vieron presentarse; mas al descubrir la estera en que había de ser arrastrado se le inmutó el rostro, dando marcadas pruebas de indignación y amargura.

Pasemos de largo ante los insultos que se le dirigieron en su dolorosa carrera. Es demasiado repugnante el hecho para detenerse á considerarle.

El lúgubre clamor con que las campanas de la iglesia inmediata de San Millán anunciaban el momento en que un sentenciado á muerte abandonaba el mundo, resonó en el corazón

de los liberales de Madrid como la despedida eterna de un hermano. Nadie recordaba sus errores; á todos afectaba su desgracia. Los que no elevaron plegarias por el descanso de su alma, creyeron desde aquel momento que sobre ellos pesaba la responsabilidad de tomar venganza de una sentencia efecto de la pasión política.

A los seis días verificó el Rey su entrada triunfal en la corte, y las demasías del vulgo aumentaron en intensidad. Volvió la camarilla y á ser preponderantes Ugarte y Chamorro. Se crearon los voluntarios realistas, entró en el Ministerio don Francisco Tadeo Calomarde y las comisiones militares ofrecieron numerosas víctimas al verdugo.

En vano luchaba el Gobierno de Luis XVIII por contener la reacción, apoyada por la Santa Alianza. Los buenos oficios de las tropas invasoras tenían que reducirse á garantizar las vidas y haciendas de los vencidos de un golpe de mano. Para obtener seguridad completa, el mejor medio era admitir un alojado francés, que siempre se veía partir con sentimiento.

Verdad es que por lo general se hallaban avergonzados del papel que se les hacía representar, y por cuantos medios les permitía la ordenanza, demostraban sus simpatías á los oficialmente vencidos.

El regimiento número 23, acuartelado en el convento de la Merced, hoy plaza del Progreso, amenizaba la última lista tocando los himnos patrióticos constitucionales.

Sin esto, la época de 1823 hubiera dejado atrás lo que se cuenta de algunas antiguas revoluciones de Oriente.

Al fin la barbarie por sistema no pudo sostenerse. Al llegar el año 1827, los realistas apostólicos se declararon en completa rebeldía y fueron tratados con el mismo rigor que se trataba á los constitucionales. El Rey marchó á Cataluña, y se ahogó en sangre la insurrección. Volvió á Madrid, y se le recibió bajo arcos triunfales, con inscripciones compuestas por escritores muy conocidos luego por su liberalismo.

Decía el de la Puerta de Atocha:

«Tiempo cruel, que aun el mismo desvelo
del mortal infeliz, maligno engañas;

del Rey más grande que nos diera el cielo
respeta aquí las ínclitas hazañas.»

En otro, elevado en lo alto de la calle de Alcalá:

«Todo era confusión, mas tú prudente
repartiendo favores por castigos,
supiste hacer hermanos de enemigos.»

Los favores fueron dejar permanente la horca en la plaza de la Cebada y fusilar á los prisioneros en Barcelona después de concederles indulto.

El mismo Soberano absoluto, sin cámaras ni camaranchones, como le aclamaban sus parciales, se rebelaba contra la imposición de sus intransigentes parciales; alguno de sus consejeros pertenecía á la escuela liberal; hombres de la misma gozaban influencia con el Monarca; sabíase que por su mano quedó en la chimenea el expediente de la Inquisición, se nivelaron los gastos con los ingresos, se llevó á cabo la primera Exposición de la industria en el Conservatorio de Artes, en la calle del Turco, y por fin se habían retirado de Madrid, Cádiz y Barcelona los regimientos suizos, últimos restos del ejército invasor, si bien dejándonos en cambio la policía secreta, la comisión militar y las cartas de seguridad.

Esta era la situación política, ligeramente bosquejada para mayor esclarecimiento del estado general.

Los madrileños, con su carácter alegre y comunicativo, le admitían de buena voluntad, unos satisfechos con el presente, otros confiando en mejor porvenir; pero todos buscando medios de recreo y diversión, que no faltaban por cierto, sin embargo de carecer de la magnificencia y aparato que vemos en los de nuestros días.

Sólo dos teatros seguían funcionando en la capital, el de la Cruz y el del Príncipe; pero en ellos brillaban por sus eminentes dotes actrices como la Concepción Rodríguez, Antera y Teresa Baus, la Virg, Llorente, Lorenza Correa, etc., y actores de reputación sin rival, como Latorre, Luna, Norén, Guzmán, Cubas y Fabiani, dignos é inmediatos sucesores de los famosos Máiquez y Caprara.

No es del caso nombrar otro pequeño teatro establecido en la calle de la Sartén poco después de 1827, donde funcionaba por privilegio (pues sabido es que sólo á una legua de la corte podían representar cómicos que no perteneciesen á los teatros de la villa) la compañía de los reales sitios, en el que lucían sus gracias las dos hermanas Chiquero, primer actriz la mayor, bailarina la segunda, ambas excelentes mozas, más recomendable la última por su peso que por la corrección de formas.

La pobreza escénica de aquel tiempo en trajes propios, decoraciones y maquinaria, con respecto á lo que ahora vemos, apenas será creíble para los que no lo han conocido.

El guardarropa de un actor principal venía á componerse de un traje que llamaban á la antigua española, siempre con su capita corta, gregüescos ó calzones, botas bajas blancas, amarillas ó encarnadas; sombrero de figura cónica invertida, con muchas plumas si era posible, y espada con vaina de color tachonada de relumbrones. Los vestidos de *luces* causaban grande efecto.

Otra vestimenta se usaba, llamada de *campaña*, no sé por qué, reducida á sustituir la capa de la anterior con una levita corta abrochada, amarilla, por lo general, con adornos negros.

Esta ropa era la más socorrida, pues servía no sólo en las comedias de capa y espada de nuestro teatro antiguo, sino en cualesquiera otras, no siendo de costumbres, ó bien de moros ó romanos.

Para estas dos últimas había trajes especiales; unos amplios calzones sujetos al tobillo para los primeros, chaleco bordado de lentejuelas, marsellé con relumbrones, gran turbante, babuchas, faja y un manto ó capa en la forma que su ingenio dictaba al que había de usarle.

En las tragedias, que por entonces se representaban muchas y bien, casi todas de la época griega ó romana, había mayor propiedad y esmero. Aun antes de 1827 se pusieron en escena *Virginia*, *Numancia* y *Junio Bruto*, con exactitud y conocimiento de tiempos y costumbres. En *Los Templarios*, *Blanca y Montcasin* y *Gabriela de Vergy*, salió á luz alguno de los levitines de campaña que dejo citados.

Las actrices entusiasmaban al auditorio casi sin variar el traje de su uso común, y por nada en el mundo hubieran omitido en la mano el pañuelo blanco, como recurso indispensable, así representasen la reina Semíramis ó la viuda del Malabar. ¿Cómo, si no, hubieran podido enjugar el llanto ó saludar disimuladamente á sus favorecidos?

Tal era, con algunas variantes en funciones extraordinarias, el equipo de un actor.

El decorado corría parejas con el vestuario. Selva larga, selva corta, jardín, salón regio, salón corto, casa pobre, cárcel, y de calle para los sainetes: hé ahí el catálogo de decoraciones que todos conocían, sin extrañarlo, á poco que concurrieran á los teatros. En ciertas funciones se variaba la escena añadiendo algún menaje indispensable, se ponían puertas en varias cajas de bastidores y no había nada que pedir.

Bien puede asegurarse que hasta la representación del *Edipo* nadie pensó formalmente en preparar una decoración especial para obra determinada.

La maquinaria adolecía de igual sencillez. Vuelos por las bambalinas, escotillones en el tablado, los *arrojes*, nombre que se daba á dos mozallones que con el peso de su cuerpo servían para subir el telón, dejándose caer desde el telar asidos á una soga; á esto se hallaba reducida la tramoya, hasta que por aquel tiempo se estrenó la famosa *Pata de cabra*, en condiciones muy inferiores, en cuanto á cambios y trasformaciones, de como la hemos visto después.

El Teatro del Príncipe tuvo la suerte de que lo tomase á su cargo D. Juan Grimaldi, modelo de empresarios y directores de escena, que á costa de gran esfuerzo é inteligencia reformó muchos defectos de los mencionados.

En este coliseo (como suele llamarse impropiamente) se puso en escena, como se ha dicho, *La pata de cabra* con éxito extraordinario. Venían de provincias las gentes á millares sólo por verla, entonces que un viaje era empresa difícil, y cada noche alcanzaba un triunfo de honra y provecho su autor y empresario el citado Sr. Grimaldi. El protagonista, Guzmán, reinaba sin rival en la escena que sus gracias amenizaban.

Fernando VII quiso ver tanta maravilla, y con él asistió la

corte de toda etiqueta. Y ¡cosa admirable! el famoso actor característico consiguió excitar la hilaridad de la eina RAmalia, con grande asombro de los palaciegos, que nunca vieron á la desgraciada señora dar muestras ostensibles de regocijo.

Holgándose el Rey de la satisfacción de su esposa, distinguió al eminente cómico de sus demás compañeros cuando subieron á ofrecerle sus respetos, alabando el discreto gracejo que tanto había complacido á la Soberana; pero á vuelta de los elogios quiso gozarse desconcertando al autor, según con otros acostumbraba, y le preguntó de improviso:—Guzmán, ¿hasta cuándo fuiste miliciano de caballería?—Señor, hasta que se me murió el caballo,—respondió sin titubear el interpelado. No esperaba el Monarca salida tan oportuna; mas no se enojó por ella, pues le gustaban los hombres de ingenio; alargó la mano al característico y siempre le conservó su aprecio.

En el de la Cruz comenzó por entonces la ópera italiana, alternando con la española al principio, dirigida primero por el artista catalán Sr. Munné, que dió comienzo, si mal no recuerdo, con la ópera *Coradino* ó *Belleza y corazón de hierro*, y á poco tiempo se oyeron artistas tan buenas como la Fábrica, Letizzia Cortesi, la Albini y la Tossi, y cantantes de reputación, entre los cuales sobresalieron Galli, Pacini, Trecini y Magiorotti, en las partituras *Il posto abandonato*, *Celmira*, *La Gazza ladra*, *Elisa y Claudio*, *El Barbero de Sevilla*, *Tancredo*, *La Cenerentola*, *Semíramis* y otras. *La Italiana en Argel*, *El Turco en Italia*, y aun *El Barbero*, alguna vez se cantaron en español.

El pueblo de Madrid, desde luego, admitió la ópera con entusiasmo, y acudía á ella con afán, pagando á los revendedores altos precios, por más que la reventa estaba prohibida con sumo rigor.

El coste de los asientos era 10 rs. las lunetas, bancos cubiertos de cuero, ahora trasformados en butacas; 8 rs. las lunetas de patio, con la madera al descubierto; 4 rs. los patios y 6 las galerías, colocadas á los dos lados de la platea, donde ahora los palcos de este nombre; 40 rs. los palcos principales y 24 ó 30 los segundos, 8 rs. las delanteras de cazuela, sitio al frente del escenario, destinado á las señoras; 5 rs. los asien-

tos numerados de la misma y 4 rs. lo que pudiéramos llamar entrada general. En la tertulia, sita en lo más alto del teatro y dividida en dos partes, con separación de ambos sexos, costaba 8 rs. la delantera y 4 las demás localidades.

El apartamiento de señoras y caballeros era absoluto.

Un lleno completo ascendía por lo común á 9.000 rs.

Á los precios de tarifa había que agregar cuatro cuartos en los palcos y lunetas, y dos en los billetes menos preferentes, subsidio destinado á los establecimientos benéficos.

Las funciones comenzaban en invierno á las seis de la tarde y á las ocho en verano, no pudiendo durar menos de tres horas.

Presidía la representación uno de los dos tenientes corregidores, auxiliado por su ronda de alguaciles, y si era preciso por la fuerza militar, puesta á sus órdenes, de la que colocaban centinelas á caballo en las avenidas del teatro y con fusil y bayoneta en todas las dependencias interiores del coliseo, desde la cazuela y tránsitos á los cuartos de las actrices hasta junto á la tinaja del agua destinada á los servidores de la empresa.

Verdad es que la autoridad con ninguna otra fuerza efectiva contaba para hacerse respetar.

Por aquel tiempo fué asunto grave para la presidencia el llamado de las *peinetas*. La usaban las señoras, de tamaño enorme, bien en forma de teja ó ya de calzador, sobre las cuales colocado el velo ó escarolada mantilla, resultaba un promontario á manera de mitra, que impedía en gran manera la vista á los que estaban detrás.

Mal conformes las entonces llamadas manolas, que por lo común no adornaban su cabeza con mueble de tan desmesuradas proporciones, reclamaban á voces su derecho á ver el espectáculo, y sabido era que según el carácter respectivo de los dos señores tenientes, Cavia ó Rubio, que alternaban en la presidencia, la solicitud se negaba, imponiendo silencio á las demandantes, ó se concedía, haciendo despojar de su elevado adorno las cabezas mujeriles, pues en esto se hallaba discorde la jurisprudencia de ambos magistrados.

El repertorio especial de obras dramáticas con que cada co-

liseo contaba, le componía el rico tesoro del teatro antiguo, salvo parecer del censor, de que luego hablaré, pues comedias como *La vida es sueño* y *Sancho Ortiz de las Roelas* llevaban consigo el anatema que se extendía á *La Raquel, El sí de las niñas* y la mayor parte de las nacionales y extranjeras publicadas desde principios del siglo. Gran milagro fué que pudieran librarse *La huérfana de Bruselas, Treinta años ó la vida de un jugador* y varias de igual índole, que alternando con *Las ruinas de Babilonia, El desertor húngaro* y *Eduardo en Escocia,* bastaban para sostener la temporada cómica durante el año, excepto la Cuaresma, en que irremisiblemente cesaban las diversiones públicas.

A esto hizo alusión el famoso característico Fabiani al cantar cierta noche en la tonadilla del Trípili, estrenada por entonces, la siguiente copla:

¿Sabes en qué se parece
El cómico á la sardina?
En que á los dos los entierran
El Miércoles de Ceniza.

Los autores dramáticos eran escasos, por más que desde la noche del 14 de octubre de 1824 se había dado á conocer el que luego valió por muchos, D. Manuel Bretón de los Herreros, con su primer comedia, *A la vejez viruelas,* ensayada por el famoso Caprara y admirablemente ejecutada y aplaudida en el Teatro del Príncipe; siguiendo á ésta, en el período que trato de bosquejar, *Los dos sobrinos, El ingenuo, Achaques de la vejez* y *A Madrid me vuelvo,* base de su popularidad como escritor.

El teatro, decadente como nunca, arrastraba una existencia ficticia y artificial: sólo reunían espectadores las óperas de Rossini y Mercadante; sólo tenían eco las armonías de la música italiana. A cargo de los mismos actores las compañías de verso, pobres de numerario, por más que su voluntad anhelase para el poeta una decorosa recompensa, apenas podían brindarle un corto obsequio parecido á una limosna.

Por otra parte, la constancia más intrépida, la paciencia de

un bienaventurado no era posible resistiese á la implacable censura de teatros. La ejercía, como también la de novelas, el padre victorio Fr. Fernando Carrillo, y jamás hubo representante que secundase mejor las intenciones de la administración á quien servía.

Sin crítica racional, ira ni saña, antes bien con espíritu franco y expansivo, destrozaba ó condenaba al silencio las obras de ingenio que caían bajo su férula. Estaban proscritas de su vocabulario las locuciones *ángel mío, yo te adoro*, y otras semejantes, y en cierta ocasión negó el pase á una tragedia por los siguientes versos:

Aborrezco y detesto la victoria
Manchada con la sangre de un hermano,

sospechando si aludirían á su convento, así como en otra ocasión no permitió á un personaje dramático decir:

Tan sólo he conservado en mi desgracia
Mi espada y el desprecio de la muerte;

y para desvanecer toda idea de suicidio, sustituía el último verso con el que sigue:

Me voy, me voy, que estar más aquí no puedo.

El Sr. Gil y Zárate conservaba el original de su tragedia *Don Rodrigo*, censurado por el obeso fraile con esta observación, digna de citarse: *Aunque, en efecto, haya habido en el mundo muchos Reyes como D. Rodrigo, no conviene presentarlos en el teatro tan aficionados á las muchachas.*

Y sin embargo, para este ciego é inflexible censor, las comedias de Tirso de Molina tenían cédula de impunidad, pues según decía, hubiera sido un sacrilegio suprimir en ellas una letra, y su afición era tal, que siempre que se representaba alguna los días festivos por la tarde, aparejaba merienda el conserje del teatro para recibir dignamente en su habitación al P. Carrillo, que acudía á ver la fiesta desde las ventanas ó claraboyas que daban á la escena.

He ahí el personaje con que luchaban á brazo partido algu-

nos de nuestros ingenios al dar los primeros pasos en la literatura dramática, de que luego han sido gala y ornamento.

En cambio de tantas dificultades, las corridas de toros llegaron á su apogeo.

Sabida es la extraordinaria afición de Fernando VII á esta clase de espectáculos, y su acreditada competencia para dirigir una plaza, nadie ignora que reformó la de Madrid, sustituyendo asientos de piedra en los tendidos á los de madera, y demostrado se halla que el público ha cedido algún tanto en sus aficiones taurinas, puesto que para una población de 170.000 almas había una plaza capaz de contener 12.000, y en la actualidad, para más de 400.000 personas, basta un circo que 14.000 llenan cómodamente, y por fin, que las corridas se celebraban por mañana y tarde los lunes, para que los concurrentes no perdieran la misa, que de seguro habrían perdido pasando el día entre el circo y sus alrededores.

El redondel era de 1.100 pies en círculo, y los palcos 110, bajo los cuales estaba la grada cubierta, de tres órdenes de asientos, con otros al pie llamados delanteras, siguiendo á éstos el tendido y contrabarrera.

Los diestros y toreros justificaban la reputación de aquella época, considerada como una de las más brillantes de la tauromaquia.

Entre los matadores sobresalían el nunca bien ponderado Francisco Montes y el intrépido Roque Miranda; de los picadores debo citar á Francisco Sevilla, notable por la fuerza de su brazo y su valor, que rayaba en temeridad, y Antonio Sánchez (a) Poquito Pan, y como banderilleros al célebre Marianillo, conocido por Picharache, y José Calderón (a) Capita.

En aquellos años dieron principio en Madrid, con buena fortuna, las funciones ecuestres, en el primer circo que estableció Mr. Paul de una manera permanente, en la calle del Caballero de Gracia.

Los paseos era otra de las distracciones de Madrid en 1827, tan verdaderamente magnífica, que no hay ninguna igual en el día con que poderla comparar.

Con frecuencia se dice que en un sitio ha concurrido cuanto de buen tono y distinción encierra la corte; pero nunca con

mayor justicia se dijera que refiriéndose al Salón del Prado en aquella época.

Desde la familia real, marchando en orden, según la edad y categoría de las personas, conducida en soberbios trenes de toda etiqueta, á que daban escolta los escogidos y lujosos Guardias de Corps, hasta el modesto vecino, deseoso de lucir su traje nuevo, al Prado acudían todas las clases en agradable concierto.

Allí la dama aristocrática, á pie ó en coche, se presentaba tan bien prendida como ahora en un baile, ostentando sus ricas joyas, por las que había pasión entonces; se entiende, las señoras casadas, pues las solteras vestían por lo común con gran sencillez; allí los elegantes cobraban fama de buen gusto por sus fraques verdes ó azul claro con botón cincelado, ó sus levitas de cúbica, en verano, forradas de raso blanco, cortadas por Fligaus; sus pantalones color corinto, última perfección de la tijera de Utrilla, y si de militares se trata, por las bien entalladas casacas, obra del famoso Wartelet, sin competencia para realzar los hermosos uniformes de los diversos institutos de la Guardia. Allí los graves consejeros, altos funcionarios y señores alcaldes de la casa y corte de S. M., éstos de toga algunas veces con sombrero de teja, hacían alarde de sus condecoraciones, pues quien las tenía las usaba de ordinario; y al lado de aquéllos el rico propietario, el acaudalado comerciante, ufano con la rica pedrería en diges y sellos pendientes de la cadena de su reloj, y el menestral de reputación, alternando todos con la decorosa familiaridad que los demás pueblos envidiaron siempre al de Madrid, y no sabré decir si envidian todavía.

Un momento solemne daba tregua al animado bullicio.

Cuando el lucero vespertino brillaba en el cielo anunciando el término de la carrera del sol, se oía en la pequeña iglesia de San Fermín el toque de la oración, y entonces las conversaciones cesaban, los carruajes detenían su marcha, ya fuesen de Reyes, de magnates y de particulares, los paseantes quedaban inmóviles, y con la cabeza descubierta, rezarían ó no, mas nadie interrumpía el silencio profundo hasta que la campana dejaba de oírse, y los concurrentes, después de darse las buenas noches, continuaban su paseo.

En una de aquellas tardes fué cuando D. Francisco Javier Castaños y D. José Zambrano, Ministro de la Guerra, que acostumbraban pasear juntos y sentarse indefectiblemente en el mismo banco, encontraron en el asiento escrita con carbón la redondilla que sigue:

El Director de la Guerra
y el vencedor de Bailén
descansan en esta piedra.
Requiescant in pace. Amén.

A Zambrano cuéntase que no le hizo gracia; á Castaños divirtió la ocurrencia y fué el primero á publicarla.

Compartían con el Prado la preferencia del buen tono el Retiro y Jardín Botánico. En éste las señoras no se presentaban de otra manera que con la cabeza descubierta y el velo ó mantilla en el brazo, y en una y otra parte estaba rigurosamente prohibida la entrada al que no llevase traje decente.

En las noches de estío no se hallaba menos concurrido el Salón que por la mañana y tarde desde la una en invierno; cuadrillas de ciegos, catalanes por lo común, diestros en tocar varios instrumentos, organizaban conciertos al aire libre, que hacían la estancia hasta las doce sumamente agradable.

Además de estas recreaciones, las había particulares en abundancia. Los bailes eran frecuentísimos; no se necesitaba aparato; con algún aficionado á tocar la guitarra, que nunca faltaba, era lo suficiente. Si podía añadirse violín, se consideraba la fiesta completa. Y no se crea que esto sucedía entre personas de poco más ó menos, que por cierto pudiera citar casas de alto rango, donde el dueño era el primero á tañer una vihuela, y la señora ó señorita en divertir á los contertulios, dando muestras de su habilidad al piano.

Todo se daba por bien empleado, á costa de contentar la afición que por el baile había. Bailaban jóvenes, personas de edad madura y grandes dignatarios, sin que nadie lo extrañara. Y cuenta que no era cosa de danzar de cualquier manera, sino que por la habilidad se calificaba al sujeto, pues el arte de Terpsícore formaba parte integrante de la buena educación,

y no era posible ejecutar con gracia los batimanes, pasos vascos y escapadas que entonces se usaban, sin haber recibido lecciones del elegante Vellucci ó Vensano, cuando no de Miquel ó Besuguillo, de reputación acreditada en las varias escuelas del arte coreográfico.

Las funciones caseras dramáticas, sombras chinescas y juegos de manos, se multiplicaban como por encanto. Los jóvenes que acertaban á combinar una asociación en cualquiera de estos géneros, tenían hecha su fortuna, según lo atendidos y solicitados que se encontraban. Verdad es que las exigencias no eran grandes.

Por la sencillez de ornamento usado en los teatros principales puede comprenderse al extremo que llegaría en los particulares. La amistad, la buena armonía que reinaba entre los concurrentes lo disculpaba todo, y por si esto no bastase, hubo compañía de aficionados que pintó en el telón de embocadura advertencias como la muestra:

Aquí se viene á gozar
cuanto al deber es conexo,
y en honor al bello sexo
no se permite fumar.

Y con esto y la autorización del alcalde de barrio, cuyo permiso era indispensable en toda reunión habitual, la histórica linterna, puesta en sitio preferente, y á veces la presencia del funcionario local en la sala, pasaban las horas hasta la de media noche, en que se deshacía la reunión, marchando cada cual á recogerse, de prisa y por el camino más corto, procurando evitar un tropiezo con los carros de la limpieza nocturna, algún encuentro con los rateros que á favor de la oscuridad ejercían casi á mansalva sus fechorías, y si la mala ventura ponía al paso alguna ronda ó patrulla, eludirla con disimulo, á fin de no exponerse á interrogatorios de una autoridad meticulosa, que á fuer de preguntar quién era cada uno, de dónde venía y á dónde iba, pudiera concluir dando en el *vivak* (así se llamaba el sitio que hemos conocido con el nombre de *Principal* en la casa de Correos) con la persona

más recomendable. De tan poco servía la carta de seguridad de que todo individuo tenía obligación de proveerse anualmente, por el precio de cuatro reales.

Una vez dicho que los robos en las calles eran frecuentes, debo añadir que se corrigió este exceso tan pronto como se sujetaron los delitos de hurto á una comisión militar, que aplicaba la pena de horca con arreglo á la *Novísima*, cuando el valor de la cantidad hurtada excedía de una peseta.

La ley fué cumplida con un rigor terrible. Doce cuartos y una navajilla llevaron á un hombre al suplicio, y una mujer fué sentenciada por robo de un almirez, suspendida la ejecución por hallarse en cinta la delincuente, é indultada por intercesión de la Reina Amalia.

Esto, unido á la persecución de vagos y gentes de mal vivir, concluyó en absoluto con el robo, en términos que por evitar sospechas uno de los más famosos jefes de ladrones, se vió reducido á trabajar de peón de albañil.

Apuntes para los que sostienen que la pena de muerte es ineficaz y no escarmienta.

Con frecuencia la policía verificaba una especie de ojeo en las horas de trabajo por los billares y cafés, aprehendía los hombres que en ellos se hallaban, y conduciéndolos al Principal por medio de Madrid en la mitad de la mañana, allí verificaba una especie de averiguación sumaria de quién era cada cual, resultando muchos condenados á servir en la marina ó el ejército como incursos en el delito de vagancia.

Puede contarse entre las diversiones de entonces la costumbre de esperar á los Reyes á su vuelta de paseo. Se permitía llegar hasta la meseta de los Leones en Palacio, y durante la subida de las personas reales cualquiera tenía facultad de besar la mano á los Monarcas, ya que no les entregase alguna solicitud, que el Soberanó recogía de buen grado, al parecer, cambiando á veces su palabra real con las súplicas que el demandante le dirigía.

Merece referirse un lance ocurrido en uno de estos casos.

Llegaría Fernando VII al promedio de la escalera, cuando un hombre de gentil presencia y aire marcial se arrodilla, presentando un papel doblado y exclama:—¡Gracia!—Se de-

tuvo el Rey, y de una ojeada examina aquella fisonomía expresiva y tranquila ante su imponente majestad, que á tantos desconcertaba.—¿Quién eres? ¿Qué has hecho? le pregunta.—Señor, le contestó el suplicante, he sido capitán del regimiento de Almansa. En 1820 dijo V. M. *marchemos, y yo el primero,* y dije sin vacilar: yo el segundo. Ahora dice V. M. *me han engañado,* y yo digo: á mí también, y por esto, señor, me encuentro indefinido.

Una ligera sonrisa vagó por los labios del Rey, y tomando la solicitud entre mohino y satisfecho, contestó al interesado: —Vé mañana al Ministerio de la Guerra, y sabrás mi resolución.

Con efecto, acudió el atrevido militar donde, así como pudo haber encontrado el principio de una sentencia de muerte, halló una real orden reponiéndole en su antiguo destino, contra el decreto que inhabilitaba á todos los oficiales de su regimiento, por el hecho de ser el que escoltó al Rey desde Sevilla á Cádiz, suspenso de sus regias prerrogativas, como privado del uso completo de la razón.

Otra de las causas que fomentaban en Madrid las reuniones amistosas y familiares, era el poco aliciente que ofrecían las tertulias de café. Aún se juzgaba, según creyó Moratín, que en aquellos sitios sólo se debía tomar y marcharse; se desconocía la necesidad que muchos se han impuesto de respirar durante largas horas una perniciosa y viciada atmósfera, ni se abusaba del excelente fruto, muy bueno usado con parsimonia, pero engañoso por el bienestar ficticio que proporciona á los que á él se entregan por hábito, y sin embargo, desde la época constitucional, el número de los cafés se había aumentado considerablemente, aunque sin arraigar la costumbre de asistir á ellos, pasado el fascinamiento político que los sostuvo.

La especie de sótano conocido con el nombre de Botillería de Canosa, sito en la Carrera de San Jerónimo, había perdido su importancia; seguíale en antigüedad la Botillería de Pombo, en la calle de Carretas, con sus quinqués clavados en la pared y despidiendo un tufo infernal, sus mesas largas de pino, pintadas de color de chocolate, y un banco á cada lado, á la

manera de un galgo entre sus dos crías, según comparación de un autor contemporáneo. Era de ver la solicitud de las familias por encontrar sitio á ciertas horas, pues el establecimiento tenía fama para leche amerengada, y no había que perder tiempo, ni una vez hallado espacio, sentarse antes de acoplar con inteligencia en su justo nivel la mesa y bancos de forma que no tambalearan, pues la igualdad del piso dejaba bastante que desear y era fácil, sin adoptar las precauciones debidas, que la inquietud de los comensales de pocos años diese al traste con todo.

Seguía en reputación el café de Levante, en la calle de Alcalá, preferido por los jugadores de billar, chaquete, damas, etc.; el café de la plazuela de Santa Ana (vulgo de la Nicolasa), los de la Fontana, Malta, Lorencini y Solís, y otro en la calle de Carretas, con entrada por la plaza del Angel, donde después estuvo el café del Espejo, cuyo nombre no recuerdo, pero sí que superaba á todos en decorado, y adoptó sillas desde luego, y el gran primor de alumbrarse con arañas de cristal colgadas del techo, sin atraer por eso mayor concurrencia.

Años antes se estableció en el Tívoli un café de verano, verdaderamente con lujo en estatuas y servicio, sin dejar apenas memoria de su existencia por lo rápida.

El billar del Morenillo en la calle del Príncipe es digno de recordarse, tanto por las buenas mesas que contaba, como por ser punto de espera, antes de comenzar las representaciones, de los eminentes actores Latorre, Luna, Guzmán y Cubas.

Escasa de aguas la población hasta el extremo, y el calor excesivo, adquiría verdadera importancia durante el estío un gran puesto de agua de nieve, establecido al aire libre en la calle de Carretas, esquina á la casa de Correos. No se tenga por nimiedad citarle, pues tal era la concurrencia, que dificultaba el tránsito y costaba larga espera satisfacer la sed á los que de lejos venían á proporcionarse una satisfacción que sólo allí encontraban al precio de cuatro maravedises el medio cuartillo. Por entonces también comenzaron á establecerse con éxito en el Prado los aguaduchos de la fuente del Berro.

Justo es decir de las alojerías algo más de lo dicho en el capítulo anterior.

En 1830 aún había cuatro en Madrid. Dos en la calle de Toledo, una en la de la Montera y otra en la Puerta del Sol. A ellas acudían los aficionados al saludable y bastante grato refresco, conocido con el nombre arábigo de *aloja*, servido invariablemente en enormes tazones de vidrio con dos asas, costumbre oculta en la noche de los tiempos.

Los dueños de botillerías y cafés trabajaron con empeño por evitar la competencia de los alojeros, y á fuerza de esparcir patrañas acerca de los ingredientes que suponían entrar en la composición de la aloja, y aprovechándose del inoportuno secreto con que se manipulaba, lograron hacerla olvidar, si bien cayó sin pedir gracia ni admitir condiciones, tan barata, original y en la misma forma que la trajeron los sectarios del Korán.

Quisiera pasar de largo ante las fondas conocidas entonces, tan diferentes de lo que ahora vemos, que no hay ponderación al suponer que si uno de aquellos modestos vecinos hubiera podido trasladarse por arte de magia á los restaurants actuales de Fornos y L'Hardy, se le hubiesen hecho poco en su comparación las maravillas de *Las mil y una noches.*

Había pocas fondas, oscuras por lo general, sin nada que recrease la imaginación; si el gusto quedaba satisfecho, no había que contentar á los demás sentidos; se pagaba la cantidad, no la calidad ni la forma; pretender adornos en el centro de la mesa, flores, fruteros ó ramilletes, hubiera sido pensar en lo excusado; aquel sitio se necesitaba para los manjares que se servían en toda su integridad, se trinchaban como Dios daba á entender y se repartían entre los comensales por el más esperto ó el más atrevido. No dudo que entre los gastrónomos ó fondistas pudiera encontrarse alguno sabedor de que existían vinos con el nombre de Burdeos, Borgoña y Champagne, mas era cual ahora se tiene noticia del hatchis ó del néctar, por referencia histórica ó tradición mitológica. Quien á otra cosa extendía sus aspiraciones se guardaba de manifestarlas como de pedir el ave-fénix ó cotufas en el golfo.

Los convidados rodeaban la mesa en amor y compañía,

eso sí, enganchaban la punta de la servilleta en el ojal, ó los más precavidos la anudaban por detrás del cuello, garantizando mejor la pechera de las salpicaduras de salsa que la poca destreza del encargado del arte cisoria pudiera ocasionar, y con buen apetito y ninguna aprensión se llegaba al cambio de finezas entre los individuos de distintos sexos, á las mutuas frases de galantería y agradecimiento, en que tanto podía lucirse el discreto y bien educado, á las trasparentes indirectas y tiernas miradas, que suplían cuanto al festín faltaba de ostentoso.

Seguían á esto los indispensables brindis, en verso siempre, por más que el brindador careciese de inventiva, pues á mano estaba la sabida canción de Meléndez Valdés:

Bebamos, bebamos
del suave licor,

ó la especie de décima vulgar que comienza:

Agua pura, cristalina,
madre de ranas y sapos,

que sacaba del paso á cualquiera con seguro aplauso y general contentamiento.

Las fondas más acreditadas eran la de Perona en la calle de Alcalá, la del Caballo Blanco en la calle del Caballero de Gracia, la de Europa en la de Peregrinos, otra en la del Carbón; la de la Alegría en la de la Abada, punto de reunión de los extranjeros, que sin duda llevaba su título por contraposición á su lobreguez y tristeza, y una en la calle del Carmen de cierto italiano, Sr. Bambucheli, que hizo negocio aderezando ternera mechada y sirviéndola en unos callejones, que no salas, capaces por sus adherentes de quitar el apetito al mismo Ugolino si en la torre donde murió de hambre los hubiera encontrado.

Sin embargo, cual demostración de que nunca el mal domina en absoluto, se hallaba en la calle del León la pastelería de Ceferino, que aún en el día pudiera figurar á la cabeza de los establecimientos de su clase.

La fonda de Genieys en la calle de la Reina apareció como

un notable adelanto poco después de cuanto he procurado bosquejar.

Suplían la falta de sitios donde satisfacer la gastronomía, las comidas en el campo, muy frecuentes á la sazón, pudiéndose contar como época de su mayor número la temporada de baños en el Manzanares, pues la merienda era indispensable, bien fuera comprada en las casillas del río ó llevada de casa por los de gusto más delicado.

Establecimientos balnearios había pocos, llevando entre ellos la preferencia los de Mr. Monnier en la calle de Jardines, los de Santa Bárbara y Guardias de Corps. Muchas familias alquilaban un baño de hojalata y ajustaban con el aguador aderezarle por temporada.

Ya que tanto he cansado al benévolo lector sacando á luz costumbres añejas, reclamo su tolerancia al dar una ojeada al aspecto general de la población.

El menaje de las casas era sencillo en extremo. Sillería de las llamadas de Vitoria, estera de color, las paredes pintadas, cuadros con estampas representando los amores Chactas, y un juego de café sobre un velador en medio de la sala, se tenía por más que decente aparato. Si las sillas eran de las llamadas de historia, por tener en el respaldo representadas las aventuras de Telémaco ó de Robinsón, se consideraba exceso reservado á personas muy acomodadas.

Las oficinas públicas se hallaban lo mismo que hoy día. Nada ha cambiado sino las horas de trabajo, que eran de nueve á dos de la tarde, y la costumbre de tomar las *once* por cuenta del Rey. La refacción era parca; reducíase á un vasito de vino y medio panecillo.

Los despachos de Ministros y Directores generales estaban dispuestos con la decencia correspondiente.

Conservo en la memoria el decorado de la habitación nada menos que del Presidente del Consejo de Castilla, sita en el antiguo edificio del Buen Suceso en la Puerta del Sol, y por su adorno se podrá calcular la modestia de aquellos tiempos.

Una gran sala esterada de blanco con felpudos en el hueco de cada balcón, taburetes de forma antigua y grandes cuadros al óleo, daba paso al despacho guarnecido completamente de

una estantería con puertas de rejilla de alambre, llena de libros, la mayor parte en folio encuadernados en pergamino; añádase á esto la mesa-escritorio del poderoso Sr. Villela, sencilla, grande, fuerte y nada más, con una piel de cordero debajo para mantener el calor de los pies y un sillón de brazos, y se tendrá la descripción exacta de lo principal en la morada del primer magistrado de España y sus Indias.

En los palacios de los magnates, extensos y destartalados por lo general, había lujo, quizá más sólido y verdadero que el de hoy, en muebles antiguos, cuadros, tapices, vajilla de plata y porcelana, trenes y caballerizas, resto la mayor parte de la grandeza de España vinculada en ciertas familias, pero todo dispuesto sin lucimiento y mucho menos con arreglo al verdadero mérito que muchos objetos tenían. Hasta se arrinconaban infinitos y notabilísimos sacrificados al pésimo gusto artístico, amanerado y sin carácter, que sustituyó al estilo á la Pompadour, cuya profusión de hojarasca y detalles dió nacimiento á nuestro churriguerismo; pero al cabo no carecía de originalidad, puesto en buenas manos, cualidad que jamás lograron aquellas descoloridas y malas imitaciones griegas y romanas, aparentes cuando más para obras de repostería.

Nada tan injusto como la acusación de despilfarro á que se atribuye la decadencia de la supuesta inmensa riqueza de la aristocracia española; ni sus caudales fueron nunca los de Creso, ni sus costumbres las de Lúculo. Lo que ya les había traído á mal estado en los años á que procuro referirme era la mala administración, el pernicioso error de que un caballero no debe saber contar, tan conveniente á mayordomos y allegados, que se enriquecían con los bienes de sus señores. Ciudad hay en España donde casi todas las familias nobiliarias han desaparecido, y ¡cosa singular! las personas notables y acomodadas al presente, si el lector entra en averiguaciones, encontrará que manejaron los bienes de los patricios.

Por otra parte, las ayudas de costa, capellanías, aniversarios, pensiones, jubilaciones, viudedades, gajes, censos y demás cargas que gravaban las rentas de los grandes eran capaces de arruinar la fortuna más sólida, dificultando, no poco la exacta contabilidad.

Había título en Madrid, como el Duque del Infantado, á quien todo un barrio consideraba su Providencia.

Y á este prócer, favorito íntimo además de Fernando VII, le fué arrebatada una noche de su palco en el teatro del Príncipe una señora, su protegida, por el corregidor D. Tadeo Ignacio Gil, para desde allí ser trasladada á Málaga á reunirse con su esposo.

Los nacidos en clase humilde que culpan á la nobleza por sus privilegios y derroche, no saben lo que dicen: los grandes se han arruinado con los pequeños y en su beneficio y provecho. Madrid nunca fué París.

Dos casos tradicionales he de referir, que confirman la verdad de lo anterior.

Un ascendiente próximo, no es preciso averiguar cuál, de un título siete veces grande de España, reducido en el día á la mayor estrechez, á consecuencia, según cuentan, de gastos inauditos de sus mayores, fué á casa de una amiga de su particular aprecio en ocasión que le pareció desabrigada la estancia.

De ahí tomó pretexto para regalarla un brasero de plata, con pesos duros en lugar de ceniza y onzas de oro en vez de lumbre, significando que al señor le gustaba hallar siempre las ascuas encendidas.

El obsequio fué espléndido, pero no ruinoso para casa de tanto arraigo, y si la voz pública le citó como ejemplo de pródiga largueza, prueba es que no los encontraba mayores.

A otra casa también principal acudía cada semana un lego mendicante á recoger limosna, según acostumbraban hacerlo por todo Madrid. Para excitar la piedad de los fieles, llevaban un Niño Jesús bajo la capilla con una cestita en el brazo, donde se depositaban las ofrendas en metálico. Verificada la colecta, y ya en el zaguán el postulante de que trato, volvió apresurado á subir la escalera, registrando debajo de los escalones uno por uno. En esto acertó á bajar el secretario del magnate, y viendo al lego afanoso y como aturdido, no pudo pasar sin preguntarle:

—¿Qué busca, hermano?

—Una de las potencias que el Niño lleva en la cabeza,

pues estoy seguro las tenía cabales al entrar aquí, y son de plata.

—¿Cuál de las potencias es la que falta?—siguió interpelando el secretario.

—La de en medio, señor, el entendimiento.

—¡Ay! Pues si es el entendimiento le busca en balde, hermano, que de seguro, ni se ha perdido en esta casa, ni es capaz nadie en ella de quedarse con él, aunque lo encontrase.

Sea verdad ó cuento el hecho anterior, prueba que ya era proverbial el desarreglo administrativo en los palacios blasonados, y que no faltaba quien le conociera.

Del estado general de la población en cuanto á monumentos, reformas, policía urbana, etc., muchos han escrito con más gala que yo pudiera hacerlo: seré parco en descripciones inútiles; además, en período tan corto, poco tendría que decir, y sólo consiguiera apartarme del objeto principal que me propuse, que no es otro sino pintar la gran mudanza verificada en las costumbres.

El aspecto interior y exterior de Madrid en 1827 permanecía tal como le dejaron las importantes mejoras realizadas por Carlos III. La herencia política de aquel Monarca no debió ofrecer otro resultado.

La capital de España, salvo cortas excepciones, era un vasto poblachón, preciso es confesarlo; escaso de aguas y comunicaciones, de aire conventual y sin un templo digno de su categoría; calles tristes, hasta el punto de crecer hierba en algunas, mal barridas, dos veces á la semana; un alumbrado, las noches que no había luna, muy á propósito para hacer palpables las tinieblas, y aun éste se apagaba temprano, quedando la seguridad de los transeuntes encomendada á las rondas de alcaldes de barrio, á quienes auxiliaban vecinos honrados que cumplían esta carga por turno, recibiendo para ello un sable ó espada de forma inmemorial y origen desconocido. Y tan pacíficos por su edad y circunstancias eran estos buenos guardadores, que si alguna vez encontraban á los bandidos, causaba extrañeza hubieran podido huir.

Algo más servían los serenos y las dos rondas de los tenientes corregidores, y sobre todo, cuatro patrullas de tropa

y voluntarios realistas, únicas que vigilaban con regularidad toda la noche.

Los portales de la mayor parte de las casas eran perfectos estercoleros. En ellos estaban los depósitos de basura, que los vecinos depositaban para cuando los encargados de la limpieza pasasen á recogerla. Porterías era un lujo sólo permitido en muy contados edificios, y ningún bando ni reglamento prohibía á nadie faltar á la limpieza personal en cualquier sitio y ocasión.

La mendicidad era otro de los rasgos característicos del Madrid antiguo. Familias enteras de pordioseros se establecían al paso, ostentando sus llagas y miserias. No cesaban de oírse los gritos y ayes con que los mendigos excitaban la caridad. Había pobres privilegiados y como tradicionales en la villa, contándose entre ellos un desgraciado idiota á quien colocaban sentado en una silla en la acera de San Antonio del Prado, con un bote de suela en la mano para recoger las limosnas. Por esta razón le llamaban el *tonto del bote*, y debía mucha parte de su celebridad á que un toro que se escapó de la plaza á principios del siglo, después de recorrer algunas calles causando varios daños, encontró al dicho mendigo, se detuvo á olfatearle y pasó de largo al paseo de Atocha, á salir por la puerta de la Campanilla en dirección á la Muñoza.

Otro postulante se colocaba esquina á la casa de Alcañices, que siempre pordioseaba invocando el santo del día. De un lado á otro del paseo se oían sus clamores. Esto, y los muchachos desharrapados ofreciendo á voces candela para encender los cigarros y el pestífero olor de las mechas de trapo que llevaban, hubiera sido un punto negro en el Prado, á no ser cierto que la costumbre es segunda naturaleza.

Esto pasaba en el pueblo más alegre del universo, espiritual, culto, de trato franco y decoroso, caballeresco en sus sentimientos, galante con las damas hasta el extremo, rayando en pulcro por su aseo y aficionado á vestir con elegancia.

Así fué siempre un madrileño bien educado. Si la población no revelaba el carácter de sus pobladores, la culpa era independiente de la voluntad de éstos, según ha manifestado el entusiasmo con que han acogido las reformas posteriores.

Una lamentable excepción debe hacerse, tan de notar, cuanto en el armiño resalta con mayor fuerza la mancha del lodo.

La gente de los barrios extremos (siempre hablando en general) era la única que parecía satisfecha con la falta de toda policía, y la secundaba perfectamente.

Había entre aquélla personas que no habían llegado nunca á la Puerta del Sol. Su barrio era su mundo; todo el que no vivía en él era su enemigo.

Las cabezas donde el peine jamás había penetrado, y los rostros á quienes sólo el agua del cielo lavaba alguna vez, eran frecuentes, así como los hombres y mujeres descalzos de pie y pierna y los muchachos de bastantes años mostrándose en cueros vivos, con la natural indiferencia que ni los caribes aceptarían.

Pero sobre todo, lo que á cubiertos y desnudos unía en un sentimiento común era su ojeriza á todo individuo, de cualquier sexo, edad ó condición, que fuera, vestido con decencia. No había necesidad de presentarse con lujo, bastaba el más ligero indicio de no ser de la ropa de aquéllos, para arrostrar un verdadero peligro transitando por las calles de la Paloma, Barquillo, San Antón y otras muchas.

Queriendo el corregidor D. Tadeo Ignacio Gil, á quien ya he nombrado, modificar el lenguaje que allí se oía, impuso una peseta de multa por cada palabra obscena. A la blasfemia llegó á imponerse pena de muerte, sin que valiese á un delincuente, vinatero de Arganda, la circunstancia de ser partidario armado del absolutismo para evitar le ahorcasen por delito de *lexa majestad divina y humana*. Así decía la sentencia que sufrió por haber pisoteado la gorra de cuartel con las armas reales, profiriendo palabras ofensivas á Dios y al Rey, en disputa con los dependientes del resguardo en la puerta de Alcalá, acerca del pago de ciertos derechos.

Los casos de incendio ofrecían á los voluntarios realistas, por lo común pertenecientes á lo que ahora llaman algunos el cuarto estado, pretexto de satisfacer su instinto casi oficialmente, excitándose á voces á perseguir y cazar á los de levita en las razzias que se verificaban á larga distancia del siniestro, á fin de conducir á él trabajadores.

Para mayor inteligencia, baste decir que el pueblo de los barrios extremos era el mismo que vemos pintado por D. Ramón de la Cruz en sus sainetes, según los cuales, parece que las personas decentes sólo han nacido para servir de escarnio á los chisperos y manolos.

Como no es mi propósito entrar en política, omito muchas circunstancias referentes á cómo se valían de ella contra los que llamaban usías ó lechuguinos los que figuraron en las famosas turbas de 1823.

El cambio realizado desde entonces ha sido completo, gracias á la cultura progresiva y también á las parejas de guardias de orden público.

He dejado para lo último tratar del estado literario, por creerle de suma importancia, si es que estos apuntes pueden ofrecer alguna á la curiosidad del investigador. Hay pormenores más elocuentes que una disertación y citas equivalentes á un tomo de consideraciones. Las crónicas más descarnadas suelen ser las más propias para escribir la historia.

El periodismo político estaba proscrito absolutamente; la censura se ejercía bajo un sistema inexorable. Quien hubiera tenido la desgracia de presentar una obra que contuviese ideas contrarias al orden establecido, por dichoso pudiera haberse contado sólo con la prohibición. A beneficio de la enseñanza de las comunidades religiosas, que no inspiraban recelo, conservó el pensamiento los fueros que luego hizo valer.

La *Gaceta* oficial se publicaba tres veces á la semana, martes, jueves y sábados, en cuatro páginas en folio. Dábase cuenta en ella de la salud de la real familia, seguía un artículo doctrinal, después los partes, caso de haberlos, y cuando no, algo de extranjero y las determinaciones y anuncios oficiales.

El *Diario de Avisos* salía á luz cuotidianamente, como su nombre indica, de las prensas de D. Diego Jiménez de Haro, plaza de Santa María; su tamaño era cuatro páginas en cuarto mayor de la letra menuda, que entonces se llamaba *breviario*, equivalente al tipo del 9 actual. Reducíase su contenido á las afecciones atmosféricas, santo del día y cuarenta horas, orden de la plaza, citaciones y emplazamientos judiciales, bandos y providencias del Ayuntamiento y anuncios particulares de to-

do género, á dos cuartos línea, cerrando el número los espectáculos para la noche. Por rara excepción solía insertar alguna composición poética laudatoria ó elegiaca, referente á los faustos ó tristes acontecimientos de la familia real.

En virtud de raro privilegio se toleraba la publicación del *Correo literario y mercantil*, semanario no escaso de mérito, como redactado en parte por D. José Joaquín de Mora, autorizado con la firma de Fígaro y dirigido por Carnerero, si mal no recuerdo.

Cual prueba de que el entendimiento humano se abre paso á través de las mayores dificultades, no dejaron entonces de imprimirse obras de primer orden; entre las mejores el *Diccionario geográfico* de Miñano, excelente para su tiempo; la traducción de la *Historia universal* de Segur, y la *Biblia* del Ilmo. Sr. Obispo de Astorga D. Félix Torres Amat, con la fortuna de que la censurase el sabio agustino continuador de la *España Sagrada*.

En cuanto á novelas insustanciales, traducciones bárbaras del francés, trataditos como *El hombre fino al gusto del día*, *Las mil y una manera de ponerse la corbata*, *El liberal arrepentido*, ó sea modo de hacer examen de conciencia los liberales, brotaban con la fecundidad de las malas hierbas y cada día se anunciaba una edición con las licencias necesarias.

Tales abortos eran prendas de seguridad para el Gobierno de entonces.

Reducíase por lo común la lectura de las familias al *David perseguido*, *La perfecta casada*, la *Luz de la fe y de la ley*, y como recreo las *novelas* ejemplares de D.ª María de Zayas, que nunca he sabido qué buenos ejemplos puedan ofrecer, el *Gil Blas* y el *Quijote*. Entre los más á la moda circulaban con profusión *Atala*, *Corina*, de Mad. Stäel; *Matilde*, de madame Cottin; *Las veladas de la quinta*, de Mad. Genlis; las *Tardes de la Granja*, ó la historia de L'Valliere, á quien se daba el sobrenombre de heroína. Y con tal empeño se tomaba esta lectura, que de la mayor parte de las obras últimas andaban compuestas canciones con su música correspondiente, delicia de las almas sensibles al gusto del día.

Pero se hubiera engañado quien, por la tranquilidad de la

superficie, creyese que en el fondo no bullían las ideas que, fermentando en toda Europa, habían de estallar en breve. En Madrid abundaba quien siguiese el curso de los adelantos modernos y tal vez se anticipase á ellos; y no podía ser de otra manera, contándose eminentes sabios como Lista, poetas como Quintana, y entre los hombres de ciencia Morejón, Argumosa y Vallejo.

Entonces vivían y estudiaban los que después se presentaron de improviso en la palestra literaria: Larra, Bretón, Gil y Zárate, Ventura de la Vega y tantos otros que arrojando lejos de sí las ligaduras fúnebres con que envolvió su ingenio una política suspicaz, dieron á conocer al salir de su reposo forzado que en él aprendieron lo que se mostraban tan hábiles para enseñar.

No eran sólo las obras de nuestros clásicos ó libros de recreo los que pasaban de mano en mano; quizá nunca se han estudiado tanto ni conocido mejor las doctrinas filosóficas más atrevidas. Del *Sistema de la naturaleza*, por el Barón de Holbach; *La religiosa*, de Diderot, ó *El Citador*, podía hablarse entre personas instruídas en la seguridad que no faltaba quien los conociese. El *Foublás*, *El contrato social* y aun *Las Ruinas*, se dejaban para los colegiales de primer año.

Efecto de la prudente expansión literaria, ya nadie lee semejantes libros, sus definiciones carecen de valor, sus argumentos han resultado falsos ante la luz de la verdad, y aunque hay quien trata de reproducirlos, pues nadie podrá pasar de donde aquellos hombres llegaron, como se presentan con traje prestado, resulta un arlequín en vez del terrible fantasma que en otro tiempo quiso escalar el cielo.

El estado social ha mejorado considerablemente: las creencias son más firmes: pocos serán los religiosos por rutina que tanto abundaban en 1827. No se teme otra persecución que la tiranía revolucionaria: la Iglesia católica se considera como madre universal y su yugo tan suave, que basta desearlo para verse libre de él. De ahí que en los templos se guarde la compostura que no se guardaba entonces—según casos que no he de citar—pues los que á ellos asisten entran convencidos y no por efecto de la costumbre.

La instrucción se ha propagado en todas las clases; puede que hayamos perdido en profundidad; mas de seguro hemos ganado en número y extensión. La vida es más cómoda, más cara, pero los medios de sostenerla más fáciles, al que no desconoce que el trabajo es su único patrimonio; verdad amarga que antes se olvidaba con frecuencia.

En cambio el egoismo, el interés, el disimulo tienen más sectarios que tenían en un tiempo en que se cuidaba poco del porvenir. Pero no hay cielo sin nubes ni paraíso sin serpiente. Huyamos de establecer comparaciones innecesarias siguiendo la propensión natural que nos lleva á juzgar lo pasado mejor que lo que fué, el presente peor de lo que es y lo futuro mejor de la que será.

DIONISIO CHAULIÉ.

(*Se continuará.*)

ESPAÑA COMO NACION COLONIZADORA [1]

SEÑORES:

Al aceptar la invitación de dar una conferencia sobre la colonización española, he contado en primer término con vuestra indulgencia. Notorias son vuestra amabilidad y vuestra hospitalidad; ellas son las que me alientan en la difícil tarea que me he impuesto. Porque, señores, la colonización española es uno de los hechos más grandiosos de la historia moderna, y muy arduo es para mí presentároslo en todo su valor y magnitud, mucho más, cuando por desgracia, ha sido tantas veces desconocido.

Antes de entrar propiamente en la colonización española, me permitiréis que diga algunas palabras, que creo necesarias, sobre la colonización en general.

Siempre se ha dicho que fueron los romanos maestros inimitables en definir y clasificar. Y aunque esto no fuese cosa universalmente aceptada, tendríamos que reconocer que en la clasificación de colonias que nos han dejado, siguen siendo los primeros, y que no han sido aventajados satisfactoriamente por ninguno de los tratadistas modernos.

Distinguían los romanos dos clases de colonias.

(1) Conferencia dada en la Exposición de Amsterdam en 10 de setiembre de 1883, y traducida al castellano por el autor.

1.ª *Colonias ex seccessione conditas.*

2.ª *Colonias ex consilio publico.*

Comprendían en las primeras, las colonias formadas por móviles particulares ó intereses privados; y en las segundas, las que eran obra del Estado mismo, para atender á sus inteses generales.

A esta sencilla y clara clasificación han seguido otras innumerables, tales como las de Robertson, Heeren, Roscher, Merival, Beaulieu y demás, llenas, casi todas, de un sin fin de complicaciones, que antes perturban que aclaran la naturaleza del concepto de colonia.

Además, han seguido, por regla general estos publicistas, un procedimiento que no tenemos por el más pertinente. En efecto, es impropio, por más de un estilo, fundarse única y exclusivamente en el estado exterior de las colonias en un sólo momento histórico, para encajarlas en clases definitivas; pues nadie nos asegura que *in eternum* ese ha de ser su único estado, y en cada modificación que sufran tendremos que cambiarlas continuamente de clase, según las vicisitudes por que vayan pasando.

Ni aun fijándonos en los mismos grados interiores que la colonia en su propio desarrollo puede presentar, encontraremos base segura, como pretende Hübbe-Schleiden, para una clara y fácil clasificación. No cabe duda que es este un criterio muy superior al antes seguido, pero le consideramos también defectuoso, porque no debe considerarse la colonia como cosa existente de por sí, sino como producto y resultado de factores que no todos se encuentran en ella misma.

Porque, señores, la colonización es sencillamente un proceso; proceso que consiste en el modo y manera de ingerir un pueblo superior los progresos y adelantos de su cultura en otro que le es inferior en estos respectos, ya por encontrarse fuera de las corrientes generales de la civilización, ya porque está como postrado en una especie de infancia de la vida, de la que no puede salir por sí mismo.

Colonizar, pues, es cosa sinónima de civilizar, y colonización de civilización; pues todo el objeto de ésta es levantar un pueblo, relativamente atrasado, al mismo nivel superior

de cultura y progreso de que goza el que coloniza. Hay aquí un verdadero proceso, en el que, la colonia va pasando sucesivamente por todas las etapas ó graduaciones que median entre su pristino estado y el del pueblo que le va impulsando por la vía del progreso; hay una especie de camino ascendente que debe recorrer con mayor ó menor celeridad, según sean mayores ó menores también sus facultades naturales y asimismo las del pueblo superior que le coloniza.

Para resumir, señores, colonizar es el hecho de educar á un pueblo nuevo en la vida de la civilización; en una palabra, es una *pedagogia social.*

Y es el caso, que nada de esto se le ocultaba á Roscher al explicar la formación de las colonias por el hecho de *apoderarse un pueblo más ó menos viejo de un territorio más ó menos nuevo*; y aun tampoco á Hübbe-Schleiden, al establecer por primera vez las tres graduaciones de toda vida colonial, que son como otras tantas estaciones de su evolución; uno y otro, sin embargo, han fundado erróneamente sus clasificaciones; el primero, por admitir al lado del anterior como segundo principio fundamental, la índole de la emigración; y el último, por buscar sólo dentro de la colonia misma toda la causa de su proceso evolutivo, ó de lo que él llama: técnica de la colonización, política de la colonización y política colonial.

Por consecuencia, señores, entiendo, que las colonias no pueden clasificarse en militares y emigrantes, como designaba Robertson; ni en las cuatro abigarradas especies de Heeren; ni en las de conquista, mercantiles, agrícolas y de plantaciones, como propone Roscher; ni en las tres últimas, únicamente aceptadas por Leroy Baulieu; ni, en resumen, en ninguna especie de clases, para cuya formación no se haya tenido en cuenta los dos factores principales que en toda colonización entran: las condiciones del pueblo que coloniza y la naturaleza misma del colonizado.

Señores: Ya os he dicho qué es lo que en mi sentir entiendo por colonización. Ahora bien; si colonizar, como debe admitirse, es educar un pueblo joven, y ganar, por consecuencia, comarcas enteras para la causa de la civilización, obra es esta tan grande, y, al propio tiempo, tan compleja, que

sólo el Estado mismo puede acometerla. En su realización pueden impulsarle uno de estos dos propósitos: ó los intereses privados de sus súbditos ó los permanentes y más elevados de su política. Con los primeros, atiende solamente á necesidades particulares; con lo segundo, á necesidades generales. En lo uno, cumple un fin útil á individuos determinados; en lo otro, á la humanidad entera. Lo primero, le hará crear colonias *mercantiles*; lo segundo, colonias *políticas*. Como veis, basta sólo dar un poco de latitud á la clasificación de los antiguos, para que la encontremos más ajustada á la condición misma de nuestras colonias modernas.

En la historia de la colonización—que en la vida general de la humanidad viene en cierto modo á llenar los huecos que ha dejado en claro el curso progresivo de la civilización, —vemos y palpamos siempre los dos móviles fundamentales que impulsan á todo pueblo á colonizar: el particular y el general; ó sean, el mercantil y el político. Hallamos también en esa historia, que esto no lo pueden verificar los pueblos siempre que se les antoja, sino en muy determinados momentos de su vida, precisamente en los más culminantes, cuando se encuentra en todo su apogeo, en la plenitud de sus fuerzas vitales; como en la vida de los seres cuando fija la naturaleza la época de la reproducción.

No es ahora mi ánimo, entreteneros mucho ni poco en la historia de los pueblos que han colonizado y de los momentos en que lo han hecho. Todos sabéis lo que los historiadores nos dicen de las colonias fenicias, de las griegas y de las romanas. Me permitiréis, sin embargo, que en particular me detenga unos instantes en el examen de un gran pueblo colonizador, á lo que me obligan dos poderosas razones: la una, en vía de desagravio á la historia; y la otra, para tener el antecedente etnográfico de principios que luego he de desarrollar.

Es, señores, de todo punto imperdonable la omisión que han cometido todos los publicistas respecto del pueblo árabe, cuando han hablado de pueblos colonizadores; y no se comprende cómo todos han pasado por alto las singulares aptitudes que ventajosamente le distinguen de todos los demás.

Tanto más chocante es esta omisión, cuanto que puede afirmarse que no hay pueblo alguno en la antigüedad que resista la comparación con el árabe en esto de extender por el mundo su cultura, su civilización y su propia raza. Tampoco es fácil encontrar en la historia ningún otro, que en menos tiempo, haya educado y civilizado á mayor número de pueblos inferiores, ni que, por consiguiente, haya esparcido con tanto éxito las semillas de su civilización por todos los ámbitos de la tierra. La raza árabe es raza colonizadora de primer orden, y con condiciones y aptitudes que no encontramos iguales en las otras. Su importancia en la historia es grandísima, porque es muy grande la influencia que ha ejercido en la marcha de la civilización moderna. Imaginaos, señores, si no, por un momento, que los fenicios no tuvieron colonias, ni que tampoco las tuvieron los griegos ni los romanos. ¿Qué consecuencias resultarían de esto? Veríamos sólo á la humanidad con menos expansión en su historia, y sus adelantos y progresos limitados á una superficie más pequeña de nuestro planeta; pero en el fondo, nada faltaría, porque faltasen esas colonias. Grecia y Roma serían siempre las mismas.

Por el contrario, decidme ahora: ¿sin las colonias de los árabes en Europa, mejor todavía, sin su civilización, qué sería de nosotros? ¿Qué de nuestra cultura? ¿Qué de la misma de los griegos, que fueron ellos los primeros en revelarnos? ¿Qué, por último, de la humanidad y de sus progresos? ¡Sabe Dios qué rumbos ésta hubiera tomado, y si aún no nos halláramos esclavos de las primeras necesidades de la lucha por la existencia!

Ya sabéis cómo la barbarie cundió por esta hoy tan culta Europa á la caída del Imperio romano. Recordad un momento el estado de cultura de todos estos pueblos en los primeros siglos de la Edad Media. Una espesa niebla se extendía sobre todas estas comarcas. El bárbaro obraba sólo instigado por sus apetitos; su sola ley, era el egoísmo; su idea, el instinto; su razón, la fuerza. El estado de lucha continua prometía ser la situación definitiva de Europa. En medio de estas tinieblas, surge el destello de una nueva civilización

que allá en el extremo Occidente habían elaborado los árabes españoles, y á sus vívidos reflejos comienza á disiparse la densa bruma en que todo estaba envuelto.

¡Oh! ¡Cuánto no debemos á aquellos ilustres hijos del Islam! Recordad á Córdoba, su capital española, esparciendo por Europa la luz de la ciencia y el fuego divino de las artes. Comparad aquella civilización con la del resto del mundo. Recorred las páginas de las Analectas de Al-Makkari, que expresamente os cito, para de pasada manifestaros la gratitud que guardamos los españoles á la memoria de vuestro gran Dozy y á vuestra Universidad de Leyden, que tanto han contribuído en difundir por el mundo sabio el conocimiento de la civilización árabe, «de cette civilisation arabe dont l'importance n'est pas encore assez appréciée de ceux qui étudent le developpment de l'esprit humain,» como dice Gustave Dugat.

En las páginas de esas Analectas veréis lo que era Córdoba allá por los años de 950. Sólo el catálogo de los libros de su Biblioteca pública, constaba de cuarenta y cuatro gruesos volúmenes. Allí hallaréis la sabia administración de justicia que en esa época había, la completa organización de la política y el esplendor, sobre todo, de las ciencias y las artes. Daréis con una capital, que debía tener más de un millón de habitantes, según puede colegirse del número de sus casas, que pasaba de 100.000; de sus 80.455 tiendas, de sus 1.600 mezquitas, de sus 700 termas y de sus 30.000 *dhiras* de perímetro. ¡Nueve siglos de progreso hemos necesitado para dar de nuevo al mundo ciudades como Córdoba, que ellos vieron surgir á los dos siglos apenas de su ocupación de la Península!

¡Qué ciudad, señores, Córdoba en pleno siglo X! Allí florecían la jurisprudencia y la filosofía, la medicina y la astronomía, la poesía, la arquitectura, la música, la agricultura, en una palabra, las ciencias y las artes todas. Allí, las universidades y los monumentos, la ciencia y el arte, pronosticaban á la Europa bárbara, que la humanidad no podía perecer en la terrible crisis por que pasaba, en donde toda la ocupación parecía consistir, en concluir con los últimos resi-

duos del cadáver romano, que inútilmente intentaban galvanizar las doctrinas del Nazareno.

Esa civilización, señores, es la que difunde por la Europa el culto de la ciencia y el amor al arte, y en sus aulas aprende atónita Europa la jurisprudencia, la filosofía y las demás ciencias.

¿Y qué fueron, señores, esos árabes?

Los árabes españoles fueron simple y llanamente, colonizadores, civilizadores de la Península ibérica. Su establecimiento en España tiene todos los caracteres que pueden pedirse á una verdadera colonización, y la mayor de las injusticias, es olvidarlos, al hablar de pueblos colonizadores, cuando precisamente tienen demostrado en España y en cuantas comarcas hicieron pie, condiciones que aventajan en ese respecto á las de todos los demás pueblos. No nos explicamos, en verdad, que economistas como Adam Smith y Roscher, no hayan tenido un recuerdo siquiera para el pueblo árabe, cuando nos hablan hasta de las colonias griegas en Persia de Alejandro.

En la raza árabe, además, existen cualidades que no se descubren en los pueblos colonizadores de la antigüedad y tan relevantes y persistentes, que son las primeras que saltan á la vista del observador al considerar los territorios que colonizaron y civilizaron. La primera de ellas, es de no permanecer nunca extraños al suelo que ocupan, estableciendo separaciones y privilegios en su favor; sino al contrario, un impulso instintivo les lleva á fundirse y amalgamarse con los naturales de los países que dominan. En esta fusión de una raza superior en cultura, como era la de ellos, con otra inferior, la consecuencia natural había de hacer que predominaran los elementos que constituían su superioridad. En esa concurrencia social no podía triunfar sino la raza más civilizada, la más fuerte, la más inteligente.

Hay en la raza árabe una ductilidad extraordinaria para introducirse en lo más íntimo del pueblo que subyuga, y le vemos como ninguno, propagar su lengua, arraigar su religión é imponer su código. Es esto ya una inapreciabilísima facultad de que gozan por su misma naturaleza física, y á la

que viene á unirse una segunda ventaja, que ciertamente no es de menos valor y debida al carácter de su religión.

La circunstancia de ser el Korán un código social y político, por el que pueden regirse los actos todos de la vida y no sólo los puramente religiosos, constituía también en los árabes una base de gran fuerza para su obra civilizadora. El Korán, en efecto, no era para ellos medio tan sólo de propagar su fe religiosa, sino asimismo poderoso auxiliar para infundir en lo más profundo de los espíritus, su civilización toda, y por consiguiente, el organismo entero de su cultura social.

Las condiciones, pues, que eran inherentes á su raza y el peculiar carácter del Korán, constituían en los árabes dos poderosísimos elementos, que en vano hubieran tratado de contrarrestar ni de resistir los pueblos inferiores que caían entre sus manos. Así, por todas las regiones que se extendieron, ora á impulsos de sus ardores bélicos, ora llevados por sus instintos mercantiles, siempre y en todas partes, les vemos prevalecer y predominar.

En España, en particular, es donde mejor se advierten las propiedades de la raza árabe, efecto también de que todo en la Península parecía lo más á propósito para su completo desenvolvimiento. Fijémonos, pues, un instante en los árabes españoles y prescindamos de sus otras civilizaciones en el resto del mundo, que vosotros, holandeses, por vuestras colonias, sabéis mejor que nadie hasta dónde se han extendido y asimismo toda la energía que tienen para resistir, aun en la actualidad, á razas superiores y á civilizaciones modernas.

Quiero detenerme especialmente en los árabes de España, con exclusión de los de otras comarcas, por dos motivos: primero, para que no quede la menor duda de su naturaleza colonizadora, y segundo, porque son sus cualidades colonizadoras las que por herencia pasan á sus sucesores los españoles.

El primer período de ocupación de la Península ibérica es, señores, un período colonial en el más riguroso sentido de la palabra. Encuéntrase España sujeta á los Emires de la Ifrikia y Califas de Damasco. Gobernadores, funcionarios

públicos, ejército, todo lo que, en una palabra, constituye el organismo de un pueblo, hállase en la más completa dependencia de una autoridad extraña al territorio mismo en que funciona. Las contribuciones en sus diferentes formas, los impuestos y gavelas, se hacen y llevan directamente por la misma madre patria y en su propio nombre. Nada, en una palabra, que no sea lo propio á toda colonia que se encuentra en la dependencia más estrecha, vemos en todo ese primer período, que dura hasta el día en que se hicieron independientes del poder central y erigieron con Abd-ar-rahmán, el califato de Córdoba.

Ahora bién: ¿por qué ocurrió y cómo ocurrió la independencia de los árabes españolés?

Es este un hecho que siempre se presenta en la historia colonial, y que vemos reproducirse también en todas las colonizaciones de la raza árabe, con más perfección aún, si cabe, por su misma naturaleza. El árabe, al mezclarse más que ningún otro con el natural del pueblo que domina, trasmitía á su descendiente toda la fuerza y energía que le eran inherentes, su indomable fiereza y esa decidida adhesión á la tierra en que nace, en la que concluye por perder el recuerdo de los lazos que unían á sus antepasados con la madre patria. La ocupación de España por los árabes, no fué meramente militar, como por error han creído muchos. Por las condiciones propias de su raza, se mezclaron con los indígenas, formando juntas las dos razas un nuevo pueblo, cuya civilización era completamente árabe. Por otra parte, basta sólo pensar que era imposible que procedieran de allende el Estrecho los millones de habitantes que se cree existían en la Península en tiempo del califato de Córdoba.

Señores, con lo que va dicho, creo que encontraréis probado hasta la evidencia las facultades eminentemente colonizadoras del pueblo árabe, y asimismo, el que llevaban en su propia raza uno de los elementos más poderosos para civilizar, cual es cruzarse con los naturales de los pueblos inferiores.

Probado este primer punto, bien poco nos es menester razonar el segundo, pues es éste simplemente una consecuencia del anterior. En efecto; de todo lo dicho se deduce que los

españoles, al ser los descendientes de los árabes, son también los herederos de aquellas grandes facultades colonizadoras.

Sin embargo, la fusión de la raza árabe con la española ha parecido imposible á algunos escritores, por creer que entre ambas existía el abismo de la fe religiosa. Pero los que eso creen, olvidan que esa diferencia sólo se acentuó cuando la fusión estaba ya realizada, y que en realidad, más era de forma que de fondo. La lucha en España entre el islamismo y el cristianismo duró, como sabéis, cerca de ocho siglos, y este gran lapso de tiempo, es la demostración de que no se hacía allí una lucha de razas, sino de dos ideales religiosos, entre los que debían existir, y existieron en realidad, puntos intermedios, que en nada afectaban á la naturaleza de la raza misma. No otra cosa son los llamados *Mudéjares* y *Muzárabes,* con que se designaba recíprocamente, entre cristianos y mahometanos, á los más refractarios al credo reinante en el campo en que se hallaban. *Mudéjares,* eran los que no abandonaban la fe de Mahoma, por vivir en tierra donde dominaban los cristianos, y *Muzárabes,* los que en caso conrario guardaban la fe de Cristo. Pero, unos y otros eran indudablemente los puntos intermedios, los grados de transición entre los dos credos.

La última etapa de esa lucha fué la conquista de Granada, la que debe considerarse, como la victoria final y decisiva del cristianismo sobre el islamismo en la Península. Después de este triunfo, no cree ya más nuestra raza en Mahoma y sí en el Cristo; pero no por eso seguimos siendo menos árabes en nuestros sentimientos y en nuestras ideas. En nuestra historia posterior, en la de nuestro arte, en nuestras costumbres, en todo, en una palabra, veréis que somos siempre árabes. Uno de los mejores testimonios lo hallaréis en nuestra misma lengua, cuajada de miles y miles de vocablos árabes, como muy bien lo ha acreditado vuestro malogrado Engelman, en su valioso glosario.

¡Y cuán grande es, señores, el cambio que en el mundo de las opiniones se opera! Hasta hace poco esforzaban sus talentos nuestros escritores patrios en oscurecer artificiosamente origen para nosotros tan glorioso.

Hénos aquí, ya á punto de abordar el sistema colonial de España. No os asombraréis ciertamente, de que mis primeras palabras sean para dolerme del desconocimiento en que se le tiene, y más aún, de los errores que sobre él circulan, propagados por publicistas de cierto prestigio, que hablan y juzgan de nuestro sistema colonial, sin tener de él las ideas más elementales é ignorando nuestra lengua, nuestra legislación y nuestra historia.

¿Cómo, si no, señores, explicarse que un escritor de nota haya llegado hasta el extremo de afirmar que España, y ¡qué España, señores! ¡la de Carlos V! era el pueblo menos preparado para colonizar? ¿ó que todo el sistema colonial nuestro se reduce á implantar una sociedad senil en una nueva comarca?

Afortunadamente, señores, ahí tenéis en el mundo civilizado las voces de cuarenta y siete millones de individuos que en una sola lengua, la que nosotros les dimos, pueden daros el mentís más elocuente á tamañas incongruencias. Este hecho basta por sí solo, y no creo necesario acudir á la autoridad de Macauley y de tantos otros grandes pensadores.

Al estudiar la colonización española, lo primero que se nos revela es su grandísima analogía con la árabe. Desde el primer momento, notamos en el español las cualidades que antes señalamos á sus antecesores los árabes, y vemos así, que su primer movimiento es aproximarse á la raza nativa de los suelos que ocupa. Uno de nuestros más esclarecidos capitanes se casa con una hija de Moctezuma, y todos, poco á poco, se van uniendo con los indígenas, cuyo resultado es la formación de un pueblo, nuevo completamente, producto de las dos razas, de la española y de la indígena.

Esos nuevos pueblos van apareciendo á la vida, y en muy breve tiempo la humanidad registra en el libro de la historia la existencia en el mundo civilizado de una multitud de nacionalidades, con el nombre de Méjico, Chile, Perú, la Plata, Brasil, Venezuela, Colombia, etc., etc., en donde el habla es la nuestra, nuestros su religión y su código, la sangre de sus venas y el genio de su civilización.

Y de España, que ha realizado ese hecho prodigioso, único

en la historia moderna; que ha dado la vida á un gran número de civilizaciones, y cambiado y trasformado las razas más variadas que pueblan la superficie de la tierra; de España, que ha llevado á través de los mares su lengua, su código, su religión, y que de tanto reproducirse y de tanto esparramar su espíritu y su genio por todos los vientos, quedó un momento estenuada y casi expuesta á fenecer, decir que no ha sabido colonizar, es, señores, hacerla la mayor de las afrentas: como acusar de estéril é infecunda á la madre que vió perecer sus hijos todos en holocausto del amor patrio; que otro tanto es lo hecho por aquella noble nación en pro de la humanidad y de la civilización.

Extended, señores, la vista por los diferentes puntos de globo que han sido colonizados por la raza española y decidme en puridad, si existe en el mundo actual alguna otra que se la pueda comparar en aptitudes para crear y producir nuevas civilizaciones. En todos esos puntos hallaréis el genio de nuestra civilización, y á la par, advertiréis también que existen en nuestras mismas colonizaciones matices diversos que hacen distinguir unas de otras, debidos al elemento primitivo etnográfico de cada territorio. Esa variedad de civilizaciones producidas en nuestra colonización, es tan característica en nuestro pueblo, que casi nos es peculiar, pues en otro alguno no se encuentra nada semejante. Hecho es éste de tal importancia, que bastaba por sí solo para afirmar que España, como nación colonizadora, es la primera de todas las modernas, al menos bajo el punto de vista etnográfico, si no lo fuera también por otros conceptos.

Con esa condición etnográfica tiene nuestro pueblo una de las más grandes ventajas en la colonización, procedente de su origen árabe, de donde hereda toda esa entereza, toda esa energía que le hacen prevalecer de las razas inferiores cuando se halla en concurrencia con ellas. La raza, pues, es uno de los principales elementos que debemos tener en cuenta para explicarnos la filosofía de nuestra historia colonial.

Es este elemento etnográfico de tanta importancia en la colonización, que, aunque no es por sí solo suficiente para realizar con perfección la obra toda, y necesita del auxilio de

otros factores, sin embargo, es tan grande su valor, que en ciertos casos aparenta ser elemento más que suficiente. Sin ir muy lejos, podemos hallar un ejemplo notabilísimo de lo que acabamos de asentar, en Argel, donde no deja de causar cierta inquietud á los estadistas franceses el vigor y la energía con que allí se desarrolla la raza española.

Oíd lo que uno de ellos escribe, Mr. Leroy-Beaulien, testigo, por cierto, de quien no puede sospecharse que le mueva favorablemente la simpatía por los asuntos coloniales de España:

«La multiplicación, dice, del número de españoles (en Argel) inspira serios temores á nuestros publicistas y políticos. Parece que puede aplicársenos la famosa sentencia: *sic vos non vobis.* Las conquistas que hacemos, los capitales que prodigamos, es en provecho de otros, en provecho de los españoles, de los italianos. El español, ha dicho un estadista, es ante todo, el colono nato de Argel. En apoyo de estas observaciones pesimistas, se hace notar que de 1872 á 1876 el número de españoles ha aumentado en 21.144, mientras que el de los franceses sólo llegaba á 26.764, con ser en la cifra inicial dos veces más que los españoles. Si en el período de 1876 á 1881, no hubieran ocurrido los asesinatos de Saida que hicieron regresar á España gran parte de los emigrantes, es más que probable que el aumento de españoles sería mayor que el de franceses. Pero bastan ya las cifras del censo de 1876 para justificar las previsiones alarmantes.»

Más elocuente aún que lo que acabáis de oír, son los siguientes datos del Dr. Beaufumé, por los que podemos comparar la raza española con las otras de otros países en la concurrencia vital que en Argel sostienen. Por cada 1.000 colonos hay en Argel por año:

	Nacimientos.	Defunciones.
Españoles.....	46	30
Malteses.....	44	30
Italianos.....	39	28
Franceses.....	41	43
Alemanes.....	31	56

Existen en la actualidad en Argel sobre unos 135.000 españoles; franceses unos 200.000, y entre italianos, ingleses, alemanes, turcos y demás otros 80.000. Siguiendo la mortalidad y los nacimientos en la proporción que acabamos de ver, es consecuencia lógica que la raza española debe ser la que absorberá á las otras europeas y la única que prevalecerá. Sólo la repatriación de los inmigrantes españoles puede evitar que nosotros mismos seamos testigos en nuestros días de hecho tan importante.

Os he citado este ejemplo, para poneros más de bulto toda la vitalidad que tiene en sí mismo nuestro pueblo, por la energía de raza, para los efectos de la colonización. No es ese, sin embargo, el único factor que juega en nuestra historia colonial, como ya os he dicho, y fáltanos aún señalar el verdadero principio, el fundamental en que estriba todo nuestro sistema colonial: *El principio político.*

Inspírase éste en atender en primer término á los intereses generales del Estado y de la humanidad, en el más amplio sentido de la palabra, puestos siempre por cima de los intereses privados, de cualquiera que sea su índole. Los que buscan en toda empresa humana utilidad personal é inmediata, no pueden hacerse cargo fácilmente de propósitos gubernamentales tan elevados, y van á parar á los extravíos y errores de Adam Smith, que no obstante de ser uno de los ingenios más esclarecidos de los tiempos modernos, no pudo nunca penetrarse del verdadero espíritu de nuestro sistema colonial. Hay, en efecto, desde el primer momento en que nos fijamos en América y en que por consecuencia nuestro sistema se empieza á delinear, desde las primeras disposiciones legislativas, un desinterés tan marcado para todo lo que el individuo en sus egoismos naturalmente busca, que no es fácil encontrar el fin á que todas aquellas disposiciones se encaminan, si no nos elevamos al punto de vista político en que fueron inspiradas. Desde el primer instante manifiéstasenos el Estado celoso y desconfiado con todos los elementos individuales que le rodean, resistiendo á todos á la vez y sin cederles el más insignificante privilegio que de alguna suerte pudiera mermar su influencia y prestigio en los nuevos terri-

torios. Diríase que obra con completa y acabada conciencia de su misión, puramente civilizadora, y extraña, por lo tanto, á la riqueza y engrandecimiento de individuos y corporaciones que de todas maneras intentaban contrarrestar sus designios, sustituyéndolos con los suyos particulares. Lo que el Estado quería era civilizar, reformar el nivel intelectual de los habitantes de aquellos países y traerlos á los adelantos y progresos de una civilización de que carecían.

Enfrente de él movíanse las ambiciones y las codicias de los particulares, el ardoroso proselitismo del clero y la arrogancia natural de los descubridores. De unos y otros resistió las invasiones en lo que él consideraba de su único resorte, sujetándoles á la limitada esfera de acción que convenía á sus altos intereses.

El principio político del sistema colonial español está contenido en la serie de *Ordenanzas reales* promulgadas por la Corona con la anuencia del Consejo Real y Supremo de Indias. Esas ordenanzas fueron recopiladas con el nombre de *Leyes de Indias*, en 1681, reinando Carlos II, último de la dinastía de los Habsburgos de España.

En las *Leyes de Indias* está todo nuestro sistema colonial, y sólo en estas fuentes puede conocerse cumplidamente. El espíritu general de todas estas leyes, desde la primera hasta la última, es siempre uno y el mismo: el principio de la civilización.

Los tres primeros fundamentos en que echa sus raíces sobre el nuevo suelo para extender después su benéfica influencia por todas partes, son: la escuela, el municipio y la iglesia, por los que va ingeriendo en aquellos pueblos todas las corrientes de la civilización.

Uno de los primeros cuidados fué tomar el amparo de los indígenas contra la rapacidad de unos y otros, y de levantarlos al igual de los españoles ante Dios y ante los hombres. Ponen esas leyes barreras infranqueables á los asaltos contra los intereses del Estado, é igualan la condición del indio á la del blanco, en vez de arrojarle de su seno, fundando razas privilegiadas y razas desheredadas, destinadas, según una frase clásica, á no tomar nunca parte en el gran banquete de la humanidad.

Tres hemos dicho que son las bases fundamentales de su sistema: la enseñanza, la administración y la religión. La mayor parte de dichas leyes están consagradas á robustecer esas tres grandes palancas de la civilización, esos tres grandes principios de nuestra colonización; pero nunca hasta el punto que cualquiera de los tres pudiera sobreponerse á los demás y dominar al espíritu general político del sistema, como pretendía frecuentemente con el clero, que por su autoridad y prestigio, le dió no pocas acometidas con objeto de ser allí, el solo, en poseer la dirección de los negocios públicos y privados, y hacer que todas aquellas comarcas fueran pasto de la teocracia, como pretendió Las Casas. El Estado comprendía toda la importancia que la religión tenía en su obra colonizadora, pero tampoco ignoraba los peligros á que le exponía un clero demasiado prepotente, por lo que púsole en la más estrecha dependencia, por medio del *Real patronazgo eclesiástico*, que hace del Rey único jefe de la Iglesia de Indias.

Uno de los más celosos defensores de esta supremacía del Estado, fué precisamente Felipe II. Una de las leyes por él dictadas dice así:

«Por cuanto el derecho del patronazgo eclesiástico nos pertenece en todo el Estado de las Indias, así por haberse descubierto y adquirido aquel Nuevo Mundo, edificado y dotado en él las iglesias y monasterios á nuestra costa y de los señores Reyes Católicos nuestros antecesores, como por habérsenos concedido por bulas de los Sumos Pontífices de su propio motu, para su conservación y de la justicia que á él tenemos, ordenamos que este derecho de patronazgo de las Indias, único é *in sólidum*, siempre sea reservado á Nos y á nuestra real Corona y no pueda salir de ella en todo ni en parte, etc., etc.» (Título 6, Lib. I.)

Véanse también las penas con que amenaza á toda «persona secular ó eclesiástica, orden ó convento, religión ó comunidad de cualquier estado, condición, calidad y preeminencia, judicial ó extrajudicialmente, por cualquier ocasión ó causa sea osado á entrometerse en cosa tocante al dicho patronazgo real.»

Preocúpanse grandemente las leyes de Indias de la conversión al cristianismo de aquellos naturales, y emplea los medios más ajustados á este propósito, sin permitir que se usen los violentos; y cuando el celo exagerado del clero quiere acelerar aquélla por medio de los procedimientos inquisitoriales, estréllase su fanatismo en la publicación de una ley tan política como la que hoy es la IV de la Recopilación, en donde se les prohibe en absoluto aplicar la violencia en la conversión de los indios que permanecían infieles, y se les recomienda, al contrario, la dulzura, y que con fiestas y halagos se les atraiga á los lugares en donde se hallen otros indios ya conversos, y que al estar juntos todos, «comiencen á enseñar la doctrina cristiana: y para que la oigan con más veneración y admiración, estén revestidos á lo menos con albas ó sobrepellices y estolas, y con la santa cruz en las manos, y los cristianos la oigan con grandísimo acatamiento y veneración, porque á su imitación los infieles se aficionen á ser enseñados. Y si para causarles más admiración y atención pareciere cosa conveniente, podrán usar de música de cantores y ministriles conque conmuevan á los indios á se juntar, y de otros medios para amansar, pacificar y persuadir á los que estuviesen de guerra... Y por este medio y otros que parecieren más convenientes, se vayan siempre pacificando y doctrinando los naturales *sin que por ninguna vía ni ocasión puedan recibir daño,* pues todo lo que deseamos es su bien y conversión.»

Firma esta ordenanza eminentemente política y tolerante el Rey Felipe II en 13 de julio de 1573, en momentos en que en estos países estaba dando pruebas de la más feroz intransigencia. Este documento, con otros muchos decretados por él en Indias, probarán á los historiadores que aún no está Felipe II bastante conocido, si quieren explicar sus actos por el temperamento de su carácter personal. En Indias como en Europa, obró siempre á impulsos de cálculos é intereses puramente políticos ó dinásticos.

Vosotros mismos, señores, podéis juzgar del espíritu general de las leyes de Indias. A la vez que aplicaban activamente todos los medios que pueden producir una gran colo-

nización, constituían por sí mismas un dique contra el que se estrellaban así los particularismos, como los males y abusos que espontáneamente brotan en esos períodos históricos.

Es muy característico en esas leyes el despego y abandono que manifiestan á toda clase de intereses particulares y lo subordinadas que todas sus determinaciones están al fin superior y elevado que el Estado se propone realizar. Se debe esta constancia en el plan, desde el principio claramente trazado, á la naturaleza de la constitución del cuerpo consultor que á su lado tenían los Reyes en estos asuntos, conocido con el nombre de *Consejo Real y Supremo de Indias.* Funcionaba este cuerpo desde 1511, y la mayoría de sus miembros eran jurisconsultos afamados, personas todas á miles de leguas del terreno de la lucha, á quienes las ideas de justicia y humanidad guiaban más fácilmente que los móviles bastardos del interés ó del lucro. Esta circunstancia explica la uniformidad del plan político de las leyes de Indias.

Además, la Corona siempre consideró como de su exclusiva incumbencia el gobierno y legislación general de Indias, por ser la única llamada directamente á realizar la obra civilizadora en el Nuevo Mundo, y entiende que su real prerogativa es absoluta é incompatible con toda iniciativa particularista, venga ésta de donde viniere. Así, que de todos recela y sólo en sí propia confía, y al menor asomo de personalismo apuntado, aun en los mismos descubridores, como sucedió con Colón, Cortés y Balboa, acude presurosa á sofocarlo, imponiendo su incontestable autoridad, y les envía un Bobadilla, un Mendoza ó un Pedrarias.

Bien comprenderéis ahora, señores, cuán incompatible es nuestro sistema colonial con la existencia de privilegios en favor de compañías mercantiles. No sólo no se sentía el Estado en la necesidad de recurrir al interés privado para colonizar sus descubrimientos y conquistas, sino que la menor concesión hecha en este sentido, la hubiera considerado como un abandono de su más alta prerrogativa, y como contraria á la misión civilizadora á que se creía destinado.

El objeto constante de la Corona de Castilla era acelerar por todos los medios posibles la educación moral é intelec-

tual de los naturales del Nuevo Mundo. En lugar, pues, de entregarlos, medio bárbaros aún, á la merced de la codicia de los explotadores, tómalos bajo su tutela, y declara nulos é inválidos los contratos de que pueden haber sido víctimas; extiende por todas aquellas comarcas la luz de la instrucción, como la mejor de todas las garantías para subir por el camino del progreso y de la cultura.

Voy, señores, á leeros íntegra una ley, en cuyo tenor y fecha suplico que os fijéis, pues fué dada por el gran Emperador D. Carlos V, en 1551, y se refiere á la fundación y creación de las Universidades. Dice así:

«Para servir á Dios nuestro Señor y bien público de nues»tros Reinos, conviene que nuestros vasallos, súbditos y na»turales, tengan en ellos Universidades y estudios generales »donde sean instruídos y graduados en todas ciencias y fa»cultades, y por el mucho amor y voluntad que tenemos de »honrar y favorecer á los de nuestras Indias, y desterrar de »ellos las tinieblas de la ignorancia, creamos, fundamos y »constituímos en la ciudad de Lima, de los reinos del Perú, »y en la ciudad de Méjico de la Nueva España, Universida»des y estudios generales, y tenemos por bien y concedemos »á todas las personas que en las dichas Universidades fueran »graduadas, que gocen de nuestras Indias, Islas y Tierra»firme del mar Océano, de las libertades y franquezas de que »gozan en estos reinos los que se gradúan en la Universidad »y estudios de Salamanca.»

Inútil es, señores, que en la colonización de ningún pueblo busquéis un documento tan glorioso como el que acabo de leeros. Pero lo importante, no es sólo que fundáramos Universidades en nuestras colonias al medio siglo casi de haberlas descubierto, sino también, el sin igual empeño y extraordinario celo que se descubre—dadas las circunstancias de la época—para que la enseñanza no cayera exclusivamente en manos del clero. En efecto, Felipe II nada menos, es autor principal de estas precauciones, y dispone (por la Ley VI y por la LII del libro I, título XXII) que el rector de las Universidades sea un año seglar y otro eclesiástico,

alternando; y declara nulos é inválidos los cursos y grados seguidos en el colegio de la Compañía de Jesús.

Basta, me parece, señores, con lo que ya va dicho, para que os forméis una ligera idea del espíritu de nuestras leyes de Indias.

Si al principio político de esas leyes añadís ahora el principio etnográfico que antes os hice notar, y ponéis á los dos obrando á la par en determinadas comarcas, tendréis explicada, señores, la historia de nuestro sistema colonial, cuyos dos factores fundamentales son, pues: el elemento semítico que existe en nuestra raza, y el espíritu político de nuestro Código de Indias.

Después de haber alcanzado nuestra obra colonizadora su última etapa, podemos fríamente examinar todo su valor é importancia. Permitidme que os diga que al contemplarla, puede todo español sentir su pecho palpitar de orgullo, y con fruición extender su vista por el inmenso continente americano. De orgullo se hinche el alma al considerar todas las naciones civilizadas que hoy le pueblan, y que con las diferentes banderas que distinguen á unas de otras, conservan y conservarán lo que allí llevamos: nuestra lengua, nuestra ley y nuestra sangre. ¡Qué poder y qué bríos han sido necesarios en un pueblo para llegar á realizar tan gigantesca empresa! Hemos tenido, es verdad, Ercilla y Camoens para inmortalizar las glorias de nuestras conquistas, mas necesitamos de un Homero que cante esta nueva epopeya de civilización.

Si España ha llegado á tan altos resultados como es el dotar al mundo y á la civilización de un número tan importante de nacionalidades, débelo exclusivamente á sus grandes condiciones colonizadoras. Esos numerosos focos de la cultura que no han adquirido todavía todo el desarrollo de que son capaces, lo alcanzarán así que puedan desenvolver libremente los gérmenes fecundos que todos tienen latentes, como en el período de la incubación. Así, y todo de hallarse en los primeros años de su vida autonómica, son, sin embargo, innumerables los frutos que la humanidad tiene recogidos de ellos en el campo de las artes, de la ciencia y de la historia.

La superioridad, pues, del sistema colonial de España, es-

triba ella toda en su carácter eminentemente político y en el alejamiento en que siempre supo mantenerse del mercantilismo. No quisiera yo que mis palabras dieran pie á que se me considere enemigo sistemático de todo lo que es mercantil. No lo quisiera, porque, como el que más, reconozco todo lo que el comercio significa en la vida de los pueblos; lo que no quita que en materia de colonización, el sistema mercantil sea inferior al político.

La historia nos prueba, además, que una colonia mercantil difícilmente llega á ganar las condiciones de un verdadero pueblo, de una verdadera nación, cosa que Roscher ya reconocía. Una colonia política, al contrario, no sólo llega á ser un pueblo que existe por sí mismo, sino también, á contribuir al comercio y riqueza del mundo, lo mismo ó mejor que la puramente mercantil.

Como prueba de esto no hay más que ver la importancia comercial de países que sólo fueron colonias políticas. Los pueblos colonizados por España alcanzan hoy la enorme cifra de 4.482.467.700 francos de movimiento comercial. ¡Cómo buscar mejor argumento!

Es, pues, evidente de todo punto que un sistema colonial político no es en modo alguno rémora de la futura riqueza mercantil de la colonia; antes al contrario, desenvuelve mejor la fuerza total del país y le pone en condiciones de explotar con más inteligencia los veneros de riqueza comercial que en ella puedan desarrollarse. Además, como sistema en sí, es decir, como proceso que se realiza en prosecución de un fin determinado, no es posible establecer comparaciones entre el sistema político y el mercantil. Siempre éste le será inferior bajo el punto de vista de los altos intereses de la justicia y de la humanidad.

Hagamos, si no, á breves rasgos, una sucinta comparación entre los dos sistemas, tal como los vemos representados por dos pueblos, el español y el inglés. Digamos ante todo, que los pueblos no eligen voluntariamente sus sistemas coloniales, sino que son éstos, como todo hecho histórico en general, resultantes de antecedentes de la naturaleza é idiosincracia misma del pueblo.

En las colonizaciones de estos dos pueblos hallamos, en primer lugar, que son muy diferentes las facultades de la raza. La española se funde con la indígena y crea por este cruzamiento un pueblo enteramente nuevo. Se distingue en ella también la facilidad con que en todas partes echa raíces, por lo que puede decirse que para ella: *Omne solum forti patria est, ut piscitur equor.*

Los primeros historiadores de Indias, Ulloa, Oviedo y otros, hablaban extensamente de este apego á la tierra en los españoles, y asimismo del empeño que ponían de no construir ciudades distintas de las de los naturales, prefiriendo en todo caso ensanchar y agrandar las que éstos tenían ya construídas.

En la colonización inglesa domina en cambio un sentido contrario por completo á éste. Puede decirse de los ingleses que *cœlum non animun mutant qui trans mare current.* Para el inglés, en América, en Australia, en todas partes, en suma, no sólo no es el indígena un elemento de fusión para su raza, sino realmente un estorbo, un obstáculo á sus planes colonizadores. En las nuevas comarcas en que se fija, aplica lo de *hospes, hostis.* Es esto tan instintivo en el pueblo inglés, que Lord Bacon señalaba ya como ideal para la colonización, como el *dessiderátum,* un territorio en donde no hubiera indígena alguno y no fuera menester el trabajo de extirparlos.

Mas esto que parecía no pasar de mero deseo, la raza inglesa hace de su parte cuanto puede por realizarlo. Por consecuencia, no sólo no se mezcla, ni cruza con las razas aborígenes el inglés, sino que no puede soportar el menor contacto con ellas y las excluye en absoluto de toda la existencia colonial. Se hace cuenta de que no viven, y por su parte, pone todos los medios para que esto sea un hecho.

Los nacidos en las colonias inglesas siguen siempre siendo tan ingleses como los nacidos en el mismo Londres, sin perder su carácter primitivo. Así, que en lo que toca á la raza, la colonización inglesa es, pura y llanamente, un cambio de lugar, sin llegar á serlo nunca de ideas y menos todavía de sangre. De tal suerte es esto, que muy bien puede decirse, que la colonización de por sí, no ha sido causa de que la raza

sajona modifique á ninguna otra en un sentido ni en otro; y que, por consiguiente, el número total de todos los individuos que hoy la componen, repartidos por las diferentes partes del mundo, no ha sufrido en el fondo incremento alguno y son los mismos que habría en la madre patria, salvo, bien entendido, las condiciones del medio para la procreación.

El colono inglés hace una simple *transposición* de espacio sin que en él mismo se produzca la menor variación. Lleva consigo sus leyes y sus derechos, el *Common-law* le sigue á todas partes: bien distinto también en esto al colono español, que al abandonar la Península, todo lo dejaba en pos de sí y tenía en lo sucesivo que sujetarse y conformarse á las leyes de Indias, ni más ni menos que el natural de aquellas comarcas.

Hay casos, sin embargo, en que los ingleses se encuentran con un número de naturales tan grande, que convencidos de que es empresa vana su extirpación, pasan por el hecho de que existan, pero nunca á su lado y como sus iguales. Ponen entre su raza y aquélla una barrera infranqueable y una ley de justicia distinta á la propia. Tal es lo sucedido en la India, cuya colonización es la mayor de las anomalías modernas, como dice J. S. Cottón: «The connection between England and India is a political anomaly that has no parallel in history.»

Si de las condiciones de las dos razas pasamos á examinar los dos sistemas coloniales, encontraremos que son aquí aún más grandes esas diferencias. En la colonización inglesa no existe otro objetivo que el mercantil. Esto lo han dicho y sostenido siempre los escritores ingleses en todos los tiempos. El siglo pasado dijo Lord Sheffield que: «The only use of American colonies or west India islands is the monopoly of their consumption and the cairiage of their produce.» (La sola ventaja que sacamos de nuestras colonias de América y de las Indias occidentales, es el monopolio de sus expendios y el trasporte de sus productos.)

Este sistema mercantil trae consigo necesariamente la creación y formación de privilegios en favor de compañías explotadoras, á las que se abandona la completa gestión de las

colonias y por consecuencia las prerrogativas mismas del Estado. En el sistema español, que fué un sistema político, este abandono del Estado era cosa de todo punto imposible.

Algunos escritores han cometido el incalificable error de decir que la famosa *Casa de contratación de Sevilla* se parecía á las célebres Compañías de Indias que han existido en otros países. Para desvanecer esta afirmación me contentaré con deciros que la *Casa de contratación* no era más que un tribunal, una *Real Audiencia*, compuesta de un presidente, seis jueces, un fiscal, un tesorero y un contador, encargada de dirimir las cuestiones comerciales y marítimas referentes á Indias. Estaba ese tribunal supeditado en un todo al Real Consejo de Indias, y de hecho por consecuencia á la Corona de Castilla. Absolutamente nada se encuentra en su naturaleza que sea semejante á las célebres Compañías, antes al contrario, su establecimiento y estatutos, son testimonio del celo político que siempre puso la Corona en todos sus negocios.

En el sistema colonial inglés vemos, pues, que el Estado abandona sus más altos derechos en favor de Compañías de explotación, las que por la lógica de las cosas habían de exagerar todavía los propósitos lucrativos de tal sistema.

Inútilmente buscaréis en toda la historia colonial de Inglaterra principios políticos y mucho menos propósitos tan altos como los expresados por boca de Carlos V en la ordenanza que antes os leí.

Ni en la raza, ni en la legislación del pueblo inglés, hallamos las condiciones que son menester para crear y producir *nuevas* civilizaciones, en el verdadero sentido de la palabra. Son sus colonias objeto de explotación mercantil, campos para su comercio; pero que bajo el punto de vista de la humanidad, no son causa de cambio alguno importante en su seno, por el ostracismo á que relegan á razas inferiores de los territorios en que se asientan. Si queréis permitirme que en un solo concepto resuma yo las ventajas todas que se encierran en el sistema colonial inglés, os diré que verifica un *progreso topográfico*, mientras que por el sistema español se alcanza un *progreso psicológico*.

El propósito en el uno, es puramente individual; en el otro, político, y como consecuencia, civilizador y humanitario. Sir Stamford Raffles decía: *Our object is not territory but trade* (nuestro objeto no son tierras, sino comercio). Esto es el sistema colonial inglés. Nosotros decimos: nuestro objeto no es el interés, sino la civilización, el progreso de la humanidad. Esto es el sistema español.

Con lo que ya llevamos dicho, hemos establecido la diferencia entre las colonias políticas y las mercantiles, haciendo que por la comparación se destaquen mejor todos sus caracteres y condiciones.

No quiero, sin embargo, terminar sin dedicar algunos pocos instantes al sistema colonial holandés, que, aunque entra necesariamente en una de las dos clases de colonias que hemos establecido, tiene de por sí caracteres que le son propios y que obligan á ser tomados en consideración.

En vuestro primer período colonial, nada, señores, puedo señalar que le distinga del sistema propiamente mercantil. Privilegios, monopolios, compañías, etc., todo cuanto caracteriza este sistema, es lo que se ve. En el segundo período de vuestra colonización, que empieza propiamente con vuestro gran Van Busch, márcase una tendencia en todo él, que es muy singular y muy estimable. No os diré que por ella hagáis la base de un sistema político, ni que vayáis echando los fundamentos de una nueva civilización; pero sí que realizáis lo que yo me atrevería á llamar un fin *filantrópico*. Me explicaré.

El holandés, considerado como colono, no se mezcla como el español con la raza nativa del territorio que ocupa; pero tampoco la trata á hierro y á fuego como el inglés, efecto acaso de no ser bastante numerosos para constituir por sí solos raza única en la colonia, ó efecto de su temperamento templado y de sus sentimientos humanitarios, que es á lo que más me inclino.

No sólo no se hace enemigo declarado del indígena, sino que busca todos los medios de facilitarle la realización de sus aspiraciones y le rodea de cuantos elementos son propicios á su desarrollo interior. Vuestro sistema y reglas de conducta

están contenidas en el principio siguiente del sabio profesor, de Leyden, mi amigo, Mr. P. A. van der Lyth: «Ningún pueblo tiene derecho á imponer sus ideas y sus instituciones si no se ve forzado por las necesidades de su conservación ó por efecto de esas ideas elementales de moral, aceptadas en todas las partes del mundo»

Respetáis religiosamente las instituciones de las razas que domináis, y acatáis las leyes entre ellos existentes, sin atreveros á imponerles vuestro código; procedéis en todos vuestros actos con la mayor mesura, y gobernáis, en una palabra, vuestras colonias con sus mismas leyes, con las instituciones que ellos mismos se habían creado, y con más discreción é imparcialidad que ellos mismos lo harían. Habéis, por otra parte, aumentado los medios materiales de vida para el indígena, le habéis quitado los obstáculos que impedían su desarrollo; en una palabra, en su lucha por la existencia, le habéis centuplicado sus medios de conservación y de crecimiento.

Las consecuencias tenían que palparse. La estadística de Java nos da estas sorprendentes cifras:

En	1824	6.368.090	habitantes.
	1832	7.323.982	»
	1838	8.103.080	»
	1845	9.121.878	»
	1850	9.300.000	»
	1853	10.094.778	»
	1857	11.594.158	»
	1861	13.019.108	»
	1866	13.649.680	»
	1871	16.891.000	»
	1872	17.298 200	»
	1874	18.125.269	»
	1876	18.520.408	»
	1879	19.265.162	»
	1880	19.797.077	»

En medio siglo habéis triplicado el número de naturales

de una de vuestras colonias. Habéis, por fin, realizado el noble propósito de van den Bosch, cuando dijo en 1831: «Ik will het lot van den gemeenen Javaan verzachten» (quiero aliviar la suerte del pobre javanés). La humanidad, señores, tiene que estaros reconocida por el bien que hacéis en una de sus razas. Ya veis, como he podido calificar vuestro sistema de filantrópico.

Vuestro sistema, por lo tanto, será un sistema modelo, para los pueblos colonizadores que no cuentan con elementos propios para ingerirse y mezclarse con las razas nativas.

Considerándole como sistema de civilización, en general, se presta á las objeciones que pueden hacerse á todo sistema que no es puramente político, como el español, en donde encontraréis el ejemplo de sus resultados en Filipinas. La naturaleza de estas colonias, es muy semejante á la de las vuestras del archipiélago indio, y sin embargo, en las nuestras, domina por completo el espíritu de la civilización moderna. En Filipinas, la lengua castellana se ha impuesto á la de los naturales, que de día en día va desapareciendo; la justicia es una y la misma, en todo nuestro archipiélago, y su religión la de los pueblos civilizados. Depende esto, es verdad, de la condición de nuestra raza, pero muy mucho también de nuestras leyes de Indias.

Por vuestra parte, hacéis todo cuanto está en vuestras manos y como sistema y como táctica colonial, no podréis menos de recibir los plácemes de todos los hombres imparciales.

Hay, sin embargo, un peligro en vuestra colonización y que á fuer de leal quiero señalaros. Estáis robusteciendo la vida de una planta valetudinaria y exótica que iba consumiéndose, para dejar su sitio á otras más nuevas y más lozanas. Próxima á perecer, la habéis dado todos los auxilios de vuestros adelantos y de vuestra cultura. ¡Quiera la fortuna que al cobrar nuevas fuerzas la moribunda planta, en su nuevo esplendor, la sombra de su exuberante follaje no seque los tiernos tallos que allí llevasteis!

Señores, heme ya en el fin de mi trabajo y voy á terminar.

He tratado por todos los medios que he podido disponer,

de presentaros la naturaleza íntima de la colonización española. Los términos calurosos que á veces he empleado en mi exposición, los encontraréis creo disculpables en quien como yo está tan convencido de su grandeza y tiene la mala suerte de tropezar con frecuencia con la opinión contraria.

En el mundo, señores, sucede con los pueblos lo que con los individuos, que en los espíritus de poco temple, no causan admiración, sino cuando la fortuna los colma con sus favores. Pero una nación que, como la española, tiene en su activo hechos tan trascendentales como su colonización en América, aunque sufra algunos eclipses, nunca puede ser indiferente para el historiador.

Situada España en el extremo occidental de Europa, su misión histórica parece estar en armonía con su posición geográfica dentro de Europa. No sabemos qué destinos el porvenir la reserva; ahora empieza á salir por sus propias fuerzas de la postración en que las adversidades la sumieron y á ganar los siglos en que había quedado distanciada de las otras naciones europeas. Parece prepararse convenientemente para la nueva era que todos vemos llegar. Si así fuera, ¡quiera Dios que su obra en esos momentos sea tan grandiosa, tan humanitaria, como á principios de la Edad Media su civilización árabe y como á principios en la Edad Moderna su descubrimiento del Nuevo Mundo!

JOSÉ DEL PEROJO.

EL JUEGO DE PELOTA

(DE ANDRÉS CHENIER.)

A LUIS DAVID, PINTOR.

Reprends ta robe d'or, ceins ton riche baudeau.

I.

Reviste tu áurea veste, y rica banda,
¡oh joven y celeste poesía!
y, aunque hoy tu luz eclipsen las tormentas,
al labio de David, del pincel docto
monarca, lleva la nectárea copa.
Mostrando á su pincel sus bellos días,
la patria ha confirmado mis acentos,
al enseñarle, que las artes bellas
la libertad viril por numen tienen;
que los favores regios nunca engendran
el talento, que nace en suelo libre.
Allí, de un rico sol bajo el amparo
creciendo vigoroso, se desrolla
deleite al mundo, y como flor de vida
y su grandiosidad fecunda alcanza.
A la mirada atónita se ofrece

la vida en la paleta. El mármol pario
de dioses puebla el mundo. Corre el bronce
y respira; y en pórticos sagrados
animarse se ven mármol y piedras.

II.

Tú misma, hermosa virgen, de voz dulce,
adorable sirena, ninfa alada,
te ablandas so los regios artesones;
tu altura abates y pueriles leyes
te oprimen en tu marcha vaga é incierta:
suyo es tu fuego; tu belleza, afeite.
La libertad del genio y de las artes
te brinda sus tesoros: y tu gracia
fiera y augusta en las edades brilla
y allá en la eternidad: tus pasos, grandes;
tu luminosa frente llega al cielo:
tu llama agita y doma corazones.
La libertad te da fraterno auxilio
para abatir nuestras gravosas trabas.
Vuela invisible de tus dulces labios,
y burla con astucias venturosas
los lúgubres cerrojos, los fortines,
y los móviles puentes amparados
por torres y nocturnos centinelas.

III.

Su reino, dilatado en lontananza
por tus dulces palabras, ya germina
en la sombra, en el pecho de los doctos.
Todos, aparte, hermanos, ciudadanos
en todos los lugares y los tiempos,
enlazados por ti, su día aguardan.
A mi David guiabas á seguirla

cuando, esclava su patria entre los muertos,
contigo huyendo al seno del pasado
inflamaba la tela, y daba vida
ya á la cicuta, cómplice envidiosa
que á los cielos á Sócrates llevara;
ó bien al fiero cónsul, más que padre,
ciudadano, que torna solo á Roma,
su glorioso tormento saboreando;
ó al Albano, aterrado ante la jura
varonil de los tres que á Roma salvan.

IV.

Hoy otro juramento muy más noble,
el arte clama de pincel tan digno;
y como á Maratón, y de los Persas
al sangriento sepulcro dióle vida,
nace también por él hoy nuestra patria.
Exangüe agonizaba: desmarridas
estaban sus entrañas: en mil años
sin conocerse, en su suprema hora
la abandonaban tímidos sus guías.
Alzóse, pues, y en el peligro extremo
por sí misma cuidóse de salvarse.
Los tres Estados, que por muchos años
estaban separados; los ministros
del altar, los magnates con el pueblo
á sus enviados dieron sus poderes.
Versalles los espera: ya se nombran,
y hospitalarios se abren tres palacios
á los representantes del Imperio.

V.

Entran primero el clero y los magnates,
ostentando cien títulos, y altivos

con su feroz reinado, con su ciencia,
con sus riquezas y prosapia ilustre.
¡Dulce igualdad! ¡Su labio ante tu nombre
hierve en risa colérica y celosa!
¿Podrán ver sin espanto y sin enojos
á esos plebeyos, fuertes con los males
que sufren nuestros padres, y alentados
con la luz que les dan nuestros derechos
la dignidad del hombre y vasta ciencia
de falaces barreras destructora?...
Se halla en sesión el popular Senado:
llama á su seno, do la Francia alienta
á los otros soberbios, que ir rehusan:
comienza: examinarlo debe todo,
el Estado crear, leyes, costumbres
y descubrir el manantial fecundo
de tantas llagas y dolores tantos.

VI.

Tiemblan: no osando aún alzar el brazo,
con el terror pretenden disolverlos:
congréganse: su casa les arroja;
y pronta á la agresión se desenvaina
la bayoneta osada é insolente.
¡Oh Dios! ¿Huirán quizá? No, no; del pueblo
en compaña las calles atraviesan,
en cólera patriótica encendidos:
así Latona, al parto ya cercana
vagaba por la tierra, no encontrando
rincón do dar á luz los inmortales;
¡víctima injusta de poder celoso!
A anchuroso recinto se recogen,
donde la juventud, armado el brazo
con la manopla elástica y flexible,
despidiendo la rápida pelota,
se ejercitaba en juegos vigorosos.

¡Pueblo francés, de tus representantes
este recinto oscuro fué la Delos!
¡Salve famoso templo! ¡Salve, oh muros!
¡Cuna de leyes! ¡Santa arquitectura!

VII.

No con oro ni jaspe envilezcamos
esta morada siempre veneranda;
su brillo está en su herrumbre y brille siempre
de palacios y cúpulas enmedio.
Llore todo francés en la agonía
si no ha visto estos muros, do renace
su patria, y peregrinos los visiten
más que á Saïs, Sión, Delfos, La Meca.
Que este vïaje premie á nuestros hijos:
y allí recuerden, que á la afrenta indócil
fundó la libertad el tercio estado;
que allí corría, presuroso y fiero,
despreciando las lluvias torrenciales
que derramaba borrascosa nube;
que allí, todos amigos y parientes,
con fraternal abrazo se juraban
ó morir ó matar la tiranía
y reanimar á Francia moribunda,

VIII.

Y no se separar sin tener leyes,
que nos hiciesen libres, probos, justos.
Todo un pueblo, inundando hasta los techos
con su voz, su silencio, ó con su llanto
tan magnánimos votos aclamaba.
¡Día triunfante! ¡Santo, inmortal día!
¡El más hermoso que brilló en el cielo
desde que á Clovis protegió Belona!

Tu carro ¡oh sol! atónito paróse,
y tú subido en el cenit ardiente
contemplaste el divino sacrificio!
¡Oh día de esplendores coronado!
Soberbios nuestros nietos con tu fama
te habrán de contemplar con santo culto
en medio de las brumas de la historia:
tu brillo eterno, honor de sus abuelos,
desgarrará del porvenir las nieblas.
¡No es tan bello el cometa esplendoroso
al inflamar las noches más sombrías!

IX.

¿Y en qué los otros brazos se ocupaban?..
La sien ceñida de vistosas plumas,
ó armiñados, con cruces y con mitras,
¡cuántos esfuerzos para ser sagrados!
¡Cuántos para impedir la labor santa!
¡Para no ser franceses é imponerse
á la ley, evocando aquellos tiempos
en que, lacayos del supremo déspota,
desdeñando del pueblo los clamores,
Tesoro, Estado y cetro dividían!
Mas la santa equidad encuentra amigos
en sus mismos cenáculos: algunos
magnates, y del clero digno golpe
por tu celeste mano dirigidos,
¡oh conciencia! se agregan á la Francia,
entregando á su orgullo á sacerdotes
de opulencia corruptos, y á los grandes
sepultados en rancios pergaminos.

X.

Pero bien pronto aun éstos se someten,
y tu aliento ¡oh razón, poder divino!
impele á todos por la misma senda.
Veo, sí, veo al río todo entero
volcar en paz su majestuosa onda
y en un lecho común ya confundidos
los arroyos, perder su nombre y agua.
¡Oh Francia! Sé dichosa entre las madres
y á ningún hijo por ingrato llores;
los que antes se indignaban de llamarse
hermanos nuestros, se han desengañado:
ya toda la familia está en tu seno.
¡Qué!... ¿Fingían?... Del Sena á las orillas,
¿por qué, por qué esos trenes belicosos?
¿Por qué en nuestra ciudad, señora y reina,
los campamentos, y esos batallones?...
¿Vienen á urdir la muerte de la Francia?...
¿De qué os reís, eunucos palaciegos?...
Ríe, casta cobarde, vil é infame.

XI.

¡Corruptores de un rey benigno y fácil,
reíd: pero se hincha ya el torrente!
reíd; mas del volcan la lava opresa
hierve ya: ¿del león encadenado
tanto tiempo, esperabais tanta audacia?...
¡El pueblo despertó! ¡Y es soberano!
Todo le cede: en vano el despotismo,
horrible monstruo de brocíneas bocas,
arma para esta guerra sus cien ojos,

sus innúmeros brazos, sus entrañas
de azufre henchidas, donde ruge el trueno:
bajo su débil planta el suelo huye,
y muere entre los restos aplastantes
de fulmíneas almenas, torres, muros,
débil defensa de su odiada frente.
Ceniza inanimada, resto infame,
ya vuela por los aires la Bastilla,
arrancados de cuajo sus cimientos,
y de estas grandes tumbas surge hermosa
la libertad brillante, altiva, armada.

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.

(*Se concluirá.*)

DIMITRI ROUDINE

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1).

XI.

OLINZOF se levantó á las diez y supo con gran admiración que Lejnieff estaba sentado en su balcón y le hizo llamar.

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó.—¿No querías volverte á tu casa?

—Sí, es verdad; pero he encontrado á Roudine... Estaba solo andando por los campos como un loco, y entonces me he vuelto.

—¿Te has vuelto por haber encontrado á Roudine?

—Es decir, hablándote francamente, no sé yo mismo por qué me he vuelto; probablemente por haber pensado en ti. He querido hacerte compañía; ya tendré tiempo de volver á mi casa.

Volinzoff se sonrió amargamente.

—¡Eso es! Ya no se puede pensar en Roudine sin pensar al mismo tiempo en mí... Que nos sirvan el té—gritó al criado.

Se habían puesto á almorzar los dos amigos. Lejnieff hablaba de la administración de los bienes, de su nuevo procedimiento para cubrir las granjas con cartón abetunado.

(1) Véase la pág. 229 de este tomo.

De repente salta Volinzoff en la silla y pega en la mesa con tanta violencia que hace entrechocar las tazas y las copas.

—No—exclama;—no tengo valor para soportar esto por más tiempo. Provocaré á ese prodigio, me matará ó lograré meter una bala en su frente de sabio.

—¡Qué tienes! ¡Qué tienes! Por piedad. ¿Cómo puedes gritar de esa manera?—dijo Lejnieff reprendiéndole.—¿Qué te da? Me has hecho que tire el cigarro.

—¿Qué me da? Que no puedo oir pronunciar su nombre á sangre fría; todo bulle en mí.

—Basta, basta. ¿No te da vergüenza?—respondió su amigo cogiendo el cigarro.—Déjale tranquilo.

—Me ha ofendido—continuó Volinzoff paseándose por el cuarto.—Sí, me ha ofendido profundamente. Tú mismo tienes que convenir en ello. En el primer momento yo no me dí cuenta, estaba demasiado sorprendido, y el hecho es que ¿quién podía esperar eso? Voy á probarle qué no es bueno gastar bromas conmigo. A ese maldito filósofo le mataré como á una perdiz.

—¡Y ganarás mucho con eso! No hablaré de tu hermana; dominado por la pasión como tú estás, ¿cómo has de pensar en ella? Pero relativamente á otra persona, ¿crees adelantar mucho tus negocios matando al *filósofo*, hablando á tu manera?

Volinzoff se arrojó en un sillón.

—Me voy á ir á cualquier parte entonces, pues aquí tengo el corazón tan oprimido por la tristeza, que no puedo hallar reposo.

—¿Irte?... Eso es otra cosa; en eso soy de tu opinión. ¿Y sabes lo que te propongo? Vámonos juntos al Cáucaso, ó simplemente á la pequeña Rusia. Tienes una buena idea.

—Sí; pero ¿con quién dejaremos á mi hermana?

—¿Y por qué no ha de venir con nosotros Alejandra? Puede hacerlo perfectamente. ¡Dios mío! Yo tomo sobre mí el trabajo de cuidar de ella. Nada la faltará; no tiene más que hablar y organizaré una serenata cada noche debajo de su ventana; perfumo á los postillones con agua de Colonia y hago plantar de flores todo el largo del camino. Por lo que

á nosotros toca, será simplemente una regeneración; hallaremos en ese viaje tantos goces y volveremos con tal abdomen que el amor no nos atacará ya.

—Siempre estás de broma, Michaël.

—No es broma. Es un pensamiento brillante que brotó de tu cerebro.

—No hablemos más—exclamó de nuevo Volinzoff;—quiero batirme, quiero batirme con él.

—¿Aún? Vamos, hoy estás loco.

Entró un criado con una carta.

—¿De quién es?—preguntó Lejnieff.

—De Roudine Dimitri. La trae el criado de la señora Lassounska.

—¿De Roudine?—repitió Volinzoff.—¿Para quién?

—Fara vos, señor.

—¡Para mí! Dámela entonces.

Volinzoff cogió la carta, la abrió rápidamente y se puso á leer. Lejnieff seguía con la vista atentamente todos los movimientos. Una expresión extraña de admiración y casi de alegría se pintaba en el rostro de su amigo. Había dejado caer las manos.

—¿De qué se trata?—le preguntó.

—Lee—respondió Volinzoff á media voz tendiéndole la carta.

Lejnieff comenzó á leer. Ved lo que escribía Roudine:

«Señor: Hoy dejo la casa de Daría. Parto para siempre. Esto os admirará probablemente, sobre todo después de la entrevista que tuvimos ayer. No puedo explicaros lo que me obliga á obrar así, pero me parece que deba preveniros de mi marcha. No me queréis y hasta me tenéis por un mal hombre. No tengo intención de justificarme; el tiempo lo hará por mí. Es inútil é indigno de un hombre tratar de convencer de la injusticia de su prevención á una persona dispuesta en contra suya. El que quiera comprenderme me escusará: en cuanto á aquél que no puede ni quiere comprenderme, la acusación no me toca. Me he equivocado. A mis ojos seréis vos siempre, como antes, un hombre noble y de honor. Mi falta ha sido la de haber supuesto que vos sabríais

desprenderos de la sociedad en que habíais vivido. Me he equivocado, ¡qué le hemos de hacer! Esta no es la primera ni la última vez que esto me sucede. Os lo repito, me voy, deseándoos toda la felicidad posible. Confesad que estos deseos son completamente desinteresados. Espero que en lo sucesivo seréis feliz, y tal vez el tiempo cambiará la opinión que tenéis de mí. No sé si nos volveremos á ver, pero en cualquier caso, creed sinceramente en la estimación de

D. Roudine.

»P. D. Os enviaré los 200 rublos que os debo en cuanto llegue á mi casa, al gobierno de T... Os suplico que no hablés de esta carta á Daría.

»P. D. Aún os voy á hacer otro ruego muy importante Puesto que parto inmediatamente, espero que no haréis alusión á la visita que os hice en vuestra casa en presencia de Natalia.»

—Y bien, ¿qué me dices?—preguntó Volinzoff así que acabó su amigo de leer la carta.

—¿Qué se puede decir de esto?—repitió Lejnieff.—Lo que queda que poder hacer es gritar á manera de los musulmanes: «Allá Allá,» y ponerse el dedo en la boca en signo de admiración. Se va. Pues deseo que el camino se desenvuelva á sus pies como un mantel. Pero lo más curioso es que el deber solo le ha hecho escribirte esta carta; será también por sentimiento de deber el venir á tu casa... Esos señores hallan á cada paso un deber que cumplir; todo es para ellos un *deber*... ó una *deuda* (1)—continuó Lejnieff con una sonrisa mostrando la *posdata*.

—¡Qué manera de hacer frases!—exclamó Volinzoff.—Que se ha equivocado conmigo que creía verme superior á la sociedad.... ¡Qué absurdos, gran Dios! Esto es peor que versos.

Lejnieff no respondía; sólo sus ojos sonreían.

Volinzoff se había levantado, diciendo:

—Me voy á casa de Daría; quiero saber qué significa todo esto.

—No te precipites; déjale tiempo de marcharse. ¿Para qué

(1) La misma palabra en ruso significa deuda y deber.

ir de nuevo á estrellarte contra él? Ya ves que se va. ¿Qué más podías tú desear? Más vale que te vayas á acostar y duermas; has pasado toda la noche dando vueltas en la cama. Ahora se arreglan tus negocios....

—¿De dónde sacas tú esa convicción?

—Es una idea mía; vamos, vete á acostar; yo iré al cuarto de tu hermana á hacerla compañía.

—No tengo ganas ningunas de dormir; ¿para qué quieres que me vaya á acostar?.... Mejor quiero ir á ver mis tierras—añadió sacudiéndose las puntas de su gabán.

—Pues bueno; vete al campo, amigo mío.

Lejnieff se dirigió al cuarto de Alejandra; la halló en el salón; le acogió con amabilidad, pues siempre le agradaba la vista de Michaël; pero sus facciones tenían impresa la tristeza. Desde la visita que había hecho Roudine á su hermano el día anterior, se había quedado pensativa.

—¿Venís del cuarto de mi hermano?—le preguntó.—¿Cómo se encuentra hoy?

—Está muy bien; ha ido á ver sus tierras.

Alejandra calló.

—Decidme, por piedad,—continuó, examinando con atención los dobladillos de su pañuelo;—¿no sabéis para qué?....

—¿Para qué vino Roudine?—interrumpió Lejnieff.—Sí que lo sé: vino á despedirse.

—¿Cómo á despedirse?

—Sí; ¿no sabéis que se va de casa de Daría?

—¿Se va?

—Para siempre; al menos eso dice.

—¿Pero cómo hemos de comprender eso, después?....

—¡Ah! eso es otra cuestión. No se trata de comprender; pero las cosas son así. Es preciso que haya sobrevenido algún acontecimiento allí; habrá, sin duda, tirado mucho de la cuerda y se ha roto.

—Michaël—repitió Alejandra,—yo me pierdo absolutamente; me parece que estáis burlándoos de mí.

—Os juro que no.... Ya os he dicho que se va y hasta se lo ha avisado á sus amigos por escrito. Si queréis, bajo cierto punto de vista es un gran bien; pero esa marcha va á poner

obstáculos á la realización de un proyecto de los más sorprendentes que debatíamos justamente vuestro hermano y yo.

—¿Qué proyecto?

—Proponía á vuestro hermano que viajase para distraerse y que os llevara con nosotros. Yo tomaba sobre mí el deber de cuidaros.

—¡Sois muy amable!—exclamó Alejandra;—pero preveo la manera que tendríais de cuidarme. Me dejaríais morir de hambre.

—Habláis así, Alejandra, porque no me conocéis. Me tomáis por un palurdo muy pesado, por una especie de hombre de los bosques; pero si supierais que estoy en estado de derretirme como azúcar, y de pasar todo el día de rodillas!

—Confieso que quisiera ver esto.

Lejnieff se levantó de repente, exclamando:

—Pues bien; casaos conmigo y veréis mucho más que esto.

Alejandra se sonrojó hasta el blanco de los ojos y dijo muy turbada:

—¿Cómo habéis dicho eso, Michaël?

—Digo—continuó Lejnieff—lo que no se aparta desde mucho tiempo de la imaginación; lo que he tenido más de mil veces en la punta de la lengua. Al fin he hablado y sólo falta que obréis como mejor os parezca. Me voy ahora para no molestaros. Sí, me voy.... si consentís en ser mi esposa.... si esto no os es desagradable, no tenéis más que llamarme y sabré comprender.

Alejandra había querido detener á Lejnieff, pero éste había salido rápidamente, dirigiéndose hacia el jardín, sin nada en la cabeza; allí se había apoyado á una puertecita, dejando errar su mirada en el vacío.

—Señor—dijo detrás de él la voz de la doncella;—volved al lado de la señora, si queréis, pues me ha ordenado que os llame.

Lejnieff se volvió, y cogiendo entre sus manos la cabeza de la doncella, la besó en la frente con efusión, con gran sorpresa de la inocente mensajera, y volvió al cuarto de Alejandra.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE TEATROS

No por mucho trigo es buen año, dice un refrán español, que como todos tiene mucho fondo de verdad y viene como de molde en el caso presente, en el que la abundancia de la cosecha dramática no está en armonía ni mucho menos con la calidad del género, que no le priva el ser abundante la triste condición de ser malo; opinión que no exige grandes razones en su apoyo, sino solamente el recto criterio y la sana razón aplicadas imparcialmente á las obras dramáticas que en la quincena que hoy termina han visto la luz, ya hayan sido originales (bien pocas por cierto), ya trasportadas del otro lado de nuestras fronteras.

Y no vayamos á figurarnos que este juicio á primera vista es hijo de un sistema ó de un pesimismo injusto y arraigado en nosotros, que sinceramente sentimos tener que expresarnos así, sino nacido de la continua y meditada observación auxiliada por el público en general, al que no priva la risa ni la irritación nerviosa que el espectáculo le produce el razonar con calma y juicio, haciendo que domine el entendimiento al corazón, que siente á medida de su deseo sin trabas ni cortapisas, y si algún paliativo puede tener el mal concretándole á estos últimos quince días, es la época que se aproxima y en la que la Iglesia conmemora el natalicio del hijo de Dios.

Epoca que desde tiempo inmemorial se revela con banquetes, diversiones y entretenimientos más propios para halagar los sentidos que para favorecer la meditación de los altos misterios que se conmemoran.

No hace de esto muchos años (pues no son excesivos los que contamos y lo hemos visto) que á la par que en la Plaza Mayor se establecían los puestos de mercancías que endulzan el paladar y fortalecen el estómago, en las esquinas aparecían monumentales carteles que anunciaban para el día 24 de diciembre por tarde y noche el estreno de nuevas producciones dramáticas con su correspondiente aviso de que los billetes se expendían con anticipación en la contaduría de los teatros respectivos, contando las empresas con la seguridad de que el llamamiento no sería infructuoso y que el público acudiría al reclamo, consecuente con la inveterada costumbre de recrearse en tan clásicos días con obras dramáticas en las que no buscaba el mérito (sin embargo de que muchas de verdadero é indiscutible se estrenaban en esa fecha), sino de reirse y gozar siguiendo las ineludibles prescripciones de los hechos consumados.

Hoy la presentación de las obras de ese género se anticipa, y cuando llega el memorable día de Noche-Buena ya sabe el público á qué atenerse respecto al mérito y condiciones de las mismas, y acude á ellas con convencimiento de no recibir la impresión de la novedad, que ha desaparecido en virtud de los ecos de la opinión pública y la crítica de la prensa periódica, que de ellas se ha ocupado oportunamente.

Siguiendo este nuevo sistema, y respetando los fueros del antiguo, respecto á las condiciones y mérito de las obras, ya sea voluntaria ó involuntariamente, todos los teatros que hoy funcionan y algunos de los que permanecían cerrados ó abrían sus puertas en las fiestas dominicales, han puesto en escena las producciones dramáticas que han de llamar al público durante las próximas Pascuas, y procediendo con orden daremos principio á esta revista por el de Novedades, que corre á cargo del infatigable empresario Ducazcal, y al que ha trasladado los principales actores de la compañía que estuvo en el Español, para que interpreten muy bien, por

cierto, y con unánime aplauso, *L'Assommoir*, novela de Zola, convertida en drama por Mr. Busnach, y la que, con buen tino y tacto, ha traducido en breve espacio de tiempo el fecundo autor Sr. Pina y Domínguez, dándola el título de *La Taberna*.

Zola es combatido y celebrado á la par; se le trae y se le lleva por críticos y revisteros, por propios y extraños, de una manera pasmosa. ¡Quién le eleva hasta el quinto cielo! ¡Quién le rebaja hasta el inmundo suelo! El juicio que de sus obras se emite raya en la exageración, sin tocar, ni por incidencia, en el término medio de ambos extremos.

Nosotros hemos visto en el celebérrimo novelista traspirenaico la encarnación de las ideas modernas, donde el hombre cansado de fantasear por los espacios imaginarios, decrépito antes de tiempo, estragado, sin gusto, sin encontrar emociones nuevas, después de haber agotado las heces de los placeres, y á semejanza del químico que encuentra la última esencia del líquido que hierve en su retorta, mira la vida como es en sí, en toda su desnudez, sin revestirla con el ropaje de la fantasía ni rodearla con la aureola de las ilusiones, presentándola su apagada voz ó su cansada pluma como girón arrancado del manto de sus triunfos ó tumba cerrada de sus ilusiones, sin comprender que todo en la vida tiene dos fases: una agradable, que sonríe, otra triste y desconsoladora, que abate y humilla, y que para considerarlas es preciso tener en cuenta el estado de nuestro ánimo, nuestro carácter, tendencias, posición, sensibilidad y un sinnúmero de circunstancias inherentes á nuestro ser.

Juzgar al mundo por uno mismo es un error tan necio como inocente; pretender despojar á los actos humanos del rico ropaje del ingenio, para presentarlo ante un público heterogéneo, es imitar al instrión antiguo y al titiritero moderno, que sólo fía su mérito en sus habilidades acrobáticas ó en sus gestos y contorsiones grotescas, en las que son más acentuadas las tintas de la impudencia que el colorido del arte.

Dan los que así piensan al olvido que al presentar en confuso tropel esta colección de vicios y crímenes que desmoronan el edificio social, puede muy bien desprenderse una

lección de moralidad que enseñe, reprima y corrija; pero también es muy fácil y posible caer en el extremo contrario, haciendo una apoteosis del vicio y levantando un templo á la fatalidad y al cinismo; y esto se advierte y se observa á poco que se medite sobre la mayor ó menor instrucción de nuestro pueblo, sobre el mayor ó menor amor propio y vanidad de los que, creyéndose sobradamente sabios para comprender y juzgar lo que miran, no toleran lecciones que hieren su orgullo, y haciéndose superiores y soberanos infalibles de sus actos, aduermen ó matan su conciencia en aras de su opinión, y antes que separarse del camino que siguen y rechazan los ejemplos irrecusables que de la acción dramática se desprenden, se aferran más y más en sus ideas y siguen el camino de sus pasiones, ya porque más constituyen la felicidad de su existencia, ya porque desistir sería un prodigioso acto de abnegación que rechazan su soberbia y sus erróneos principios.

Tampoco quieren acordarse los sectarios de esa escuela dramática que el pueblo, al que dirigen sus tiros con esas importaciones francesas, no está suficientemente ilustrado para sacar de ellas una lección provechosa y práctica, y que acostumbrado por un lado á ver en nuestra escena de algún tiempo á esta parte obras que sólo le hacen reir ó llorar, porque sin otra razón ni motivo juzgan farsa cuanto sus ojos contemplan, sin que se les pase por la imaginación ver hechos reales en los que en la escena se les presentan.

Por otro lado, propensa á seguir la opinión de la mayoría, que por naturaleza combate en otras esferas, y como aquella por las razones antes dichas, desvirtúa el ejemplo moral que patentiza y pretende patentizar la acción, le rechaza también y se limita á reír en lo alegre y llorar en lo triste, sin reflexionar sobre los hechos más que en la parte que halaga sus vicios y sus tendencias; y bien claro lo demuestra el autor de la obra que reseñamos, en el cuadro tercero, cuando el *Herrero Nicolás* arenga al pueblo, y el caso que de su arenga hace éste, bien explícito en el cómico final de dicho cuadro.

Sí, Zola se ha defendido presentando dentro del género

realista como en los tiempos viejos se defendieron, con más ingenio y más tacto á nuestro parecer, Francisco López Ubeda, en su *Pícara Justina;* González Céspedes y Meneses, en su *Soldado Píndaro;* Juan de Mena y Rodrigo Cota, en su *Celestina;* y otros célebres autores que suavizaban con su ingenio ese naturalismo ó realismo tan decantado hoy y que no es nuevo entre nosotros, dentro del género de la novela y del drama, y ha tenido laureados intérpretes en los autores contemporáneos que mencionamos en anteriores revistas.

Zola, que comprende que sus novelas no se adaptaban á la escena, ha consentido que otro las avecinde en ella, y Pina y Domínguez, traductor de la que nos ocupa, la ha presentado con gran tacto sin acentuar demasiado las situaciones, las tendencias y carácter de los personajes, en lo que ha dado grandes pruebas del conocimiento de nuestro público, que apesar de todo, siente frío en ciertos momentos, y que si el autor, en vez de un feliz arreglo adaptado á nuestras costumbres populares, la hubiera traducido siguiendo la inspiración de la novela, el público no la hubiera resistido.

Los cuadros segundo, tercero, cuarto y quinto tienen vida, movimiento y verdad; en los restantes lucha el traductor con el original y nuestras costumbres, saliendo airoso de su empresa.

También han merecido justos aplausos los actores encargados de su interpretación, en especial la Calderón, la Cirera, Maza, Mesejo y Cirera.

El decorado es precioso, sobre todo el del lavadero y Puerta de Moros, y la dirección artística, así como la oportunidad de la empresa en presentarla en su teatro, merecen elogios.

*
* *

En el Circo de Price se estrenó *Fatinitza*, también de género francés, que se cultiva con especial constancia en ese Circo-Teatro, donde se confunden los saltos de los acróbatas con los arranques lírico-bufos de los actores. La música es de Suppé y el libro de autor incógnito, y ha hecho bien, muy bien en ocultarse, por honor suyo y de la literatura patria,

dado el caso de que el libro fuera literario y el autor literato, lo que creemos difícil, ó se ha puesto bien la careta para desfigurarlo.

Tiene números muy bonitos, como la balada de tiple del primer acto, el cuarteto del mismo, unos *couplets* que cantó el Sr. Tormo, otros de Ali-Pachá y un vals que fué repetido y aplaudido ruidosamente, así como el terceto del último acto, que es precioso y digno del entusiasmo que produjo.

La ejecución buena en general, notándose la misma desigualdad que en la obra.

*
* *

El Teatro Español ha *montado* sobre su escenario *La cola del gato*, comedia de magia del fecundo autor Pina y Domínguez. Llena su objeto, hace reír, recuerda las antiguas del mismo género, tiene alguna originalidad y oportunos chistes. Mariano luce sus envidiables condiciones de actor; canta, baila, declama y excita la hilaridad del público, ayudándole dignamente la Nestosa, Vareala, Zapatero, Altarriba, Balaguer y Castro, y López Chico, que hace muy bien los gatos.

Las dos decoraciones nuevas pintadas por Muriel representando un molino y un Harem chino, son preciosas, y también lo son los bailables del primero, segundo y tercer acto; en éste bailan gatos que hacen las delicias de los chicos, únicos que están de enhorabuena por la citada obra.

*
* *

Siguen los elogios al decorado el de Ferri y á la preciosa música de Valverde y Chueca, que sobresale en la comedia en dos actos que con el título *De la noche á la mañana* se ha estrenado en Variedades y es debida á la pluma de los señores Lastra, Ruesga y Prieto; poca obra es para estos ingenios, pero hace reír, está muy bien presentada, perfectamente interpretada por todos los actores y no hay número musical que

no se desee oír dos ó tres veces. Respecto al libro, ya hemos dicho bastante.

***

En Apolo hemos visto la *reprissé* de *Marina*, *La Marsellesa*, *Catalina* y la coronación del maestro Arrieta por su partitura de *San Franco de Sena*, solemnidad artística presenciada por un numeroso público, que hizo una ovación entusiasta y unánime al maestro compositor y honra de nuestra patria. Preciosa corona fué el regalo que se le otorgó por suscrición con una sentida dedicatoria del inspirado Marcos Zapata.

En la Zarzuela se estrenó *El roble herido*; murió aquella noche; nada debemos decir de los niños que mueren al nacer, apenas se les entierra y casi se les llora.

De los demás teatros nos ocuparemos en la revista inmediata; hoy apenas nos queda espacio para hacer breves consideraciones sobre *El nuevo sí de las niñas*, original de D. Tomás Rodríguez Rubí, y estrenada anoche en la Comedia.

«Imitación en diálogo (escrito en prosa ó verso) de un su»ceso ocurrido en un lugar y en pocas horas, entre personas »particulares, por medio del cual y de la oportuna expresión »de afectos y caracteres, resultan puestos en ridículo los vi»cios y errores comunes en la sociedad, y recomendadas, por »consiguiente, la verdad y la virtud.»

Así definió Moratín la Comedia, y aceptándose esta definición, ha desenvuelto la suya el autor de *El nuevo sí de las niñas*, pero sin duda olvidó que las épocas cambian y con ellas el gusto literario; que los públicos no son iguales en todos los tiempos, que para ellos se escribe y que el uso de las reglas dramáticas debe estar dentro de estas ineludibles condiciones: además, la comedia estrenada anoche, falta á otra de las prescripciones moratinianas, como son: «que la composición resulte conveniente, verosímil y teatral;» lo que por desgracia no sucede en la obra que nos ocupa.

Un argumento de por sí dramático por la base sobre que gira la acción, desarrollado en cómico con situaciones del mismo orden, desprendidas de acontecimientos graves y se-

rios como son el reconocimiento de un padre (desviado de su familia por la calumnia), por su hija, coqueta, ambiciosa y casquivana y su esposo tierno y sensible.

Una criada hipócrita que, fingiendo fervor religioso y severidad de costumbres, se apodera de un pomo de oro y ayuda á su señorita en sus devaneos.

Un sobrino, que en vez de militar en las filas del ejército, combate en las del radicalismo, y en unión de un mozo del hotel, que vende objetos de similor y que presta dinero, toma parte en una revolución que los conduce á los dos á la cárcel.

Un criado que parece sumiso y obediente á los preceptos de su amo, y sin embargo, abusa de su confianza y bondad, toma billetes de la lotería que aquél paga y él cobra.

Un caballero de edad madura, de claro entendimiento, honradez sin tasa, galante y cortés, que es el D. Diego, padre de D.ª Paquita, esposo de D.ª Irene, tío de D. Carlos y amo de Simón. Este se ve agraciado con el premio grande cuando su señor finge estar arruinado por conocer si el amor de D.ª Paquita, ignorante del lazo que los une, es sincero, y por librarse de pagar las deudas de su sobrino, dice á Calamocha que el tío cuya herencia espera está loco y arruinado en el Cuzco.

El deseo que muestra Simón de unirse con Paquita al verse millonario.

El matrimonio imprevisto é infundado de Rita y Calamocha, y por último, un loro que en vez de místico es político, son los incidentes que entran en la acción, los que combinados de modo que el público los conoce y juzga antes que sucedan, dieron por resultado lo que en el prólogo de las obras de Moratín se dice respecto á que «la observancia de las reglas dramáticas asegura el acierto, si el tino y tacto del autor las acompaña, y que el arte dramático, como todos los demás, resulta de principios certísimos, sin cuyos conocimientos los mejores ingenios se malogran.»

El público acogió y celebró algunas bellezas y buenos chistes de la obra, guardando profundo silencio al finalizar ésta.

La ejecución y dirección muy discreta y atinada.

RAMIRO.

CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

Riñen dos amantes, hácese la paz;
si el enojo es mucho, luego el gusto es más.

CERVANTES.

ONSTITUCIONALES é izquierdistas están saboreando las delicias de la anhelada reconciliación, que es, por fin, un hecho, según parece. ¿Durará mucho? Para deducirlo aproximadamente es indispensable precisar los términos del arreglo. Pero he ahí cabalmente la más grave dificultad del empeño: ¿en qué consiste la transacción? No se sabe. Hay quien dice que los izquierdistas se quedan con los principios y los constitucionales con los destinos. Puede ser. De cualquier manera, lo que no ofrece duda es que se ha buscado un *modus vivendi*, más bien que una solución definitiva. Verdad que ésta ha entrado en la categoría de lo imposible desde el momento que entre el programa de los unos y el de los otros existen diferencias tan esenciales como las que se derivan de proclamar los amigos del Duque de la Torre la revisión constitucional por base de su credo, y declararse partidarios de la Constitución de 1876 los amigos del Sr. Sagasta. No hablemos del sufragio universal, que aquéllos también invocan y rechazan és-

tos, porque, en cuanto á tal reforma, quizá fuera más accesible un avenimiento, una vez averiguado que ya se extienda, ya se restrinja el derecho electoral, el Gobierno gana siempre las elecciones en este país, donde la política va siendo oficio de unos pocos y espectáculo más ó menos divertido para los más.

A nadie, empezando por la primera representación del poder, á nadie absolutamente, alto ni bajo, obcecado ó perspicuo, se oculta el grave peligro de declarar á las Cortes poseedoras únicas del ejercicio de la soberanía. Si ésta fuese una verdad en la práctica, cuantos de monárquicos nos preciamos, conociendo como conocemos el espíritu dominante entre nosotros, no abrigaríamos ni sombra de recelo por la suerte de la monarquía en España. Está aquí demasiado arraigado el sentimiento que ha unido al trono y al pueblo en íntimo consorcio por espacio de muchos siglos y á través de grandes epopeyas, para que sea lícito pensar que, de la noche á la mañana, sin violentas sacudidas, como la cosa más natural, pudiera borrarse legalmente del escudo de las armas españolas la corona que cubre, ampara y simboliza sus timbres más gloriosos y las flores de lis, que las realzan y engalanan hace cerca de tres siglos.

Pero ya lo hemos indicado y ciertamente que la afirmación no necesita prolijos argumentos en su abono: el sistema representativo tiene corrompidas las entrañas: aquí puede suceder, en efecto, que, dueños de los tornillos gubernamentales ciertos elementos, anochezcamos sin Cortes y amanezcamos con Cortes republicanas, socialistas, sinalagmáticas, etc., etc.

En ese caso, poner en manos de un cónclave de sectarios la facultad de decidir de la forma de Gobierno, es dar candorosamente á la posible mixtificación de una legalidad, en apariencia irrecusable, lo que se disputaría encarnizadamente al estrago de fusiles y cañones.

Se comprende que el asunto merezca el honor de profundos disentimientos.

¿Cuál ha sido la fórmula empleada para zanjarlos? Apelar á la vaguedad de las frases dedicadas en el discurso regio á

iniciar esta cuestión. Por de pronto no se dirá que se trata de amalgamar el sentido descaradamente republicano del Código de 1869 con el texto esencialmente monárquico de 1876. Se hará una indicación y nada más. Pero ésta, como inteligencia pasajera del momento, se quebrará, por último, cuando haya precisión de deslindar aspiraciones y fijar el credo político de cada cual. Es decir, la conciliación durará lo que dure la diplomática reserva de las partes avenidas. Fácil es presumir que el Parlamento no puede convertirse en lugar de reservas y misterios. Hablarán tirios y troyanos, y la primera palabra será la señal de la renovación de las hostilidades.

*
* *

Por lo demás, poco hay que decir de acontencimientos de la quincena. La musa reformista del Gobierno no ha dado de sí más que el nombramiento de dos comisiones, una que informe sobre los medios más eficaces y accesibles para la reorganización de la Armada y otra que estudie la cuestión social y proponga el remedio de los males que afligen á la clase obrera.

¡Qué espléndido porvenir el de los coleccionistas de antigüedades en el siglo que viene! Ellos presentarán, como dato curioso de las inocentes distracciones ministeriales de sus antepasados, ese inmenso cúmulo de reales decretos, muy correctos, muy gallardos, muy expresivos, creando numerosas comisiones y autorizadas juntas para resolverlo todo...

En cambio, no podrán decir que con ellas se haya resuelto nada.

U.

REVISTA EXTRANJERA

L viaje del Príncipe heredero de la corona de Alemania, que tantos artículos motiva todavía en la prensa extranjera, ha llegado á hacer sospechar á ciertos publicistas la existencia de una especie de federación monárquica en Europa.

El *New-York Herald*, el mayor periódico de la primera República del mundo, decía hace poco, con referencia á despachos de Madrid: «Es indudable que existe un arreglo reservado entre Alemania y España, ante la eventualidad de un movimiento revolucionario. Este arreglo cuenta con la adhesión de otras monarquías; no va dirigido contra Francia, sino contra la propaganda revolucionaria...»

Nada extraño y hasta muy natural sería que los tronos de Europa estuviesen acordes en combatir la revolución cosmopolita; pero innecesarias son determinadas connivencias, que se nos presentan envueltas entre el misterio, cuando para nadie puede ser un secreto que el instinto de legítima defensa obligará siempre á todos los Reyes á combatir el radicalismo, que nunca cesa en sus trabajos de zapa. No se necesitan arreglos reservados para ponerse en guardia los que á cada momento reciben terminantes declaraciones de una guerra á muerte. Por lo demás, es evidente que conciertos políticos de cierto género son imposibles entre los autoritarios Impe-

rios del centro de Europa y el izquierdista Reino de España ó la democrática Monarquía de Italia.

En los asuntos de directo interés internacional, ya es otra cosa. No suelen necesitarse arreglos previos en un caso grave. Las determinaciones surgen espontáneas del peligro mismo. Hoy vemos, por ejemplo, y no nos extraña, que Inglaterra, Rusia y Alemania, á propuesta del Gabinete de Berlín, intervienen diplomáticamente en el conflicto creado por la invasora conducta de Francia en los mares de China.

Se han adoptado medidas preventivas; se ha convenido en reunir en el río de Cantón cañoneras pertenecientes á las grandes potencias, bajo el mando de una de ellas, para proteger, si es preciso, la vida y los bienes de sus nacionales en aquellas apartadas naciones, atestiguando así la solidaridad de los intereses europeos en el extremo Oriente.

Es tal vez una declaración implícita de neutralidad; declaración destinada, sin embargo, á desvanecer también las ilusiones que pudieran haberse concebido á la par en París y en Pekin. No se quiere indudablemente que la guerra excite en el Celeste Imperio el fanatismo anti-cristiano de las poblaciones chinas; pero no se consentirá tampoco que Francia realice sus proyectos de conquista.

Descubierto queda el verdadero objeto de la expedición francesa al Tong-King. No se trataba solamente de hacer respetar los derechos consignados en el tratado de 1874; se trataba de codicias personales, abriéndose por el Río Rojo al interior del Celeste Imperio.

El acto de intervenir las primeras potencias de Europa en el debate hace presumir un tratado definitivo que á todas favorezca.

El Tong-King es realmente una de las principales puertas de China; pero ni Alemania, ni Rusia, ni Inglaterra quieren que el portero que allí se establezca tenga por nombre Challemel-Latour ó Jules Ferry.

***

Las medidas de la República francesa, en lo que concierne al régimen interior, no son ya todo lo democráticas que en

un principio fueron. No sólo trata ahora el Gobierno francés de reprimir, sino que también previene. Así ha conseguido hacer abortar una manifestación socialista, preparada al parecer para el día 7 de diciembre.

Según los carteles arrancados por la policía, el meeting tenía por objeto oponer á una supuesta coalición monárquico-burguesa, la coalición de los desheredados de siempre, la coalición del pueblo.

Pero hasta las masas desconfian ya de los corifeos de la demagogia; el pueblo se cansará al fin de una hueca y eterna fraseología, y dejará tal vez á los oradores anarquistas tronar en sus solitarios clubs contra todos los principios sociales que se oponen al triunfo de algunos elementos que declaran bueno el estado de barbarie.

Lo raro es que el Gobierno desplegase tantas fuerzas contra un simple llamamiento de algunos obreros que se citaban en la plaza de la Bolsa. Importantes periódicos revolucionarios ni siquiera habían hablado del *meeting*, otros lo desaconsejaban de una manera terminante, y los más caracterizados jefes del anarquismo se habían decidido á permanecer en su casa. ¿A qué, pues, tantas y tan extraordinarias medidas de orden? ¿A qué poner sobre las armas todas las tropas de la guarnición de París? No es lo más edificante el espectáculo de un Gobierno que no supo proteger contra soeces insultos á un augusto viajero que representaba á una nación amiga, y se arma luego hasta los dientes para no oír algunos gritos de las turbas que contra la permanencia de los actuales Ministros en el Poder protestan.

Conste de todas maneras, que el Gabinete Ferry, con mejor acuerdo, ha modificado ya sus teorías, declarando con sus últimas medidas que es siempre más eficaz y ventajoso el sistema de reprimir á tiempo los delitos contra el orden, que el opuesto de castigarlos, cuando se han cometido y no tienen ya remedio. Mucho enseña la práctica fuera de los bancos de la oposición y en las altas esferas del Gobierno.

***

Profunda impresión han causado en Francia dos volúmenes salidos recientemente de la Imprenta Nacional de París, en los que están coleccionados los despachos diplomáticos relativos á la cuestión del Tong-King. La publicación del *Libro Amarillo* es la que ha producido este efecto tan deplorable.

De su lectura aparece que cada nuevo Ministro ha querido inaugurar en Francia una política también nueva, sin tener en cuenta las tradiciones, las realidades y posibilidades prácticas; y bajo la influencia de esas causas de desorganización sucesivas y divergentes, el elemento diplomático, militar y administrativo se ha descompuesto y anda sin brújula.

No sin razón manifestaba el Sr. Ferry repugnancia en dar explicaciones sobre su política en el Tong-King. Los documentos que se ha visto obligado á dar al público, y principalmente las comunicaciones del Sr. Bourée, demuestran á las claras que Francia ha querido emprender una guerra de conquista, guerra que ha llegado á trasformarse con los sucesos y complicaciones sobrevenidas en una simple defensa de las posesiones francesas de Cochinchina.

Todos los periódicos de allende el Pirineo se han fijado en el estudio de si el Gabinete actual puede sustituir la acción militar por el desarrollo pacífico de la influencia francesa en el Tong-King; todos examinan con disquisiciones prolijas si es posible terminar de una manera honrosa y sin grandes sacrificios la expedición tan lastimosamente equivocada.

La solución que desean es muy difícil.

En los momentos mismos en que se hacían en la Cámara y en el Senado las declaraciones más tranquilizadoras, el señor Challemel-Latour tenía en su poder pruebas terminantes y decisivas de que China estaba absolutamente resuelta á oponerse al establecimiento de los franceses en el Tong-King, y sabía que el Celeste Imperio acumulaba tiempo hacía en aquella provincia los medios de resistir á los invasores, disponiéndose á sostener allí sus derechos y su soberanía. ¿Qué ilusiones eran las que se formaba el Ministro de Negocios Extranjeros de Francia? ¿Quería acaso no asustar á las Cámaras con la evidencia de lo que pasaba?

La conquista del Tong-King parece ya imposible á estas horas. China acaba de repetir, apesar de las contradictorias versiones que han circulado, que si Francia ataca á Bac-Ninh, que es el punto principalmente codiciado, considerará declarada la guerra. Y es imposible la guerra en las condiciones en que pretende hacerla el Gobierno francés.

El Sr. Ferry acaba de obtener de la Cámara nueve millones para cubrir los gastos de la expedición; pero nueve millones nada significan si se trata de bélicas aventuras. Por esto, además de los nueve millones, se ha querido sin duda otorgar al Gobierno un voto de confianza.

En el estado á que habían llegado las cosas, no podía ser de otra manera. La crisis ministerial era en la situación de ahora una gran falta de sentido político, una imprudencia. Nadie podía tomar el poder ni asumir la responsabilidad de las complicaciones que se presentan. El Almirante Courbet espera instrucciones á orillas del río Rojo, y la autoridad moral y los intereses materiales de la nación francesa no podían consentir un interregno desastroso.

¿Qué hará ahora el Presidente del Gabinete francés con su reciente victoria? Todo hace presumir que el Sr. Ferry, bien meditado el asunto y los graves inconvenientes que presenta, creerá ya que el negociar es preferible á batirse.

Poco hemos de tardar en saber si estamos en lo cierto.

*
* *

Dejemos á Francia con sus proyectos de ensanche colonial, y en su camino de arriesgadas empresas. Dejémosla salir como pueda de los múltiples conflictos que de algún tiempo á esta parte, y por culpa de sus hombres, la envuelven en su interior, en Oriente, en el Vaticano, en todas partes. Dejémosla con los ojos en Bismark, que es su eterna pesadilla, y comentando á capricho el viaje del Príncipe Imperial, Federico Guillermo, que después de recorrer las más ricas provincias de España, se dispone á visitar á León XIII y á Humberto I.

Esperemos también, para ocuparnos detenidamente de

todos estos hechos y juzgarlos, á que el tiempo nos diga la parte que en ellos toma la política europea.

La atención pública ha tenido además otros asuntos graves en que fijarse fuera de nuestro continente, y las miradas se vuelven todavía con insistencia hacia el Sudán, teatro de inconcebibles desastres.

¿Qué iba á hacer el General inglés Hicks al Sudán y cuáles eran las miras del Gobierno de la Gran Bretaña en aquella región del centro de Africa?

El Mahdí levantaba ya el estandarte de la rebelión en El-Obeid, capital de Kordofán en los días mismos en que Arabi se imponía al Virrey de Egipto en el Cairo. Ni el Khedive, ni Arabi, ni los ingleses podían entonces preparar una expedición contra el rebelde, y éste tuvo tiempo de aumentar sus fuerzas, fanatizar los pueblos y armar á sus adeptos. Cuando se restableció el orden en el delta del Nilo, el Mahdí era ya dueño de todo el Sudán hasta la Nubia.

Las tentativas de los Generales egipcios para reprimir la sublevación, fueron infructuosas, y el Gobierno británico tuvo entonces la idea de encargar á oficiales ingleses el mando de las tropas egipcias, no precisamente por un arranque generoso, sino por el provecho que de la victoria podría sacar Inglaterra.

El Khedive, combatiendo al Mahdí, continuaba la política de sus más hábiles predecesores, que se esforzaron siempre por arraigar de una manera definitiva su influencia en la orilla izquierda del Nilo Blanco, abriéndose un camino comercial hacia el centro del África. Y es evidente que una vía férrea de Siut á Khartum, prolongando á lo largo del Nilo la línea del Cairo hasta Siut, convertiría el Egipto en centro de todos los grandes movimientos comerciales del África, y proporcionaría por consiguiente una prosperidad incalculable, una riqueza inmensa á los egipcios.

Tal había sido la idea dominante en los Virreyes, desde Mehemet-Alí hasta Ismail-Pachá, y esta idea sedujo también á los hombres del protectorado británico, dispuestos siempre á dar á los acontecimientos un giro favorable, no precisamente á los intereses de Egipto, sino á los de la vieja Inglaterra.

Los Generales egipcios no habían sido, es cierto, afortunados en sus operaciones contra el Mahdí, y esto dió motivo al Gabinete de Londres para ofrecer al Virrey el auxilio de jefes experimentados que sabrían sacar de la guerra el fruto que de todas sus operaciones saben sacar los ingleses. «Ya lo veis, dijeron éstos á Tewfik, vuestros Generales no saben batirse, se dejan derrotar y nada consiguen; nosotros os dejaremos oficiales que terminarán pronto y felizmente la campaña.»

El plan seducía en efecto al Gabinete de Londres, que podría, andando el tiempo, convertir en ventaja exclusiva de la marina y del comercio ingleses, el movimiento de cambio de productos entre Europa y el Africa central. Pero el desastre del General Hicks ha dado por tierra con tan magníficos proyectos.

¿Querrá Inglaterra vengar su derrota y la muerte de sus oficiales? Lo probable es que renuncie por el momento al desquite; lo probable es que se resigne y abandone al Mahdí el vasto territorio de que acaba éste de apoderarse, sin perjuicio de que se reorganice otra expedición más tarde, en mejores condiciones, y con tropas egipcias por supuesto.

La Gran Bretaña, como nación práctica, puede alarmarse de súbito ante derrotas tan terribles como la del General Hiks, pero no tarda mucho en dominarse, ni en recobrar su frialdad de costumbre.

No hay duda que se habrá pensado en la eventualidad de una expedición al Alto Egipto, más allá de Khartum, en las regiones pobladas de negros que obedecen ahora al Mahdí; pero muy poco habrá durado la duda. Pronto habrá podido calcular el Gobierno británico las dificultades sin número que habrían de vencerse para reducir las fuerzas de que hoy dispone el falso profeta y reconquistar el Sudán.

Las tropas egipcias, desorganizadas desde los sucesos en que fué desdichado protagonista Arabi y desde la famosa batalla de Tel-el-Kebir, desmoralizadas por la serie de derrotas que el Mahdí les ha hecho sufrir de algunos años á esta parte, y aterrorizadas ante la catástrofe en la que han quedado aniquilados los 10.000 hombres del General Hiks, son hoy

incapaces de poderosos esfuerzos militares. El Gabinete de Londres no lo ignora; y como, por otra parte, no tiene ganas ni medios de enviar á aquellas perdidas regiones un ejército inglés, renuncia desde luego á vengar la muerte del General y de los oficiales ingleses que formaban el Estado Mayor de la última expedición al Sudán.

El Gobierno inglés ha dado en esta ocasión otra gran prueba de que nunca pierde, ni aun en las circunstancias más críticas y azarosas, aquella sangre fría que tanto le distingue. Sus representantes en el Cairo, el Sr. Baring y el General Evelyn Wood, han convencido ya al Khedive que el mejor partido que podía tomarse era abandonar el Sudán y limitarse á la defensa del Egipto. Tal parece el plan que piensan seguir actualmente.

Lo que no se sabe es si el falso profeta, envalentonado con sus recientes victorias, podrá también amenazar el Egipto. Ya se dice que la ciudad de Sennaar, centro importante de la provincia del mismo nombre, se ha rebelado y ha hecho causa común con el Mahdí; y aún se teme, según los mismos periódicos ingleses, que abrigue el intento de sitiar á Khartum.

Si esta última plaza llegase á caer en sus manos, el Egipto estaría realmente muy expuesto. El Mahdí se haría dueño de la llave del Nilo, y sabido es que este río es excelente camino para invasiones.

El Gobierno inglés se ha declarado árbitro de los destinos de Egipto, y bien pudiera suceder que los hechos le obligasen á defender aquel país de una manera más formal que con los consejos ó las órdenes que prodiga.

Es una triste eventualidad que no puede ocultarse á los hombres de Estado de Inglaterra, eventualidad capaz de inspirar los más fundados y legítimos recelos.

La insurrección del Mahdí es un factor importantísimo y con el que no se había contado en las desastrosas luchas de la independencia egipcia.

*
* *

En Europa siguen, pues, desencadenadas y luchan opuestas corrientes, esforzándose el pensador germano en hallar la solución de futuros ideales en su amistad con impresionables pueblos latinos, es decir, en el consorcio de la fogosa imaginación del Mediodía con la sesuda inteligencia del Norte.

En Asia, el remotísimo Imperio chino trata de demostrar que las centurias trascurridas en el aislamiento no han sido bastantes á enfriar los bélicos ardores de la raza amarilla.

En Africa se revuelven el nómada y el negro y hallan medio de rechazar los mortíferos instrumentos de guerra con que invade sus dominios el blanco.

En América se nos da al fin el espectáculo de dos pueblos hermanos, pactando tregua en sus encarnizados rencores.

Chile y el Perú han cesado de desgarrarse. Pero el Perú sufre la ley del vencido. Las últimas correspondencias nos dicen que, por los términos del tratado de paz, el Perú cede á Chile á perpetuidad el departamento de Tarapaca hasta la Quebrada de Camarones. Los territorios de Tacna y de Arica quedarán sometidos durante diez años á la autoridad de Chile; y pasado este término, el sufragio del pueblo decidirá si han de seguir anexionados ó no á los chilenos.

Chile se compromete á obsevar lealmente todas las cláusulas del tratado relativo al comercio de guano y de salitre, entregando á los acreedores del Perú el 50 por 100 del beneficio líquido de la explotación de ambos productos. En cuanto á la isla de Lobos, su administración quedará confiada al Perú hasta que espire el contrato relativo á la venta de un millon de toneladas de guano. Dicha isla será después devuelta al Perú. Y finalmente, Chile se compromete á ceder al Perú, inmediatamente después de ratificada la paz, el 50 por 100 que le correspondiese sobre el producto líquido de la venta del guano procedente de la isla de Lobos.

También se espera que Bolivia firme la paz.

Todo es preferible á aquellas horribles escenas de luto y de sangre en los días en que se exigían contribuciones ruinosas, se ordenaba la destrucción inmediata de haciendas, valuadas en millones de duros, se incendiaban edificios públicos, mobiliarios y material de factorías, desaparecían co-

lecciones de modelos agrícolas, que el Gobierno había tardado treinta años en formar, y se consideraban botín de guerra los libros, los instrumentos científicos y hasta los aparatos de alumbrado de la célebre Universidad de San Marcos.

Estremece el furioso *delenda est* pronunciado contra una nación vencida, y nada significan los sacrificios para pagar los inapreciables dones de una paz definitiva.

Dura lex, Sed lex.

S.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Somoza de Montsoriu (D. Julio).—*Catálogo de manuscritos é impresos notables del Instituto de Jove-Llanos en Gijón, seguido de un índice de otros documentos inéditos de su ilustre fundador.—Imprenta de Vicente Brid.—Oviedo.*

No hemos llegado á persuadirnos en España de la importancia de esta clase de libros. Las obras de recreo y amenidad y aun aquellas que tienen un carácter sintético se leen, pero no puede decirse otro tanto de los trabajos de erudición.

La riqueza que en manuscritos é impresos posee el Instituto de Jove-Llanos, justifica plenamente la formación de un Catálogo que tan útil puede ser á las personas aficionadas á este linaje de estudios.

Publicóse aquél en la *Revista de Asturias*; pero no siendo en realidad bastante la publicidad adquirida por este medio, hubo de pensarse en dar á conocer dicho Catálogo en forma de libro.

No dejó de ofrecer este propósito algunas dificultades para su realización; pero una vez vencidas, se dió á luz el Catálogo en la forma que hoy lo conocemos.

El autor de este importante trabajo, el Sr. Somoza, justifica las razones que le han obligado á emprenderlo en la siguiente forma:

«Instado de continuo para que pusiera mano al Catálogo de manuscritos del Instituto de Gijón, me decidí á aventurarme en la empresa, más por deseo de complacer y de hacer saber al público lo mucho bueno que allí yace poco menos que olvidado, que no en la seguridad de salir bien de un lance para el que se requieren conocimientos vastísimos, acierto en el modo de juzgar y penetración suficiente para avalorar lo que por su mérito, rareza ó novedad lo mereciera.

»No voy, por lo tanto, á dar aquí un Catálogo extenso y razonado, cual

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

corresponde á una colección cuyos escritos han sido reunidos en su mayor parte por tan peritísima persona como el ilustre fundador de este establecimiento de enseñanza, otros por los primeros directores, y no pocos por los Excmos. Sres. D. José y don Felipe Canga-Argüelles. Será el uno un Catálogo sin pretensiones, ligero bosquejo cuyo fin se limita á dar idea de la variedad de papeles allí aglomerados, papeles regalados unos al Sr. Jove-Llanos por personas que conocían su afición á toda suerte de estudios, y sabían en cuánto estimaba el dato más insignificante, que á otro de menos enciclopédico saber que él antojáresele cosa deleznable y baladí: adquiridos muchos á fuerza de dinero y á costa de recomendaciones y de toda clase de diligencias, que nunca escaseó quien como él superaba en actividad á los más activos.

»Gran número de ellos fueron copiados por él con aquella letra diminuta, clara y correcta, que una vez vista, difícilmente se olvida, y con la que llenó pliegos sin número, no de esa erudición indigesta y pesada que tanto abunda en ciertos escritores y que asemejan sus escritos á fárrago inmenso en el que la crítica y los razonamientos sólidos, sólo se encuentran en partículas infinitesimales, sino de erudición amena, cuya abundancia suele relegar á último término en suplemento de notas, para que la doctrina aparezca despojada de vanas galas y sólo muestre la solidez y concisión del razonamiento. No en menor número fueron los que mandó copiar, distinguiéndose, á poco que se estudie, la letra de su amanuense Manuel Martínez Marina (sobrino del célebre D. Francisco), la de Ceán Bermúdez, la de su fiel mayordomo Domingo García de la Fuente, la de otros muchos que bajo sú dirección y vigilante mirada copiaban, extractaban y trasladaban lo mismo los códices del Escorial, que las más recientes publicaciones de ciencias, artes y literatura extranjera.

»Dificultad no del todo insuperable, pero tarea ingrata y enojosa fuera la de hacer una clasificación de todos estos papeles que, cosidos unos á otros por inexperta mano, dan un compuesto heterogéneo, una aglomeración informe en la que no hay que pedir ni orden de materias, ni cronológico, ni de procedencia. Tampoco están ordenados en razón de su importancia, si, aparte de su detenido estudio y conocimientos universales, fuese fácil descartar lo inédito de lo que ya ha visto la luz pública. Mi creencia (salvo mejor parecer), es que debiera procederse á una clasificación lo más exacta posible, despojándolos antes de la envoltura que los aprisiona, y que mantiene adheridos, á despecho de la lógica y del buen sentido, papeles y documentos que braman de verse juntos.

. . . . . .

. . . . . .

»La procedencia de los manuscritos es muy varia. Corresponden unos á la estancia de D. Gaspar en Sevilla; otros, en gran número, proceden de su prisión en Mallorca; en no escasa cantidad los hay también de Madrid y de Salamanca; muchos recogidos en la provincia, y con abundancia de todos los archivos, bibliotecas y librerías de la nación, ora fueran de carácter público ó particular. Y con todo esto, y con ser tan numerosa y variada colección, aún hay que lamentar el extravío y la dispersión de infinidad de papeles, pues faltan mu-

chos de los que constituyen las ediciones de Mellado, Cañedo y Nocedal. ¿Y cómo explicar, por otra parte, que hombre de tan abundantísima correspondencia espistolar no tenga en este archivo un mediano paquete de cartas? Ni de él, ni del innumerable cortejo de sus amigos, hay aquí sino ligeras muestras y escasas reliquias: y en cambio, ¡cosa extraña por demás! en poder de particulares de Gijón, de Oviedo, de Candás, de Luarca, del Pito en Cullidero, de Madrid, de Barcelona, de Jadraque, de Mallorca, hay (y algunos he visto yo) papeles, memorias, apuntes muchos inéditos, que el viento, no sé si de la revolución... ó de qué, ha esparcido acá y allá favoreciéndolos de tan inaudita manera.

.....

»La estantería donde los manuscritos descansan no puede ser peor. En lo más encumbrado de los viejos y destartalados armarios de pino pintarrajeados de azul, tras una mezquina alambrera, se esconden vergonzosamente, cubiertos de polvo, roídos por la polilla, dañados por la humedad en una habitación donde nunca entra el sol. Y allí se consumen en tanto desamparo, y nadie los visita como no sea algún alma caritativa, de esas que el vulgo frívolo califica de revolvedoras de mamotretos y ratones de biblioteca. Si en vez de tamaña indiferencia (que acusa lo que muchos saben y yo no me callo aunque el españolismo se resienta) se les colocara en el rango que merecen y les es debido, y si por más experta persona se clasificaran debidamente por los medios que su buen ingenio le sugiriera... habría sonado para ellos la hora de la reparación y de la justicia. ¿Sonará? Tengo la suerte de dar la primera campanada; ¡plegue al cielo que no tenga que tocar á rebato!»

La empresa acometida y con tan feliz éxito llevada á cabo por el señor Somoza Montsoriu, bien merece los plácemes de la crítica y de todas las personas ilustradas.

El respeto, la veneración y el cariño que deben inspirar á los pueblos hombres tan ilustres y excepcionales como D. Gaspar Melchor de Jove-Llanos, hacen por sí solos interesantes los menores datos que á ellos se refieran; pero cuando se trata de dar á la publicidad documentos de verdadera importancia, como los que se conservan en el Instituto de Gijón, el interés sube de punto, y entonces es más doloroso que nunca el ejemplo que ofrece nuestro país al no tributar todos los honores que se merecen á trabajos de esta índole.

Es de advertir, además, que al *Catálogo de los manuscritos é impresos notables del Instituto de Jove-Llanos* sigue un *Indice* de otros documentos inéditos del insigne fundador de aquel centro de enseñanza.

Merecen, pues, nuestros elogios y los de toda las personas ilustradas los Sres. D. José Posada Herrera, á cuyas expensas se ha impreso este libro; D. León Salmean, rector de la Universidad de Oviedo, que ha influído grandemente en su publicación, y don Julio Somoza Montsoriu, á quien ya hemos tributado nuestro modesto aplauso.

***

Conto (D. César).—*Apuntaciones sobre la lengua inglesa, obra que contiene un tratado sobre las preposiciones y una colección abundante de modismos, refranes y expresiones fa-*

miliares.—Librería de P. Bregi.—París.

Al dar á luz la presente obra, el autor se ha propuesto facilitar el estudio de la lengua inglesa.

«Cuando vine á Inglaterra—dice—con la perspectiva de permanecer en el país algún tiempo, tenía algunos conocimientos teóricos del idioma; y como es natural, traté de aumentarlos y perfeccionarlos por medio de la práctica y la lectura. He hablado algo, escuchado mucho y leído muchísimo más, tomando siempre nota de todo lo que en la conversación ó en la lectura me parecía digno de atención por algún concepto, especialmente los modos de decir peculiares del inglés (en que por lo mismo difiere del castellano), y ciertas expresiones familiares que forman el caudal de la conversación común, y que por la mayor parte no se aprenden en los textos de enseñanza.

»Al cabo de algún tiempo, éstas notas llegaron á formar montón, y muchas veces al recorrerlas en busca de alguna expresión olvidada, ó para rectificar algún recuerdo, me ocurrió la idea de que, si para mí eran de mucha utilidad, acaso pudieran serlo también para todos los hispanos que estudian inglés. Para ello era preciso formar una compilación con cierto método, que facilitara el estudio y la consulta; establecer algún orden en aquel confuso laberinto de frases anotadas en serie continua, según iban presentándose en la conversación en los diarios ó los libros. Como habían llegado á formar centenares y aun millares, la tarea no dejaba de ser las boriosa y difícil, sobre todo no pudiendo emplear amanuense, entre otras razones, por la dificultad que hay aquí en conseguir alguno versado en la lengua española. Retraíame, por otra parte, de emprender este trabajo la natural desconfianza de que sus resultados no fueran dignos de ofrecerse al público.

»Lo emprendí, sin embargo, y aunque el hecho de haber vencido la dificultad material no ha disipado la desconfianza de que acabo de hablar, me he decidido á dar la obra á la prensa, con la esperanza de que si estoy equivocado en cuanto á su utilidad, no perdonará lo que haya de presunción ó atrevimiento en gracia de la buena intención.

»El plan que naturalmente debía ocurrirse era el de colocar cada frase, egún la palabra á que se quisiera llamar la atención, en el artículo que le correspondiera, de los que se irían formando y colocando en orden alfabético. Como las preposiciones desempeñan un papel importante y constituyen una de las dificultades del inglés, era patente la conveniencia de tratarlas por separado y formarle á cada una su capítulo especial; de allí la división de la obra en dos partes: una para las preposiciones, y otra para los modismos, refranes, etc.; lo cual no excluye que en esta última haya muchos ejemplos que enseñan también el uso de las preposiciones, y que en aquélla se encuentren muchos proloquios, modismos, etc.: como que lo idiomático de un gran número de expresiones depende del modo de usar esas partículas. Luego, varias frases en ambas partes contenían expresiones de *Slang*, como se ha hecho notar en los párrafos respectivos. Era menester dar alguna idea de lo que es ese lenguaje, respecto del cual se sabe muy poco si es que se sabe algo, en los países que hablan español: y como entra por mucho en el trato común, me pareció

conveniente agregar en un *Apéndice* otras expresiones de las más usuales, con una noticia histórica del *Slang* y sus modos de formación.

»Así también, ya que se había de tratar de las preposiciones, no valía la pena de limitarse á compilar las frases recogidas en las notas; era casi forzoso establecer la doctrina relativa á este punto tan completa como fuese posible y apoyada en numerosos ejemplos Del mismo modo, al dar á conocer un modismo formado con alguna de las palabras de la segunda parte, ¿cómo resistir á la tentación de añadir otros en que interviene la misma palabra aun cuando no estuviese en las notas? Así es como la obra, en su ejecución y desarrollo, ha asumido proporciones que no entraron en la sencillez del plan primitivo.»

Como se ve por los párrafos que acabamos de reproducir, el Sr. Conto no trata de hacer una gramática de lengua inglesa. Esta es la base del estudio y es de todo punto imposible prescindir de su enseñanza. El libro del Sr. Conto es un libro meramente auxiliar, un trabajo complementario. Una vez conocida la gramática, la índole peculiar de la lengua inglesa, es cuando puede ser útil el estudio hecho por el Sr. Conto.

Hay una grandísima diferencia entre el inglés que se aprende en la gramática de Ollendorff y el que se habla en las calles de Londres, y este es precisamente el puente que se promete tender el Sr. Conto. El idioma vulgar, los giros familiares, las locuciones de uso continuo es lo que principalmente ofrece el libro que nos ocupa á las personas aficionadas á este género de conocimientos.

De todo ello se deduce fácilmente que el trabajo del Sr. Conto, aunque modesto en la forma, puede ser de grande utilidad en el fondo convenientemente aplicado. Dentro de las dificultades que ofrece el plan de una obra de este género, el Sr. Conto ha vencido las que á cada paso se le ofrecían. El libro merece, pues, ser conocido, y desde luego puede decirse que ha prestado un servicio á los que deseen perfeccionar sus estudios en el idioma inglés.

*
* *

Claretie (Jules).—*Noris.* — *Un tomo de 424 págs.* — *París.* — *Precio, 3,50 fs.*

Un escritor muy conocido en Francia y en España, Mr. Jules Claretie, acaba de dar á la estampa una nueva novela. Titúlase ésta *Noris*, y sin ser extremadamente realista, pretende ser un reflejo de las costumbres de ciertas clases sociales.

Noris es la hija de un anciano escritor. Comprometido éste en un negocio financiero, su hija se propone buscar quien le apoye; pero estos servicios, como se comprende fácilmente, no resultan desinteresados. El Príncipe de Chantenay, con cuya amistad cree contar Noris, seduce á ésta después de haberla dado palabra de casamiento. Cuando ella le recuerda su promesa, el Príncipe se encoge de hombros y se ríe cínicamente.

Hasta aquí Noris es simplemente una mujer desgraciada que tiene medios de rehabilitarse á los ojos del mundo por medio del arrepentimiento y del trabajo; pero desgraciadamente no sucede así. Muerto el padre, modelo de honradez, al conocer el deshonor de su hija, no encuentra ésta mejor medio de lavar sus culpas que

lanzarse al mundo y convertirse en despreciable aventurera.

Un Duque ruso le ofrece un hotel, y ella acepta; pero este gran señor es llamado á Rusia al poco tiempo y terminan estos prosaicos amores. Después, Raimond de Ferdys, primo del Príncipe de Chantenay, conoce á Noris, y admirado de su belleza, conocedor de su historia y hombre de exaltada fantasía, le hace la corte y le ofrece su mano.

La impresión que la elegancia y la hermosura de Noris producen en los círculos galantes de París, hacen que el Príncipe de Chantenay se enamore de ella por pura vanidad y vuelva amoroso al lado de su víctima, prometiendo cumplir su palabra y ser su esposo.

Ella lo desprecia, le dirige las frases más enérgicas y más duras, y entonces la figura de Noris toma un tinte dramático de que hasta entonces había carecido.

Este es, sin disputa, el único cuadro hermoso que ofrece aquella intriga formada con pasiones tan pequeñas y personajes tan vulgares. Nada grande, nada noble se encuentra en el resto de la narración.

Eugene Feraud, padre de Noris, hombre de grande probidad, desaparece desde las primeras páginas. Su hija, á quien el autor ha querido sin duda pintar interesante, no inspira ningún sentimiento delicado. Abandonada por su seductor, se hace cortesana para «vengarse de la sociedad.» Así sólo discurre el que nace inclinado á ciertas cosas.

El Príncipe de Chantenay es un pobre diablo, de pésimas inclinaciones, sin juicio, sin educación y sin dignidad de ninguna especie. Raymond de Ferdys no merece los honores de la crítica, y el Duque ruso *ne vaut pas cher*, como dice uno de sus criados.

Con razón pregunta un ilustrado crítico francés, si Mr. Claretie habrá tenido la pretensión de encarnar en Noris la nobleza parisiense contemporánea. Si así fuese, justo sería reconocer que el autor de esta novela se habría equivocado de una manera lastimosa.

La sociedad francesa no es lo que describen ciertos novelistas, porque si así fuera, Francia hubiera desaparecido tiempo hace á impulsos de su propia corrupción.

H.

MADRID, 1883.—Imp. de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.°

LOS TCHINGHIANÉS DE TURQUÍA

ENTRE las muchas razas que pueblan el Imperio turco, la última y más original es la india á que pertenecen los *tchinghianés*, extensa familia oriental de que se ven algunas ramas nómadas en Occidente, conocidas con el nombre de *bohemios* en Francia, de *gipsies* en Inglaterra y de *gitanos* en España. Extranjeros en medio de los pueblos donde residen, huyen su sociedad y su civilización y no presentan rastro alguno de historia política ó literaria, fuera del que ofrece el estudio de su idioma. Religiosos por conveniencia, sometidos á las leyes por su misma debilidad y por el temor de los castigos, hacen verdadera vida de salvajes, esplotan á los pueblos donde residen ó ganan con lo poco que les producen sus rudimentarias industrias, lo poco que también necesitan para su subsistencia.

Sin jefe, excepción hecha del que algunas veces les fija el Gobierno turco para reglamentar sus impuestos anuales, se pasean con sus tiendas y sus caballos estenuados, de uno á otro extremo de aquel vasto imperio, acampando en los alrededores de las poblaciones, donde encuentran fácil despacho para los utensilios de cocina y algunos instrumentos de labranza, que hacen de hierro, cuya primera materia

suelen tomar donde quiera que la encuentran, sin consideración alguna á los sagrados derechos de propiedad. En esto, como en otros muchos detalles de la vida de aquellas gentes, se parecen á sus hermanos de España. Las mujeres, y principalmente las viejas, se pasean por las ciudades ó pueblos diciendo la buena ventura, y los niños, en camisa (cuando la tienen), sucios y asquerosos, juegan delante de las tiendas de sus padres ó piden limosna á los pasajeros. Apesar de tan extrema pobreza, el *tchinghiané*, bajo su tienda, y en la intimidad de los suyos, se burla de todos los hombres civilizados, y reniega de cuantos no pertenecen á su raza. Contribuye á este alejamiento, preciso es confesarlo, el desprecio con que en todas partes son tratados, si bien se observa, que apesar de estar establecidos muchos de ellos con domicilio fijo en las poblaciones, apenas han variado las condiciones que les distinguen.

La religión que profesan es tan superficial, que tanto los musulmanes como los cristianos, les tienen prohibido formar parte de toda jerarquía religiosa. Su inclinación al robo, su astucia para el engaño, su vida errante de músicos ó de chalanes, sus festines y su propensión á la embriaguez, les tiene alejados de toda sociedad medianamente culta.

Esta familia excepcional, cuyo origen es la India, según lo ha demostrado el estudio de la filología comparada, rechaza el nombre de *tchinghianés* que se da á sus individuos, y se denominan romíes ó hijos de la mujer (romní), pues así como nosotros nos llamamos hijos de Adán, ellos se llaman hijos de Eva. El origen de este nombre acaso se encuentre en el Dios índico, Râma, cuyo culto tendrían en el Indostán, tomando de él dicha denominación para distinguirse, después de su salida de la India, de los demás pueblos y de las demás religiones. Esta conjetura, propuesta por el diligente y erudito orientalista Alejandro G. Paspati, tiene más visos de verosimilitud que la que supone proviene aquel nombre de rumí, dado por árabes y turcos á los romanos ó cristianos, y con el cual por ampliación designan también los indios á los turcos en general, aplicándoles el antiguo nombre *romaioi* de los bizantinos. El nombre de *tchinghia-*

nés, que les dan los turcos, tiene su raíz en *zenghi*, sustantivo y adjetivo pérsico, que significa en etiópico, negro ó negra, así como *zungée*, de donde ha nacido el alemán *zigeuner*, el valaco *zigano* y *zingano*, el búlgaro *tchiganin* y el *zingaro* ó *zingano* italiano. Los griegos los llaman *gyphtos*, palabra con que designan á toda persona despreciable y avara, derivada de *agyptios*, de donde procede el español gitano y el inglés *gipsy*, siendo probable que el color de su piel les haya hecho dar aquel nombre más bien que su pretendido origen del Egipto, porque todo induce á creer que los *tchinghianés* se introdujeron en Turquía y de ella en Europa por tierra. Los griegos llamaron también á los tchinghianés *catzibelos*, mercaderes de toda clase de utensilios, de tejidos de mimbre, hierro, lata y sus análogos.

No es nuestro propósito referir en este lugar la historia de las emigraciones de aquel pueblo, sobre lo cual puede consultarse el gran trabajo de Grelmán y sus continuadores. Apuntaremos, sin embargo, que este autor, después de haber expuesto de una manera clara y precisa su primera aparición en Alemania en 1447, las costumbres y los hábitos nómadas de tan extrañas gentes, determinó su afinidad con los pueblos índicos por la comparación de la lengua de los *tchinghianés* con las indias, y principalmente la indostánica. Sobre la época de su llegada al Imperio turco, se cree que entraron por la Tracia poco antes de la conquista turca, puesto que los historiadores bizantinos Crisoloras, Khaleocondylis, Juan Ducas, Juan Cantacuceno, y Phrantzes, no hacen la menor mención de ellos.

Aunque numerosos en todas las comarcas de la Turquía, así de la Rumelia y de la Anatolia como del Asia menor, puede asegurarse que, en la antigua Tracia, propiamente dicha, es donde se encuentran en mayor número; y aun cuando se carece de datos estadísticos acerca de tan extraños seres, se cree pasan de 200.000 los que hay en Turquía. Obedeciendo á su carácter nómada, hacia la mitad de abril ó más tarde, si se atrasa la florida estación, dejan sus *gyshlas*, ó cuarteles de invierno, y se dispersan por todos las comarcas cercanas, bajando algunos por el Norte de los Balkanes, hasta el Asia

menor, mientras suben otros hacia el Norte de aquellas célebres cordilleras, para bajar de nuevo á la mitad de octubre. Muchas familias hay que jamás salen de una provincia, la cual recorren, conociendo hasta en sus menores detalles todo el territorio, y lo que pueden necesitar sus labradores é industriales, que procuran proporcionarles, valiéndose de cualquier clase de medios; pues para ellos es un axioma aquella inicua frase: de que todos son buenos si conducen al fin.

Los *tchinghianés* que, abandonando su vida errante, viven en las ciudades, son muy poco numerosos en relación con los nómadas, existiendo entre unos y otros tal antagonismo y tal desprecio mutuo, que los sedentarios ó de las ciudades llaman bárbaros á los nómadas y se burlan de su pronunciación ininteligible, ruda y áspera, de su desnudez y de su crasa ignorancia, mientras los nómadas á su vez llaman á los sedentarios *kalb tchinghianés*, ó sea falsos romíes, vasallos ó esclavos, y otras frases no menos despreciativas. Este antagonismo no es sólo debido al cambio de vida de los sedentarios, sino principalmente á la diferencia de religión, porque los nómadas son en su mayor parte musulmanes, y los sedentarios cristianos, aunque ni unos ni otros tienen gran fe en su respectiva creencia, porque la verdad es que apenas practican ni menos comprenden sus ceremonias y dogmas, aceptando tanto unos como otros únicamente los principios de una ú otra religión, cuando creen que de ello pueden sacar algún partido.

Como no hay regla general sin excepción, algunas veces se encuentran *tchinghianés* cristianos entre los nómadas, que viven en mejor armonía que sus compañeros con los sedentarios, y que hasta llegan á contraer matrimonio con las mujeres de éstos; pero, aunque errantes, viven separados de los otros nómadas.

Entre éstos forman un grupo especial los llamados *zapari*, que son las gentes más feroces de su raza, los cuales siguen la religión musulmana, y son toscos herreros durante el invierno, y saltimbanquis que enseñan osos y monos en las ferias y en las grandes ciudades. También de ellos salen la mayor parte de los verdugos que hay en el Imperio. Se les

distingue entre todos los demás, por sus enormes tocados y sus anchos pantalones, que recuerdan los de sus congéneres de Andalucía. A los caracteres físicos de todos los *tchinghianés*, delgados, de negros cabellos, de color moreno, casi verdoso, de ojos negros y brillantes, agregan los *zaparis* mirada salvaje, andar provocativo y fiero, y la más completa ausencia de todo sentimiento de moral, siquiera sea la que el Supremo Hacedor marcó con indelebles caracteres en la conciencia humana. Hay entre sus sanguinarias costumbres, una sobre la cual deben meditar los arqueólogos, pues se encuentran, en nuestro país sobre todo, muchos cráneos humanos que revelan la misma práctica. Los zaparis, después de arrojar á sus víctimas en tierra, les atraviesan la cabeza con un clavo, generalmente de madera, si no lo tienen á mano de hierro. Los *tchinghianés* sedentarios, más civilizados, son los que viven en Constantinopla, donde hay cerca de 140 familias que viven repartidas en Teni-Baghtche, Tchivar, Tchechuse, cerca de la iglesia de los Claquernos, en Scutari, y en Kassiun-Pachá.

Hállanse también otros muchos en poblaciones cercanas á la capital y en las diversas provincias del Imperio; pero como ya indicamos, los nómadas abundan mucho más, teniendo, por decirlo así, su cuartel general en la Rumelia.

Algunos sedentarios de las cercanías de Constantinopla suelen casarse con mujeres del país, lo cual también se observa entre los gitanos de Andalucía; pero sus casas presentan el mismo aspecto que las tiendas de los nómadas, en cuanto al escasísimo mobiliario. Bien es verdad que no les hace gran falta otra cosa, puesto que los inquilinos de aquellas pobres moradas, con el amor al aire y á la vida libre que les distingue, viven en medio de la calle con sus mujeres, de flexibles caderas, abigarrados trajes de colores vivos, principalmente rojo y amarillo, y negras y rizadas cabelleras, adornadas ordinariamente con flores, siendo lo más común verlas sentadas, aun en los momentos de reposo, á la puerta de la casa, como si ésta no tuviera otro objeto que el de darles abrigo durante la noche. Poco aficionados á la cultura, apenas envían sus hijos á la escuela, más para desembara-

zarse de ellos que por deseo de que cultiven su inteligencia; y los hombres, por punto general, viven dedicados á la vida de saltimbanquis, recorriendo las aldeas, tocando y cantando, sobre todo en las festividades públicas y en las ferias, al compás de cuya música bailan sus mujeres lujuriosas danzas, siendo los menos los que se dedican al oficio de herreros ó al comercio de paja, carbón y leña, á trabajos de vendimia ú otros del cultivo de la vid, y muchos los que ejercen el repugnante tráfico de zurcidores de voluntades. En parte alguna se les permite ejercer ninguna clase de cargo, por modesto que sea en las iglesias, á no ser por rara excepción el de cantores, y aunque fueran cristianos, hasta hace algunos años, no se les enterraba en los cementerios de éstos; costumbre que todavía continúa para los *tchinghianés* que no están casados con mujeres griegas, si bien los que han contraído con ellas matrimonio, ó los que proceden de estas uniones, que ya forman una raza mestiza, se entierran al lado de sus compañeros de comunión religiosa.

Pero el tipo de verdadero *tchinghiané* es el nómada, aunque no pertenezca al grupo de los zaparís. Familiarizado con la vida de las poblaciones, sufre, sin embargo, las inclemencias de los elementos bajo su tienda, antes que avenirse á encerrarse entre las paredes y bajo los techos de las casas, dentro de las cuales parece que no encuentran sus pulmones y sus ojos aire que respirar y espacio por donde dilatar sus miradas. Aunque vea tiritando de frío á sus pobres hijos, casi desnudos ó desnudos completamente; aunque el calor sofocante del estío les abrase bajo la frágil y con frecuencia agujereada lona, preferirá morir con ellos bajo su tienda, á vivir más cómodamente en las moradas con que le brindan las cercanas ciudades. Algunos suelen labrarse una especie de cabaña con ruedas, cubierta con cortezas de árboles, la cual conducen de un lado á otro tirada por bueyes, mientras la familia va detrás de su ambulante morada; y otros son tan pobres, que ni para esto ni para tiendas tienen, y acampan á la sombra de un árbol ó de una casa. ¡Cuántas veces al verlos agrupados de este modo recordaba los gitanos pobres de mi patria, que de la misma manera van recorriendo diferentes lu-

gares, formando el rancho á la luz de las estrellas ó bajo los ardores del sol canicular!

La lengua hablada por estos *tchinghianés* nómadas, difiere también de la de los sedentarios, que olvidándose de muchas palabras, las sustituyen con otras turcas ó griegas, pudiendo considerarse la que hablan los *tchinghianés* de la Rumelia como la lengua madre de las que usan las diferentes familias de estas gentes, esparcidas por Europa y por América.

Apesar de que ciertas prácticas parecen indicar entre ellos el recuerdo de una religión indostánica, no puede decirse que los *tchinghianés* profesan más religión que la musulmana ó la cristiana, aun cuando en realidad, más de nombre que realmente, pues los que se llaman cristianos mueren sin haber sido bautizados, y sin haber sufrido la circuncisión los musulmanes, cambiando de religión con tanta facilidad como de domicilio, y burlándose con frecuencia de ella, como se burlan de todo lo que les es extraño. Es probable que en un principio conservaran el recuerdo de su religión índica al venir á la Tracia, que se convirtieran bien pronto al cristianismo, religión imperante en aquella comarca á la época de su inmigración, y que después de la conquista del Imperio por los musulmanes, muchos abrazasen el mahometismo; pero repetimos que ni unos ni otros sienten el menor interés por el conocimiento ni la práctica de sus respectivos dogmas, mirando todo esto con una glacial indiferencia. Sólo durante los meses de primavera, cuando los tchinghianés salen de sus cuarteles de invierno, se reunen en medio de un prado ó de un campo, procurando que haya cerca una fuente, para celebrar, lejos de los griegos y de los turcos, la fiesta característica de su raza, su *kákkava* ó *fiesta de los caldeos*. En ella, y durante tres días consecutivos, se entregan en medio de sus tiendas á festines, regocijos, danzas y cantos, teniendo obligación cada uno de ellos de inmolar un cordero y de invitar á todos los pasajeros á su mesa, cubierta de flores y bien provista de vinos. Toda discordia, toda contienda, les está severamente prohibida durante esta festividad. Los bailes, los gritos, los cantos, constituyen su sola ocupación en

aquellos tres días de verdadero vértigo y delirio, al terminar los cuales pagan su impuesto anual, ó tcharébachí, arreglan sus litigios y se marchan á recorrer el país en diversas direcciones, con sus tiendas y sus animales. Semejante festividad, sin embargo, es más propia de los nómadas que de los sedentarios, muchos de los cuales apenas la conocen, y aun hasta entre los primeros de las cercanías de Constantinopla, va cayendo en desuso, desde que la percepción de su impuesto se cobra ya por los agentes del Gobierno de una manera más ordenada. La época en que comienza dicha festividad generalmente es el 23 de abril.

Los *tchinghianés* no tienen la más pequeña noción de ciencias, de artes ni de letras; se curan cuando están enfermos con algunos remedios empíricos que conservan las viejas de su raza, y llega á tanto su avaricia ó su pobreza, que entre los nómadas es práctica muy seguida la de enterrar sus muertos durante la noche, ocultando cuidadosamente el lugar del sepelio, para no pagar á los imanes ó á los sacerdotes. Su literatura está reducida á algunos cuentos que suelen relatar sus músicos y cantores, cuentos en los que se nota la influencia de la fantasía oriental, pero en los que no se halla ningún indicio de sus orígenes índicos ni de su antigua religión.

Como muestra de estos cuentos, trascribimos á continuación los siguientes, narrados por ellos mismos:

CUENTO

NARRADO POR EL TCHINGHIANÉ LEÓN ZAFIRI (1).

«En aquel tiempo vivía un hombre rico que tenía un hijo á quien su madre y su padre amaban mucho: fué á la escuela y aprendió cuanto había que aprender.

Un día se levantó, tomó tres ó cuatro bolsas de dinero y por aquí y por allá las gastó.

---

(1) Hay en las grandes ciudades de Oriente personas que se ganan la vida narrando cuentos en los cafés, á cuyas narraciones, siempre de asuntos fantásticos y maravillosos, tienen grande afición los musulmanes.

Al día siguiente, muy temprano, acudió á su padre y le pidió más dinero; lo tomó, se levantó, salió y en la noche del mismo día lo gastó.

Poco á poco fué gastándolo todo.

Volvió nuevamente á su padre y le dijo:—Yo quiero dinero.

—Hijo mío, no me queda más; ¿quieres las cacerolas? Tómalas, véndelas y gasta.

Las vendió, en efecto, y en uno ó dos días gastó el dinero.

—Quiero dinero.

—Hijo mío, no tenemos; toma los vestidos y véndelos.

En uno ó dos días gastó lo que le dieron por ellos.

Acudió otra vez á su padre:

—Quiero dinero.

—Hijo mío, no nos queda más; si quieres, vende la casa.

El mancebo vendió la casa y en un mes gastó lo que dieron.

—¡Oh, padre mío, quiero dinero!

—Hijo mío, no nos queda dinero, ni nos queda casa; si quieres, llévanos al mercado de esclavos y véndenos.

El joven los llevó á vender y los vendió.

Y el padre y la madre le dijeron:

—Que vengas por aquí para que te veamos.

El Rey compró á la madre y al padre.

El mancebo con el dinero de la madre se compró vestidos y con el del padre un caballo.

Los servidores del Rey vieron que los padres lloraban y fueron á decirle al Rey:

—Los que comprasteis están llorando muy afligidos.

—Condúcelos á mi presencia.

El Rey les preguntó:

—¿Por qué llorais?

—Tenemos un hijo: lloramos por él.

El Rey les preguntó de nuevo:

—¿Qué gentes sois?

—Nosotros no éramos de esta condición ¡oh nuestro Rey! teníamos un hijo: vendió nuestras riquezas, nos vendió á nosotros mismos y lloramos por él. ¡Que venga para que le veamos!

Mientras estaban hablando con el Rey llegó el hijo.

El rey se puso á escribir una carta y se la dió al mancebo:

—Lleva esta carta á su destino.

Dentro de ella el Rey había escrito: «En cuanto recibáis esta carta cortad el cuello á su portador.»

El mancebo tomó sus vestidos, montó en su caballo, guardó la carta en su seno y se puso en marcha.

Atravesó una provincia. Le abrasaba la sed y vió un pozo.

—¿Cómo me compondré para beber el agua de este pozo? Ataré esta carta, la bajaré al pozo y luego refrescaré siquiera mi boca con el agua que coja.

La dejó caer, tiró de ella y la estrujó sobre su boca.

—Quiero ver lo que esta carta tiene dentro. ¡Qué veo! «En cuanto recibáis esta carta cortad el cuello á su portador.»

El mancebo se quedó inmóvil.

En cierto paraje vivía la hija de un Rey. Si proponiéndola un enigma lo resolvía, cortarían la cabeza al proponente; pero si no podía resolverlo, tendría que casarse con él.

El mancebo se levantó y se dirigió al palació del Rey.

—¿A qué has venido, mi mancebo?

—Quiero hablar á la hija del Rey.

—Le hablarás. Si resuelve tu enigma, cortará tu cuello; pero si no lo explica, te casarás con ella.

—A eso he venido. Y se presentó á la hija del Rey.

Esta le dijo:

—Di tu enigma.

El mancebo dijo:—Yo me he puesto á mi madre, monté sobre mi padre y he bebido agua de mi muerte.

La joven acudió á su libro y no pudo descifrar el enigma.

—Dame un plazo de tres días.

—Te lo doy, dijo el mancebo.

Después se fué á una posada donde se acostó.

La joven se convenció de que no podía descifrar el enigma.

Y á seguida hizo un subterráneo por donde llegó á la habitación en que el mancebo dormía.

A media noche se levantó, se dirigió á él y le abrazó.

—Yo soy, le dijo: yo soy para ti y tú para mí. ¿Me lo dices?

—No puedo decírtelo. Quítate tu túnica interior.

—¿Y me lo dirás?

Después que fué dueño de la hija del Rey le explicó el enigma.

La joven empezó á dar palmadas, llegaron sus servidores y se marchó con ellos. Pero al tomar la túnica se puso la del mancebo por la suya.

Llegó el día. Llamaron al mancebo.

El mancebo montó á caballo y llegó al palacio. Los hombres le miraban.

—Es triste—se decían;—le van á matar.

Llegó frente á frente del Rey.

—Mi hija ha descifrado tu enigma.

—¿Cómo lo ha explicado, Rey mío? Cuando yo dormía esta pasada noche, un pájaro llegó á mí, á mi seno, le cogí, le maté, le mandé cocer y cuando iba á comérmelo se marchó.

El Rey dijo:—Le matarán. Habla fuera de tino, se pierde.

—No: yo no desatino ¡oh Rey mío! Yo he sido el que ha explicado el enigma á tu hija. Tu hija ha hecho un subterráneo y ha llegado por él hasta mi habitación mientras yo dormía. Se arrojó en mis brazos. La estreché entre ellos, la hice dejar su túnica y la expliqué el enigma. Dió entonces palmadas, acudieron sus servidores y se volvió con ellos. Si no me crees, yo llevo su túnica interior y ella lleva la mía.

El Rey vió que decía la verdad.

Y celebraron bodas que duraron cuarenta días y cuarenta noches. Y casado el mancebo con la Princesa, rescató á su padre y á su madre.»

CUENTO

NARRADO POR UNA TCHINGHIANÉ VIEJA DE LAS CERCANÍAS DE ANDRINÓPOLIS.

«Un Rey tenía tres hijos. Dió al menor cien mil piastras y otro tanto al mayor y al segundo.

El menor se levantó y anduvo por donde quiso; pero don-

de quiera que encontraba pobres los socorría, y así de acá para allá gastó el dinero.

Su hermano mayor hizo barcos para buscar ganancia.

El segundo puso tiendas.

Vinieron cerca del padre.

—¿Qué has hecho, hijo mío?

—Yo he hecho barcos.

Al menor:

—Y tú, ¿qué has hecho?

—Yo, á todos los pobres que he encontrado les he dado limosnas, y á las doncellas pobres dotes para casarse.

El Rey dijo:

—Mi hijo menor cuidará bien de los pobres. Toma otras cien mil piastras.

El mancebo se fué. De acá para allá gastó el dinero. Sólo le quedaban doce piastras.

Los judíos desenterraron un muerto.

—¿Qué queréis por él? ¿Por qué le maltratáis?

—Queremos doce piastras por él.

—Tomad las doce piastras y dejadle.

Dió el dinero, los judíos lo dejaron y el mancebo se alejó.

Pero el muerto le seguía, y le dijo:

—¿Dónde vas?

—A pasearme.

—Yo iré contigo, nos pasearemos, seremos compañeros.

—Bueno.

—Ven, te llevaré á cierto paraje.

Y le condujo á una población donde había una joven que se casaba, y á la mañana siguiente amanecían los maridos muertos en el lecho.

—Espérame—le dijo el muerto;—buscaré para ti una joven; pero estaremos reunidos siempre.

Y buscó á la joven.

—Cuando á la noche os acostéis, yo me acostaré también en el mismo sitio.

Tomó su espada y se colocó cerca de ellos; pero el mancebo dijo:

—Eso no es posible. Si quieres toma para ti la joven.

—¿No estamos asociados? Duerme tú con ella, que yo me quedaré por aquí.

A media noche observó que la joven abría la boca y que un dragón salía por ella.

Tiró de la espada, le cortó las tres cabezas, se las guardó en el seno, se acostó y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, la joven se levantó y vió que su compañero estaba vivo á su lado. Y le dijeron al padre de la joven:

—Tu hija ha visto amanecer el día con su marido.

—Ese será mi yerno—dijo el padre.

El mancebo fué con la joven en casa de éste.

—Ven—le dijo el muerto;—partamos las riquezas.

Y se pusieron á partirlas.

—¿No hemos repartido los bienes? repartamos también la mujer.

El muerto la cogió, ató cada uno de sus pies, y dijo al mancebo:

—Ten tú el uno; yo tendré el otro.

Levantó la espada para dividir á la joven, que aterrada abrió la boca, dió un grito, y de ella cayó el dragón.

El muerto dijo al mancebo:

—Yo no existo ni para la mujer ni para las riquezas. Estas cabezas de dragón eran las que devoraban á los hombres. Tómalo todo. Que la joven sea para ti, que los tesoros sean para ti. Me has dispensado un beneficio, y te he correspondido con otro.

—¿Qué beneficio te he dispensado?—dijo el mancebo.

—Me libraste de manos de los judíos.

El muerto se volvió á su sepultura, y el mancebo con su mujer y sus riquezas volvió á casa de su padre.»

CUENTO

NARRADO POR LEÓN ZAFIRI

«En aquel tiempo había un hombre que hizo un galeón y embarcó gente que le tripulase, é iba del mar Blanco al mar Negro.

Llegó á una aldea para hacer aguada, y vió cuatro ó cinco jóvenes, que jugaban, y entre ellos uno que era calvo.

Llamó al calvo.

—¿Dónde está el agua?—le preguntó.

El calvo se la mostró, y el hombre hizo su aguada.

—Vente conmigo.

—Yo me iría, pero tengo á mi madre.

—Vamos á casa de tu madre.

Y fueron á su casa.

—¿Me dejas á tu hijo?

—Te lo dejo.

El marino le dió algún dinero para vivir y se llevó al joven. Se dieron á la vela y fueron á otra gran población, donde también desembarcaron para hacer aguada.

El hijo del Rey salía á pasear y vió un derviche que vendía un retrato.

El hijo del Rey lo compró. Era de una mujer muy hermosa. Su padre trabajaba en el retrato hacía siete años. El joven lo colocó sobre la fuente y dijo:—De los que vengan á beber agua, alguno habrá que diga: Yo he visto á esta doncella.

Salió el marino, fué á beber agua, levantó los ojos, y vió el retrato. ¡Qué hermosura!

Volvió al barco y dijo á su gente:

—Hay en tierra una belleza, que igual no la he visto nunca.

El calvo dijo:

—Quiero verla.

El calvo bajó á tierra, y así que la vió se echó á reír.

—Es la hija del derviche. ¿De dónde ha venido este retrato?

Apenas había dicho estas palabras, cogieron al calvo y le condujeron al palacio. El calvo no sabía lo que le pasaba.

Dos días después otros hombres llegaron á él y le dijeron:

—¿Conoces á esa doncella?

—Sí la conoco, somos paisanos; su madre murió y nos dió de mamar á ambos.

—Si te presentan ante el Rey, no temas.

Y llegó delante del Rey.

—¿Conoces á esta joven?

—La conozco; somos paisanos.

—¿Puedes traerla aquí?

—Puedo. Hacedme un galeón adornado con oro; dadme veinte cantores y músicos que toquen; dejadme que me acompañe vuestro hijo, y que nadie me hable de lo que yo haga. Así iré por ella, pero tardaré siete años en ir y volver.

Tomaron víveres para siete años y se hicieron á la mar.

Y llegaron al país de la doncella.

Y al rayar el día dió fondo el galeón cerca de su casa, porque la casa de la doncella estaba cerca del mar.

El calvo dijo:

—Yo saldré á pasearme sobre cubierta. Que ninguna otra persona se presente en ella.—Subió y se paseó sobre el galeón.

La hija del derviche se despertó. El sol alumbraba el galeón y la casa.

La doncella salió y se lavó los ojos. Un hombre se paseaba, la doncella se inclinó mucho y vió á nuestro calvo, reconociéndole. ¿Qué buscará aquí?—se dijo.

—¿Qué buscas aquí?

—He venido por ti. Hace muchos años que no te veía, he venido á verte. Vístete y ven al galeón. ¿Dónde está tu padre?

—¿No sabes que mi padre estaba haciendo mi retrato? Ha ido á venderlo, y le estoy esperando.

—Ven acá, y hablaremos un rato.

La doncella fué á vestirse y adornarse.

El calvo dijo á su gente:

—Ocultaos, que no se vea á nadie, y así que la tenga en un camarote, cortad los cables mientras hablo con ella.

La joven entró en el camarote. Se sentaron; hablaron; el galeón partió, y el calvo hizo que entrase al instante el hijo del Rey.

La doncella dijo:

—¿Quién es este hombre? Yo me voy.

—¿Estás loca, hermana mía? Tomemos un poco de dulce.

Lo dió á la doncella, y la doncella se mareó.

El calvo dijo:

—Que venga música á tocar para ti.

Entonces los músicos principiaron á tocar.

La doncella, levantándose, dijo:

—Me voy, mi padre viene.

—Siéntate un poco, y que los músicos toquen para ti.

Los músicos tocaron, y la doncella no comprendió que el galeón partía.

—Me voy—dijo nuevamente la doncella.

Salió de la cámara y vió dónde quedaba su casa.

—¡Ah, hermano mío! ¿Qué has hecho?

—¿Qué quieres hacer? El que se sienta á tu lado es el hijo del Rey y he venido á llevarte para él.

La doncella lloró.

—¿Qué haré?—decía.—¿Me arrojaré al mar?

Se sentó cerca del hijo del Rey y tuvieron en abundancia música, alimentos y bebidas.

El calvo iba sentado arriba en el puente, solo, como capitán. Aquéllos comían y bebían, pero él no abandonaba su puesto.

Faltaban sólo dos ó tres días de viaje.

Al amanecer de uno de ellos, tres pájaros se posaron sobre el galeón. Nadie había cerca del calvo.

Los pájaros empezaron á hablar.

—¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo?

—La hija del derviche come y bebe con el hijo del Rey, y no sabe lo que la espera.

—¿Qué la espera?—dijeron los otros pájaros.

—En cuanto llegue, una pequeña embarcación saldrá para conducirlos á tierra. La embarcación zozobrará, y la hija del derviche y el hijo del Rey se sumergirán. Y si alguno lo sabe y lo dice, se verá convertido en piedra hasta las rodillas.

El calvo lo entendió. Estaba solo.

Al día siguiente, por la mañana, los pájaros volvieron de nuevo y empezaron á hablar entre sí.

—¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo?

—La hija del derviche y el hijo del Rey comen, beben y no saben lo que les espera. En cuanto salgan y entren por la puerta, la puerta se hundirá, los aplastará y los matará. Y

si alguno lo sabe y lo dice, se verá convertido en piedra hasta la espalda.

Al nuevo día los pájaros volvieron.

—¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo?

—La hija del derviche come y bebe y no sabe lo que la espera.

—¿Qué sucederá?—dijeron los otros pájaros.

—En la noche de su boda, un dragón de siete cabezas devorará al hijo del Rey y á la hija del derviche. Y si alguno lo sabe y lo dice, quedará convertido en piedra hasta la cabeza.

El calvo dijo para sí:

—No dejaré acercarse embarcación alguna.

Y llegó con su galeón frente por frente del palacio.

Llegaron embarcaciones para conducir á la joven á tierra.

—Yo no quiero embarcaciones. Atrás.

Y desplegó sus velas y pasó de largo. Los que miraban decían:

—¿Por qué se alejará el galeón?

El Rey dijo:

—Que se detenga.

El calvo dijo al Rey:

—Cuando fuí á buscar á esta joven, ¿no te dije que haría lo que me pareciese? Que nadie me hable de este asunto.

Condujo á la doncella y al Príncipe á la puerta, y al llegar ante ella dijo:

—Demoled esa puerta.

—¿Y por qué demolerla?

—¿No se dijo que nadie me hablaría de cuanto se refiera á este asunto?

La demolieron, subieron, se sentaron, comieron, bebieron, rieron y hablaron.

El gusano del temor consumía al calvo.

Llegó la noche. Se casaron. El calvo dijo:

—Tengo que dormir cerca de ellos.

—Tú no puedes dormir con los recién casados.

—¿Qué fué lo convenido?

—Haz lo que quieras.

Fueron, se acostaron, el calvo tomó su espada y se acostó.

Se tapó la cabeza. A media noche sintió que un dragón se acercaba, le cortó las cabezas y las puso bajo su almohada.

El hijo del Rey se despertó, lo vió con la espada en la mano y gritó:

—El calvo va á matarnos.

Vino el padre, preguntóle por qué gritaba, y el Príncipe insistió:

—El calvo iba á matarnos.

Le ataron los brazos.

Cuando fué de día el Rey le llamó.

—¿Por qué has hecho eso? ¿En siete años has ido, has vuelto, has traído á la joven y ahora quieres matarlos?

—No podía hacer otra cosa que la que hacía.

—Ibas á matar á mi hijo y yo te mataré.

Le apretaron las cuerdas de los brazos y se lo llevaron para cortarle la cabeza. Conforme iban andando, el calvo iba diciendo:

—Me van á cortar la cabeza, y si lo digo me veré trasformado en piedra. Vamos, conducidme de nuevo ante el Rey: tengo que decirle dos palabras.

Le condujeron ante el Rey.

—¿Por qué lo habéis traído?

—Tiene dos palabras que decirte.

—Dilas, mancebo.

—Cuando fuí á buscar la hija del derviche estaba sólo, sentado sobre el puente del galeón. Tu hijo con la doncella comía en tanto, y bebía. Una mañana vinieron tres pájaros y empezaron á hablar entre ellos.—¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo? La hija del derviche come y bebe con el hijo del rey, y no sabe éste lo que les espera. Y si alguno lo sabe y lo dice, se verá convertido en piedra hasta las rodillas. Nadie más que yo lo entendió.

Cuando el calvo acabó estas palabras, quedó convertido en piedra hasta las rodillas. El Rey, al ver esto, le dijo:

—No digas más.

—Sí lo diré, continuó el joven.

Dijo también lo de la puerta, y quedó convertido en piedra hasta la espalda.

—A la tercera vez llegaron los pájaros y hablaron entre ellos, y por lo que les oí fué por lo que quise dormir cerca de los desposados. Un dragón de siete cabezas debía salir y devorarlos, y si no lo crees, mira debajo de mi almohada.—Fueron y hallaron, en efecto, las cabezas.—Yo fuí quien lo mató. Tu hijo vió la espada en mis manos y creyó iba á matarlos. No puedo decirte más.

Quedó convertido en piedra hasta la cabeza.

Le hicieron un sepulcro.

El hijo del Rey se levantó, se puso en camino y marchó.

—Por espacio de siete años él anduvo por mí y debo hacer otro tanto por él.

Y marchaba. En cierto paraje encontró agua, bebió y se acostó. El calvo se le apareció en sueños.—Toma ahora un poco de esta tierra y ve y arrójala inmediatamente sobre mi sepulcro.

Durmió mucho. Cuando se levantó, tomó la tierra y la arrojó sobre el sepulcro.

El calvo se levantó.

—¡Cuánto he dormido!—dijo.

—Tú anduviste por mí siete años y siete años he andado yo por ti.

Le tomó de la mano, le condujo á palacio, y le hizo un gran personaje.»

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

COSAS DE MADRID

Continuación (1).

INFORMES DE UN TESTIGO.

1830-1840.

A la manera que un sosegado río al aproximarse á terreno más desigual, apresura su corriente unas veces, ó bien forma remanso para continuar su curso con mayor rapidéz antes de confundir sus aguas con los afluentes que han de enriquecerlas dándolas nuevo nombre, así las costumbres de Madrid en el punto en que estamos, habían cambiado apenas, por más que avanzando unas veces hacia lo desconocido, deteniéndose otras como á su pesar, demostraban con indicios seguros no estar lejano el tiempo en que hubieran de variar por completo, ó mejor dicho, desaparecer en el tráfago de acontecimientos fundamentales que alteraron la faz de la nación, sin dejar espacio á otros usos que, sustituyeran á los pasados. Vendrán después. Por ahora marchan sin carácter y á la ventura; cuando le tengan, no faltará quien forme su abolengo.

(1) Véase la pág. 315 de este tomo.

Deseando buena suerte á quien tal hiciere, prosigo mi tarea bosquejando la índole social de la noble villa en 1830, deteniéndome un tanto en las diversas condiciones de sus habitantes, comenzando por la clase media, pues de la nobiliaria he dicho lo suficiente.

Imposible parecerá la envidiable tranquilidad de espíritu pe los honrados vecinos de Madrid á quien no los haya oído decir de continuo: «Para cuatro días que hemos de pasar en el mundo, no hay que afanarse; vivamos lo mejor que se pueda, pues nos sobrará con siete pies de tierra.»

Y no quedaba en dicho esta filosofía, al parecer triste y desconsoladora, sino que la reducían á práctica en absoluto en cualquier circunstancia difícil, confiando en la Providencia algo más de lo debido, con perjuicio tal vez de sus intereses, pero con notoria ventaja de su sosiego y consiguiente buena salud.

Los padres de familia, si tenían hijos varones, su aspiración era colocarlos en alguna dependencia del Estado, llegados á edad competente, de meritorio sin sueldo, si acaso con doscientos reales de gratificación por Navidad, época feliz para el funcionario en agraz, vanidoso de antemano al pensar las galas que tal suma había de proporcionarle.

Con este motivo eran de cajón las disertaciones del padre á su querido Benjamín, recomendándole, en vista de tan agradable resultado, la conveniencia del buen proceder, la asistencia puntual á la oficina y sobre todo la obediencia á los jefes, estimulándole con la perspectiva de ganar mil y quinientos reales pasados algunos años, que era el ascenso inmediato.

Pero esta situación no se lograba sin dificultades, siendo la primera encontrar relaciones para algún covachuelista ó Director general, empresa á que solía dar cima tal cual señora de buen ver interesada por el joven, ó bien lejano pariente de íntimas relaciones con la servidumbre palaciega.

Lo demás era de cajón: con un poco de paciencia y algún regalillo, pues con las manos vacías no se acostumbraba emprender solicitudes de semejante naturaleza, se allanaba cualquier obstáculo.

—Mire V.—decía el padre al protector ó protectora,—el muchacho no sabe nada y su letra es mala, pero en la oficina irá aprendiendo.

—Hombre—le contestaba maliciosamente ella ó él,—es usted muy escrupuloso y para poco; ¡cuántos hay que sin saber leer ni escribir se encuentran en gran candelero!

Y allí entraba la enumeración de jefes de oficina que para firmar el parte diario se encontraban en grande aprieto.

La cosa era muy cierta, por inverosímil que parezca, con especialidad en determinados centros oficiales mecánicos.

Como las aspiraciones eran cortas y el novel funcionario estaba muy lejos de considerarse un genio malogrado, según suelen imaginar de sí propios algunos de tan poco valer como nuestro conocido, el noviciado iba pasando sin dificultad.

Reducíase á entrar el primero en la oficina, si posible fuese antes de verificar la limpieza, pues según opinión del jefe, no era bueno dejar solos á los porteros, alcanzar los legajos, quitarles el polvo é ir formando la letra á fuerza de garrapatear en el papel, para lucir su aptitud cuando se le encargase alguna copia.

Este caso llegaba por fin, y vencidos los inconvenientes de cortar la pluma, doblar el pliego y proporcionar las márgenes, daba comienzo la operación, á veces interrumpida por el aspirante para dirigir al jefe (cabecera de mesa era el más inmediato) consultas por el estilo:

—Diga V., Sr. D. N , y V. perdone, ¿*colchonero* se puede dividir por *colchón*?

Sin extrañar la pregunta el superior, antes bien con aire paternal y cierta sonrisita inteligente y protectora, le contestaba:

—No, muchacho, no; acostúmbrate á marcar bien las sílabas, y aunque veas al público divisiones por el estilo hasta en los azulejos donde se pintan los nombres de las calles, no te fíes; sobre todo has hecho bien; cuando no se sabe se pregunta, que ninguno hemos nacido enseñado.

De esta manera pasaba el tiempo, el aspirante llegaba á ser un empleado práctico de provecho, y las cosas no marchaban peor que ahora.

Si era una hija á quien había que colocar, bastaba con mantenerse á ver venir; misión que las madres desempeñaban á maravilla.

Las tertulias diarias en que las señoras hacían labor al principio de noche, oyendo leer en algún libro entretenido, antes de comenzarse el juego de lotería ó de la *peregila*, en que todos los concurrentes tomaban parte, malo había de ser que no proporcionasen alguna conveniencia á la niña, y si no frecuentes eran los bailes de confianza, comedias caseras y otras diversiones familiares que abundaban como llovidas.

Asombraría hoy seguramente, y apenas se me daría crédito, si refiriese los pocos recursos con que se concertaba una boda; mas para justificar mi dicho podría traer á colación que la vida costaba una tercera parte que ahora; que las mujeres vestían con suma economía, desempeñaban las haciendas caseras sin tenerlo á mengua, ni por sueños se les ocurría buscar nodriza para sus hijos, y que los hombres, cumplido el deber de asistir á la oficina de nueve á dos, pasaban el resto del día en sabrosa holganza, esperando la próxima fiesta en que solían hacerse la ilusión de que pescaban ó cazaban, pues ilusión y nada más era en los alrededores de Madrid suponer tales entretenimientos.

Hubieran aquellas buenas gentes considerado fábula que por el derecho á ocupar un asiento durante tres horas se pagasen las cantidades que hemos visto dar en ciertas diversiones; como tampoco hubiesen creído que alcanzase fama europea un autor que ha escrito que los padres tienen derecho para abandonar sus hijos en cualquier situación de la vida, si les consideran estorbo para el divorcio y contraer nuevos esponsales.

Paso de largo ante las reflexiones á que se presta la diferencia en el modo de pensar, pues ya he dicho que no soy censor de costumbres. Observo, refiero, advierto y nada más.

El comercio constituía parte muy importante de la clase media en Madrid.

La historia de los que á él se consagraban es muy breve de contar. Tenía la condición que César Cantú encuentra en los anales de las naciones más felices: ofrecer poco interés.

Venían aquéllos á la corte, de las montañas de Santander

ó provincias del Norte, por lo común, recomendados á un pariente ó paisano, y desde luego entraban en ejercicio. Levantarse con el alba, barrer y arreglar la tienda, no sentarse sino para comer en familia con el principal á la una, hora en que se cerraba el despacho, hasta las tres; costumbre que no recuerdo haya conservado otro establecimiento hasta reciente fecha sino la librería de Viana en la calle de Carretas, y á las diez ó las once acostarse.

Las fiestas de guardar, largos paseos desde bien temprano, á casa al toque de oraciones y por ferias ó pascuas al teatro cuando se anunciaba *La pata de cabra* ó alguna otra comedia de magia ó las llamadas de *figurón*.

Pero en tanto sus salarios habían estado á participación de ganancias y beneficios en el tráfico, y con el interés compuesto y el crédito adquirido resultaba en pocos años capital suficiente para establecerse el que vino á la corte atravesado en un tercio, como dice Bretón en una de sus buenas obras dramáticas.

La satisfacción de vivir y trabajar por su cuenta, y la no escasa de ver aumentarse sus utilidades, la libertad de sentarse y tener el gorro puesto en la tienda, privilegio que también solía concederse al mancebo mayor, eran los importantes cambios que traía consigo la mudanza de fortuna; por lo demás, igual retraimiento, metódico sistema y asiduo desvelo, aumentado con los cuidados de vigilar á los demás.

Todo lo que tal conducta pecaba de concentrada y oscura tenía de expansiva la de los artesanos y artistas, por lo común hijos de Madrid, pues su carácter independiente nunca se prestó á la austeridad y sujeción del mostrador.

El aprendizaje era duro, pero sin humillación. Cierto es que desempeñaba el aprendiz buena parte de las faenas domésticas; mas en ellas solía acompañarle el dueño del taller, ó cuando no, su mujer y sus hijas; vivía en familia, se sentaba en la mesa con el amo, habitaba bajo el mismo techo, y únicamente existía la natural diferencia entre el superior y el súbdito que nunca se quebrantaba.

Podía el trabajo ser grande, pero el amor propio quedaba salvo.

Esto era lo común: por medio de excepciones no puede discurrirse.

Así llegaba el caso de recibir el aprendiz su patente de oficial, hasta que, previo examen, le declaraban maestro los veedores del gremio, y se establecía á quinientos pasos, lo menos, del taller donde había aprendido.

Estas dos últimas circunstancias no rezaban con los discípulos de las escuelas de artes, en cuyo número estaban incluídos los impresores, como pertenecientes á un arte libre y nobilísimo, según declaró Carlos III al visitar la Imprenta Real.

La vida de los artesanos y artistas, pues no es lo mismo una clase que otra, era alegre y bulliciosa, propia de legítimos madrileños; pero arreglada enmedio de su expansión. Aguardando el suspirado domingo, que tenían seguridad que nadie había de escatimarles, trabajaban con afán toda la semana, si bien el lunes no se extrañaba hubiese alguno menos activo, ya con motivo de los toros, ya en recuerdo de las distracciones del día anterior.

Acudían con frecuencia á los teatros, contribuyendo en primer término al buen ó mal éxito de las representaciones, y sin remontarnos á las famosas parcialidades de *chorizos* y *polacos*, había en la clase trabajadora inteligentes y apasionados defensores de la Cruz ó el Príncipe, ó de la actriz ó actor de su gusto, y aun quizá de escuela determinada.

En las fiestas populares de San Isidro, San Antón, verbenas, etc., allí estaban con sus ocurrencias oportunas y animado regocijo amenizando la solemnidad, y hasta á las procesiones y aniversarios del santo patrono del oficio llevaban los menestrales madrileños la animación pintoresca que les era propia, confundidos en democrático consorcio, sin que á nadie se le ocurriera semejante clasificación social, con la más distinguida nobleza, y hasta con la familia real en ocasiones.

Todo esto ha concluído. Los bailes al aire libre en las meriendas y días de campo, tan convenientes á la salud por el ejercicio higiénico que proporcionaban, y otros hasta hora conveniente, donde la expansión era tal, que con la puerta

franca se admitía á quien lo solicitaba en términos corteses, se han reemplazado por otros á deshora, donde se respira un aire infecto, que aumenta la fatiga de una vigilia pasada en danzas exóticas, bien distantes del garbo y gentileza que lucían los artesanos de Madrid en nuestros antiguos bailes nacionales y característicos.

Las perniciosas tertulias de café, ú otras peores, han sustituído á las que de ordinario mantenían los oficiales en casa del maestro, donde se jugaba á la *brisca* ó el *tute* hasta reunir con las ganancias para un día de diversión, y gracias si tan sencillas costumbres no se han abandonado por el club político, de que el mismo Proudhon aconseja á los trabajadores se aparten como de su mayor perjuicio, cualquiera que sea el nombre con que se disfrace. Y en verdad que el voto es de persona bien práctica en la materia, y nada recusable.

Como un hecho es la demostración más elocuente, he de contar algunos que, á falta de circunstancia mejor, tienen el mérito de habérmelos referido sujetos que en ellos tomaron parte, y que prueban el carácter original y resuelto sin malicia grave de los artesanos antiguos.

Apareció una mañana en el escaparate de cierto taller de obra prima una bota sin costura, con un letrero, ó más bien cartel de desafío, en que se leía: «Se da una onza de oro á quien presente la compañera.»

Cundió la nueva entre los del oficio, y era de ver cómo se agrupaban ante la pieza en cuestión, volviéndose mohinos y cabizbajos sin acertar con el problema.

Por fin hubo quien dió en la dificultad. Se averiguó que la bota estaba hecha de la piel de una pata de caballo, arrancada sin abrir, que bien curtida y amoldada á la horma, daba el resultado de no necesitar costura.

Yo no ví la obra, ni creo fuese muy perfecta; pero ello es que era una bota, que hicieron la compañera con la mayor reserva, que una comisión la llevó en una calesa al taller del envanecido y confiado maestro, que éste pagó la onza prometida, retiró del escaparate el provocativo reto, y todo el gremio celebró el suceso con huelga hasta el día siguiente.

En otra ocasión se apeó de su carruaje á la puerta de uno

de los principales establecimientos tipográficos un conocido autor, cuando al poco tiempo acertó á entrar en la casa uno de los operarios, é incidentalmente dijo que el coche de don N. estaba abandonado en la calle, y el cochero y lacayo metidos en una taberna inmediata.

No lo dijo en vano, pues tan pronto como le oyeron los presentes, determinaron que subiese al pescante el más experto y condujera á los demás á dar un paseo, que duró hasta media noche, en que abandonaron el carruaje en las Vistillas de San Francisco.

Ninguna consecuencia tuvo el lance, sino una fuerte reprimenda del principal, que por cierto tenía fama de saber darlas.

El último que me toca referir, entre muchos que por no cansar omito, fué de consecuencias y carácter de mayor gravedad, pero también el más significativo.

Dos compañeros del mismo arte, que nada importa saber, salieron ya bien avanzada la noche, mano á mano y en buena compañía, de cierto despacho de vinos establecido en la calle ahora llamada de Santo Tomás.

Llegados al medio de la Plazuela de Santa Cruz, dióles en el rostro la tabla colgada en la puerta de la iglesia con el sumario de indulgencias concedidas á los que rogasen por los sentenciados á muerte, puestos en capilla.

Era indudable que un reo se hallaba en el último trance.

—¡Válgame Dios!—exclamó el más sensible.—¡Mientras nosotros salimos de divertirnos, ese infeliz se halla sufriendo las agonías del suplicio!

—Tienes razón—respondió el compañero;—así es el mundo. Pero una cosa me se ocurre que podemos hacer.

—Dila, pues, y que por mí no quede.

—Pedir al Rey el indulto del reo.

—¡Caracoles! ¿Y en qué sitio nos permitirán ver á S. M. á estas horas?

—En casa del Duque de Híjar, donde asiste á un baile.

Así era, en efecto. Fueron allá solicitando hablar al Monarca para un asunto importante y urgentísimo. Lo raro del caso, la insistencia y serenidad de los pretendientes, su as-

pecto y traje, que tanto contrastaban en los ricos salones de uno de los primeros magnates, obligaron al capitán de guardias á participar al Rey lo que sucedía, que recibió á los dos compadres en un gabinete, donde el más determinado comenzó su petición diciendo:

—Señor: el pueblo pide el indulto del reo.

Atajóle el Soberano como acostumbraba cuando quería tomarse tiempo de pensar, mandándoles acudir de mañana al Ministerio de Estado á saber su resolución. Con esto salieron á la calle sin dificultad, donde se despidieron decididos á reunirse al día siguiente á terminar su empeño.

Pero como la almohada es tan buena consejera, persuadió á uno de ellos que podía ser lance serio en el que se aventuraba á ciegas, resolviendo en consecuencia disuadir á su amigo de llevar adelante el arriesgado proyecto que en mal hora concibieron, ó dejarle correr solo la mala fortuna, caso de que la obstinación no hiciera lugar á la prudencia.

Así aconteció. Tan puntual á la cita como sordo á toda reflexión, el más incauto acudió solo al Ministerio, del cual le trasladaron á la cárcel de Corte para ser conducido á uno de los presidios de Africa á extinguir algunos años de condena por haber tomado la voz del pueblo.

Respecto al compañero prudente, tuvo á gran ventura que se contentaran con el susto é imponerle unos cuantos meses de prisión.

Las costumbres que sobrevinieron en pocos años no pueden menos de guardar analogía con los acontecimientos políticos ocurridos en la cuarta década de nuestro siglo.

Asombra, por cierto, cambio tan radical en tan corto espacio, á los pocos que pueden considerarle. Ó el terreno se hallaba muy dispuesto, ó valían mucho los que le prepararon á su antojo, ó fueron sólo instrumento en manos de la Providencia, árbitra del porvenir de los pueblos.

Todo cambió; hasta las nociones de lo justo y lo injusto, hasta la manera de discurrir, hasta lo que pudiera dar al semblante aspecto y forma diversa á la que antes tenía, sin excluir el lenguaje en giros y acepciones desconocidos.

Fué aquello para los contemporáneos una especie de acli-

matación rápida é intelectual (permítaseme la frase, que otras más extravagantes corren con fortuna), en que las imaginaciones de muchos perdieron sus facultades; pero los hubo que, admitiendo las nuevas ideas como á huéspedes á quienes hace largo tiempo se tiene dispuesto albergue en la propia casa, aprovecharon la ocasión que les ofrecía el deseo general é instintivo de reformas indispensables, de lo que, unido á la excelente maña de los menos en número y superiores en valer, para encaminar á la multitud por los derroteros que venían preparándose, resultó un cambio en la vida íntima de Madrid, de cuyo origen político no me será fácil prescindir.

El matrimonio de Fernando VII con D.ª María Cristina de Borbón verificado en 11 de diciembre de 1829, fué para los liberales de España un suceso de que auguraron felices resultados.

Ya fundasen sus esperanzas en la probable sucesión directa que alejaría del trono al teocrático Infante D. Carlos, tan querido de los apostólicos, ó bien en la fama de Princesa de superior talento que precedió á la de Nápoles, lo cierto es que el partido liberal la recibió con aplauso, contribuyendo á realzar los festejos celebrados en su obsequio, notables por su esplendidez, aun entre los de aquel reinado, el más caro en sangre, dinero y aceite, según la voz pública le calificaba.

El célebre Quintana desarrugó el ceño, y para solemnizar el regio enlace, pulsó la potente lira, callada hacía largos años, anunciando á los dichosos cónyuges abundante prole, cual convenía á la feliz España.

Es cierto que se tuvo á gran maravilla entre los íntimos de la corte que pudiera el Soberano montar á caballo para asistir al estribo derecho del carruaje de su desposada en su tránsito de la puerta de Atocha á Palacio; pero al fin sus achaques, harto graves á la sazón, se lo permitieron, y una vez más acreditó la fama de bizarro jinete, adquirida con justicia desde su primera juventud.

No podían menos los atractivos de la joven Reina que alcanzarle grande ascendiente popular, y subió de punto cuando, en los primeros meses de su advenimiento, corrió la nueva de notarse síntomas en Cristina de próxima maternidad.

El bando apostólico se preparó á la rebeldía, y los oprimidos en 1823 aumentaron su entusiasmo y esperanzas. Todo era para ellos preferible á la calamidad de que subiera al trono D. Carlos. Los colores que vestía la Soberana se adoptaron cual divisa de civilización y adelanto, su nombre dió título al partido opuesto al absolutismo, y cristinos se llamaron los liberales, en tanto que pudieran adoptar su apellido de origen.

Pronto se desvanecieron por completo temores, esperanzas de feliz porvenir, y hasta la tranquilidad relativa que desde años atrás se disfrutaba.

La revolución de París en 1830 dió al traste con los Borbones de la primer dinastía; la rama de Orleans alentó á los emigrados españoles, que, mal aconsejados, pasaron la frontera para caer mucha parte en manos del verdugo, después de sufrida azarosa persecución. Pocos y destrozados volvieron para ser blanco de los desdenes y menosprecio del Gobierno francés, que, reconocido ya por Fernando VII, miraba como carga enojosa las obligaciones contraídas con los patriotas constitucionales, esmerándose en faltar á ellas, como antes puso empeño en contraerlas.

Con efecto, en pleno consejo de personas notables, presididas por el Monarca, se acordó reconocer á Luis Felipe Rey de los franceses, circunstancia eficaz para destruir las tramas de los emigrados.

Disuelta la solemne conferencia, platicaba en un corro el Ministro Zambrano con otros sujetos de calidad, y como su parecer fué siempre contrario al reconocimiento, decía para justificarle: «Temen la guerra porque no saben que yo, con los cuatro regimientos de caballería de la Guardia, soy capaz de llegar hasta París.»

—Sr. D. José—le dijo Castaños, que fué su contrincante en el consejo, y á la sazón pasaba,—avíseme V. cuando emprende el viaje, que tengo que hacerle algunos encarguillos.

Una época de verdadero terror comenzó en España: la horca alzó su terrible silueta en la plaza de la Cebada de Madrid, sin perjuicio de los fusilamientos que podían verificarse donde pluguiese al capricho de los tribunales de sangre.

Narrador verídico, compendio con sentimiento lo referente

á tan aciagos días, y buscando medio de llegar al término, no encuentro resumen que mejor pinte la situación que la copia del art. 5.º de un draconiano decreto, publicado en 1.º de octubre.

Dice así:

«Por el solo hecho de tener correspondencia epistolar con cualquiera de los individuos que emigraron del Reino á causa de hallarse complicados en los crímenes políticos del año 20 al 23, se impondrá la pena de dos años de cárcel y doscientos ducados de multa, sin perjuicio de que si la expresada correspondencia tuviese tendencia directa á favorecer sus proyectos contra el Estado, se procederá conforme al art. 2.º (que imponía la pena de muerte).»

Así se reprodujeron, por la impaciencia de algunos, los tiempos horribles de la reacción absolutista, cuando sin violentar los sucesos había motivos de prometerse días de grato porvenir.

No cejaban un punto las conspiraciones, aunque tomar parte en ellas fuese poner un pie en el primer escalón del suplicio.

Cierta mañana apareció en la Plaza Real una bandera tricolor, y el desgraciado que la puso expió su maldad de un modo pronto y terrible.

He dicho maldad teniendo en consideración que el delincuente resultó ser un individuo de las antiguas tropas constitucionales, agente del Gobierno después, comprado para denunciar á sus compañeros, á quienes quiso comprometer en el asunto de la bandera y repartición de proclamas que por aquellos días circularon.

Por fortuna salvó á los conjurados, para no caer en el infame lazo, la desconfianza que hacía tiempo inspiraba el renegado, apesar de sus antecedentes. Delatado como propagador de impresos subversivos, trató de pintar su conducta como meritoria; pero el tribunal no admitió sus descargos, sentenciándole á morir en la horca cual promovedor de la sublevación.

Raro era el día que la autoridad no arrancaba de los sitios públicos pasquines alarmantes. Uno de los que hicieron más

fortuna, y apareció en las mismas puertas de Palacio, estaba concebido en los siguientes términos:

«Cristina:
Este palacio es de Mina,
Y para el mes de febrero
Vendrá á ocuparle el casero.»

Los conspiradores dedicaban las noches á exparcir por las calles impresos excitando á la sedición, cuyo origen se afanaba la policía por encontrar sin conseguirlo.

Muy cerca estuvo de la pista, pero su lujo de precauciones se la hizo perder.

Calculando que, una vez sorprendida la imprenta, todo lo demás era llano, convocó á unos cuantos impresores para que reconociesen las fundiciones empleadas en la impresión de los papeles subversivos, y declarasen los establecimientos de donde salían.

Todos los conocieron; mas no hubo ninguno que aceptase el oficio de denunciador. El más autorizado, realista puro hasta la muerte, apenas concluído el reconocimiento, corrió á prevenir al comprometido compañero lo que ocurría.

Ya era tiempo. Apenas dió lugar á deshacer los moldes, ocultando algunas impresiones de iguales tipos á los que se perseguían (por cierto, cubriendo la puerta del aposento en que se escondieron con un armario lleno de muñecas, que se dedicaba á vestir por oficio una de las mujeres de la familia), cuando se presentó la justicia á practicar un escrupuloso registro, deteniendo preventivamente á cuantos entraban en la casa.

No todos imitaron al honrado impresor. Un miserable denunció á Calomarde, por mezquino precio, varios sujetos comprometidos, y en una misma noche (17 de marzo de 1831) fueron presos D. Francisco Bringas, el oficial de Artillería Torrecilla, el librero Miyar, D. Rodrigo Aranda, D. Salustiano Olózaga y el arquitecto D. Agustín Marcoartú, si bien éste logró salvarse descolgándose por un balcón á la calle, donde le detuvo una patrulla. Sin perder su serenidad el fugitivo, se puso á merced de la hidalguía del jefe militar, como

un amante desgraciado reducido á tal situación por no comprometer la honra de una dama. Su talante distinguido y puro lenguaje persuadieron al oficial que no podía ser un malhechor quien así se producía, y sin más averiguaciones le dejó marchar.

Olózaga consiguió huir de la cárcel, gracias á los auxiliares que dentro de ella le proporcionaron una chaquetilla, una gorra de cuartel de voluntario realista, un farol y franca la puerta del calabozo. Llegó hasta la salida, encargó al centinela que cuidase del farol mientras volvía y tomó la calle abajo con la mayor calma, apareciendo á la mañana siguiente en la diligencia con hábito de fraile francisco y pasaporte para Roma, encargado de asuntos de la orden.

Esto se dijo entonces por los bien enterados en el asunto.

Bringas libró la vida á costa de perder la inteligencia, Miyar sufrió la pena de muerte; los demás lograron entretener su causa hasta el advenimiento de tiempos mejores.

Excusado es decir, que donde tales cosas ocurrían, la franqueza en el trato era imposible. Cada uno se congregaba con los de su misma opinión: los realistas altivos, intolerantes, amenazadores: los liberales recelosos, vigilados aun en lo íntimo de su hogar, mal conteniendo en su pecho el odio profundo contra sus perseguidores.

La censura de teatros y obras continuaba implacable; mejor dicho, la última no existía por falta de objeto en quien ejercitarse, y únicamente logró boga un periódico publicado en la capital de Guipúzcoa, bajo el título de *Estafeta de San Sebastián*, favorable al Gobierno, como es de suponer, pero al cabo decía algo más que la *Gaceta de Madrid*.

Por fin, desvanecidas las causas que produjeron la situación violenta, se estableció una especie de tregua, pues tranquilidad sólida no podía esperarse.

Volvieron las fiestas públicas á revestir su carácter especial; las tradicionales vueltas de San Antón se verificaron con la misma concurrencia de siempre; mutuamente se chasqueaban los madrileños con panecillos de harina y acíbar, se mandaban por el correo cartas de trueno, procurando asustar al descuidado con carretillas y petardos, y durante el Carnaval

era gran diversión acudir á los barrios bajos, donde las manolas y allegados empolvaban á los transeuntes con harina, manteaban el pelele ó mataban el gallo, cuando no establecían columpios de una acera á otra donde lucir su gentileza, y aun algo más que nunca debe lucirse, concluyendo la fiesta en la Pradera del Canal el miércoles de Ceniza con el famoso y nunca bien ponderado regocijo bárbaro, llamado Entierro de la Sardina, entre las merendonas de escabeche y buñuelos humedecidos con el brebaje á que se da el nombre de vino en las afueras de Madrid.

Por los primeros años de la década de 1830 pensar en máscaras hubiera sido conjurar en contra del que lo intentase todas las potestades de la tierra; disfraces torpes y ridículos abundaban como ahora; á la carátula se la preparaba la época de gloria y esplendor que veremos en adelante; mas á la sazón llevaba consigo anatema político.

Pasando por alto las felicitaciones de San José, con su obligado obsequio de vino y bizcochos á los visitantes, las arengas laudatorias de éstos al señor de los días, las tarjetas con la historia de Pablo y Virginia ó Cupido disparando la flecha, que remitían los absolutamente impedidos de visitar personalmente; la romería de San Isidro, sin más diferencia de la actual que haber desaparecido las campanillas de barro que le daban carácter, llegamos, á través de las verbenas, de cuya animación no podemos formar idea por las turbulentas y peligrosas que hoy día conocemos, á una de las fiestas más pintorescas y animadas de la corte.

Quiero hablar de la feria de San Mateo, que bien puedo hacerlo sin empacho cuando Goya no creyó rebajar su inimitable pincel inmortalizándolas en admirables y característicos cuadros.

Se verificaron en diversos parajes; bien en la calle de Atocha, en la plaza de la Cebada, y por lo común en la calle de Alcalá.

A pasear en ellas se reunía la población elegante. Era de ver á los jóvenes de buen tono (lechuguinos se llamaban entonces) obsequiar á las damas con sendos pañuelos henchidos de melocotones, avellanas y acerolas, que las favoreci-

das, por su parte, no desdeñaban de probar debajo de la mantilla, mientras los niños ensordecian los oídos con toda clase de pitos é instrumentos de ruido, de que se hallaba tan provista le feria como exhausta de cosa rara ó de valer.

Mas lo pintoresco, lo apreciable y original de las ferias de Madrid se hallaba en todas partes menos en el sitio destinado oficialmente á ostentar su utilidad.

El contraste no es nuevo: en otros casos y centros de grave importancia acontece lo mismo con las personas, y cuando á nadie se le ocurre extrañarlo por muy frecuente, mucho menos debe admirar sucediera con los juguetes y trastos viejos. Perdónese la ligera observación en gracia del propósito de seguir sin meterme en contrapuntos, pues según opinaba Maese Pedro, suelen quebrarse de sotiles.

Todo vecino tenía derecho á poner en venta á la puerta de su casa cuantos objetos le convenía. De ahí resultaba una mezcolanza tan original y extraña, que sólo viéndola puede comprenderse.

En una obra recientemente publicada por D. Enrique Dupuy de Lome, bajo el título *De Madrid á Madrid* dando la vuelta al mundo, dice el autor que en los mercados del Japón lo que más le sorprendió fué la multitud de cosas cuyo uso no comprendía. Lo mismo pudiera decirse de la feria antigua de la capital de España; con la circunstancia favorable de que muchas veces se encontraban objetos muy convenientes que estaba uno lejos de pensar hallarlos en ninguna parte.

Aquello era una exposición retrospectiva de prendas de varias edades, caprichos y circunstancias, en su verdadero carácter, usadas, rotas y revueltas en confuso montón; algunas en su genuina integridad; no pocas magnífico modelo de arte; otras recuerdo precioso de tiempos antiguos. Libros raros, fáciles de adquirir sin la interesada gestión del librero, y todo ello á la mano del curioso, que de seguro no volvía á su casa sin caer en la tentación de llevar consigo algún trastajo, según los calificaban las señoras, poco dispuestas, por lo común, á cederles sitio que no fuese lo más remoto de la guardilla ó desván.

No hay duda que una prendería en cada puerta intercepta-

ba la circulación; razones aceptables son las que han hecho retirar la feria lejos de la vista; pero Madrid ha perdido un espectáculo *sui generis*, y no pocas ventajas á cambio de transitar quince días con mayor desembarazo.

En el mismo tiempo se verificaba la Exposición de Bellas Artes en la Academia de igual título. Escasa en lo general, no pasaba el número de obras del patio, sala del trono y alguna otra; mas podía visitarse la colección de la Academia, riquísima en preciosos originales, vaciados antiguos, bajo-relieves y estampas en cobre, famosas por la delicadeza del buril.

Ya que de costumbres trato, algo he de hablar del arreglo de la barba y cabello por entonces, pues á fe si alguno me tachase de nimio podría citarle autores graves que no han desdeñado ocupar su péñola con semejante cuestión, de suma importancia desde los primeros tiempos.

No era poca la que se concedía á la forma de las patillas y el bigote por el Gobierno absoluto y sus patrocinados. Si las primeras crecían largas, sospechoso era de fracmasonismo el que las llevaba; y en cuanto al bigote, prohibido estaba con severas penas á la clase civil dejarle crecer, pudiendo darse por satisfecho el sorprendido en la calle con el masculino adorno si un alguacil ó esbirro se contentaba con llevarle á rasurar á su costa en la barbería más próxima.

De los militares, sólo á los granaderos, cazadores y la caballería se les autorizaba para usar mostacho, y barba larga no había que pensar en verla en otra gente que los capuchinos y gastadores de los regimientos, que si no la tenían la usaban postiza para los actos de servicio.

En cambio de tan reglamentario rigor con el aspecto del rostro, se gozaba completa libertad en la disposición del cabello, y en verdad que los madrileños usaban de ella con amplitud. Dos grandes *bandós* á los lados, un alto tupé que se procuraba cayese con gracia, era el tocado más común en el sexo masculino, sin excluír por eso el rizado á lo Petibón. Llevar el pelo corto, apenas se comprendía hubiese quien lo adoptara. Nadie quería ser calvo, ni aun á riesgo de sufrir la suerte de Absalón. Tres pelucas eran de necesidad para los escasos de cabello: una aparentando corte reciente; otra en estado me-

dio, y la tercera larga, cual si reclamase el oficio de la tijera.

Pequeñeces disculpables, propias de todas épocas y condiciones.

Acercábase en esto el día de la jura de la Princesa Isabel, nacida en 10 de octubre de 1830, después de publicarse como ley del reino la pragmática-sanción de 1789, consignando en las hembras el derecho de suceder en el trono. Con este motivo se dispuso acercar tropas á Madrid bajo pretexto de un simulacro, que se verificó en los campos de Vicálvaro y Ventas del Espíritu Santo, seguido de un desfile militar ante los Reyes. Estos espectáculos marciales eran frecuentes para los antiguos madrileños, que acudían gozosos á presenciar el bélico aspecto de las tropas, engalanadas todavía según la usanza del primer Imperio francés.

Con efecto, los arreos lujosos de infantes y jinetes, las plumas, cordonaduras y alamares; las altas gorras, shakós y morriones, tan incómodos y costosos en campaña, constituían en parada un conjunto guerrero y magnífico que atraía irresistiblemente.

Abrían la marcha las dos compañías de zapadores-pontoneros y del tren de la Guardia Real, con sus bruñidos útiles ó herramientas, mandiles de cuero y estatura escogida. Seguía una brigada de granaderos, compuesta de dos regimientos de la Guardia Blanca, así llamada por ser blancos los vivos de su uniforme. Las altas gorras á la sajona de aquellos soldados realzaban su elevada talla, y el primer regimiento era el único del ejército que ostentaba el pendón morado de Castilla.

Caminaba en pos otra brigada de granaderos de la Guardia Real provincial, que apellidaban los militares Guardia Amarilla, por usar, como distintivo, alamares de estambre de aquel color, anchos y unidos sobre el pecho de la casaca.

Los oficiales usaban galón de oro, y de plata los de la Guardia Blanca. Las gorras de pelo de los granaderos y los shakós de otra brigada de cazadores provinciales, que seguían en el orden de marcha, llevaban largos plumeros del color de las ginetas.

Los regimientos de línea parecían después sencillos en extremo, comparados con los hermosos batallones que llevo enu-

merados, sin embargo de sus casacas azules, y verdes en las tropas ligeras, pantalón blanco y plumero de varios colores.

En lo que todos rivalizaban era en el lujo y vestimenta del tambor mayor, que marchaba al frente de la banda de tambores del primer batallón, después de la escuadra de gastadores. Su adorno quedaba al capricho del cuerpo á que pertenecía. Se le buscaba, si era posible, de talla gigantesca, cruzándole del hombro derecho á los pies con una bandolera enorme, cubierta de bordados, distintivo de su cargo, á más del gran bastón que llevaba en la mano. Era, puede decirse, la muestra y figurante del regimiento.

Tanto lujo y aparato se eclipsaban al aparecer la división de caballería de la Guardia, subdividida en dos brigadas, compuesta la primera de un regimiento de coraceros y otro de granaderos, y la segunda de cazadores y lanceros. Especialmente los dos últimos regimientos eran un modelo de buen gusto en tropas ligeras, que no recuerdo, ni de vista ni por referencia, haya excedido nadie.

Después de esto avanzaba en orden la caballería de línea, con casco y botas altas, antecediendo á los escuadrones más sencillos de cazadores á caballo, tras de los que llegaba el escuadrón de artillería de la Guardia, de tres compañías con seis piezas cada una, cerrando la marcha los batallones de artilleros á pie, las compañías montadas y la del tren.

¿Deberé mencionar los tres batallones de voluntarios realistas, su batería rodada servida, muy bien seguramente, por las mulas y jornaleros de la limpieza de la villa, y los escasos jinetes de su caballería que prescindieron de la música al ver que excedía en número al grupo que los jefes llamaban escuadrones á voz en grito?

Sí: ¿por qué no he de hacerlo? Su coronel, D. José M. Villamil, era un excelente organizador que los trataba como á reclutas: el uniforme nada tenía de ridículo, por más que así le pinten en novelas y teatros, y sus oficiales de nombramiento real, bastante trabajo tuvieron en no ver cumplidas sus aspiraciones á un hábito de las órdenes militares que se les prometió por reglamento, cumplidos diez años de servicio.

Como no hay gloria cumplida en el mundo, ocurrió un in-

cidente en la fiesta que vino á formar como si dijéramos su parte jocosa para los testigos del lance.

Las compañías desfilaban por mitades ante las personas reales al grito ¡viva el Rey! oyéndose siempre que este grito resonaba una voz clara que decía: *¡Por dos cuartos tres!* Volvíase á dar el viva á S. M., y de nuevo se dejaba oír: *¡Tres doy por dos cuartos: no vale más!* La insistencia y lo inoportuno hizo que se detuviera al voceador, que averiguado el caso, resultó ser un oficial indefinido á quien su estrecha situación obligaba á vender yesca y papel de fumar, del que daba tres libritos con el retrato de Fernando VII, por dos cuartos.

Si fué gracia pudo costarle cara en otra ocasión menos propicia á la benevolencia con los antiguos liberales, de los que nadie dudaba habría pronto que valerse contra el bando apostólico.

Antes de esto, el célebre decreto de amnistía, permitiendo á los emigrados volver á su patria, hizo que afluyesen á Madrid multitud de personas cuyas ideas, trato y la distinción con que eran recibidas, influyeron en el estado social de un modo notable. Las relaciones íntimas fueron menos estrechas, divididas profundamente hasta las familias por las ideas políticas; mas en lo exterior creció la expansión entre todas las clases á beneficio de la amplitud otorgada á las reuniones públicas y particulares.

No se concedió permiso para celebrar bailes de máscaras: en las calles y paseos siguieron proscritas con rigor, pero en casas, cafés, y á poco en los teatros, se bailaba con frenesí, como deseando recobrar el tiempo perdido en diez años de prohibición.

Era una tolerancia que llegaba al extremo de cruzar las alegres cuadrillas ante las patrullas y rondas impunemente, y hasta con aplauso por el hecho de tomar parte en una diversión considerada cual protesta viva contra las ideas antiguas.

Todos se disfrazaban: para jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, era indispensable la careta, si habían de asistir á las fiestas de Momo. El punto de vista que ofrecían mil ó dos mil personas, que bailes había donde se contaba este número, con trajes diversos, ridículos muchos, apropiados y elegantes otros,

pero todos de colores vivos y aspecto original, se puede mejor comprender que describir. Nadie pensaba que Fernando VII había muerto, que su viuda gobernaba el reino y que la guerra civil amenazaba por varias partes. Se bailaba verdaderamente sobre el cráter de un volcán, y ¡cosa rara! hasta los voluntarios realistas establecieron su sociedad de baile, allá por las calles del barrio de la Morería.

El café de Neptuno, en la calle del Caballero de Gracia, se convirtió en una especie de casa de contratación de billetes y trajes. El que no estaba satisfecho con los suyos acudía á cambiarlos por otros, ofreciendo dos por uno, v. gr., ó un dominó y un billete por un vestido de arlequín ó payaso.

Se entiende los billetes de convite, repartidos con profusión, sin cuidarse de las manos en que podrían caer. Procedimiento que hoy causará extrañeza y entonces dió muy pocos motivos de arrepentimiento.

El afán de enterarse y tratar de las novedades, que cada día eran más importantes, llevó á los cafés numerosa concurrencia, aunque no tanta ni con carácter de sociedad deliberante como en la primer época constitucional.

El café Nuevo, en la calle de Alcalá, era el centro de los noticieros, de los declamadores y donde se daban ó quitaban reputaciones al capricho del más hablador, auxiliado de los que nunca acertaron á discurrir por cuenta propia, raza abundante en todos tiempos.

El café de Lorencini le disputaba algún tanto el monopolio, autorizado por su antigua historia bullanguera y azarosa; pero su concurrencia habitual, compuesta de cesantes y retirados de varias épocas y por diferentes causas, formaba un coro de desdichas, capaz de ahuyentar al más intrépido y amaestrado contra relaciones infaustas y peticiones á quema-ropa.

No pudo sostener la competencia. Era la generación que se iba en pugna con la que venía.

Al café de los Realistas, en la plaza de Santo Domingo, le bastó el nombre para arrastrar una existencia precaria desde que los asuntos políticos tomaron otro rumbo, apesar de haber cambiado de título y aun logrado verse favorecido por

los milicianos nacionales del primer batallón que se reunía á sus inmediaciones.

Los demás aumentaron en concurrentes, se establecieron otros nuevos, y la costumbre de formar en ellos tertulias comenzó á propagarse.

El del Príncipe, conocido más bien por *El Parnasillo*, fué el centro de reunión de los mejores literatos: su historia sería la de los escritores cuyo justo renombre durará tanto como el habla castellana, y si pudieran saberse las opiniones emitidas en aquellas estrechas piezas, tendríamos la crítica más autorizada de las obras modernas en poesía y arte dramático.

En este período se iniciaron las mejoras locales de Madrid.

El corregidor D. Domingo María Barrafón, aquel de quien se dijo guardaba bajo un fanal la bocamanga de un uniforme que tocó amistosamente el Rey en cierta conferencia á solas, aumentó el arbolado y comenzó á cambiar el alumbrado de candilejas por excelentes reverberos, ensayados en la calle de Carretas. El inolvidable Marqués de Pontejos reformó las aceras como hoy día se hallan, cambió el irregular sistema de numerar las casas por manzanas en numeración correlativa por calles, comenzando el número más bajo por la parte inmediata á la Puerta del Sol, orden que permite al forastero volver al centro con facilidad si una vez se extravía, é hizo poner á la entrada de las calles títulos que pudieran leerse, cambiando los nombres de algunas repetidos, ridículos ó nada decentes.

Ya se había colocado en la plaza de Santa Catalina, hoy de las Cortes, la estatua del príncipe de los ingenios, costeada por el comisario de cruzada D. Manuel Fernández Varela, primer homenaje permanente consagrado en la corte á los hombres célebres de España, y se dió grande impulso á las obras del monumento del Dos de Mayo, en memoria del heroismo nacional.

Una calamidad nunca pensada sobrecogió á Madrid á mediados de julio de 1834. El cólera morbo, ese terrible azote que desde las playas índicas venía señalando su caprichoso rumbo con largo rastro de luto y orfandad, desplegaba sus

negras alas sobre la capital, arrebatando víctimas sin cuento á todas las clases de la consternada población. Hasta los días 15 y 16 las seguridades del Gobierno pudieron mantener los ánimos tranquilos; mas en aquella fecha los montones de cadáveres hacinados en los hospitales y conducidos á granel en carros descubiertos á su última morada, por no ser posible otra cosa; desvanecieron toda esperanza.

Faltaban médicos, faltaban los medicamentos más indispensables; no siempre se encontraba un sacerdote que ayudase á bien morir á los enfermos ni un sepulturero que les diese tierra sagrada. La emigración no reconocía más límites que los pocos medios de trasporte que había entonces. La epidemia, sin moderar su violencia, continuaba sus estragos, y todo, hasta el pernicioso influjo de una temperatura sofocante daba pábulo á los temores, redoblaba la consternación y prolongaba el malestar del numeroso vecindario. Horribles, los más horribles acaso que vió nunca, fueron para Madrid aquellos días.

Aprovechándose unos cuantos malvados de la consternación general y explotando la exaltación de los ánimos, divulgaron que á instigación de los frailes había quien envenenaba las aguas y los alimentos. Algunas personas perecieron víctimas inocentes de la calumnia, y en los conventos fueron degollados sin piedad por las turbas cerca de ochenta religiosos.

Tampoco se ha visto jamás Gobierno alguno en situación tan difícil como aquella. Todo en tan anormales circunstancias debió ser, y todo fué en efecto, desorden y confusión. Encontrar una autoridad de suficiente calma de espíritu para sobreponerse á lo grave de los acontecimientos era difícil; hallar varias, imposible, y muchas y prudentes y enérgicas se necesitaban para atender al mismo tiempo á toda nueva tentativa de trastorno, á la averiguación de las causas que provocaron los ya reprimidos, á la formación de proceso contra los sujetos culpables ó inculpables de haber tomado parte en ellos, á la distribución de socorros á las clases menesterosas, al establecimiento de las reglas de orden y hasta de decencia que debían observarse en la conducción de los enfermos á los hospitales y de los muertos al campo santo, y todo esto con un presupuesto con enorme déficit, cuando el Pretendiente pene-

traba en España, la guerra civil tomaba incremento, y los preparativos para la sesión regia de la apertura de Cortes distraía el ánimo de los gobernantes.

El 24 de julio se verificó. Triste y solitaria estuvo la carrera que alfombró de rosas la milicia ante el coche de la familia real; pero la muerte se respiraba con el aire, y el cielo semejaba bóveda de cobre enrojecido interpuesta á las plegarias de los hombres. Varios soldados en la misma formación cayeron atacados de la horrible enfermedad como heridos de un rayo; otras personas lo fueron en las calles y paseos. Para el descarnado huésped del Ganges no había preservativos ni método cierto de curación, ni manera igual de acometer. Siempre implacable, no lo ha sido tanto en sus visitas posteriores.

Sin embargo, tan inmensa como era la plaga, fué el valor en Madrid para resistirla en cuantos por deber ó conveniencia esperaron á pie firme su acometida. Nada de amilanamiento, menos de alarde temerario se notaba en la población; los amigos y conocidos, los vecinos que nunca se trataron, acudían presurosos á socorrer á los atacados. Era una obligación sagrada, y ni el rostro hipocrático de los enfermos apartaba á los asistentes de su lecho, ni menos los repugnantes síntomas del mal. Hubiérase creído bajeza culpable proceder de otro modo, y sin extrañar en nadie el caritativo celo no se tenía por meritorio acompañarles en su buenas obras.—Auxiliemos á los demás, decían, pues quizá en la hora inmediata tendrán que auxiliarnos á nosotros.—¿Y el contagio?—¡Bah! Por miedo al contagio no se han de dejar morir las gentes.

Unos seis meses duró la influencia colérica. Los horrores de la invasión, que dejó deshabitadas casas enteras, no excedieron de quince días.

Dos años después (1836), adquirió triste celebridad el proceso formado contra la monja Sor Patrocinio, en averiguación de los milagros atribuídos á dicha religiosa.

Al citar sus principales circunstancias no lo hago por el deseo de satisfacer la curiosidad pública; causas de tal naturaleza nunca debieran salir del estrecho círculo de los tribunales de justicia; mas no siendo esto posible, habiéndose

impreso la de que se trata repetidas veces, sin contar los comentarios y hablillas que han alterado su exactitud, creo más bien conveniente restablecer la verdad de los hechos, dejando aparte el interés que por sí misma inspira.

El origen y primeras diligencias de esta causa se hallan en una real orden, que acompañada de una información sumaria hecha por la policía, dirigió el Ministro de Gracia y Justicia al Sr. D. Modesto Cortázar, á la sazón juez de primera instancia de Madrid, previniéndole procediese á formar sumaria atendiendo al doble carácter con que se consideraba esta ocurrencia extraordinaria de una impostura artificiosa y fanática y de una tentativa para subvertir el orden.

Resultó de las declaraciones de D.ª María Dolores Cacopardo, madre de la expresada religiosa, que hallándose aquélla sumergida en el más profundo dolor por la muerte de su esposo D. Diego de Quiroga y Losada, administrador de Rentas de Chichilla, que en 1825 fué víctima de las más negras persecuciones por sus ideas liberales, y por la pérdida lamentable de su hijo D. Juan Quiroga, teniente del regimiento de Calatrava, muerto en los campos de Guardamar, con toda la expedición del malhadado D. Juan Bazán, cedió á las instancias de varias personas que le aconsejaron, pretextando humanidad, que colocase á su hija mayor, D.ª María Dolores, en las Comendadoras de Santiago.

Allí permaneció tres años, notándosela al poco tiempo algo de trastorno y como poseída de una fiebre mística que alarmó á todos sus parientes, y en especial á su madre, la cual intentó en vano reducirla á que volviese á su compañía.—Dios, —le contestó su hija, por última vez,—me manda en el Santo Evangelio dejar á mi padre y á mi madre y seguirle á Él.

Que los manejos de las personas que la rodeaban, interesadas en formar una santa moderna con el sacrificio de la hija de un patriota, se impusieron á la infeliz viuda de éste, y á despecho suyo fué trasladada la joven al convento de religiosas del Caballero de Gracia, dotándola pródigamente para tomar el santo hábito, el cual tomó, en efecto, y con él el nombre de Sor Patrocinio, siguiendo en aumento sus milagros y profecías.

Que se cuenta como uno de los milagros de más bulto, que

habiéndola sacado una noche el diablo de su celda, la llevó al camino de Aranjuez, donde le hizo ver que María Cristina era una mala mujer, y que su hija no era ni podía ser Reina de España; que en seguida le hizo ver desde el puerto de Guadarrama otras picardías de igual especie, y que después de tan peregrina visión la restituyó á su convento; pero dejándola en el tejado, de suerte que las monjas tuvieron que recogerla por una buhardilla.

Que de este modo sigue prediciendo tempestades, batallas, triunfos del Pretendiente y pronto trastorno del trono de Isabel II, circunstancias todas que divulgadas con maña atraen cerca de sí á varias personas que la consultan sobre materias políticas, y producen cuantiosos regalos y donativos de consideración al convento. Que se le habían abierto cinco fuentes, haciendo creer que no las tiene naturalmente abiertas, y dicen que son las cinco *llagas*, añadiendo su madre que ella misma se las ha visto abiertas, por cuya razón siempre tiene las manos vendadas.

Que lamentándose su madre con la priora del convento del estado de languidez y abatimiento en que por días se iba consumiendo su hija, le dijo aquélla que todo era efecto de la mucha sangre que derramaban sus heridas, hechas ó regaladas por Dios.

Que la Princesa de Beira acudió á la santidad de Sor Patrocinio para que la enviase un cabezalito suyo, á fin de neutralizar con su virtud los accidentes que padecía, en lo que no se la pudo complacer, por haber negado su permiso el director espiritual.

Que cuando solicitan verla algunas personas que son de notoria confianza, se les dice que es imposible por hallarse extasiada, como le ha sucedido á su madre diferentes veces; que entonces se la consulta por comunicación, y el resultado es una respuesta acomodaticia al carácter de la persona que la solicita.

Terminada la declaración, el profesor de medicina D. Mateo Seoane, por mandato del juez y á su presencia, reconoció las llagas de las dos manos, declarando que existían; mas que á fin de proceder con acierto, necesitaba nuevo reconocimiento con asistencia de otro profesor.

Una vez acreditada la existencia de las llagas, era indispensable proceder á la investigación de su origen y naturaleza, y curarlas con los medios de la ciencia; pero evitando al propio tiempo que pudiera oponerse á su cicatrización una causa extraña.

Con este objeto mandó el juez que Sor Patrocinio fuese sacada del convento y constituída en una casa decente, donde se procediera á su curación; mas las protestas, llantos y congojas de la interesada, madre abadesa y toda la comunidad fueron tantas, que, por evitar un resultado desagradable, se dispuso colocar á Sor Patrocinio en la enfermería del convento, al cuidado de su madre y de su hermana D.ª Dolores Quiroga, sin comunicación con las monjas.

Pero esto no era suficiente, y se quiso librar por completo á Sor Patrocinio de las influencias del convento, para lo que se autorizó al juez por real orden de 8 de noviembre, y en su consecuencia dispuso el tribunal que fuese trasladada la enferma á casa de D.ª Manuela Peirotet y Cortés, calle de la Almudena, núm. 119, cuarto bajo, dejándola en ella en compañía de su madre y hermana.

El día 9 de diciembre los cirujanos D. Diego Argumosa, D. Mateo Seoane y D. Maximiliano González, certificaron que las grietas, úlceras y heridas de Sor Patrocinio eran curables todas, aunque con más ó menos prontitud, según su procedencia y mayor ó menor antigüedad, en términos que las grietas palmares de las manos podrían hallarse completamente cicatrizadas antes de seis días, las heridas de la frente antes de quince, la úlcera al dorso de la mano derecha antes de un mes, y la de la izquierda, dorsal también, antes de cincuenta días.

Las heridas de las manos y la del costado apenas ofrecían señales de haber existido.

En efecto, el 20 del próximo enero manifestaron los facultativos que Sor Patrocinio estaba completamente curada, y en su consecuencia se verificó un reconocimiento general á presencia del jefe político D. Salustiano de Olózaga y los médicos autorizados, del que resultó pleno convencimiento de la perfecta salud de la enferma, declarándolo así ella misma, de lo que se extendió acta, que firmaron los concurrentes.

Mas la religiosa no volvió á su convento. El día 26, acompañada del juez instructor y de su director espiritual, D. Esteban Herrero y Villanueva, fué trasladada al establecimiento piadoso llamado de las Recogidas de Santa María Magdalena, donde quedó encargada á la madre ministra.

Esta determinación debió influir de una manera eficaz en el ánimo de la procesada, pues habiéndosela vuelto á llamar á la presencia judicial en 7 de febrero siguiente, amplió su declaración manifestando, que llamada un día al locutorio, se encontró con el P. A., religioso capuchino, el cual, en tono de sermón, la exhortó á la penitencia, sacando en seguida de la capilla una bolsita, en que dijo conservaba una reliquia que, aplicándola á cualquier parte del cuerpo, causaba una llaga, que debía mantenerse abierta para seguir padeciendo, y teniendo tal mortificación, ofreciendo á Dios los dolores como penitencia de las culpas cometidas y que pudiera cometer, alcanzaría perdón de ellas. Sobre esto la hizo un terrible encargo, mandándola que la aplicase á las palmas de las manos y al dorso de ellas, en las plantas de los pies y parte superior de ellos, en el costado izquierdo y alrededor de la cabeza, en forma de corona, encargándola muy estrechamente, bajo de obediencia y las más terribles penas en el otro mundo, que á nadie manifestase, ni á la abadesa, ni al confesor, cuál era la causa que había producido aquellas llagas.

La declarante obedeció este precepto, atemorizada por las amenazas del P. A., no revelando el secreto ni á su confesor, ni á la abadesa, ni á nadie, y si ahora lo hace es por no quebrantar la religiosidad del juramento, y persuadida que debe hacerlo.

Señalado el día para la vista, leída la acusación fiscal, por no haber asistido el promotor, el distinguido jurisconsulto, D. Juan Manuel González Acevedo, pronunció un breve, elocuentísimo y razonado discurso en defensa de Sor Patrocinio, que llevó á todos los ánimos el convencimiento de que se la había elegido por víctima de una superchería.

El 25 de noviembre de 1836 pronunció su sentencia definitiva el juez de la causa D. Juan García Becerra.

Por ella se condenaba á Sor Patrocinio á ser trasladada á

otro convento, que estuviese al menos cuarenta leguas de la corte; con encargo para su vigilancia á la superiora del mismo, nombrándosele á la sentenciada un confesor virtuoso é ilustrado. Se previno al exvicario, expriora y exvicaria del convento de religiosas del Caballero de Gracia, que en lo sucesivo se comportasen con reflexión, cordura y prudencia, con apercibimiento de ser tratados con mayor rigor si reincidiesen en faltas de este género. Y en cuanto al capuchino Fr. A., se mandó que luego que la sentencia mereciese ejecución, se formase pieza separada, llamándole y emplazándole para que se presentase á dar sus descargos.

Confirmada esta sentencia por la de vista en la parte relativa á Sor Patrocinio y reformada en la de las demás personas comprendidas en ella, á quienes se impusieron penas más fuertes que el simple apercibimiento, el 26 de abril de 1837, á las siete y media de la noche se presentó el juez en el beaterio de Recogidas, de donde sacó á Sor Patrocinio, dejándola en la habitación del capellán director, con quien debía salir para Talavera á las cinco de la mañana siguiente. Llegada esta hora, Sor Patrocinio, acompañada del indicado sacerdote, del juez y del escribano, subió en un coche de colleras, y llegaron todos juntos hasta el puente de Segovia, donde se apearon los dos últimos, continuando el coche su camino.

A las ocho de la noche del día 28 de abril, Sor Patrocinio, cumpliendo la sentencia del tribunal, entraba en el convento de religiosas de la Madre de Dios de Talavera de la Reina.

Dicho esto, pasemos al estado de la literatura, que bien merece alguna consideración.

Sustituída la vergonzosa censura que pesaba sobre las producciones del saber, por otra templada y culta, el cambio fué tan grande como repentino, y tantos fueron los diarios y revistas que salieron á luz, que apenas podré recordar algunos de los principales. Entre ellos no son para olvidados *El Boletín del Comercio*, *La Estrella*, *El Siglo*, *El Compilador*, *El Espectador*, *El Cínife*, *La Revista Española*, *El Jorobado*, y más tarde ó más temprano, *El Eco del Comercio* y *El Correo Nacional*.

Entre las publicaciones literarias se distinguió *El Artista*,

descollando sobre todos *El Semanario Pintoresco*, dirigido por D. Ramón de Mesonero Romanos, que aun cuando no hubiera proporcionado otro beneficio que propagar y perfeccionar en nuestro país el grabado en madera, sería lo bastante para inmortalizar su nombre.

Los centros de honesto recreo, unido á la instrucción y estímulo á las bellas artes, fueron muchos y superiores en mérito digno de alabanza.

La Academia filarmónica, el Instituto español, y sobre todo el Liceo Artístico y Literario, han dejado recuerdos imperecederos en cuantos á ellos asistían.

En el último se oyeron los suaves acentos del tenor Rubini, se establecieron los juegos florales, se representaba con suma perfección, y la pintura, escultura, canto y poesía encontraban aplauso y premios de valor.

El teatro, sobre todo, sufrió un cambio favorable é inesperado, no sólo merced al mayor ensanche que se otorgó al ingenio, sino á consecuencia de la escuela romántica puesta en boga, verdadera y exagerada protesta contra las reglas clásicas, pero que á vueltas de sus grandes absurdos, permitió á la imaginación volar sin trabas hasta lo fantástico y legendario.

Antes de escribir algunas breves palabras de la lucha entre ambas escuelas, debo mencionar la obra en que se iniciaron más de lleno las reformas teatrales aparecidas como por ensalmo.

Logró esta preferencia *El Edipo*, de D. Francisco Martínez de la Rosa, tragedia clásica, con su sencillez severa, sujeta á la fatalidad inevitable; modelo del arte antiguo, que por más variaciones que la moda introduzca, arrancará aplausos en todo tiempo, siempre que los encargados de su ejecución sepan interpretarla.

Lo hicieron á maravilla en sus primeras representaciones la Concepción Rodríguez, los hermanos Latorre y el excelente barba Noren.

No hubo llamadas al autor, aun no puestas al uso, ó mejor dicho, al abuso; de corona sólo se creía digno á un Tasso ó un Petrarca; mas en cambio serían muy escasas las gentes

cultas que no retuviesen en la memoria largas tiradas de sus rotundos versos.

Era de oír, y aun de ver, pues oido sólo no bastaba, á los aficionados procurando imitar á Carlos Latorre, cuando decía, refiriendo su visita al panteón:

Fuera, profano, fuera repitiendo,
Confuso el eco, ¡fuera!! retumbaba.

El último *fuera* le declamaba el eminente actor de un modo especial, simulando el zumbido del viento, y lo que aun hecho por aquél, daba lugar á variedad de pareceres entre los críticos, ocasionaba á sus imitadores tales atragantos y ahoguíos, que la tragedia concluía en parodia la más divertida y difícil de inventar.

El aparato escénico fué inmejorable. Decoración cerrada, figurando la plaza de Tebas, con el templo del dios á la izquierda del espectador y postrados ante sus gradas coros de niños, hombres y mujeres implorando clemencia.

Pronto siguieron los dramas románticos: traducciones al principio de Víctor Hugo, Casimiro Delavigne y Bouchardy; mas no tardaron los autores españoles en presentarlos mejores, hechos con mayor juicio y ajustados á la historia patria.

Una mañana sorprendió á los curiosos el anuncio de un drama caballeresco, titulado *El Trovador*, compuesto por un soldado de Isabel II. Lo era en efecto, acuartelado en el depósito de Leganés, de donde vino á Madrid sin licencia á presenciar el estreno de su obra.

El éxito sobrepujó toda esperanza; los aplausos unánimes fueron tantos, y tanto el pedir la salida del autor, que el jóven recluta se presentó en las tablas sacado de la mano por D. Carlos Latorre y D.ª Concepción Rodríguez; distinción otorgada por primera vez en nuestra escena. A sus pies cayó una corona, la empresa le concedió un beneficio y Mendizábal la licencia absoluta.

Autores no menos recomendables siguieron la misma senda. *Doña María de Molina*, de Roca de Togores; *Los Amantes de Teruel*, de Hartzenbusch; el siempre admirado *D. Alva-*

ro, del Duque de Rivas; *El Zapatero y el Rey*, de Zorrilla, alternaban en competencia con las comedias de Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega, todas representadas con el esmero, lujo y propiedad que desde entonces se ha cuidado de mantener, salvo algunas excepciones dignas de olvido, incluyendo en ellas cierta sala decorada al gusto del renacimiento en el drama *Guzmán el Bueno*, y unos actores que hace poco vestían botas altas hasta la rodilla disponiéndose á un baile aristocrático de principios del siglo.

Sin embargo, estamos muy distantes de los días en que un cómico preguntaba al célebre Máiquez, que le hacía vestir un traje á la romana: ¿en dónde he de guardar en esta ropa mi pañuelo y la caja del tabaco?

El romanticismo pasó con sus melenudos apasionados, sus damas pálidas y ojerosas, llevando colgado al cuello el frasquito con agua de colonia, á falta del tósigo que les contaron llevaba Lucrecia Borgia.

Muchos impugnadores tuvo la nueva escuela; de los principales D. Santos López Pelegrín, conocido por el seudónimo de Abenhamar, D. Ramón de Mesonero Romanos y D. Modesto Lafuente.

Todos escribieron razonadas parodias contra el romanticismo; pero entre ellas, cual muestra de las demás, y por menos conocida, copiaré una en que el Sr. Lafuente supone á un versificador romántico leyendo cierta composición á una madre y dos niñas, entretenidas en sus labores domésticas de costura, añadiendo las interrupciones, marcadas de cursiva, con que ya la mamá, ya las jóvenes, ya la criada, salpicaban la lectura, resultando un diálogo sumamente original:

¡Mujer! ¡Mujer! ¡Oye mi triste acento!
Que llaman, Celestina.
Dime quién es ese rival odioso,
El aguador, señora.
que de beber su sangre estoy sediento,
Dí que traiga otra cuba,
y en ella ¡sí! me bañaré gustoso.
Y llene la tinaja.

¡Mujer! ¡Mira mi pecho desgarrado!
¿Se cose esto á pespunte?
¡Mira mi rostro en lágrimas deshecho!
Jesús, ¡qué hilo tan gordo!
¡Mujer, ó ten piedad de un desdichado,
Corta sin duelo al viés,
ó el duro acero clavaré en mi pecho!
¿Dónde están las tijeras?

Sin embargo, el romanticismo ha producido obras de primer orden, y aún sus extravíos nunca serán tan perniciosos como los de la que hoy se llama escuela *realista*; es decir, exposición al desnudo de cuanto hay malo en la naturaleza humana.

DIONISIO CHAULIÉ.

(*Se continuará.*)

LA CIVILIZACIÓN PERFECTA

ENTRA Lausing, entra; llegas en buen hora á distraerme de una impresión penosa.

—¿Cómo, señor, puede haber algo que te contraríe?

—El ambiente abrasador de este desierto rindió mi voluntad; quedé dormido no sé cuánto tiempo y han trabajado mi cerebro visiones horribles. Mírame; aun baña todo mi cuerpo el sudor; siento erizado el cabello, los nervios contraídos, el pulso febril: respiro con dificultad y me cuesta trabajo discernir si sueño todavía ó si realmente estoy en mi tienda, y son mis gentes las que distingo en el campamento.

—Sosiega, señor; un sorbo de agua fresca acabará con los efectos de la pesadilla, producida sin duda por el calor sofocante.

—¡Producida por el calor! ¿Es decir que tú crees que los sueños tienen explicación natural?

—Mi creencia con respecto á los sueños no es la del vulgo; por ella casi casi me atrevería á decir que en las visiones de que has hablado había algún negro...

—Eres sabio, Lausing.

—Sabio; ese es mi título oficial, como lo fué de mis antepasados. Sabio sería aprovechando con las lecciones suyas las que de ti recibo cada día.

—Me hace reír la lisonja.

—No lo es; el que como tú, señor, rige millones de guerreros y gobierna un pueblo cuyo número así se podría contar como las arenas de la playa ó las estrellas del firmamento, verdaderamente posee la sabiduría de la tierra, condensada en el conocimiento del hombre.

—Dejemos entonces mi saber en reposo por ahora, para que luzca el tuyo; va desapareciendo el malestar, gracias al agradable vientecillo que llega de la sierra; el sol desciende al ocaso y el ejercicio disipará por completo las impresiones del sueño. En tanto me dirás qué gentes poblaron estos lugares en otros tiempos, si gente alguna ha podido vivir en paraje tan poco favorecido de la naturaleza.

—Mejor opinión tuvieron de su tierra los que efectivamente la habitaron; lo que tú encuentras, y es en realidad desagradable, tan delicioso les parecía, que, á darles crédito, tenía incomparables condiciones, cuyo atractivo y reclamo atraían multitud de personas, trocando de buen grado la perspectiva de las montañas, el abrigo de los valles ó la brisa de las playas, con los mayores encantos de la vegetación, por la vista del regato arenoso que allá abajo corre pobremente, los pelados tesos que nos rodean y el polvo que de continuo levanta el viento seco, lo cual indica que algo habría por aquí preferible á la contemplación de las maravillas naturales, que en tus aficiones ocupan predilecto lugar. Aquí, en este mismo sitio fué la capital de un reino; la población acaso más agitada y bulliciosa de Europa aunque no tuviera las almas, ni la extensión, ni los recursos que otras. Más de medio millón de individuos se movían sin cesar por las ondulaciones del terreno, que viene á ser aproximadamente punto céntrico de la península ibérica. De aquí, apareadas, salían unas cintas de hierro que atravesando montes, salvando cuencas y cruzando ríos daban paso á convoyes movidos por un humo blanco con más rapidez que la saeta, y por el aire arrancaban también hilos conductores de la palabra, del fuego y de la luz.

—Me asombra lo que dices, Lausing; apenas si he comprendido otra cosa que nos hallamos en las inmediaciones de

la que fué centro, corazón y vida de España, nación de que tengo idea confusa entre las de los pueblos occidentales que venimos atravesando. Por de pronto, ni descubro ruinas, ni en cuanto alcanza la vista hay vestigio de monumento ó señal de habitación que para tanta gente había necesariamente de extenderse mucho. Si no me equivoco, tuvo España importancia; corrió su nombre por el mundo é influyó en los destinos generales, siendo natural que lo muestre la residencia de los que la regían.

—España tuvo ciertamente larga historia; épocas de grandeza y de miseria, de dominio y de humillaciones; en las últimas destruyó lo que en las primeras había levantado; pero aunque no lo hiciera, jamás fabricó en Madrid cosa que dejara memorias como las que has visto en Asiria y en Egipto y echas aquí de menos. Observa entre las retamas los montones rojizos que asoman: esos son los restos de la villa; fragmentos de los ladrillos con que estuvo edificada. Su extensión no alcanzó tampoco las proporciones que te figuras, porque, como en las plantas, se verificaba el crecimiento hacia arriba, y como las colmenas, albergaba veinte ó más familias cada casa, haciendo la gente, salvo en la labor, la vida misma de las abejas, por no estar privada de aire y de luz en las celdillas más que el tiempo indispensable á las necesidades que no era costumbre satisfacer en público.

—Esas costumbres, el gobierno, religión y modo de ser de pueblo tan curioso, quiero me refieras, que por lo dicho entiendo ha de ser noticia entretenida.

—Gobierno y costumbres variaron mucho en la existencia de la nación española; habría mucho que hablar si tratara de bosquejar las alteraciones que con el trascurso del tiempo se siguieron, y bastará á tu solaz que por ahora limite el relato del cuadro que presentaba en sus postrimerías. Por entonces tenía muchos puntos de semejanza con los otros pueblos bárbaros de Occidente, como que ponía gran empeño en imitarlos: trajes, comidas, carruajes, muebles, instrumentos, adornos, traía de los del Norte, y ya que no trajera, copiaba saludos, frases, ideas y aun tonterías. Conservaba, sin embargo, el idioma propio, bien que bastante mezclado y corrom-

pido, á la par que un cierto sello de originalidad que podría decirse atmosférico y que servía para distinguir á un español entre cien otros bárbaros. Usaba como todos fundas estrechas en las piernas y en los brazos; una especie de cola partida en dos; en el cuello y puños tubos blancos muy duros y brillantes; en la cabeza otro tubo largo, negro. Hablaba como ninguno, á gritos, con interjecciones rotundas; escupía; echaba humo por narices y boca y algunas veces sapos y culebras, al decir de ellos mismos. La mujer seguía igualmente el modelo general europeo de vestimenta; muchas varas de tela colgada de la cintura; gran apéndice posterior oculto; el cuerpo entablillado y una esportilla en la cabeza, componían el atavío ordinario, variando en grandes ocasiones con dejar al descubierto cuerpo y brazos y colgar de las orejas y y el cabello objetos relucientes, pero como los hombres, resaltaba entre las hembras por lo diminuto de los pies y manos, la gracia inimitable y una mala educación encantadora.

Naturalmente, tenían que obrar y obraban las diferencias esenciales en determinados gustos y aficiones: los españoles pasaban por exclusivos en comer ajo, en el espectáculo considerado nacional de destripar caballos y en el más ordinario de mirarse unos á otros, en la calle, en el paseo, en el teatro á que servía de pretexto la representación. Tampoco había otros que supieran como ellos hacer tiempo, matar el tiempo y cambiar la noche en día.

—¿Tan poco entretenidas eran las representaciones teatrales? ¿Repetirían asuntos históricos de todos sabidos?

—No tal. Sacaban á las tablas lo más oculto de los domicilios con rápida novedad: adulterios, incestos, homicidios, estafas, y en la noche del estreno se aplaudían con frenesí, colmando de caricias á los autores, ó más bien, á los copistas; porque dicho sea en descargo de los madrileños, tiempo hacía cuando acabaron, que carecían de autores y actores, parodiando las producciones de sus vecinos.

—Tendrían en cambio sabios que aprovecharan mejor la inteligencia.

—Sabios como los de tu reino; sabios oficiales, sí tenían, empleados en traducir libros ajenos y seguir con interés el

adelanto de las ciencias: si no inventaban ó descubrían, estaban al menos al tanto de los sorprendentes progresos en otras partes realizados: unos daban cuenta del peso y color del sol; otros de la cantidad de hierro y manganeso que existe en el planeta Palas; quién contaba los ojos de una mosca, quién, con más intención, averiguaba si después de la muerte va el espíritu de astro en astro purificándose, y quien lo embutía en el cuerpo de un conejo ó de una grulla. La ciencia del Yo era la que contaba aquí maestros consumados, casi tantos y tan buenos como la política ó el gobierno; ciencia española por excelencia, ya que no había en el país quien no la poseyera desde la pubertad, por inspiración sobrenatural, ajena á todo estudio, perfeccionándola los periódicos, que así llamaban á unas hojas grandes de papel que se imprimían cada día con muchas palabras. Los encargados de escribirlas se desvelaban por el bien público, ejerciendo, á su entender, un alto ministerio, una misión noble en defensa de los intereses del pueblo, interpretando su opinión y abogando de continuo por la libertad. Mi explicación en el particular no puede ser más lata, por la confusión de la que mi padre me hizo: él no llegó á saber, ni yo tampoco, qué entendían los españoles por pueblo y libertad; tan varias y embrolladas eran las definiciones que empleaban: tampoco he acertado á resolver cómo siendo tantos los periódicos y no concertando ninguno entre sí, eran ecos de una misma y sola opinión. Misterios son estos que la noche de los tiempos envuelve, sin dejar en claro más que la abnegación, el patriotismo y el desinterés con que los periodistas se sacrificaban al bien común, condiciones raras por cierto en la época que vamos considerando.

En gobierno y religión no son más precisas mis noticias: deduzco que al fin llegaron á no admitir creencia religiosa alguna, por lo que las costumbres revelan: esclavos de mil y mil necesidades ficticias, ansiosos de goces, iban por todos medios á buscarlos, quitando obstáculos y rompiendo frenos. Pretendía ser cada individuo Dios y Rey en una pieza, considerando que residía en su mano la facultad de destruir esa doble entidad por remedio de contrariedades, la principal de las

cuales era fracasar en el émpeño de sobreponerse á los otros, haciéndolos escalera de grandeza. Llegaban muchos á conseguirlo, consumiendo en perros ó caballos lo que bastara á sustentar una aldea, mientras en cintas ó piedras de relumbrón gastaban sus mujeres el alimento de villas ó ciudades, insultando con el lujo la miseria general, tanto mayor cuanto más era explotada. La envidia y el odio vinieron, por consiguiente, con la ambición, á ser las deidades de más general culto, influyendo no menos que en las ideas religiosas, en la de gobierno. Cuantos sistemas inventó la teoría se ensayaron en España con igual ineficacia; porque todos eran sabios en gobernar, no quedaba quien quisiera ser gobernado, haciendo buena la fama que esta nación, desde sus orígenes tuvo, de ingobernable. Quién sabe, si prolongándose algo más su existencia, hubiera logrado pasar sin gobierno como sin religión, según algunos discurrían.

—Pues qué, ¿no había fuerza armada que mantuviera el orden y la autoridad?

—Fuerza armada numerosa y bien equipada había, que en muchas ocasiones fué el ariete de su institución, y bien examinado, la causa principal y eficiente de cuanto llevo referido.

—No es ejemplar único; he de reconocer que las sediciones militares vienen de lejos y siempre han conducido al mismo resultado. Dime, pues, Lausing qué organización tenía el ejército de España y cómo batallaba.

—De organización no estoy enterado; sé que tenían cuerpos á pie, á caballo y en carros, llevando unos y otros máquinas, mejor que armas, con que hacían estragos entre ellos mismos, pues de muchos años atrás no tuvieron otros enemigos. Entre las invenciones diabólicas de los bárbaros, se contaba la de unos polvos de varias clases, con los cuales, y las máquinas dichas, arrojaban á largas distancias proyectiles mortíferos. Apenas un ejército distinguía al contrario en el horizonte, empezaba el disparo con ruido espantoso, y aunque de cada mil de aquella especie de bellotas y melones que se enviaban recíprocamente, acertaba uno, tantos eran los millares, que sin ver cómo ni por quién, caían heridos ó

muertos los guerreros, quedando la victoria por el que mantenía el campo.

—¿Qué composición tenían los polvos?

—Se ha perdido el secreto.

—En verdad no se ha perdido cosa que de sentir sea. Con razón llamamos bárbaros á todas esas gentes tan preciadas de sus invenciones perjudiciales. Réstame saber cómo concluyó el pueblo cuyos miserables restos hollamos ahora.

—Tendré que llevar la relación algo más lejos compendiando la crónica de tu dinastía.

—Me place oirla siempre.

—Sentémonos entonces sobre estos sillares desquiciados, porque lo haga con más reflexión en el tiempo que falta para que el sol se oculte.

Llegó un día en que los hijos del Celeste Imperio no tenían tierra que pisar. Los ríos, las bahías, los puertos sostenían innumerables viviendas flotantes; los riscos más altos y las quebradas al parecer inaccesibles estaban ocupados; no consentían los bárbaros de Occidente que á sus naciones fueran ya los trabajadores que les causaban admiración con su industriosa superioridad, y creciendo, creciendo la población, no encontró en el suelo con que mantenerse. La más terrible de las calamidades, el hambre, asomó su faz asquerosa en aquel país de delicias; andaban los hombres afligidos y las mujeres llorosas buscando un troncho que alargar á las escuálidas criaturas. En los supremos momentos, un hombre oscuro salido de Tartaria para salvación de su pueblo y gloria de la civilización, circulando entre las masas y haciendo oir su persuasiva palabra, pronunció aquella sentencia sublime, que jamás se borrará de la memoria de las gentes.

«El hombre, dijo, señalando al Oeste, puede servir de alimento al hombre.»

Como el torrente que desde la montaña se desprende destrozando á su paso cuanto encuentra, salió entonces de los convencionales límites de China masa innumerable é irresistible siguiendo á Chu-fú, el victorioso, que este sobrenombre le dieron, cuando rusos, persas, ingleses, indios, turcomanos y árabes pasaron por el filo de la espada. Desde los

extensos hielos del mar polar á las aguas tibias del índico; desde el Pacífico al Negro, no se habló otra lengua que la china, ni quedó ejemplar de hombre de otra raza. ¡Ah! ¿cuándo pudieron soñar esos bárbaros, en su orgullo insano, con un monumento semejante al que guarda los restos mortales y la memoria veneranda de Chu-fú I.? La extensa llanura que nombramos Chin-cha-ró vió alzarse espuerta á espuerta sobre el ataúd, una montaña de tierra que no menos de diez horas se tarda ahora en subir.

Chu-fú II y III continuaron la obra regeneradora emprendida; crecía siempre el pueblo chino, colmaba el Asia; era sonada la hora de llevar á los insoportables bárbaros la humillación y el castigo, aprovechando la ocasión en que unos á otros se destruían en guerra general y la torpeza de solicitar nuestra ayuda en la contienda. Así, con política sagaz traspasamos la barrera natural que guarece la Europa; así, á favor de un camino hecho bajo la mar llegamos á las islas ocupadas por aquellos insolentes que tanta saña como á nosotros habían inspirado á sus vecinos, satisfaciéndola con no dejar á vida criatura, ni rumiante, ni piante, lo que hizo abrir algo los ojos á los otros bárbaros; sin embargo, como franceses y alemanes, rusos y turcos andaban á la greña, no halló Chu-fú III la resistencia que unidos le hubieran opuesto cuando debilitados todos y dejando el disimulo, con el rigor de su genio acabó de exterminarlos. Todavía no lo hizo sin enorme mortandad de celestiales, repuestos sin cesar con las masas que pasaban de Asia.

Tocó el turno á los españoles, tan entretenidos con sus eternas querellas, que bajaba Chu-fú el Pirineo antes que pensaran en averiguar sus hechos, no faltando tampoco quien le enviara mensajeros y le ofrecieran dones por que ayudara á una fracción ó á otra. No hay memoria de cuántas eran las que alzaban bandera distinta por los extremos de la Península; se distinguían entre ellas la de un partido muy numeroso que por convencimiento de no alcanzar la propiedad dividida á enriquecer á todos, procuraba que todos fueran pobres, si no interpreto mal el lema *de guerra á los ricos* que enarbolaba. Ello es que por medio de los consabidos polvos

volaba puentes, catedrales, caminos, como cualquiera otra obra de importancia, coste ó utilidad; lo cual hacían igualmente los opuestos, por contrarrestarlos, y mientras tanto en Madrid discutían con elocuencia sin igual una Constitución.

—Una Inquisición querrás decir.

—Te confundes, señor; Inquisición no hubo más que una en España, al paso que de las Constituciones se ha perdido la cuenta.

—¿Para qué les servían?

—Una vez hechas no servían para nada: mientras se hacía andaba revuelto el país dos ó tres años, que era lo que se buscaba.

—Prosigue.

—Digo, que en la importante tarea de la Constitución innúmera les sorprendió la nueva del avance asiático, causándoles justificado pavor. Tenían que leer los diarios de aquel entonces, arbitrando medios, evocando el patriotismo, hasta burlándose de los asaltantes con ojos de almendra que llegaban á sus puertas. No te cansaré más con pormenores; los míseros españoles fueron devorados como postre del grandioso festín europeo, que coronaba la obra de los Chu-fú.

Al quinto y sexto, apellidados por el pueblo el Prudente y el Legislador, tocó consolidarla, extirpando todo lo que pudiera contribuir á la reproducción de la barbarie. Así, antes de repasar los Urales, y dejar á Europa convertida en desierto, dando tiempo al tiempo para trasformarla en selva, á la tierra ocasión de criar animales, á las aguas peces, á las contingencias futuras una heredad de reserva, con pena de horribles tormentos mandaron que no hubiera piedra sobre piedra, que la moneda se fundiera, y sobre todo, que no quedara señal de libro ni papel alguno.

En China se hallanaron á la vuelta pagodas, murallas y viviendas; la nueva ley, exactamente observada, prohibió las construcciones, desterró el mobiliario, limitó el vestido á un saco de lana, el abrigo á una tienda, la propiedad á un arco; reservando el aprendizaje de la lectura y escritura á los sabios del imperio, pocos en número y de familia real todos.

¿Quién diría que fueran más costosos estos trabajos que los de la exterminación de los bárbaros?

Pasadas tres generaciones, á punto de acabar la gloriosa carrera tu padre Chu-fú VII, el Testarudo, se supo que, emulando á su dinastía, se había alzado en África un negro que asimilaba y ponía bajo su mano el Continente, alardeando poder con el anuncio de invadir á Europa desocupada. En el momento puso en marcha al bravo General La-la-chó con tres millones de guerreros; cegaron el canal que los bárbaros hicieron; llegaron triunfantes á la extremidad de la tierra austral, volvieron la cara hacia la estrella del Norte; lo demás, bien lo sabes tú, Chu-fú VIII, continuador de la persistente idea del primero.

—Así es, Lausing, amigo mío: la muerte de mi padre ha puesto sobre mis hombros el peso de tan grande empresa, cuando llega á su término y espero rematarla con felicidad. El negro Abu-Casín, barrido por La-la-chó, más bien que impulsado de espontáneo deseo, atravesó el Mediterráneo por lo más estrecho, entrando en España con mucha gente. Yo lo presumía, he venido á su encuentro y va á jugarse aquí la suerte del mundo. Mira, á la vaga luz del crepúsculo, empieza á señalarse una línea de puntos brillantes en lontananza: es la vanguardia de Abu-Casín. Lo veo como se ve el deseo realizado; voy á encontrar el fin de nuestros ideales, cuando empiece á alumbrar el nuevo sol, sin recelo alguno, con la certeza del resultado. Mañana á estas horas, miles de asadores embalsamarán el aire con el efluvio de la carne de nuestros enemigos, y la matanza seguirá uno y otro día hasta que la cabeza del negro, como plato preferente de mi tabla, anuncie que esa raza oscura acaba consumida como las anteriores, no quedando en el mundo más que chinos.

—Se me antoja, señor, que olvidas dos cosas principales: una, que mirando desde aquí al Poniente, muy lejos por el mar, hay otro mundo; y dos, la diferencia esencial de tártaros y chinos, tus súbditos, por más que vengan del mismo tronco y hablen la propia lengua. Aceite y agua se mezclan, y así que reposan se separan, viniendo á sobreponerse una á otra.

—Nada de eso dejo de tener en mientes. Sé que á esas tierras oceánicas han ido á refugiarse los bárbaros que escaparon del degüello general; que allá van sus ideas é invenciones á inaugurar una era nueva; mas tú lo has dicho, aquello es otro mundo, independiente de la misión mía. Los Chu-fús quisieron regenerar el mundo viejo, cuna del genio humano, volviendo al hombre á la primitiva sencillez ó alcanzando, si mejor te parece, la civilización perfecta. ¿No se ha simbolizado siempre al tiempo por una serpiente mordiendo la cola? ¿Dónde crees tú que esté el origen?

—Natural me parece que sea en la cabeza.

—Luego los bárbaros llegaron al extremo de la cola, y será mía la gloria de volver al punto de partida. Sí; aquí empezará también nueva era, cuando los negros hayan sido devorados; tártaros y chinos con el reposo despertarán su antagonismo; acaso esto es conveniente, acaso es necesario. De todos modos no ha de ocurrir en mis días y el último de los Chu-fú podrá decirles con orgullo: «Celestiales; solos estáis sobre la haz de la tierra: ahora, comeos los unos á los otros.»

LIMAHON.

LAS CARTAS DE MIS AMIGOS DE ESPAÑA

(TRADUCCION DEL ORIGINAL ALEMAN
DE MR. JUAN FASTENRATH, ENTUSIASTA HISPANÓFILO.)

SONETO

Más feliz soy que Creso: su riqueza,
Sus goces nada valen comparados
Con los de mí jamás harto preciados
Por su celeste influjo y su grandeza.
Ni excédenles de Lasso, en la terneza,
Á Flérida los cantos celebrados,
Ni del Tasso á Leonor los inspirados
Versos logran vencerles en alteza.
Y lo que dicha tanta me procura,
Y es más grato á mi pecho que á Abelardo
De Elöisa las Cartas, y en sí entraña
Del Petrarca la llama excelsa y pura,
Las Cartas son, ¿por qué en decirlo tardo?
De mis Amigos de la noble España.

FERNANDO DE GABRIEL.

LA ODA

ESBOZO HISTORICO-CRÍTICO.

CONTINUACIÓN (1)

XVI.

HIMNOS LÍRICOS.

Pocos himnos se encuentran completa y exclusivamente líricos. Los hay señalados con los caracteres del lirismo, pero con algunas señales propias de la musa épica. Breves ejemplos lo demostrarán.

Acaso los tipos de esta clase se encuentran en los salmos de David. Libro de las alabanzas se llama en la Biblia el Salterio davídico, porque este nombre y el de salmo dado á cada una de sus poesías, viene de que solían acompañarse de instrumentos músicos, que es la significación del verbo griego *psalein*, de donde aquellas palabras se derivan. Son los salmos en número de 150, todos ó casi todos del profeta-rey.

Que se canten: esta es una de las condiciones exigidas por San Agustín para la constitución del himno. Glaire, Jahn y

(1) Véase la pág 51 del tomo anterior.

Gesenio han estudiado la música de los hebreos. Usaron estos el *órgano*, compuesto de muchas flautas, así llamado porque produce el sonido principalmente por medio del aire; el *sistro*, de metal y forma bella, de arco y con cuerdas metálicas, tocado con un simple movimiento; el *adufe* ó pandera; la trompeta metálica y recta (*tuba*) de sonido agudo; el *arpa* de David, instrumento de diez cuerdas y forma triangular; los *címbalos*, probablemente platillos, y algunos instrumentos más como el *dedacordo*, que si no es igual es parecido al arpa del rey-artista, el cual arregló la manera de cantar los himnos religiosos, según su índole ó la del coro que había de cantarlos. No había suceso próspero de la nación que no se celebrase en estas canciones: el paso del mar Rojo, la victoria de David y Saúl contra los filisteos y la de Jefté contra los ammonitas. También se cantaban los hechos particulares, bailándose también, aunque más como danza religiosa y en honor de grandes acontecimientos, que no como diversión lasciva y privada.

En los salmos de David hay, además de cantatas, sentidas elegías, bellos idilios, graciosos epitalamios y otras variedades líricas; pero los mejores y más numerosos son odas magníficas, que no ceden en pompa y hermosura á las de Píndaro.

Admirando las imágenes brillantes (lenguaje especial de la poesía) que esmaltan la *Cántiga de Moisén*—traducida por Rabí Mosé Arragel, con toda la Biblia, en 1430—añade textualmente Floralbo Corintio:—«Los Salmos de David están sembrados de imágenes en nada inferiores á las de los poetas antiguos y modernos. Léanse principalmente el uno, ocho, nueve, diez y ocho, diez y nueve, veintinueve, treinta y tres, treinta y seis, cuarenta y cinco, cincuenta y cinco, sesenta y seis, sesenta y ocho, setenta y cuatro, setenta y ocho, ochenta y cinco, noventa y dos, noventa y siete, ciento cuatro, ciento siete, ciento catorce, ciento veintiuno, ciento treinta y cinco, ciento treinta y seis, ciento cuarenta y cuatro, ciento cuarenta y siete y ciento cuarenta y ocho. Las imágenes y sentimientos de David están expresados con todo el prestigio de la poesía por Arturo Jonston en su obra titulada *Psalmi Davidici*.»

Que se cantaban y cantan, engalanándose con todos los primores de la lira, no hay necesidad de demostrarlo: es evidente. Comparaciones atrevidas, metáforas deslumbrantes, impetuosa rapidez, verdadera sublimidad se encuentra en las odas de David, que todavía repiten los ecos de nuestros templos. No reina en los salmos la sencillez griega, serena y azul como el mar del archipiélago heleno, sino la pomposa grandeza de los asiáticos, enamorados de la luz de un cielo espléndido, que hace soñar con el dios luminoso del sabeismo. Por eso, la magnificencia y arrebato poético de estos cantos, exaltados como la fe y ardientes como la luz, recuerdan y superan muchas veces al gran lírico tebano.

Si son líricos, dígalo el indiscutible sujetivismo que los inspira. En ellos se retrata, como en azogado espejo, la vida, las pasiones, las virtudes, las caídas, las exaltaciones, los altibajos diversos é interesantes del Monarca de Israel. ¿Le persigue Saúl y consigue librarse de sus asechanzas y de las iras de otros enemigos? David bendice al Señor, «su fortaleza, su refugio, su libertador,» que le amparó cuando le cercaban «dolores de muerte y le conturbaban torrentes de iniquidad;» porque alzó su voz desde el templo santo y «el clamor que hizo en su presencia llegó á su oídos; y la tierra se conmovió... los fundamentos de los montes se extremecieron, porque se indignó contra ellos. Subió humo en la ira de Él y salió fuego ardiendo de su rostro; por Él fueron encendidos carbones. Inclinó los cielos y descendió y había oscuridad bajo sus pies. Y subió sobre querubines y voló sobre alas de viento... Y tronó desde el cielo el Señor... Y envió sus saetas y los desbarató; multiplicó relámpagos y los aterró...»—¿Quién como David pinta las bellezas de la creación?—Jehová es su Dios y lo engrandeció poderosamente. De gloria y de hermosura se viste, cubierto de luz como de un manto. Dios extiende los cielos como un pabellón y cubre con el agua las cimas más altas. Las nubes son su carro; marcha sobre las alas del huracán. Cimentó la tierra sobre su propia estabilidad; los siglos no la ladearán. El abismo la envuelve como un vestido... Hace salir las fuentes en los valles: á través de las colinas pasan las aguas... los onagros

apagan en ellas su sed... Produce heno para las bestias, mieses para el hombre... Riega los árboles... y los cedros del Líbano, que plantó. Allí anidan las aves, allí los abetos ofrecen un asilo á las cigüeñas; las cimas de los montes son la ruta de los ciervos... Hizo la luna para marcar los tiempos y el sol conoció la hora de su ocaso... ¡Cuán grandes son las obras de Jehová! ¡Hizo todas las cosas con sabiduría!—Con estos colores, pálido reflejo de las odas de David, las bellezas naturales son descritas por el gran poeta de Israel. Si se indigna contra Doeg, vil cortesano que calumnió y degolló á los Ministros del Señor, prorrumpe en un cántico de imprecaciones. Y exclama enérgicamente: « ¿Por qué te glorías en la malicia, tú que eres poderoso en iniquidad? Todo el día estuvo pensando injusticias tu lengua; hiciste engaño como navaja aguda... Amaste todas las palabras de derrumbamiento... Por eso Dios te destruirá para siempre; te arrancará y te trasladará de tu morada y á tu raíz de la tierra de los vivientes...»—En celebración de la gran fiesta de la traslación del arca santa, hace David á Asaph y á sus hermanos entonar un canto triunfal, rebosante de júbilo y entusiasmo. «Está rodeado de gloria y de majestad; la fuerza y la alegría residen en él. Conmuévase delante de su rostro toda la tierra... regocíjense los campos... alégrense los cielos... Cantad su gloria entre las gentes y sus maravillas entre todos los pueblos, porque Jehová es grande, digno de infinitas alabanzas.»—David, como Rey, se dirige á los Reyes, inculcándoles el santo temor al Omnipotente, Rey de los que reinan y de los que son regidos. «Dios ha tomado asiento en la asamblea de los dioses, y sentado en medio de ellos, los juzga. ¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente y tendréis miramiento á los malvados? Haced justicia al necesitado y al huérfano; justificad al humilde y al pobre... Vosotras moriréis como el último de los hombres y caeréis como el último de los Príncipes.»—David, como hombre, se entrega á pérfidos amores y peca. El arrepentimiento de su pecado, las lágrimas que vierte, los ayes que exhala, se condensan, para no evaporarse jamás, en las estrofas del *Miserere*, la oda elegiaca más sublime de los siglos, el canto más sentido del alma creyente, el

grito de dolor más agudo que han escuchado los pueblos.— David llora y canta en sus salmos sus penas y sus alegrías, penas y alegrías muchas veces de todo Israel, y alegrías y penas más de una vez de todos los corazones que esperan y aman. No hay poeta más subjetivo, más nacional y más universal juntamente. ¿Cómo no incluir sus odas imperecederas entre los himmos más bellos?

Un poeta moderno ha escrito himnos que, siendo exteriormente épicos, retratan líricamente los sentimientos personales de su autor. Tal es lord Byrón, cantado con adecuada entonación por Núñez de Arce en *La Ultima Lamentación...*, joya del arte contemporáneo.

Este escritor inglés, hombre de pasiones exaltadas, fué en su vida tan poeta como en sus libros. Satirizó á muchos hombres ilustres, sedujo más de una mujer, realizó con ellas las aventuras más fantásticas en los sitios más pintorescos, se entregó á los ímpetus de su imaginación y acarició en su mente febril la esperanza de resucitar la Grecia de Pericles y Anacreonte, señora de sus últimos pensamientos. No contento con ver á Helena enlazada con Fausto, corrió á verter su dinero y su sangre en la tierra helénica, para evocar las Helenas y los Aquiles, los Homeros y las Corinas, ya con las cadencias de su laúd, ya con la punta de su espada. Allí, peleando bizarramente por emancipar á Grecia de la tiranía turca, con la fe de la liga Haetaria y con el valor del batallón sagrado de Ipsilanti, murió el insigne poeta el mes de abril de 1824. Los bellos fantasmas de los guerreros espartanos y de los artistas atenienses poblaron, sin duda, su sepulcro.

Una de sus obras es el poema *Don Juan* (especie de Tenorio británico), y en el canto 3.° se encuentra el himno á Grecia, imitado por M. Pelayo en sáficos elegantes y correctos. Este himno es la aspiración última que convirtió en héroe griego al gran poeta inglés. Comienza invocando las

Cícladas islas, islas de la Grecia
que el mar Egeo con sus ondas baña,
donde naciera la materna Delos,
cuna de Apolo.

Recuerda las glorias y bellezas inmortales de aquella nación famosa.

Todo se eclipsa menos vuestra gloria;
el bronce muere y se deshace el mármol;
mas queda el nombre del varón guerrero,
prole de Marte.
Queda de Lesbos la armoniosa lira,
la voz sublime del Esmírneo ciego,
y la del Teyo donairoso anciano
cítara blanda.

Con energía y rapidez cuenta el gran triunfo de los griegos sobre los persas.

Contólos Jerjes al nacer la aurora,
contólos luego al espirar la tarde:
millones eran al rayar el día,
ni uno á la noche.

Lamenta el poeta la ruinosa situación de Grecia, deseando se levante de sus ruinas.

Yace en el polvo la olvidada lira,
y ya no late el corazón robusto;
¿cuándo de gloria y libertad el himno
libre resuena?

. . . . . .

¡Ah, ni vergüenza en vuestra faz, ni lloro!
Descubre ¡oh tierra! tu profundo seno,
y tres siquier de los trescientos brota...
tres Espartanos...
Como el fragor de los torrentes zumba
el de las sombras vigoroso grito:
«Alzad vosotros la dormida frente...
Uno tan solo.
Todos calláis.—Nuevos cantares suenen;
llenad las copas de espumante vino;
bélicos himnos el feroz entone
tártaro errante.»

El poeta, alzando la copa, brinda por la salvación de Grecia. Su amor á las mujeres, su amor á la tierra de las artes, todos los amores de su corazón, ébrio de entusiasmo, se desbordan y resuenan en estas rotundas estancias:

Llenad las copas de espumante vino;
vírgenes dancen en la selva umbría;
yo admiro el brillo de sus negros ojos,
nidos de amores.
Mas ¡ay! ¿Será que tan hermosos pechos
deban un día amamantar cautivos?
¿Será que ciña tan hermosos brazos
férrea cadena?

Aunque su esperanza desmaya por algunos momentos, vuelve á recobrarla y á sentirla más vigorosa que nunca. Y, para concluir, exclama con energía:

Nunca esta tierra habitarán esclavos;
arme las diestras el fulmíneo acero;
caiga en pedazos, de espumante vino
rota la copa.

En los mismos sentimientos que el himno lírico, parte de un poema épico de Lord Byrón, se inspira un himno español, digno por su entonación y su ritmo de ser cantado por los entusiastas amadores de la Grecia. Tal es el canto de Martínez de la Rosa, que empieza así:

Nobles hijos de Esparta y de Atenas,
de la patria la voz escuchad,
y rompiendo las viles cadenas
del combate las armas forjad.
De acero el pecho fuerte
de acero el brazo armad:
independencia ó muerte
ó muerte ó libertad,
ó libertad.

Al tratar de otras composiciones líricas, será ocasión oportuna de exhibir muestras de diferentes himnos.

XVII.

HIMNOS SAGRADOS.

¿Qué pueblo no tiene himnos y cantos á la divinidad? ¿Qué religión no ha inspirado á sus ministros y poetas algunas odas llenas de fe y entusiasmo? La lira ha exhalado armonías lo mismo entre los árboles frondosos de los bosques que bajo las sublimes arcadas de los templos catedrales.

Horacio enseñaba que

«*Musa dedit fidibus Divos, puerosque Deorum*»

y multitud de composiones poéticas de carácter profano fueron en sus orígenes odas sagradas. Así aconteció en Grecia con el pean y el ditirambo:

«el ditirambo que á los cielos sube»

según el restaurador novísimo de las letras clásicas en el parnaso de Castilla.

Que la poesía es hija de los númenes y el poeta un inspirado de los cielos. Aunque largo es hermoso, y confirma esta creencia el siguiente pasaje de la *Poética* de G. Vida, traducción de G. Bono Serrano:

Es un celeste don la poesía;
huid, profanos, de su augusto templo,
que el saber á vosotros es negado
tan altos y recónditos misterios.
Desde el Olimpo á las hermanas nueve
condujo hasta la tierra Prometeo,
cuando escaladas las etéreas cumbres,
robó en favor del hombre el sacro fuego.
Nutrido allí con ambrosía y néctar,
á sus pies contemplando los luceros,

lo arrullaban los orbes luminosos,
y el almo coro en celestial concierto.
Cantad al bienhechor de los humanos,
que el ritmo dió cual eficaz remedio,
para atajar la estúpida ignorancia,
madre de los desórdenes funestos.

. . . . . .

Tan sólo de los dioses inmortales
hablaban los oráculos en verso,
al anunciar fatídicos los hados,
en misteriosa oscuridad envueltos.
De Júpiter Amón la augusta boca
enseñó á las deidades con su ejemplo,
en las aras de Dódona sagradas,
y de la ardiente Libia en los desiertos.
Siguen su huella la severa Temis
de Fócida en la gruta, Apolo en Delfos,
y el mismo semidiós del rudo Lacio
respondía en poético dialecto.
El sacerdote antiguo de Solimos
y las Sibilas en furor ardiendo,
de la divinidad el santo nombre
repetían en métricos acentos.
A faunos y poetas imitando,
desde entonces los hombres no temieron
tras los festines celebrar con himnos
la gloria de los ínclitos guerreros.

Resumen: primero floreció el himno sagrado, después el himno profano y guerrero.

El mismo poeta italo-latino, en el canto I de su poética dice que

Si objeto de la antigua poesía
la religión y las deidades fueron,
sus límites bien pronto se ensancharon,
toda especie de asuntos admitiendo.

Ya se ha indicado en otro lugar cuán rica y variada es la

colección himnódica de los indios. La cosmogonía, la theodicea y la filosofía de aquel pueblo están condensadas en himnos de asiática grandielocuencia. Mal conocidos en España, donde los estudios del Oriente apenas existen, prestaría un buen servicio á las letras el que los diese á conocer en una versión ó en una monografía crítico-histórica. Acaso el autor de estos renglones, si la salud y el tiempo no le faltan, se atreverá á verter en rimas castellanas los tesoros orientales, más ricos que las perlas y los diamantes.

El verdadero himno, digno de las sonrisas de Dios, es el nacido en las cítaras hebreas, y repetido en los órganos cristianos. Salmos se apellidan en nuestra liturgia. Ya se ha celebrado, aunque no tanto como se merece el lirismo religioso de David. Profeta y poeta, Rey por sus grandezas y hombre por sus pasiones, creyente y apasionado, unió en sus cantos admirables el calor de la fe, el fuego del corazón, las imágenes de espléndida fantasía y los matices de armoniosísimas palabras. ¡Lástima que haya influído tan poco en los vates clásicos de la España católica! El renacimiento desenterrando las bellezas literarias de Roma y Grecia, dejó en la penumbra las bellezas de Israel, no obstante la fe en el Dios de Israel y de Sión que inspiraba á los grandes literatos de la época. Herrera, el divino imitador del lenguaje bíblico, tiene dos aspectos: el de la oda á D. Juan de Austria, vencedor de los moriscos, y el de la oda á la victoria de Lepanto sobre los turcos. En aquélla invoca á Marte y Apolo, y en ésta al Señor Dios de los ejércitos. Indudablemente la segunda es poesía más bella. Ya veremos en otros capítulos el centelleo de estas dos joyas del arte.

Esta musa anunciadora de la cristiana, como el Antiguo Testamento es anuncio y prefacio del Nuevo, no tiene, repetimos, muchos ni claros representantes en las letras españolas. Pocos nombres pueden añadirse al de D. Tomás González Carvajal, estimable traductor de los salmos. Alguna imitación de David y de Moisés, algunas brillantes imitaciones del cantar de los cantares, hechas por los místicos, es todo lo que de la Judea poética ha venido á la poética España.

¿Quién no cita á Jáuregui? D. Juan de Jáuregui, que tenía

grandes facultades de traductor, como lo acredita su excelente versión de *Aminta*, fábula pastoral de Torcuato Tasso, parafraseó en hermosas liras el salmo célebre *Super flumina Babilonis*, traducido también, pero sin tantos primores, por B. Leonardo de Argensola y recordado sustancialmente por D. Agustín de Salazar y Torres en el soneto

Sobre los ríos, sobre las arenas
de Babilonia, el oprimido hebreo
lloraba triste, lamentaba reo
tus memorias, Sión, no sus cadenas...

La traducción parafrástica de Jáuregui merece copiarse íntegra:

En la ribera undosa
del babilonio río
los fatigados miembros reclinamos,
y allí con faz llorosa
junto á su margen frío
con lágrimas sus ondas aumentamos.
Entonces de los ramos
de los silvestres sauces suspendimos
las cítaras y armas do solía
alentar sus enojos algún día
alegre el corazón, cuando vivimos
en ti, Jerusalén; mas la memoria
de tu asolado imperio,
y el duro cautiverio
en que trocamos hoy la antigua gloria,
nos despojó del regocijo y canto
para entregarnos al afán y al llanto.
Allí, por más tristeza,
la escuadra victoriosa
que nos condujo en míseras prisiones,
templada su fiereza,
nos preguntó piadosa
por nuestras dulces rimas y canciones,

y con blandas razones
nos animaba á repetir alguna;
mas respondimos con ajeno intento:
¿Cómo dará señal de algún contento
quien se ve reducido á tal fortuna?
¿Cómo cantar podremos himnos santos
en región extranjera,
do la deidad primera
es ofendida? ¿Entre enemigos tantos
de aquel señor, á cuya gloria aspira
nuestro piadoso canto y nuestra lira?
Sacra ciudad, que adoro,
si acaso yo olvidare
este dolor que tu memoria pide;
si al cántico sonoro
y al plectro me aplicare,
antes mi diestra el movimiento olvide;
la lengua, que divide
de la voz el acento y la cadencia,
se pasme y hiele á mi garganta asida,
si á todo canto alegre preferida
no fuere mi tristeza por tu ausencia,
sólo fijando en la memoria mía
tus muros encumbrados,
que yacen hoy postrados,
y las felices horas de alegría
que en ti perdí, que en ti gocé primero,
y alguna vez recuperar espero.
Pues fuiste el ofendido,
acuérdate, indignado,
Señor, del impío y bárbaro idumeo,
cuando cayó rendido
tu pueblo, y el osado
contrario obtuvo su marcial trofeo;
que en odio del hebreo
instigaba sus huestes y decía:
«Asolad, asolad desde el cimiento
sus homenajes.» ¡Oh rencor sangriento!

Dichoso el que á tus ojos algún día,
fiera Babel, con semejante estrago
y merecida pena
ha de vengar la ajena,
el que ha de dar á tu soberbia pago,
y quebrantar con furias semejantes
en las peñas tus míseros infantes.

Este himno religioso y patriótico de los hebreos desterrados á orillas del río de Babilonia, sin duda por su vivo sentimiento y por los sentidos que admite, según el aspecto literal ó simbólico que descubra el lector, ha sido objeto de imitaciones y versiones en la literatura castellana. Además de la citada de Salazar y Torres, puede mencionarse un romance de San Juan de la Cruz:

Encima de las corrientes
que en Babilonia hallaba,
allí me senté llorando,
allí la tierra regaba...

El *encima*, convertido en orilla ó *margen* es más propio y verosímil: sentarse encima del río no es tan hacedero y natural como reclinarse

en la ribera undosa
del babilonio río.

El romance usa de un consonante repetido, lo cual revela mucha antigüedad: la desaparición de las consonancias y su reemplazo por las asonancias, es un fenómeno que acontece mediado ya el siglo XVI.

No se debe llamar traducción ni siquiera imitación del salmo hebreo, sino aplicación mística de su idea fundamental.

Narración imitativa, y por cierto en consonantes, merece llamarse, en verdad, un romance de Ubeda (cancionero de), que principia de esta suerte:

Allá en la gran Babilonia,
que confusión se decía,
cuando el pueblo de Israel
cautivo en ella yacía...

Siempre es melancólico, tierno y salido del corazón el himno de la nostalgia.

XVIII.

HYMNODIAS.

El jesuita Burriel, en el siglo último pasado, halló en la librería de la Santa Iglesia de Toledo un códice poético en caracteres góticos, probablemente de la centuria undécima, ó de la décima tal vez.

Se guarda en la Biblioteca Nacional con el rótulo de *Codex muzarabicus.*

Consta de 185 himnos religiosos, que insertó Lorenzana en su breviario gótico. Un tal Maurico, á instancias de Veraniano (personajes sólo de nombre conocidos), hizo la colección del Códice muzárabe, según reza la inscripción acróstica del prólogo. El Codex se compone de salmos, cánticos é himnos.

Comienza por un prólogo, en el que Maurico reproduce cuanto expone San Isidoro en el capítulo VI del libro I *De officiis.* Esto es, que en lo de cantar himnos, tenemos ejemplos tanto del Señor como de los Apóstoles; que son divinos los himnos, aunque producto del ingenio humano; que *carmina autem quæcumque in laudem Dei dicuntur, hymni vocantur;* que Hilario, Obispo de la Galia, fué el primero que se dedicó á hacer versos propios de himnos; que San Ambrosio, esclarecido doctor de la Iglesia, compuso numerosos himnos, llamados de su nombre, *Ambrosianos,* etc., etc., doctrina que hizo suya el concilio IV de Toledo, docil á la ilustrada dirección de San Isidoro.

Los himnos se cantaban en coro por los fieles. La Iglesia Católica los puso en boca de los cristianos como un medio eficaz de combatir las doctrinas heréticas, adoptando los cantos sagrados de San Hilario, San Ambrosio ó Prudencio, de Arátor, Fortunato ó Sedulio.

Se cuentan, entre los autores de los himnos, los Obispos Máximo y Conancio, que secundaron los generosos esfuerzos de Leandro y de Isidoro; Braulio, Eugenio, Ildefonso y Julián pulsaron también las cuerdas de la sagrada lira; Eugenio III corrigió los himnos y cánticos religiosos adulterados en sus días, y la música *eugeniaca* duró muchísimo tiempo en la catedral de Toledo.

San Martín, Obispo de Dumio, que florece bajo el cetro suevo del Rey Teodomiro; Recescinto, abad de Braga, de la cual fué igualmente metropolitano el citado San Martín; y Verecundo, el mejor de estos tres autores, compusieron varios himnos; pero su influencia no alcanzó en modo alguno á los himnos populares del *Codex muzarabicus*.

Los contenidos en éste, compuestos en muy variados metros, son posteriores casi sin excepción al concilio toledano IV.

Sólo dos himnos de la colección muzárabe se encuentran en la colección de Arévalo. El diligente ilustrador de nuestros poetas sagrados de los siglos primeros de la Iglesia, tales como Yuvenco, Prudencio y Draconcio, conoció sin duda el *Codex;* pero se limitó á recoger y estudiar los cantos de la Iglesia en determinados siglos.

En Roma, año 1786, se publicó la mencionada *Hymnodia hispanica ad cantus, latinitatis, metrique leges revocata et aucta. Autore, Faustino Arévalo.*

Empieza este libro por un interesante estudio de los himnos, el cual, si ocupaciones más urgentes no lo impiden, verá la luz traducido por el autor de estos apuntes.

Entramos, por fortuna, en un período de actividad literaria. No nos contentamos con generalidades doctamente infieles ó referencias vagas, y ambicionamos apagar la sed en las primeras fuentes. Así mueren desdeñadas las oraciones académicas que, por su ilustración monótona y universal, son

variaciones musicales sobre el mismo tema, y se codician las investigaciones críticas, las indicaciones bibliográficas, que acrecen ó pueden acrecer el mermado tesoro de las bellas letras. Por esta razón tomamos de Arévalo las notas siguientes que, bien aprovechadas, son capaces de abrir el camino de la literatura hymnológica, ramo florido de la literatura eclesiástica.

1.° Joannes Baptista Bonifacius=Miscellanea Hymnorum=Dantisci, 1690. In 4.°

2.° Thomas Smith=De Hymnis Graecorum Diatriba in Miscellaneis Londinensibus=tomo I, anno 1680 et 1710. In 8.°

3.° Joannes Georgius Walchius=Disertatio de Hymnis Ecclesiae Apostolicae=Jenae, 1737.

4.° Matthías Gesnerus=De Hymnis veterum maxime Graecorum=Gottingae, 1742.

5.° Joannes Zacharías Hilligerus=De Psalmorum, Hymnorum, atque Odarum Sacrarum discrimine=Witemb, 1720.

6.° Georgius Ostius=Dissertatio de hymnis Martyrum in primitiva Ecclesia=Jenae, 1700.

7.° Benedictus Pictetus=Disertatio de hymnis et canticis, quorum usus fuit in Ecclesia vetera Chistiana (Gallice) =Genevae, 1706. In 12.°

Según Amador de los Ríos, la hymnodia hispánica pertenece en su mayor parte á época muy posterior á la invasión sarracena, que derribó el trono de Rodrigo en las aguas de Lete. Así se deduce del asunto de varios hymnos. Uno está dedicado á Santiago

Vindex iberi nominis,
Iacobe, terror hostium...

y otro es posterior al debatido tributo de las cien doncellas (negado hoy por la crítica histórica),

Per te redemptae virgines,
laude rependunt cantica,
et nos tributo liberi
hymni tributum pendimus.

En la fiesta de la Concepción de la Virgen María hay un himno escrito en versos sáficos:

Qualis aurorae facies, rubente...

Impropiamente clasificado de canto guerrero, el dedicado al apóstol Santiago es como sigue:

«Vengador del nombre ibero, Santiago, terror de las huestes enemigas, el hijo de Dios te apellidó Hijo del Trueno.

»Desde las celestes alturas, vuelve á nosotros tu diestra luminosa, y oye benévolo los votos de gracias que te rendimos.

»Agradecida España, se cree feliz con la posesión de tus santos huesos y la invocación de tu nombre.

»Tú pediste y alcanzaste las primeras luces divinas para nuestras playas, dominadas por la noche ciega y la vanidad impía.

»Cuando nos oprimía la guerra, tú apareciste en medio de los ejércitos, blandiendo tu espada y triunfando de los moros.

»Escudados con tu protección, suplicámoste que no nos arranques la confianza en tu auxilio generoso.

»Por ti sea gloria á Jesús nacido de la Virgen María y al Padre y al Espíritu Santo, por siglos eternos.»

El himno íntegro también á San Felipe de Jesús, patrono de Méjico, se puede traducir de esta manera:

«Salve, púgil triunfador, máxima lumbrera del nuevo mundo, que hiciste con tu muerte bienaventurada á tu patria.

»Atleta el más bizarro de Méjico, espléndido trofeo de los mártires, cuyos laureles ganaron por primera vez para tu tierra la gloria del cielo.

»Los pecados de la ardiente juventud licenciosa expiaste con tu sangre, corriendo espontáneamente á morir.

»Haz tú que émulos de tus virtudes, borremos nuestros crímenes con los dolores del corazón y las angustias de la penitencia.

»Honor, virtud, alabanza y gloria á Dios, Padre, al Hijo y juntamente al Paráclito por toda la eternidad.»

Para no abusar de las citas, trasladamos solo el himno á San Leandro, Obispo:

«La redimida Iberia, mientras corren las anuales fiestas, canta con alegres voces el himno que se debe á Leandro.

»Sevilla, llena de agradecimiento, eleve cánticos dulces, regocijándose con los grandes honores de su mejor Obispo.

»Brilló luz espléndida, difundiéndose por todos los ámbitos de España, cuyas tinieblas se desvanecieron.

»Vencida en famosas batallas, cayó mal herida la heregía tumultuosa, y huyó desatinada.

»Brilló más pura la fe, ardió más y más la caridad, floreció el culto de los santos y se multiplicaron las virtudes.

»Todo se debe á los dones piadosos del insigne Obispo, que con ayuda de los cielos, dió cima á tan ardua empresa.

»Todo el mundo, oh Trinidad, se arrodille y te adore; y tú, propicia á nuestros ruegos, haz que pidamos siempre lo que debamos pedir.»

Hay fidelidad, pero no elegancia en estas traducciones. Hechas en prosa, aguardan un momento de vagar para acomodarse á la medida del verso.

De estas himnodias y de otras lecciones se pueden sacar los nombres de los poetas compositores de himnos.

Numeremos, añadiendo algunas circunstancias:

1.° El Obispo galo Hilario.

2.° Juvenco ó Juvencio.

Florece en tiempo de los Emperadores Constancio y Constante. Fué un presbítero español, que puso en exámetros, dotados de más verdad que belleza, los cuatro Santos Evangelios. San Jerónimo recomienda los himnos de Juvencio, que considera poeta erudito y elegante.

3.° Aurelio Prudencio Clemente.

Aragonés. Vive bajo el imperio de Teodosio. Fué docto en letras griegas y latinas. Dedicóse á la jurisprudencia.

Excelente poeta, para él

nihil est dulcius, ac magis saporum

que celebrar y cantar las virtudes de los santos, el heroismo de los mártires, los descalabros de la heregía y las maravillas del Evangelio.

Poesía la suya de hierro, horaciana según Apolinar, se

encierra en metros irregulares y en frases y dicciones apartadas alguna vez de la pura latinidad. Antonio de Nebrija (Logroño, 1512) puso al frente de su edición de Prudencio un catálogo de las voces que usa nuestro poeta desviadas de la pureza del siglo de oro. Apesar de estas sombras, afirma Luis Vives que tanto Prudencio como Próspero, Yuvenco y Paulino, compiten muchas veces con los poetas antiguos (*certant cum antiquis*) y algunas los vencen (*nonnulla... vincant*). M. M. Pelayo ha traducido en sáficos robustos y cadenciosos el himno de los mártires de Zaragoza y prepara una versión íntegra del *Cathemerinon, Enchiridion, Psicomachía,* etc.

4.° San Ambrosio.

Nace en Roma en 340 y muere en Milán en 397.

Resistió heroicamente á la Emperatriz Justina, que exigía del intrépido Obispo entregase la catedral de Milán á los arrianos. El defensor de la fe, despreciando amenazas y persecuciones, venció á los sectarios, componiendo con tal motivo el bello canto de acción de gracias *Tedéum laudamus.*

Fué autor de otros himnos, en su mayor parte extraviados. Aún se canta á la primer hora del día en los coros de los templos:

Jam lucis orto sidere
Deum precemur supplices...

5.° Sedulio.

Presbítero, autor de la *Obra pascual,* poema de los milagros del Señor. Se tiene noticia de un himno jámbico, fruto de su inspiración.

6.° Arátor.

Oriundo de Liguria florece en el siglo VI. Escribe un poema en dos cantos sobre los *Actos de los apóstoles.* Compuso himnos.

7.° Venancio Fortunato.

Hijo de Italia y Obispo de Poitiers. Más ingenioso que elocuente, escribió, entre otros poemas, uno sobre la vida de San Martín, epitafios é himnos. Las reglas métricas no se guardan con fidelidad y el estilo carece de elevación. Sin embargo, era verdadero poeta y la Iglesia repite todavía en la Semana Santa:

Vexilla regis prodeunt,
fulget crucis misterium...

himno traducido por Cristóbal de Castillejo, el enemigo de los petrarquistas, en esta clase de versos:

Las banderas de la luz
del Rey que por nos padece
salen fuera, y resplandece
el misterio de la cruz.
Por lo cual, el Hacedor
de la carne, en carne humana
fué puesto de propia gana
en el palo del dolor.
Y encima desto, llagado,
con hierro de cruda lanza
abrió fuente de esperanza
en su divino costado;
de do, para nos salvar
del pecado que reinó,
agua con sangre manó
por remedio singular.
Cumplióse lo que cantó
David, el profeta santo,
en versos de dulce canto
que en testimonio dejó;
pregonando á boca llena
por el mundo en general
que Dios reina sin igual
desde el madero de pena.
. . . . . .

Versión es esta, en parte desleída, y no correcta en la rima, pues en otras coplas que por brevedad se omiten, las consonancias son á la vez asonancias inoportunas.

Indicados quedan los autores antiguos de cantos sagrados. Los modernos exigen capítulo aparte.

XIX.

AUTORES DE HIMNOS.

Importa la continuación de los poetas que cantaron asuntos de piedad ó religión.

Estos cantos fueron, en sus orígenes, escritos en la lengua del Lacio, idioma de la Iglesia universal. Andando los siglos y trastornado el lenguaje, se escribieron himnos en lenguas diversas, y durante el Renacimiento, que fué una magnífica renovación de la antigüedad, el latín se usó por los literatos y poetas hasta en odas no sagradas.

Conviene numerar y enumerar algunos autores antiguos y modernos de himnos, para mayor orden y claridad.

1.° Los mencionados Máximo, Conancio, Leandro, Isidoro, Braulio, Eugenio, Ildefonso y Julián (que son ocho).

2.° Martín, Recesvinto y Verecundo (tres escritores, mencionados también).

3.° Los heresiarcas Arrio, Valentino, etc., se valieron de himnos para propagar sus doctrinas. Dos obras nos enteran de esta asociación de la religión y del arte musical. Tales son: *De propagatione hacresum per cantinelas-Fabricius*, y *De propagatione religionis per carmina*,—Jean André Schmid.

4.° El Rey Chilperico compuso varios himnos, que destinó al culto.

5.° Dando lata significación al himno, caben en este sumario los cantos de los guerreros cristianos, que marchaban, en alas de su fe y de su valor, á la reconquista del Santo Sepulcro.

Existen muchos himnos de las cruzadas.

Cual lamentó Jeremías,
lloran de Sión las vías...
Justa threnos Jeremiae,
vere Syon lugent viae...

En amplio sentido definió los himnos Walafrid Strabo (De rebus ecclesiasticis) al decir:—«Notandum autem hymnos... Debe advertirse que se llaman himnos no sólo los que corren en forma rítmica ó métrica, como los compuestos por Ambrosio, Hilario y Veda—pater anglorum,—y por Prudencio —hispaniarum scholasticus,—y por otros muchos autores, sino que son himnos también las demás alabanzas que se contienen en palabras oportunas y dulces armonías.»

Entendido como Walafrid, el himno no es solamente cántico de loores á Dios y á los espíritus celestiales: comprende el encomio entusiasta de los grandes y de los héroes, envuelto en frases medidas artísticamente.

6.° Los autores de los cantos sagrados más populares. Dispútase sin éxito sobre sus orígenes. El *Stabat mater* se atribuye á cuatro: los Papas Gregorio XI y Juan XXII, Santiago de Benedictis y San Bernardo. La *Salve Regina*, que fué compuesta por Hermán Contractus, según Tritemio; por Pedro de Monsoro, según Durando; por Adhemar, Obispo de Puy, según la «Historia literaria de Francia,» y por San Bernardo, según cree M. Daniel; se remonta y no pasa más allá del siglo décimo, según conjetura Du Cange. El *Tedéum* es obra de seis: San Agustín, San Abundio, San Ambrosio, San Niceto, San Hilario de Poitiers y San Hilario de Arlés. Con razón dice Pagio, en sus comentarios á los Anales Eclesiásticos de Baronio, que con tantos y tan diversos autores no tenemos el verdadero del *Tedéum*.

Difícil es averiguar, entre el montón anónimo del pueblo-poeta, cuál fué la fantasía individual en que brotaron los gérmenes primeros de esos cánticos.

Manifiesta está en ellos la colaboración del pueblo cristiano.

San Pablo escribe á los de Efeso: «*Implemini Spiritu Sancto, loquentes vobismetipsis in hymnis et psalmis.*» Y á los corintios: «*¿Quid ergo est, fratres? Cum convenitis, unusquisque vestrum psalmum habet, apocalypsim habet, linguam habet, interpretationem habet.*» Este hecho confírmase por Tertuliano en su famosa Apología. Eusebio dice: «*Hymnos canunt*... Cantan himnos en alabanza de Dios, ya de invención reciente,

ya tomados de poetas antiguos, que dejaron muchos versos y canciones del mismo género...»

7.° Poetas latinos del Renacimiento.

De éstos es Marco Gerónimo Vida (n. Cremona, 1480, y m. Alba, 1566). El autor de *La cristiada*, *El juego del ajedrez*, *El gusano de seda*, *La poética* y otros poemas y cantos admirables, compuso odas sagradas, bellísimos himnos, «escritos —dice Bono y Serrano—con la ternura y unción que distinguen á los de Sedulio y Aurelio Prudencio, autorizados por la Iglesia para elevar el corazón á Dios, ó para celebrar el triunfo de sus mártires y la pureza de las vírgenes cristianas que se consagran al Señor. Aunque Vida no hubiera publicado más que su libro de cánticos sagrados, disfrutaría de inmortal renombre entre los vates religiosos. Cada metro es un rasgo de piedad, un despertador de la fe, una centella de amor divino que se insinúa y prende tan dulce como irresistiblemente en el corazón. Algunos especialmente, como el de la Eucaristía, y el de la Pasión del Redentor, y el de la Reina de los Angeles son tan elevados, y al mismo tiempo tan tiernos y afectuosos, que es imposible leerlos sin conmoverse, sin levantar la consideración al cielo, sin reconocer la inspiración con que escribía el virtuoso Obispo. Dios, la cruz, el Príncipe de los Apóstoles, el protomártir Esteban, el ínclito español Lorenzo, el gran prelado de Hipona, el doctor Angélico y otros héroes del cristianismo, he aquí los objetos de su entrañable predilección, de su religioso entusiasmo.

»El primero, dirigido al Altísimo como principal objeto del cristiano, es un himno sublime. Solo la fe católica podía sostener el atrevido vuelo que toma el numen del poeta desde un principio, al celebrar el inefable nombre del Supremo Hacedor. El mismo Homero no canta con tal grandilocuencia y solemnidad los dioses del paganismo. La religión de Jesucristo, enseñando al hombre su alteza y dignidad, inspira á sus labios un lenguaje sobrehumano, desconocido de los vates de Grecia y Roma, aunque éstos á veces fueron monstruos de talento, como el cantor de Aquiles.

»Vida, usando de un apóstrofe admirable, dirigió la pala-

bra al mar, á la tierra y á los vientos, preguntándoles por su Dios; y todos de consuno le responden que son obra de la Omnipotente diestra. Se eleva en alas del genio á la mansión de la luz, y asombrado y lleno de profundo respeto, encontrándose frente á frente con los coros de espíritus alados, va á doblar la rodilla para adorar al más bello y radiante de los ángeles, que le detiene con su voz, entonando un cántico de amor y alabanza á Jehová, repetido por las sagradas legiones, que con santo júbilo y dulcísima armonía se apellidan obedientes y sumisas criaturas de su Dios y su Señor. Arolas hizo de este precioso himno una bella imitación, que el conocido literato D. Antonio Ribot y Fonseré llama «piedra magníficamente labrada para el edificio de Chateaubriand.»

»El mar á la tierra pregunta tu nombre,
la tierra á las aves que tienden su vuelo;
las aves lo ignoran, preguntan al hombre,
y el hombre lo ignora, pregúntalo al cielo.

»Llama la atención la majestad y pompa del lenguaje, verdaderamente virgiliano, con que se anuncia ya en su primer exámetro el himno al Espíritu Santo. Después se ve al escritor dibujar con hábil pincel una serie de cuadros, en que la tercera persona de la Trinidad Beatísima, ya asiste á la creación, cuando en medio del caos suena la voz del Eterno y aparece la luz; ya anunciando el porvenir de las futuras generaciones, ó bien descendiendo sobre el Colegio Apostólico para iluminar á unos pescadores que, inflamados con el fuego del amor divino, han de moralizar al mundo y hacer merecedora de la patria celestial á la delincuente raza humana, purificada con la sangre del Hombre-Dios. Termina con un ardiente y humilde ruego, implorando la asistencia del Espíritu Divino á favor de los pastores de la grey cristiana, reunidos entonces en Trento, á fin de que puedan extinguir felizmente la discordia y el cisma que afligían á la Iglesia.

»Muy diferente de los anteriores el que dedica á la Virgen, sobresale por la ternura más afectuosa, por el amor filial con

que se desahoga el corazón del poeta al cantar los loores de la mejor de las madres, que después de haber abrigado en su seno virginal al Salvador de los hombres, no se desdeña de dar á éstos el dulce nombre de hijos. Los principales rasgos de su vida están admirablemente dibujados, especialmente la tierna y sublime escena de Belén, en que el poeta manifiesta su santa envidia á los pastores que asistieron á ella. Ruega por conclusión al Omnipotente, que en unos tiempos de guerra y desolación como aquéllos, caiga humillado y vencido á las plantas de María el implacable adversario de los hombres. Este cántico es reputado por los críticos como una de las producciones más bellas del vate.

»El himno que recuerda la pasión del Redentor parece un canto plañidero del Profeta, que abrevado con la hiel de la amargura, lamenta en melancólicos gemidos la destrucción de Jerusalem. El autor del famoso poema *De Partu Virginis*, cuya versión castellana debemos á la laboriosidad del presbítero Gregorio Hernández de Velasco, escribió igualmente una elegía á la Pasión. Cuando se cotejan las dos poesías sobre un mismo tema, se advierte diferencia notable entre los dos vates más esclarecidos del pontificado de León X. Si Sannázaro compite con Gerónimo Vida por su lenguaje castizo y puro, y le excede alguna vez en elegancia y estro poético, queda siempre muy inferior en ternura y sentimiento, cualidad la más esencial en esta clase de composiciones. No sucede lo mismo comparando los dos himnos de Aurelio Prudencio y del Obispo de Alba á la gloriosa muerte de San Lorenzo, por los afectos que respiran constantemente los metros del primero, no siempre recomendables por su incorrección y dureza. Un docto protestante, que comentó algunos escritos de Vida, decía sobre este cántico sagrado, que «admiraba tanto el heroismo del Santo Diácono español, como el talento del poeta que lo había cantado dignamente.» Andrés Vilkio, que hizo un erudito análisis del himno en loor de San Juan Evangelista, hablaba de todos los demás en estos términos: «*Pleni illi sunt bonis et veris sententiis; nec raro poeta tum argumenti praestantia, tum ingenii viribus excitatus, altius assurgit, quam alias solet, grandiusque aliquid ord mortali canit;*»

Mr. Brunel tradujo algunos de ellos en francés, así como también otras poesías sueltas de Vida.»

8.º Autores de himnos piadosos son muchos poetas modernos, que han cantado en idiomas vivos sus creencias ó sentimientos religiosos.

Tales son los italianos Petrarca, en su canción *Vergine bella che di sol vestita*; Chiabriera, Ercolani, Guidi, Arici, Muzarelli, Sterbini, Mauri, Mamiani, Bertolotti, Cantú, Pellico, Borgi y Manzoni. De algunos de estos catorce poetas religiosos se hará mención en otro capítulo.

No merece olvidarse entre los españoles de nuestro siglo el fogoso poeta, religioso oriental y caballeresco, D. Juan Arolas, flor lozana de la selva del romanticismo.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(*Continuará.*)

DIMITRI ROUDINE

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1).

XII.

L relato de Pandalewski había impresionado grandemente á Daría, despertando todo su orgullo. ¡Roudine, el pobre Roudine, un hombre desconocido y sin posición social, haber osado dar citas á su hija, á la hija de Daría Michaëlowna Lasconnska!

—Supongamos que sea un hombre de talento, un genio, —había exclamado,—¿qué prueba esto? Por esta cuenta, un cualquiera sin nombre ni fortuna podría aspirar al honor de ser mi yerno.

—Por mucho tiempo no quería creer á mis ojos—respondió Pandalewski.—Estoy admirado de que tan pronto olvidase tu posición y la suya hasta ese punto.

Daría se había dejado llevar por su mal humor y Natalia tuvo mucho que sufrir con el despecho de su madre.

Roudine por su parte había vuelto á su casa después de

(1) Véase la pág. 357 de este tomo.

encontrar á Lejnieff, y encerrándose en su cuarto, escribió dos cartas.

La primera, de la que tiene ya conocimiento el lector, estaba dirigida á Volinzoff y la otra á Natalia. En componer esta segunda carta había empleado más de una hora; después de hacer en ella muchos borrones y cambios, la copió cuidadosamente en un papel muy fino, la dobló, dándola la forma más pequeña que le fué posible, y se la guardó en el bolsillo. Terminado este trabajo, se paseó por el cuarto en todos sentidos. Su rostro tenía impresa la tristeza. Después se sentó al fin en un sillón al lado de la ventana, apoyando la mejilla en la mano. Una lágrima brilló en el borde de sus párpados. De repente, y como si hubiera tomado una resolución suprema, se levantó, y abrochándose la levita hasta la barba, llamó á un criado é hizo que preguntaran á Daría si le podía recibir. Volvió el criado diciendo que le esperaba su ama, y siguió inmediatamente al mensajero.

Daría recibió á su huésped en su gabinete particular, como el día de su primera entrevista hacía dos meses, solamente con la diferencia de que no estaba sola, sino que estaba á su lado Pandalewski, siempre tan modesto, tan limpio y tan fresco.

El ama de la casa le recibió amablemente, y él por su parte la saludó con una aparente franqueza, pero á primera vista cualquier hombre que hubiese conocido algo el mundo habría descubierto que á través de aquellas maneras finas y amistosas había una verdadera frialdad y algún recelo. Roudine sabía que Daría tenía contra él serios motivos de queja. y ésta no dudaba que éste sabía las nuevas disposiciones en que estaba.

Así que devolvió á Roudine el saludo, le hizo que se sentase. Este se sentó, pero no como lo hacía otras veces, cuando era casi dueño de la casa, ni aun siquiera como se sienta una persona cualquiera á quien se recibe con placer. Parecía más bien un extraño haciendo con temor una visita de ceremonia.

Un instante había bastado para que un agua limpia y pura se transformase en un bloc de hielo grueso.

Roudine habló el primero.

—He venido—dijo—á daros gracias por vuestra hospitalidad; he tenido noticias importantes, y tengo que irme hoy á mi pequeña propiedad.

Daría fijó la vista en él.

—Se adelanta á la situación—pensó;—no duda, probablemente, de lo que le amenaza, y quiere evitar una explicación penosa. ¡Tanto mejor! ¡Vivan las personas de talento!

—¿Es posible?—le respondió en alta voz.—Esto es verdaderamente muy desagradable; pero, en fin, puesto que es preciso... Espero veros este invierno en Moscou, pues nosotras volveremos ya pronto.

—No sé aún cuándo podré yo volver á Moscou, pero si hallo medio, me creo en el deber de presentarme en vuestra casa.

—¡Ay! ¡Ay!—pensaba Pandalewski en su fuero interno;—hace poco tiempo que tú procedías aquí como señor y dueño, y ahora mira cómo tienes que expresarte.—¿Las noticias que habéis recibido tan de repente de vuestra hacienda, son, sin duda, poco satisfactorias?—preguntó con su afectación acostumbrada.

—Sí—contestó secamente Roudine.

—¿Una mala cosecha, tal vez?

—No... otra cosa... Creed, señora mía, que nunca olvidaré el tiempo que he pasado en vuestra casa.

—Y yo—añadió Daría—recordaré siempre con placer el día en que os conocí... ¿Cuándo os vais?

—Hoy, después de comer.

—¡Tan pronto!... Pues bien, os deseo un feliz viaje. Además, si vuestros negocios no os detienen mucho, tal vez nos halléis aún aquí.

—Apenas me atrevo á esperarlo—respondió Roudine, y se levantó.—Dispensadme—continuó—si no puedo en este momento pagar la deuda que he contraído con vos; pero tan luego como llegue á mi casa...

—¡Dejemos eso!—interrumpió Daría,—me afligiríais si insistieseis...—¿Qué hora es?—preguntó.

Pandalewski sacó del bolsillo del chaleco un reloj peque-

ñito, esmaltado, é inclinando levemente su rosada mejilla sobre el cuello blanco y recto, dijo:

—Son las dos y media.

—Ya es tiempo de irse á vestir—respondió Daría.—Hasta la vista, Dimitri Nicolaitch.

Toda esta conversación entre Daría y Roudine había tenido un sello particular. Así debe de ser cuando los actores repiten sus papeles y cuando los diplomáticos pronuncian entre sí frases combinadas por adelantado.

Roudine había salido, y ya sabía por experiencia que las personas de mundo no rechazan á aquel que se les ha hecho inútil ó que les molesta, pero que le dejan sencillamente caer por sí mismo como caen los guantes después de un baile cuando no se les sostiene, ó los billetes de la lotería que no tienen premio. Pronto tuvo hecha la maleta; sentía una especie de impaciencia esperando el momento de la marcha. Todas las personas de la casa se admiraban al saber su repentina resolución; los criados le miraban sorprendidos, y el inocente Bassistoff no trataba de ocultar su dolor. Natalia, por su parte, se ocultaba lo más posible, evitando hasta la vista de Roudine; pero apesar de eso, él había logrado entregarla su carta con sigilo.

Durante la comida, Daría repitió varias veces á su huésped que esperaba verle antes de su marcha á Moscou. Pero éste no la respondió, pues esa aparente amabilidad no le engañaba.

Pandalewski fué el que habló con Roudine, y éste experimentó muchas veces deseos de coger por el cuello á tan desagradable personaje y de abofetear su rostro fresco y sonrosado. Mlle. Boncourt fijaba á menudo sus ojos en Roudine con esa expresión extraña y sagaz que se observa algunas veces en las miradas de los perros viejos y astutos.

Parecía decir en su interior:

—¡Eh! ¡Eh! Mira cómo te tratan hoy.

Al fin dieron las seis y se vió venir la *tarantass* de Roudine. Se levantó con viveza, se despidió de todo el mundo, estaba en su interior muy disgustado, pues no esperaba salir de la casa de esa manera; en realidad, ¿no le echaban? Por

lo demás todo debe de tener fin, pensó, inclinándose á derecha é izquierda, con una sonrisa forzada. Miró, por último, á Natalia y sintió oprimírsele el corazón; los ojos de la joven estaban fijos en él, y sus últimas miradas contenían su último reproche.

Bajó rápidamente la escalera y se precipitó en el carruaje. Bassistoff se había ofrecido á acompañarle hasta la primera estación y tomó asiento á su lado.

—¿Os acordáis?—exclamó Roudine, en cuanto el carruaje salió del patio para rodar por una ancha carretera con pinos á los lados.—¿Os acordáis de lo que dijo D. Quijote á su escudero en el momento de abandonar la casa de la Duquesa? «Amigo mío, Sancho, la libertad es uno de los dones más preciosos del hombre. ¡Dichoso aquel á quien le da el cielo el pan cotidiano, á fin de que no tenga que agradecerlo á nadie!»—Ahora experimento yo lo que D. Quijote experimentó entonces... Dios haya querido, Bassistoff, que no conozcáis nunca el sentimiento de que yo os hablo.—Bassistoff estrechó la mano de Roudine, y el corazón del honrado joven latió fuertemente en su generoso pecho. Roudine habló, hasta que llegaron á la estación, de la dignidad del hombre, de las condiciones de la verdadera libertad, lleno de calor, de nobleza y de verdad; y, cuando en el momento de la separación Bassistoff no pudo menos de echársele al cuello llorando, Roudine vertió algunas lágrimas; pero no lloraba por separarse de éste, sino lágrimas de amor propio.

Natalia había vuelto á su cuarto para leer la carta de Roudine.

«Querida Natalia—escribía:—Me he decidido á partir, porque no quedaba otro recurso en nuestra situación.

»Me voy antes de que vengan á decirme claramente que es preciso marchar... Mi ausencia hará que cesen todos los chismes, y nadie lo sentirá. ¿Para qué he de dudar aún? Todo esto es verdad, pensaréis; ¿pero entonces para que escribiros?

»Es probable que me separe de vos para siempre, y os escribo porque me es muy amargo el pensar que os dejaré un recuerdo peor del que mi conducta merece. Yo no quiero ni

justificarme ni acusar á nadie; quiero solamente explicarme cuanto sea posible... Los acontecimientos de los últimos días han sido tan inesperados, tan repentinos...

»La entrevista de hoy quedará para mí como una lección memorable. Sí, tenéis razón, yo creía conoceros y no os conocía. En el trascurso de mi existencia no he hallado en la intimidad de muchas mujeres jóvenes lo que en vos solamente he hallado, por la primera vez, un alma completamente honrada y recta. No he conocido almas como la vuestra y no he sabido apreciaros. Desde el primer día en que nos conocimos, me sentí atraído hacia vos, como habréis podido notar. He pasado muchas horas á vuestro lado, pero no he aprendido á conoceros, apesar de que he podido imaginar que os amaba. Ahora es cuando siento el peso de mi falta y de mi ignorancia.

»Alguna otra vez me ha sucedido amar á una mujer y ser por ella correspondido... Mi sentimiento para con ella era *complexo*, como lo era el suyo para mí. ¿Podía acaso ser de otro modo, no siendo tampoco ella de naturaleza sencilla? Entonces no se me manifestó aún la verdad, y el día que se presentó ante mis ojos no he sabido conocerla... Al fin la he conocido, pero ya demasiado tarde... No se puede volver al pasado... Nuestras existencias hubieran podido confundirse, y se han separado ahora para siempre. ¿Cómo podré yo persuadiros de que pude amaros con un amor verdadero, con un amor de corazón y no imaginario, cuando ni sé yo mismo si soy ó no capaz de un amor así?

»La naturaleza me concedió mucho, lo sé, y no quiero que una falsa vergüenza me lleve á hacerme el modesto con vos, sobre todo en este instante, uno de los más amargos y humillantes de mi vida... Sí, la naturaleza me concedió mucho, pero muero sin hacer nada que sea digno de mi talento, sin dejar la menor señal de mi paso bienhechor.

»Toda la riqueza de mi talento había sido prodigada en vano; no veré el resultado de mis esfuerzos sin faltar algo... no sé lo que me falta... Estoy privado probablemente de ese don, sin el cual es imposible conmover los corazones de los hombres y apoderarse de los de las mujeres; y la domina-

ción sobre las inteligencias solas es tan poco duradera como inútil. Mi destino es extraño, casi risible; quisiera darme absolutamente entero y sin reserva, y apesar de eso, no puedo hacerlo. Acabaré por sacrificarme á cualquier locura en la que no creeré siquiera... Nunca me he descubierto así á los ojos de nadie, pero esta es mi confesión.

»Basta ya de hablar de mí, quiero ahora hablar de vos y daros algunos consejos, pues no sirvo para otra cosa... sois muy joven, pero aunque vivieseis mucho tiempo no dejéis nunca de seguir los impulsos de vuestro corazón; guardaos, sobre todo, de avasallar vuestro espíritu al de los demás. Creedme; cuanto menor sea el círculo en que vivimos y más monótono, mejor basta á nuestra felicidad; no se trata de buscar nuevos caminos en la existencia, sino de hacer de manera que todas las fases de la vida se cumplan en un momento dado. ¡Feliz aquél que es joven en el tiempo de su juventud!... Pero noto que estos consejos se dirigen más bien á mí que á vos... Os confieso, Natalia, que tengo el corazón muy oprimido. Nunca me he engañado sobre el sentimiento que inspiraba á Daría; pero al menos había esperado hallar un refugio momentáneo en su casa;—ahora me voy otra vez á errar á la ventura á través del mundo. ¿Qué es lo que vendrá á reemplazar para mí vuestra dulce voz, vuestra presencia y vuestra inteligente mirada?... La falta es mía; pero convenid también que la suerte parece quererse burlar de nosotros. Hace una semana apenas sospechaba que os amaba. El otro día, por la noche, en el jardín, me dijísteis por primera vez... Pero, ¿á qué viene recordar lo que me dijísteis entonces?—¡Otro día! y ya me voy... parto avergonzado, humillado, después de una explicación cruel, sin llevar la más débil esperanza... ¿No sabéis, apesar de eso, aún, hasta qué punto soy culpable para con vos?... Hace un mes, una franqueza tan tonta, tal afán de charlar... ¿Pero á qué hemos de volver á eso? Me voy para siempre.»

Roudine quiso cortar aquí su visita á Volinzoff; pero después de un instante de reflexión borró todo ese párrafo y entonces añadió la segunda postdata á la carta de Volinzoff.

«Me quedo sobre la tierra únicamente para entregarme á

otras ocupaciones más dignas de mí, como me dijísteis esta mañana con una sonrisa cruel. ¡Ay de mí! ¿Podré realmente entregarme á estas ocupaciones, podré dominar mi pereza?... ¡Pero no! Seré toda mi vida ese sér incompleto que he sido hasta ahora... Ante el primer obstáculo caeré convertido en polvo. Lo que ha pasado entre nosotros lo prueba. Si al menos hubiese sacrificado mi amor á mi actívidad futura, á mi vocación; pero no he retrocedido más que ante la responsabilidad que me amenazaba y ante la certeza de no ser digno de vos. No valgo yo la pena de que salieseis de vuestra esfera por mí, en donde más ó menos pronto os espera la felicidad... Además, todo lo que ha pasado será, sin duda, lo mejor. Esta prueba me dejará más puro y más fuerte, tal vez.

»Os deseo la felicidad más constante. ¡Adiós! Acordaos algunas veces de mí. Espero que oireis hablar aún de mí.

»ROUDINE.»

Natalia dejó caer la carta de Roudine sobre sus rodillas, y quedó inmóvil mucho tiempo con los ojos fijos en el suelo. Aquella carta la probaba más claramente que todos los testimonios posibles, la razón que había tenido aquella mañana cuando al separarse de Roudine había exclamado involuntariamente que no la amaba. Pero esta convicción no tranquilizaba su alma. Quedó sin movimiento; la parecía que vagas sombras se habían juntado sin ruido sobre su cabeza, y que ella desaparecía. Para todo el mundo es mala de soportar la primera desilusión, pero para ella era casi matar su alma, tan sincera, exenta de toda ligereza, de toda exageración, y poco deseosa de engañarse á sí misma.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE TEATROS

POCA histórico-clásica es la presente de obsequios, aguinaldos y felicitaciones; cada cual cumple con esta de antiguo establecida costumbre, según la medida de sus fuerzas, y no pecaríamos de indiscretos ni de intransigentes al hacer costar con verdadero sentimiento que los teatros, al cumplir tan ineludible misión, si bien no se han desviado de los precedentes seguidos desde tiempo inmemorial, presentando obras (con honrosas excepciones) de escaso mérito, algunas de ellas no han conseguido su marcado objeto de excitar la hilaridad propia de estos días, por lo que, y para no descomponer el cuadro, las omitiremos, reseñando sólo las que viven en la escena, y algunas que, aunque suprimidas, debieran permanecer en ellas, según nuestra pobre opinión y decidido empeño de aparecer siempre imparciales en el juicio crítico que vamos á emitir.

Lara puso en escena *Sanguijuelas del Estado*, sainete de Ricardo Vega, el que nos parece el peor de los que ha producido la fecunda pluma del émulo contemporáneo de don Ramón de la Cruz; ni los chistes, ni la acción, ni los tipos acusan la procedencia, y parece que son falsificados y extraños á la fama del reputado autor de *Los baños de Manzanares, La función de mi pueblo* y *La familia del tío Maroma.*

Pertenece, sin disputa, á ese género de obras que se escriben en esta época, y que más bien que producciones dramáticas, son billetes al portador para cobrar las entradas de pascuas, siempre numerosas en estos días, en que el público acude al teatro más por costumbre que por admirar grandes creaciones del ingénio.

Esto es un paréntesis que pronto abrirá el siempre aplaudido y genérico pintor de nuestras costumbres populares.

La interpretación, aunque no fué mala por estar á cargo de Valverde, Abril, Rodríguez, Zamacóis, Riquelme y Rubio, estuvo en armonía con el sainete.

Eslava ha dado como aguinaldo á sus *parroquianos Contratos al vuelo, ¡Cómo está la sociedad!* y *De Cádiz al Puerto*; las dos primeras, de los Sres. Burgos, la letra, Rubio y Espino, la música; cumplen perfectamente su cometido, hacen reír, y Juana Pastor y Julio Ruiz las delicias de los constantes concurrentes á ese teatro, que, á semejanza de una tertulia íntima, no logra ver ninguna noche una localidad desocupada.

De la otra nada decimos; no estamos conformes con las *Máquinas de escribir*, y mucho menos con refundiciones de obras que aún figuran en la escena bajo otro aspecto y que dan á conocer más afición á la taquilla del despacho que á la literatura y al arte.

La reproducción de *Los novios de Brunete* y *Un león casero*, han aparecido en el escenario del teatro Martín; de la primera nada hay que añadir de lo que la crítica expresó cuando se verificó su estreno; en la segunda, se conoce en seguida la pluma y el chispeante ingenio de Eduardo Palacios, que es lástima malgaste el tiempo en estos meteoros de su fecunda imaginación, que ni le dan gloria ni provecho.

La interpretación buena, atendida la compañía que actúa en ese coliseo, adecuada á *El Nacimiento del Mesías* y *La Pasión*, que constituyen las obras salientes de su repertorio.

En los demás del mismo orden, y en Price, siguen las mismas representaciones de las obras, de las que ya nos hemos ocupado, y que nos hacen dar por terminada su reseña.

*
* *

Pasando á los teatros de primer orden, sólo en Apolo, la Comedia y la Zarzuela se han puesto obras que den tarea á nuestra pluma.

En el primero presenciamos el estreno de la zarzuela *El Capitán Centellas*, libro del Sr. Herranz, con música del maestro Caballero. En el libro resalta á primera vista el sello que caracteriza las obras del autor de *El cuarto mandamiento* y *La Virgen de la Lorena*.

Versificación castiza, fácil, fluída y armoniosa, caracteres perfectamente trazados; situaciones nada violentas y en armonía con la acción constituyen las condiciones literarias y dramáticas del drama lírico que nos ocupa.

No es, sin embargo, una de las mejores obras del Sr. Herranz; pero esto no desvirtúa en nada su mérito, al que reune el no pequeño, y digno de tenerse en cuenta, de no haberse doblegado á las exigencias de la escuela moderna, que, dentro del amplio círculo de las elucubraciones y delirios de la imaginación, se desbordan por el terreno de la fantasía, creando un género nuevo, al que no se atreven á dar nombre, apropiándole el de drama, comedia y zarzuela, del que disiente de una manera notable y palmaria.

El Sr. Herranz ha puesto en escena un héroe legendario y ha desarrollado una acción dentro del género lírico-dramático; pero no ha tenido en cuenta que en las obras sometidas á un plan fijo, en cuyo desenvolvimiento intervienen caracteres bien delineados, la exposición debe ser sucinta y clara, y la falta de esta condición hace que el público no *entre* en la obra hasta el segundo acto; resultando las situaciones del primer acto como colgadas y extrañas al asunto; culpa, no sólo del autor, sino también la falta de costumbre que el público tiene de fijarse en las primeras escenas, acostumbrado como está á que la mal llamada acción de las producciones modernas se inicie en seguida, y que los personajes que la desenvuelven hagan su presentación manifestándonos sus tendencias, sin ambajes y rodeos, sorprendiendo y ofuscando al espectador, de tal modo, que, no pudiendo observar las reglas de una buena percepción, no se da cuenta de lo que sucede, dictando su fallo por las impresiones del momento,

no dominadas por el juicio de la razón y el recto criterio.

Si se añade á esto que la partitura del maestro Caballero no está en armonía con la fábula, y que siendo ésta puramente española, el carácter de la música es alemán, abusando de las notas tenidas al finalizar los cantables, la da cierta monotonía, que contribuye, en unión de lo dicho anteriormente, á que languidezca la obra en ciertos momentos, apesar de la animación en ciertos pasajes, como en las primeras escenas, la en que se presenta la gitana) los finales del primero y segundo acto y la situación final del tercero, que tienen vida y movimiento, produciendo numerosos y espontáneos aplausos, así como la canción de la Pasionaria en un coro bellísimo del segundo y un dúo de bajo y tenor del mismo. Ambas piezas musicales fueron perfectamente interpretadas por la Sra. Cortés, Soler y Constantí. Pero lo que resalta y matiza la obra es la castiza y sonora versificación que seduce y se hace notar desde las primeras escenas, y de las que hemos de copiar algunos trozos como modelo de lenguaje y clasicismo poco comunes en esta época literario-dramática, en la que se lleva el tan decantado realismo ó naturalismo hasta el diálogo, despojándole las más veces de las galas de la imaginación y de las licencias de la fantasía.

Como dignas de especial mención son las siguientes quintillas con que da comienzo la obra:

CENTELLAS. Dar de beber al sediento
y dar silla al fatigado
siembran agradecimiento.
TELLO. Pues podéis beber sentado.
CENTELLAS. Doy gracias, bebo y me siento.
TELLO. ¿Traéis muy larga jornada?
CENTELLAS. Una jornada tal cual,
quince leguas.
TELLO. Casi nada.
CENTELLAS. Y por si me tratáis mal
tengo mi jaca ensillada.
. . . . . .
. . . . . .

TELLO. ¿Y venís á pleitear
ó venís á pretender?
LAPA. Las dos cosas á la par.
CENTELLAS. Ni una ni otra; vengo á ver,
y sobre todo á callar.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
CENTELLAS. Hay casos, aunque contados,
de muertos resucitados;
pues á veces los irritan,
y sin querer resucitan
los muertos más enterrados.

Digna es también de mencionarse la escena del segundo acto entre D.ª Luz y Centellas.

LUZ. No; tu seducción no alcanza
á contemplarme vencida.
CENTELLAS. Si está toda mi esperanza
en este instante de vida.
. . . . . .
. . . . . .
CENTELLAS. Yo solo llorarme quiero
el bien que en el mundo adoro;
como es mi robo primero
guardo mucho lo que robo.

Prolijo sería enumerar los bellísimos trozos de versificación que resaltan en el tercer acto y en otros muchos parajes de la obra; otras con menos condiciones y sin prodigar á ésta inmerecidos elogios, han vivido en la escena más tiempo.

Nosotros cumplimos con manifestar nuestra opinión sin guiarnos de las inconsecuencias del público, cullo fallo merece respeto, pero también apelación en muchos casos.

La interpretación fué inmejorable, en especial por los ya mencionados, la Sra. Di Franco y los Sres. Ferrer y Subirá.

*
* *

Entre el estruendo de los aplausos y los ecos de una ovación inusitada y sólo repetida en los dramas de Echegaray, vamos á ocuparnos de la obra del Sr. Cano y Masas, que, con el título de *La Pasionaria*, se estrenó con grande aplauso en el Teatro de la Zarzuela; producción en extremo notable por muchos conceptos, entre los cuales descuella el talento de su autor, universalmente reconocido, y el pertenecer al género moderno, tan en boga en la época presente, y con el que, respetando las contrarias opiniones, no estamos del todo conformes.

Copiar la naturaleza, retratando cuanto en la sociedad se exterioriza y pasa al dominio público, es empeño fácil y difícil á la par; fácil, cuando el ingenio no se advierte en el traslado; difícil, cuando éste para presentarse en la escena, donde la verdad, por más que digan, no puede ser absoluta, toma una parte principal y activa, resultando una de esas creaciones donde sin desfigurar el original, se trasparenta de una manera que admira la superioridad del genio, que respetando los fueros de las conveniencias sociales, de la moralidad siempre acatada, y de la sana razón guiada por un imparcial criterio, crean una de esas maravillas que asombran, conmueven y admiran, pasando á los tiempos venideros envueltas en la aureola de la inmortalidad, envidiable privilegio que no alcanzarán del repertorio modernísimo, ó por mejor decir, novísimo á que nos referimos.

El pintor, el literato y el artista, en las diferentes esferas del arte y de la literatura, tienen ¡quién lo niega! la libérrima facultad de escoger el asunto; pero las obras del ingenio humano lo mismo que las palabras del orador y del tribuno, coartan esa libertad inmoderada con las no abolidas leyes de la moral, del buen gusto, tino, tacto y acierto que se merece el público que las ha de juzgar, leyes por cuyo respeto estamos obligados todos, tanto en la vida privada como en la pública, por la mutua consideración que nos debemos y la que establece ese equilibrio natural y necesario para vivir en un mundo donde existen caracteres heterogéneos, seres de distintos temperamentos y costumbres contradictorias.

Con vigor rechazamos siempre la oración parlamentaria,

la conversación familiar poco culta que nos echa en cara nuestros defectos sin mostrarnos la necesidad del correctivo, y sin venir á cuento ni haber motivo fundado para eludir los deberes de la cortesía y el respeto.

Con energía tomaríamos venganza del artista que al trasladar nuestro rostro al lienzo agrandara un defecto físico, procurando ridiculizarlo en vez de atenuarle; en el primer caso, rechazaríamos el insulto; en el segundo, admiraríamos el genio.

Mejores resultados ha dado siempre una represión oportuna y á tiempo que un sermón descompuesto y nervioso, en el que los apóstrofes inconvenientes é irascibles ocupan el lugar de las razones templadas y evangélicos ejemplos.

La Naturaleza, la sociedad, el hombre, el mundo, en fin, nos presentan puntos, accidentes, momentos y situaciones buenas y malas; ¿por qué hemos de preferir copiar las segundas dejando en olvido las primeras? y si aspiramos á que resalten estas, manifestando con desenfado y desnudez las segundas, ¿por qué no realizamos nuestro bello ideal armonizando unas y otras y que resulte del conjunto de ambas la lección práctica, que corrija y enseñe al mismo tiempo?

Para un público ilustrado y escogido basta patentizar la virtud para que comprenda el vicio; para el que no lo es, presentar éste sin antifaz y sin que ahoguen sus pasiones le rinde culto y le diviniza, y esta es la historia de las sectas religiosas de los crímenes y de todas las trasgresiones de las leyes divinas y humanas.

Los que creen y no opinan que el teatro es la escuela ni aun el reflejo de las costumbres, no tratarán de convencernos que sea la manifestación del vicio, y si además le quitan la calificación de templo del arte, redúzcanle á mansión de la risa y llanto, rían y lloren, según su temperamento y gusto, y no exijan condiciones literarias á los que produzcan las obras que exijan las exigencias de su gusto y tendencias, borrando del epitafio de nuestros ilustres dramáticos el sobrenombre de genios con que los honra la historia de nuestra literatura.

Los partidarios de esta escuela realista ó naturalista tam-

poco dan una preferencia grande á la moral, inconsecuencia palmaria, y en contradicción á sus doctrinas, porque si reconocen, como no pueden menos de reconocer, que el hombre, cualquiera que sea la religión que profese, la secta que patrocine, la doctrina que practique, se resiste por condición innata, á su ser, á prescindir de la existencia del orden moral, y en cualquier momento ó acto de la vida, el más indiferente, el filósofo más descreído, el ateo más empedernido se sublevará ante una lesión de la buena fe, ante una sublevación pagada, un crimen premiado, un acto ilícito aplaudido, porque si así lo reconocen y aspiran á reflejar la verdad en sus obras, ¿prescinden de esta idea ingénita en nuestra naturaleza?

Tal error no se concibe sino en los que, convencidos de su poco valer, tratan de hacer efecto y elevarse al pináculo de la gloria, ensalzando las heces de lo más corrompido y sucio de la sociedad, halagando las pasiones más inmundas y revolviendo el lodo del crimen y del cinismo; pero los que como el Sr. Cano tienen genio y talento suficiente para huir de esa senda oscura y tortuosa, y pueden crear sin herir, y corregir sin ulcerar los sentimientos más nobles del alma, deben huir de ese camino y seguir aquél en el que Tamayo, Ayala y otros dejaron impresas sus gloriosas huellas.

Y sin que por un momento imagine que nosotros desconocemos sus envidiables dotes de autor dramático; sin que tampoco suponga en nosotros las ridículas pretensiones de Licurgos y Aristarcos, fíjese en las consideraciones que de buena fe y sin propósito de lastimarle en lo más mínimo vamos exponiendo, y se convencerá de que no van tan descaminadas como á primera vista parecen.

Negar que su última producción abunda en sublimes rasgos de ingenio, sublimes pensamientos y admirables ideas, y que tanto ésta como *La mariposa* son las mejores que ha producido su inspirada pluma, sería negar la evidencia.

Pero de esto á que sea un drama perfecto, como pudiera haberlo sido, si el autor, en vez de darlo todo al diálogo lo hubiera dado á la acción, va alguna distancia y hace notar la diferencia que media entre salir el espectador impresiona-

do á salir convencido, y el convencimiento no puede existir en una obra en la que los caracteres de Justo, D. Perfecto y D.ª Lucrecia son de hierro, sin flexibilidad ninguna, sin más condición que decir lo que el autor quiere que digan, y sin que cambien las situaciones del drama, que así lo exigen variaciones que sirven para acentuar más el carácter, y volviendo á él con más fuerza, pasada la primera impresión, lo que hace de estos personajes, que carecen de desarrollo natural, máquinas que se mueven, no seres que razonan y cambian, tanto más cuanto su tendencia se dirige á un fin marcado y cuando además el hipócrita lucha siempre con su conciencia, que le habla y á la que resiste, de donde nace su carácter tétrico é insidioso, hijo tanto del estudio como de la lucha, como de la circunstancia antecedente.

El de Angelina está muy bien delineado, y le retrata á maravilla en los siguientes versos de la primera escena:

Un clavel; tú fuiste el nido
donde un beso aleteaba,
y otro beso le besaba
para que no hiciese ruido.
. . . . . .
Flores que ornasteis mi sien,
pelos rubios y canciones...
Necesito dos millones,
Requiescat in pace amen.

También el de Petra está bien dibujado y sostenido admirablemente, y se refleja cuando en la escena once del segundo acto dice á Angelina:

...¿Tú por ella qué has hecho?
¿Ahogaste un ¡ay! dolorido
cuando ese sér mal nutrido
mordió con hambre tu pecho?
. . . . . .
. . . . . .
¿El alma partiste en dos

para animar ese sér?
¿Rasgó tu cuerpo al nacer
y aún diste gracias á Dios?
. . . . . .

El mismo mérito encontramos en el de Margarita, quizás el mejor de la obra, salva su incomprensible precocidad; así lo expresan los versos que pone en sus labios el autor de las escenas primera y trece de la obra.

ANGELINA. ¿No te tratan todos bien?
MARGARITA. Sí, muy bien.
ANGELINA. ¿Pues qué te pasa?
¿No te gusta nuestra casa?
MARGARITA. Sí.
ANGELINA. ¿No nos quieres?
MARGARITA. También.
ANGELINA. ¿No te compra tu papá
todo lo que pides?
MARGARITA. Sí.
ANGELINA. ¿Y yo?
MARGARITA. También... pero di,
¿cuándo viene mi mamá?
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
MARGARITA. ¿Ha venido?
ANGELINA. Espera.
MARGARITA. No.
PETRA. ¡Margarita!
MARGARITA. ¡Madre!
PETRA. ¡Hija de mi alma!
MARGARITA. Quita
que me arrugas el vestido.

Versos que marcan el claro-oscuro y flexibilidad que exige el carácter de los personajes, según antes dijimos, para que resulte cierto.

En cambio el del juez, no sólo es por completo falso, porque los jueces no expresan de una manera tan desembozada sus defectos ó aficiones, mucho más delante de quien no conocen, sino que prueba que el autor ha querido atacar duramente á una clase con el diálogo, que se olvida, no con la acción que queda, y recursos no le hubieran faltado para acentuar más por medio de la acción los lunares que por desgracia se observan en la administración de justicia; lo primero puede degenerar en una diatriva; lo segundo, pudiera haber sido una lección inolvidable y práctica.

Respecto á Marcial, no sólo nos parece el carácter peor trazado, sino el lunar de la obra; este personaje es un loco, que si bien prueba de una manera irrevocable y absoluta lo que dijimos antes, respecto á la idea moral, prueba también que su conducta es hija de su natural modo de ser, y en ningún modo nacida de una creencia fija, alta y sublime; y cuando el hombre no tiene un freno religioso ó social que coarte sus actos, procederá siempre sin rumbo fijo, según las impresiones del momento, y lo mismo podrá ser bueno que malo, convirtiéndole en autómata de sus apetitos, deseos ó aspiraciones, y dando ocasión á que se pueda conjeturar que en el drama del Sr. Cano procede por despecho de verse rechazado por Angelina y odio á Justo, tanto como por aversión á la hipocresía de éste y á la compasión que Petra y su hija le inspiran.

Fuerza es decir que el plan de la obra está bien trazado, y que marcha á su desarrollo natural y lógico, á excepción de la presencia del juez, necesaria para el autor, pero no para la acción del drama; y á pesar de lo escabroso del problema social que plantea no se puede negar que tiene innegables condiciones dramáticas, y nosotros no dudamos en consignar que la obra es un aborto de inspiración y genio y un drama á la moderna, pero no de la talla y empuje de *El tanto por ciento, Lo positivo* y *El drama nuevo.*

Que se le puede comparar por sus doctrinas á una preciosa corona de purísimas flores que sirven de marco á cubrir porción de hierbas de mal gusto, repulsivo aspecto y nauseabundo aroma.

No pretendemos ofender con esto al Sr. Cano; muy lejos de nosotros esa idea, le hemos aplaudido con fe y con cariño; pero es sensible que presente en la escena ejemplos tan tristes, y á *La Pasionaria* no deben ir niños, que doloroso sería para un padre amante de sus hijos que éstos guardaran en su alma el ejemplo de Margarita.

La interpretación, admirable por el Sr. Vico y la señorita Tenorio, actriz de mérito y conciencia: tanto á ésta como á aquel les felicitamos sinceramente, felicitación que con entusiasmo prodigamos á la niña Rovira.

Los demás... bien.

En la Comedia se estrenó la del Sr. D. Miguel Echegaray titulada *¿Pérez ó López?* Como del repertorio de Noche-Buena hizo reir, y nada más.

RAMIRO.

CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

DIÓS, año de desgracia de 1883. La puerta de la eternidad gira ya sobre sus goznes para dar entrada en los abismos del pasado á esa cifra de infeliz memoria que en los fastos de España representa un nuevo vergonzoso desbordamiento de las pasiones más odiosas en pugna con los sacratísimos fueros del deber, el orden, la disciplina y el brillo de nuestras armas. Recuerdo funesto que deja tras de sí sangrienta huella y ha de suscitar la compasión ó el desdén de nuestros sucesores cuando con tales datos acierten á formar exacta idea del estado de las costumbres político-militares en esta España del último tercio del siglo XIX.

No es de extrañar, por cierto, siendo tal la nota saliente de la historia del presente año en nuestra Patria, que, al abrir las Cortes el Jefe del Estado, dirigiese las primeras palabras de su discurso á lamentar la aparición de un pronunciamiento que, apesar de su efímera existencia, ha sido bastante para sembrar la alarma, quebrantar la confianza y escandalizar á las demás naciones.

Por figura retórica, y como recurso de habilidad ministerial, alégase á la vez en dicho documento «que ha bastado

que el País goce las venturas de la paz y de la libertad que la Monarquía constitucional le garantiza, para que por sí sola y con decisión incontrastable detenga á los que quieren arrancárselas, y sofoque las tentativas de perturbaciones civiles, imposibles de atribuir á móviles levantados, cuando dadas al olvido las discordias pasadas, esté abierto el campo legal á todas las opiniones.»

El País ha presenciado con indignación los sucesos de agosto último, pero ni para promoverlos, ni para atajarlos ha tomado en ellos parte alguna. Testigo pasivo y juez severo de las bochornosas escenas de Badajoz, La Seo y Santo Domingo, lo que ha demostrado con su actitud es que aquí las clases civiles de todas las jerarquías sociales han aprendido, á costa de su bienestar y su sosiego, que las alteraciones del orden son sólo fecundas en desastrosas consecuencias para todo lo que representa la riqueza, el trabajo, el crédito y el decoro de la nación. Y en este concepto, ni puede haber nunca móviles levantados á que atribuir las algaradas del populacho ó de la soldadesca, ni se demuestra tampoco que éstas sean irrealizables cuando rigen los destinos del País los apóstoles más autorizados de las ideas avanzadas. La rebelión de este verano se consumó precisamente cuando ocupaban el Gobierno los hombres del partido liberal.

Por lo demás, el discurso de la Corona, harto deplorable desde el punto de vista literario, deja también mucho que desear á los monárquicos sinceros, en punto al sentido político que lo inspira.

Al Rey se le hace decir «que la voluntad del pueblo le llamó al trono de sus mayores.» El Gobierno presenta á D. Alfonso XII como un Monarca electivo ó aclamado por la nación; siendo la verdad histórica y legal que, además de esa aclamación espontánea é indudable, ocupa el trono por derecho de sucesión, consignado en las leyes fundamentales de la Monarquía, desde las Partidas hasta la Constitución vigente.

Tampoco brillan por su claridad ni exactitud los párrafos relativos á la crisis de octubre y al advenimiento del actual Gabinete. De ellos resulta que el último representa á la ma-

yoría y viene á ser continuación del anterior: ¿para qué entonces la crisis? ¿para qué una política constituyente que la mayoría había con decisión combatido y rechazado?

Esa misma mayoría se está encargando de demostrar con toda evidencia que no comparte el programa del Ministerio y que se halla resuelta á tomar pronta y cumplida revancha.

El Sr. Sagasta, al tomar posesión de la presidencia del Congreso, se apresuró á poner dique á las aspiraciones del Gobierno, aconsejando á los representantes de la nación que no se dejen arrastrar por la impaciencia de las reformas, muchas veces aventuradas, y con frecuencia contraproducentes.

Por su parte, los proyectos que el Gobierno anuncia como desarrollo de su política son los siguientes:

Ministerio de Estado: Protocolo firmado con Inglaterra para mejorar las relaciones comerciales entre ambas naciones.—Tratados de comercio con Portugal, Italia, Dinamarca y Países Bajos.—Otro que se anuncia como próximo á iniciarse con los Estados Unidos.

De la Guerra: Nueva división territorial.—Mejora de las clases desde soldado á coronel.—Regularización de pensiones militares en lo referente á orfandades y viudedades, así como la de ascensos y recompensas.—Reforma de la ley de reemplazos, estableciendo el servicio militar obligatorio.—Reforma de la escala de reserva del Estado Mayor.—Organización de la requisa del ganado que exija la movilización del ejército.

De Gracia y Justicia: Reforma del Código penal y de la ley de Enjuiciamiento, reservando los verdaderos delitos para el Jurado.—Modificación de la ley de casación criminal.—Reforma de la ley de Enjuiciamiento civil.—Reforma de la ley hipotecaria.—Impulso de la discusión del Código de comercio.

De Ultramar: Un proyecto de ley relativo á la manera de hacer constar los actos del estado civil y la reforma de la ley hipotecaria, con aplicación en Cuba y Puerto Rico.

De Fomento: Proyectos de modificación de la primera y segunda enseñanza.—Idem varios que no se especifican,

acerca de obras públicas, minerías y aprovechamiento de aguas.

De Gobernación: Reforma de las leyes provincial y municipal.—Proyecto de organización de la policía.—Otro de construcción de penitenciarías.—Por último, el proyecto de ley electoral sobre la base de la universalización del sufragio.

Si esta última se acordase, sobrevendría, según el Gobierno, la disolución del actual Parlamento y la presentación ante el que le sucediera de un proyecto de revisión constitucional, encaminada á terminar las diferencias políticas que hoy existen entre los partidos, «porque sin abrir período constituyente ni poner á discusión nada de cuanto á las instituciones se refiere, llevaría al Código fundamental principios sobre los cuales se ha disputado bastante tiempo, para que todos los que se interesan por la tranquilidad de la Patria aspiren á verlos definitivamente reconocidos en el Código fundamental.»

Ni la universalización del sufragio ni la revisión constitucional han seducido á nadie. No ha satisfecho á la mayoría, porque recuerda sus compromisos y sus votos á favor de una política en un todo opuesta á la reformista, y porque la suena á amenaza el anuncio de la disolución de las Cortes, aun cuando sea para dentro de un plazo determinado; no ha satisfecho á la izquierda, porque no es el sufragio universal y directo lo que se ofrece, y porque se relega á un porvenir remoto la revisión constitucional; y no puede satisfacer á los conservadores, porque consideran la política constituyente innecesaria, peligrosa y opuesta á los intereses y aspiraciones del País.

En realidad, la disolución de unas Cortes legalmente convocadas es asunto exclusivo de la regia prerrogativa. El Gobierno, al pronunciar anticipadamente aquella resolución, siquiera sea bajo el pretexto de que variada la ley electoral la continuación del actual Parlamento no tendría razón de ser, ha atentado, pues, á la prerrogativa regia y ha lanzado una amenaza, propia para cohibir la libertad de que las Cortes deben disfrutar constantemente. Conforme á la ley fundamental, la duración legal del Parlamento es de cinco años, cualesquiera que sean las leyes que vote.

Dados estos precedentes, no es de extrañar, por lo tanto, que el criterio sea vario y la conciliación difícil entre los elementos llamados á apoyar al Gabinete.

Derrotado éste en la elección de cargos para las mesas y en la comisión de mensaje, á la cual pertenece el Sr. Romero Robledo, que obtuvo un ruidoso y significativo triunfo sobre el candidato ministerial, esta es la hora, cuando escribimos las presentes líneas, en que los encargados de redactar el mensaje aun no han podido ponerse de acuerdo para lograr que la obra del Congreso no sea la condenación más explícita y terminante de la que el Gobierno ha puesto en los augustos labios. Parece que toda transacción es ya imposible, á tal extremo, que *La Iberia*, órgano del Sr. Sagasta, ha publicado un artículo tremendo contra la izquierda acusándola de intransigente, «como constituída, dice, por demócratas que nunca han sentido bien la monarquía y por monárquicos que nunca han sentido bien la democracia.»

Rota la conciliación, ¿qué significa el Sr. Posada Herrera al frente del Consejo de Ministros? Para realizarla se le designó aquel puesto, en el que no representa ni puede representar distinta idea. El problema es, por lo tanto, de bien sencilla solución en el terreno constitucional y parlamentario. El Ministerio está muerto. Se le encomendó una empresa que no acierta á llevar á feliz término, y su misión, en consecuencia, ha terminado.

Porque importa muy especialmente tener en cuenta que no se trata ahora de un Gobierno genuina y determinadamente izquierdista, por más que esta procedencia tenga la mayoría de los individuos que componen el actual, y siquiera escribiesen en su programa algunas de las aspiraciones de aquel partido. Podría abrigarse dudas sobre el particular si no lo presidiera el exministro de la Gobernación del General O'Donnell. Pero ¿á qué título habría de entregarse á éste el decreto de disolución de Cortes, supuesta su impotencia para gobernar con las existentes, si él no es jefe de la izquierda exaltada, ni de la izquierda espantadiza, ni de la derecha, de donde desertó, ni aun del antiguo centro, que ha visto en él su adversario más decidido y enconado?

Disuelven los Parlamentos los jefes de los partidos, no los disuelven desahuciados intermediarios, árbitros componedores que pierden todo título cuando no componen nada y á quienes sólo puede sonreírles la vanidosa complacencia de haber desempeñado papel de primer galán... en tanto la comedia hubo de convertirse en entremés.

Ahora bien; ¿ha llegado el caso de la disolución? ¿Á quién le corresponde presidir las nuevas elecciones? He aquí los términos concretos de la cuestión en perspectiva. La opinión la tiene juzgada y la opinión comparte el dominio de las naciones.

*
* *

Ha fallecido en esta última quincena un hombre político, cuyo nombre figura en la lista de los numerosos exministros españoles: D. Francisco de Paula Candau, uno de los más ricos propietarios de Andalucía, procedente del partido progresista, del cual se separó cuando acordó el retraimiento, con ocasión de la reforma electoral hecha por la unión liberal.

Candau vino á las Cortes como diputado en 1868, siguió al General Prim, y al surgir luego la división entre los radicales y los constitucionales, figuró entre éstos.

Nombrado Ministro de la Gobernación del Gabinete Malcampo, se agitaba por aquel tiempo una cuestión importante, la de si debía considerarse ó no como legal y dentro de la Constitución la *Asociación Internacional de trabajadores*, que había adquirido muchos prosélitos y se había organizado en España. Candau combatió la propaganda socialista, negándole toda condición de vida dentro de la legalidad y persiguiéndola por cuantos medios pudo.

A la caída de aquel Ministerio y después, en los sucesos políticos que se sucedieron, permaneció apartado de la vida pública, dedicándose exclusivamente al cuidado de sus haciendas, cuyo cultivo dirigía por sí mismo.

Al llegar la restauración, él fué de los primeros individuos del partido constitucional que acataron la monarquía de don

Alfonso, contribuyendo á formar el grupo centralista, en cuyas filas militó hasta la formación del fusionismo.

A la venida de éste al poder, se mantuvo Candau en cierto alejamiento; tomando parte, sin embargo, en los últimos debates con motivo de los sucesos de *La Mano negra*.

La enfermedad de que ha muerto le tenía postrado ya hace tiempo é imposibilitado para toda clase de trabajo. Descanse en paz.

***

El manifiesto del Sr. Ruiz Zorrilla no merece los honores de una discusión detenida. Es, por su forma y por su fondo, un desahogo de emigrado, que recuerda con cariño á su patria; pero que cree hacerla feliz prometiéndole la reproducción de aquellos días de luto y de tristeza en que se vió presa de todos los desaciertos y todas las exageraciones. No en vano se ha dicho que hay cariños que matan.

Por fortuna, el enamorado trovador lanza estérilmente sus endechas á los vientos.

Una frase hay, no obstante, en el aludido escrito, que merece ser leída con atención y meditada con imparcialidad. Se dirige á los actuales gobernantes y les dice:

«¡Ingratos! ¡Olvidar tan pronto que *sin los valientes de agosto* no hubieran sido llamados al poder!»

Hay andamios que, en vez de elevar, derrumban.

U.

REVISTA EXTRANJERA

La toma de Son-Tay por las tropas mandadas por el almirante Courbet, llena de entusiasmo á nuestros vecinos los franceses. El éxito de esta empresa no era dudoso desde el momento en que fué confirmada por los corresponsales de los periódicos de Londres la retirada de las tropas regulares que guarnecían la plaza. Resulta, sin embargo, que Son-Tay ha sido ocupado sin verdadero combate.

La opinión generalmente dominante en Europa, es que la entrega de Son-Tay á los franceses pudiera favorecer la conclusión de un compromiso de éstos con China. La prensa inglesa es la que más suspicacias demuestra, recelando que no quieran llevarse demasiado lejos las consecuencias de tal victoria de las armas republicanas en el extremo Oriente, y preconiza abierta y calurosamente una mediación entre Francia y China, no precisamente de Europa ó de los Estados Unidos, sino de la Gran Bretaña. La prensa alemana y austriaca se manifiesta en cambio muy reservada en lo que concierne á las eventualidades diplomáticas, como si los Gobiernos y la opinión, en Viena y en Berlín, estuviesen resueltos á permanecer ajenos al conflicto suscitado en el Annam por el espíritu aventurero de los hombres de la tercera República.

Pero en Francia se rechaza desde luego y con energía la

intervención inglesa. Hasta los periódicos ministeriales de allende repudian altamente los buenos oficios que el Gabinete de Londres ofrecía para facilitar el arreglo de los asuntos del Tong-King. «El Gobierno, exclama con orgullo la *Republique française*, puede y quiere obtener por sí solo el resultado que persigue; no tiene necesidad del concurso de ninguna potencia amiga.» Ya no se oculta que lo que allí se desea es imponer un protectorado, ó cuando menos una influyente supremacía, y que este resultado quiere conseguirse sin intermediarios que pudieran invertir los papeles.

Aspire ó no Francia á la constitución de un verdadero Imperio colonial en la Indo-China, Imperio rival del de las Indias Británicas, no es ciertamente verosímil que Inglaterra se prestase con desinterés al desarrollo de una situación preponderante en el valle del Song-Koi. Los ingleses han de verse siempre inclinados á limitar más bien que á ensanchar la esfera de cualquiera expansión mercantil ó industrial, y no es con ellos con quienes podrán contar los franceses para hacerse dueños del Río Rojo, que permitiría más tarde trabar con la Birmania relaciones íntimas y levantar una especie de barrera entre el Indostán y la China.

Pero no se haga tampoco demasiadas ilusiones la República francesa. El fácil triunfo de Son-Tay puede dar á los franceses ventajas positivas para sus negociaciones de una paz equitativa con China, y deben aprovecharse estas ventajas, porque creemos, como el primer día, que la hostilidad manifiesta del Celeste Imperio impondría cargas enormes y suscitaría dificultades interminables.

Se funda esta opinión nuestra en el dictamen de hombres competentísimos. En un artículo publicado por la *Nouvelle Revue,* el Sr. Le Myre de Vilers, antiguo Gobernador que fué de Cochinchina, previendo la eventualidad de una ruptura de su país con el Gobierno de Pekín, calculaba que los sacrificios que habría de imponerse Francia resultarían en tal caso inmensos, siendo necesarios cuando menos para sostenerse en el Tong-King cincuenta mil hombres y cien millones durante diez años.

Por esto creemos que Francia no olvidará que Son-Tay

no es el Tong-King entero, ni mucho menos el Imperio chino, y que la ocasión es propicia para convenir los artículos de un tratado de paz honrosa. Si se empeña en continuar la guerra, será á costa suya, como dijo el *Times*, llegando al fin á comprender que es demasiado pesado é insostenible el fardo que sobre sus hombros tiene.

***

Un suceso imprevisto acaba de verificarse en una de las últimas sesiones de la Cámara francesa. Se discutían los créditos que pide el Gobierno para la expedición del Tong-King, y monseñor Freppel se separó resueltamente de los grupos oposicionistas de la derecha para apoyar con energía el proyecto del Gobierno.

El célebre Obispo de Angers tomó la cuestión bajo el punto de vista religioso, diciendo que el verdadero protectorado que debe establecerse y fortificarse en el extremo Oriente es el cristiano, el que ponga bajo la salvaguardia de la bandera francesa la obra de las misiones católicas y la población indígena que se convierte á la fe de Cristo. Manifestó que, siendo Francia la tradicional protectora de los cristianos de Oriente, había conquistado en la Siria, en la Palestina y en todo el Imperio otomano, una situación preponderante, y que lo mismo podría realizar en el Annam, en el Tong-King y hasta en China, donde también el catolicismo hace conquistas selladas con la sangre de sus mártires.

Este discurso fué naturalmente tan aplaudido de la mayoría parlamentaria como censurado por los amigos del Prelado, que no trataron de disimular su descontento ante un acto que en realidad sorprendía y daba gran fundamento á la sorpresa. Porque es un hecho que, si la mayoría republicana se siente en el fondo conmovida por el lenguaje del Sr. Obispo de Angers, Arzobispo electo ya, según se dice; si la mayoría parlamentaria cree que la religión puede ser un auxiliar poderoso para el éxito de la política colonial que á tan dis-

pendiosos gastos obliga en los países más lejanos del globo; si piensa que el protectorado cristiano puede dar, por medio de la propaganda y del celo de los misioneros, poderosos medios de acción y de influencia; si prevé que han de ser suyas todas las conquistas del proselitismo de la Iglesia, no se comprende cómo no tiene también sabiduría bastante para proteger en Francia esa gran potencia moral, que se llama religión y que tan útil considera.

Lo cierto es que los franceses y sus partidos políticos se encuentran ahora en momentos de grandes evoluciones, preparándose, al parecer, para las eventualidades de un porvenir más ó menos inmediato.

Las divisiones que afectaban al partido del Imperio se ahondan, manifestándose en dos cartas que el hijo del Príncipe Napoleón ha escrito.

En la primera, el Príncipe Víctor se niega á asistir á un banquete con el que muchos de su partido querían afirmar sus simpatías en favor suyo y su antagonismo contra su padre. En la segunda, para disipar las falsas interpretaciones que se habían dado á sus palabras, se dirige á su mismo padre, protestando de su sumisión y deferencia filiales. En ambas declara que no tiene ningún papel político que cumplir; y, sin embargo, esas declaraciones tan firmes y correctas sólo han servido para alentar á sus partidarios y estrecharlos aún más alrededor suyo.

Hay, en efecto, en la carta del Príncipe Víctor á su padre una frase que lo explica todo. «Sois el jefe de mi familia, dice, y yo sigo siendo el fiel campeón de las tradiciones napoleónicas.» Fácil es comprender el alcance de estas palabras: ellas revelan que entre el padre y el hijo hay divergencia de principios, que ambos no entienden de la misma manera la teoría del Imperio, y que las ideas políticas y religiosas del Príncipe Víctor no son las mismas que las de su padre. Tal es el punto capital de la evolución característica que pone en oposición visible los dos elementos de que se compone la causa del Imperio.

Entre los diversos medios que se agitan y ponen en juego por los bonapartistas para mover la opinión, hay cierta tác-

tica de que se preocupa también el partido fiel á la monarquía que el Conde de París representa. Comprende el partido monárquico que ha conquistado su unidad, teniendo por lo mismo una fuerza de cohesión que no existe en otra parte, y sus más ardientes afiliados claman por llegar á una actividad que dé claras muestras de su vida. ¿De qué manera? Esta es la pregunta que muchos hacen y á la que nadie responde, porque son efectivamente muchos los que están cansados y no saben todavía lo que quieren.

Cierta reacción producida por ese indefinible cansancio se manifiesta en todos los campos en que está llamado á juzgar el público; hasta en las esferas de la literatura aparece. Hoy, por singular contraste, se aplaude la poesía muy cristiana y hasta cierto punto austera de *Severo Torelli* y se silba la desdichada prosa de *Los Reyes en el destierro*; se aclama como una vindicación del buen sentido y de la moralidad pública el *Manual del demagogo* de Mr. Raoul Frary; se agotan 10.000 ejemplares en un mes de las melancólicas sentencias sobre las costumbres revolucionarias del libro *Tristezas y sonrisas* de Mr. Gustavo Droz, y el *zolismo* se presenta en absoluta decadencia.

El fenómeno no es nuevo. En 1883, como en 1795, Francia se hastía de una política violenta y estéril; en 1883, como en 1795, hay una sociedad que, después de haberse precipitado ciegamente en toda clase de aventuras, después de haberlo puesto todo en duda, hasta su propia existencia, quiere calma, paz y orden, sabiduría práctica y honra también, como en los pasados tiempos de su grande historia.

*
* *

Dicen muchos periódicos que la visita del Príncipe Imperial de Alemania á la corte de Italia y al Vaticano no ha tenido ningún objeto político, siendo un simple acto de cortesía que facilitará de aquí en adelante los viajes á Italia de los demás Soberanos. Así es que se habla ya de la próxima visi-

ta del Rey de España y del Emperador de Austria, quienes, según se asegura, irán á Roma y serán recibidos en el Quirinal, en la Palazzina, visitando al Papa al ellos salir de su habitación en su respectiva Embajada.

Estas explicaciones no son, sin embargo, bastante satisfactorias. Sabido es que el Canciller Bismarck tiene por costumbre presentar á Europa problemas oscuros y difíciles que revelan luego algún misterioso trabajo de estrategia diplomática. Algo de esta singular estrategia debe existir sin duda en la visita del Príncipe Imperial á Su Santidad León XIII.

Los órganos más autorizados del Vaticano dan al hecho una significación y alcance que atestiguan la gravedad de las cuestiones planteadas, y hasta la *Gaceta de la Alemania del Norte* coincide en esta parte en opiniones con el *Osservatore Romano*. El heredero del Emperador Guillermo ha sido cordialmente recibido por el Papa, y los dos ilustres interlocutores han permanecido más de una hora en conversación íntima y afectuosa. Nadie puede persuadirse que en este tiempo no se haya tratado más que de vagas banalidades, limitándose todo á simples palabras de cortesía.

Algo indica la *Gaceta de Colonia* afirmando que el Príncipe Imperial sometió á León XIII los puntos acerca de los que el Embajador alemán, Sr. de Schlœzer, acababa de recibir instrucciones para tratar con la Santa Sede para restablecer la paz religiosa. Los periódicos afectos á la curia romana no ocultan tampoco que la visita tendrá en el porvenir consecuencias considerables, y todo induce á sospechar que la reconciliación entre Alemania y el Papado no tardará en ser un hecho complicado.

Pero hay algo más todavía. El lenguaje de los periódicos alemanes se presta á interpretaciones más latas, dando lugar á cálculos sobre una poderosa coalición monárquica de que Berlín es el alma.

Hay certeza—dicen—de que el Emperador de Austria devolverá al Rey de Italia la visita que le hizo este Soberano, y en Roma se encontrarán los monarcas de los dos Estados que se hallaban respectivamente hace poco tiempo en una

actitud preñada de desconfianzas. Se han vencido grandes obstáculos para allanar el camino que de Viena conduce á Roma, y para ello ha sido necesaria la mano poderosa de la diplomacia alemana, la mano de hierro del Príncipe de Bismarck. Un Hohenzollern ha tenido arranque para ir visitar al Papa, á fin de que el Emperador de Austria no tenga ya reparo alguno en ir á Roma; la triple alianza que dicta la paz á Europa quedará, pues, formalmente sellada con la visita del Emperador del Austria, y esa paz tendrá aún más probabilidades de firmeza con la actitud de Rusia, que también parece decidida á no turbarla.

De ser un hecho la alianza que se supone, constituiría el más formidable de los poderes, hallándose á su supremo arbitrio la paz ó la guerra. Sería la última palabra del problema que el viaje del Príncipe Federico Guillermo ha presentado á los políticos de Europa.

***

Las noticias del Sudán siguen siendo desconsoladoras, y ya parece á todas luces improbable que la expedición que acaba de ponerse en campaña bajo las órdenes de Baker consiga reparar el sangriento y terrible descalabro que sufrió el desgraciado general Hicks.

La tentativa hecha por Mahmud-Alí, jefe indígena aliado, de introducir víveres en Sinkat y Tokar, no ha tenido éxito alguno. El número de enemigos en aquellos alrededores ha aumentado, y es imposible atravesar el país sin exponerse á una nueva derrota. Osmán Digma, uno de los tenientes del Madhí, vaga por las inmediaciones de las dos ciudades, teniendo á sus órdenes 20.000 hombres, de los cuales 12.000 van perfectamente armados con carabinas Remington y están bien provistos de municiones. Dícese también que Sinkat y Tokar no podrán sostenerse mucho más de quince días, hecho tanto más deplorable cuanto en Sinkat se encuentran con la guarnición más de 1.000 mujeres y niños, que serán

indudablemente pasados á cuchillo, si caen en poder del Madhí, como ya ha sucedido en otras poblaciones.

Todas las negociaciones con las tribus inmediatas han cesado; pues las que estaban dispuestas á declararse contra el falso Profeta, en el caso de que Egipto hubiese podido enviar auxilios, se han visto obligadas á reunirse á los rebeldes.

Lo que aumenta sobre todo la gravedad de la situación es el inesperado concurso que el Rey Juan de Abisinia presta actualmente al Madhí. Aprovechándose de las últimas victorias, de la retirada y desmoralización de las tropas egipcias, el Négus de Abisinia ha puesto en armas un ejército con el cual ha sorprendido y asesinado en Sahata una columna de 500 hombres, amenazando ahora el puerto de Massuah en el mar Rojo.

Ese Rey Juan reivindica sus derechos á todo el Sudán oriental, y á consecuencia de haber él entrado en campaña, ha de ser muchísimo más difícil á los ingleses sustraerse á la obligación de sostener al Kedive contra un enemigo casi tan terrible como el Madhí mismo.

***

El mensaje del Presidente de los Estados Unidos con motivo de la apertura del Congreso, á primeros de diciembre, consagra largos párrafos á los asuntos extranjeros, principalmente á la Corea, á la China y al Japón, pero no contiene alusiones relativas á las graves empresas de Francia en el Tong-King. El Gobierno de Wáshington guarda la mayor reserva acerca de este particular, no dejando traslucir nada de las instrucciones secretas que se telegrafiaron, según se asegura, al almirante que manda la escuadra americana en los mares de China.

Habla, sí, de la debatida expedición de Stanley en el Congo y dice: «Pudiera tal vez sernos útil cooperar con otras potencias comerciales al fin de favorecer el derecho de tráfico y de residencia en el valle del Congo, libremente y sin

obstáculos que resulten de la intervención política de nación alguna.» Es una intencionada alusión á Francia, en cuyo nombre se propone Brazza, el rival de Stanley, establecer allí un protectorado, y otra prueba igualmente de que todo el mundo mira hoy con prevención marcada los colonizadores propósitos de los franceses.

A últimos del pasado mes se celebró con gran entusiasmo en New York el centenario de la evacuación de aquella ciudad por las tropas inglesas, á consecuencia de los tratados de paz firmados en París el 3 de setiembre de 1783. Hay detalles de la fiesta verdaderamente americanos. En el momento en que desfiló por la rada el cortejo del que, apesar de una continuada lluvia y una gran niebla, formaban parte el Presidente de la República y los Gobernadores de los trece Estados primitivos, la escuadra hizo salvas, y una flota de vapores mercantes, compuesta de unos quinientos steamers puestos en fila, hizo coro á la salva silbando durante cinco minutos. A tan infernal ruido por el lado del agua, se unieron también los silbidos de todas las máquinas y locomotoras de tierra, produciendo el más espantoso y discordante de los estruendos que hayan podido destrozar el tímpano de oídos humanos. Razón tienen para decir algunos que todo en América es muy grande.

Por la noche del centenario se inauguró una estatua de Wáshington en el mismo sitio donde aquel venerable *Pater patriæ* prestó juramento como primer Presidente de la República. En el banquete de la Cámara de comercio, que es la corporación que ha ofrecido la estatua al Gobierno, hubo un galante brindis en honor de la Reina Victoria, no faltando tampoco lisonjas á la habilidad y astucia de los ingleses. Bien es verdad que el Ministro de la Gran Bretaña había juzgado á propósito excusar su ausencia de los festejos celebrados en memoria de unos acontecimientos que es indudable agradarán siempre muy poco á Inglaterra.

Imposibles parecen esos odios que los años no extinguen, entre individuos de un mismo carácter, de un mismo idioma y originarios de una misma raza, por más que esta raza tenga todo el nativo orgullo de la anglo-sajona. Pero

mal hacen también algunos en no ver el dedo de Dios en todas las grandes manifestaciones que en el mundo evolucionan y á la humanidad afectan. Si no existiesen hoy esas divisiones, esos odios profundos de que antes hablamos; si los Estados Unidos fuesen aún, como en el siglo pasado, unas colonias inglesas y hubiesen crecido de entonces acá en la misma proporción que realmente han prosperado, Inglaterra habría realizado sus más ambiciosos ensueños y sería ya dueña y explotadora de todo el mundo.

No sin razón decimos, pues, que fueron siempre providenciales las eternas leyes de la historia.

S.

MADRID, 1883.—Imp. de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.°

ÍNDICE DEL TOMO XLVIII

15 DE NOVIEMBRE DE 1883.

Págs.

Alfabetos de España en la Edad Antigua, por D. Bernardino Martín Mínguez 5
Cosas de Madrid (continuación), por D. Dionisio Chaulié 25
Las bibliotecas en España (continuación), por D. Nicolás Díaz Pérez. 52
Causas de la ascención de la savia, por D. Rafael Alvarez Sereix 67
Necrología del Excmo. Sr. Teniente general D. Fernando Fernández de Córdova 82
Dimitri Roudine (novela, continuación), por Ivan Tourgueneff 87
Revista de teatros, por Ramiro 97
Crónica política, por U 105
Revista extranjera, por S 117
Boletín bibliográfico, por X 127

30 DE NOVIEMBRE DE 1883.

El paso de los Balkanes (recuerdos de un corresponsal), por D. Saturnino Jiménez 129
Cosas de Madrid (continuación), por D. Dionisio Chaulié 161
Las bibliotecas en España (continuación), por D. Nicolás Díaz Pérez. 183
«El Solitario» y su tiempo, por H 195
Apertura de la real Academia de Jurisprudencia, por D. Javier Ugarte. 208
Dimitri Roudine (novela, continuación), por Ivan Tourgueneff 219
Revista de teatros, por Ramiro 230
Crónica política, por U 237
Revista extranjera, por S 247

15 DE DICIEMBRE DE 1883.

Reseña crítica del teatro en algunos pueblos antiguos y modernos, por D. Mariano Amador 257
Cosas de Madrid (continuación), por D. Dionisio Chaulié 281
España como nación colonizadora, por D. José del Perojo 316
El juego de pelota, por D. Víctor Suárez Capalleja 344
Dimitri Roudine (novela, continuación), por Ivan Tourgueneff 352
Revista de teatros, por Ramiro 358
Crónica política, por U 366
Revista extranjera, por S 369
Boletín bibliográfico, por H 379

30 DE DICIEMBRE DE 1883.

Los tchinghianés de Turquía, por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado 385
Cosas de Madrid (continuación), por D. Dionisio Chaulié 404
La civilización perfecta, por Limahon 437
Las cartas de mis amigos de España, por D. Fernando de Gabriel 348
La oda (continuación), por Miguel Gutiérrez 349
Dimitri Roudine (novela continuación), por Ivan Tourgueneff 475
Revista de teatros, por Ramiro 483
Crónica política, por U 495
Revista extranjera, por S 502

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 109685302